

100 AÑOS DE SABIDURÍA

Krishnamurti

*El primer paso es el último paso*¹

J. KRISHNAMURTI

SUMARIO

11	Agradecimientos
13	Prólogo
17	PARTE I: EL PRIMER PASO...
20	Jiddu Narayaniah
21	Diario de Krishnamurti
23	Helena Petrovna Blavatsky
24	Annie Besant
25	Charles Webster Leadbeater
25	Krishnamurti en la playa
28	Russell Balfour Clarke
30	Diario de Krishnamurti
34	Diario de Krishnamurti
37	La iniciación; <i>A los pies del maestro</i>
40	Primer viaje de los hermanos a Inglaterra
40	Lady Emily Lutyens
47	James Montgomery Flagg
49	Segundo viaje de los hermanos a Inglaterra
49	La enfermedad de Nitya
64	Barón Phillip van Pallandt
68	Helen Knothe Nearing
77	Sidney Field
82	La poesía de Krishnamurti
84	Joseph Campbell
85	Antoine Bourdelle
87	Leopold Stokowski
96	Doctora Hedda Bolgar
103	<i>La verdad es una tierra sin caminos</i> ; disolución de la Orden de la Estrella
107	PARTE II: EL ÚLTIMO PASO...
109	Mary Lutyens
111	Theodore Besterman
112	Beatrice Wood
119	Harry Wolfe
122	George Bernard Shaw y la proscripción de radio Nueva Zelanda
126	Vanda Scaravelli
127	Anita Loos
128	Aldous Huxley
130	Lex Muller
131	Barón Phillip van Pallandt
134	Sidney Field
135	William Quinn
143	Benjamin Weinniger
146	Ahalya Chari
150	Pupul Jayakar
159	Achyut Patwardhan

SUMARIO

160	Doctora Sunanda Patwardhan
164	Pama Patwardhan
166	Ingram Smith
168	Doris Pratt
169	Mary Cadogan
174	Dorothy Simmons
177	Doctor David Bohm
188	Howard Fast
191	Doctora Asha Lee
195	T.K.V. Desikachar
200	Alan Rowlands
201	Alan Hooker
204	Erna Lilliefelt. La formación de las actuales Fundaciones Krishnamurti
209	Giddu Narayanan
211	Doctor David Shainberg
214	Henry Miller
215	R.E. Mark Lee
219	Julie Desnick
220	Profesor P. Krishna
224	Angel Patrick Boyar
230	Michael Krohnen
234	Alan Kishbaugh
236	Jean Michel Maroger
239	Friedrich Grohe
241	Alan W. Anderson
245	Juan Colell
246	Robert Colet y Bruce Lee. Las artes marciales
249	Profesor S. Rinpoche
250	Doctor Hillary Peter Rodrigues
252	Michael Mendizza
255	Alasdair Coyne
258	Doctor Deepak Chopra
258	Lois M. Hobson
259	Doctora Sarjit Siddoo
261	Van Morrison
262	Doctor Larry Dossey
262	Shigatoshi Takahashi
264	Mary Zimbalist
271	Mary Lutyens
275	Doctor Gary M. Deutsch
277	Doctor Gary M. Deutsch (sigue)
278	Asit Chandmal
280	Evelyne Blau
283	Doctora Radhika Herzberger
284	Evelyne Blau (sigue)
286	Doctor Gary M. Deutch (sigue)
292	Michael Krohnen
295	Notas
299	Bibliografía
303	Índice

La mente que ha puesto su casa en orden está en silencio. Ese silencio no tiene causa y, por tanto, no tiene fin. Únicamente aquello que tiene una causa puede terminar. Ese silencio –que no conoce final– es absolutamente necesario, porque sólo en él todo movimiento del pensar cesa. Sólo en ese silencio existe aquello que es sagrado, que es innombrable, aquello que el pensamiento no puede medir. Y eso que existe es lo más santo. Eso es meditación.

CHARLA PÚBLICA, MADRÁS, 29 DE NOVIEMBRE DE 1981

AGRADECIMIENTOS

ESTE LIBRO ES FRUTO DEL TRABAJO de muchas personas, cuyos significativos recuerdos y comentarios abarcan los cien años transcurridos desde el nacimiento de Krishnamurti, e incluye escritos del pasado más lejano, así como del período medio y de la época contemporánea. Sus aportaciones constituyen los cimientos de esta obra. Quiero expresar a todas ellas mi profunda gratitud. Sus nombres aparecen listados en el índice, y es enorme e igualmente valioso lo que cada uno de ellos representa.

La Krishnamurti Foundation of America, la Krishnamurti Foundation Trust Ltd. of England y la Krishnamurti Foundation India han tenido la amabilidad de permitirnos utilizar numerosos escritos de Krishnamurti, y también fotografías de archivo de las distintas épocas de su vida. Este libro ha contado con el incalculable apoyo de su generosa cooperación. Los archivos y la biblioteca de la Krishnamurti Foundation of America han sido de gran ayuda en la tarea de investigación. Doy las gracias a Ivan Berkowitz, Douglas Evans, Tom Heggstad y Dawn Peterson. Es digno de mencionar el extraordinario tesón de Chari Petrowski. Agradezco al profesor Lloyd Williams su contribución, al proveernos gran parte del material requerido. Mi especial agradecimiento a Mark Lee por su inestimable apoyo, y a Aaron Marking, Leslie Francis y Nandini Lee, quienes con determinación mecanografiaron transcripciones durante muchas horas. Curtis Wong consiguió un valioso artículo. Gabrielle Blackburn llevó a cabo una investigación imprescindible. Quiero expresar particularmente mi gratitud a Michael Mendizza, ya que muchas de las entrevistas que aparecen aquí publicadas son resultado de nuestro trabajo conjunto: él como director y la autora como productora de dos documentales sobre Krishnamurti; obra suya son también diversas fotografías de este libro. Mi sincero reconocimiento a Robin y Stephen Larsen por su aportación del material de Joseph Campbell. Earl Scott tuvo la gentileza de permitirnos utilizar sus fotografías de las charlas de Ojai. Grande es mi agradecimiento a Radha Burnier, presidenta de la Sociedad Teosófica, que amablemente puso a nuestra disposición el material necesario relativo a los primeros tiempos. Helen Hooker es, como siempre ha sido, el espíritu de la generosidad. Quiero dar las gracias a Laura Huxley por dejarnos usar los documentos de Aldous Huxley. Ha sido muy importante la erudita contribución de Mary Lutyens y Pupul Jayakar a través de sus detalladas biografías; éstas constituyen la base de gran parte de la investigación realizada para esta obra, y estoy profundamente en deuda con ellas. Laurie Clewell supuso una ayuda inestimable. Este libro no habría sido posible sin la profesionalidad y entrega de Carole Koneff, quien, incansable, ha mecanografiado y vuelto a mecanografiar el manuscrito; su genio informático ha registrado en la prodigiosa memoria del ordenador cada palabra en perfecto orden. Gracias. Mi tributo a Joost Elffers, que fue el primero en creer en este libro, en su visión y su propósito. Su socia, Karen Davidson, dio a este trabajo el regalo de su infatigable dedicación y de un inspirado diseño: todo está en su sitio, como diría Krishnamurti. Agradezco a Alice Wong sus valiosas sugerencias. Un especial saludo a Lena Tabori, quien

desde el principio vio la importancia de un volumen conmemorativo para celebrar el centenario de Krishnamurti y se ocupó de que éste llegara a publicarse. Finalmente, mi cariño y gratitud a mi marido, Louis Blau, cuyo amor, paciencia y ayuda hicieron que todo ello fuese posible.

Deseamos expresar nuestro más profundo agradecimiento a Evelyne Blau por la gran ayuda prestada y que ha hecho posible la edición de este libro. Asimismo agradecemos a la Krishnamurti Foundation of America y a la Krishnamurti Foundation Trust el apoyo incondicional que hemos recibido en todo momento.

PRÓLOGO

DURANTE EL PASADO SIGLO, Krishnamurti tuvo un profundo efecto en nuestras vidas, aunque de un modo muchas veces difícil de percibir. Pese a que miles y miles de personas de todo el mundo lo conocen, para muchos esto no va más allá del nivel de mero reconocimiento momentáneo. Que influyó en otros tantos no puede dudarse, como muestra la hondura de su impacto sobre quienes han contribuido a crear este libro. Igualmente asombrosa es la gran diversidad de personas con las que se relacionó. Hay entre ellas escritores, catedráticos, músicos, actores, científicos, hombres de negocios... gente de todas las condiciones sociales.

Buena parte de la vida de Krishnamurti transcurrió en una era de tecnología punta y comunicación instantánea, hecho que claramente lo diferencia de otros grandes maestros del pasado, cuyos dichos y enseñanzas eran memorizados o impresos cientos de años después de su muerte. A menudo los recuerdos eran defectuosos, o no había existido una plena comprensión de las enseñanzas, y por consiguiente se alejaban del propósito original del maestro. Tenemos la gran fortuna de que las palabras y escritos de Krishnamurti no hayan sufrido ninguna modificación, y se conserven en los archivos y bibliotecas Krishnamurti de todo el mundo.

En el curso de su vida, sus amigos y los miembros de las fundaciones Krishnamurti sintieron la necesidad de sondear las profundidades de su enseñanza e incorporar lo que a través de ella comprendieron en su vivir cotidiano. Ése fue su primordial interés. En las últimas décadas, la serie anual de charlas que Krishnamurti impartía en la India, Inglaterra, Suiza y Estados Unidos inevitablemente les hizo centrar su atención en las necesidades del momento: ocuparse del calendario de charlas y de la manera de acomodar a los miles de personas que acudirían a ellas, atender a las escuelas, además de organizar la publicación de sus obras. Durante más de veinte años pareció que esta dinámica nunca terminaría; sin embargo, todas las cosas llegan a su fin. El gusto por la historia y la obligación de pasar a otros, no sólo la obra de Krishnamurti en sí misma, sino la sensación respecto a una época y al impacto que este hombre produjo en quienes tuvimos la fortuna de conocerlo, así como en aquellos que lo conocieron a través de sus enseñanzas, impulsaron a la autora a llevar a cabo una serie de entrevistas orales de carácter histórico. Estas entrevistas se inspiraron en el ejemplo de un querido amigo de la familia, el historiador y escritor Alex Haley. Alex solía insistir en la importancia de sentarse en el porche, una tarde de verano, a escuchar los relatos contados por nuestros mayores, relatos que rememoraban la historia familiar, y que habían contado una y otra vez abuelas, tías y primos. Estos relatos —a los que se unieron el viaje y la investigación— se convirtieron en el libro *Raíces*. De pronto, en aquel periodo, la importancia de la transmisión histórica oral se puso de manifiesto. Aquello era historia: viva, directa e inmediata, y los “testigos” de la historia de Krishnamurti tenían valiosos relatos que contar.

Comenzó entonces una serie de conversaciones informales, que hoy día

aún continúa. La tecnología simple y discreta de la grabadora permitió recoger recuerdos expresados sin afectación. Muchos de los que hablaron, contemporáneos de Krishnamurti, ya no están con nosotros, pero su legado sigue vivo. Entre aquellos que lo conocieron desde una edad muy temprana, se encontraba Russell Balfour Clarke, primer tutor de Krishnamurti, que fue entrevistado hace tiempo en la India, cuando tenía ya más de noventa años. Él estaba en Adyar, Madrás, cuando se “encontró” a Krishnamurti en la Bahía de Bengala en 1909. El barón Phillip van Pallandt, quien hace ya muchas décadas generosamente cedió su castillo, Eerde, y cientos de hectáreas de tierras circundantes para que aquel joven indio desarrollara su trabajo, tenía también más de noventa años cuando se le entrevistó en el hospital DeWeezenladen, en los Países Bajos, en 1978. Éstos, entre otros, son “testigos” cuyos inestimables recuerdos constituyen la base de este libro.

A estos relatos históricos transmitidos oralmente se les ha dado el nombre de *conversaciones*. A las contribuciones de otros, que participaron en la creación del documental *Krishnamurti: la mente silenciosa*, se las ha llamado *entrevistas*. Todas han sido realizadas por la autora, excepto el diálogo entre Krishnamurti y Leopold Stokowski, que aparece en la Parte I.

Varios colaboradores de este volumen han dado a sus artículos un título que no ha sido extraído del texto que le sigue: Alan W. Anderson, «Sobre las Enseñanzas de Krishnamurti: la respuesta personal a cada instante»; T.K.V. Desikachar, «Krishnaji? El estudiante y el maestro»; Friedrich Grohe, de *La belleza de la montaña*; Michael Krohnen, «Un gran hombre capaz de reírse de sí mismo»; Jean-Michel Maroger, «Krishnamurti: descubrimiento fundamental».

En los primeros tiempos, al adolescente y al joven se le llamó Krishna, como abreviatura de su largo nombre. Más tarde se utilizó Krishnaji, que en la India es un apelativo honorífico y no un diminutivo, como a menudo se cree. No obstante, cuando se refería a sí mismo (generalmente en tercera persona), lo hacía simplemente como “K”, y éste y Krishnaji eran los nombres que indistintamente empleaban quienes se relacionaban con él.

El lector advertirá que son escasas las fotografías de Krishnamurti pertenecientes al periodo medio de su vida. Durante la primera época se le había retratado profusamente, y en la mediana edad rehusó dejarse fotografiar. Su modestia innata lo llevó en cierto momento incluso a probar hablar desde detrás de una pantalla o una cortina. Finalmente consideró que era una actitud falsa, y salió de detrás de ella.

Fue también relativamente tarde cuando accedió a utilizar altavoces, o a que se grabaran sus charlas. Entre 1933 y 1967 se recogían en taquigrafía, y eran posteriormente transcritas y publicadas como *Verbatim Reports*, es decir reproducciones literales. Años después, sus charlas, diálogos y sesiones de preguntas y respuestas se recopilaron para su difusión en formato de libro. Muchos de estos libros, traducidos a diversos idiomas, están a la venta en librerías de todo el mundo.

Aunque Krishnamurti siempre impartió sus charlas en inglés, hablaba con fluidez francés e italiano, y también un poco de español. Su lengua nativa, el télugú, la acabó olvidando por falta de práctica, pero apreciaba el sánscrito, y sus cánticos especialmente.

En una época más tardía de su vida, Krishnamurti aceptó de buen grado las molestias que la tecnología del vídeo y de la cinematografía le impusieron, y fue infinitamente paciente con sus demandas.

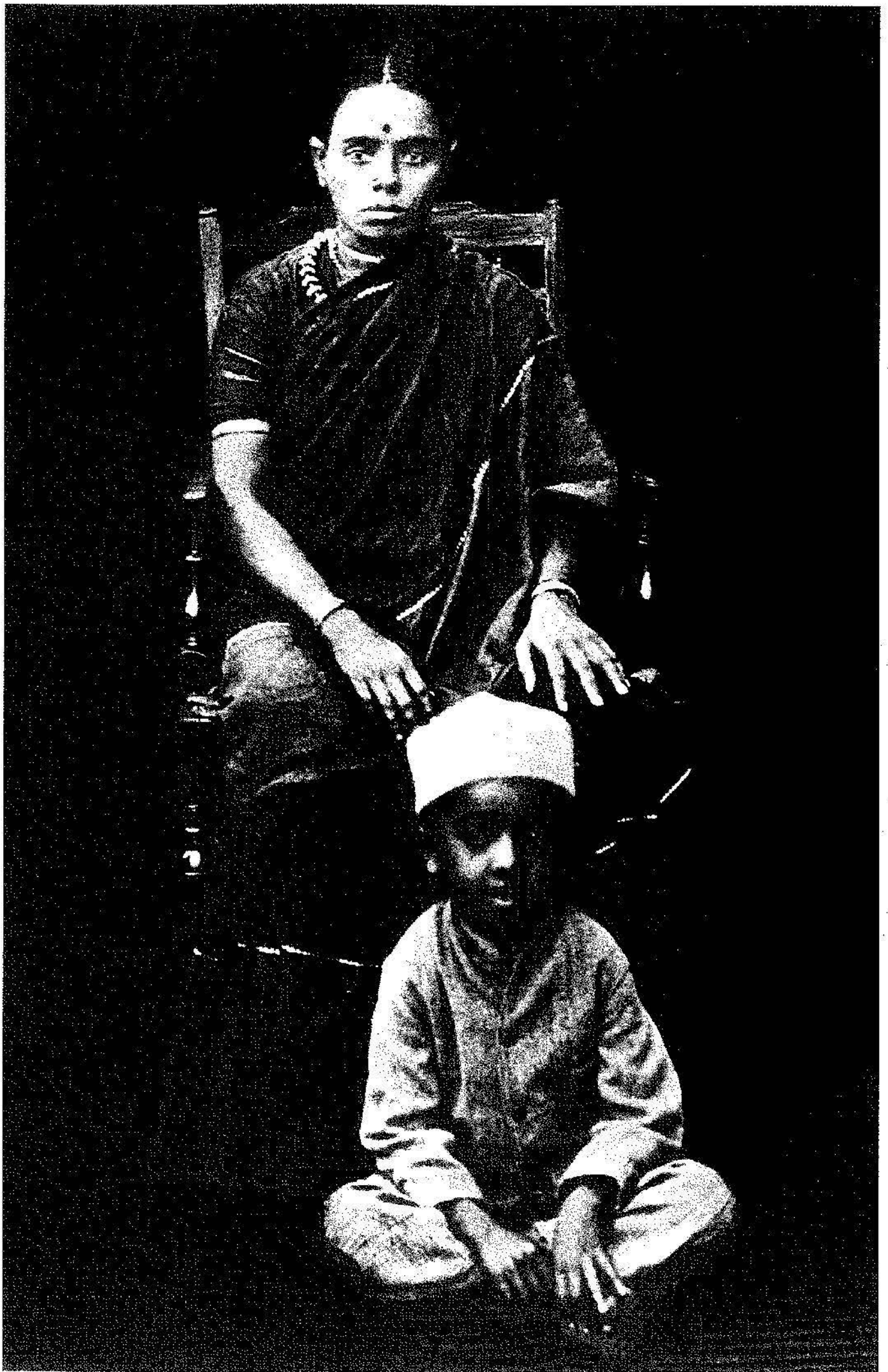
El impacto que tuvo sobre el siglo xx una vida tan compleja como la de Krishnamurti exige que ésta sea relatada desde diferentes puntos de vista: a través de muchas voces, ya que una sola no puede hacerle justicia. Este libro, por medio de sus testigos, hace precisamente esto; y aunque quizá esas voces no sean capaces de comunicar totalmente la esencia completa de este gran hombre y de su enseñanza, es de esperar que el lector pueda captar la fugaz fragancia de su perfume.

Ha sido difícil eliminar o recortar las palabras de los testigos, pues es inmensa la riqueza y profundidad de percepción que late en los numerosos artículos, entrevistas y conversaciones que han aportado. Hacer una selección de entre los voluminosos escritos de Krishnamurti ha resultado doloroso; una hubiera querido incluirlos todos por su maravillosa diversidad. Afortunadamente, todos ellos están disponibles en las bibliotecas y archivos de las Fundaciones Krishnamurti de la India, Inglaterra, Holanda y Estados Unidos, y también es abundante el material que los Comités Krishnamurti que existen en Europa tienen en su haber.

Krishnamurti pasó la mayor parte de su vida rodeado de gente. Sin embargo, y pese a toda la atención de que fue objeto, esencialmente continúa siendo un misterio. Él se mostró esquivo, y muchas veces ambiguo, en cuanto a quién era, y todo el estudio de los últimos cien años no ha logrado llegar al fondo de ese misterio. Tal vez sea mejor así. Como él dijo: «Lo importante son las enseñanzas, no el maestro».

EVELYNE BLAU, LOS ÁNGELES, 1995

PARTE I: *El primer paso...*



*Un invitado soy
en este mundo de cosas transitorias,
libre de la traba de sus enredos.
No soy de ningún país;
no hay fronteras que me detengan.*

EL AMIGO INMORTAL, 1928

DE LA NIEBLA DEL MITO y la memoria emerge la historia de Krishnamurti como un sueño largo tiempo olvidado: la historia de un niño frágil, perdido ante el mundo, pero encontrado en una playa en la Bahía de Bengala. Los sucesos que acontecieron, y que empezaron con su nacimiento en 1895, tienen en verdad una cualidad mítica; cada año que pasa añade una nueva capa de comprensión, y retiene a la vez en el centro un núcleo de misterio.

La historia del octavo hijo de una familia "brahmán" ortodoxa comienza con su nacimiento y la elección de un nombre seis días más tarde. El dios pastorcillo Krishna había nacido a su vez en octavo lugar, y, en honor a la tradición hindú, al niño se le llamó Krishnamurti (encarnación de Krishna).

La madre, Sanjeevama, era una mujer fervientemente religiosa, a quien se le atribuía la capacidad parapsicológica de ver el aura de las personas. Su octavo hijo, intuyó, habría de ser un raro y especial ser humano. Insistió, ignorando las objeciones de su marido, Narayaniah, en que el niño naciera en la sala de *puja* de su pequeña casa en el Sur de la India, en Madanapalle. Se trataba de algo totalmente extraordinario. La sala de *puja*, el venerado corazón del hogar, era exclusivamente un lugar de culto, en el que sólo se podía entrar después del baño ritual y ataviado con ropas limpias; el que ocurriera en él un nacimiento se consideraría una profanación. Aun así, Sanjeevama se mantuvo inflexible, y poco después de la medianoche —a las doce y media de la madrugada del 12 de mayo de 1895 (11 de mayo en el calendario indio)— la comadrona que asistía el parto anunció al esposo, que esperaba afuera: «¡*Sirsodayam!*», queriendo decir que ya se veía la cabeza.

Según la tradición hindú, ése es el preciso instante del nacimiento, y para hacer la carta astral del niño era necesario saber la hora exacta. Y así, en la penumbra de aquella estrecha habitación, vino al mundo el bebé tan querido de su madre, en medio de la parpadeante luz de unas lamparillas de aceite.

Al día siguiente, Kumara Shrowthulu, un conocido astrólogo de la zona, predijo que Krishnamurti sería un gran maestro, pero sólo después de superar formidables obstáculos. A medida que Krishnamurti crecía, aquella posibilidad parecía cada vez más remota, pues el niño de carácter ausente, soñador, y de pocas luces aparentemente, si a alguien se asemejaba era a su retardado hermano menor, Sadanand. El hermano que seguía a éste, Nityananda, era un niño enérgico e inteligente y, a pesar de que sus caracteres fueran tan dispares, sentía devoción por su hermano mayor. Era él quien con dulzura conducía a Krishnamurti a casa cuando lo encontraba al borde de la carretera abstraído en sus sueños.

El niño, que a la edad de dos años a duras penas había logrado sobrevivir a un ataque de malaria, fue desarrollando una constitución enfermiza. Se aferró

PRIMERA FOTOGRAFÍA QUE SE
CONOCE DE KRISHNAMURTI
CON SU MADRE,
SANJEEVAMA, HACIA 1900.

a su madre, y como pronto mostrara una profunda inclinación religiosa, solía acompañarla al templo. Debido a la frecuencia con la que la nariz y la boca le sangraban y a sus reiteradas fiebres, a menudo faltaba a la escuela; en una ocasión, durante todo un año. Eran unos comienzos poco propicios para su vida escolástica.

A los seis años pasó por la investidura del hilo sagrado, el cordón brahmánico, *Upanayanama*. Esta ceremonia de iniciación a los ritos del sacerdocio es el primer paso en la vida de un niño "brahmán", que en todos los casos nace sacerdote. Su padre, Jiddu Narayaniah, la describe así:

Se bañó al niño y se lo vistió con ropas nuevas; si los padres pueden permitírselo, se usan ricas vestimentas para la ocasión. Se hizo entrar a Krishnamurti, que se sentó sobre mis rodillas, mientras yo sostenía en la mano extendida una bandeja de plata cubierta de granos de arroz. Su madre, sentada a mi lado, tomó el dedo índice de su manita derecha y con él trazó la palabra sagrada AUM [...].²

La familia se había trasladado a la cercana ciudad de Cudappah cuando, en 1905, ocurrió lo impensable. Krishnamurti tenía diez años cuando su madre murió. Esta pérdida le hizo aferrarse más que nunca a su hermano menor, el vital y afectuoso Nitya. Narayaniah describe cómo, tras la muerte de la madre, Krishnamurti solía verla con frecuencia:

Tenemos la costumbre de depositar sobre una hoja una porción de la comida preparada para la familia, y de colocarla junto al lugar donde yacía el fallecido; y eso hicimos en el caso de mi esposa. Entre las nueve y las diez de la mañana del tercer día, Krishna se disponía a bañarse. Entró en el cuarto de baño, y apenas se había echado unas jarras de agua sobre la cabeza cuando salió corriendo, desnudo, cubierto sólo con un taparrabos, y chorreando. La casa donde vivíamos en Cudappah era larga y estrecha, y las habitaciones estaban dispuestas en hilera, una a continuación de otra, como los compartimentos de un tren. Según Krishna pasó corriendo a mi lado, le sujeté la mano y le pregunté qué sucedía. Me dijo que su madre había estado en el cuarto de baño con él, y que, al salir ella, la había acompañado para ver qué iba a hacer. Le contesté: «¿No te acuerdas de que a tu madre la llevamos al campo de incineración?». «Sí –dijo–, me acuerdo, pero quiero ver adónde va ahora.» Lo dejé ir, y lo seguí. Al llegar a la tercera habitación, se detuvo. Era el lugar donde mi esposa solía extender sus saris para que secaran durante la noche. Krishna se quedó mirando algo fijamente, y le pregunté qué pasaba. Respondió: «Mi madre está quitándose las ropas mojadas y poniéndose ropa seca». Después entró en el siguiente cuarto y se sentó junto a la hoja en la que estaba depositada la comida. Permanecí de pie a su lado unos minutos, y dijo que su madre estaba comiendo. Al cabo de un rato se levantó y se dirigió hacia la escalera, y lo seguí hasta allí. Subió unos peldaños y se detuvo; dijo que ya no la veía.³

A los dieciocho años, cuando Krishnamurti vivía en Varengeville, Normandía, y no quedaban aún demasiado lejos los sucesos de la niñez, empezó a escribir un relato de los primeros tiempos que recordaba. Lo tituló *Cincuenta años de mi vida*, aparentemente con la intención de continuar el relato en años sucesivos. No lo hizo. Aun así, las poco más de una docena de páginas contienen sus recuerdos de importantes acontecimientos de aquella época.



MADANAPALLE, LUGAR DONDE NACIÓ KRISHNAMURTI, EN ANDHRA PRADESH, LA INDIA. LA FOTOGRAFÍA FUE TOMADA EN 1988. POSTERIORMENTE, LA FUNDACIÓN KRISHNAMURTI DE LA INDIA HA ADQUIRIDO EL EDIFICIO Y LO HA RESTAURADO PARA UTILIZARLO COMO BIBLIOTECA Y CENTRO DE ESTUDIO.

Fifty years of my life. Varengeville
July 10th 1915

The happiest memories of my childhood centre round my dear Mother, who gave us all the loving care for which Indian mothers are well-known. I cannot say that I was particularly happy at school, for the teachers were not very kind & gave me lessons ^{which were} too hard for me. I enjoyed games as long as they were not too rough as I had very delicate health. My mother's death in 1905 deprived my brothers and myself of the one who loved & cared for us most, & my father was too much occupied with his business to pay much attention to us. I led the usual life as an ordinary Indian youth until I came to Adyar in 1908. Adyar was of special interest to me as my father used to attend the conventions of the Theosophical Society there. He also held meetings in our house at Madanapalle for the study of Theosophy & I learnt about Adyar from my mother & from him. My mother had a pūja-room where she worshipped regularly; in the room were pictures of the Indian Deities & also a photograph of Mrs. Besant in Indian dress sitting cross-legged on a chouki or small platform on which was a tiger-skin. ~~My~~ I was generally at home while my brothers ^{were} at school, for I suffered much from fever—in fact almost every day, & I often went into the pūja-room about noon when she performed her daily ceremonies. She would then talk to me about Mrs. Besant & about Karma & Reincarnation, and also read to me from the Muhābhārata & Rāmāyana & from other Indian Scriptures. I was only about 7 or 8 years of age, so I could not understand much, but I think I felt much that I could not actually understand.

Cincuenta años de mi vida. Varengeville,

10 de julio de 1903

Los recuerdos más felices de mi niñez giran en torno a mi querida madre, que nos dio todo el cariño y el cuidado por los que son bien conocidas las madres indias. No puedo decir que me sintiera especialmente contento en la escuela, ya que los profesores no eran muy amables, y lo que explicaban me resultaba demasiado difícil. Disfrutaba de los juegos, mientras no fueran excesivamente bruscos, pues tenía una salud muy delicada. La muerte de mi madre en 1905 nos privó a mis hermanos y a mí de la persona que más amor y cuidados nos daba, y nuestro padre estaba demasiado ocupado con sus asuntos como para poder dedicarnos mucha atención. Llevé la vida normal de un muchacho indio hasta que llegué a Adyar en 1908. Adyar tuvo para mí un especial interés, ya que mi padre solía asistir a las convenciones de la Sociedad Teosófica que se celebraban allí. También organizaba encuentros en nuestra casa de Madanapalle, y yo les había oído hablar de Adyar a mi madre y a él. Mi madre tenía una sala de puja en la que realizaba sus cultos con regularidad; en la estancia había estampas de las deidades hindúes, y también una fotografía de la señora Besant ataviada con vestimentas indias y sentada con las piernas cruzadas sobre un chowki, o pequeña plataforma, cubierto con una piel de tigre. Generalmente me quedaba en casa mientras mis hermanos estaban en la escuela, ya que padecía fuertes fiebres -de hecho, casi a diario-, y solía entrar en la sala de puja hacia el mediodía, cuando mi madre realizaba sus ceremonias cotidianas. A menudo me hablaba de la señora Besant, del karma y la reencarnación, y me leía a veces pasajes del Mahabharata, del Ramayana y de otras escrituras hindúes. Yo tenía sólo siete u ocho años, y no era capaz de comprender demasiado, pero creo que sí sentía mucho de lo que en realidad no podía entender.

DOS AÑOS MÁS TARDE, EN 1907, a Narayaniah le obligaron a jubilarse con una exigua pensión de ciento doce rupias, la mitad de su anterior salario. Aunque era “brahmán” ortodoxo, en 1882 se unió a la Sociedad Teosófica, que acogía a todas las religiones. Escribió a Annie Besant, presidenta de la Sociedad, solicitando permiso para vivir en el complejo residencial a cambio de su trabajo como ayudante del secretario de archivos de la sección esotérica de la Sociedad Teosófica. Después de rechazar varias veces su petición, alegando que no había ninguna escuela cercana a la que pudieran asistir sus hijos, aceptó, y la familia se trasladó a una pequeña casa situada justo tras los muros de la propiedad.⁴

LAS RAÍCES DE LA TEOSOFÍA son largas y profundas, varios siglos más antiguas que la fundación de la actual Sociedad Teosófica, que se produjo en 1875 en la ciudad de Nueva York. Los fundadores de la Sociedad fueron Helena Petrovna Blavatsky y el coronel Henry Steel Olcott. Olcott, un imponente hombre de larga barba que había combatido en la Guerra Civil americana, y que había sido uno de los tres miembros del comité de investigación encargado de esclarecer el asesinato de Abraham Lincoln, se sentía profundamente interesado por los temas en auge de la época: la clarividencia y el espiritismo. Empezaron a circular acalorados relatos de inusuales sucesos ocurridos en la granja de la familia Eddy, en Chittenden, Vermont, a unos cientos de kilómetros de Nueva York, donde se aseguraba que se habían visto fantasmas. Los periodistas de la zona, sin pérdida de tiempo, informaron sobre aquellas apariciones de espectros a un público que escuchaba sin aliento. Llevado en parte por su propio interés, y actuando a la vez como periodista, Olcott se dirigió a la granja de los Eddy. Fue allí donde vio por primera vez a Helena Petrovna Blavatsky.

Iba vestida con una camisa de estilo Garibaldi de color escarlata. Su “inmenso rostro calmuco”, de pálidos e hipnóticos ojos, estaba rodeado de una espesa mata de cabello rubio que le llegaba hasta los hombros... «Se destacaba sobre su cabeza, suave como la seda y ondulado hasta las raíces, igual que el vellón de una oveja de Cotswald.» No era la imagen habitual de la feminidad del siglo XIX. Cuando salió con su acompañante, de habla francesa, a liar un cigarrillo al aire libre y Olcott la vio buscando las cerillas, se acercó: «Permettez-moi Madame», y le ofreció fuego. Mientras paseaban por los alrededores aquella tarde, él con su pipa y ella con su sempiterno cigarrillo, descubrieron lo mucho que tenían en común.

La exuberante y célebre Blavatsky, proveniente de la aristocrática familia Dolgorukov y de la familia militar Von Hahn de Rusia, era monumental en cuanto a constitución y a poderes mentales. Escandalizaba e intrigaba a cuantos la conocían con relatos de sus correrías a través de las estepas a lomos de caballos cosacos, de sus viajes a Egipto y al Tíbet en busca de los altamente evolucionados y recónditos “Maestros de la Verdad”, y haciendo surgir cartas y objetos aparentemente de la nada. Sus viajes en solitario eran algo insólito en una mujer del siglo XIX; pero Helena era una mujer excepcional. Aseguraba haber tenido contacto y haber estudiado con *gurúes*, chamanes y maestros de lo sobrenatural en ocultos refugios de las montañas. En Olcott encontró un estabilizador centro de gravedad después de años de desasosiego, en los que vivió como pudo, haciendo dudosas exhibiciones de sus facultades de médium y provocando sospechosas “apariciones”. Esta compleja mujer, en gran parte genuina vidente y visionaria, pero con el aire del charlatán, fundó junto con Olcott la Sociedad Teosófica. Sus objetivos principales eran: buscar la verdad en las antiguas religiones orientales; investigar las leyes de la naturaleza que nunca



HELENA PETROVNA BLAVATSKY FUNDÓ LA SOCIEDAD TEOSÓFICA EN 1875. LA EXUBERANTE Y CÉLEBRE BLAVATSKY ERA MONUMENTAL EN CUANTO A CONSTITUCIÓN Y A PODERES MENTALES.

habían sido explicadas, y promover la hermandad universal del hombre, sin tener en cuenta raza, credo, sexo o casta. ¡Nobles ideales, frente a la avalancha de fervientes misioneros varones y cristianos, y en un tiempo en el que a cualquier religión que no fuera el cristianismo se le otorgaba escaso respeto! «El logro de estos principios—declaró Blavatsky— hará pedazos los férreos grilletes de los credos y los dogmas, de los prejuicios sociales y de casta; derribará las antipatías y barreras raciales y nacionales, y abrirá un camino para la realización práctica de la Hermandad de todos los hombres.»

La creación de la Sociedad Teosófica llevó a la ahora centrada Helena Petrovna Blavatsky—H.P.B., como se la llamaba— a emprender la redacción de sus colosales obras maestras *Isis sin velo* (1877) y *La doctrina secreta* (1888). Estas magníficas obras de erudición continúan siendo hoy día los pilares del pensamiento teosófico.

La joven Annie Besant recibió el encargo de W.T. Stead, periodista y editor del audaz noticiario londinense *Review of Reviews*, de escribir una crítica de *La doctrina secreta*. A medida que pasaba las páginas empezó a sentirse «deslumbrada, cegada por una luz en la que los innumerables hechos inconexos se veían como partes de un poderoso todo [...]». Todas las incógnitas, los enigmas y problemas que la abrumaban parecieron desvanecerse por completo.

La enérgica Annie Besant contaba ya con una gran reputación en la Inglaterra victoriana. Tras una profunda crisis de conciencia había perdido la fe, rehusando desde entonces comulgar o asistir a los sermones de su marido, el reverendo Frank Besant. Sufría largos períodos de depresión. Los dolores de cabeza la atormentaban, y se negaba a salir de su habitación en penumbra. Finalmente escapó de la situación; abandonó a su esposo en 1873 y emprendió una extraordinaria serie de actividades, que la impulsaron a convertirse en entusiasta oradora y activista, versando sus discursos sobre temas que iban, desde el ateísmo, a la defensa de la labor social organizada, mediante el apoyo a una huelga iniciada por las trabajadoras de la fábrica de cerillas Bryant and Mays. Sufragista apasionada en los albores del feminismo, provocó una gran controversia al publicar el «Panfleto Knowlton» sobre el control de natalidad. Posteriormente se afilió a la Sociedad Socialista Fabiana, junto con Sidney Webb y George Bernard Shaw,⁵ quien trabajaba en estrecha colaboración con Besant y, al decir de algunos, era su amante.

En 1888 se concertó una cita entre Blavatsky, que para entonces se había trasladado a vivir a Londres, y Besant. El encuentro evidenció la perfecta sintonía entre el sentir de las dos mujeres, e inmediatamente Besant se convirtió en discípula de aquélla. En 1907, tras la muerte de Blavatsky y de Olcott, Besant, dotada con una excelente capacidad organizativa, fue nombrada presidenta de la Sociedad Teosófica. Shaw comentó: «La señora Besant es una mujer de carácter firme y resuelto. Siempre que se acercaba a un grupo lo hacía al asalto, y, antes de que los asombrados espectadores sospecharan siquiera que su antigua fe se tambaleaba sin remedio, ella había empezado ya a predicar la nueva».

Viajó incansablemente por todo el mundo, y, al fin, su religiosidad innata encontró su hogar espiritual en la India. Oradora dinámica y persuasiva, atrajo a miles de personas durante sus viajes. Para el año 1909, expresaba sus expectativas respecto al nuevo milenio, proclamando la venida del “maestro del mundo”. Dijo:

Quisiera pedirles que reflexionaran sobre si es tan extraño o imposible que en nuestros días, como ha ocurrido en tiempos anteriores, un poderoso maestro



LA JOVEN ANNIE BESANT, PERIODISTA, EDITORA, SUFRAGISTA Y MIEMBRO DE LA SOCIEDAD FABIANA, FUE NOMBRADA PRESIDENTA DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA EN 1907, TRAS LA MUERTE DE SUS FUNDADORES.

venga al mundo a ofrecer su inspiración y su ayuda. Somos muy propensos, debido a nuestro gran orgullo intelectual y nacionalista, a considerarnos demasiado insignificantes como para ser bendecidos con la presencia de un maestro del mundo; y sin embargo, si antes vino, bajo circunstancias idénticas a las que en este momento empiezan a aparecer en la Tierra, ¿qué razón hay para que esta época quede excluida de la serie, y para que aquello que anteriormente ha sucedido le sea negado a nuestra generación?²⁶



C.W. LEADBEATER (ARRIBA) FUE ATRAÍDO A LA ÓRBITA BLAVATSKY E INGRESÓ EN LA SOCIEDAD TEOSÓFICA EN 1883. RECONOCIÓ SEÑALES DE GRANDEZA ESPIRITUAL EN EL JOVEN KRISHNAMURTI (BAJO ESTAS LÍNEAS) AL VERLO EN 1909 EN UNA PLAYA DE LA BAHÍA DE BENGALA.



El compendio de avatares hindúes que, según la leyenda, regresaron una y otra vez para salvar a la humanidad cuando ésta lo necesitaba, mezclado con las expectativas mesiánicas judeocristianas y el pensamiento budista, dieron lugar a un creciente interés en la venida del maestro del mundo.

El último integrante del cuarteto teosófico fue Charles Webster Leadbeater, coadjutor de la iglesia anglicana. Él también fue atraído a la órbita Blavatsky, e ingresó en la Sociedad en 1883. Su interés por el espiritismo y por “el lado oculto de las cosas” le hizo abandonar la iglesia y viajar con Blavatsky a la India. Allí, bajo el cálido Sol indio, la clarividencia y las facultades parapsicológicas que se le atribuían florecieron. Tras una estancia de casi cinco años, regresó a Inglaterra, donde estableció una estrecha relación con Annie Besant, siendo coautor de muchos de sus libros. Ambos ahondaron en los fenómenos parapsicológicos, principalmente en la investigación de vidas pasadas, tanto las suyas propias como las de otros cercanos colaboradores. Parece ser que Annie se hizo cada vez más dependiente de C.W.L. —como se le llamaba—. A medida que se fue involucrando en los asuntos políticos y sociales indios —fundó el Central Hindu College, apoyó los derechos de las mujeres y abogó por el autogobierno de la India—, empezó a depender cada vez más de él para obtener una guía visionaria y un estrecho contacto con los maestros.

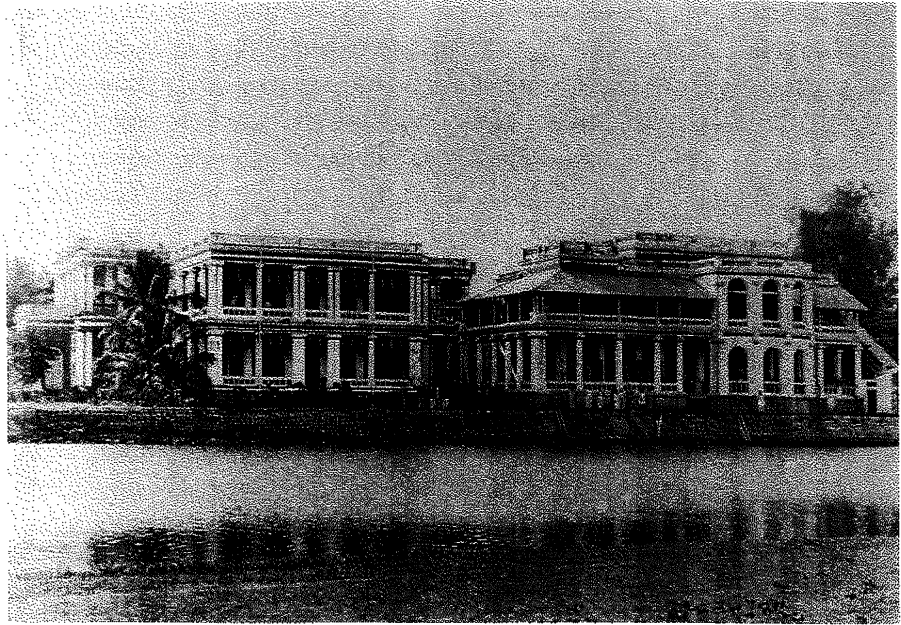
Durante siglos, tanto en Europa como en Oriente, las enseñanzas arcanas hablaron de una “Hermandad Secreta”, de una “Gran Logia Blanca”, una compleja jerarquía de maestros de lo oculto que ejercían su influencia benéfica para ayudar a la humanidad. Por encima de ellos, en un orden de complejidad ya asombrosa, reinaban cohortes de seres invisibles; y en la cúspide, finalmente, se hallaba el Señor del Mundo.

A pesar del innegable talento de Leadbeater como escritor, conferenciante y clarividente, lo envolvía una nube que, al disiparse, revelaba un interés pedófilo por los muchachos de corta edad. Se presentaron cargos contra él, acusándolo de inmoralidad, y dimitió de la Sociedad en 1906. Aunque negó enérgicamente los cargos, la sombra de la sospecha y de la duda era no obstante tan grande que no pudo permanecer en una sociedad que ponía enorme énfasis en la pureza mental, física y sexual. C.W.L. tenía numerosos seguidores que consiguieron mantenerlo a flote hasta que Annie Besant fue elegida presidenta en 1907. Tras la conmoción inicial al conocer las acusaciones, Annie pronto se convenció de su inocencia y corrió a su lado. Después de muchas presiones fue capaz de conseguir su readmisión. Leadbeater regresó a Adyar en 1909. Su presencia como fuerte brazo derecho era muy necesaria, y la alianza entre ellos fue sólida hasta el final.

En la enrarecida atmósfera de maestros ocultos, *chelas*, *arhats* y discípulos, surgió un evidente patrón de “devenir espiritual”. Generalmente se sabía quién era un iniciado y quién no, así como quién se había sumado a la investigación de C.W.L. de “vidas pasadas”. Había un patrón jerárquico firmemente establecido.



RECINTO DE LA SOCIEDAD
TEOSÓFICA A LAS ORILLAS
DEL RÍO ADYAR EN MADRÁS,
LA INDIA, 1911.



En aquel ambiente, el estribillo constantemente recitado por Annie Besant sobre la venida del maestro del mundo inflamó y acrecentó el sentimiento de anhelo y esperanza tan característico de las expectativas que despertó la proximidad del nuevo milenio. Ella aseguraba haber oído insinuar a Blavatsky que la S.T. (como se designaba a la Sociedad Teosófica) se había fundado con el propósito de preparar al mundo para el advenimiento del mesías y para una “raza radical”, altamente evolucionada, que sería el prototipo de una nueva humanidad. Detrás del mundo visible, declaraba, existe una gran jerarquía rectora, y, milenio tras milenio, un avatar, o maestro del mundo, era enviado a fin de auxiliar a la humanidad en momentos de necesidad acuciante, requiriendo cada era y cada civilización un maestro acorde con los tiempos: un Buda, Mahoma, Cristo, Moisés o Sri Krishna.⁷

C.W.L. había sido informado por su amigo holandés Johann van Manen, que residía entonces en Adyar, de que había algunos niños, hijos de padres teosóficos, a los que quizá fuera interesante dar una educación especial. Narayaniah y su familia ya se habían mudado a la casa contigua al recinto de la S.T. Leadbeater, Van Manen y el asociado Ernest Wood bajaron a la playa una tarde de 1909. Mientras paseaban, se oían las voces de un grupo de niños que jugaban a la orilla del agua. Fue entonces cuando Leadbeater se fijó en dos muchachos indios: Krishnamurti y Nityananda. Se quedó profundamente asombrado ante el tamaño y la pureza del aura del mayor; un nimbo tan radiante que, declaró, era el más maravilloso que había visto jamás. No contenía, dijo, una sola partícula de egoísmo. Sin duda no fue el atractivo físico del muchacho lo que resultó tan extraordinario, ya que en aquella época Krishnamurti era un niño esquelético, mal alimentado y con los dientes torcidos; no era en absoluto el deslumbrante joven en el que se convertiría.

Wood expresó su sorpresa al presenciar el interés que Leadbeater mostró por Krishnamurti, pues llevaba un tiempo ayudando a los dos muchachos con sus tareas escolares, y a éste lo consideraba particularmente torpe.

Poco después se decidió que Krishnamurti y su hermano Nityananda fueran sacados de la escuela local a la que asistían y educados en las instalaciones de la S.T. El joven Krishnamurti, a quien se consideraba vacío, estúpido, e incluso en palabras del propio Krishnamurti, “un imbécil”, lo pasaba mal en

(PÁGINA OPUESTA): LA VERJA
A LA ENTRADA DE LA PLAYA
EN LA BAHÍA DE BENGALA.

la escuela. Su carácter ausente y olvidadizo hacía que su brutal profesor lo castigara a menudo, golpeándole la mano con la palmeta, y lo echara de clase llorando. Si nadie se acordaba de ir a llamarlo, se quedaba allí, donde se le había mandado, hasta que caía la noche; entonces su amado hermano pequeño Nityananda salía a buscarlo y lo acompañaba a casa.

Éste era el contexto cuando los hermanos empezaron su nueva vida en la sede de la S.T. En un principio se consideró que se debía instruir sólo a Krishnamurti, debido al papel especial que habría de desempeñar. Él, sin embargo, rehusó acudir sin su hermano: «O venimos los dos, o no venimos ninguno», dijo. En aquel momento sólo hablaban telugú, la lengua de la parte del Sur de la India de la que procedían, y se pidió al joven inglés Russell Balfour Clarke que les enseñara la lengua inglesa y las costumbres occidentales.

Mientras tanto, la familia de Krishnamurti, conocida por diversos nombres —Jiddu, Giddu y Jeddu— seguía viviendo en la pequeña casa situada junto a los muros que rodeaban los edificios y tierras de la Sociedad.

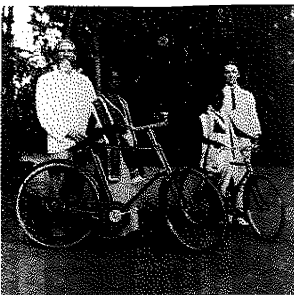
Durante una estancia en Adyar, Madrás, en el invierno de 1979, se me presentó la oportunidad de entrevistar al capitán Clarke, que por aquel entonces pasaba de los noventa años. “Dick”, como se le llamaba, había sido el tutor de Krishnamurti en los primeros tiempos, cuando el niño fue “descubierto” por la Sociedad Teosófica.

Dick describió las circunstancias que lo habían traído a Adyar en 1909, muy poco antes de que Krishnamurti, que entonces contaba catorce años, fuera visto jugando en la playa en la Bahía de Bengala, allí donde el río Adyar desemboca en el mar.

Siendo joven, un encuentro con el coronel Olcott en Londres había despertado el interés de Clarke por la Teosofía. Acababa de terminar su primer trabajo de ingeniería en Nairobi —el África Oriental Británica en aquel tiempo—, y tenía una oferta para construir centrales eléctricas en el Oeste africano. ¿Debía entregarse a su interés y ahondar en la Teosofía, o aceptar una promoción en su carrera de ingeniero? Sintió que se encontraba en una encrucijada.⁸

RUSSELL BALFOUR CLARKE

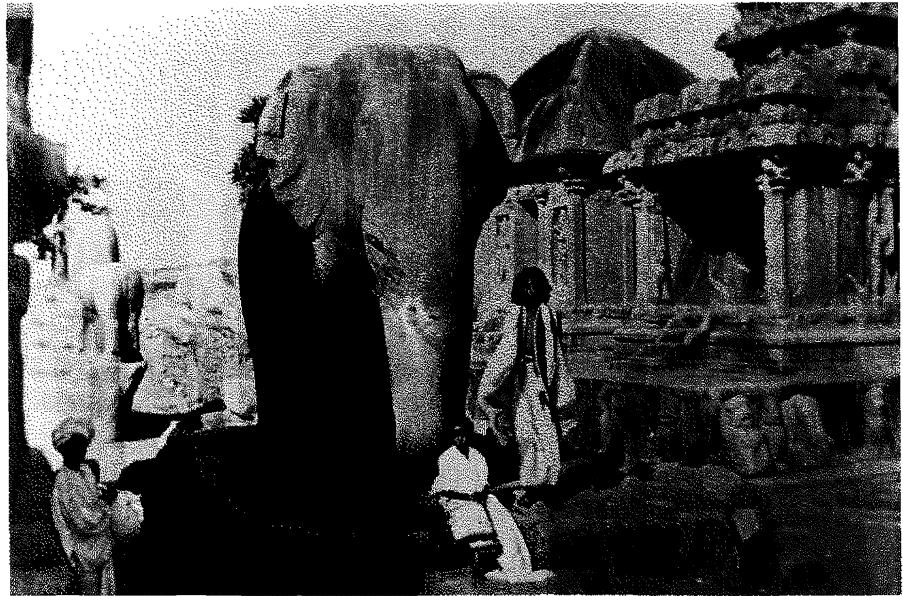
PRIMER TUTOR DE KRISHNAMURTI Y NITYANANDA



«TODAS LAS MAÑANAS A LAS SIETE SALÍAMOS A PASEAR EN BICICLETA, GENERALMENTE EN COMPAÑÍA DE NUESTRO AMIGO C.W.L.»
RUSSELL CLARKE

Escribí una carta a Annie Besant pidiéndole permiso para ir a verla; me invitó a que lo hiciera, y tuvimos una entrevista maravillosa. Lo cierto es que durante la entrevista sentí una enorme timidez; veía en ella una grandeza que yo no tenía, y no acababa de comprender que hubiera accedido siquiera a recibirme. Y entonces de pronto me miró y dijo: «Así que quiere usted lanzarse a la corriente de la Teosofía». «Sí, así es». Volvió a guardar silencio, y yo me sentí aún más abochornado; al cabo de un rato añadió: «Yo también lo hice, luego no soy quién para detenerlo». Se levantó, y siguió diciendo: «Tenemos que estudiar el asunto. ¿Cuál es su situación en este momento?». «Bueno —respondí—, me quedan unos cientos de libras del dinero que he ganado en África en mi primer trabajo. No tengo obligaciones que me retengan; la universidad ya la dejé, terminé el aprendizaje en los Ferrocarriles Metropolitanos, y acabo de completar un trabajo en África Oriental para la Compañía Eléctrica de Nairobi.» «Veremos qué se puede hacer», concluyó. Tres semanas más tarde nos encontramos en una reunión teosófica. Me pidió que me acercara y dijo: «Hoy me han sido

entregadas dos mil libras para que haga con ellas lo que quiera, y he pensado que quizá, si a usted le parece, podría invitarlo a que visitara la India y se quedara un tiempo en Adyar, en la sede de la Sociedad. «¡Ah!», exclamé. «¡Calma! —añadió—, no tiene que decidirlo ahora; piense en ello tranquilamente durante dos o tres días y, cuando decida si quiere ir o no, me lo comunica.» Lo consideré con el corazón, pero no había mucho que considerar. Decidí de inmediato que quería ir. Le escribí una carta, y en respuesta recibí una breve nota que decía: «Reúnase conmigo a las diez en la puerta de la nueva sede». Llegué a la acera exactamente cuando el Big Ben daba las diez campanadas. Un cabriolé de cuatro ruedas se detuvo a mi altura, y de él asomó una pequeña cabeza plateada: «Entonces, ¿se ha decidido?». «Sí», contesté. Me entregó... —tenía una forma de ser muy directa—, me entregó un sobre: «Aquí está el dinero para su pasaje; creo que un billete de segunda clase a la India británica será lo más indicado para un joven de su edad. Pida que se le proporcione una dieta vegetariana. Y ésta es una carta de presentación para mi agente en Adyar». De modo que zarpé en cuanto pude, y llegué a Adyar sin contratiempos.



ARRIBA: EN 1909, KRISHNAMURTI Y NITYANANDA VISITARON LAS SIETE PAGODAS DE MAHABALIPURAM CON UN GRUPO DE ADYAR.

PÁGINA SIGUIENTE: EXTRACTO DEL DIARIO DE KRISHNAMURTI DE SUS MEMORIAS MÁS ANTIGUAS, ESCRITAS CUANDO TENÍA 18 AÑOS.

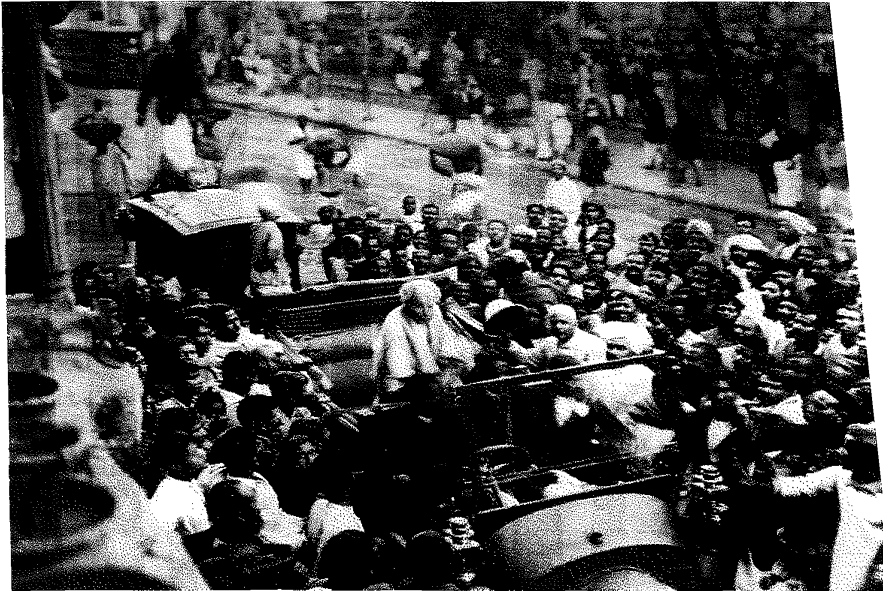
Desde aquel instante no volví a mirar atrás. Me pasaba el día —día tras día— con C.W.L. en el bungalow octogonal, situado al Este del edificio central, en la orilla del río Adyar. Y un día, estando allí, me fueron presentados dos niños indios muy tímidos: Krishnamurti y su hermano menor Nityananda. Cuando se marcharon, Leadbeater me explicó algo acerca de ellos; me contó cómo su amigo holandés Johann van Manen, que vivía en la habitación contigua, le había sugerido a C.W.L. que lo acompañara un día a la playa a nadar, porque solía haber allí una serie de interesantes muchachos, entre los que quizá hubiera algunos hijos de padres teósofos que le llamaran la atención. Así pues, bajaron a la playa y observaron a un grupo de entre diez y quince jóvenes “brahmanes” de lengua telugú y otros niños retozando en el mar. De pronto Leadbeater reparó en uno de ellos, a simple vista un niño más bien flaco, con la parte delantera de la cabeza afeitada y una coleta. Tendría alrededor de trece años (de hecho catorce, pero parecía mucho más joven), y estaba con él su hermano pequeño. Vio que rodeaba al niño un aura de tal brillantez y gloria como, aseguró, nadie en Adyar tenía, y aquello le pareció tan extraordinario que inmediatamente se hizo amigo de los dos hermanos. Luego aconteció el que sus maestros, el

When we first went to Adyar we lived ~~not~~ in a house close to the new printing press. Every day ^{we} walked to the Mylapore high school. In the early mornings & in the evenings we prepared our home lessons. After some time we began to paddle in the sea with some other boys who lived near. On one of these occasions, in the year 1909, we met for the first time my dear friend & elder brother Mr. C. W. Leadbeater. The meeting was quite casual. As far as I remember he was going down to the sea with Mr. Van Manen & others to have a swim. I do not remember any particular conversation, especially as I did not know English at all well. After this we met very often & he sometimes invited us to his house or rather bungalow. He ~~is~~ was living at the time of which I write in what is known as the river bungalow. When I first went over to his rooms I was much afraid, for most Indian boys are afraid of Europeans. I do not know how it is that such fear is created, but apart from the difference of colour which is no doubt one of the causes, there was ~~was~~ when I was a boy much political agitation & our imaginations were much stirred by the gossip about us. I must also confess that the Europeans in India are by no means generally kind to us, & I used to see many acts of cruelty which made us still more bitter. I wish the English people in India could understand that Indian boys have as deep a love for India as the English have for their own country, & feel as deeply any insult however unintentional.

It was a surprise to us, therefore, to find how different was the Englishman who was also a Theosophist. We soon became very friendly with Mr. Leadbeater, & he helped us regularly with our lessons. Sometime later Mr. R. B. Clarke, a young engineer, arrived at Adyar & it was arranged with my father that my brother Nitya & I should leave school & be taught at Adyar by Mr. Leadbeater & Mr. Clarke. We soon began to make much better progress, than we had ever made before. Life became very regular. We came to Mr. Leadbeater's bungalow ^{partly} in the morning, studied until what might be called breakfast, ~~at~~ which we took at home, & then returned to him. In the afternoon we played tennis or went to the sea to learn swimming.

Al principio de llegar a Adyar vivíamos en una casa próxima a la nueva imprenta. Cada día íbamos caminando al instituto de Mylapore. Por la mañana temprano y al atardecer hacíamos las tareas escolares. Al cabo de un tiempo, empezamos a ir a chapotear en el mar con algunos otros niños que vivían cerca. En una de aquellas ocasiones, en el año 1909, tuvimos nuestro primer encuentro con mi querido amigo y hermano mayor el sr. C.W. Leadbeater. Fue un encuentro bastante casual. Por lo que recuerdo, él había bajado a la playa a darse un baño con el sr. Van Manen y otros. No me acuerdo de que mantuviéramos ninguna conversación en particular, sobre todo teniendo en cuenta que yo no hablaba inglés nada bien. Después de esto nos veíamos muy a menudo, y a veces nos invitaba a su casa, o más bien bungalow. Vivía, en aquel tiempo del que hablo, en lo que se conoce como el bungalow del río. La primera vez que fui a sus habitaciones, me sentía asustado, pues la mayoría de los niños indios temen a la gente europea. No sé cómo llega a crearse ese miedo, pero, además de la diferencia de color, que es sin duda una de las causas, cuando yo era pequeño había una gran agitación política, y las murmuraciones que oíamos estimulaban peligrosamente nuestra imaginación. Debo confesar también que, por lo general, los europeos que viven en la India no son de ningún modo amables con nosotros, y yo solía ver numerosos actos de crueldad, que aumentaban aún más nuestra amargura. Ojalá que la gente inglesa de la India pudiera comprender que el amor de los niños indios hacia la India es tan profundo como el de los ingleses hacia su propio país, y que sienten con la misma intensidad cualquier insulto, por más involuntario que éste sea.

Fue para nosotros una sorpresa, por tanto, descubrir lo diferente que era aquel hombre inglés, que era también teósofo. Pronto nos hicimos muy amigos del sr. Leadbeater, y él nos ayudaba regularmente con nuestros estudios. Más adelante, llegó a Adyar un joven ingeniero, el sr. R.B. Clarke, y, tras consultar a mi padre, se acordó que mi hermano Nitya y yo dejáramos la escuela y fuéramos educados en Adyar, por el sr. Leadbeater y el sr. Clarke. No tardamos en hacer progresos como nunca antes lo habíamos hecho. La vida se volvió muy regular. Íbamos al bungalow del sr. Leadbeater por la mañana temprano, estudiábamos hasta la hora de lo que podría llamarse desayuno, que tomábamos en casa, y luego regresábamos a estudiar con él. Por la tarde jugábamos al tenis o bajábamos a la playa a aprender a nadar.



Maestro Kuthumi y el Maestro Djwal Kul, se le presentaran. «¡Así que los has encontrado! —le dijeron a C.W.L.—. Lo que supones es cierto; son especiales, y han sido guiados hasta Adyar junto con su padre, un hombre digno que vino a este lugar invitado por la señora Besant. Aquí están los muchachos, y, si es posible prepararlos, hay una labor muy importante que el mayor tal vez pueda llevar a cabo en el futuro.» Esto era todo cuanto el mismo Leadbeater sabía en aquel momento. Después me dijo: «¿Sabes?, has sido enviado aquí a ayudarme en una tarea extremadamente ardua; vamos a encontrarnos con una gran oposición por parte de los “brahmanes” ortodoxos de Adyar. La noción de casta es todavía muy fuerte, y el “brahmán” es muy severo respecto a ciertas cosas». Sin saberlo, estábamos atentando contra aquellos preceptos “brahmánicos”. Algunos “brahmanes” adoptaron una actitud hostil hacia Narayaniah, el padre de los chicos, por permitir que se los “desbrahmanizase” y contaminase hasta tal punto. A mis noventa y un años, trato de recordar estas cosas, y no es demasiado difícil, ya que muchas de ellas fueron tan impresionantes y hermosas.⁹

Otro acontecimiento en la vida de Krishnamurti durante aquella primera época fue su encuentro con Annie Besant. El 27 de noviembre de 1909, una pequeña multitud se había congregado en el andén de la estación para dar la bienvenida a la veterana presidenta de la Sociedad Teosófica a su regreso de Europa. Era una señora mayor, menuda, con la cabeza cubierta por un encrespado cabello de color blanco eléctrico; nada más bajar del tren, un esbelto y elegante muchacho indio, vestido con inmaculadas ropas indias de seda, le puso una guirnalda alrededor del cuello, y ella lo miró fijamente a los ojos por primera vez: unos ojos maravillosos, suavemente velados por unas preternaturalmente largas pestañas sedosas. De pie ante ella, la personificación misma de la joven aristocracia del Sur de la India juntó las palmas de las manos y se inclinó con el reverente saludo hindú; después se dieron la mano al estilo europeo.

[...] Su intuición infalible le permitió captar la situación al instante, y desde aquel momento acogió a Krishnamurti y a su hermano en una dulce y maternal intimidad que continuó hasta el fin. Siempre que su atareada vida lo permitía, también ella tomaba parte activa en la instrucción de los niños: sus dos pupilos. Acabó concibiendo la idea de asumir oficialmente, si nada lo impedía, la

completa responsabilidad en cuanto a su crianza y educación; de modo que se redactó un documento de beneplácito que J.-Narayaniah, el padre de los chicos, firmó, declarando que era deseo suyo que sus dos hijos pasaran a ser pupilos de la señora Besant [...]. Fue mi deber y privilegio en esta coyuntura mantener la requerida entrevista con J.-Narayaniah para plantearle la cuestión, y él, tras un primer momento de indecisión, aceptó. [Annie Besant fue nombrada tutora de los niños el 6 de marzo de 1910.]

Todos estos cambios sucedieron en medio de una atmósfera de murmuraciones y críticas constantes por parte de muchos, de quienes tal vez se podría decir que hubieran debido tener más juicio [...]. A partir de entonces, el aspecto de Krishnamurti empezó a cambiar notablemente. El cabello, que antes llevaba recogido en una coleta que caía de la nuca y le llegaba hasta más abajo de las rodillas, mientras que la parte delantera de la cabeza estaba afeitada, ahora se había dejado crecer por delante, y la parte posterior del pelo se había cortado a la altura de los hombros; lo llevaba con raya al medio y peinado hacia atrás.¹⁰

Leadbeater mostró gran interés por las anteriores encarnaciones de los hermanos, y cuando Narayaniah los trajo a su alojamiento en el bungalow octogonal, puso su mano sobre la cabeza de Krishnamurti y empezó a relatar sus vidas pasadas. Al parecer, muchos de los que entonces se hallaban en los círculos de la S.T., incluidos C.W.L. y Annie Besant, habían tenido relación directa con el niño en encarnaciones anteriores. A fin de identificar los diferentes personajes del reparto, a cada uno le fue asignado un nombre que permanecería constante a través de los continuos cambios de las sucesivas vidas. A Krishnamurti se le dio el de Alcione, a Nitya, el de Mizar; Leadbeater era Sirius, y Besant, Heracles. Se volvió un tema preocupante el de quién formaba parte y quién no de las *Vidas de Alcione*, dos tomos escritos por C.W.L. que supuestamente narraban cuarenta y ocho de sus reencarnaciones. Muchos miembros del grupo teosófico aparecían una y otra vez en los diversos contextos y relaciones que giraban en torno a la figura central, lo cual sólo incrementó un esnobismo espiritual que se extendió descontroladamente.

A esto siguieron muy pronto importantes sucesos. Poco después de que la señora Besant partiera de Adyar hacia Benarés, actualmente llamado Varanasi, recibió noticias de Leadbeater acerca de que el joven Krishnamurti estaba ya preparado para pasar por su primera iniciación la noche del 11 y 12 de enero de 1910. Los ritos y las ceremonias de iniciación siempre han desempeñado un importante papel en todas las sectas y religiones. Y así era también en la Sociedad Teosófica. Según ésta, esos ritos se dan en otra dimensión, desconocida para la conciencia ordinaria del estado de vigilia. A diferencia de la Primera Comuni3n, la Bar Mitzvah, o de los ritos de iniciación africanos, aquí el candidato está en comunicaci3n directa con los seres elevados, sin sacerdotes, rabinos o chamanes que actúen como intermediarios. Rápidamente Besant dio órdenes de que fueran sus propias habitaciones las que Leadbeater y el muchacho utilizaran en un momento tan crucial de su vida. Mientras Nitya y Clarke hacían guardia junto a la puerta, se dice que C.W.L. y Krishnamurti recibieron instrucci3n espiritual en el plano astral, y que durante dos noches y un día estuvieron la mayor parte del tiempo fuera de sus cuerpos, regresando sólo ocasionalmente, e incluso entonces de forma únicamente parcial, aunque lo suficiente para ingerir algo de alimento (leche templada sobre todo) que Clarke depositaba a sus cabeceras. Krishnamurti yacía en la cama de la señora Besant, y Leadbeater en el suelo.¹¹

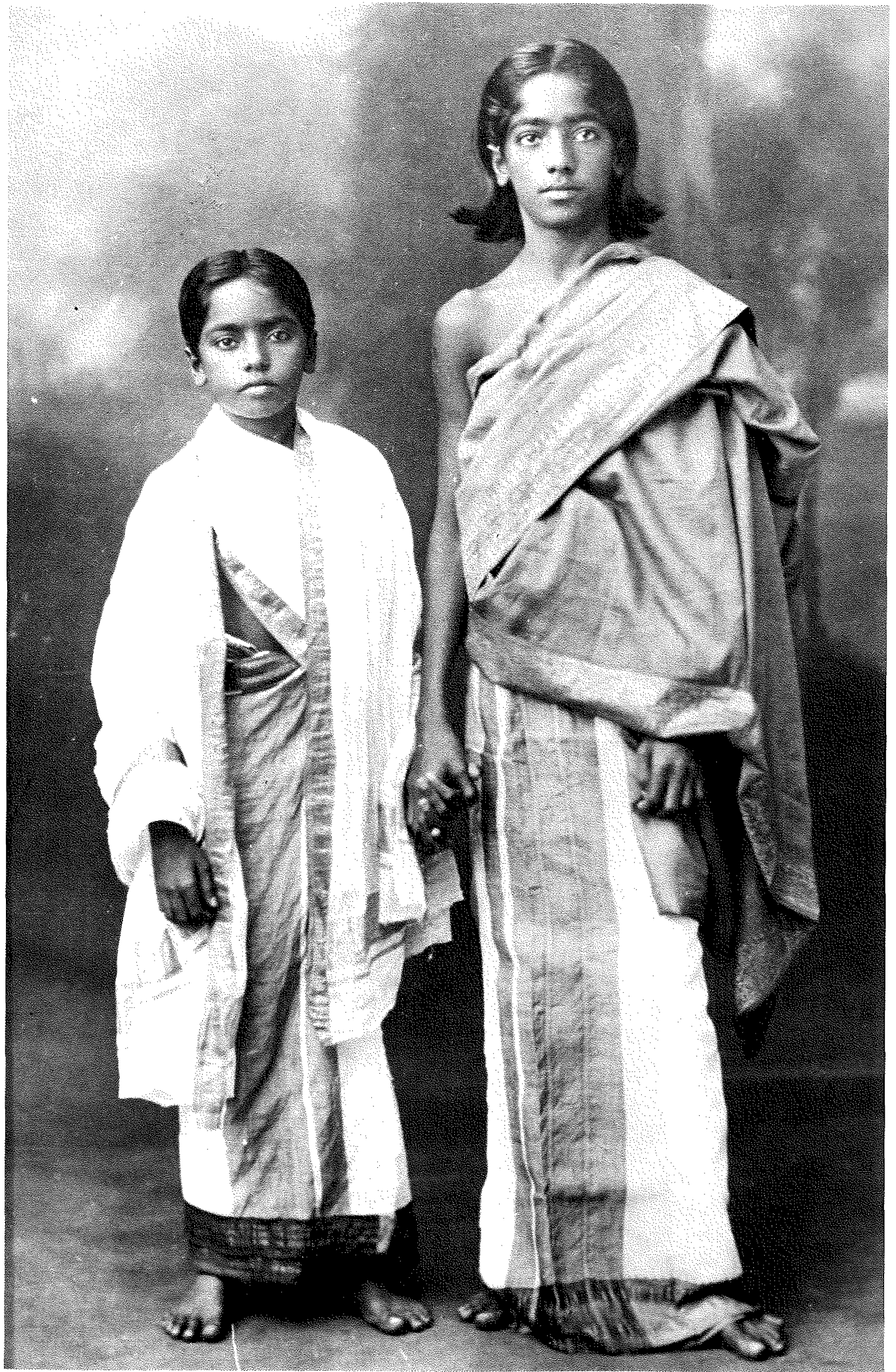
PÁGINA SIGUIENTE:
EXTRACTO DEL RELATO DE
KRISHNAMURTI DE SUS
PRIMEROS RECUERDOS DE
INFANCIA, ESCRITO CUANDO
TENÍA DIECIOCHO AÑOS.

Mrs. Besant was to arrive on the morning of the 27th of November, & a party of us — including Mr. Leadbeater, my father, the van Hookes, Mrs. Russaks, the Kirbys & the Ruspolis — went down to the Madras Central railway station about eleven o'clock. There was a large gathering of Theosophists at the station, several of whom had garlands in their hands. I remember Mr. T. C. & Seshachary giving me a garland of roses to throw over her. The sun was very hot, & we had to wait a very long time because while the first telegram which we received at Adyar informed us that she would arrive about mid-day, a second telegram to the station-master reported an accident to the train in which she was travelling. Some of us were bare-footed & that part of the platform unprotected by the roof became very hot, especially as it was paved with slabs of stone. My feet grew so uncomfortable that, after dancing about for some time, I took refuge on Don Fabrizio Ruspolis's feet. In order to pass the time till four o'clock, at which hour she was expected, we took a long drive round Madras. At last she arrived & everybody pressed towards the railway carriage from which she stepped down. There was such a crush that I could hardly see anything of her at all & was only just able to get near enough to her to throw the garland over her & salute her in our Indian way.

After reaching Adyar we went back to Mr. Leadbeater's bungalow & waited there a long time while he was talking with Mrs. Besant in the main building. At last we heard the peculiar coo-ee by which Mr. Leadbeater often called us. He was standing on the shrine room verandah which looks down upon his ~~own~~ bungalow, & he told ~~that~~ my brother & myself that Mrs. Besant ~~who~~ wished to see us. We both felt very nervous as we went upstairs for although we were very eager to meet her, we had heard how great she was. Mr. Leadbeater went into her room with us, & we found her standing in the middle of the room. Mr. Leadbeater said: "Here is Krishna with his brother". As is the custom with us towards those for whom we have great reverence, we both prostrated ourselves at her feet. She lifted us up & embraced us. I do not remember what she said to us, as I was still very nervous although full of a great happiness. We did not stop very long as there was to be a meeting of J. S. members as usual in the big drawing-room on the same floor. As we were going in we met my father & Mrs. Besant said to him: "I suppose this will be the first of these private J. S. meetings that your sons have attended. I hope you approve of their coming". He replied that he was very glad. I sat at her feet facing the people who were gathered there & I was very nervous.

La señora Besant tenía que llegar el día 27 de noviembre por la mañana, y un grupo -que incluía al sr. Leadbeater, a mi padre, a los Van Hook, la señora Russak, los Kirby y los Ruspoli- fue a la estación central de ferrocarril de Madrás hacia las once. Se habían congregado en la estación gran número de teósofos; algunos de ellos llevaban guirnaldas en las manos. Recuerdo que el sr. V. C. Sesahchary me dio una guirnalda de rosas para que se la pusiera a la señora Besant a su llegada. El sol era abrasador, y tuvimos que esperar mucho tiempo, porque, mientras el primer telegrama que recibimos en Adyar anunciaba su llegada para el mediodía, un segundo telegrama enviado al jefe de estación informaba de que el tren en el que viajaba había tenido un accidente. Algunos de nosotros estábamos descalzos, y en aquella parte del andén que quedaba al descubierto empezó a hacer mucho calor, sobre todo teniendo en cuenta que el suelo era de losas de piedra. Empecé a tener una sensación tan molesta en los pies que, después de unos minutos de inquieto bailableo, encontré amparo en los pies de Don Fabrizio Ruspoli. Para pasar el rato hasta las cuatro, hora en la que se esperaba la llegada, dimos un largo paseo en automóvil por los alrededores de Madrás. Por fin llegó, y todo el mundo se apiñó en torno al vagón del que ella había bajado. Era tal el tumulto que casi no podía verla, y a duras penas fui capaz de acercarme a ella lo suficiente para ponerle la guirnalda de flores y saludarla a nuestro estilo indio.

De vuelta en Adyar, fuimos al bungalow del sr. Leadbeater y esperamos allí largo rato mientras él hablaba con la señora Besant en el edificio principal. Finalmente oímos el familiar «¡yuyul!» con el que el sr. Leadbeater solía llamarnos. Estaba en la veranda de la capilla situada enfrente de su bungalow, y nos dijo a mi hermano y a mí que la señora Besant deseaba vernos. Los dos estábamos muy nerviosos al subir las escaleras, pues, aunque teníamos muchas ganas de conocerla, habíamos oído hablar de su increíble grandeza. El sr. Leadbeater entró en la habitación con nosotros, y de pie allí en medio estaba ella. El sr. Leadbeater anunció: «Aquí están Krishna y su hermano». Como es costumbre entre nosotros al saludar a alguien que nos merece una gran reverencia, los dos nos postramos a sus pies. Ella nos hizo levantarnos y nos abrazó. No recuerdo qué nos dijo, ya que estaba aún muy nervioso, aunque lleno de una intensa felicidad. No nos entretuvimos mucho, puesto que estaba a punto de empezar una reunión de los miembros de la S.T. en el gran salón que había en el mismo piso, como era habitual. Según entrábamos nos encontramos con mi padre, y la señora Besant le dijo: «Supongo que ésta debe de ser la primera reunión privada de la S.T. a la que asisten sus hijos. Espero que le parezca bien que vengan». Contestó que se alegraba mucho. Me senté a los pies de la señora Besant, frente a toda la gente que había allí reunida, y me sentía muy nervioso.



En 1972 Krishnamurti, hablando de su juventud, describió lo que había sucedido:

De modo que se preparó al niño, se le bañó, vistió adecuadamente, etcétera, y se le condujo a la habitación de la señora Besant, donde se quedó dormido, o inconsciente —esto es algo que no tengo claro—, durante veinticuatro horas o más. Y cuando salió de aquel estado, todos los presentes —Ruspoli, Kirby, Cooper, Clarke— vieron un cambio asombroso en la cara de aquel niño, y algunos de ellos se arrodillaron y tocaron sus pies.¹²

Krishnamurti escribió a la señora Besant relatándole acontecimientos maravillosos:

El Señor me sonrió, pero dijo al maestro: «¿Quién es éste que traes ante mí?». Y el maestro contestó: «Es un candidato que busca ser admitido en la Gran Hermandad». Entonces el Señor le preguntó: «¿Respondes de que es digno de ser admitido?». El maestro replicó: «Sí, respondo» [...].¹³

Durante aquel período volvían en aluvión al muchacho los recuerdos de la instrucción dada por el maestro, y se esforzaba por anotarlos. Su inglés era todavía poco fluido, pero solía vérselo escribiendo afanosamente aquellas instrucciones.

Muchos años después, Krishnamurti aseguró no tener memoria de haber escrito el pequeño libro *A los pies del maestro*, que pretende reflejar las enseñanzas que su maestro le dio en la época de su iniciación, y que se convertiría en un clásico de la espiritualidad. Sin embargo, he aquí una serie de relatos sobre ello:

*El primer hecho notable fue que cada mañana encontraba a Krishnamurti tomando notas a lápiz en un cuaderno, y él solía levantar la vista y preguntar: «¿Cómo se escribe esto, o aquello?». Leadbeater me explicó que el muchacho trataba de escribir de memoria lo que había aprendido del maestro durante aquella noche, y para hacerlo no podía hablar mucho o distraerse en modo alguno. Bien, nunca me ha gustado ser incorrecto, presionar en cuanto al libro ni ser demasiado inquisitivo, pero sé que efectivamente una mañana tras otra escribía algo con gran afán, y que años más tarde, cuando el conde Keyserling le preguntó si había escrito el libro *A los pies del maestro* —la conversación está grabada en alguna parte—, dijo: «No lo recuerdo, pero sí me acuerdo de haber escrito algo muy laboriosamente a una edad temprana».¹⁴*

RUSSELL BALFOUR CLARKE

Las razones por las que se escribió este librito y las circunstancias en las que esto se hizo son relativamente simples. Todas las noches debía yo llevar al niño, en su cuerpo astral, a la casa del maestro para que pudiera instruirle. El maestro le hablaba durante tal vez quince minutos cada noche, pero al final de cada charla siempre sintetizaba lo más importante de lo que había dicho en una sola frase, o unas pocas, haciendo de ese modo un sencillo resumen que el niño entonces repetía, a fin de aprenderlo de memoria. Por la mañana recordaba esa síntesis y la anotaba. El libro está constituido por estas frases, por el epítome de las enseñanzas del maestro, que Krishnamurti ponía en sus propias palabras. El muchacho encontró cierta dificultad para escribirlas, porque no tenía en aquel entonces un gran dominio del inglés. Como sabía de memoria cada frase, no daba demasiada importancia a las notas que había tomado. Un poco más

adelante fue a Benarés con la doctora Annie Besant, y durante su estancia me escribió –yo estaba en Adyar– pidiéndome que reuniera y le enviara sus anotaciones de las palabras del maestro. Las ordené lo mejor que pude, las escribí a máquina [...] y, a su debido tiempo, se publicó el libro.

Muchísimas personas, literalmente miles, me han escrito para contarme cómo el libro ha cambiado sus vidas por completo, cómo el leerlo ha hecho que todo sea diferente. Se ha traducido a veintisiete idiomas; se han hecho cuarenta ediciones del libro, o más, con una tirada de más de cien mil ejemplares. Ha resultado ser un libro maravilloso.¹⁵

C.W. LEADBEATER

Se me ha concedido el privilegio, por mi condición de veterana, de escribir unas líneas de introducción a este pequeño libro, el primero escrito por un Hermano más joven; joven en edad, es cierto, pero no en alma. Las enseñanzas que contiene le fueron dadas por su maestro como preparativo para su Iniciación, y él las escribió de memoria lenta y laboriosamente, pues el inglés que hablaba hace un año era mucho menos fluido de lo que es ahora. En su mayor parte es una reproducción de las palabras del maestro; lo que no es una reproducción verbal es el pensamiento del maestro revestido de las palabras de su pupilo. El maestro proveyó dos frases que se habían omitido. Una palabra omitida se ha añadido en otros dos casos. Por lo demás, es enteramente obra de Alcione: su primer regalo al mundo.¹⁶

ANNIE BESANT

FOTOGRAFÍA DE GRUPO
 TRAS LA PUBLICACIÓN DE A
 LOS PIES DEL MAESTRO, 1910.
 EN EL CENTRO, LA SEÑORA
 BESANT, KRISHNAMURTI Y
 C.W. LEADBEATER.



EN EL PRIMER ANIVERSARIO de la iniciación de Krishnamurti, se formó la Orden de la Estrella a fin de preparar el terreno para el próximo maestro del mundo. Apareció también una revista trimestral, *El Heraldo de la Estrella*, cuya primera publicación data del 11 de enero de 1911. El número de miembros en aquel momento ascendía a cincuenta mil, y había oficinas en más de cincuenta países. La revista continuaría publicándose durante muchos años, mientras que los miembros se consagraron durante los dieciocho años siguientes a prepararse para el “advenimiento del Señor”.

La Orden de la Estrella de Oriente se ha establecido para reunir en un solo cuerpo a aquellos que, dentro y fuera de la Sociedad Teosófica, esperan la venida del maestro del mundo, y que de buen grado quieren participar del privilegio de preparar el Camino del Señor. Dondequiera que uno vea centellear la pequeña Estrella de Plata, uno sabe que brilla sobre un corazón que palpita con esperanza y gozo. Todo miembro de la Sociedad que crea en esa venida debe llevar la Estrella de Plata, ya que no debemos quedar a la zaga del mundo menos instruido de los no-teósofos.

Trabajad pues, Hermanos y Hermanas, con energía y corrección; estudiad con tesón, a fin de ser capaces de enseñar a los negligentes; amad, que vuestra buena voluntad se extienda sin límites, y bendecid incluso al desagradecido y al perverso; cooperad con la naturaleza en su gran obra de evolución, y aplicad sus leyes en vuestro propio beneficio y en el de quienes os rodean. Que la paz de los maestros sea con vosotros, y que Su Sabiduría gué vuestros pasos.

*Vuestra fiel servidora,
 Annie Besant, presidenta
 de la Sociedad Teosófica
 Adyar, noviembre de 1911¹⁷*

No todos los integrantes de la Sociedad sintieron el mismo júbilo ante el ascenso de Krishnamurti a figura de culto, a futuro mesías. Algunos escribieron en tono furioso que Besant había impuesto sus puntos de vista a la totalidad de los miembros. Rudolph Steiner, eminente teósofo, y colega de la señora Besant en Alemania, consideró que la S.T. había empezado a “orientalizarse”, y se negó a aceptar que el niño Krishnamurti tuviera la menor importancia espiritual.

LA SEÑORA BESANT,
KRISHNAMURTI Y NITYANANDA
EN LA ESTACIÓN DE CHARING
CROSS, DONDE FUERON
RECIBIDOS POR LADY EMILY
LUTYENS Y ALGUNOS
ADMIRADORES EN LA
PRIMAVERA DE 1911.



Rompió con la Sociedad y formó la suya propia: la Antroposofía, que sigue siendo próspera en la actualidad, y que pone su énfasis en la educación, las artes y la publicación de libros.

En respuesta a estos cargos, una enérgica señora Besant escribió en *El Boletín de Adyar* en junio de 1912:

[...] estos miembros declaran que quiero imponer mis opiniones personales a la Sociedad [...]. He trabajado toda mi vida por conseguir libertad de pensamiento y de expresión para otros, y la he conseguido para mí misma; y soy demasiado vieja para renunciar a mi libertad por el dictado de unos pocos miembros de la S.T. El que se sientan molestos indica que no están dispuestos a permitir que otros gocen de la libertad que exigen para sí mismos, y de la que hacen uso, sin la menor cortapisa, para atacarme, pues saben que eso no pondrá de ningún modo en peligro su calidad de miembros, y que yo soy la primera en defender su libertad de pensamiento y de expresión.¹⁸

En medio de la creciente intranquilidad manifestada por diversos sectores, y también por Narayaniah, que empezaba a tener serias dudas sobre la decencia de la relación de sus hijos con C.W.L., la señora Besant partió con los hermanos hacia Inglaterra. Allí continuaron sus estudios sobre una gran cantidad de temas, y estuvieron siempre rodeados de numerosos profesores y tutores. Se consideró que darles una educación inglesa era de la mayor importancia.

En la primavera de 1911, la señora Besant llegó a Inglaterra y fue recibida por una inmensa multitud. Se sabía que traería consigo a Alcione, acerca del cual muchos habían leído en la *Vidas*; y, por supuesto, *El Herald de la Estrella* había seguido informando de las actividades de Krishnamurti. Fue entonces cuando conoció a una mujer a la que habría de estar muy unido, lady Emily Lutyens, hija del primer conde de Lytton, virrey de la India, y nieta del novelista victoriano Bulwer Lytton. Lady Emily era una ferviente y activa teósofa; daba conferencias, escribía artículos, y era confidente y seguidora de Annie Besant. Recordó así aquel primer encuentro:

Ahora debo relatar el memorable día en que conocí a Krishna. La señora Besant había salido de Adyar en marzo de 1911, y en abril había embarcado en Bombay con rumbo a Inglaterra. Viajaban con ella los dos niños, Krishna y Nitya, y también George Arundale, un hombre alto, moreno, bastante apuesto, que tenía entonces treinta y tres años. Junto con muchos otros teósofos esperé en la estación de Charing Cross la llegada de la señora Besant y sus pupilos. Yo sólo tenía ojos para Krishna: un raro personaje de largos cabellos negros que le llegaban casi hasta los hombros, y enormes ojos oscuros cuya mirada revelaba un extraño vacío. Iba vestido con una chaqueta de estilo Norfolk. La señora Besant lo condujo con nerviosismo a lo largo del andén, tratando de impedir que la multitud se agolpara a su alrededor. Pronto cumpliría quince años, y Nitya tenía dos menos. Al salir de la estación encontré a una de nuestras asociadas casi a punto de desmayarse. Tenía ciertas facultades parapsicológicas, y dijo haberse sentido abrumada por la gloria del aura de Krishna.¹⁹

Los dos muchachitos indios temblaban por el frío clima inglés. Vestir ropas occidentales por primera vez, y sobre todo usar zapatos, fue una dolorosa nueva experiencia, y caminar era una agonía. A Krishnamurti, todavía tímido y retraído, le asustaba la atención pública. George Arundale, lumbrera de la Teosofía, los había acompañado en calidad de tutor, y las clases y ejercicios prosiguieron: se esperaba que los hermanos pudieran estudiar en Oxford. Aunque la universidad había mostrado cierta renuencia a admitir a ningún indio, se tenían grandes esperanzas de que eso cambiaría.

Tras una estancia de varios meses, el grupo regresó a la India para asistir a la convención teosófica de Benarés. Hablando de sí mismo en tercera persona, como a menudo hacía, Krishnamurti relató lo siguiente:

Literalmente se le adoraba, y él solía rehuir estas cosas. Hubo un episodio, según tengo entendido, en una estación de la India a su regreso de Europa con la señora Besant. El tren se detuvo, y apareció una gran multitud deseosa de ver al niño. Él se había encerrado en el lavabo y se negaba a salir. Era muy tímido, y no quería saber nada de aquello. Tuvo que ir la doctora Besant y rogarle que saliera, y salió únicamente porque ella se lo había pedido; si no, no lo habría hecho. El tren estuvo allí parado durante no sé cuántas horas, pues había gente colgada de las barras, del tejado, por todas partes. Y a este niño, ni el culto, ni los halagos, ni las multitudes... nada parecía afectarle. Se podría decir que estaba ido, que era un imbécil...; quizá no sea ésa la palabra, pero sirve para describir a un niño que estaba ausente por completo. Decía a todo el mundo: «Haré lo que usted quiera». Ésa solía ser su frase favorita. «Haré lo que usted quiera.» Todavía ahora ocurre a veces.²⁰

Luego, en 1911, sucedió un acontecimiento de trascendental importancia.

Durante la convención, se afiliaron a la Orden de la Estrella un considerable número de nuevos miembros, y alguien sugirió (de forma bastante casual) que sería para ellos un gran placer si el jefe de la Orden [Krishna] les entregara personalmente los certificados de afiliación. La idea fue aceptada con entusiasmo, y otros antiguos miembros pidieron que se les permitiera devolver sus certificados a fin de recibirlos ellos también directamente del jefe. De modo que se fijó una hora (las seis de la tarde del 28 de diciembre) y bajamos todos al salón de la sección india. Lo considerábamos meramente una pequeña ceremonia formal, y yo incluso dudé de que la presidenta asistiera, pues estaba cansada tras la conferencia que había dado a las cuatro.

Sólo se admitía la entrada a los miembros de la Estrella, pero el salón estaba lleno; supongo que habría unas cuatrocientas personas. La mayoría se sentó en el suelo, pero había, todo alrededor, una hilera de bancos adosados a las paredes, y algunas sillas en la parte delantera. La presidenta y yo nos sentamos allí, con la señorita Arundale [tía de George], Nitya y algunos otros, y los bancos estaban ocupados por señoras europeas, principalmente. Se había acordado que el jefe se situaría de pie justo delante de nosotros, y que Telang [el representante nacional para la India] estaría a su lado. Los miembros debían ir pasando en fila; cada uno de ellos entregaría su certificado a Telang, que leería su nombre en alto y, a continuación, entregaría el documento a Krishna, quien se lo devolvería a su dueño [...]. Los primeros dos o tres miembros recogieron el papel con una reverencia y una sonrisa, y regresaron a sus puestos.

De pronto el salón se llenó de una extraordinaria energía, que fluía a través de Krishna con tal evidencia que el siguiente miembro se postró a sus pies, sobrecogido por la fuerza de aquella maravillosa corriente. Nunca he visto ni sentido nada ni remotamente cercano a aquello; irremediablemente le recordaba a uno al poderoso ímpetu del viento, y a la emanación del Espíritu Santo en Pentecostés. La tensión era enorme, tal fue el efecto que aquello tuvo en todos los que nos encontrábamos en la sala. Era exactamente la clase de acontecimiento sobre el que uno lee en las antiguas escrituras, y lo cree exagerado; pero aquí estaba ante nosotros en el siglo xx.

Después de esto, cada uno de los miembros se postraba al llegar su turno, muchos de ellos con los ojos llenos de lágrimas. La escena fue en verdad memorable, pues el desfile de devotos era notablemente representativo en cuanto a su naturaleza: había miembros de casi todos los países de Europa, de América, y de todas las partes de la India; y era realmente chocante y hermoso ver al hombre blanco y al negro, al "brahmán" y al budista, al parsi y al cristiano, al arrogante príncipe de Rajput y al espléndidamente ataviado mercader, al hombre de pelo cano y al niño postrarse con embelesada devoción a los pies de nuestro Krishna. La bendición que de él emanaba era tan obvia que todos los presentes anhelaban participar de ella, y aquellos que no llevaban consigo sus certificados se arrancaron el emblema de la Estrella y se la ofrecieron, a fin de poder recibir ellos también algo de sus manos.

Él permaneció de pie todo el tiempo, con perfecta gracia y dueño de sí mismo, sonriéndoles suavemente, y extendiendo a su vez las manos en señal de bendición sobre cada uno que se postraba. Creo que la culminación de aquel suceso tan extrañamente conmovedor fue cuando nuestro querido Nitya se arrojó a los pies de su hermano, y la congregación entera estalló en apasionados aplausos. No sé muy bien por qué, pero, de algún modo, en aquel momento no pareció en absoluto irreverente, sino completamente apropiado y natural.

Cuando el último de la gran congregación hubo hecho su reverencia, Krishna volvió a su asiento, entre nosotros, y hubo unos minutos de silencioso éxtasis, de raro y silencioso sobrecogimiento y anhelo.

Después, la presidenta susurró a Krishna que clausurara la reunión, y él se levantó, extendió su mano derecha sobre las cabezas de los allí presentes, y solemnemente dijo: «Que la bendición del gran Señor descienda sobre vosotros». Entonces regresamos al mundo ordinario, y salimos del salón sintiendo que habíamos pasado por una de las más sublimes experiencias de nuestra vida [...].²¹

C.W. LEADBEATER

*La verdadera compasión está siempre rebosante de poder,
y aquellos que son poderosos en el verdadero sentido
rebotan de ternura.²²*

EL HERALDO DE LA ESTRELLA, 25 DE OCTUBRE DE 1913

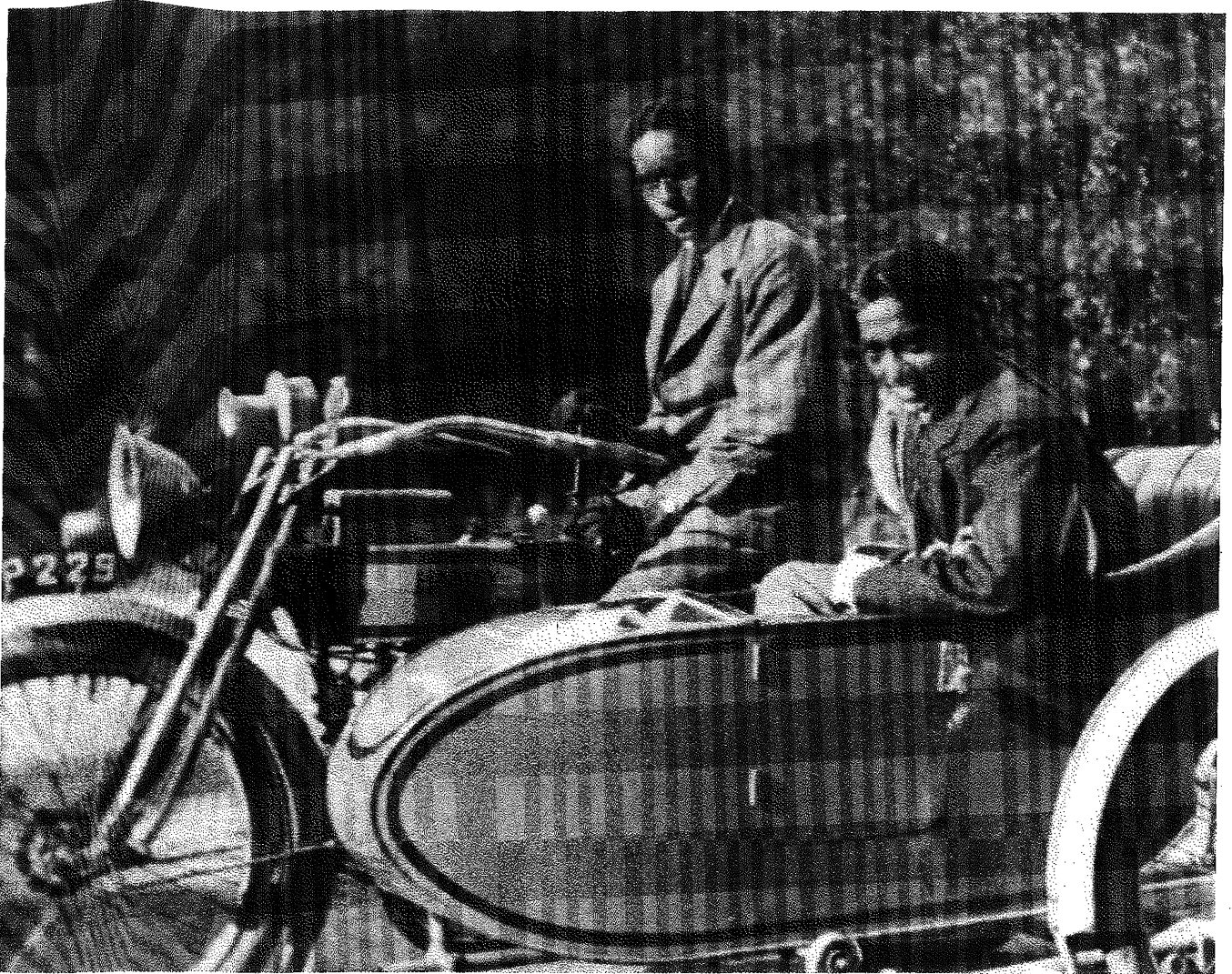
A PARTIR DE AQUEL DÍA, el 28 de diciembre de 1911 se convirtió en una fecha especial, casi sagrada, en el corazón de los miembros de la Orden de la Estrella de Oriente.

Entre tanto, había empezado a calar hondo en Narayaniah la influencia de los hindúes ortodoxos, extremistas antibritánicos y enemigos de la señora Besant, que insistían en que los niños habían quebrantado los preceptos de su casta, y abandonarían el hinduismo por las embrionarias filosofías teosóficas. Sacaron a colación asimismo el anterior escándalo de Leadbeater.

Annie Besant logró una vez más calmar los ánimos, enfatizando lo importante que sería para los niños recibir una educación en Oxford. Poco después, en febrero de 1912, como por arte de magia se los llevó de la India, antes de que Narayaniah tuviera tiempo de reconsiderar el asunto, comunicándole que no regresarían hasta haberse completado su educación. Esto equivalió, esencialmente, a una declaración de guerra, a la que más tarde Narayaniah respondió entablando una demanda contra la señora Besant a fin de recuperar la custodia de sus hijos. Fue un prolongado juicio que finalmente ganó una resuelta señora Besant, un caso marcado por las denuncias y contradenuncias, en el que la proximidad de Leadbeater a los niños era un tema de constante polémica.

Cuando Krishnamurti y su hermano fueron finalmente a Inglaterra [en 1912], yo había llegado un poco antes, y seguí allí durante el primer año, en un maravilloso caserón antiguo propiedad de lady De La Warr, donde disponíamos de una lechería privada con deliciosa leche, nata, huevos y otros productos. Vivíamos por todo lo alto, con un mayordomo y muchos sirvientes, en una casa preciosa. Teníamos una motocicleta, a la que dedicábamos gran parte de nuestro tiempo; solíamos desmontarla y volverla a montar. Él era un mecánico muy hábil, y le gustaban esta clase de cosas.

Por aquel entonces había empezado a encargarse de la redacción de El Herald de la Estrella, aunque por supuesto contaba con la ayuda de George Arundale; sin embargo, empezaba también a sentir cierta rebeldía contra su posición de jefe de la Orden de la Estrella de Oriente. Yo solía tratar de reconfortarlo, pero su gran fuente de consuelo en aquella época era lady Emily Lutyens, quien en verdad llenó el espacio que había dejado su madre. Fue para él un auténtico solaz en aquella difícil etapa de rebelión contra el haber sido erigido jefe de algo, y objeto de una oratoria que hacía que toda clase de gente desconocida se dirigiera a él con frases como «nuestro amado jefe», y otras por el estilo. Un día me dijo: «Me llaman “nuestro amado jefe” y ni siquiera me conocen». Me lo dijo con gran dolor, y yo intenté consolarlo. Bueno, en cualquier caso, llegó la guerra... 1914, ¿no? Nos separamos; era el fin de nuestra hermosa



KRISHNAMURTI, HACIA 1914, EN CORNUALLES, INGLATERRA, DONDE, EXCEPTUANDO AL SÉQUITO DE TUTORES, GUARDIANES Y DEVOTOS, LOS MUCHACHOS TENÍAN POCO CONTACTO CON EL MUNDO

*vida juntos en aquel lugar, y me encontré de pronto haciendo la instrucción en el ejército. Acabé en Francia, y combatí durante toda la guerra, hasta 1918.*²³

RUSSELL BALFOUR CLARKE

La primera vez que fui a Europa viví entre gente adinerada y culta que ostentaba una posición de autoridad social; pero, fueran cuales fueran su rango y sus distinciones, nunca lograron satisfacerme. Me sentía en rebelión también contra los teósofos y toda su jerga, sus teorías, reuniones y explicaciones de la vida. Cuando asistía a una reunión, los conferenciantes insistían en las mismas ideas, que ni me satisfacían ni me alegraban. Empecé a ir cada vez a menos reuniones, a tener cada vez menos relación con aquellos que se limitaban a repetir las ideas de la Teosofía. Lo cuestionaba todo, porque quería descubrir por mí mismo.

Deambulaba por las calles, observando las caras de las personas, que quizá me observaban a mí con un interés aún mayor. Iba a los teatros, veía cómo se divertía la gente para tratar de olvidar su infelicidad, pensando que resolverían sus problemas drogando a sus corazones y a sus mentes con un banal entusiasmo.

LA VIDA EN LIBERTAD, 1928

Krishnamurti y Nityananda permanecerían en Inglaterra y Europa a lo largo de casi diez años. Durante aquel período de estudio vivieron en tranquilo aislamiento en la campiña inglesa. Exceptuando al séquito de tutores, guar-

dianes y devotos que los rodeaban, tuvieron poco contacto con el mundo en general.

Mientras Krishnamurti y el pequeño grupo vivían aislados en el campo, afuera el mundo explotaba: había estallado la I Guerra Mundial, y las encarnizadas batallas se sucedían. Krishnamurti, que tenía entonces diecinueve años, deseaba con todas sus fuerzas ayudar, y pasó una temporada fregando suelos en un hospital militar cerca de Londres. En una de las cartas que semanalmente escribía a Annie Besant, decía: «Quiero trabajar, no se imagina cuánto, pero nadie está dispuesto a darme trabajo. Parece que el verdadero problema es que soy indio, y eso provoca rechazo en todo el mundo». A finales de aquel año, la señora Besant le rogó que abandonara todas sus ideas de auxiliar en la guerra y continuara tranquilamente con sus estudios. Le recordó, como hacía a menudo, que sólo encontraría felicidad en el trabajo venidero.

Krishnamurti respondió a sus ruegos diciendo: «No sabe cómo lo siento si he sido para usted motivo de preocupación [...]. Sé que hasta el momento no me he tomado la vida con seriedad, y voy a hacerlo a partir de ahora. El lunes empiezo las clases, e intentaré ingresar en Oxford lo antes posible [...]».

Annie Besant pasó aquellos años lejos, en la India, dedicada de lleno a la política y a la lucha por la independencia de su país de adopción. En sus charlas, no obstante, seguía proclamando el advenimiento del maestro del mundo, y advertía de los peligros de rechazar el mensaje que él traía, como se había hecho dos mil años antes.

DURANTE TODO EL AÑO 1916, los muchachos estudiaron con ahínco a fin aprobar los exámenes de acceso. Para Nitya no fue difícil, pero las esperanzas de Krishnamurti iban disminuyendo. Oxford y Cambridge resultaron ser objetivos imposibles. A la flojedad académica del muchacho se sumaba el hecho de que debía de ser impensable, para unas universidades conservadoras, plantearse aceptar a un niño indio a quien se había anunciado a bombo y platillo por todo el mundo como el futuro mesías. Krishnamurti lo recuerda así:

Empezaron a ir al colegio, un colegio cuidadosamente elegido, donde el hermano menor lo hacía todo con brillantez y conseguía las puntuaciones más altas. Al mayor, sin embargo, le resultaba terriblemente difícil aprender. Por ejemplo, hablaba francés bastante bien en aquella época, ya que había pasado un tiempo en Francia; pero no fue capaz de aprobar el examen de francés, a pesar de que durante un año, más o menos, también en el colegio le habían enseñado francés, latín, etcétera. En clase era bastante aplicado mientras se le dejara tranquilo, pero en cuanto tenía que hacer un examen era incapaz de poner nada por escrito. Llegaba al aula del examen, miraba el reloj y se quedaba en blanco. No le salía nada. Probaron en la Sorbona, en la Universidad de Londres, etcétera. Nada. Así que la doctora Besant dijo: «¡Basta!». Al otro hermano le gustaba el Derecho, y aprobó los exámenes que se requerían.²⁴

El final de la guerra, en 1918, hizo que se incrementara la actividad entre los teósofos. Annie Besant, más enérgica que nunca, pudo regresar a Londres. Reanudó los discursos públicos, y dio a Krishnamurti un puesto de primera línea en las reuniones, y de redactor de las publicaciones de la Estrella. A medida que Krishnamurti iba haciéndose mayor, sin embargo, se sentía cada vez más alejado de todo ello, por las limitaciones y restricciones implícitas, a su entender, en cualquier intento de codificar “la verdad”. Estaba desazonado e insatisfecho, y a la vez interiormente dividido a causa de su lealtad a la señora Besant. «Si he de ocupar una posición de liderazgo en la Sociedad Teosófica —dijo—, será por lo que soy, y no por lo que otros piensen de mí [...]»



LONDRES, HACIA 1918:
LA SEÑORA BESANT
DURANTE UNA CHARLA
EN TRAFALGAR SQUARE
(ARRIBA), Y LA TIENDA
DE LA ORDEN DE LA
ESTRELLA DE ORIENTE
(PÁGINA OPUESTA).

Krishnamurti se encontraba en la dolorosa situación de sentir un genuino y profundo afecto por la señora Besant, a la que, en sus frecuentes y cariñosas cartas, seguía llamando: «Mi querida madre, mi Amma» y «Amada madre mía». Aun así, era muy grande el peso de tener que estar a la altura de la pre-



sunción, que ella tan ardientemente fomentaba, de ser el maestro del mundo. Le costaba mucho sobrellevar el ser objeto de adoración para los miembros de la Orden de la Estrella. Además, ahora estaba claro que no le esperaba el brillante porvenir académico que se había planeado para él. Tanto Krishnamurti como Nityananda vivían bajo una presión constante.

Durante los viajes, sin embargo, había algunos momentos de respiro. En Nueva York, Krishnamurti conoció al célebre e innovador artista James Montgomery Flagg, y posó para un retrato. Flagg escribió:

El señor Krishnamurti —o Krishnaji, como su hermano afectuosamente lo llamaba— posó para mí, para el retrato a lápiz aquí reproducido, hace más o menos un año, con ocasión de un almuerzo en casa de mis padres durante su visita a América.

Él y su hermano eran jóvenes alegres, y, si uno los escuchaba sin mirarlos, habría jurado que oía hablar a dos muchachos ingleses. A pesar de su piel oscura, en ningún momento me resultaron extraños como habitualmente sucede entre occidentales y orientales. Al contrario, desde el primer instante en que vi a Krishnamurti sentí como si acabara de reencontrarme con un hermano muy querido. Fue para mí un episodio extraordinario. Yo en aquel momento no sabía que él fuera el elegido para ser el vehículo del Cristo, pero aquel muchacho parecía llenar el estudio de una dicha espiritual desbordante e indescriptible. Aunque pasé con él tal vez hora y media, me costó mucho decirle adiós. No he vuelto a sentir nada igual...; no podría explicarlo. Krishnamurti era sencillo en el trato —había en él algo de niño— y tenía un gran sentido del humor; rebosaba sonrisas. Nos contó anécdotas de su educación brahmánica en la India —algunos episodios muy divertidos de su niñez—; habló de su padre, de los sacerdotes, y de muchas otras cosas. Tenía un rostro extraordinario, de ojos inmensos con largas pestañas, e iba muy bien vestido; hice un elogio de su corbata. Parece que el humor y la pulcritud en el vestir no son incompatibles con la espiritualidad. Pero lo que, por encima de todo, me marcó fue la dicha de estar con él; el recuerdo de aquella hora y media lo conservo como un tesoro.²⁵



KRISHNAJI
JAMES MONTGOMERY FLAGG
APR. 2, 1922





PÁGINA OPUESTA:
LA SEÑORA BESANT
CELEBRA EL REGRESO
DE KRISHNAMURTI Y
NITYANANDA A BOMBAY
DESPUÉS DE DIEZ AÑOS
EN INGLATERRA.

ARRIBA: LOS DOS JÓVENES
EN LONDRES.

ARRIBA A LA DERECHA:
CHARLA EN BRADON
SQUARE, CALCUTA.
AL DORSO: KRISHNAMURTI
SENTADO EN SEGUNDA FILA
ENTRE LADY EMILY LUTYENS
Y LA SEÑORA BESANT.

CON EL PASO DE LOS AÑOS, la Orden de la Estrella siguió creciendo, y para 1921 el número de miembros era considerable. Krishnamurti iba ganando firmeza, pero el futuro de Nitya se trastocó bruscamente. Enfermó, y se le diagnosticó tuberculosis. Éste habría de ser el primero de una serie de ataques que lo asediarían y debilitarían en el curso de los próximos años.

Tras diez años de ausencia de su país natal, se decidió que la misión de Krishnamurti debía comenzar en Adyar. A principios de diciembre de 1921, llegó el día que la señora Besant tanto había esperado. «Los dos hermanos, que partieron siendo unos niños, volvieron convertidos en hombres —dijo—. Se cerraba un capítulo, y otro empezaba.»

Aunque Krishnamurti se sumió en su labor de jefe de la Orden de la Estrella de Oriente, sus luchas internas continuaron. «Hay dentro de mí una rebelión que va creciendo como la marea, calladamente pero sin cesar [...]; con qué propósito, no lo sé; una lucha continua que nunca me abandona.»

Adondequiera que fuera, Krishna era objeto de curiosidad. «Mientras camino por la calle la gente me señala: “Ahí va el tipo que aparece en el periódico [...], el mesías”, y luego se ríen a carcajadas. ¡Ah, cómo lo aborrezco! Y será así toda mi vida [...]. Señor, ¡qué he hecho para merecer todo esto!»

Desgraciadamente, los frecuentes viajes y reuniones empeoraron el estado de Nitya. Tuvo un acceso de fiebre muy alta y tosía de forma preocupante. Una radiografía mostró que la enfermedad se había extendido a los dos pulmones.

El señor A.P. Warrington, secretario general de la Sociedad Teosófica, indicó que California tenía un buen clima para los enfermos de tuberculosis. Una amiga suya, la señora Mary Gray, puso a su disposición dos casitas en el valle de Ojai, unos ciento treinta kilómetros al norte de Los Ángeles —una para el señor Warrington y otra para los hermanos—, y se hicieron rápidamente los preparativos para el viaje.

Llegaron a Ojai el 6 de julio de 1922, y para ambos jóvenes fue un auténtico deleite la apertura y libertad del ambiente californiano, tan diferente de la Inglaterra clasista y racista, y de la India con su rígido sistema de castas.

Durante un breve período Nitya pareció recuperarse; pero lo mejor de todo era que los hermanos estaban solos. La vida privada era un lujo que desde la infancia se les había negado; ahora vivían aislados prácticamente. Sus





únicos vecinos eran el señor Warrington, un tal señor Walton, vicario general de la Iglesia Católica Liberal que vivía cerca, y una muchacha de diecinueve años, Rosalind Williams, hermana de una amiga de la señora Gray. Krishnamurti tuvo ocasión de estar a solas consigo mismo.

Caminaba solo por las colinas, cruzando los naranjales y abriéndose paso a través de la maleza hasta llegar a una gran cordillera que dominaba el valle. Se apoderó de él una gran inquietud, y durante días se quejó del calor sofocante. Así describió Nitya en una carta a la señora Besant aquellos extraños acontecimientos:

En un largo y estrecho valle rebosante de naranjales y huertos de albaricoqueros está nuestra casa; el Sol abrasador brilla día tras día, para que no nos olvidemos de Adyar, pero al atardecer llega un aire fresco de las sierras que hay a ambos lados. Mucho más allá de la parte baja del valle pasa la larga y magnífica carretera que baja desde Seattle, en Washington, hasta San Diego, al Sur de California, de unos tres mil kilómetros, donde el tráfico es constante y atronador; sin embargo, afortunadamente, nuestro valle yace aquí desconocido y olvidado, ya que la serpenteante carretera que se adentra en él no tiene salida. Los indios americanos lo llaman Ojai, el nido, y durante siglos han debido de utilizarlo como refugio.

Nuestra casita está en una zona alta, y no hay nadie que viva cerca, excepto el señor Warrington, que tiene otra casita para él solo a unos cientos de metros. Krishna, el señor Warrington y yo llevamos aquí ya casi ocho semanas, descansando y recuperándonos. De vez en cuando viene a visitarnos el Sr. Walton, que es el vicario general de la Iglesia Católica Liberal de América y tiene una casa en el valle; y Rosalind Williams, una joven americana que ha venido a estar unas semanas por aquí cerca, pasa mucho tiempo con nosotros. Hace aproximadamente dos semanas, estando juntos los cinco, ocurrió un incidente que me gustaría relatarle:

La tarde del jueves 17 [de agosto de 1922] Krishna se sentía un poco cansado e inquieto, y advertimos que tenía en el centro de la nuca un bulto, doloroso, más o menos del tamaño de una canica grande, que tenía la apariencia de una contracción muscular. A la mañana siguiente parecía sentirse bien, pero sólo hasta después del desayuno. Se echó a descansar [...]; estaba tendido en la cama dando vueltas y quejándose como si sufriera mucho [...]. Gemía de nuevo, y de pronto empezó a estremecerse, a tiritar, y apretaba los dientes y se agarraba con fuerza las manos para evitar que temblaran. Era exactamente el comportamiento de un enfermo de malaria, salvo por el hecho de que Krishna se quejaba de tener un calor terrible [...]. Algo estaba pasándole al cuerpo de Krishna como resultado de influencias dirigidas desde otros planos, más allá del plano físico [...]. A lo largo de la mañana su estado empeoró, y cuando me senté a su lado volvió a quejarse del calor espantoso, y dijo que estábamos todos muy nerviosos y le resultábamos agotadores. Cada pocos minutos se sentaba en la cama e insistía en que nos marchásemos, y luego empezaba a temblar otra vez. Todo este tiempo estaba consciente sólo a medias, pues hablaba de Adyar y de la gente de allí como si estuvieran presentes. Después volvía a quedarse tendido en calma durante unos minutos, hasta que el movimiento de una cortina, la vibración de una ventana o el sonido lejano de un arado en el campo le sobresaltaban de nuevo, y de nuevo empezaba a quejarse pidiendo tranquilidad y silencio.

Yo estaba sentado cerca de él, aunque no demasiado cerca. Hacíamos lo que podíamos por mantener la casa en silencio y a oscuras, pero hay ligeros sonidos inevitables que uno apenas nota, mientras que Krishna se había vuelto tan sensible que el más leve tintineo le crispaba los nervios.

[...] Al cabo de un rato se repetían los gemidos. ¡Pobre!, vomitaba todo lo que comía. Y así siguió el resto de la tarde, temblando, quejándose, inquieto, semiconsciente, y al parecer presa de un dolor incesante.

[...] Se le veía cada vez peor; parecía sufrir mucho; los temblores y la fiebre se intensificaron, y los períodos de consciencia se hicieron cada vez más intermitentes. En cuanto recobraba el dominio de sí mismo, hablaba sin interrupción de Adyar, e imaginaba constantemente que estaba en Adyar. A continuación decía: «¡Quiero volver a la India! ¿Por qué me han traído aquí? No sé dónde estoy». Lo repetía una y otra vez: «No sé dónde estoy». No obstante, hacia las seis, cuando nos sentamos a cenar, se tranquilizó hasta que hubimos terminado. Luego, de repente, la casa entera se llenó de una fuerza tremenda y Krishna parecía poseído. Con una voz cargada de dolor dijo que anhelaba ir al bosque. Estalló en sonoros sollozos, y nosotros no nos atrevíamos a acercarnos, no sabíamos qué hacer. Se había levantado de la cama y estaba sentado en el suelo en un rincón oscuro de la habitación, sollozando y gritando que quería estar en los bosques de la India. Súbitamente nos comunicó su decisión de irse solo a pasear, pero de esto conseguimos disuadirlo, pues no consideramos que se hallara en condiciones de vagabundear de noche. Como acto seguido expresara su deseo de estar solo, lo dejamos y nos reunimos todos en el porche; al cabo de unos minutos él también salió, con un cojín en la mano, y se sentó tan lejos de nosotros como pudo. Aunque le habían sido otorgadas energía y consciencia suficientes para salir, una vez afuera su ser se ausentó de nuevo, y su cuerpo quedó allí sentado en el porche murmurando incoherencias.

Entonces el señor Warrington tuvo una inspiración milagrosa. A unos pocos metros delante de la casa crece un joven pimentero,* con tiernas hojas de un verde muy delicado, que en esta época rebosa de aromáticas flores [...]. Con gentileza instó a Krishna a que se acercara al árbol. Krishna al principio se negó; luego, por decisión propia, caminó hasta él.

Las estrellas iluminaban la noche, y Krishna se sentó bajo el techado de delicadas hojas, que se recortaban oscuras en el cielo. Siguió susurrando inconscientemente, pero al cabo de unos segundos oímos un suspiro de alivio, y nos gritó: «¡Ah!, ¿por qué han tardado tanto en decirme que viniera aquí?». Después hubo un breve silencio.

Empezó a entonar cánticos. Apenas había probado bocado en los últimos tres días, y su cuerpo estaba totalmente exhausto por la enorme tensión. Era una voz débil, cansada, la que oíamos recitar el mantra que cada noche cantábamos en Adyar. Hubo silencio de nuevo.

[...] Nos sentamos con la mirada fija en el árbol, preguntándonos si todo iría bien, ya que el silencio era absoluto; y mientras mirábamos, vi de pronto, durante un instante, una gran estrella que brillaba sobre el árbol, y supe que el cuerpo de Krishna estaba siendo preparado para acoger al Omnipotente [...]. El lugar pareció colmarse de una grandiosa presencia, y se apoderó de mí un intenso anhelo de arrodillarme y orar, pues sabía que el Señor Todopoderoso que reside en nuestros corazones estaba allí; y aun cuando con los ojos no lo veíamos, todos sentimos el esplendor de Su presencia.

[...] La luminosidad y la gloria de los muchos seres presentes duraron casi media hora [...]. Entonces oímos los pasos de Krishna y vimos cómo su blanca figura se acercaba en la oscuridad. Allí terminó todo.

* Aunque tradicionalmente se ha traducido así, en realidad se trata de un joven "falso pimentero" (*Schinus Molle*).

[...] Al día siguiente, los temblores y los estados semiconscientes se repitieron, aunque esta vez duraban sólo unos minutos y sobrevenían a grandes intervalos. Krishna permaneció tendido bajo el árbol todo el día en estado de samadhi, y al atardecer se sentó a meditar, como lo había hecho la noche anterior [...]. Desde entonces, se sienta a meditar allí cada tarde.

He descrito lo que vi y oí, pero del impacto que el incidente tuvo sobre todos nosotros no he hablado, pues creo que nos hará falta tiempo, al menos a mí, para darnos plena cuenta de la gloria que tuvimos el privilegio de presenciar; lo que sí siento es que sólo hay una forma de vivir la vida, y es al servicio del Señor.²⁶

Después de estos extraordinarios sucesos, Krishnamurti por su parte escribió:

El 17 de agosto sentí un agudo dolor en la nuca y tuve que reducir mi meditación a quince minutos. El dolor, en vez de mejorar como esperaba, se hizo cada vez más intenso; llegaría a su punto culminante el día diecinueve. No podía pensar, ni era capaz de hacer nada, y los amigos entre los que me encontraba me obligaron a acostarme. A continuación me quedé casi inconsciente, aunque me daba perfecta cuenta de lo que sucedía a mi alrededor. Cada día hacia las doce volvía en mí. El primer día, hallándome en ese estado y más consciente de todo cuanto me rodeaba, tuve la primera experiencia altamente extraordinaria. Había un hombre arreglando la carretera; aquel hombre era yo; el pico que tenía en las manos era yo; la piedra misma que trataba de romper era una parte de mí; la tierna brizna de hierba era mi propio ser, y el árbol que había al lado del hombre era yo. Casi era capaz de sentir y pensar como el peón caminero; sentía el viento que corría entre las ramas del árbol; y a la pequeña hormiga detenida en la brizna de hierba, la sentía. Los pájaros, el polvo y el ruido mismo formaban parte de mí. Justo en ese momento, pasaba un automóvil a cierta distancia; yo era el conductor, el motor y los neumáticos; a medida que el automóvil se alejaba, yo me alejaba de mí. Mi ser estaba en todas las cosas, o, más bien, todas las cosas estaban en mi ser, animadas e inanimadas: la montaña, el gusano, y todo lo que respiraba. Permanecí el día entero en este feliz estado.

[...] La mañana del día siguiente [20 de agosto] transcurrió prácticamente del mismo modo que la anterior, y no podía soportar que hubiera mucha gente en el cuarto [...]. En un momento dado salí al porche y me senté durante unos minutos, exhausto y un poco más tranquilo. Empecé a volver en mí, y finalmente el señor Warrington me sugirió que me acercara al pimentero que hay cerca de la casa. Allí me senté con las piernas cruzadas en la postura de meditación. Al cabo de un rato de estar así, sentí que abandonaba mi cuerpo; me vi sentado, cubierto por las tiernas y delicadas hojas del árbol. Me encontraba de cara al Este. Delante de mí estaba mi cuerpo, y sobre él vi la estrella, brillante y clara [...]. Seguía viendo mi cuerpo, y flotaba por encima de él, muy cerca. Había una calma tan profunda en el aire y en mí, la calma que hay en el fondo de un lago profundo e insondable. Como el lago, sentía que mi cuerpo físico, con su mente y sus emociones, podía agitarse en la superficie; pero nada, absolutamente nada podía perturbar la paz de mi alma. La presencia de unos poderosos seres permaneció conmigo durante un rato; luego desaparecieron. Me sentía supremamente dichoso, pues había visto. Nada podría volver ya a ser lo que era. He bebido en las aguas cristalinas y puras de la fuente de la vida, y mi sed se ha saciado. Nunca podré volver a tener sed; nunca podré volver a sumirme en las tinieblas. He visto la luz. He palpado la compasión que cura todo dolor y sufrimiento; no es para mí, sino para el mundo [...].²⁷

En la quietud de la noche, Krishnamurti había vivido una experiencia transformadora que cambiaría su vida por completo. Durante los meses y años siguientes continuó con el doloroso estado de preparación al que más tarde se referiría como “el proceso”. En el curso de este largo período de agonía, no se hizo en ningún momento una consulta médica, ya que tanto Krishnamurti como quienes lo rodeaban coincidían en que aquellos sucesos formaban parte de la preparación espiritual de su cuerpo; según los antiguos textos hindúes, era “el despertar de la *kundalini*”, de “la serpiente de fuego”, que venía a significar el estado de iluminación y libertad.

La razón por la que el “despertar” debía ir acompañado de un dolor tan atroz nunca les fue explicada a los hermanos en las cartas que recibieron de Besant y Leadbeater en un momento en el que buscaban seriamente respuestas a preguntas incontestables. Como parte de un largo relato, Nitya escribía:

Creo que nunca he rezado con tanto fervor como esa noche. Era una oración, no para que fuera aliviado su dolor, pues los dos teníamos la absoluta certeza de que Ellos no permitirían que sufriera un ápice más de lo necesario, sino que todos rezamos para que no recordara nada de aquello. Parecía imposible no acordarse de un tormento tan rotundo..., de tan prolongada tortura. Nos aterraba pensar en la terrible huella que aquello dejaría en su memoria, si se le permitía recordar.

[...] Había sentido una espantosa quemazón en la espina dorsal y quería salir en busca del arroyo que corre cañón abajo, y sumergir su cuerpo en él para aliviar la abrasadora sensación. Dimos gracias a Dios por no haberle dejado ir.

Esto sucedía el día cinco [de septiembre de 1922] por la mañana, pero el atardecer trajo consigo el punto culminante en la preparación del cuerpo, una parte definitiva; y quizá, parecía, la parte más difícil y el trabajo más arduo estuvieran tocando a su fin. El aguante y coraje de Krishna y la grandeza de la ocasión hicieron descender sobre todos nosotros una rara y maravillosa bendición; el señor Warrington, Rosalind y yo, que éramos de la familia, tuvimos la enorme fortuna de estar presentes y de compartir el gran privilegio. Aquella noche, marcada por un intenso sufrimiento, pareció significar el éxito del largo período de trabajo al que se había sometido al cuerpo.²⁸



LOS HERMANOS JIDDU
EN ARYA VIHARA, OJAI, 1922.

La actitud de Krishnamurti hacia su labor experimentó una profunda transformación, y con energía y seriedad nuevas emprendió en 1923 una intensiva gira de charlas en los centros teosóficos repartidos por Estados Unidos; después fue a Londres, a Holanda y a Viena. A lo largo del año continuó padeciendo agonizantes sacudidas de “el proceso”, aunque sólo quienes estaban más cerca de él se daban cuenta de ello.

Colmado de dicha por sus percepciones recién descubiertas, y alentado por la viva llama de su misión, Krishnamurti viajó por todo el mundo. Habló en Europa, la India, Australia y Estados Unidos. Estos viajes, con un apretado programa de charlas, reuniones y convenciones, supusieron un fuerte desgaste para la delicada salud de Nitya. La tuberculosis que le habían diagnosticado fue empeorando, y escribió: «He pasado cuatro semanas en cama y se me transparentan los huesos [...]. Camino hasta el precipicio de la muerte; me asomo, y vuelvo sobre mis pasos [...]. Empieza a convertirse en un hábito».

EN JULIO DE 1925, devastado por la enfermedad, Nityananda regresa con su hermano de un viaje por Australia a su entrañable casa de Ojai. Tenía una fiebre muy alta, y apenas le quedaba energía; estaba «espantosamente delgado e increíblemente débil», pero después de varios meses en el clima seco del valle y de seguir el tratamiento específico de Abrams Oscilloclast, pareció mejorar poco a poco.

Krishnamurti, hondamente preocupado por el estado de su hermano, soñó que visitaba la Gran Hermandad y pedía por la vida de Nitya, dispuesto a sacrificar a cambio su propia felicidad. Haría lo que fuera preciso para que Nitya viviera, pues «sentí que se estaba decidiendo sobre su vida». Cuando se le respondió que se pondría bien, «fue tal el alivio que toda mi ansiedad ha desaparecido por completo y me siento dichoso».

La confianza en la ayuda de los maestros esotéricos, pilar de las enseñanzas de Besant y Leadbeater, había sido parte intrínseca de la juventud de Krishnamurti. La línea divisoria entre el sueño y la vigilia era borrosa, y, a aquel sensible joven, las visiones y apariciones le parecían formar parte de la existencia ordinaria. Años más tarde diría que aquellos estados eran proyecciones de la mente.

En octubre, la señora Besant telegrafió a Krishnamurti pidiéndole que la acompañara de Inglaterra a la India, a la Convención del cincuenta aniversario de la Sociedad Teosófica. Madame de Manziarly, una antigua seguidora de los tiempos de París, acudiría a Ojai para hacer de enfermera de Nitya, junto con el miembro indio Rama Rao. Rosalind y Rajagopal, que habían estado en Ojai ayudando a cuidar al enfermo, debían partir con Krishna.

Durante años, los miembros de la Estrella habían tenido una fe incuestionable en que Nitya era el elegido para estar al lado de su hermano y asistirle en su trabajo. Era parte de un plan supremo; y para que su papel predestinado pudiera cumplirse, sin duda, pensaban, se le perdonaría la vida. Aun así, Krishnamurti accedió con gran reticencia a dejar a su hermano en Ojai en aquel estado.

El 16 de octubre de 1925, en una carta enviada desde el Gotham Hotel de Nueva York, Krishnamurti contaba a Nitya que cuando volviera a escribirle sería desde Londres; que pensaba constantemente en él, que no lo había olvidado; declaraba que se amaban el uno al otro más que a nada en el mundo, y que nada los separaría jamás.

A la agitación del momento se unió la consternación ante la noticia de los alarmantes sucesos acaecidos en Huizen, Países Bajos. Habían empezado a impartirse iniciaciones de forma indiscriminada, y, guiado por una supuesta revelación, George Arundale anunció que habían sido nombrados doce apóstoles del maestro del mundo. La señora Besant, que tenía ya casi ochenta años, confirmó en un prolongado discurso en el Campamento de la Estrella de agosto de 1925, en Ommen: «Él elegirá, como antes hizo, a sus doce apóstoles [...]. Ya los ha elegido». ²⁹ Entre ellos estaban Leadbeater, Besant, Arundale, Jinarajadasa, lady Emily, y otros.

«Este asunto de los apóstoles es el colmo». Krishnamurti dijo: «No creo en él en absoluto. Me hace llorar el ver arrastradas así, entre la mugre, cosas tan sagradas». ³⁰

Aquellos de vosotros que todavía titubeáis, que todavía buscáis a tientas, que estáis atrapados en el torbellino del sufrimiento y el dolor, el ansia y la mezquindad, podéis leer libros, asistir a escuelas donde se enseñe un sistema filosófico determinado, donde se celebren ceremonias, donde se impongan limitaciones; pero para aquellos de vosotros que tenéis por único deseo la liberación, no hay escuela.

Cuando Krishnamurti y sus acompañantes llegaron a Inglaterra el 23 de octubre, lady Emily acudió fielmente a recibirlos a Plymouth. Se vio expuesta a “una avalancha de sarcasmos”. Krishnamurti repudiaba aquellas declaraciones explícitas de iniciaciones, *arhats* y apóstoles. Se había hecho que asuntos de gran solemnidad parecieran vulgares y ridículos. No obstante, el amor que Krishnamurti sentía hacia la señora Besant le impidió manifestar públicamente lo que pensaba.

Krishnamurti escribió a Nitya desde Londres, contándole que una vez más se veía convertido en foco de adulaciones; se encontraba terriblemente a disgusto entre aquella gente —decía—, de lenguaje pretencioso y “altisonante”.

Muy pronto el grupo, que ahora había aumentado hasta un número de quince, y que incluía a la señora Besant, George Arundale y su esposa, James Wedgewood, lady Emily, Rosalind, Rajagopal, Shiva Rao y otros, zarpó a bordo del Ormuz con rumbo a la India y a la Convención del cincuenta aniversario. El 9 de noviembre, desde algún lugar del mar entre Nápoles y Port Said, Krishnamurti volvió a escribir a su hermano, expresando su deseo de que estuvieran juntos. El pasado parecía una pesadilla, pero el futuro sería un “sueño feliz”; y una vez más instaba a Nitya a que se pusiera bien muy pronto. Decía que echaría la carta al llegar a Port Said al día siguiente.

Sin embargo, al llegar a puerto, se encontraron con un preocupante telegrama anunciando que Nitya tenía gripe. Un inquietante telegrama posterior añadía: «Gripe un poco más grave. Reza por mí».

No obstante, la fe implícita en que los maestros cuidarían de la vida de Nitya parecía descartar cualquier posible desastre. La misión de Krishnamurti, con su hermano a su lado, se consideraba inmutable.

En 1909, cuando las puertas de la gloria se le abrían al que en otro tiempo fuera un empobrecido niño indio, él rehusó que se le enseñara, educara o preparara en modo alguno para su nuevo cometido a menos que Nitya pudiera estar con él. El lazo de amor filial de la infancia era muy fuerte, y creció en intensidad con los años.

Aquel hombre joven, que había cumplido los treinta hacía unos meses, se había visto despojado a través del tiempo de todo lo que le era más querido. A la muerte de su madre, cuando él tenía diez años, le siguieron el verse alejado del ambiente y de la tradición hindúes para ser educado como un caballero inglés, la ruptura con los preceptos de su casta, el alejamiento de su padre, y el olvidar, por la falta de uso, su lengua nativa, el telugú; y ahora el último hilo todavía vivo estaba a punto de romperse. La noche del 13 de noviembre de 1925, una gran tormenta sacudió el barco cuando se adentraba en el Canal de Suez. Le fue entregado a la señora Besant un telegrama que informaba de la muerte de Nitya. Todos los sueños se hicieron añicos. Se dirigió al camarote de Krishnamurti para darle la noticia. La muerte de su hermano dejaba a Krishnamurti solo, sin ningún vínculo con el pasado, desprovisto de todo lazo familiar. Sollozó incrédulo e inconsolable; de noche gemía y llamaba a gritos a Nitya en telugú.

Shiva Rao, que compartía el camarote con él, escribió que «la noticia lo destrozó por completo; más aún: toda su filosofía de vida —la tácita fe en el futuro que la señora Besant y el señor Leadbeater habían trazado, y del que Nitya era parte vital— pareció hacerse pedazos en aquel momento. Pasó los diez días siguientes llorando y gritando el nombre de Nitya [...]. Lo veíamos así día tras día, con el corazón destrozado, sumido en la desilusión». Luego, lentamente y con inmenso esfuerzo, cambió, e hizo acopio de fuerzas para afrontar la vida sin Nitya.

Los hermosos sueños para la vida física que mi hermano y yo teníamos han terminado: el sueño de estar juntos, de vernos hacer las cosas, de viajar juntos, de divertirnos juntos, de hablar y bromear uno con otro, y de todos los pequeños detalles que tanto contribuyen a una vida de agradable disfrute.

[...] El silencio nos procuraba un especial deleite a ambos; ¡era tan sencillo entonces comprender los pensamientos y sentimientos del otro! No diré que no se produjera entre nosotros algún enfado esporádico, pero nunca iba muy lejos; en unos minutos se había pasado. Solíamos entonar juntos canciones jocosas, o cánticos, según lo requiriera la ocasión. A los dos nos gustaba la misma nube, el mismo árbol, la misma música. Aunque nuestros temperamentos eran diferentes, disfrutábamos mucho de la vida.

[...] Un viejo sueño ha muerto, y uno nuevo está a punto de nacer, como una flor que empuja y se abre camino a través de la tierra compacta. Ha empezado a nacer una nueva visión y a desplegar una mayor conciencia.

[...] Una fuerza nueva, nacida del sufrimiento, me late en las venas, y, del sufrimiento pasado, una nueva compasión y comprensión han empezado a nacer: un deseo mayor de ver a otros sufrir menos, y, si tienen que sufrir, de hacer lo posible por que toleren el sufrimiento con nobleza y salgan de él sin demasiadas cicatrices. He llorado, pero no quiero que otros lloren; mas si lo hacen, ahora sé lo que eso significa.

Mi hermano ha muerto;
éramos como dos estrellas en un cielo desnudo.
Él era igual que yo:
la piel tostada por el cálido Sol
en la tierra de suaves brisas,
oscilantes palmeras,
y ríos de agua fresca;
donde son innumerables las sombras,
y hay cotorras y papagayos de vivos colores.
Donde las copas verdes de los árboles
danzan bajo la refulgente luz del Sol;
donde hay dorados arenales
y mares de color verde azulado:
donde el mundo vive bajo el peso del Sol,
y la tierra cocida es marrón mate;
donde el arroz verde
centellea cautivador en las aguas limosas,
y los cuerpos tostados, desnudos, brillan
libres en el resplandor deslumbrante.
La tierra
de la madre que amamanta a su hijo
al borde de la carretera;
del devoto amante
que trae en ofrenda vistosas flores;
del santuario a la orilla del camino;
de intenso silencio;
de paz inmensa.

Murió;
lloré en soledad.
Allá adonde iba, oía su voz
y su risa alegre.
Buscaba su rostro
en cada caminante
y a cada uno preguntaba si había visto a mi
hermano;
pero ninguno de ellos podía darme consuelo.
Rogué,
recé,
mas los dioses guardaban silencio.
No me quedaban ya lágrimas;
no me quedaban sueños.
Lo busqué en todas las cosas,
en todos los países.
Lo oía en el susurro unísono de los árboles
llamándome a su morada.
Y luego,
en mi búsqueda,
apareciste Tú,
Señor de mi corazón;
sólo en Ti
vi el rostro de mi hermano.
Sólo en ti,
mi eterno Amor,
veo los rostros
de todos los vivos y de todos los muertos.

EL CANTO DE LA VIDA, 1931



*No tratéis de desagraviar a los muertos;
desagraviad a los vivos.*

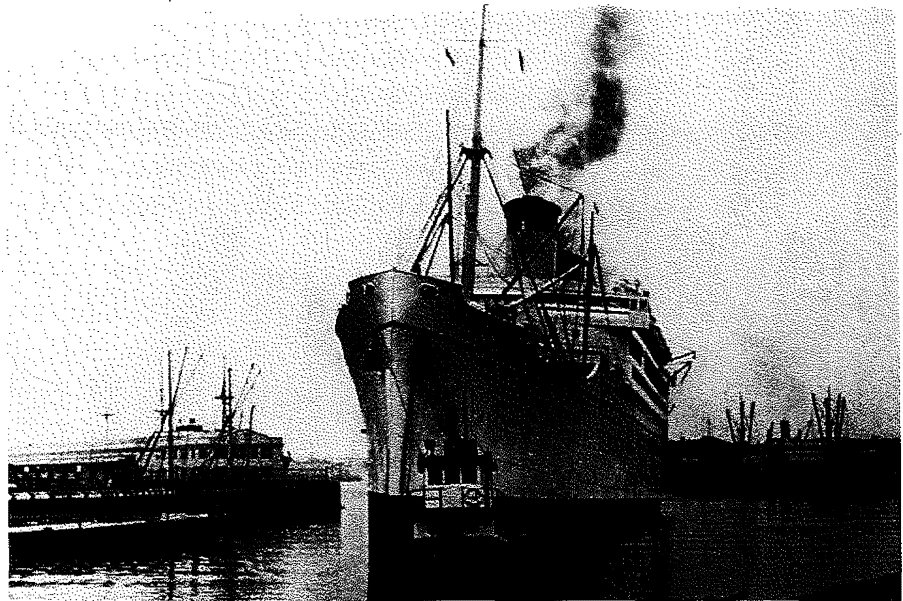
EL BOLETÍN DE LA ESTRELLA, 1931

LA TRAVESÍA A BORDO DEL BUQUE DE VAPOR MARICOPA TOCÓ A SU FIN. QUIENES RECIBIERON A KRISHNAMURTI DIJERON QUE SU ROSTRO NO MOSTRABA SEÑALES DE LA GRAN PÉRDIDA QUE HABÍA SUFRIDO.

TRAS EL LARGO VIAJE POR MAR, aquellos que recibieron a Krishnamurti y al grupo de Besant a su llegada a Adyar, el 25 de noviembre de 1925, dijeron que el rostro de aquél era claro, radiante, y que no mostraba señales de la devastadora pérdida que había experimentado hacía apenas diez días. Enfrentado cara a cara con el sufrimiento, había comprendido su naturaleza y lo había traspasado. En momentos de agotamiento quizá aún llamara a Nitya, pero aquella comprensión había transformado el sufrimiento, la agonía que todos los seres humanos sienten ante la pérdida de sus seres queridos, en una silenciosa claridad. El duelo había terminado.

Sin embargo, a partir de aquel momento Krishnamurti rara vez habló de jerarquías esotéricas, o de los maestros. Ahora estaba solo; no se apoyaba en nadie.

En las semanas que precedieron al comienzo de la Convención del cincuenta aniversario, también otras tensiones harían erupción. Leadbeater había llegado de Australia con un grupo de setenta personas. Consideraba lo ocurrido en Huizen con desconfianza y frialdad, y se produjo una ruptura entre Arundale, el artífice de "los Apóstoles", y el grupo de C.W.L. Annie Besant se encontraba en el centro de estas divisiones, e incluso la devota lady Emily llegó a creer que Besant había sido víctima de un engaño.



La convención quedó inaugurada el 24 de diciembre, en medio de ilusionadas especulaciones sobre la posibilidad de que los maestros mismos aparecieran para la celebración.

El periódico *The New York Times* y el *New York Herald*, *The Times of India* y otros diarios dieron la noticia de la llegada de cientos de delegados de todo el mundo. Más de tres mil personas se congregaron en una atmósfera de febril expectación. Pero todo fue en vano. No pasó nada. Fuera de la habitual rutina de conferencias y reuniones, no hubo ninguna señal de los esperados acontecimientos milagrosos que muchos habían hecho creer que ocurrirían con ocasión del cincuenta aniversario de la Sociedad Teosófica.

Al día siguiente, el 28 de diciembre, se inauguró bajo el gran baniano el Congreso de la Estrella. Fue entonces cuando sí sucedió algo. Mientras Krishnamurti hablaba de la inminente venida del maestro del mundo, algunos tuvieron un sentimiento de esperanza, y expandieron su entusiasmo al resto del grupo.

«EN UNA REUNIÓN
DEL CONGRESO DE LA
ESTRELLA CELEBRADA
BAJO EL BANIANO, EN
ADYAR, A LAS OCHO DE
LA MAÑANA, SE PRODUJO
UN ACONTECIMIENTO DE
HONDO DRAMATISMO
MIENTRAS KRISHNAMURTI
HABLABA».

RUSSELL CLARKE

El 28 de diciembre de 1925 acaeció un suceso único que tuve ocasión de presenciar. A las ocho de la mañana, en una reunión del Consejo de la Estrella que se celebraba bajo el baniano de Adyar, con los altavoces apagados, se produjo un acontecimiento de hondo dramatismo mientras Krishnamurti hablaba. Ocurrió hacia el final de su charla, que había versado sobre el maestro del mundo. De repente, su voz cambió; adquirió un tono exquisitamente dulce y a la vez poderoso; y, en una oleada henchida de intensa compasión, continuó: «Viene sólo a aquellos que quieren, que desean, que anhelan». Después de esto la voz se hizo diferente: tranquila, serena, pero con una cualidad rotunda. Dijo: «Vengo para aquellos que quieren compasión, que quieren felicidad, que anhelan ser liberados, que anhelan encontrar felicidad en todas las cosas. Vengo a reformar y no a demoler. No vengo a derribar sino a construir».

Soy testigo de que fue una experiencia espiritual única, y, de entre todos los allí presentes, fueron Annie Besant, C.W. Leadbeater y Raja quienes más profundamente comprendieron su significado. Días después, durante el último encuentro del Congreso de la Estrella, Annie Besant declaró: «[...] ese suceso [del 28 de diciembre] ha señalado la consagración definitiva del vehículo elegido [...], la definitiva aceptación del cuerpo elegido tiempo atrás [...]. El Advenimiento ha comenzado [...]». En El Teósofo, escribió: «Por primera vez, la Voz que habló como nunca habló el hombre ha vuelto a sonar con palabras terrenales en los oídos de la gran multitud congregada bajo el baniano [...]. En aquel momento supimos que el período de espera había terminado, y que la Estrella del Alba se había elevado sobre el horizonte».³¹

En el nonagésimo segundo año de mi vida, mi memoria será probablemente defectuosa, pero esta inolvidable experiencia la recuerdo con claridad cristalina.

RUSSELL BALFOUR CLARKE

Por boca de Su vehículo, el pasado 28 de diciembre Él habló en nuestro mundo terrenal por primera vez en casi dos mil años. Cuando ocurrió, Krishnamurti estaba hablando, y era evidente la poderosa influencia bajo la que se encontraba momentos antes de que algo tomara posesión de él por entero. Voy a leer lo que decía, porque mostrará el influjo que estaba sirviéndose de él en aquel instante: «Todos Lo esperamos a Él, que es el ejemplo, que es la personificación de la generosidad. Pronto Él estará con nosotros; está con nosotros ahora. Él viene a guiarnos a todos a esa perfección en la que hay felicidad eterna; viene para guiarnos, y viene para aquellos que no han comprendido, que han sufrido, que son infelices, que no tienen claridad. Él viene a aquellos que quieren, que desean, que anhelan». Krishnamurti comenzó, se detuvo un momento, y entonces una voz diferente sonó a través de sus labios, una voz que no se había oído en la Tierra desde hacía dos milenios: «Vengo a aquellos que quieren compasión, que quieren felicidad, que anhelan ser liberados, que anhelan encontrar felicidad en todas las cosas. Vengo a reformar, no a demoler; no a derribar, sino a construir».³²

ANNIE BESANT, 1926

La voz de Krishnamurti había crecido en intensidad y en poder a medida que hablaba. Luego, cuando empezó a expresarse en primera persona y dijo en tono conmovedor y compasivo: «Vengo», una corriente eléctrica hizo temblar a la audiencia.

La señora Besant diría: «Aquel suceso [28 de diciembre de 1925] señaló la definitiva consagración del vehículo elegido [...]. El advenimiento había comenzado».

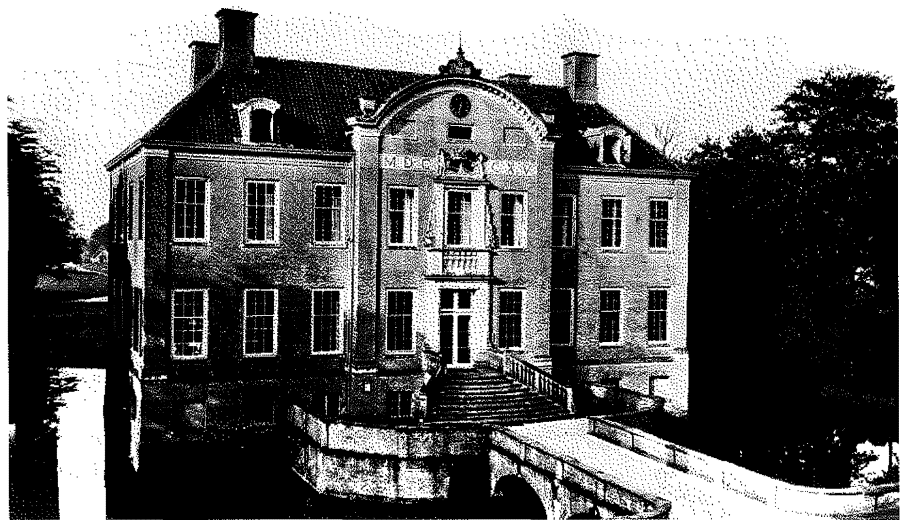
*De la llama vienes,
a la llama volverás, y
se unirán entonces el principio y el fin.*

¿QUIÉN TRAE LA VERDAD?, 1926

ALGUNOS AÑOS ANTES, Krishnamurti había conocido al barón Phillip van Pallandt de los Países Bajos, que habría de donar su ancestral mansión y sus fincas, el castillo de Eerde, a la Orden de la Estrella.

Más de dos mil hectáreas de arboledas rodeaban los hermosos edificios dieciochescos. Krishnamurti dijo que era uno de los lugares más bellos que conocía. Los tapices gobelinos «eran maravillosos; creaban una atmósfera de antigua dignidad y belleza. Multitud de grandiosos árboles, de doscientos o trescientos años, rodeaban el castillo [...]». Durante muchos años, Eerde sería el principal lugar de encuentros de la Orden de la Estrella en Europa.

El castillo se convirtió en centro de reunión de pequeños grupos, mientras que el cercano Ommen proporcionaba alojamiento a los miles de personas que acudían a los primeros campamentos.



CASTILLO DE EERDE,
PAÍSES BAJOS. ANCESTRAL
RESIDENCIA DEL BARÓN
PHILLIP VAN PALLANDT,
DONADA A LA ORDEN
DE LA ESTRELLA PARA SER
UTILIZADA COMO SEDE EN
EUROPA.

Éste no es el lugar donde buscar nuevos rótulos, donde satisfacer vanidades personales; éste debe ser el lugar donde cada individuo viva tan peligrosamente como pueda, tan enérgica y arriesgadamente como pueda, donde viva de acuerdo con esta Ley eterna. No debéis convertir este lugar en una jungla de falsos ideales, ni convertirlos en seres domesticados; no debéis crear pequeños dioses y adorarlos en pequeños santuarios; eso podéis hacerlo en otro sitio. Aquí eso está de más; ésa es una clase de adoración equivocada, una actitud equivocada, una clase equivocada de devoción. Pues una vez que hayáis bebido de esta fuente, no querréis beber de ninguna otra; una vez que hayáis rendido culto aquí, no querréis rendirle culto a ninguna otra cosa del mundo. ¿Quién quiere orar a la luz de una vela cuando puede tener el Sol?

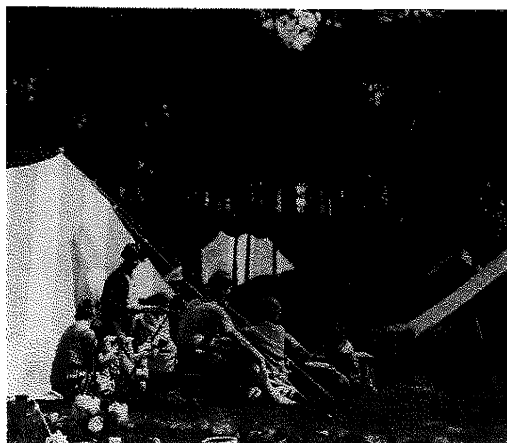
EL REINO DE LA FELICIDAD, 1927

BARÓN PHILLIP VAN PALLANDT BENEFACTOR DE KRISHNAMURTI EN LOS PRIMEROS TIEMPOS, ZWOLLE, HOLANDA

VP: Se celebraba una reunión de la Sociedad Teosófica holandesa en una de mis propiedades, en Ommen, y se había invitado a un tal Wadia, un parsi de las altas montañas de la India, para que se encargara de organizarla. Jack Burton, que era profesor de la escuela Arundale de Inglaterra, estaba también allí, y sugirió: «¡Ah!, debería pedirle a Krishnamurti que viniera». Yo sólo lo había visto una vez, en una reunión en Londres; nunca había hablado con él.

EB: ¿Puedo preguntarle en qué año fue esto?

VP: 1921; tengo buena memoria para las fechas. Jack Burton insistió: «Debes pedirle directamente a Krishnaji que venga de París, porque Wadia quiere establecer centros secretos, y eso puede ser peligroso». Le contesté: «Jack, no conozco a ese hombre; pídele tú que venga», e inmediatamente así lo hizo. Bueno, creo que en veinticuatro horas Krishnaji estaba en Eerde. Y lo más curioso de esta reunión de la Sociedad Teosófica que había organizado Wadia fue que... ¡Ah, sí!, no debo olvidar contarle que era el día de la *Doctrina Secreta*. Había programados un encuentro por la mañana, otro al mediodía, y otro por la noche. No sé si alguna vez ha leído usted con detenimiento la *Doctrina Secreta*. Bien, ¿y ha entendido usted algo? ¡Es tan impenetrable! Lo escribió la señora. Blavatsky. Es divertido leerlo, porque no hay quien entienda una palabra, ni una sola. Así que llegó Krishnaji, ¿y qué hizo? Wadia dio su charla de la mañana, del mediodía y



de la noche sobre la *Doctrina Secreta*, y Krishnamurti se mantuvo impasible; lo escuchaba. Pero entre tanto había organizado unos juegos deportivos para impedir que Wadia estableciera allí un centro secreto; ése era el objetivo. Y fijese de qué clase de deportes se trataba —¡fue divertidísimo!—: uno de ellos consistía en ponerse de pie en medio de un prado, sujetando en la mano una cuerda con una piedra atada al extremo, y hacerla girar, mientras uno daba vueltas sobre sí mismo. Las honorables señoras se levantaban de un salto cuando veían la piedra acercarse. ¡Fue tan divertido ver cómo daban saltos todas aquellas respetables damas de la Sociedad Teosófica! Krishnaji se quedó conmigo en Eerde, y desde aquel instante nos hicimos grandes amigos, amigos de verdad.

EB: ¿Sabía usted entonces que Krishnamurti era considerado el futuro maestro del mundo? ¿Qué opinión le merecía?

VP: Yo era, por supuesto, mucho más joven que ahora, pero siempre me pareció el hombre más extraordinario que jamás hubiera conocido. Y lo mismo puedo decir de la doctora Besant; era la mujer más maravillosa que conocía.

EB: ¿En qué sentido era extraordinario Krishnamurti?

VP: Le contaré una anécdota muy graciosa. Cuando Wadia, a quien Krishnaji se había enfrentado seriamente al organizar los deportes —y Wadia debía de saberlo y de estar afectado por ello—, cuando Wadia partió en mi automóvil pequeño, Krishnaji vino conmigo, y a unos veintisiete kilómetros de Ommen tuvimos un pinchazo, un pinchazo de la rueda delantera iz-



ARRIBA: VISTA AÉREA DEL
RECINTO DEL CAMPAMENTO
DE OMMEN, HOLANDA, 1926.

PÁGINA OPUESTA:
EL ACAMPAR, INSPIRADO EN
EL FLORECIENTE MOVIMIENTO
BOY SCOUT, ERA MOTIVO
DE DISFRUTE EN LAS
REUNIONES DE OMMEN.

quierda. Yo llevaba conduciendo los automóviles de mi padre desde 1900, desde que tenía diez años, y por tanto, de nosotros dos, yo era con mucho el que más había conducido; pero era muy poco habilidoso, y Krishnaji se dio cuenta de ello al verme intentar cambiar la rueda. Así que en una fracción de segundo él se hizo cargo de todo, y con aquellas finas manos puso la rueda nueva, y quitó la otra, toda sucia —eran carreteras llenas de polvo, de un polvo espeso—; la quitó, con aquellas manos tan delicadas, colocó la nueva, y nos pusimos en marcha. Cada vez que paso por aquel punto me acuerdo; nunca he olvidado el lugar exacto donde tuvimos el pinchazo. Seguimos adelante, aunque por supuesto el tren debía de estar saliendo ya de Zwolle, y teníamos que ir a gran velocidad para poder alcanzarlo. Llegamos a la estación de Zwolle. En aquellos tiempos hacía falta un billete especial para acceder al andén, pero Krishnaji no se preocupó del billete; saltó todas las vallas, y fue a caer en el lugar exacto, en el momento en que el tren ya se iba, y Wadia en él, sin maleta, puesto que la había dejado en la estación. Krishnaji, nada más saltar las barreras, se acercó al tren, y justo allí y en aquel preciso momento, Wadia estaba asomado a la ventanilla, y Krishnaji no tuvo que hacer más que alargarle la maleta. ¡Fue uno de los episodios más graciosos que he presenciado en mi vida! Y el tren siguió adelante.

EB: Continuando con aquellos primeros tiempos, ¿puede decirnos cómo surgieron los Campamentos de la Estrella y cómo surgió la idea de celebrarlos en el castillo de Eerde?

VP: No he pensado en estas cosas desde hace decenios, pero aún me acuerdo de muchas de ellas. Encontré algo magnífico en Krishnamurti, y le ofrecí la propiedad entera, mil setecientos acres holandeses —no ingleses, que son tres veces menores—, más de dos mil hectáreas, ¡y dijo que no quería nada! Pero sugirió que podíamos crear una fundación, y eso es lo que se hizo: la Fundación Eerde.

EB: ¿Y él venía a hablar al castillo de Eerde cada año?

VP: Sí.

EB: ¿Recuerda usted de qué trataba su enseñanza? ¿Cómo la expresaba? Además de sus palabras, ¿qué significaba su presencia para la congregación?

VP: Ah, muchísimo. Piense usted que los teósofos que allí se encontraban tenían una formidable idea de él, puesto que la Sociedad Teosófica lo había anunciado como el futuro maestro del mundo. No hay que olvidar esto.

EB: ¿Se veía él a sí mismo como el maestro del mundo?

VP: Probablemente lo hiciera en su fuero interno, pero nunca hablaba de esa clase de cosas. Era tan increíblemente sencillo... Una de las cualidades más especiales de Krishnaji era su asombrosa sencillez para todo. Y hasta ahora lo ha seguido siendo.



EB: ¿Recuerda alguna otra cosa de él, lo que hacía, cuáles eran sus actividades allí?

VP: Le apasionaba el automovilismo. Una vez estuve con él en París en una gran exposición de automóviles. Krishnaji saltó a uno de los *stands* y entabló una larga conversación con un hombre. Creo que el automóvil expuesto era un Lancia, italiano; y después oí que aquellos dos hombres que seguían sobre el *stand* se decían uno a otro: «¡Es increíble lo que sabe de automóviles ese joven!». Yo, que llevaba conduciendo desde el año 1900, no sabía nada de mecánica, de maquinaria, absolutamente nada; únicamente conducía, conducía rápido, y nunca tuve un accidente.

EB: ¿Diría usted que a Krishnamurti le interesa cualquier clase de mecánica, cómo funcionan las cosas?

VP: Mucho, le interesa mucho.

EB: ¿De qué modo diría que influyó en su vida la enseñanza de Krishnamurti?

VP: ¡Ah, influyó enormemente! Pero es difícil decir de qué modo. Siempre sentí, y aún siento, que es la persona más extraordinaria que he conocido.

A la doctora Annie Besant le resultaba extremadamente difícil comprender sus palabras. Una vez, en una acampada multitudinaria en Eerde, tres mil setecientas personas lo escuchábamos bajo la carpa, y Leadbeater se quedó dormido —¡me acuerdo tan bien!—; en cambio, la doctora Annie Besant siguió escuchando intensamente hasta el último instante. Pero no lo comprendía, eso sí puedo decirlo.

EB: ¿Así que a Leadbeater no le interesaba en absoluto lo que decía Krishnamurti?

VP: Al parecer, no. Se durmió; y Annie Besant escuchaba con enorme interés, delante de las tres mil setecientas personas, mientras Leadbeater dormía.

EB: ¿Cómo era la relación de Krishnamurti con Leadbeater?

VP: Bien, Krishnaji dijo: «Han sido los momentos más espantosos de mi vida». Se refería al tiempo que Nitya y él pasaron en Sydney, cuando se los envió allí a estar con Leadbeater: «Los momentos más espantosos de mi vida».

EB: ¿Había en aquella época alguna otra persona de la que se sintiera especialmente cerca? Debió de estar muy unido a su hermano. ¿Recuerda usted a Nitya?

VP: Sí, lo recuerdo muy bien. Su muerte fue terrible para Krishnaji. Devastadora. ¡Sufrió tanto! Se enteró a bordo de un barco, viajando entre... Australia y la India. Allí le dieron la noticia, y fue atroz. Los que viajaban con él dijeron que sufrió tremendamente.

EB: ¿Lo vio usted a su regreso a la India? Cuando Krishnamurti volvió de Australia a la India después de la muerte de su hermano, ¿estaba usted en la India en aquel momento?

VP: Así es, estaba en la India en 1925, en el cincuenta aniversario de la Sociedad Teosófica.

EB: Tras la muerte de Nitya, ¿ayudó Rajagopal a Krishnamurti en su labor?

VP: Él —creo que cuando murió Nitya—, Rajagopal, se ofreció a ayudar. Sí, ofreció su ayuda después de que Nitya muriera. Para mí Nitya era un amigo maravilloso, bastante diferente de Krishnaji. Era adorable, ésa es la palabra. Nitya era un compañero verdaderamente adorable; lo apreciaba muchísimo, y su muerte me afectó de forma terrible.

EB: Barón Van Pallandt, ¿hay alguna otra cosa que quisiera añadir?

VP: ¡Ojalá recordara más!

EB: Bueno, creo que se ha acordado de bastantes; han pasado muchísimos años desde entonces. Mil gracias.

VP: No hay de qué.³³

Siempre me dan miedo las organizaciones, las sociedades, las órdenes, porque en todas ellas hay una tendencia a considerar su tipo particular de palabras, su jerga, como la única verdad; tanto es así que, cuando la sencilla verdad de lo real les sea revelada, la malinterpretarán, la dejarán escapar; e incluso aquellas personas que realmente buscan, y que realmente han trabajado y se han sacrificado, tal vez pasen por alto precisamente aquello por lo que han hecho tantos sacrificios.

Necesitamos que la verdad tenga una forma concreta porque se nos ha educado dentro de determinado grupo; necesitamos que la verdad esté revestida de nuestra jerga particular, y en el momento en que no se nos presenta de esa manera no la comprendemos. Por eso a menudo desearía que no hubiera nada semejante a una organización, y espero que no me malinterpreten; a menudo desearía que fuéramos

«LE APASIONABA EL
AUTOMOVILISMO.» PÁGINA
OPUESTA: EN EL AUTOMÓVIL
DE VAN PALLANDT, DE
IZQUIERDA A DERECHA:
HELEN KNOTHE, MARY
LUTYENS, NITYANANDA,
BETTY LUTYENS (DE PIE),
KRISHNAMURTI Y LADY EMILY
LUTYENS.

todos libres para pensar por nosotros mismos, para sentir por nosotros mismos la realidad de las cosas, sin necesidad de organizaciones, líderes de grupo, representantes nacionales, jefes, etcétera. ³⁴

CHICAGO, 1927

Durante el mismo período, Krishnamurti conoció a una joven que sería crucial en sus años de juventud.

Helen Knothe abriría en el joven las compuertas del anhelo romántico que hasta entonces habían estado firmemente cerradas. Era una muchacha americana de diecisiete años, estudiante de violín, que se disponía a estudiar música en Ámsterdam. Helen, que más tarde se casaría con Scott Nearing, un importante crítico social, y ecologista que abogaba por la vuelta a la naturaleza (mucho antes de que esto se considerara sensato), llevaba una vida sorprendentemente libre para una joven de los años veinte. Helen llegó a Holanda acompañada de su madre, holandesa, para continuar allí sus estudios de violín. Cuando se conocieron, ella tenía diecisiete años y Krishnamurti veintiséis.

HELEN KNOTHE NEARING

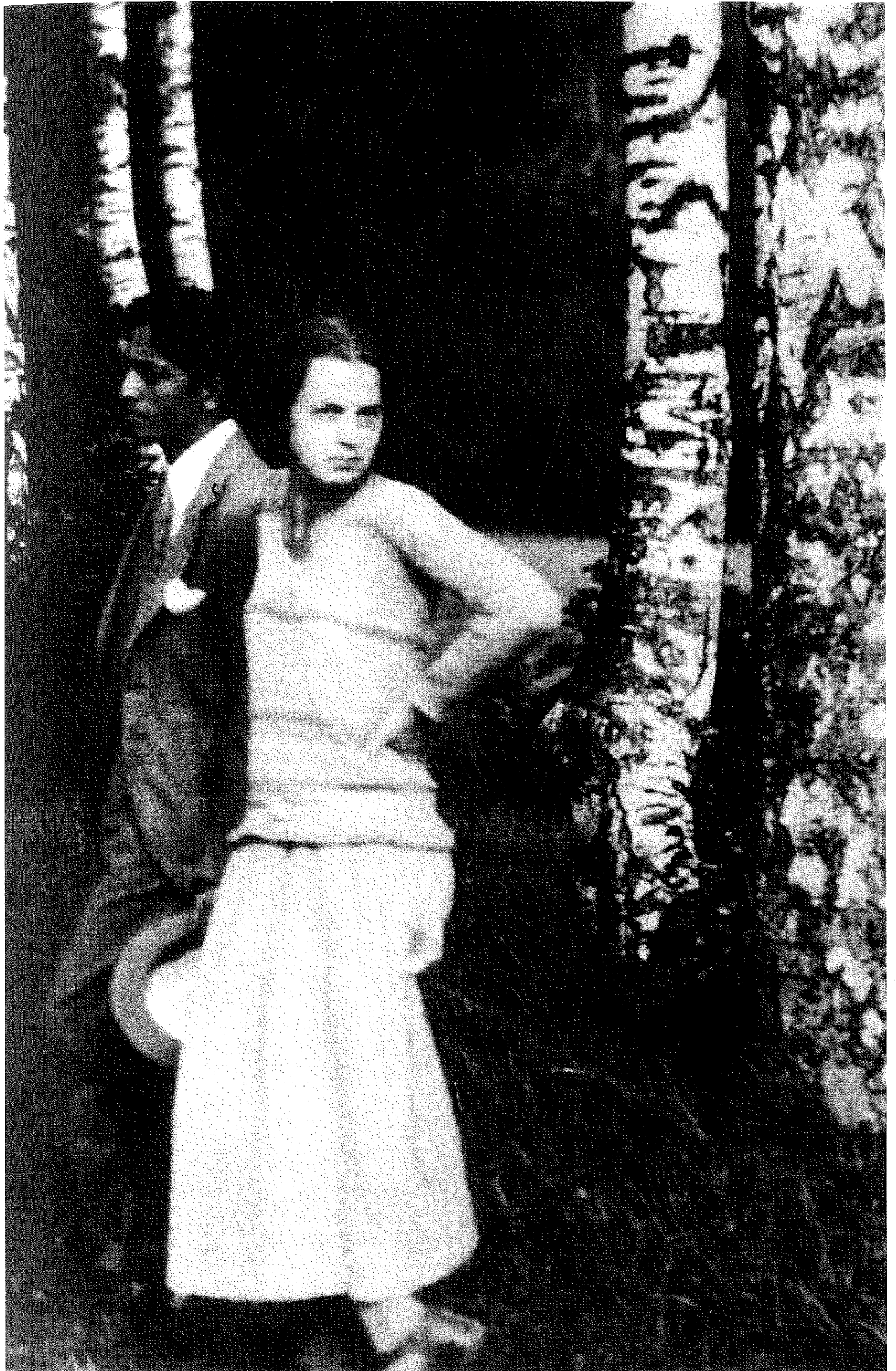
AMIGA DE JUVENTUD DE KRISHNAMURTI

HN: Antes de empezar las clases en Ámsterdam, fui con mi madre a Ommen, donde el señor Wadia, que era también un prominente teósofo en aquel momento, impartía unos cursos a los que mi madre asistía. Phillip van Pallandt había invitado a Krishnamurti a ir a Ommen porque quería donarle su extensa finca. Phillip había oído hablar de Krishnamurti... Creo que debió de oírlo hablar en su conferencia de París. Invitó a Krishnamurti y a su hermano a que fueran a verlo, con la idea de quizá donarle sus tierras. Nitya no se encontraba lo bastante bien como para acudir, así que Krishna llegó solo. Hacía ya unos días que estaba en Ommen, y Phillip lo llevó a dar un paseo en automóvil para enseñarle aquella parte del país, y coincidió que Krishna me vio haciendo una carrera con una muchacha sueca —no sé cómo es que estábamos allá en medio del campo compitiendo, yo por América y mi amiga sueca por Suecia—, y gané la carrera. Krishna y Phillip van Pallandt se acercaron a mí y empezamos a hablar. Yo le pedí un autógrafo a Krishna, y Phillip, al verlo intrigado o interesado, me preguntó: «Por qué no vienes al castillo a cenar», o algo así. De manera que fui al castillo y comí con Krishna; en aquellos momentos no había por allí ninguna otra persona joven, y coincidió que las cosas sucedieran de ese modo: que yo fuera la persona joven, la muchacha, en aquel entonces, de la que aparentemente se enamoró Krishnamurti. Tenía la edad adecuada.

EB: ¿Cuál fue su primera impresión al conocer a aquel joven?

HN: No existía entonces la atmósfera que después iría creciendo en torno a él. Yo no tenía ni idea de su reputación, ni de lo que se había dicho acerca de su persona, y él tampoco parecía darle demasiada importancia. No había en él ninguna ostentación, ni iba acompañado de un séquito; había llegado solo a ver a Phillip. Phillip era una persona muy sencilla, y lo trataba con sencillez. Krishna era un joven que co-

PÁGINA OPUESTA:
HELEN KNOTHE,
UNA MUCHACHA
AMERICANA DE DIECISIETE
AÑOS, FUE CRUCIAL
EN LA JUVENTUD
DE KRISHNAMURTI.



noché, extraordinariamente apuesto y muy diferente a cualquier otro que hubiera conocido antes, pero creo que él estaba mucho más preparado para aquella nueva experiencia de lo que yo lo estaba en aquel entonces. ¡Era tan distinto de los demás muchachos que había conocido! Sólo le quedaba una semana de estancia en Holanda, mientras que yo seguiría allí mucho, muchísimo más tiempo. Aquella semana la pasó entera conmigo, andando por los bosques, paseando en bicicleta, o dando vueltas en el automóvil de Phillip –creo que era su viejo Mercedes–. Y finalmente, al cabo de unos cinco días, caminando entre el brezo de los páramos holandeses, me declaró amor verdadero. Era tan tímido que se cubrió la cara con el pañuelo. Estábamos sentados sobre el brezo, y me dijo que me concedía un lugar junto a la trinidad formada por su hermano, al que quería mucho, la señora Besant, a la que llamaba “Amma”, y lady Emily. Dijo: «Éstos son mis tres amigos más queridos», y en aquel momento me situó en la misma categoría. Parecía ser algo muy nuevo para él. Era, por supuesto, algo extraordinario, excepcional.

EB: ¿Y se cubría la cara al hablar con usted?

HN: ¡Era tan tímido! En su primera carta después de irse de Ommen –tenía que volver a Londres, y luego viajar a Italia–, en aquella primera carta decía: «¿Recuerdas mi asombrosa timidez?»; y decía también: «Tú no sientes lo que siento yo». Las guardé; durante todos estos años he guardado aquellas cartas. Son tan puras, tan nobles, tan hermosas y elocuentes que forman parte de su historia.

EB: ¿Expresó Krishnamurti su punto de vista sobre el matrimonio, lo que personalmente opinaba sobre la cuestión?

HN: No, porque supongo que nunca pensamos en ello. Y porque, a pesar de lo unidos que estábamos en aquella época, no recuerdo que hubiera caricias, no recuerdo abrazos, ni besos..., lo cual es extraño, ya que en ningún momento pensé: «Ah, no debemos», o no creo que pensáramos: «No debemos». Era otra clase de atracción, como un encuentro de almas; y yo, a los diecisiete años, y aunque era una chica americana inmadura, sentía... que lo apreciaba por lo que era.

EB: ¿Quiere decir que en su amistad y su relación no había en realidad un aspecto físico?

HN: No, no lo había, en absoluto, y sin embargo era una relación cálida y profunda, incluso apasionada. Es extraño. En aquel momento, su amor y su espíritu manaban como un torrente inagotable, y quería que yo estuviera con él. Estaba muy disgustado por tener que ir a la India cuando hacía tan poco que nos habíamos conocido. Pasamos juntos aquella primera semana en Holanda, y tuvo que volver a Inglaterra; después se inventó realmente un viaje de ida y vuelta a Holanda para dar una charla, o algo así, pero en realidad era para volver a verme. Estuvimos juntos en Ámsterdam, en la sede holandesa de la Sociedad Teosófica, durante unos días, un fin de semana largo o parte de una semana, y a continuación tuvo que regresar a la India.

EB: Y durante aquel período, ¿hablaba Krishnamurti de su labor?

HN: Sí, y era un asunto que le angustiaba bastante. Sentía que aún no estaba preparado; lo veía como algo que iba por delante de él, y él sabía lo que debía hacer. Tuvo un momento de abatimiento absoluto, sobre el que escribió.

- EB: ¿Fue aquél un período de desasosiego e inseguridad en cuanto a qué papel debía desempeñar?
- HN: Sí, temía que la gente esperara de él más de lo que él podía dar.
- EB: Según creo, en 1923, cuando estaba usted con Krishnamurti y el grupo en Ehrwald, en el Tirol austriaco, reaparecieron los síntomas de lo que él llamaba “el proceso”, ¿no?
- HN: Así es.
- EB: ¿Podría describir lo que sucedió?
- HN: Bueno, estuve con él cada noche del mes que pasamos en Ehrwald.
- EB: ¿Aquello fue el comienzo de estas experiencias?
- HN: Aquello fue el comienzo, sí. Nitya nos había escrito a lady Emily, a mí y a algunas otras personas contándonos lo sucedido en Ojai, pero no sabíamos si volvería a ocurrir.
- EB: Esto fue más o menos un año después de lo que se ha llamado “la experiencia del pimentero”, que luego culminaría en los acontecimientos de Ojai.
- HN: En Ehrwald se reactivó, y se me pidió que ayudara.
- EB: ¿Podría contar lo que sucedió?
- HN: Al atardecer solíamos sentarnos en el balcón, frente a las montañas, y Krishna y Nitya solían cantar, y se sucedían los cánticos y los *mantras*. Aquella tarde era obvio que Krishna se sentía físicamente indispuerto, y se alejó del grupo.
- EB: ¿Cuáles eran los síntomas?
- HN: Tenía fiebre, mucho calor, y estaba alterado e inquieto. Entró en la casa con Nitya, y al cabo de un rato Nitya me llamó para que entrara; quería que me sentara a su lado y le tomara la mano. Era evidente que sufría mucho. Lloraba. A mí me resultaba muy difícil estar allí y presenciar aquello, pero hice lo que pude para ayudarle. Se repetiría luego cada día al atardecer. Yo llevaba un diario de todos aquellos días y noches que pasé con él. Creo que ocurrió todas las noches.
- EB: ¿Ocurría por las noches únicamente?
- HN: Sí. Había días en que estaba particularmente risueño, alegre, gracioso, y de pronto recaía, se sumía en aquel estado distante, y dejaba por completo de estar con nosotros. Se convertía en otra persona.
- EB: Se discute en la actualidad el tema de las experiencias extracorporales, ¿calificaría usted así aquellos incidentes?
- HN: No. Aquello tenía lugar en el cuerpo, y con mucha intensidad. Era el cuerpo el que estaba sometido a aquella experiencia. Aunque a veces pareciera que no era Krishna el que se encontraba allí, sino un niño pequeño; casi como si estuviera allí ese niño de tres o cuatro años y fuera él, aquel “cuerpo elemental”, el que soportaba el dolor, e incluso le chillaba a Krishna y le decía: «Apártate, yo sé cómo encargarme de esto mejor que tú». Eran como dos personalidades extrañas entre sí, y Krishna regresaba y hablaba con este pequeño “cuerpo elemental”; conversaban.
- EB: ¿Había dos voces distintas, la del niño y la del joven?
- HN: Así es. Y luego el joven sentía la llegada de seres que le asistían y ayudaban, que a veces incluso le imponían su presencia. Nosotros no lo sabíamos, Nitya y yo. Nitya se sentaba en un rincón, y yo permanecía junto a Krishna, estrechándole el cuerpo, ayudando al cuerpo. Nitya y yo no éramos clarividentes, pero sentíamos la bendición de una maravillosa

presencia que se deslizaba sobre las montañas y entraba en la habitación; y se nos daban mensajes a Nitya y a mí, y también a Krishna.

EB: ¿Cómo llegaban esos mensajes?

HN: A través de la voz de Krishna, y Nitya y yo los garabateábamos en la oscuridad como podíamos. Estábamos casi siempre a oscuras. Anotábamos los mensajes; algunos eran para Nitya, algunos para mí, y algunos eran para Krishna.

EB: ¿Qué decían los mensajes?

HN: Hablaban de lo que debíamos hacer y de lo que debíamos ser, y hablaban de la naturaleza de aquel dolor.

EB: ¿A qué era debido?

HN: Nosotros pensábamos que era la *kundalini*. Creíamos que era el despertar de la *kundalini*, la apertura y limpieza de los canales... Creíamos que el Señor vendría, a través de aquellas maravillosas influencias benéficas que sentíamos que se apoderaban de Krishna en aquel momento. Además, aquel pequeño "cuerpo elemental" era tan tierno, tan dulce, tan entrañable; me parecía estar en un cuarto con Nitya, Krishna y alguna otra diminuta entidad completamente distinta a él. Hablaban entre ellos, discutían.

EB: ¿Sobre qué discutían?

HN: El pequeño decía: «Yo sé tolerar el dolor mejor que tú; quédate fuera». Y Krishna volvía y gritaba y se caía [...]. Estoy segura de que los campesinos que regentaban la casa de Ehrwald, y que vivían dos pisos más abajo, debían de oírlo todo, así que creo que John Cordes, que entonces hacía de guardia, les dijo que padecía ataques epilépticos.

EB: ¿Le pareció a usted en algún momento que podría tratarse de ataques epilépticos?

HN: En aquel tiempo yo no sabía nada acerca de la epilepsia, de modo que estaba convencida de que se trataba de una prueba de resistencia de carácter esotérico.

EB: ¿Cree lo mismo en la actualidad?

HN: No lo sé. No puedo opinar sobre ello ahora, puesto que no sé cómo se desarrolla, ni qué era.

EB: Después de estos episodios, ¿hubo algún cambio en el comportamiento cotidiano de Krishnamurti?

HN: Solía comportarse de un modo absolutamente normal, y no podíamos creer que fuera la misma persona.

EB: ¿Se acordaba Krishnamurti de los incidentes cuando se despertaba?

HN: No, no demasiado.

EB: ¿Tenía alguna sensación en cuanto al dolor, o se sentía liberado del dolor?

HN: No, el dolor estaba presente o no existía en absoluto. A veces Nitya me despertaba en mitad de la noche y me decía: «Será mejor que entres. Krishna te necesita». Y yo iba y me sentaba a su lado, y no sabía si en aquel momento era Krishna o el niño pequeño, pero en cualquier caso estaba allí, y contenta de estar con él. Aquello continuó durante más de un mes en Ehrwald, y luego me persuadió de que fuera a Australia con él, en vez de quedarme a seguir mis estudios de violín. Así que fui a Viena a recoger mi violín y mis cosas y a despedirme de la gente de allí, y después a casa, a explicar a mis padres que quería irme a Australia. Poco más tarde volvía a estar con él. Todavía sufría aquellas mismas crisis, y durante la

Ha sido una lucha incesante el encontrar la verdad, porque no me satisfacía aceptar la autoridad de otro, o la imposición, o la persuasión de otro; quería descubrir por mí mismo, y naturalmente tuve que sufrir para encontrarla.

¿QUIÉN TRAE LA VERDAD?, 1927

Si uno ama la verdad intensamente y, a la vez, sólo por lo que es en sí misma, lo ama todo. Si la verdad es el único consuelo, y uno tiene ese consuelo, su deseo es compartirlo con los demás [...].

LA FUENTE DE LA SABIDURÍA, 1927

No es un reino que se halle en la lejanía, ni una morada en busca de la cual hayamos de emprender un viaje a los confines de la Tierra. Uno debe encontrar la llave que abre todas las puertas del cielo, todos los jardines del éxtasis; esa llave es su intuición, y con esa llave puede uno entrar y vivir eternamente en ese jardín.

LA FUENTE DE LA SABIDURÍA, 1927

travesía de Southampton a Nueva York permanecí a su lado en el barco; pero no recuerdo que, estando yo presente, volvieran a darse nunca de forma tan constante y prolongada como durante aquel terrible mes de padecimiento y de dolor.

EB: Así que duró aproximadamente un mes. Es mucho tiempo para soportar algo como aquello. Dice usted que luego disminuyó.

HN: Pero necesitaba y quería que yo estuviera a su lado, de manera que Nitya se encargó de conseguirnos camarotes comunicados, y de ese modo estuvimos juntos.

EB: Luego era un hecho aceptado que tenía usted una influencia especial sobre él.

HN: Aparentemente desempeñaba un papel especial.

EB: ¿Volvió a declararle su amor mientras estuvo usted allí, en el curso del proceso?

HN: Sí.

EB: Así pues, el afecto, el amor que sentía por usted durante todo aquel período no se vio afectado por el dolor del proceso.

HN: No. De hecho, aquello probablemente lo intensificó, puesto que estaba muy unida a él.

EB: De manera que hizo usted la travesía con él a bordo de aquel barco. ¿Cuánto duró su relación?

HN: Él organizó lo necesario para que otra joven, Ruth Roberts, y yo viajáramos solas a Sidney. Continuó escribiéndome, expresando sus deseos de que todo marchara bien. Krishna hizo una parada en Sidney de camino a Ojai, porque necesitaba sacar a Nitya de la India. Nitya no estaba bien. Y en Sidney, Leadbeater lo recibió con frialdad.

EB: ¿A qué se debió esto?

HN: C.W.L. no comprendía el proceso que Krishna estaba atravesando. Decía que a él nunca le había ocurrido, ni le había ocurrido a la señora Besant. Se mostró frío con Krishna, y lo tuvo esperando en el vestíbulo de la residencia de Sidney. Y él estaba muy preocupado por Nitya, y con razón, porque Nitya se estaba muriendo; nosotros no lo sabíamos, pero se estaba muriendo.

EB: Me gustaría que describiera cómo era la relación de Krishnamurti con su hermano.

HN: Era todo lo cercana, cálida, dulce y entrañable que puede ser una relación. Creo que Nitya era la persona a quien más unido estaba en el mundo entero. Amaba también a la señora Besant, amaba a lady Emily y, en aquella época, me amaba también a mí. Ésas eran las personas más cercanas a él, pero nadie tanto como Nitya; era parte de él, y la influencia de Nitya le hacía bien, le ayudaba en muchísimos sentidos.

EB: ¿Nunca percibió usted que hubiera envidia entre ellos, la llamada rivalidad de hermanos?

HN: Nunca. Eran simplemente hermanos unidos por un gran cariño; cada uno de ellos apreciaba enormemente al otro. Era una relación muy hermosa.

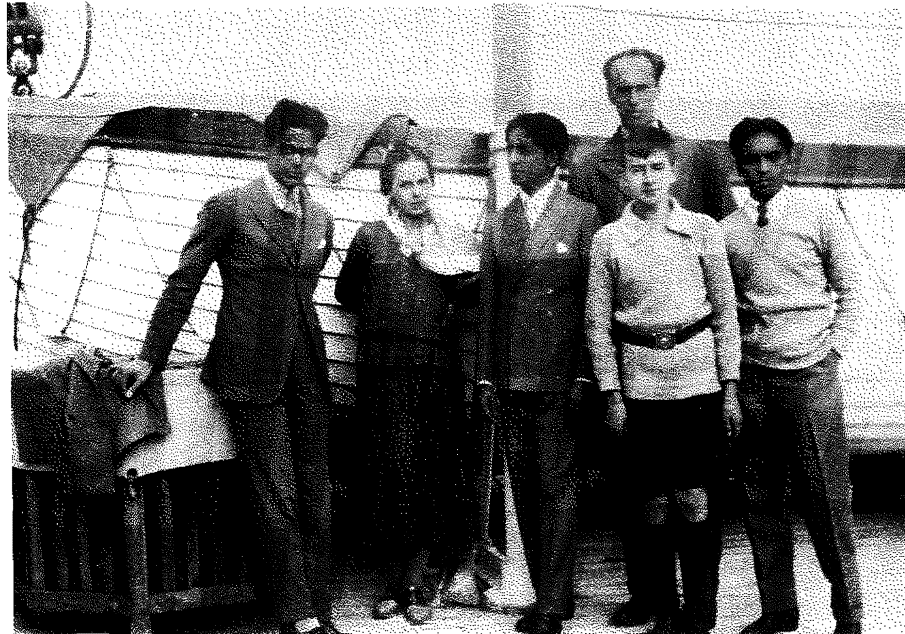
EB: ¿Cómo era la relación de Krishnamurti con Annie Besant durante aquel período?

HN: Muy cariñosa, muy tierna, de una gran lealtad.

EB: En aquellos momentos, ¿empezaba él, de alguna manera, a sentir la profunda responsabilidad de su labor?

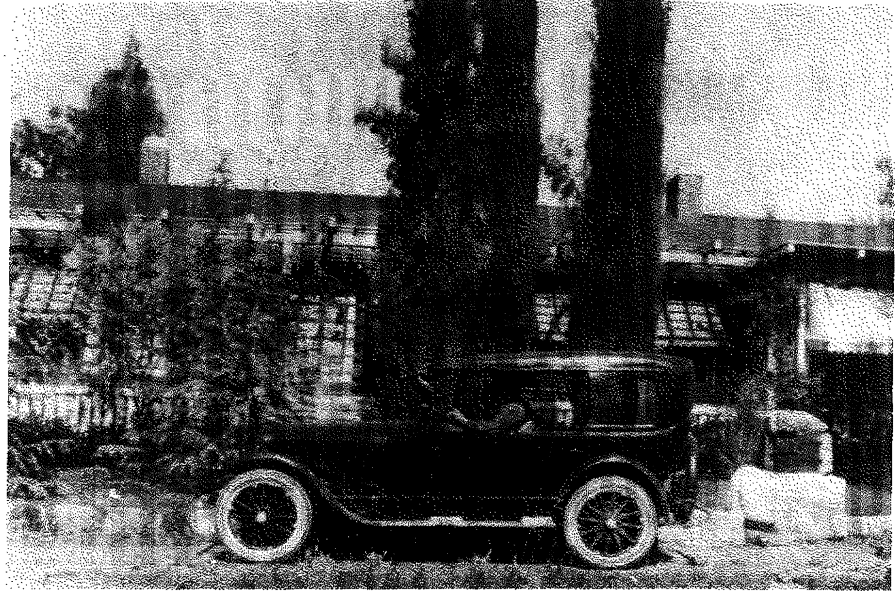
PÁGINA OPUESTA:
DE CAMINO HACIA
AUSTRALIA. HELEN
KNOTHE HIZO LA TRAVESÍA
CON KRISHNAMURTI
Y NITYANANDA DESDE
SOUTHAMPTON,
INGLATERRA, A NUEVA YORK.
A LA IZQUIERDA, RAJAGOPAL.

- HN: Así es, y era algo que yo comprendía.
- EB: ¿Cuándo detectó usted las primeras señales de distanciamiento entre Krishnamurti y la Sociedad Teosófica?
- HN: Quizá sutilmente en Australia, cuando llegó la segunda vez, con Nitya; pero él estaba volcado en la salud del pobre Nitya por completo. Aquello fue el comienzo, cuando C.W.L. lo apartó de sí.
- EB: Alrededor de aquella época hubo un notable giro; se volvió cada vez más abierto a la hora de escribir, y más independiente, al parecer también en cuanto a sus relaciones personales. ¿Estaba usted comprometida con Krishnamurti en aquel momento?



- HN: No. Sabíamos que nada así podría ocurrir. Creo que yo lo supe por mí misma, y él lo supo debido a su misión. La señora Besant nos dijo de forma muy explícita que estábamos muy unidos, y que creceríamos juntos y trabajaríamos juntos, pero que un compromiso amoroso estaba fuera de lo posible.
- EB: Por lo visto se pensaba que el matrimonio lo desviaría de su misión.
- HN: ¡Ah, sin ninguna duda! Incluso llegó a hablarse de ello en los periódicos, cuando él estaba en Ojai, y pensé que tal vez mentes más prudentes le habrían dicho: «Esto ya ha ido demasiado lejos». Quizá fuera ésa la razón de que empezara a distanciarse; nunca lo supe. Por aquel entonces mi familia quería que volviera de Australia, y yo, de mala gana, volví. Krishna se reunió conmigo en Santa Bárbara y me llevó con él a Ojai. Estaba igual de afectuoso y encantador que siempre, pero algo se había roto, o algo era distinto, y sentí que el período de intimidad entre nosotros había terminado. Me quedé en Arya Vihara una semana aproximadamente, y luego me llevó a la estación. A mi entender, nuestra amistad y nuestro cariño eran igual de intensos que en cualquier otro momento, pero aquello fue el fin.
- EB: Durante este período, ¿qué impresión tenía usted de las enseñanzas? ¿Estaba realmente interesada en ellas?
- HN: Yo sabía que él enseñaba “la vida en el presente”. Creo que me embabé de todo aquello, lo reconstruí y creé una filosofía para mí misma que ha

«KRISHNA SE REUNIÓ
CONMIGO EN SANTA
BÁRBARA Y ME LLEVÓ CON
ÉL A OJAI. ERA IGUAL DE
AFECTUOSO Y ENCANTADOR
QUE SIEMPRE, PERO ALGO SE
HABÍA ROTO [...]»
HELEN KNOTHE



durado hasta el día de hoy. Nunca rechacé nada de lo que dijo o escribió. Lo acogí y comprendí, y formulé mi propio modo de vida y mi propia filosofía, que me han acompañado toda mi vida. No he desaprovechado nada de ello.³⁵

Como todo el mundo, Krishnamurti en el pasado buscó, obedeció y rindió culto, pero a medida que el tiempo fue pasando, que llegó el sufrimiento, quiso descubrir la realidad que yace oculta tras las apariencias, tras la puesta de Sol, tras la imagen, detrás de todas las filosofías, de todas las religiones, sectas y organizaciones; y para descubrirlo y comprenderlo tuvo que servirse de apoyos irreales, falsos, hasta que, poco a poco, pudo abrirse paso a través de todos esos santuarios, que son limitadores, que aprisionan, de todos los dioses que insisten en ser venerados. Y al abrirse paso a través de todos ellos, pudo llegar allí donde todas las religiones, donde todos los afectos se consuman, y donde todo culto termina, donde todo deseo cesa, donde el yo separado se purifica al ser destruido. Y porque he pasado por todas esas etapas, puedo hablar con la autoridad de mi propio conocimiento, y puedo compartir con vosotros ese conocimiento, esa experiencia.

¿QUIÉN TRAE LA VERDAD?, 1927

Las engrosadas filas de la Orden de la Estrella tuvieron un impacto no sólo en la India, Inglaterra, Europa y Estados Unidos, sino también en Latinoamérica. Krishnamurti siguió viajando incansablemente por todo el mundo, y en el camino hizo muchos amigos, que lo serían toda la vida. Su respeto hacia él nunca decayó.

ALGÚN TIEMPO ATRÁS, EN LOS ÁNGELES, había conocido a un joven que se convertiría en uno de esos amigos entrañables. Sidney Field, diplomático y autor de muchos guiones de Hollywood, había nacido en Costa Rica, de madre costarricense y padre norteamericano. Sus padres eran los fundadores de la Orden de la Estrella en Costa Rica, y buenos amigos de los dos hermanos.

SIDNEY FIELD

DIPLOMÁTICO Y GUIONISTA, LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

SF: Cuando en 1925 nos trasladamos de Costa Rica a Los Ángeles, compramos una casa en Crescent Heights Boulevard, y mi padre invitó a Krishnaji a tomar el té. Yo estaba aterrado, porque pensaba: «Me va a calar; va a ver que no soy más que un muchacho corriente, que no he hecho nada para merecer este encuentro». En Costa Rica, todos los domingos se celebraban reuniones de la Orden de la Estrella de Oriente, y se suponía que debíamos prepararnos para el gran advenimiento. Finalmente lo conocí, en casa. Vino con Nitya. Estábamos allí sólo la familia y un periodista de Nueva York que había oído hablar de Krishnamurti y sentía gran interés. Menciono esto porque, después de la reunión, dijo: «¿Saben?, Krishnaji es el más bello de los dos, pero Nitya tiene muchas más de las cualidades que yo habría considerado esenciales en un maestro del mundo». Hablamos de toda clase de cosas, de los líderes mundiales, etcétera. Fue una conversación verdaderamente grata. Tuvieron que irse, porque Nitya no se encontraba bien; sin embargo, le pregunté a Krishnaji cuándo podía volver a verlo, y me contestó: «Llámame y concertaremos una cita». Desde aquel momento comenzó entre nosotros una amistad muy interesante. Yo había cumplido dieciséis años en mayo, y él tenía muchísimo interés en saber lo que hacía y pensaba la gente joven. Durante su estancia fui a verlo y se dio una situación curiosa. Él no tenía automóvil, y me preguntó si querría llevarlo a dar un paseo en el mío. Me pidió que me reuniera con él a las seis en el hotel Ambassador, pues tenía que ir allí a visitar a un amigo. A mí esto me produjo mucha curiosidad. «¿Qué clase de reunión será ésta?», me dije, pero no le pregunté de quién se trataba. A las seis en punto llamé a la puerta de la habitación que me había indicado. Se abrió la puerta y allí estaba John Barrymore, que me escrutó con mirada severa; luego, cuando Krishnaji oyó mi voz, vino y nos presentó. Fue para mí una gran sorpresa. Más tarde le pregunté: «De qué hablan usted y Barrymore, Krishnaji?». Yo nunca habría imaginado que Barrymore pudiera tener interés en aquella clase de cosas. «Sí, está muy interesado —contestó—, y cree que la renuncia del Buda ha sido uno de los grandes actos de la Historia. Hemos hablado extensamente del Buda; sabe bastante de la vida budista.» Así que Krishnaji invitó a Barrymore a que lo visitara en Ojai. Sabrá usted, por supuesto, que Barrymore era alcohólico, y le prometió a Krishnaji que a partir de aquel día no volvería a beber. Krishnaji me contó el episodio tiempo después. Al parecer, camino de Ojai, Barrymore se detuvo en Ventura porque tenía sed y quería beber agua. Bueno, acabó tomándose no sé cuántas cervezas; después, siguió hacia Ojai. Llegó una hora tarde, pero Krishnaji aún no había empezado a almorzar. Me contó: «Prácticamente se me derrumbó en los brazos; casi

no se tenía de pie. Pero era muy caballeroso y divertido; un hombre con mucho ingenio». Al cabo de un rato, después de litros de café, se le había pasado la embriaguez y regresó a su casa.

EB: Se cuenta que Barrymore pensó en Krishnamurti para representar el papel del Buda en una película.

SF: Sí, así fue. Barrymore estaba muy interesado en rodar una película sobre el Buda. Krishnaji, casualmente, me comentó al respecto: «Intenté disuadirlo de inmediato. Le dije que era un personaje muy difícil de interpretar, por diversas cuestiones [...]; en cambio, creía yo que Ananda, el pupilo favorito del Buda, era quizá una figura más atractiva en la que concentrarse». Bueno, el caso es que Barrymore se puso en contacto con él poco después y le dijo: «Creo que tiene usted toda la razón. Voy a hacer la película, y yo interpretaré a Ananda». El Buda quedaba relegado a un segundo plano, prácticamente sin importancia, y él quería que Krishnaji hiciera el papel. Krishnaji no aceptó. De todos modos, Barrymore nunca consiguió el dinero para rodarla.

EB: Sería un tema más bien esotérico incluso hoy día, pero en aquellos tiempos debía de resultar aún más desconocido.

SF: Desde luego. Así que no se hizo nada. Pero Krishnaji y él siguieron viéndose. A través de Barrymore conoció a mucha otra gente del cine. Llegó a entablar cierta amistad con Norma Talmage. Recuerdo que un día que vino a comer con nosotros llevaba la mano extendida cuando entró, y pensé que quizá se había lastimado. Se dirigió hacia el cuarto de baño y dijo: «Permitan que me lave». Le pregunté cuando volvió: «Disculpe, ¿qué le ha pasado? ¿Se ha hecho daño?». Y respondió: «No, es el perfume de Norma Talmage; no consigo quitármelo de la mano».

EB: Volviendo al principio, ¿podría contarnos algo sobre la Orden de la Estrella? ¿Dice usted que había un grupo en Costa Rica que puso en práctica los mandatos de la Orden de la Estrella?

SF: Sí. Mire, los fundadores de la Sociedad Teosófica en Costa Rica —y aquella fue la primera Sociedad Teosófica de Latinoamérica— fueron mi abuelo, que era un famoso pintor español, Tomás Povedano de Arcos, y mis padres. Ellos fueron los tres miembros que en origen fundaron la Sociedad Teosófica y, uno o dos años más tarde, la Orden de la Estrella de Oriente. Como explico en mi libro *Krishnamurti: el cantor y la canción*, Krishnaji se vio envuelto sin quererlo en los asuntos políticos costarriqueños, porque uno de nuestros hombres más prominentes, Federico Tinoco, creía firmemente en el mensaje de Krishnamurti. Pertenecía a la Orden de la Estrella de Oriente, y acabó haciéndose con el poder mediante un golpe de estado. Se convirtió en presidente, y anunció que crearía una sociedad que reflejara las ideas de Krishnamurti.

EB: Una acción bastante valiente, ¿no?

SF: Extraordinariamente valiente, sí. Mi padre era en aquel tiempo el presidente del Banco Internacional, que es ahora el Banco Nacional, y el más grande del país. El gobierno quería insistentemente que el billete de diez colones llevara su imagen impresa, con la pequeña Estrella de Oriente en la solapa. Imagínese, la Iglesia Católica se sulfuró a causa del asunto e inició una tremenda campaña en los periódicos, diciendo que todo aquello se hacía expresamente, y por medios deshonestos, para propagar el mensaje de Krishnamurti por todo el país. La gente preguntaba: «¿Qué significa la Estrella?», y se aprovechaba la ocasión para contárselo. Hubo

en torno a ello un escándalo terrible, que tuvo como colofón la quema del templo teosófico. Era la primera vez que la Sociedad Teosófica tenía un edificio realmente magnífico, construido gracias a las aportaciones de algunos miembros muy adinerados. Entonces apareció un sacerdote que dijo: «Lo he quemado yo. Le he prendido fuego en el nombre de Dios». ¡El revuelo fue inmenso! Por otro lado, en el periódico *La Información*, que estaba bajo el control del gobierno, había una columna dedicada a reproducir fragmentos de *A los pies del maestro*. Todas estas cosas pasaban aquellos días. Así pues, mientras Tinoco estuvo en la cima, Krishnamurti fue muy popular, pero cuando Tinoco cayó y fue finalmente echado del país a patadas, Krishnamurti perdió por completo su prestigio. Se vio envuelto en toda esta actividad política, y el hombre era totalmente inocente, no estaba al corriente de nada. Le hizo mucha gracia cuando se lo conté. La preparación que se había llevado a cabo en Costa Rica era algo único en Latinoamérica, y se debía a la publicación de aquellos fragmentos de *A los pies del maestro* promovida por Tinoco. Se puso de moda ser miembro de la Orden de la Estrella, y muchas personas, incluidos bastantes miembros de su gabinete, lucían una pequeña estrella... que pienso que no significaba nada; simplemente se trataba de agradecer al presidente.

EB: Cuando Tinoco fue destituido, ¿significó aquello el fin de Krishnamurti?

SF: Sin duda la popularidad de Krishnamurti cayó en picado. Pero había otro teósofo y miembro de la Estrella llamado Julio Acosta, que había sido profesor universitario,

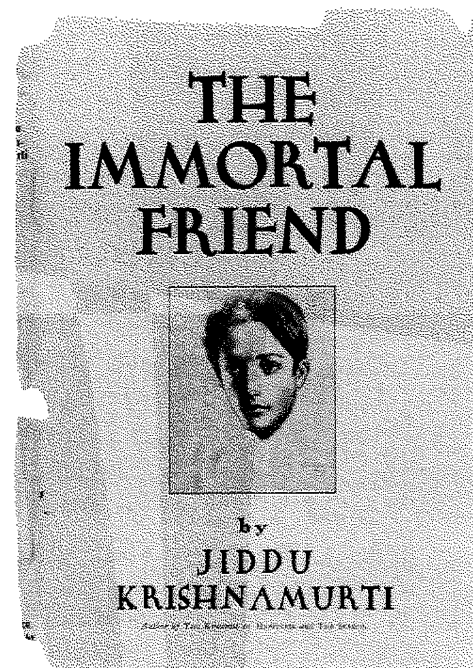
una persona encantadora, lo recuerdo bien, y fue él quien inició la revolución contra Tinoco. Cuando entró en Costa Rica con sus tropas, compuestas en realidad por una patética caterva de jornaleros, Tinoco tenía ya los días contados. Sabía que lo había perdido todo. Julio Acosta se presentó como candidato a la presidencia, y fue nombrado presidente. Así que todo empezó de nuevo: se publicaron los escritos de Krishnamurti, o pasajes de *A los pies del maestro*, y la popularidad de Krishnamurti volvió a subir.

EB: En sus conversaciones privadas con Krishnamurti, ¿solía él hacer referencia a sus enseñanzas?

SF: Sí, lo hacía a menudo, pero sólo en un sentido general, a menos que uno quisiera de él una respuesta precisa y le preguntara a bocajarro: «¿Qué me dice sobre esto?»; entonces entraba en detalle. La razón por la que nos hicimos tan buenos amigos, a pesar de la gran diferencia de edad, es que yo nunca le presioné lo más mínimo en cuanto a sus puntos de vista.

SOBRECUBIERTA DE *EL AMIGO INMORTAL*, PUBLICADO EN 1929, ILUSTRADA CON UN RETRATO DE KRISHNAMURTI REALIZADO POR KHALIL GIBRÁN.

«CUANDO ENTRÓ EN LA HABITACIÓN ME DIJE: "NO HAY DUDA, EL SEÑOR DEL AMOR HA VENIDO"».
KHALIL GIBRÁN



Yo estaba contento de estar con él. Me parecía una persona absolutamente encantadora. Me gustaba mucho su sentido del humor; su risa era tan parecida a la de un niño que solía yo reservar chistes para contarle, sólo por verlo reír.

EB: Pero, como dice, usted era mucho más joven que él; tenía dieciséis, diecisiete años, y él era ya un hombre relativamente maduro.

SF: Sí, tendría unos... veintiocho o treinta años.

EB: Y, aunque había tal diferencia de edad, mantuvieron la amistad.

SF: La mantuvimos, y una buena amistad. Él se sentía muy cómodo conmigo, y yo, al cabo de poco tiempo, empecé a sentirme totalmente a mis anchas con él.

EB: ¿Cómo describiría su personalidad? Dice que tenía un gran sentido del humor, pero ¿percibía usted en él una seriedad subyacente?

SF: ¡Sí, muy marcada, sin duda! Era muy serio, y le interesaba mucho la persona con la que estaba como ser humano: qué iba a hacer en este mundo, esa clase de cosas. Vi en Krishnamurti una generosidad extraordinaria; se interesaba de verdad en uno, en lo que pasaba en su vida, y uno sentía que era un interés genuino, que no era pura comedia.

EB: A lo largo de los años usted oyó hablar a Krishnamurti en Estados Unidos. ¿Asistió también a sus charlas en otros países?

SF: En Ommen, sí. Me pidió que fuera a Ommen durante los preparativos para la acampada. Pasé allí diez días horribles, encerrado en mi apartamento, y a Krishnaji no se le veía por ninguna parte. Finalmente, un día lady Emily me dijo: «Krishnaji te recibirá mañana a las tres de la tarde». Allí estaba yo al día siguiente a las tres; llamé a la puerta, y Krishnaji contestó: «Pasa». Llevaba puesta una túnica dorada, y su apariencia era absolutamente magnífica. Tuvo que pedirme que me acercara y me sentara a su lado, porque yo me había quedado allí de pie mirándolo. No recuerdo la conversación; pero se dijo algo. Aunque no creo que fuera algo especialmente significativo o importante, de pronto me sentí flotar, llevado por el más extraordinario sentimiento de dicha que jamás hubiera experimentado. Fue como atravesarlo todo y entrar en otro mundo. Lo único que fui capaz de hacer fue contenerme para no prorrumpir en gritos de gozo mientras Krishna hablaba. No se lo mencioné a Krishnaji hasta muchos años después, en Malibú, y me dijo: «¡Qué pena, Sidney, que no siguieras, porque habría podido ser algo grande!». Bueno, teniendo en cuenta la situación de aquel momento, entendí que entonces tenía sólo diecisiete años, y hay muchísimos intereses en la vida de un muchacho de diecisiete años. Creo que, cuando una experiencia así se presenta, o bien se entrega uno a ella por entero sin saber lo que va a pasar, o se echa atrás y la puerta empieza a cerrarse. Y esto es lo que sucedió.

EB: ¿Sabría decir qué precipitó aquella experiencia?

SF: No sé lo que la precipitó.

EB: ¿La incorporó usted a su vida cotidiana?

SF: Sí, se incorporó a mi vida cotidiana; después de aquella experiencia, sentía un afecto y un amor inmensos. Todo lo que rozaban mis ojos, mi corazón lo abrazaba. Fue una experiencia maravillosa. Luego empezó a desvanecerse. Volví a tener muchas veces aquel sentimiento tan hermoso, pero no con la misma fuerza, muy atenuado.³⁴

¿Necesitáis que se os convenza de la belleza de la puesta de Sol, de la belleza de la rosa, de la estrella solitaria en el cielo despejado, o del reclamo de un ave en la quietud de la selva? La belleza está ahí; y aquellos que saben lo que es sufrir y desean conocer sin límites la descubrirán, la reconocerán, se harán uno con la belleza.

EL HERALDO DE LA ESTRELLA, SEPTIEMBRE DE 1927

Durante los años que siguieron, la poesía fluyó a raudales de la pluma de Krishnamurti. Gran parte de ella es de una naturaleza exaltada y extática. Krishnamurti habla de "El Amado" en un estilo muy similar a como lo hicieron los clásicos del misticismo, tanto de Oriente como de Occidente. Entre estos pequeños libros se encuentran: *Come away* (1927), *La búsqueda* (1927), *El amigo inmortal* (1929) y *El canto de la vida* (1931), entre otros. El año 1931 marcó el final de esta serie de libros, aunque la poesía volvería a aparecer en una época más tardía de su vida, con un estilo bastante diferente.

En esta misma época surgió en Krishnamurti un fuerte anhelo de renunciar a la vida mundana y llevar una vida de ascetismo y retiro como solitario *sannyasi*. Fue una esperanza que nunca llegó a realizarse, y, exceptuando períodos muy breves, pasó la mayor parte de su vida rodeado de gente.

Igual que uno contempla a través de una pequeña ventana
una verde hoja solitaria, un pequeño pedazo del vasto cielo azul,
así empecé a percibirte a Ti, en el principio de todas las cosas.
Igual que la hoja languideció y se marchitó, y el pedazo de cielo
desapareció como
tras una oscura nube,
así palideciste Tú y te desvaneciste.
Pero sólo para renacer de nuevo,
como la verde hoja solitaria, como el pequeño pedazo de cielo azul.

Durante muchas vidas he visto el desapacible invierno
y la verde primavera.
Prisionero en mi pequeño cuarto,
no podía ver el árbol entero ni el cielo ilimitado.
Juré que no existía el árbol ni el vasto cielo...
Ésa era la verdad.

El tiempo y la destrucción hicieron
que mi ventana se agrandara.
Contemplaba,
ahora,
una rama llena de hojas
y un pedazo de cielo azul más extenso, con muchas nubes.
Olvidé la verde hoja solitaria, el pequeño pedazo del vasto azul.
Juré que no existía el árbol, ni el inmenso cielo...
Ésa era la verdad.

Cansado de esta prisión,
de esta pequeña celda,
me lancé hacia la ventana con furia.
Con los dedos ensangrentados
arranqué ladrillo tras ladrillo, y contemplé,
ahora,
el árbol entero, su gran tronco,
sus innumerables ramas, sus miles de hojas,
y una inmensa parte del cielo.
Juré que no había otro árbol, que el cielo no tenía otra parte que
aquélla...
Ésa era la verdad.

La prisión ya no me retiene,
eché a volar por la ventana.
Ay, amigo,
veo todos y cada uno de los árboles y la vasta extensión del cielo ilimitado.

Aunque vivo en cada hoja solitaria y en cada pequeño
pedazo del vasto cielo azul,
aunque vivo en cada cárcel y me asomo a cada
pequeña ventana,
liberado estoy.
Nada, nada en absoluto podrá encadenarme...
Ésta es la verdad.

Caminé a través de la selva por un sendero
que un elefante había abierto,
y a mi alrededor se extendía la maraña de la jungla.
La voz de la desolación inunda el llano distante,
y llena la ciudad el repique de las campanas de un alto templo.
Más allá de la selva están las grandes montañas,
tranquilas y claras.

En el miedo a la vida
se engendra la tentación del sufrimiento.

Tala la selva entera, no un árbol solamente.
Porque para llegar a la verdad
deberás dejar atrás todo lo que has sembrado.

Y ahora camino con el elefante.

EL BOLETÍN DE LA ESTRELLA, DICIEMBRE DE 1930

La duda es como un precioso bálsamo;
aunque quema, será una magnífica cura.

Yo te digo, invita a la duda
cuando te halles en la plenitud del deseo.

Llama a la duda
en el momento en que tu ambición
supere a los demás en el pensamiento.
Despierta a la duda
cuando tu corazón se regocije en un gran amor.

Yo te digo,
de la duda nace el amor eterno;
la duda limpia la mente de su podredumbre.
Entonces la fuerza de tus días
estará asentada en la comprensión.

Para que esté colmado tu corazón,
y para que tu mente vuele,
deja que la duda desgare tus enredos.

Igual que el viento de las montañas
despierta las sombras en el valle,
deja que la duda saque a bailar
al deteriorado amor de una mente satisfecha.

No permitas que la duda entre furtivamente en tu corazón.

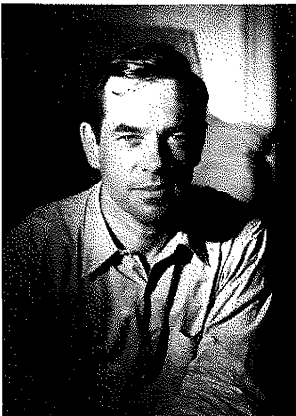
Yo te digo,
la duda es como un precioso bálsamo;
aunque quema, será una magnífica cura.

EL CANTO DE LA VIDA, 1931

EN EL VERANO DE 1924, Krishnamurti, Nityananda, Helen Knothe, Rajagopal y Rosalind (que se casarían varios años más tarde), viajaron a Inglaterra en un buque de vapor. A bordo conocieron a un joven con el que Krishnamurti entablaría una amistad que duró muchos años. Era el mitólogo Joseph Campbell.

Su amistad se renovó durante una visita a París. Luego, cuando Krishnamurti regresó a Londres y a la India, se separaron y no volvieron a encontrarse hasta unos años más tarde.

Según la biografía de Joseph Campbell escrita por Stephen y Robin Larsen, Campbell se quedó en París y se hizo amigo de Angela Gregory, una joven estudiante de escultura discípula del famoso artista Antoine Bourdelle. Ella escribió sobre su encuentro con Campbell:



JOSEPH CAMPBELL (ARRIBA) INFLUIDO POR KRISHNAMURTI Y POR ANTOINE BOURDELLE VIO LA NECESIDAD DE FUSIONAR LO ARTÍSTICO Y LO ESPIRITUAL. ESTO CARACTERIZARÍA EL TRABAJO DE TODA SU VIDA. ANTOINE BOURDELLE (PÁGINA OPUESTA) ESCULPIÓ UN BUSTO DE KRISHNAMURTI EN 1928. LA ESCULTURA SE ENCUENTRA AHORA EN LA BIBLIOTECA DE LA FUNDACIÓN KRISHNAMURTI DE AMÉRICA, EN OJAI, CALIFORNIA.

Sentí un gran interés cuando supe que Campbell conocía íntimamente a Krishnamurti, el joven mesías hindú. Fue él quien posó para Bourdelle el último otoño y lo dejó fascinado con su maravillosa personalidad. Campbell se mostró entusiasmado al descubrir que me interesaba Krishna... estimulada por su libro El reino de la felicidad...

[...] Bourdelle había invitado a Krishnamurti a comer con él y con la señora Bourdelle.

La señora Bourdelle dijo: «Mi marido tiene una estudiante americana que conoce a un joven americano que lo conoce a usted: Joseph Campbell».

Krishna se puso muy contento: «Ah, Joseph Campbell; me encantaría verlo. Dígame que se reúna conmigo esta noche después de mi charla en el Club Teosófico».

Aquel martes sería una ocasión histórica, pues aunque los dos jóvenes habían sido amigos durante tres años, y se habían escrito y habían hablado sobre temas filosóficos, aquella sería la primera vez que Campbell oyera a Krishnamurti dar una de sus cautivadoras conferencias públicas.

Como de costumbre, la sala estaba repleta, pero cuando Krishnamurti entró y fue abriéndose paso entre la audiencia, «según recorría el pasillo tomó la mano de Joe [no lo había visto desde hacía dos años]». [...] Después de la charla hablaron largo rato, y quedaron en volver a verse en París en junio [1928], cuando Krishna volviera de América.

[...] La sencillez y fuerza de su mensaje impresionaron a Campbell, haciéndole volver muchas veces en el curso del siguiente año y medio a las inspiradas charlas de su amigo Krishna.

Campbell rememoró más tarde temas de las conferencias de Krishnamurti: «Lo que dijo tenía que ver con la cuestión de integrar todas las facultades y centrarlas. Empleó la imagen del carro de guerra tirado por los tres caballos de la mente, el cuerpo y el alma. Esto tenía relación directa conmigo; y aunque no creí que podía clasificarse como la Enseñanza del Nuevo Mundo, me hizo empezar a enfocar mi problema desde el punto de vista psicológico».

Campbell, influido ahora por Krishnamurti y por Antoine Bourdelle, se dedicó a tratar de fusionar lo artístico y lo espiritual, lo cual caracterizaría el trabajo de toda su vida.

En 1928 Campbell visitó el castillo de Eerde con Krishnamurti, y escribió:

Después de una deliciosa visita al castillo de Krishnamurti en Holanda, apenas puedo pensar en otra cosa que en la sabiduría y belleza de mi amigo. Paseé



con él por las arboledas que se extienden alrededor de su casa. Contestó a mis preguntas, y se estremeció ante la belleza de los árboles. Me dio mucho en lo que pensar, y esto me ha lanzado en busca de algo que casi no comprendo...

[...] A unos tres kilómetros del castillo hay un inmenso campamento [Ommen]. Durante la primera semana de agosto se reunieron allí tres mil personas para escuchar a Krishna. Habían venido de más de cincuenta países: Islandia, Java, Brasil...

Pasé la mayor parte del tiempo deambulando con gente bajo los grandiosos árboles, y discutiendo hasta quedar afónicos. Todas las mañanas a las once Krishna daba una breve charla, y nosotros decíamos lo que tuviéramos que decir acerca de lo que fuera, si es que teníamos algo que decir. Después de la cena nos sentábamos alrededor del fuego a discutir variadas cuestiones. Algunas de las personas que allí había eran encantadoras, y la conversación era muy animada.³⁷



Había gente de todas las partes del mundo aquel verano en Eerde, y Campbell estaba tan entusiasmado por la rica diversidad cultural, que empezó a hacer planes para recorrer el mundo y visitar a sus nuevos amigos. Primero viajaría a la India, pensó, a sus magníficos lugares sagrados; tal vez a Adyar, en la costa oriental, donde había estado Helen Knothe hacía unos años, y donde había un centro permanente: la sede mundial, con sus exquisitos jardines [...]. Hubo una gran agitación en Eerde el verano de 1928. Krishnamurti, el hombre a quien se había declarado "perfecto", no sólo no decía lo que se esperaba que dijera, sino que encomendaba las almas de los que le escuchaban a una profunda introspección personal, y les instaba a hacer frente al inevitable tumulto que hallarían en su interior. Para los seguidores de Krishnamurti y los consternados teósofos, el impacto que esto tuvo fue como el de Jesús cuando dijo: «Vengo no a traer paz, sino la espada», o cuando irrumpió en el templo y tiró por tierra las mesas de los mercaderes. Se incubaba una guerra en los cielos que se cernían sobre Eerde.

Un artículo aparecido en *L'Intransigeant* en marzo de 1928 en París describía a Bourdelle y a Krishnamurti como “dos mensajeros”.

El gran escultor habla del hombre a quien llaman el Mesías

Imaginen que un hombre joven, que aún no ha cumplido los treinta, un hindú de noble cuna, rostro radiante y gráciles ademanes, un hombre a quien, en otras palabras, todas las tentaciones de la vida podrían legítimamente seducir, se acercara y les dijera: «Vengo a traer de nuevo al mundo el mensaje de paz y amor». Este joven abandona su país, a pesar de la oposición brahmánica, y se traslada a los países occidentales. Son muchos los que están en contra de él, y muchas son las sonrisas. Pero la diversión y el entusiasmo significan poco para este hindú de maravillosa calma; reside en su interior la sabiduría de siglos. Indiferente a las riquezas, a las excesivas muestras de admiración, persigue un único fin: hacer comprender al mundo su dolor y cómo salir de él. Se habla de un mesías; los escépticos se mofan, las mentes brillantes lanzan críticas arengas, y él sigue adelante, sin hacerse pasar en modo alguno por un dios, seguro de su misión. Ése es Krishnamurti.

Y ahora vemos a un hombre que lucha contra una de las más densas formas de la materia: la piedra. La corta, la martillea, la transforma, arrancándola de su inercia. Sus dos manos, que no son grandes, le bastan para insuflar vida y espíritu a esta materia que él domina. Hombre de pequeña estatura, anchos hombros, asombroso rostro enmarcado por una barba casi blanca, de aspecto apostólico, él ha traído y trae al mundo un mensaje: el del arte. Como artista, y artista portentoso, tiene sueños y grandes ansias. Ése es Bourdelle.

Bourdelle y Krishnamurti se han reunido. Se había pedido al maestro que esculpiera un busto del joven sabio. Lo ha hecho, y ha quedado cautivado. ¿Debería uno asombrarse de ello? Fácilmente puede uno imaginar la conversación mantenida durante las sesiones, la concienzuda penetración del artista que intenta plasmar en la piedra el verdadero misterio y profundidad del inmóvil rostro bronceado. Pero fui a ver a Bourdelle, especialmente para conversar sobre Krishnaji, y con gran gentileza me dijo: «Cuando uno oye a Krishnaji hablar, uno se queda maravillado. ¡Tanta sabiduría en un hombre tan joven! Uno le expresa su admiración, y él responde refiriéndose a sus diversas vidas. No sonría; esto hace alusión a una creencia que en la India es una certidumbre. No existe ningún ser vivo más impersonal que él, cuya vida está más dedicada a la de otros que a la suya propia. Cuando un día le dije: “¡Quién sabe, Krishnaji, si un día tal vez los hombres lo reciban a pedradas!”, me contestó que su vida no tenía importancia. Ha escrito poemas muy hermosos, no siendo ni escritor ni poeta. Él es el hombre que viene a pedirnos que aniquilemos nuestro orgullo, nuestro amor de lo transitorio; las cosas eternas son las únicas que importan. Sí, es cierto, Cristo vino y habló en ese mismo idioma, pero ¿nos acordamos? ¿Es superfluo renovar estas palabras de paz? Krishnamurti es un gran sabio, y si tuviera yo quince años, le seguiría». Según escucho con los ojos muy abiertos, Bourdelle se levanta y va a buscar un cuaderno. Me lee algunas conmovedoras páginas, rebosantes de la fuerza que lo caracteriza y dedicadas a Krishnamurti. Es un magnífico tributo que aparecerá en un estudio en el que el maestro escultor tiene un interés personal, y que está colocado bajo el misterioso signo de la estrella de cinco puntas. Así ha pasado el apuesto joven indio bajo nuestros cielos. Y ha encantado a aquellos de entre nosotros que en otros tiempos habríamos moldeado las catedrales de la época.³⁸

CASI YA AL FINAL DE LOS AÑOS VEINTE, Krishnamurti entró en contacto con otro personaje de un grupo de artistas e intelectuales. Leopold Stokowski, el mundialmente conocido director de orquesta, visitó el castillo de Eerde para hablar con Krishnamurti de música y de arte.

LEOPOLD STOKOWSKI

DIRECTOR DE ORQUESTA

- LS: Cada arte tiene su medio de expresión. El dramaturgo se sirve del escenario, los actores, las luces, el vestuario, el color y la forma del decorado; el escultor, de la piedra o la madera; el poeta, de las palabras; el pintor, del lienzo y los pigmentos; y el músico, de la vibración del aire. A mi entender, la música es la menos material de todas las artes, y tal vez pudiéramos concebir un arte más sutil incluso. Se me ocurrió que en la música hay aspectos extremadamente inmatereales, que son casi espíritu puro..., y que quizá un día podría desarrollarse un arte que fuera inmaterial, puro espíritu...
- K: ¿No le parece que la cuestión no es tanto comparar un arte con otro como la evolución del individuo que ejecuta ese arte? En cuanto a la posibilidad de desarrollar un arte más sutil aún que la música, ¿no dependería eso de la inspiración? La inspiración, según yo la entiendo, es mantener la inteligencia despierta con entusiasmo.
- LS: Yo creo que la inspiración es casi como una melodía o un ritmo, como música que oigo dentro, en lo más profundo de mí, como si llegara desde una gran distancia.
- K: Porque es usted músico, oirá esa inteligencia a la que está despierto en todo momento y la interpretará a través de la música. Un escultor expresaría esa inteligencia a través de la piedra ¿Comprende lo que quiero decir? Lo que importa es la inspiración.
- LS: Pero ¿cree usted que la inspiración se "compenetra" realmente con la inteligencia?
- K: En el sentido en que me refiero a ello, sí. Al fin y al cabo, de ella depende todo. Si usted no es inteligente, no es un gran creador. Así pues, si a la inteligencia se le infunde energía, si se la mantiene viva, ella siempre actuará como médium para la inspiración. Eso es lo que yo llamo inspiración. Surge en usted una idea nueva porque su inteligencia está siempre despierta.
- LS: No es ésa en absoluto la sensación que hay dentro de mí. Puedo describirla de este modo: cuando tengo una inspiración, es como si recordara, como si me hiciera consciente de algo que cinco o diez minutos antes llegó no sé cómo a mi cerebro. Existía ya, sólo que no había entrado en mi conciencia. Tengo la sensación de que ha existido en estado latente desde hace mucho tiempo —no sé cuánto— y de que simplemente se hace asequible.
- K: Yo diría que es la inteligencia la que trabaja para acceder a esa idea. Después de todo, señor, seamos por favor concretos: un ser desprovisto de inteligencia no se sentiría inspirado en el más alto sentido de la palabra. Me siento inspirado al ver algo hermoso, un hermoso paisaje, o al oír una hermosa música, o a alguien que recita poesía, porque mi inteligencia está constantemente explorando. Y si hay belleza, quiero traducir esa visión a algo que la gente pueda comprender. ¿No es así?

- LS: Ésa es una forma de expresión.
- K: Y hay cientos de formas. Yo soy solamente una forma, en el sentido al que nos referimos, y pueden existir además la forma del poeta, del escultor, del músico, etcétera.
- LS: La sensación que siento es que la inspiración llega de un nivel más elevado que el de la inteligencia.
- K: No, yo creo que la inteligencia es el nivel más elevado. Señor, la inteligencia, para mí, es el depósito de lo que experimentamos, el poso de lo que experimentamos.
- LS: ¿Qué relación hay entre “inteligencia”, en el sentido que usted da a la palabra, e “intuición”?
- K: No se puede separar la intuición de la inteligencia en el sentido más elevado. Un hombre culto no es un hombre inteligente... O más bien debería decir que un hombre culto no es necesariamente un hombre inteligente.
- LS: No, pero a menudo hay una gran distancia entre un hombre inteligente y un hombre intuitivo.
- K: Sí, porque, una vez más, se aplican escalas muy diferentes. La intuición es el punto más alto de la inteligencia.
- LS: ¡Ah!, ahora estoy totalmente de acuerdo con usted.
- K: La intuición es el punto más alto de la inteligencia y, para mí, mantener viva la inteligencia es inspiración. Ahora bien, sólo es posible mantener viva esa inteligencia, cuya expresión máxima es la intuición, mediante el experimentar, mediante el inquirir constantemente, como un niño. La intuición es la apoteosis, la culminación, el acopio de inteligencia.
- LS: Sí, eso es verdad. ¿Puedo hacerle otra pregunta? Si, como usted dice, la liberación y la felicidad son el objetivo de nuestras vidas individuales, ¿cuál es la meta final de la vida en su conjunto, en sentido colectivo? O, en otras palabras..., ¿cómo responde la verdad, tal como usted lo enuncia, a la pregunta de por qué estamos en esta Tierra y hacia qué meta evolucionamos?
- K: La pregunta, por lo tanto, es: si la meta del individuo es la libertad y la felicidad, ¿cuál es la meta colectiva? Yo creo que exactamente la misma. ¿Qué divide a los individuos? La forma. Su forma, señor, es diferente de la mía, pero la vida que hay detrás de usted y de mí es la misma. Así pues, la vida es unidad, y por consiguiente su vida y mi vida deben, de idéntica manera, culminar en aquello que es eterno, en aquello que es libertad y dicha.
- LS: En los designios de la vida como totalidad, ¿no le parece a usted que haya ninguna meta más lejana que la libertad, que la felicidad, ningún plan o propósito más elevado para la vida en su conjunto?
- K: Veamos, señor, ¿no es esto como un niño que pide: «Enséñeme matemáticas superiores»? Mi respuesta sería: «No va a servir de nada enseñarte matemáticas superiores si primero no has aprendido álgebra». Si comprendemos esta cuestión concreta, la divinidad de la vida que tenemos ante nosotros, es irrelevante discutir lo que yace más allá, pues nos encontraríamos discutiendo algo que está libre de condicionamiento con una mente condicionada.
- LS: Ésa es una respuesta totalmente satisfactoria, clara y breve. Lo que es breve lo recordamos mejor. Siempre me ha parecido que las palabras que emplea el arte deberían ser anónimas. Surge en mi mente una pregunta: ¿es un poema, una pieza dramática, un cuadro o una sinfonía la expresión de su creador, o acaso él es el medio a través del cual fluyen las fuerzas creativas?

- K: Ésta es una cuestión, señor, en la que estoy verdaderamente interesado.
- LS: Veamos, usted es poeta y yo soy músico. Lo que me interesa es comparar nuestras sensaciones a la hora de crear dentro de nuestros respectivos medios. ¿Alguna vez se siente usted un completo extraño ante lo que ha escrito?
- K: ¡Sí, por supuesto!
- LS: A mí me sucede... Al levantarme al día siguiente me pregunto: «¿He sido yo el que ha compuesto eso? ¡No tiene nada que ver conmigo!».
- K: Bien, yo a eso le llamo inspiración. Ésa es su intuición, el punto más elevado de su inteligencia que actúa súbitamente. Eso es a lo que me refiero. Si uno mantiene su cuerpo, su mente y sus emociones en armonía, puros y fuertes, ése es entonces el grado más alto de inteligencia, a partir del cual actúa la intuición. Ésa es la única guía. Y en cuanto a los poetas, dramaturgos, músicos, a todos los artistas, deberían ser anónimos, estar desapegados de todo lo que crean. A mi entender, ésa es la mayor verdad: ser, dar, y mantenerse desligado de lo que se da. Al fin y al cabo, los más grandes artistas del mundo dicen: «Mirad, tengo algo que, si de verdad lo comprendéis, hará que vuestra inteligencia se desarrolle sin límites, actuará como intuición vuestra. Pero no me adoréis como individuo... No es obra mía, después de todo». La mayoría de los artistas, no obstante, quieren que su nombre aparezca al pie del cuadro, que se les admire; quieren recibir títulos y diplomas.
- LS: He aquí la eterna pregunta: ¿es la verdad relativa o absoluta? ¿Es la misma para todos, o diferente para cada uno?
- K: Ni lo uno ni lo otro, señor.
- LS: ¿Qué es entonces?
- K: No se puede describir. Usted no puede describir aquello que le inspira para componer música, ¿no es así? Si se le preguntara: «¿Es absoluto o relativo?», contestaría: «¡De qué me habla! No es ni lo uno ni lo otro». ¿Comprende? No se puede decir que sea lo absoluto, o lo relativo; está más allá de la materia, del tiempo y del espacio. Tomemos, por ejemplo, el agua de ese río que corre ahí afuera. Está limitada por sus orillas; así que podría usted, contemplando el agua, decir: «El agua está siempre limitada», porque ve los estrechos márgenes que la contienen. Pero si estuviera usted en medio del océano, donde lo único que ve a su alrededor es agua, tal vez diría: «El agua es ilimitada».
- LS: Es una respuesta perfecta... No necesita decir más. Está dicho todo. ¿Existe un patrón, un criterio de belleza en el campo del arte, o cada persona encuentra su propio sentido de belleza a la que responde? La pregunta está relacionada con la cuestión del gusto. La gente siempre dice: «Esto es de buen gusto; eso es de mal gusto». ¿Con qué autoridad hace alguien esa afirmación?
- K: Yo diría que la de su propia experiencia.
- LS: Es decir, su respuesta personal. Entonces, ¿puede autoridad alguna establecer lo que es bueno o malo en el campo del arte?
- K: No; sin embargo, sostengo que la belleza existe en sí misma más allá de todas las formas y de todas las apreciaciones.
- LS: Ah, ¿se trata, así pues, de algo eterno?
- K: Como la eterna fragancia de la rosa. Señor, usted escucha música, y yo escucho música; usted oye todo un vasto plano de vibraciones, y yo oigo el simple sonido, pero ese simple sonido se corresponde con todo su vasto plano.

«La intuición es el punto más alto de la inteligencia y, para mí, mantener viva la inteligencia es inspiración.»

DE LA CONVERSACIÓN
CON LEOPOLD STOKOWSKI

- LS: Sí. Es una cuestión de percepción personal, de experiencia. La respuesta es, por tanto, igual a la de la pregunta anterior: en sí misma es a la vez relativa y absoluta, pero para nosotros es relativa.
- K: ¡Tiene que serlo!
- LS: En la vida vemos que existe el diseño en las artes, en nuestro cuerpo, en las maquinas y en todo; el diseño de un automóvil se basa en la idea de su función. ¿Cuál es la función de la vida, de toda la vida?
- K: Expresarse a sí misma.
- LS: ¿Cómo nace el orden a partir de su doctrina de la libertad?
- K: La libertad, señor, es la meta común para todos... ¿admite esto? Si cada ser humano se da cuenta de que la libertad es la meta común, cada uno, al moldearse a sí mismo y al adaptarse a esa meta común, sólo puede crear orden.
- LS: ¿Quiere decir que, si vivimos de acuerdo con el ideal de libertad, con el ideal de belleza, al final habremos de llegar todos a la misma meta?
- K: Por supuesto, ¿no es así?
- LS: [...] ¿y entonces habrá orden?
- K: En la actualidad, usted, yo, y media docena de personas más tenemos cada uno diferentes ideas sobre cuál es la meta final. Pero si nos sentáramos todos y preguntáramos: «¿Cuál es el objetivo supremo para cada uno de nosotros?», responderíamos que la libertad y la felicidad, todos y cada uno. Entonces, aunque usted trabaje de una manera y yo de otra, realizaríamos cada uno nuestro trabajo en pos de una misma meta. Y necesariamente habría orden.³⁹

Ha sido una lucha incesante el encontrar la verdad, porque no me satisfacía aceptar la autoridad de otro, o la imposición, o la persuasión de otro; quería descubrir por mí mismo, y naturalmente tuve que sufrir para encontrarla.

¿QUIÉN TRAE LA VERDAD?, 1927

A pesar de la estimulante y expansiva amistad que Krishnamurti mantuvo con muchas de las personas que conoció, sintió cierta sensación de inquietud como una constante en su vida, y a medida que la firme, perspicaz y ácida disconformidad de Krishnamurti se hizo más y más aparente para las multitudes que acudían en tropel a oír sus charlas, el malestar y la confusión ensombrecieron la Orden de la Estrella. ¿Qué le pasaba a este hermoso joven, cuyos discursos en el pasado no parecían más que una calmada continuación de lo que ya era sabido? ¿Dónde estaban las palabras de consuelo para aliviar a los que sufrían? ¿Iban aquellos dorados tópicos dirigidos a un mundo cansado de la guerra, perdido y desilusionado en la paz? En las charlas, el público lo interrogaba con acritud.

PREGUNTA: LA IMPRESIÓN QUE GENERALMENTE SE TIENE DE UN MAESTRO DEL MUNDO ESTÁ ASOCIADA SOBRE TODO A LA IDEA DE LA COMPASIÓN. ALGUNAS PERSONAS SIENTEN QUE SU ENSEÑANZA CARECE DE ESA CUALIDAD. ¿PODRÍA DEFINIR CÓMO CONCIBE USTED LA COMPASIÓN?

Un cirujano que ve cómo una enfermedad está consumiéndose a un hombre dice: «Para curarlo, le tengo que operar». Otro médico menos experimentado llega, le da de comer, y lo arrulla hasta que se duerme. ¿Cuál diría usted que es más compasivo? Ustedes quieren consuelo, el consuelo que nace de la decadencia y que ustedes imaginan que es compasión, afecto, amor verdadero. Con un atisbo de ese consuelo se conformarían ustedes, pero, si yo se lo diera, ése no sería el mundo de un verdadero maestro.

EL BOLETÍN DE LA ESTRELLA, SEPTIEMBRE/OCTUBRE DE 1928

PREGUNTA: ¿ES USTED EL CRISTO QUE HA VUELTO?

Amigo, ¿quién cree usted que soy? Si digo que soy el Cristo, establecerá usted otra autoridad; si digo que no lo soy, establecerá otra autoridad también. ¿Cree usted que la verdad tiene algo que ver con lo que usted crea que soy? A usted no le interesa la verdad, lo que le interesa es el recipiente que contiene la verdad. No quiere usted beber el agua, lo que quiere es averiguar quién construyó el recipiente que contiene el agua. Amigo, si le digo que soy el Cristo, y otro le dice que no lo soy..., ¿a qué lado se colocará usted? Olvídese de la etiqueta, puesto que no tiene ningún valor. Beba el agua, si el agua está limpia.

QUE LA COMPRESIÓN SEA LA LEY, 1928

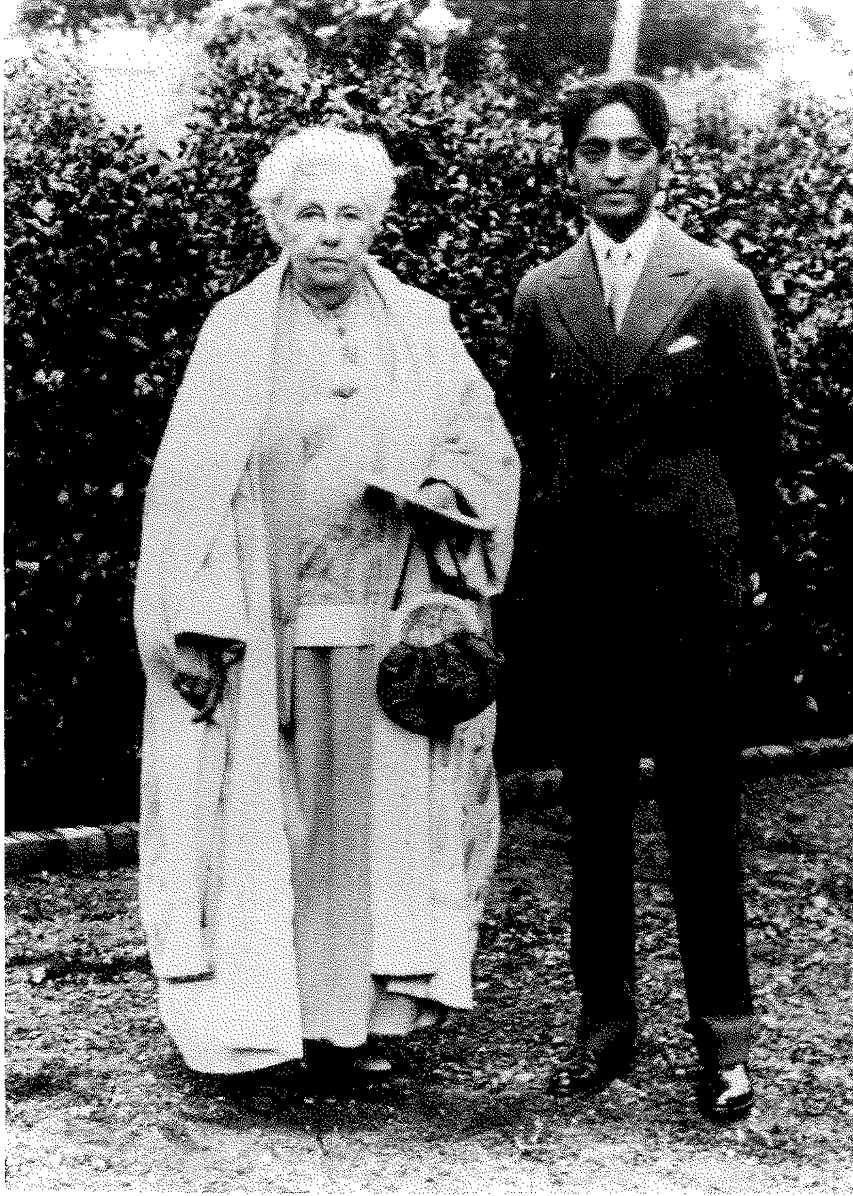
PREGUNTA: SI LA GENTE NOS PREGUNTA EN QUÉ BASAMOS NUESTRA CREENCIA DE QUE USTED, KRISHNAJI, ES EL MAESTRO DEL MUNDO, ¿QUÉ RESPUESTA LE GUSTARÍA QUE DIÉRAMOS?

Sé que el interlocutor es muy serio, pero su seriedad resulta engañosa. Si se limita usted a repetir palabras que ha aprendido de mí, para nadie tendrán el más mínimo valor. ¿Cómo sabe usted que soy el maestro del mundo? Algunos de ustedes no conocen ni a Krishnamurti ni al maestro del mundo. Es gracioso, y a la vez, en cierto sentido, trágico, que preste usted tanta atención a las palabras. He repetido una y otra vez que no importa de qué pozo se saquen las aguas mientras las aguas sean puras, mientras las aguas sacien la sed de los hombres. A usted le preocupa la construcción del pozo, no las aguas.⁴⁰

OMMEN, HOLANDA, 1928



LA SEÑORA BESANT Y KRISHNAMURTI DURANTE SU GIRA DE CHARLAS DE 1926: EN UNA DE LAS MUCHAS CONFERENCIAS DE PRENSA, A BORDO DEL BARCO DE VAPOR MARICOPA, QUE ACABABA DE REGRESAR DE AUSTRALIA (ARRIBA)



LA SEÑORA BESANT Y KRISHNAMURTI EN OJAI,
1927

PREGUNTA: ¿TIENE USTED UNA ENSEÑANZA PARA LAS MASAS Y OTRA PARA SUS DISCÍPULOS ELEGIDOS?

No tengo discípulos elegidos. ¿Quiénes son las masas? Ustedes. Y es en sus mentes donde existen las distinciones entre las masas y los elegidos, entre el mundo exterior y el mundo interior. Es en sus mentes donde corrompen, donde repudian la verdad. ¡Ay, amigo!, si está enamorado de la vida, incluirá todas las cosas, pasajeras o permanentes, en ese amor. Quieren que haya una enseñanza especial para unos pocos, para los elegidos, porque hay segregación, separación en sus corazones, y desean confinar las aguas puras de la vida y acapararlas para ustedes solos. ¿Puede usted preguntar al Sol si brilla para las masas o para una minoría de elegidos? ¿Puede preguntar a las lluvias si su intención es regar los valles o las montañas? Si no comprenden ustedes, harán, como siempre se ha hecho, que esta enseñanza sea para unos pocos, y así desdeñarán la verdad y la traicionarán. Porque hay limitación en sus corazones, dividen el agua de la vida, que existe para saciar al rey lo mismo que al mendigo. Ya salga de un pozo recubierto de oro o del arroyo que fluye, el agua es la misma y sacia la sed de todos, sin separación por colores, castas, credos, ni especialmente elegidos. Es porque durante tantos años, tantos siglos, tantos eones, la verdad se ha limitado y denigrado, por lo que desean hacerlo una vez más, y es lo que ya están haciendo cuando preguntan: «¿Va la verdad dirigida a las masas, o a unos pocos elegidos?». Dicen ustedes que las masas no la comprenden, que les resulta demasiado difícil de asimilar, que sólo una minoría puede alcanzar la cima. ¿Creen que no siento el mismo afecto, el mismo amor que cualquiera de ustedes? Pero, porque he pasado por todas las etapas que ustedes viven, digo: no pasen por esas etapas; elúdanlas, déjenlas de lado, y reúnan su energía como hombres que escalan hasta lo alto.

QUE LA COMPRENSIÓN SEA LA LEY, 1928

Luego, en una declaración que habría de ser anuncio de dramáticos acontecimientos por venir, en 1929 Krishnamurti escribió:

Porque han antepuesto las creencias a la vida, porque han antepuesto a la vida los credos, los dogmas, las religiones, los hombres se han anquilosado. ¿Se pueden retener las aguas del mar o apresar en un puño los vientos? La religión es, a mi entender, el pensamiento congelado de los hombres, a partir del cual han construido templos e iglesias. En el momento en que dejan ustedes al arbitrio de una autoridad externa la ley y el orden espiritual y divino, ya están limitando, sofocando esa misma vida que desearían hacer realidad, a la cual quisieran traer la liberación. Si hay limitaciones, hay esclavitud, y por tanto hay sufrimiento. El mundo en la actualidad es la expresión de una vida esclavizada. Desde mi punto de vista, pues, las creencias, las religiones, los dogmas y los credos no tienen relación ninguna con la vida, y, por consiguiente, relación ninguna con la verdad.

LA VIDA COMO META, 1928

No habría vuelta atrás, ni concesión de ningún tipo. Aun sabiendo el gran afecto que la señora Besant sentía por él, tenía que seguir el único camino que conocía. Porque la quería, trató de llevarla consigo, pero fue inútil, y él siguió adelante. En cuanto a lady Emily, la que fuera casi una madre para él durante tantos años, también se quedó atrás, aunque mantuvieron una afectuosa y cordial relación. Ambas fueron incapaces de comprender la diáfana claridad de las per-

cepciones de Krishnamurti, incapaces de renunciar a sus estimados maestros y ceremonias.

Una señora Besant preocupada le había preguntado con anterioridad: «¿Qué va a ser de tí? ¿De dónde sacarás dinero? ¿Quién va a escucharte?». Se lo había preguntado al joven que en los años precedentes había mostrado interés sólo por la ropa y los automóviles, que pronunciaba las hermosas palabras que todos esperaban oír.



KRISHNAMURTI Y LA SEÑORA
BESANT EN LA INAUGURACIÓN
DEL CAMPAMENTO DE OMMEN.

EN 1929 una joven austriaca de una familia de destacados teósofos de Viena, organizadores de muchas de las conferencias y encuentros que allí se celebraban, empezó a participar en la labor de la Estrella. Asistió a los campamentos de Ommen en numerosas ocasiones, y más de sesenta años después rememoró el señalado campamento del 3 de agosto de 1929. La doctora Hedda Bolgar fue durante muchos años profesora de la Universidad de Chicago; es miembro de la Asociación Psicoanalítica Internacional, así como fundadora y cofundadora, respectivamente, del Instituto Wright y del Instituto Psicoanalítico de los Ángeles. En este último se dedica actualmente a la capacitación y supervisión de nuevos psicoanalistas.

DOCTORA HEDDA BOLGAR PSICOANALISTA, LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

EB: Doctora Bolgar, ¿puede describir las expectativas que se crearon en torno a las charlas de Ommen de 1929?

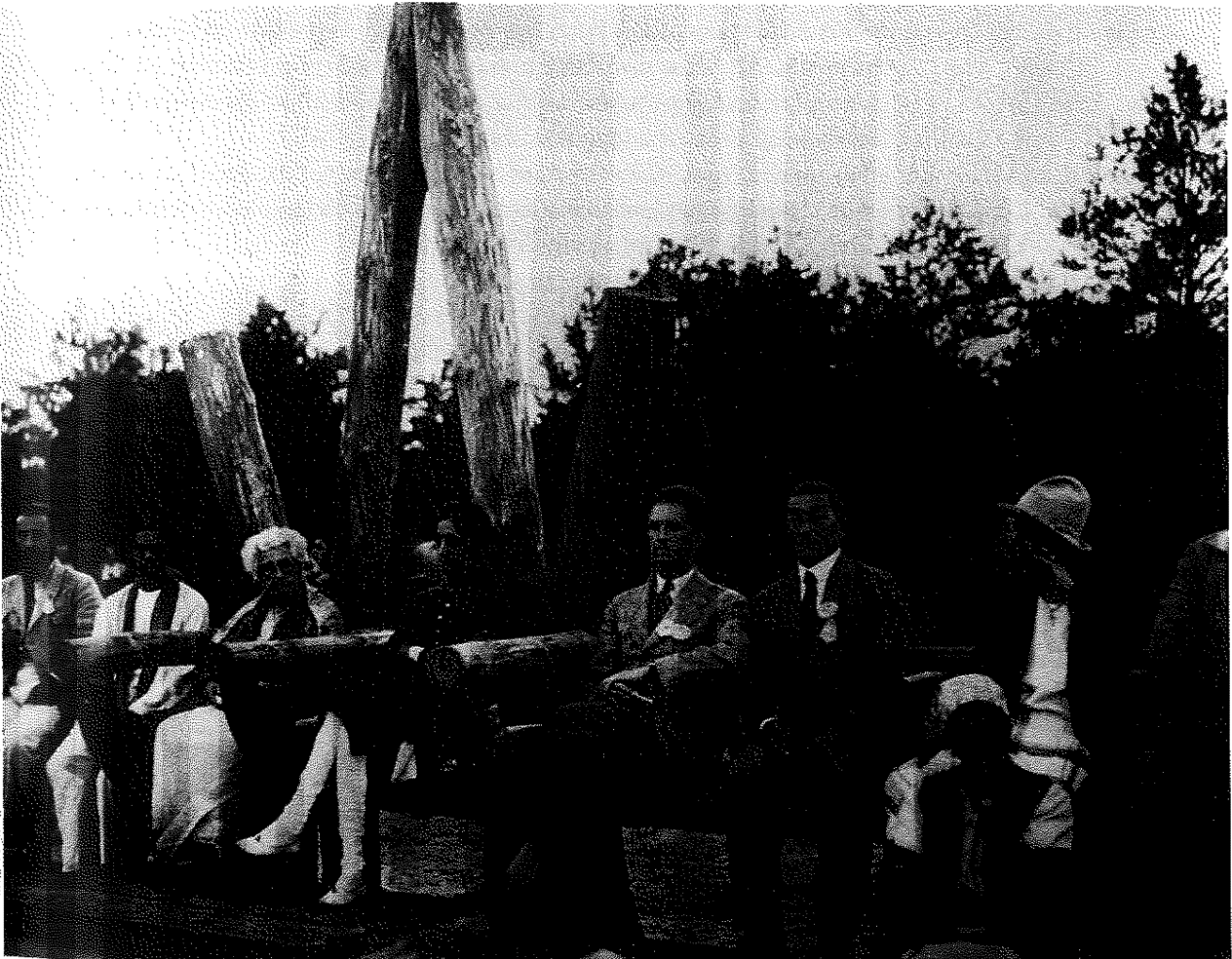
HB: Creo que tendré que remontarme a un tiempo un poco anterior. Nos referimos, esencialmente, al final de una década que intentaba sobrellevar la devastación de la I Guerra Mundial. En aquellos momentos, tanto los vencidos como los vencedores tuvieron que afrontar la increíble destrucción de la guerra, las alarmantes cifras de jóvenes muertos, la vorágine económica general, la reestructuración de Europa. Fue una década muy difícil, y también muy interesante. La guerra afectó y provocó a la gente de maneras muy diversas, y, como después de todas las guerras, la gente buscaba respuestas a innumerables preguntas, buscaba explicaciones: «¿Cómo pudo ocurrir esto? ¿Podía haberse evitado? ¿Dónde nos equivocamos?». Había una enorme desesperación y, por tanto, la esperanza de algo mejor, de que alguien los ayudara, de que alguien los guiara. Creo que es en épocas así cuando la gente invariablemente busca alguna clase de salvador. En fin, aquélla, creo, era una época en la que habían madurado nuevas ideas, nuevas filosofías, nuevos movimientos políticos, nuevas formas de arte, así como un gran interés por lo oculto, y un gran interés por encontrar nuevas respuestas..., no necesariamente respuestas filosóficas, respuestas religiosas o éticas. Había muchas, muchísimas formas de indagación y de búsqueda. Y en esta atmósfera emergió uno de los que serían principales temas de conversación: la venida del llamado maestro del mundo. La que le dio origen fue la señora Annie Besant, conocida sin duda para muchos en el Reino Unido, y también para algunos sindicalistas y algunas feministas en el continente. La señora Besant había sido un miembro muy activo de la Sociedad Fabiana, y había desempeñado un importante papel en el movimiento de la mujer, y de la lucha por la justicia y la igualdad social; en esos ambientes eran muchos los que la conocían. Pero además era teósofa, y estaba también involucrada en asuntos de la India, del movimiento independentista indio, según creo; así que era una persona de renombre. El caso es que ella fue una de las principales portavoces de la creencia de que el momento del maestro del mundo había llegado. “Maestro del mundo” fue la denominación que, creo, ella y Leadbeater eligieron para caracterizar a este nuevo salvador, y puesto que el movimiento era en aquella época internacional, y ciertamente interconfesional, hubo un intento de

PÁGINA OPUESTA:
KRISHNAMURTI ESPERANDO
PARA HABLAR EN EL
CAMPAMENTO, SENTADO AL
LADO DE LA SEÑORA BESANT.

presentarlo de un modo que no ofendiera a ninguna religión y que uniera a toda la gente que buscaba respuestas en el ámbito espiritual. El maestro del mundo iba a ser este joven hindú, que la señora Besant había traído consigo desde la India, acompañado de su hermano, para que recibiera una educación en Occidente y cumpliera la misión que ella preveía para él. Era supuestamente el siguiente mesías, el Buda, profeta, o lo que fuere, y lo que la mayoría de la gente sabía de él era que se trataba de un tímido muchacho indio de una gran belleza, que ocasionalmente hablaba, en tono suave y gentil, y decía cosas bastante aceptables sobre el camino del hombre hacia una vida mejor, hacia una vida interior mejor. Ésas eran las expectativas generales. Iba a producirse esta segunda, o tercera, venida, sin importar el contexto en el que la gente la situara.

EB: ¿Por qué busca la gente un salvador, un mesías?

HB: Bueno, si partimos de que existen toda una serie de preguntas no resueltas, de que existe la lucha y existen las dudas, surge el deseo de creer, de tener a alguien que sea mejor, más sabio, más entendido, al que uno pueda admirar, que tenga respuestas, que nos saque del dolor de no saber, de tener que soportar todos los conflictos y problemas humanos del momento; surge la necesidad de que a uno lo salven, de que a uno lo guíen, la necesidad de que a uno le digan cómo alcanzar la salvación, en último término. Pero, entretanto, simplemente el deseo de un estado de bienestar espiritual. En aquellos momentos críticos creo que esa necesidad era aún más apremiante; todo el mundo buscaba a alguien que fuera de alguna ayuda.



EB: ¿Qué reacción provocó la decisión de Krishnamurti de disolver la Orden de la Estrella?

HB: Fue una reacción muy compleja, que provocó manifestaciones de muy diversa índole. La primera fue de conmoción absoluta. La gente llevaba años y años poniendo sus ilusiones en algo, esperándolo, y aquélla era la persona que lo encarnaría, la persona a la que se nos había exhortado a seguir, a tomar como guía, a admirar, a adorar, y, de repente, la persona que supuestamente es todo eso dice: «No, no voy a hacerlo. Yo no soy eso. Ése no es el camino. No busquen en mí la respuesta a sus preguntas». De hecho dijo: «Vayan y busquen sus propias respuestas». Eso es algo muy duro de aceptar.

EB: Ha sugerido usted que —teniendo en cuenta la probada grandeza de este hombre— si no era el maestro del mundo, era al menos algo por el estilo: un gran maestro.

HB: Bueno, alguien que es capaz de soportar la terrible presión de todas aquellas expectativas, de haber pasado por la preparación que había dispuesto para él la que fue realmente como su segunda madre —a quien, estoy segura, quería y respetaba mucho—, que además lo había presentado al mundo entero como el futuro maestro del mundo, y ante toda aquella gente sentada alrededor del fuego en Ommen, esperando oír su discurso de aceptación, decir, en vez de ello, que había decidido disolver la organización, que no creía que nadie pudiera ser el guía de otro en este sentido... Creo que debieron de requerirse una fuerza y una resistencia extraordinarias para soportar presiones de toda índole. Por otro lado, la idea de que no había nadie que pudiera guiarlo a uno, de que —expresado en lenguaje de hoy— uno debía ser uno mismo, fue una verdadera revelación; era algo nuevo, tan completamente distinto de lo que nadie hubiera esperado que produjo en todos una increíble impresión.

EB: ¿Hay una correlación entre el método analítico, por así decirlo, y lo que expresaba Krishnamurti, sobre todo en aquellas declaraciones donde desecha el papel de la autoridad?



FOGATA EN LAS CHARLAS
DE OMMEN.

HB: Algunos de nosotros consideramos que el proceso psicoanalítico, o el proceso psicoterapéutico, sigue el desarrollo humano. Todos empezamos siendo bebés, dependiendo primero de nuestra madre y luego de nuestro padre, y gradualmente nos vamos haciendo más independientes y aprendemos cosas..., aprendemos a hacer las cosas solos. Al principio la sensación de necesidad es muy intensa, y nuestro bienestar depende de que esa necesidad sea atendida. Poco a poco comprendemos que nuestra madre no existe sólo para cuidar de nosotros, que tiene una vida propia, lo cual se manifiesta de muy diferentes maneras; y de ese modo, paulatinamente, se va haciendo cada vez más fuerte en los seres humanos la urgencia, y creo que la necesidad innata, de ser independientes, de ser autónomos, de saber cuál es su propia voluntad y cuáles son sus propias ideas. Si un niño es afortunado y tiene unos padres que comprenden esto, tendrá un desarrollo normal, dirigido hacia una independencia cada vez mayor: independencia de acción, independencia de pensamientos, de sentimientos, lo cual no significa que uno viva aislado, sino que uno empieza a tener realmente un yo relativamente integrado, que conoce su propio valor. Bien, me parece a mí que la última fase de este desarrollo tiene mucho que ver con aquello de lo que Krishnamurti hablaba al referirse a que uno debe encontrar su propio camino, encontrar sus propias respuestas. No puede uno buscar organizaciones, jerarquías, jefes de jerarquías y personas de renombre para que le digan lo que ha de pensar, lo que ha de sentir, cómo vivir su vida. Creo que el poner este énfasis en la importancia de la individualidad, de ser uno mismo y de buscar en uno mismo, en vez de adoptar ideas y creencias ya hechas... Creo que ahí está la verdadera relación.

EB: ¿Cuál es el verdadero papel de una figura religiosa?

HB: A mi parecer, todas las grandes figuras religiosas, los líderes religiosos, tratan de cambiar las ideas de la gente, sus puntos de vista, sus habituales formas de vivir y de pensar. Todos los grandes líderes religiosos han sido también activistas políticos, y en realidad, de un modo u otro, han atacado el sistema establecido y han tratado de reducir el poder del sistema. Jesús, creo que más que otros; o quizá lo parece sólo porque vivió en nuestra cultura –la cultura occidental, podría decirse–, y porque comprendemos su entorno social un poco mejor que el de algunas figuras religiosas más distantes, como Mahoma o el Buda. Pienso que la verdadera contribución de Krishnamurti en 1929, cuando disolvió la Orden de la Estrella, cuando declaró que las organizaciones no son el camino, lo que en realidad hizo fue dismantelar una jerarquía erigida con gran meticulosidad, una elite de poder cuidadosamente estructurada dentro de un grupo de personas que esperaban anhelantes el cumplimiento de la profecía.

EB: ¿Cómo cree usted que consideró Krishnamurti sus acciones de 1929?

HB: En 1929, cuando Krishnamurti hizo su famosa declaración, cuando dismanteló la Orden de la Estrella, contra todo lo que la señora Besant y el resto de la gente llevaba diciendo durante años, esencialmente negó el hecho de que él fuera nadie especial: con certeza, él no era el maestro del mundo. Dijo que seguiría dando charlas, dialogando y escribiendo, pero que la suya no era en modo alguno palabra sagrada. En la atmósfera de expectación, y en el marco extremadamente organizado y jerárquico de la Sociedad Teosófica y del séquito de Krishnamurti en aquellos días, ésta fue una declaración increíblemente revolucionaria; fue algo en buena medida equivalente a expulsar a los fariseos del templo. Fue una acción po-

lítica, una declaración de independencia psicológica y espiritual. A partir de ese día, Krishnamurti sería él mismo: decía lo que creía y lo que quería decir; hizo frente a cualquier intento de atraparlo para devolverlo a su antigua posición... y hubo muchos de estos intentos. Cuando se era testigo de la increíble fuerza, integridad y grandeza de este hombre, éstas parecían desde decir que aquél fuera simplemente alguien en busca de sí mismo. Su increíble poder era tan evidente que, creo, era muy difícil no decir: «Tú no quieres ser el maestro del mundo, pero fíjate en lo que estás haciendo. No es porque la señora Besant diga que eres el maestro del mundo, sino sencillamente por este acto de independizarte por completo de toda estructura de poder». Eso, creo, hacía muy difícil no pensar que era alguien especial.

EB: ¿Qué hizo usted después de los dramáticos acontecimientos del campamento de Ommen?

HB: En realidad, abandoné por entero la..., no sé cómo podía llamársele en aquellos momentos, puesto que había dejado de ser una organización. Sentí una auténtica necesidad de volver a mis estudios, a mis amigos, y de viajar a otros lugares distintos de Ommen. Así es que, durante mucho tiempo, no hubo ninguna conexión. Seguí mi propio rumbo, y acabé haciéndome psicóloga y psicoanalista, y con frecuencia me he preguntado qué influencia han tenido aquellos años juveniles en mi trabajo y en el haber elegido esta profesión. Nunca he establecido conscientemente una conexión, pero, al pensar en ello ahora, parece que hubiera quedado en mí el residuo de un impacto, puesto que respondí con tal naturalidad e inmediatez a la idea de abolir las autoridades espirituales y de luchar contra la ortodoxia. Eso he hecho en mi propio campo, donde bien sabe Dios la ortodoxia que impera; es necesario luchar contra ella constantemente, y he descubierto lo fácil que me resulta hacerlo, y sin el sentimiento de culpa que veo en algunos de mis colegas que cuestionan a Freud, con el gran conflicto que eso les supone. Existe una tremenda resistencia a abandonar las jerarquías y la veneración del líder establecido.

EB: ¿Cuál es el verdadero problema con el que los seres humanos se encuentran en su trayectoria hacia la independencia y la cordura?

HB: Creo que la verdadera dificultad que todo ser humano experimenta es el miedo a estar solo. Es increíblemente duro crecer, abandonar el hogar en el sentido real, asumir la responsabilidad de la propia vida, de las propias creencias y pensamientos, sin buscar en algún lado a alguien que, al menos, nos dé su aprobación, nos estimule o nos diga que vamos por el buen camino. Pero cuando se trata de buscar lo que algunos llaman "la verdad", ¡ah!... entonces creo que uno debe buscar dentro de sí, y en ese viaje uno está solo; y tiene que estar solo, porque si no se convierte en la verdad de otro.

EB: ¿Cuál es su recuerdo más nítido de aquel período?

HB: Siempre me acuerdo, allá en Ommen en 1929, de la sensación ante la delicada figura de un ser muy bello, y lo increíblemente solo que estaba en aquel momento, al cortar definitivamente la que quizá fuera su última atadura, el último apego que aún sentía segundos antes de hacer su declaración; y entonces pensé en cuánto había perdido realmente aquel hombre. Recordé las historias que había oído acerca de su niñez, y de cómo la señora Besant lo había separado, en lo esencial, de su familia y lo había llevado a Inglaterra; y pensaba en lo diferente que debía de ser aquel cli-

ma, lo frío y lo gris que debió de resultar después de la India; pensaba en que había perdido a su familia y todos los olores, sonidos y comidas que le eran familiares, y el único lazo que tenía era Nitya, su hermano; y luego Nitya había muerto; había perdido incluso eso. Y aquí estaba ahora, en una tierra completamente extraña donde su gran punto de apoyo era la señora Besant, su segunda madre, a quien de verdad quería; y pienso en lo difícil que debió de ser para él hacerle frente, decirle «No» a ella, rechazarla en público; en cuánto coraje le hizo falta y cuánta fuerza; en cómo para aquel momento debía de ser capaz de estar solo, y en lo solo que ha estado siempre desde entonces. No creo que nos consideremos a nosotros mismos, a la gente común, capaces de tolerar esa clase de soledad; pero sé que el miedo que existe a la hora de desarrollar algún grado de independencia o de interdependencia está ciertamente relacionado con la capacidad de dejar atrás la dependencia de la niñez. Recuerdo a tantos pacientes que, cuando se les pregunta por qué les asusta tanto crecer, responden todos: «¡Uno se siente tan solo!». De modo que para la mayoría de la gente la soledad es aterradora, y sin embargo hay muy pocas posibilidades de encontrar respuesta a las propias preguntas a menos que uno sea independiente.⁴¹



Ser independiente constituiría uno de los temas de mayor importancia para Krishnamurti. A lo largo de los días y de los años de enseñanza cuestionó todas las suposiciones, incluidas las suyas..., especialmente las suyas. Todo era escrutado rigurosamente y con mirada nueva, sin que ningún pensamiento previo obstaculizara la investigación. La crisálida se convertía a cada momento en mariposa. Solo e imperturbable examinaba Krishnamurti los problemas de la vida. Los temas fundamentales nunca se sintetizaron en dogmas; no había respuestas preparadas, respuestas cómodas y seguras para las preguntas agudas, a veces desesperadas, que se le planteaban.

Otros elementos, otros aspectos de las enseñanzas emergieron con los años, pero su fundamento fue siempre la independencia. «Sea una luz para sí mismo», decía. Cuestionaba el que permitiéramos que el mandato psicológico o espiritual de otro, por más exaltado que éste fuera, dominara nuestras vidas. La verdad de otro, decía, en nosotros no era más que una opinión de segunda mano. Aquellos que anidan en las cómodas creencias ya elaboradas nunca volarán.



EN EL CAMPAMENTO DE OMMEN, EL 3 DE AGOSTO DE 1929,
KRISHNAMURTI PRONUNCIÓ SU MANIFIESTO:

LA VERDAD ES UNA TIERRA SIN CAMINOS LA DISOLUCIÓN DE LA ORDEN DE LA ESTRELLA

Vamos a hablar esta mañana sobre la disolución de la Orden de la Estrella. Para muchos será motivo de alegría, y otros se sentirán más bien tristes. Sin embargo, no debiera ser causa de regocijo ni de tristeza, puesto que es inevitable, como voy a explicar.

Quizá recuerden ustedes aquella leyenda en la que el diablo y un amigo iban paseando por la calle, cuando de pronto vieron delante de ellos a un hombre que recogía algo del suelo y, después de mirarlo, se lo guardaba en el bolsillo. El amigo preguntó al diablo: «¿Qué es lo que ha recogido ese hombre?». «Ha recogido un pedazo de la Verdad», contestó el diablo. «Mal asunto para ti, entonces», dijo el amigo. «Ah, no, en absoluto –replicó el diablo–; voy a dejarle que la organice.»

Yo sostengo que la Verdad es una tierra sin caminos, y que no es posible acercarse a ella por ningún sendero, ninguna religión, ninguna secta. Ése es mi punto de vista, y me adhiero a él absoluta e incondicionalmente. La Verdad, puesto que es ilimitada, puesto que está libre de condicionamiento, y no es posible acceder a ella por ninguna clase de camino, no se puede organizar, ni tampoco debería formarse ninguna organización para conducir o forzar a la gente a seguir un sendero determinado. Si empiezan por comprender esto, verán hasta qué punto es imposible organizar una creencia. La creencia es una cuestión puramente individual, y no pueden ni deben ustedes organizarla. Si lo hacen, se convierte en algo muerto, cristalizado; se convierte en un credo, una secta, una religión que ha de imponerse a los demás. Esto es lo que todo el mundo trata de hacer. La Verdad entonces se empequeñece y se transforma en un juguete para los débiles, para los que están sólo momentáneamente descontentos. La Verdad no puede rebajarse, es más bien el individuo quien debe hacer el esfuerzo de elevarse hacia ella. No pueden ustedes bajar la cumbre de la montaña al valle. Si quieren llegar a la cima de la montaña, tienen que pasar por el valle, escalar las empinadas laderas sin temor a los peligrosos precipicios. Tienen que ascender hacia la Verdad; no es posible hacerla “descender” u organizarla para comodidad de ustedes. Es el interés por las ideas lo que las organizaciones sustentan, pero las organizaciones despiertan sólo el interés desde fuera; y el interés que no nace del amor a la Verdad en sí misma, sino que es incitado por una organización, no tiene valor alguno. La organización se convierte en una estructura dentro de la cual sus miembros pueden encajar convenientemente: ya no necesitan esforzarse por alcanzar la Verdad, o la cumbre de la montaña; basta con que tallen un cómodo nicho en el que colocarse, o en el que dejar que la organización los coloque; y piensan que de ese modo la organización los conducirá a la Verdad [...]. Yo sostengo que ninguna organización puede conducir al hombre a la espiritualidad.

Si se crea una organización con este propósito, se convierte en una muleta, en una debilidad, en una servidumbre que forzosamente mutila al individuo y le impide crecer, establecer su unicidad, que reside en el descubrimiento que haga por sí mismo de esta Verdad absoluta e incondicional. Así pues, ésa es otra de las razones por las que, dado que soy el Jefe de la Orden, he decidido disolverla. Nadie me ha persuadido para que tome esta decisión.

No se trata de una magnífica proeza, pues no deseo tener seguidores, y lo digo en serio. En el momento en que siguen ustedes a alguien, dejan de seguir a la Verdad. No me preocupa si prestan o no prestan atención a lo que digo; hay algo que quiero hacer en el mundo, y voy a hacerlo con inquebrantable concentración. Sólo una cosa me importa, una cosa esencial: hacer que el hombre sea libre. Deseo liberarlo de todas las cárceles, de todos los temores, y no fundar religiones, nuevas sectas, ni establecer nuevas teorías y nuevas filosofías. Entonces, como es natural, me preguntarán por qué recorro el mundo hablando continuamente. Les diré por qué lo hago. No es porque desee que me sigan ni porque desee tener un grupo especial de discípulos selectos. (¡Cómo les gusta a los hombres ser diferentes de sus semejantes, por más ridículas, absurdas o triviales que puedan ser sus distinciones! No quiero alentar ese disparate.) No tengo discípulos ni apóstoles, ni en la tierra ni en el ámbito de la espiritualidad.

[...] Con que haya simplemente cinco personas que escuchen, que vivan, que tengan la mirada puesta en la eternidad será suficiente ¿De qué sirve tener miles de seguidores que no comprenden, que están totalmente momificados en sus prejuicios, que no desean lo nuevo, sino que prefieren reconvertir lo nuevo para que se acomode a sus propios yoes estériles, estancados? Si hablo enérgicamente, por favor, no me malinterpreten, no es por falta de compasión. Si acuden a un cirujano para que los opere, ¿no es generosidad por su parte operar, aunque les cause dolor? Bien, del mismo modo, si yo hablo con franqueza no es por falta de verdadero afecto, al contrario.

Durante dieciocho años se han preparado ustedes para este acontecimiento, para el Advenimiento del maestro del mundo. Durante dieciocho años se han organizado, han buscado a alguien que trajera un nuevo gozo a sus corazones y a sus mentes, que transformara por completo sus vidas y les otorgara una nueva comprensión; a alguien que los elevara a un nuevo plano de existencia, que les diera un nuevo estímulo, que les hiciera libres..., ¡y ya ven lo que está pasando! Piensen, razonen consigo mismos, y descubran de qué manera les ha hecho diferentes esa creencia. No hablo de la diferencia superficial de llevar una insignia, lo cual es trivial, absurdo; pregunto: ¿de qué forma ha contribuido esa creencia a erradicar todo lo que es superfluo en la vida? Ésta es la única manera de juzgar: ¿hasta qué punto son ustedes más libres, más nobles, más peligrosos para cualquier sociedad basada en lo falso y en lo superfluo? ¿En qué sentido han llegado los miembros de esta organización de la Estrella a ser diferentes?

[...] En este momento, todos ustedes dependen de otro para vivir su espiritualidad, dependen de otro para alcanzar su felicidad, para alcanzar su iluminación; y aunque se han estado preparando para mí durante dieciocho años, cuando yo digo que todo ello es innecesario, cuando digo que deben descartarlo todo y buscar la iluminación, la gloria, la purificación y la incorruptibilidad del ser dentro de sí mismos, ninguno de ustedes quiere hacerlo.

Puede que haya unos pocos, pero son muy, muy pocos.
¿Para qué tener, pues, una organización?

[...] El año pasado dije que no transigiría. Muy pocos me escucharon entonces. Este año lo he reiterado con absoluta claridad. No sé cuántos miles de personas en el mundo —miembros de la Orden— han estado preparándose para mí durante dieciocho años, y ahora, sin embargo, no están dispuestas a escuchar de una manera incondicional y total lo que digo.

¿Para qué tener, pues, una organización?

[...] Comprenderán ustedes cuán absurda es toda esta estructura que han edificado: el buscar ayuda en el exterior, el depender de otros para su propio bienestar, para su propia felicidad y su propia fortaleza, cosas que sólo pueden encontrar dentro de sí mismos.

¿Para qué tener, pues, una organización?

Están acostumbrados a que se les diga cuánto han avanzado, cuál es su grado de espiritualidad. ¡Qué niñería! ¿Quién sino ustedes mismos puede decir si son incorruptibles? No son ustedes serios en estas cuestiones.

¿Para qué tener, pues, una organización?

Pero aquellos que realmente desean comprender, que quieren descubrir lo que es eterno, sin principio y sin fin, caminarán juntos, movidos por una auténtica seriedad, y serán un peligro para todo lo que no es esencial, para las irrealidades, para las sombras. Se concentrarán, y se volverán la llama, porque habrán comprendido. Un cuerpo así es el que debemos crear, y tal es mi propósito. Gracias a esa verdadera comprensión habrá una verdadera amistad, y debido a esa verdadera amistad —que al parecer ustedes no conocen— habrá verdadera cooperación por parte de cada uno. Y ésta no será debida a la autoridad, a la salvación, ni al sacrificio por una causa, sino a que realmente han comprendido, y por tanto son capaces de vivir en lo eterno. Esto es algo mucho más extraordinario que todos los placeres, que todos los sacrificios.

Así pues, éstas son algunas de las razones por las que, tras dos años de cuidadoso examen, he tomado esta decisión. No es fruto de un impulso momentáneo, ni nadie me ha persuadido de ello; no me dejo persuadir en esta clase de cuestiones. Durante dos años he reflexionado sobre esto, lenta, serena y cuidadosamente, y he decidido ahora disolver la Orden, dado que soy su jefe. Pueden ustedes formar otras organizaciones y esperar la venida de otro. Es un asunto que no me interesa, como tampoco me interesa crear nuevas cárceles y nuevas decoraciones para esas cárceles. Mi único interés es hacer que los hombres sean absoluta e incondicionalmente libres.

PARTE II: *El último paso...*



*Los dioses, los maestros y las apariciones tal vez existan,
pero no tienen ningún valor para la persona que busca la verdad,
pues siguen dentro del mundo fenomenológico.*

EL BOLETÍN DE LA ESTRELLA, SEPTIEMBRE/OCTUBRE DE 1932

Los guías teosóficos habían advertido siempre: «Cuando venga el Señor, debéis estar preparados para oírle decir cosas totalmente diferentes de las que esperáis, cosas que sacudirán los cimientos mismos de vuestra existencia. ¡Cuidado! Tened cuidado. Estad preparados».

Cuando en 1927 la señora Besant, presidenta de la Sociedad Teosófica, anunció que el Advenimiento había sucedido, y Krishnamurti empezó a expresar su propia visión en su propio lenguaje, fueron ellos, los guías, quienes no pudieron aceptar sus palabras; fueron sus vidas las que se sacudieron hasta las raíces. Lo repudiaron, haciendo así que, de un extraño modo, su profecía se cumpliera. Es algo de lo más extraordinario, si se piensa, y si se piensa en lo que Krishnamurti era y continuará siendo. Su enseñanza es única [...].⁴²

MARY LUTYENS

EN 1929, Krishnamurti dejó atrás el fantástico mundo de Arcadia, y emprendió una nueva vida. Estaba solo. En algunos sentidos, no era una vida tan diferente de la anterior: el intenso ritmo de sus viajes se mantuvo idéntico. En Budapest, no se dejó intimidar por las amenazas que los furibundos estudiantes católicos dirigieron contra él al sentirse amenazados por su postura contraria al nacionalismo. Un guardia vestido de paisano tenía que escoltarlo a todas partes. Sus charlas continuaron en Yugoslavia, Fráncfort y Viena.

En 1931 se iniciaron además en Madrás las obras de Vasanta Vihar, construido por la Star Publishing Trust [sociedad de publicaciones de la Estrella], nueva entidad, con sede en Ommen, que se encargaba de imprimir los *Verbatim Reports* [transcripción literal] de todas las charlas. Se distribuían desde Madrás, Londres y Hollywood, se traducían a dieciocho idiomas, y la sociedad tenía agencias y representantes en otros tantos países.

Aunque muchos de sus antiguos seguidores de la época del “mesías” lo abandonaron presas de la desesperación, algunos permanecieron a su lado incondicionalmente. Para entonces, Krishnamurti era considerado en Adyar *persona non grata*, y se alojaba por tanto en Vasanta Vihar, que sigue siendo hoy día la sede de la Fundación Krishnamurti de la India.

La Sociedad Teosófica, dividida por el conflicto que había originado su marcha, se reagrupó lo mejor que pudo, pero no contaba ya con las fuertes figuras centrales de antaño. Annie Besant, que tenía ahora ochenta y seis años y cuya gran energía e inteligencia habían empezado a debilitarse, vivió hasta 1933. Krishnamurti continuó queriéndola con fervor hasta el final, pero fue espaciándose cada vez más la afectuosa correspondencia mantenida durante tantos años. Fue a verla algunos meses antes de que muriera; aunque le estrechó la mano y se mostró cariñosa con él, Krishna dudó de que realmente lo hubiera reconocido. Charles Webster Leadbeater murió pocos meses después de la muerte de Besant, y, al morir él, las dos figuras dominantes de la Sociedad Teosófica pasaron a la historia. Helena Blavatsky y Henry Steel Olcott eran ya solamente un recuerdo. El ambicioso George Arundale consiguió por fin ser presidente de la Sociedad Teosófica. Otra enérgica personalidad fue James In-

KRISHNAMURTI
EN HOLLYWOOD.



VASANTA VIHAR, EN MADRÁS, CONSTRUIDA EN 1931 POR LA STAR PUBLISHING TRUST, SIGUE SIENDO HOY DÍA LA SEDE DE LA FUNDACIÓN KRISHNAMURTI DE LA INDIA.

gall Wedgewood, de la familia del gran ceramista Josiah Wedgewood, que al igual que C.-Jinarajadasa continuó desarrollando la labor de la Sociedad; pero, sin Besant, la fuerza propulsora había desaparecido.

En los años que siguieron, Krishnamurti habló con creciente vigor y claridad, sin la obligación ya de ceñirse a una línea que resultara admisible. Su lenguaje fue evolucionando gradualmente, del florido estilo teosófico victoriano al lenguaje conciso y sobrio de sus últimos tiempos. Inveterado explorador de diccionarios, consultaba con frecuencia su diccionario favorito en busca de significados y raíces. No hacía falta aprender una jerga parabólica para comprender su enseñanza; sus palabras eran comunes y transparentes como el agua; eran palabras que la mayoría de la gente entendía. Aunque a menudo imbuidas de contenido poético, eran no obstante accesibles a todas las personas. En fin, su enseñanza entera estaba dirigida a todos; dirigida de forma directa a quienes lo escuchaban, sin intermediarios. No era necesario ser un iniciado ni pertenecer a ningún grupo esotérico para llegar al fondo de su enseñanza. No había ningún dogma que aceptar previamente para poder comprender, ninguna creencia en maestros, salvadores, mandamientos, o palabra sagrada de ninguna clase. No hacía falta creer en la reencarnación ni en una vida celestial después de la muerte. No era necesario leer las *Upanishads*, la Biblia, la Torá, los Sutras o el Corán, pues las citas, decía Krishnamurti, son una mera repetición, y lo que uno repite no es la verdad: la verdad no se puede repetir. Él consideraba las etiquetas de cristiano, musulmán, hindú, judío o budista faltas de significación y divisivas. Y tampoco había necesidad de creer en ningún sistema jerárquico, ni de esforzarse por alcanzar ninguna meta espiritual. No había peldaños en el camino hacia la iluminación. Más aún: no había camino, ni sendero ni meta.

Entonces, podría uno preguntar: ¿qué quedaba?

Cuando la mente esté despejada por completo de la imagen o el ritual, de la creencia, del símbolo, de todas las palabras, mantras y repeticiones, y de todo miedo, lo que uno verá entonces será lo real, lo intemporal, lo eterno, a lo que puede llamarse Dios; pero esto requiere enorme percepción instantánea, comprensión y paciencia inmensas, y es sólo para quienes de verdad indagan en qué es la religión y lo hacen día tras día hasta el final. Sólo esas personas sabrán lo que es la verdadera religión. Los demás no hacen más que recitar palabras, y todos sus adornos y sus ornamentos corporales, sus pujas y su repique de campanas no son sino superstición carente de significado. Sólo cuando la mente se rebela contra todo aquello a lo que se ha dado en llamar religión, encuentra lo real.

EL PROPÓSITO DE LA EDUCACIÓN, 1964

Krishnamurti, aquel joven de gran finura, si bien un tanto abstraído —al decir de algunos, un dandi eduardiano—, se había transformado en un hombre moderno, libre de las ataduras de su condicionamiento anterior.

El hecho de que el señor Krishnamurti repentinamente abandonara, de forma tan rotunda e inflexible, la vida entre algodones que había tenido durante dieciocho años, el que, de algún modo, rechazara su elevado destino, despreciara enormes riquezas, se arriesgara a perder a todos sus amigos y discípulos, el que se atreviera, en pocas palabras, a tomar las riendas de su vida fue una acción que debió de requerir un coraje y una fortaleza de carácter excepcionales. Cuando uno piensa en la clase de vida que al señor Krishnamurti se le obligó a llevar desde la niñez: una vida de carácter desmoralizador y seductor a un tiempo, es

*imposible no rendir un tributo de admiración ante el espectáculo de tan raro e incluso magnífico gesto.*⁴³

THEODORE BESTERMAN

En este momento la historia da un giro. El intenso dramatismo de los factores que habían conducido a Krishnamurti a renunciar al mundo que se le ofrecía se suavizó, y dio paso a una vida mucho más sencilla, libre de las tensiones que había generado en él una lealtad sembrada de contradicciones.

Rajagopal lo acompañaba en todos sus viajes, ocupando el lugar —aunque nunca pudo llenarlo— en el que antes se hallaba el amado Nitya. Como representante, coordinador, confidente y secretario, era enormemente escrupuloso, y muy exigente por naturaleza. Era un excelente organizador, y cuidaba meticulosamente de que quedara constancia de cada acto y detalle; todo lo contrario de Krishnamurti, quien seguía mostrando una total indiferencia por los asuntos prácticos y administrativos, y cuyo carácter dulce y reservado se asemejaba poco al de su amigo. La magnitud de esta semejanza no se haría patente hasta muchos años más tarde.

Durante varios años, en las sesiones de preguntas y respuestas que constituían una parte de las charlas, Krishnamurti tendría que afrontar un severo interrogatorio sobre su pasado.

PREGUNTA: ¿QUÉ SIGNIFICADO Y QUÉ VALOR ASIGNA USTED A LAS PALABRAS “MAESTRO DEL MUNDO”? ¿ES “MAESTRO DEL MUNDO” TODO AQUEL QUE ALCANZA LA LIBERACIÓN?

No se dejen inquietar por palabras, etiquetas y definiciones. Yo considero que es “maestro del mundo” aquel que ha comprendido la verdad. No se puede acercar el océano al río, luego el río debe ir en busca del océano. De igual modo, para alcanzar el estado de liberación, que podría asemejarse al mar, el individuo debe dirigirse hacia él; ese estado no puede entrar en el individuo, ya que no puede estar condicionado. Para mí, la realidad del “maestro del mundo” no reside en el nombre, sino en el hecho de alcanzar la liberación, la iluminación. A mi entender, la realidad es que el individuo puede liberarse de su conciencia de la propia identidad, puede llegar a esa purificación, a esa liberación del “yo” que le aportará inmensa calma, serenidad, flexibilidad, fuerza, y un afectuoso desapego de todas las cosas.

PREGUNTA: ¿NIEGA USTED LA IMPORTANCIA DE LAS RELIGIONES Y ORGANIZACIONES RELIGIOSAS, ASÍ COMO DE LOS SERVICIOS HUMANITARIOS?

Yo no niego nada. Afirmando que las religiones son los pensamientos congelados de los seres humanos, a partir de los cuales construyen iglesias y templos. Las religiones son formas de pensamiento sistematizadas; pero, puesto que el pensamiento mismo es vida, no se puede encadenar. Ustedes vinculan la vida a códigos, creencias, dogmas y religiones, y debido a ello hay confusión, conflicto y sufrimiento. La vida es libre, y si trata usted de someterla a la religión, que es una forma sistematizada de pensamiento, matará la vida.

Mi deseo es liberar al ser humano del miedo, hacer que dependa sólo de sí mismo, mostrarle que puede ser su propio dueño, que es responsable de sus acciones, de su felicidad. Pero como le encanta vivir engañado y cobijarse cómodamente a la sombra de los templos que le ofrecen las religiones, es incapaz de comprender; y por ello hay sufrimiento y continua la lucha.

EL BOLETÍN DE LA ESTRELLA, MAYO/JUNIO DE 1932

Krishnamurti pasaba una parte del año en Nueva York, ciudad de residencia de muchos artistas. En aquella época se encontraba allí también la entonces principiante y ahora renombrada artista Beatrice Wood.

BEATRICE WOOD

CERAMISTA Y ARTISTA, OJAI, CALIFORNIA

BW: Debía de ser 1923 cuando conocí a Krishnamurti. Un amigo, Reginald Pole, lo trajo a mi pequeño apartamento de Nueva York, en lo alto de un edificio sin ascensor, y luego fuimos al Museo Metropolitano, donde vimos una exposición de arte indio. Almorcé con él y su hermano Nityananda, con Rajagopal, y Mima Porter, a quien Krishnamurti había conocido años antes. Comimos todos juntos en el Hotel Gotham; yo era muy tímida y sentía hacia él un enorme respeto.

EB: ¿Cuál fue su impresión la primera vez que lo vio?

BW: Bueno, creo que escribí en mi diario: «Una de las personas más bellas que he conocido». En realidad no le oí hablar hasta años después. Estuve en su primer campamento de Ojai en 1928. Duró una semana, y tuve ocasión de almorzar con él varias veces debido a que teníamos muchos amigos comunes. Yo no era íntima amiga suya; era una buena amiga. Como el campamento duró tantos días, se decidió que hacía falta algún entretenimiento, y me encargó que organizara algunas obras de teatro. Representamos tres obras de un acto —una de Tolstoy, una de Bernard Shaw, y creo que la otra era de Barry—, y de entre las personas que se encontraban allí, las que se sintieron interesadas participaron. Mi trabajo era dirigir los ensayos. Una de las obras que pusimos en escena fue *The Light of Asia*. Fueron maravillosas aquellas primeras charlas, sentados en la hierba bajo los robles. No se hablaba de dinero, en ningún momento. Era un ambiente magnífico, y yo escuchaba. Había estado leyendo a otro filósofo, y luego leí a Krishnamurti; me pareció que hablaba con una profundidad excepcional, aunque no tengo ni idea de cuánto de lo que decía he asimilado. Reinaba un gran silencio en aquellas charlas de los primeros tiempos, y recuerdo eso mismo de las charlas de la India, muchos años más tarde: el profundo silencio de los que escuchaban.

EB: ¿Cree usted que esto se debía a que la gente lo consideraba el futuro mesías, tal como se había proclamado repetidamente?

BW: Sí, imagino que eso debía de tener mucho que ver. Durante los primeros años concedía entrevistas con suma facilidad. Yo me entrevisté con él en cinco ocasiones, y una de ellas ha permanecido conmigo y me ha ayudado muy especialmente. ¿Quiere que hable de ella?

EB: Sí, por favor.

BW: El tema eran los celos. Generalmente no siento envidia de otros artistas, pero una vez vi un esmalte que yo llevaba tiempo tratando de crear. Había ido de viaje a Claremont, y de pronto me encontré ante aquel esmalte que tanto y tan inútilmente me había esforzado en conseguir. Fue como un impacto físico de celos, y me quedé horrorizada de mí misma. De modo que volví y mantuve una charla con Krishnamurti. Éstas no son sus palabras exactas, pero es lo que ha quedado en mí de lo que él me hizo percibir. Dijo algo así como: «Bueno, todos somos celosos. No trate de no sentir



BEATRICE WOOD EN 1993, A LOS CIENTO AÑOS. «LO QUE HE COMPRENDIDO DE LAS PALABRAS DE KRISHNAMURTI ES QUE, SI MIRO LA ACTIVIDAD DE MI MENTE, SUS DISTRACCIONES, SUS CELOS POR EJEMPLO, SIN AFERRARME A NADA DE ELLO, LLEGO REALMENTE A LO QUE PARA MÍ ES UNA QUIETUD.»

celos. Déjelo de lado y pase a otro pensamiento»; y eso me ha ayudado en muchísimos sentidos. No sentía celos del arte en sí, sino celos, yo diría, de las personas. Y en lugar de intentar no sentir envidia, vi lo que suponía el sumirme en la quietud de la mente.

EB: ¿Cree que el hecho de que Krishnamurti hablara tan a menudo de observar las propias reacciones y respuestas le hizo a usted darse cuenta de sí misma con mayor intensidad? Puede que antes hubiera sentido celos, pero ahora se daba cuenta de ello.

BW: Claro, ése es uno de los aspectos fundamentales de su enseñanza; los grandes maestros religiosos de todos los tiempos han dicho: «Conócete a ti mismo». Y lo que he comprendido de las palabras de Krishnamurti es que, si miro la actividad de mi mente, sus distracciones, sus celos por ejemplo, sin aferrarme a nada de ello, llego realmente a lo que para mí es una quietud. La clave está, como él decía, en observar cada momento. Por supuesto, yo no lo hago. Sólo puedo decir que me produjo un fuerte impacto, y que soy diferente de lo que sería si no le hubiera oído hablar. En 1930 nos invitó a un buen amigo y a mí a ir a Holanda, durante la semana previa al campamento, antes de que las charlas oficiales comenzaran, y hubo numerosos debates. Fuimos a Holanda y a Ommen. Hacía mucho frío. La mayoría de la gente estaba instalada en pequeñas barracas; y Krishnamurti, que se alojaba entonces en el castillo, nos invitó a nosotros y a otras personas a que nos instaláramos allí. Pero en el castillo había ya una multitud que lo acosaba, y a la que él se negaba a echar; así que nos hospedamos con el organizador del campamento.

EB: ¿Eran distintos aquellos diálogos previos al campamento de las charlas habituales?

BW: ¿Los diálogos previos? Bueno, en Holanda aquélla fue la única vez que asistí a ellos. Éramos un grupo más reducido. Y aquí en América, en las reuniones que precedían a los campamentos, los grupos eran de veinte personas. Yo estuve al menos en cuatro, creo recordar, pero me parece que eso fue en los años treinta, no en los veinte. Él iba respondiendo a las preguntas; me acuerdo de que a una mujer le dijo: «Ninguno de ustedes escucha; entre ustedes no hay verdadera comunicación». Me gustaban aquellos diálogos, porque había una intimidad que nos permitía hacer cualquier pregunta que quisiéramos.

EB: ¿Cuándo volvió a tener contacto con Krishnamurti?

BW: Volví a verlo cuando venía a Arya Vihara a pasar una o dos noches.

EB: ¿Vivía usted en Ojai en aquel momento?

BW: Vivía en Ojai; años más tarde, en 1948, me trasladé a una casa justo enfrente de la suya, y entonces lo veía continuamente. Durante un tiempo trabajé para Rajagopal, pero no se me daba demasiado bien; no era suficientemente rápida ni exacta para continuar trabajando con él. Éramos todos jóvenes en aquella época; nos gustaba estar juntos, conocernos.

EB: ¿Y qué fue lo que la trajo a Ojai?

BW: Ah, el motivo fue Krishnamurti, sin ninguna duda. Lo había conocido en Nueva York, y había conocido también a Rajagopal y Rosalind. Una relación amorosa me había roto el corazón, y necesitaba algo que me ayudara a sobrevivir. Entonces conocí a Krishnamurti, y eso fue lo que me llevó al primer campamento de la Estrella. Desde que vine a vivir aquí, mi trabajo artístico ha sido enormemente fructífero. Pero en aquella época yo no me había planteado en absoluto trasladarme a Ojai; lo que me preocupaba

- es que estaba perdida. Tenía el corazón verdaderamente roto, y quería que algo me ayudara a comprender la vida. Con mis últimos 100 dólares compré un billete de tren, y vine.
- EB: Y había en torno a Krishnamurti un grupo de personas interesadas en sus enseñanzas, ¿no?
- BW: Sí, siempre. Estaba Huxley, por supuesto, y Robert y Sarah Logan, que constituían lo que se llamaba la aristocracia. Detesto esa palabra; pero hay una palabra: no sé qué, alta...
- EB: ¿Clase alta?
- BW: Sí, la clase alta de Filadelfia. Después de conocer a la doctora Besant y a Krishnamurti, abandonaron su vida de sociedad. Krishnamurti solía dar charlas en la casa que tenían en Sarobia, Pensilvania. Luego, cuando Robert Logan compró una casa justo detrás de Arya Vihara, nos hicimos buenos amigos. Nos veíamos todos continuamente.
- EB: Me gustaría retroceder un poco en el tiempo. ¿Advirtió usted cómo había influido en Krishnamurti la llamada “experiencia del pimentero”?
- BW: Me hablaron sobre ella; no es que yo personalmente me diera cuenta.
- EB: Pero ¿percibió usted alguna diferencia, un nuevo despertar o una nueva cualidad de comprensión?
- BW: No. No puedo decir que lo percibiera, ya que, siempre que lo vi, Krishnamurti era sencillamente un ser humano, como cualquiera de nosotros; no era alguien que estuviera en la cúspide y hablara con grandilocuencia. Cuando estaba en Arya Vihara colaboraba en el cuidado de los animales; creo que estuvo ordeñando la vaca durante un tiempo. Y se ocupaba de Radha, la hijita de Rosalind y Rajagopal; prácticamente la crió él. Hacía las mismas cosas que cualquiera. Sin embargo, me enseñó además... Enseñar no es la palabra correcta; escuchándole empecé a darme cuenta de la importancia que tenía lo que fuera que estuviera haciendo en el presente: de hacerlo a la perfección. Considerando que yo era muy dejada, muy descuidada, empecé a observar ese aspecto. Eso aprendí de él. Cuando tenía alrededor de cuarenta años, llevé un pedido de cerámica a uno de los grandes almacenes, porque mi agente estaba de viaje, y la encargada me preguntó: «¿Dónde está el albarán?». «¿El albarán?, ¿qué es un albarán?», contesté. Y ella me explicó: «Es una lista». Le dije: «Señora, yo me dedico al arte, no a hacer listas». Dijo: «¿Y cómo espera cobrar?». Aquello supuso una gran revolución en mi vida. El poder práctico de la veracidad de Krishnamurti me hizo darme cuenta del orden; él me hizo ver la importancia de ser interiormente veraz. Me hizo darme cuenta del condicionamiento de la mente.
- EB: Una de las cosas significativas que él subrayó es lo que de hecho sucede en la mente. Es bastante inusual este énfasis en la mente, en que se vea a sí misma como un obstáculo.
- BW: Sin duda. Como le he dicho, yo había estado leyendo a otro filósofo, un filósofo de renombre; y a continuación tomé uno de los libros de Krishnamurti, y Krishnamurti me pareció de una profundidad de pensamiento infinitamente mayor.
- EB: ¿Qué sintió usted cuando Krishnamurti disolvió la Orden de la Estrella?
- BW: Bueno, soy contraria a las organizaciones. Para mí es impensable que una persona de tal amplitud pueda realizar su labor a través de ninguna organización; porque, en cuanto uno crea una organización, está preso en su rigidez y sus normas. Fue algo que nunca me preocupó lo más mínimo.

BEATRICE WOOD
 CON KRISHNAMURTI
 Y RADHA RAJAGOPAL,
 HIJA DE ROSALIND
 Y RAJAGOPAL.



Mire, creo que la vida es un gran misterio; y, admitámoslo, el tema del sexo, sin ir más lejos, que por una razón u otra es objeto de polémicas tan enormes, al parecer para todo el mundo [...] cuando, en mi opinión, no conocemos las diferentes costumbres de los pueblos, no las conocemos; y es extraño que pongamos tal énfasis en él en lugar de ocuparnos de ser interiormente honestos. A mi entender, eso es lo primero; y soy consciente del condicionamiento de mi mente, y me esfuerzo más por ser una persona sincera de lo que me esfuerzo por hacer cerámica o cualquier otra cosa. Pero no lo consigo. Aun así, lucho por ello, y eso es verdaderamente importante. Creo que para todos nosotros es importante dirigirnos hacia lo que es sincero y compasivo, y no necesitamos una Orden de la Estrella.

EB: ¿Cree usted que la belleza física de Krishnamurti fue relevante? ¿Le parece a usted que ayudó o perjudicó a su papel de maestro?

BW: No tengo ni idea. Supongo que, en todo caso, ayudaría, puesto que nos hace sentirnos bien ver belleza en una persona. Yo particularmente estoy más predispuesta a escuchar a una persona hermosa que a una poco agraciada; tengo que aprender a ser amable con la gente de aspecto poco atractivo.

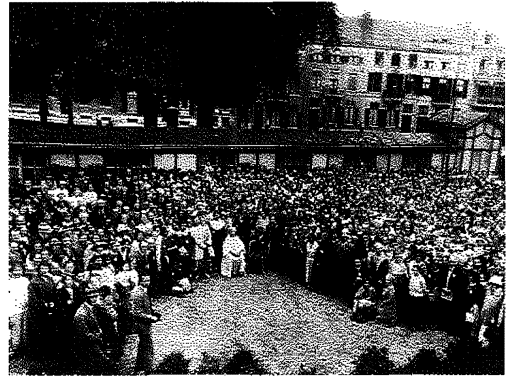
EB: ¿Cree que eso pudo desviar la atención de la gente? Nos sentimos atraídos hacia las personas poderosas, hacia las personas bellas; pero lo que Krishnamurti expresaba era de una fuerza arrolladora. ¿Considera usted que la gente no prestaba suficiente atención a lo que decía, debido a que se enamoraba de este hombre tan bello?

BW: No es algo de lo que yo tuviera consciencia; sin embargo, sí era consciente de que algunas mujeres se sentían personalmente más próximas a él que yo, pese a que tal vez yo lo hubiera visto muchas más veces; probablemente era a causa de mi admiración hacia él. Este abrumador respeto aflojó un poco durante un encuentro en la India en los años sesenta. Recuerdo que Krishnamurti objetó... no, ésa no es la palabra, mencionó la profusión de mis joyas, y yo contesté que me gustaban las joyas, que, si no me hiciera daño, llevaría incluso un diamante en la nariz. Él alzó las manos horrorizado, y le dije: «Krishnaji, las mujeres somos distintas; usted no

*La transformación
del mundo nace
de la transformación
de uno mismo.*

BANGALORE, 1948

tiene la misma coquetería que nosotras». Señaló la fila de pulseras que llevaba yo en el brazo. Una mujer india dijo riendo: «Coincidimos con usted en América, y, al ver la cantidad de joyas que llevaba entonces, nos reímos juntos y comentamos: “¡Qué pasará cuando vaya a la India!”». La mujer india va cargada de joyas, ¿sabe? Siempre me han encantado las joyas, así que estando en la India llevaba más aún. Desde los dieciséis años, me han encantado siempre. Se supone que llevar joyas es vulgar, de mal gusto. Me da igual; a mí me gustan, y las llevo; me alegra verlas en otras mujeres. Bien, sería indicio de falta de comprensión por mi parte, creo yo, dejar de llevarlas sólo debido a que a Krishnamurti no le gustaran. Me dijo: «Parece usted una prisionera, con todo eso encima». En los brazos llevaba muchas más. Lo miré y me reí: «No entiende, no es usted mujer». Sin embargo, él era muy cuidadoso en el vestir; mucho más que yo. Iba siempre primorosamente acicalado, pulcro, impecable, ¡luego no tenía derecho a decirme nada a mí! Fue en la India donde durante una reunión me di cuenta, por lo infeliz que me sentía, de que el problema humano esencial era posiblemente la soledad. Al día siguiente fui a oírlo hablar, entre una gran multitud de gente india sentada al aire libre, y me dejó maravillada la forma en que introdujo el hecho de la soledad humana y su terrible daño. Fue maravilloso cómo lo hizo.



- EB: La gente sigue teniendo una sensación de aislamiento, un sentimiento de abandono, de soledad, un imperioso anhelo de que haya alguien con quien hablar de cosas importantes.
- BW: Pero el ser humano está fundamentalmente solo, a pesar de formar parte de la raza humana; y Krishnamurti me hizo darme cuenta de que la mayoría de nuestras distracciones y actividades tienen como objeto huir de esa soledad, pero que, si la afrontamos, la actividad de la vida se desarrolla como una canción. Si somos capaces de afrontarla, cambia todo.
- EB: ¿Qué es lo más significativo que ha aprendido usted de escuchar a Krishnamurti? Antes mencionó el orden, una sensación de orden...
- BW: No sé muy bien cómo responder a esta pregunta, porque creo que mi mayor empeño es tratar de liberar a la mente de su condicionamiento. Eso, por supuesto, no significa que no debiéramos reírnos, decir tonterías... Es una cuestión muy distinta.
- EB: ¿Le parece a usted que Krishnamurti habría podido exponer su enseñanza de un modo que la hubiera hecho más comprensible?
- BW: No lo sé. El problema es que él habla de lo informe. No podemos encuadrar el pensamiento en una forma; además, Krishnamurti se adentra a tal profundidad que no sé si hay posibilidad de ser más claro. Pero no tengo ni idea de cuánto he asimilado. ¿Cómo saberlo? Sólo sé que, personalmente, me esfuerzo por vivir como un ser humano honrado, más que si no lo hubiera conocido. Y eso es todo.
- EB: ¿Continuó usted escuchando a Krishnamurti a lo largo de los años?
- BW: Durante muchos años; hasta hace quince, aproximadamente, cuando me

DURANTE ESTE PERÍODO, KRISHNAMURTI SOLÍA DAR CHARLAS CON FRECUENCIA EN LA CASA DE ROBERT Y SARAH LOGAN EN SAROBIA, PENNSILVANIA (ABAJO). EL CARÁCTER INFORMAL DE ESTAS CHARLAS CONTRASTABA CON REUNIONES MÁS ESTRUCTURADAS, COMO LA CELEBRADA EN ARNHEM, HOLANDA, EN 1925, DONDE UNA ENORME MULTITUD SE APIÑÓ ALREDEDOR DE KRISHNAMURTI Y LA SEÑORA BESANT (PÁGINA OPUESTA).

quedé sorda. Los últimos años, al volver de la India, empezó la sordera; así que dejé de ir. Pero leía sus libros constantemente; no todas las noches, pero a menudo, porque no quiero ser una fanática. En realidad, todas las noches antes de dormir leo algo de carácter filosófico..., excepto cuando decido hacer trampas; y hago trampas de vez en cuando, si he empezado a leer una novela policíaca y estoy impaciente por conocer el final.

EB: No creo que pueda culpársela por eso. De hecho, es bien sabido que a Krishnamurti le gustaba leer novelas policíacas.

BW: Igual él también hacía trampas. Creo que todos deberíamos estar atentos al fanatismo. Me parece que es algo que tenemos que observar con mucha atención.

EB: El mismo Krishnamurti lo cuestionaba todo continuamente. Cuestionaba sus propios pensamientos, su propia enseñanza, en un sentido; de modo que no había posibilidad de que él mismo se convirtiera en un fanático. Nunca estableció ninguna norma que hubiera de seguirse. Pienso que él era un buen ejemplo de ausencia de fanatismo. Muchas gracias por su contribución. Debo felicitarla por su magnífica memoria.

BW: Yo creo que no lo es tanto.

EB: Bueno, a los cien años, me parece que no nos podemos quejar.

BW: Para mí tengo treinta y uno; cien, sólo para los demás.⁴⁴



Puesto que usted es el mundo, sus acciones influirán en el mundo en el que vive, que es el mundo de sus relaciones. Sin embargo, lo difícil es darse cuenta de la importancia que tiene la transformación individual. Exigimos una transformación, la transformación de la sociedad que nos rodea; pero estamos ciegos, no estamos dispuestos a transformarnos a nosotros mismos.

CHARLA II DE BANGALORE, 1948

En los años treinta, durante los campamentos de la Estrella que se celebraban anualmente en Ojai, California, Krishnamurti hizo muchos amigos nuevos, no todos ellos artistas o intelectuales. Entre ellos estaba Harry Wolfe.

HARRY WOLFE

HOMBRE DE NEGOCIOS, LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

EB: Señor Wolfe, decía usted que su esposa le presentó a Krishnamurti, que fue ella quien le llevó a oírlo hablar. ¿Podría describir cómo ocurrió?

HW: A mi regreso de un largo viaje de negocios, la señora Wolfe sugirió que fuéramos a escuchar a un ser humano excepcional. Yo le dije: «Laura, prefiero jugar al golf que ir a escuchar un montón de palabras»; se sabe que la mayoría de estos maestros y de estas pláticas giran en torno a la religión o algo por el estilo, y la religión no me interesa. Me convenció de que debíamos ir, y de que podríamos jugar al golf después de la charla, así que accedí. Escuché a Krishnamurti con gran atención, pues quería captar el pleno significado de lo que decía. Me sentí acorralado, porque no podía rebatir nada de lo que explicaba; de modo que, después de escucharlo, en vez de querer jugar al golf —no tenía ningunas ganas de jugar al golf—, pensé: «Volveremos mañana; quiero oírlo hablar otra vez». Así es que volvimos al día siguiente; de nuevo lo escuché con suma atención, y no pude objetar a nada de lo que dijo. Quise volver el siguiente fin de semana; había captado mi interés, y lo único que quería era seguir escuchando. Después del tercer fin de semana, quise entrevistarme con él; en aquel tiempo concedía con regularidad entrevistas de quince minutos. Creo que era 1930. Al cabo de los quince minutos, dije: «Bueno, supongo que ha llegado el momento de irme». Y contestó: «No, espere un segundo. Quiero preguntarle algo, conversar con usted un poco más». Le hablé sobre mi trabajo, le expliqué lo corrupta que era la industria de los diamantes, y cómo los mayoristas engañaban a los comerciantes, cómo no había la menor integridad en el negocio; ni en mi sector particular ni en el negocio de la joyería. Yo me dedicaba exclusivamente al negocio de los diamantes, pero los joyeros funcionan de la misma manera. Le expliqué muchas cosas por el estilo, y él tenía interés en lo que le contaba, de modo que me dejó quedarme; me puso la mano en la rodilla y dijo: «Tranquilo; continúe». Y continuamos hablando. No recuerdo exactamente qué le conté después de esto, pero él se dio cuenta de que yo estaba haciendo inventario de todo lo que ocurría que podía calificarse como corrupto [...]

EB: ¿Cree que todo esto era nuevo para él?

HW: Creo que estaba sorprendido de que me tomara tanto interés en averiguar cuál era la verdadera situación en el mundo de los negocios. Le conté que el 95% de los diamantes que se tallan para el mercado mundial se tallan incorrectamente; son lo que en nuestra profesión llamamos un fraude. Las imperfecciones superficiales de la piedra, del pedazo de roca, deberían pulirse y eliminarse, pero la gente quiere diamantes de dos quilates, no de quilate y medio. Mire, todo diamante tiene cincuenta y ocho facetas; esos pequeños planos sesgados son como espejos diminutos, y la proporción geométrica y disposición angular de esos pequeñísimos espejos tienen

que ser perfectas para que los rayos de luz que entran puedan ser devueltos a la superficie. Eso es lo que les confiere su propia luz y belleza.

EB: ¿Se sorprendió Krishnamurti al oír que había tal corrupción en el negocio?

HW: Sí, así fue.

EB: Usted lo había oído hablar en varias ocasiones. ¿Qué sintió la primera vez que conversó con él?

HW: Ah, era un hombre tan agradable, le hacía a uno sentirse tan a gusto que no me resultó nada difícil hablar con él. Le dije exactamente lo que pensaba, y nos entendimos a la perfección. Después de aquella primera entrevista, mantuvimos... no sé cuántas conversaciones más; fui a Ojai por lo menos media docena de veces. En uno de los viajes le pregunté: «Krishnaji, ¿qué cree que pasará en la India cuando se libere de la dominación británica?», y respondió: «Bueno, entonces los explotadores serán los indios en vez de los británicos. No hay diferencia». Él se daba cuenta de que las personas son personas, y de que su único interés es lograr el propio beneficio a costa de quien fuere.

EB: ¿Ve usted alguna diferencia entre las charlas de aquellos tiempos y lo que Krishnamurti dice actualmente?

HW: Es difícil de explicar. Hay pequeñas variaciones, pero el principio es el mismo. El núcleo de su enseñanza es prácticamente el mismo de entonces; han variado las palabras, la forma de presentarlo. En una ocasión le ofrecí 500 dólares —en aquellos tiempos era mucho dinero— como muestra de gratitud por lo que había hecho por mí. Dijo: «Yo no puedo hacer nada por nadie; es usted quien ha de hacerlo». El caso es que empezó a cambiar mi forma de pensar, mi forma de actuar; mis sentimientos hacia los seres humanos cambiaron, al darme cuenta de que los seres humanos están todos condicionados y no son responsables de lo que hacen o dicen, porque ¿cómo se puede culpar a una grabadora de estar condicionada a hacer sonar una melodía? Así que empecé a ser un poco más tolerante con las personas que intentaban aprovecharse de mí; dejé de culparlas por ello, ya que es algo que está a la orden del día. Es aplicable al mundo de los negocios, al del derecho...; todos los aspectos de las relaciones humanas están corrompidos.

EB: Parece que Krishnamurti tuvo un considerable impacto en su vida.

HW: ¡Lo tuvo, sin ninguna duda! Cambió mi vida por completo. Dejé mi negocio; lo dejé porque me di cuenta de que yo era un ser humano igual que todos los demás: un ser humano corrupto. Me aprovechaba de la confianza que las personas habían depositado en mí y, valiéndome de mis tácticas de vendedor, les vendía más de lo que realmente necesitaban. Me di cuenta de lo que estaba haciendo; y lo dejé. Mire, manejaba el tipo de diamantes que un joyero medio ni siquiera llega a ver: el diamante que no es fraudulento, que tiene la máxima belleza. Y decidí que no necesitaba “venderlos”, que habría personas que los comprarían si les explicaba lo que eran. De modo que tuve que formar a mis clientes, enseñándoles la diferencia entre una piedra que no está bien tallada y otra tallada correctamente. Ganaba mucho menos dinero, pero disfrutaba haciendo negocios que no dieran una falsa idea de la perfección blanco-azulada. No hay tal cosa como perfección o blanco azulado. El diamante, o es azul, o es blanco, o es amarillo o es rosa. No hay colores dobles, porque el color de un diamante está determinado sólo por el color del cuerpo, no por el

«ÉL CAMBIÓ MI VIDA
POR COMPLETO. DEJÉ MI
NEGOCIO. LO DEJÉ PORQUE
ME DI CUENTA DE QUE YO
ERA UN SER HUMANO
IGUAL QUE TODOS LOS
DEMÁS: UN SER HUMANO
CORRUPTO.»
HARRY WOLFE

brillo de la piedra. Solíamos clasificar nuestras gemas exactamente por lo que eran: el color, el grado de claridad y la talla. La talla es lo más importante, ya que es lo que le da su luz.

EB: ¿Hizo esto que su negocio decayera?

HW: Por supuesto, decayó mucho. Hacía menos dinero, pero disfrutaba, porque no tenía que presionar a nadie ni tratar de vender: la gente compraba. Hay una gran diferencia.

EB: ¿Cree usted que, de no haber conocido a Krishnamurti, habría llegado por sí mismo a estos, llamémoslos, sentimientos éticos, o cree que habría seguido como en un principio?

HW: No creo que lo hubiera visto solo. Él me hizo despertar al hecho de que yo no era diferente de cualquier otra persona. Y tuve que ver eso en mí mismo..., verlo realmente, para poder liberarme de ello.

EB: ¿Y lo vio instantáneamente?

HW: Sí, claro, desde luego. No fue difícil.

EB: La gente suele decir que hace falta tiempo, y Krishnamurti insiste en que puede ser instantáneo.



CONTINUARON LAS CHARLAS Y REUNIONES ALREDEDOR DEL MUNDO. COMEDOR Y TIENDA DEL CAMPAMENTO DE LA ESTRELLA EN OMMEN, HOLANDA (ARRIBA).

HW: Es instantáneo. O uno lo ve, o no lo ve. Si lo ve, no hay necesidad de añadir nada: lo ve y ya está. La verdad es instantánea.

EB: Luego simplemente hizo falta que su inteligencia operara: vio, y actuó de acuerdo con ello.

HW: En cuanto uno ve que algo es un hecho, no necesita hacer nada más: eso es todo. Mi forma de pensar ha cambiado por entero. No hago comparaciones; sencillamente miro los hechos como son; no hay nada que añadir. El darse cuenta, creo, es el factor principal; uno vive sólo a medias si no se da cuenta, si entra en una habitación y no presta ninguna atención a lo que hay en ella. La mayoría de las personas no se dan cuenta; únicamente quieren ver lo que quieren ver, y se acabó. Pero el darme cuenta ha sido mi maestro, se podría decir. Cuando llegué a este país a los doce años, no hablaba inglés..., claro que mi vocabulario es bastante limitado.

EB: A mí me parece que se expresa usted muy bien.

HW: Hago lo que puedo con lo que tengo.⁴⁵

EN LOS AÑOS SIGUIENTES, las extensas giras de charlas llevaron a Krishnamurti y Rajagopal alrededor del mundo. En 1933 viajaron al Cairo, Alejandría, Atenas, Oslo, París y Roma. Se celebró otro campamento en Ommen, Holanda, y de allí partieron hacia la India para una gira de un mes.

En 1934, Krishnamurti fue recibido en Australia por grandes y entusiastas multitudes. Sin embargo, al llegar a Nueva Zelanda, donde lo esperaba también un público deseoso de escucharlo, algo sorprendente le sucedió... ¡lo mismo que a George Bernard Shaw!

PROHIBIDA LA TRANSMISIÓN RADIOFÓNICA EN NUEVA ZELANDA

NUEVA ZELANDA. La prohibición de hablar a través de la radio que se le hizo a Krishnamurti causó una formidable agitación. Desde entonces, el asunto ha sido sacado a colación en el Parlamento, y el nombre de Krishnamurti aparece con frecuencia en la prensa y se menciona a menudo en los discursos políticos. Esto ha dado a su reciente visita una notable e inesperada publicidad, y ha aumentado el interés del público en sus ideas. Amigos de Nueva Zelanda comentan que tal vez sea un auténtico problema conseguir un pabellón lo bastante grande para dar cabida a todos los que esperan impacientes poder oír a Krishnamurti en su próxima visita al país.

NUEVA ZELANDA. El *Verbatim Report* [transcripción literal] que el señor Rajagopal menciona en su carta precedente contiene: las charlas dadas por Krishnamurti en el Ayuntamiento de Auckland, donde se dirigió a las 3.000 personas que llenaban la sala en dos ocasiones sucesivas; tres charlas matinales celebradas en los jardines de la Vasanta School; una charla a hombres de negocios y empresarios de Auckland, y otra dirigida a los teósofos de Nueva Zelanda. La prensa neozelandesa dedicó un extenso espacio a las visitas y actividades de Krishnamurti, y muchos de los periódicos deploraron la acción de las autoridades gubernamentales al negarle el permiso para una transmisión radiofónica, alegando que su discurso abundaba en elementos provocadores de controversia. Coincidió que el señor George Bernard Shaw se encontrara en Nueva Zelanda en aquel preciso momento, y que el epílogo a su obra *Androcles and the Lion* [*Androcles y el león*] fuera también prohibido. Los siguientes extractos de algunos periódicos tal vez den una pequeña idea de la conmoción resultante.

PROHIBIDA LA TRANSMISIÓN DE KRISHNAMURTI

THE AUCKLAND STAR. Los miles de oyentes que esperaban con impaciencia oír a Jiddu Krishnamurti, el filósofo indio, a través de la emisora de la IYA se sentirán decepcionados, ya que no se le permitirá utilizar el micrófono de dicha estación. La información al respecto está contenida en una carta del presidente de la junta directiva de radiodifusión de Nueva Zelanda.

Hace algunas semanas se notificó a dicha junta directiva la visita de Krishnamurti y se solicitó que, desde la estación radiofónica de Auckland, se le permitiera emitir una alocución del mismo estilo que la transmitida desde el Ayuntamiento de Sydney. Se envió una copia de ésta junto con la solicitud. La respuesta que se recibió alegaba que el carácter controvertido de aquella alocución era razón suficiente para no autorizar una transmisión semejante en Nueva Zelanda.

Críticas desfavorables contra la junta directiva llegaban esta mañana desde los distintos sectores al conocerse la noticia de que la emisión radiofónica de las charlas públicas de Krishnamurti se había prohibido.

LA POSTURA DE KRISHNAMURTI

THE DOMINION, WELLINGTON. El señor Krishnamurti declaraba hoy que ésta era para él una experiencia sin precedentes. En Australia había hablado en la radio cuatro o cinco veces, con retransmisiones a toda Europa y América. «Desde luego, no hay nada que yo pueda hacer al respecto», comentó. «Si el gobierno no quiere que hable por su micrófono, ése es asunto del gobierno. Es como si alguien no quiere dejarle a uno entrar en su casa. Uno no entra, y se acabó. Sin duda parece absurdo.» Añadió que, en su opinión, si un tema no resulta controvertido, es inútil y carece de significado.

COMENTARIO DEL SEÑOR GEORGE BERNARD SHAW

EVENING POST, AUCKLAND. El señor George Bernard Shaw no parece demasiado contrariado por la prohibición de difundir radiofónicamente el epílogo a su obra *Androcles y el león* en Christchurch. Considera, sin embargo, que denegar al conocido maestro religioso Krishnamurti el permiso para hablar en la radio es un error mucho más grave. «Un caso mucho menos excusable es el de negarse a conceder permiso de radiodifusión al señor Krishnamurti. Él es un maestro religioso de la mayor distinción, a quien escuchan, respetan, y de quien obtienen provecho miembros de todas las religiones y sectas, y esta prohibición es un error fruto de la ignorancia.

»El alegar como excusa el carácter controvertido de su discurso es una tontería. Todo lo que la radio difunde provoca controversias, excepto la señal horaria y el parte meteorológico [...]. Las autoridades evidentemente ignoran el prestigio de Krishnamurti y su doctrina admirablemente católica, y lo clasifican como un indio pagano. Cuando sea alguien conocido en Nueva Zelanda, lamentarán lo que han hecho.»⁴⁶

Los años de viajes sin descanso dejaron a Krishnamurti en un estado de agotamiento, y, tras una corta estancia en Hollywood con su viejo amigo John Ingelman, pasó un breve período en Ojai. A continuación, el trío formado por Krishnamurti, Rajagopal y Rosalind, con su hijita pequeña Radha, se dirigió al Norte de California para descansar unos meses.

Durante aquella estancia de 1934, Krishnamurti conoció al gran poeta americano Robinson Jeffers. Solían pasear juntos, y, aunque el lacónico poeta hablaba muy poco, escribió un poema titulado «Credo», en el que muchos ven una alusión a Krishnamurti.

*Tiene magia y poderes mi amigo de Asia,
arranca una hoja azulada del joven ficus azul,
y mirándola con detenimiento, recogiendo y aquietándose
el Dios de su mente, crea un océano más real que el
océano, la sal, la tangible
y sobrecogedora presencia, el poder de las aguas.*

Lo que impactó particularmente a Jeffers fue la persona de Krishnamurti, que, sentía él, era más elocuente que sus palabras. La señora Jeffers dijo que «la luz parecía entrar en la habitación cuando Krishnamurti entraba».⁴⁷

EN LOS AÑOS 1880, EL JOVEN GEORGE BERNARD SHAW TRABAJÓ CODO CON CODO CON ANNIE BESANT COMO MIEMBRO DE LA SOCIEDAD SOCIALISTA FABIANA, Y, AL DECIR DE ALGUNOS, ERA TAMBIÉN SU AMANTE. EN LA DÉCADA DE LOS TREINTA, CONSIDERÓ UN ERROR MUCHO MÁS GRAVE EL QUE SE IMPIDIERA A KRISHNAMURTI HACER USO DE LA RADIODIFUSIÓN QUE LA CENSURA IMPUESTA A SU OBRA TEATRAL.

Otro visitante de Carmel fue el autor Rom Landau, a quien Krishnamurti había causado una honda impresión cuando lo conoció años antes en Inglaterra. Landau vino a Carmel expresamente a entrevistar a Krishnamurti para su libro *God Is My Adventure* [*Dios es mi aventura*]. Después de días de largos paseos y charlas en su compañía, la visita de Landau tocaba a su fin. Así expresó su asombro:

Ni en los anales de la mística occidental ni en los libros de yoguis y santos orientales encontramos nada semejante a la historia de un "santo" que, tras veinticinco años de prepararse para su destino divino, decidió convertirse en un simple ser humano, que ha renunciado no sólo a sus bienes mundanos, sino a sus privilegios religiosos.

Era casi de noche, y las primeras estrellas empezaban a aparecer. No distraían la atención las luces, los colores y las siluetas del día. El misterioso esbozo del extraordinario destino de Krishnamurti iba perfilándose con mayor claridad, y empecé a comprender a qué se refería al decir que, hasta hacía pocos años, su vida había sido como un sueño, sin ser apenas consciente de la existencia que transcurría a su alrededor. ¿No fueron éstos los años de preparación? ¿No fueron éstos los años en los que el hombre Krishnamurti trataba de encontrarse a sí mismo, de remplazar a su antiguo "yo", a través del cual la señora Besant, Charles Leadbeater, la teosofía y una extraña credulidad habían actuado durante más de veinte años?

En fin, ¿no es la de Krishnamurti una historia suprema: la del maestro que renuncia a su trono en el momento de su despertar, en el momento en que el dios que hay en él ha de hacer sitio al hombre, en el momento en que el hombre puede empezar a buscar a Dios en su interior? ¿No han estado incluso los años en que su espíritu flotaba en sueños llenos de una verdad que continúa siendo demasiado misteriosa para que podamos comprenderla?⁴⁸



En 1935 emprendió un viaje de ocho meses por Sudamérica, y viajó a Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y, por último, México. Muchos que habían visto su fotografía en los periódicos le seguían por la calle para mirar de cerca al joven indio. No obstante, en Argentina la iglesia adoptó una postura negativa, y uno de sus sacerdotes inundó las calles de panfletos «Contra Krishnamurti».

Aunque había hecho un esfuerzo por aprender español antes de comenzar el viaje, en las veinticinco charlas que dio en Latinoamérica Krishnamurti habló sólo en inglés. Cuánto de lo que dijo se entendió realmente, era una incógnita.

PREGUNTA: ¿CÓMO PODEMOS AYUDAR A LA HUMANIDAD A COMPRENDER Y VIVIR ESTAS ENSEÑANZAS?

Es muy sencillo: viviéndolas ustedes mismos. ¿Qué es lo que yo enseño? No les estoy ofreciendo un nuevo sistema, o una nueva serie de creencias, sino que les pido que pongan su atención en la causa que ha generado toda esta explotación, falta de amor, miedo, odio, estas guerras continuas, distinciones de clase, esta división que enfrenta entre sí a los seres humanos. La causa es, fundamentalmente, el deseo por parte de cada uno de nosotros de protegerse a sí mismo mediante la codicia, mediante el poder. Todos deseamos ayudar al mundo, pero ninguno comenzamos por nosotros mismos. Queremos reformar el mundo, pero el cambio fundamental debe llevarse a cabo primero en cada uno de nosotros. Así pues, empiece por liberar su mente y su corazón de su sentimiento de posesividad. Esto exige, no una mera renuncia, sino discernimiento, inteligencia.⁴⁹

RÍO DE JANEIRO, BRASIL, 17 DE ABRIL DE 1935

[...] En el mundo de lo espiritual, la búsqueda de seguridad se expresa a través del deseo de inmortalidad. Existe en cada persona el deseo de ser permanente, eterno. Eso es lo que todas las religiones prometen: la inmortalidad en el más allá, que no es sino una modalidad sutil de seguridad egotista. Ahora bien, quienquiera que prometa esa egoísta continuación, a la que ustedes llaman inmortalidad, consciente o inconscientemente se convierte en autoridad suya. Observen las diferentes religiones del mundo y verán que, como fruto del deseo de seguridad, de salvación, de continuidad que tienen cada uno de ustedes, han creado una sutil y cruel autoridad de la que se han vuelto esclavos, y que constantemente paraliza su pensamiento y su amor.

Además, para interpretar esta autoridad, necesitan ustedes mediadores, a los que llaman sacerdotes, que se convierten en sus explotadores de hecho. (Aplausos) Quizá estén aplaudiendo demasiado pronto..., porque son ustedes quienes han creado a estos explotadores. (Risas y aplausos) Puede que algunos de ustedes no establezcan conscientemente a esos líderes espirituales, pero discreta e inadvertidamente crean explotadores de otro tipo. Tal vez no acudan ustedes al sacerdote, pero eso no significa que no estén ustedes explotando o siendo explotados.

Allá donde hay deseo de seguridad, de certidumbre, ha de haber autoridad; y se entregan ustedes por entero a aquellas personas que prometen guiarles, ayudarles a conseguir esa seguridad. De modo que las religiones se han convertido en todas las partes del mundo en el receptáculo de los intereses creados y de la fe organizada y hermética. (Aplausos) Señores, ¿puedo sugerir algo? Por favor, no se molesten en aplaudir; es una pérdida de tiempo.⁵⁰

MONTEVIDEO, URUGUAY, 21 DE JUNIO DE 1935

PREGUNTA: ¿CREE USTED EN DIOS?

O bien formula usted esta pregunta por curiosidad, para saber lo que pienso, o bien quiere descubrir si Dios existe. Si es la mera curiosidad lo que le mueve, naturalmente no hay respuesta; pero si quiere usted averiguar por sí mismo si hay Dios, entonces debe abordar la investigación sin prejuicios; debe iniciarla con una mente nueva: ni creyendo, ni sin creer. Si yo le dijera que existe, usted lo adoptaría como creencia, y añadiría esa creencia a las creencias muertas ya existentes. Y si le dijera que no, sería únicamente un oportuno apoyo para el descreído.

Si una persona desea verdaderamente saber, no es la realidad, la vida o Dios lo que ha de buscar, pues eso sólo será un escape del sufrimiento, del conflicto, sino que ha de comprender la causa original del sufrimiento, del conflicto, y cuando la mente se libere de ello, sabrá. Cuando la mente sea vulnerable, cuando haya perdido todo apoyo, todas las explicaciones, cuando esté desnuda, entonces conocerá la dicha de la verdad.⁵¹

SANTIAGO DE CHILE, 7 DE SEPTIEMBRE DE 1935

La gira por Sudamérica había sido ardua, pero después de un período de descanso y un intento de recuperar el peso perdido durante el viaje, empezó una nueva ronda de charlas: primero Ojai, luego Sarobia, en la propiedad de los Logan, y a continuación Ommen; y a comienzos de 1937, otra serie de charlas a su regreso a la India.

En la India, las condiciones de vida eran, como siempre, estremecedoras: la pobreza y la degradación continuaban intactas, y la cáustica escalada del nacionalismo representaba una amenaza aún mayor para el agonizante Imperio Británico.

Pero la India no era el único país que vivía momentos de agitación. En Europa, el alarmante cariz de los acontecimientos presagiaba inexorablemente un conflicto mundial. Hitler consolidaba su poder y seguía de cerca lo que sucedía en España. La Guerra Civil había hecho estragos, y con la caída de Madrid en 1939 Franco atenazó el alma de su país.

Los pueblos hispanohablantes habían sentido desde hacía largo tiempo interés por Krishnamurti; pero, al arder Madrid, ardieron también todas las existencias de libros de Krishnamurti traducidos al español. Fue una pérdida tremenda que costó años subsanar.

Antes de regresar a Ojai, Krishnamurti se detuvo de nuevo en Roma. La prohibición de realizar charlas públicas decretada por Mussolini no dejaba margen más que para celebrar reuniones íntimas en domicilios particulares, y así era como el círculo de amigos residentes en aquel país hacía posible que Krishnamurti se mantuviera en continuo contacto con Italia. Fue allí donde conoció a la joven Vanda Scaravelli, de soltera Passigli. A lo largo de los años visitaría con frecuencia a los Scaravelli en su casa de Florencia. Más adelante fue Vanda quien le brindó la posibilidad de alojarse en el chalet Tannegg de Suiza cuando Krishnamurti empezó sus importantes reuniones europeas en la década de los sesenta.

¿Por qué son las enseñanzas de Krishnamurti —resultado de un profundo amor y compasión— tan importantes? Una mente atenta es una mente inteligente. Con la sencillez de su lenguaje, la claridad de su pensamiento y la pasión con la que se expresa, es capaz de despertar nuestra inteligencia. ¡Ése es el milagro!

VANDA SCARAVELLI

DE VUELTA A OJAI EN 1938, Krishnamurti hizo nuevos amigos. Gerald Heard y Aldous Huxley, ambos escritores y acreditados intelectuales, habían abandonado el Reino Unido ante la tenebrosa amenaza de la guerra. Cuando llegaron a la meca del Sur de California, se sintieron atraídos por el círculo de Krishnamurti. Huxley, su esposa Maria y Krishnamurti pronto se hicieron buenos amigos. Los diálogos, largos y serios, se alternaban con desenfadadas meriendas campestres. Anita Loos, conocida dramaturga y guionista, describe así una de estas excursiones:

ANITA LOOS

DRAMATURGA Y GUIONISTA, HOLLYWOOD, CALIFORNIA

Tanto a Aldous como a Maria les encantaban las meriendas campestres; sólo de pensarlo, se sentían alborozados igual que niños pequeños. Recuerdo una excursión en particular, a la que acudieron personajes tan teatrales, tan fantásticos que parecían salidos de Alicia en el país de las maravillas. Había varios teósofos de la India, el más prominente de los cuales era Krishnamurti. Las señoras tenían un aspecto elegante, ataviadas con sus saris, mientras que el resto de nosotros íbamos vestidos de cualquier manera, con viejas ropas de deporte. Aldous podría haber sido el gigante de una barraca de feria, y Maria y yo hubiéramos podido hacer de enanas, claro que, dada la ramplonería de nuestra indumentaria, se habría tratado de un circo bastante mediocre [...].

Greta [Garbo] iba disfrazada con unos pantalones de hombre y un viejo sombrero con el ala caída, que casi le tapaba la cara; Paulette [Goddard] llevaba un atuendo folklórico mexicano, e hilos de colores trenzados en el pelo. Bertrand Russell, que estaba de visita en Hollywood en aquel momento, Charlie Chaplin y Christopher Isherwood parecían, los tres, duendecillos traviesos que hubieran salido de juerga. De todo el grupo, sólo Matthew Huxley era un adolescente con el desaliño propio de su edad.

Los utensilios para la merienda eran tan insólitos como el reparto de actores. Krishnamurti y sus amigos indios, que tenían prohibido cocinar su comida o comer en recipientes que estuvieran contaminados por alimentos de origen animal, aparecieron cargados de platos de loza, y un surtido de cacharros que traqueteaban ruidosamente. Greta, vegetariana estricta en aquella época, seguía una dieta de zanahorias crudas, que llevaba colgadas del costado en manojos. Los demás podían comer, y comían, los alimentos habituales de una merienda campestre, pero Paulette, para la que ninguna ocasión era festiva si faltaban champán y caviar, había añadido al equipaje un recipiente para el hielo y algunas bolsas nevera.

Partimos en varios automóviles, sin más objetivo que el de encontrar un lugar donde se pudiera hacer fuego sin peligro [...] Krishnamurti y la delegación india se disponían a cocinar su arroz, y los demás desenvolvíamos sándwiches, sacábamos las zanahorias de Greta y el caviar de Paulette, cuando súbitamente irrumpió una atronadora voz masculina: «¿Qué diablos es esto?!».

Mudos por el aturdimiento, nos volvimos, y nos encontramos cara a cara con un sheriff, o una imitación casi perfecta, que empuñaba una pistola.

«¿No hay nadie entre ustedes que sepa leer?», increpó a Aldous.

Aldous admitió sumisamente que él sí sabía, pero seguíamos todos sin entender a qué se refería aquel hombre, hasta que señaló el letrero [de "prohibido el paso"] [...]. Entonces Aldous jugó su baza: indicó la presencia de

la señorita Garbo, la señorita Goddard y el señor Chaplin. Los mezquinos ojillos del sheriff se pasearon brevemente por el grupo.

«¿Es eso cierto?, preguntó. «Qué extraño. He visto todas las películas que han hecho, y ninguna de esas estrellas va vestida de esta manera. Así que lárguense de aquí, cuadrilla de vagabundos, si no quieren que los arreste a todos.»

Plegamos las tiendas, como los árabes, y con gesto culpable nos escabullimos. Sólo más tarde, cuando llegamos al jardín de la casa de Huxley, donde continuamos con la merienda, pensamos en la curiosidad general que habrían despertado los titulares [...]: «Arresto masivo en Hollywood. Greta Garbo, Paulette Goddard, Charlie Chaplin, Aldous Huxley, Lord Bertrand Russell, Krishnamurti y Christopher Isherwood puestos a disposición judicial».⁵²

La amistad con Huxley fue fructífera. Después de leer algunos escritos de Krishnamurti, le instó a que los publicara. Algunos años más tarde, Huxley escribiría la introducción a su libro *La libertad primera y última*.

ALDOUS HUXLEY

ESCRITOR, NOVELISTA Y FILÓSOFO

Hay en la vida una espontaneidad trascendental, una «realidad creativa», como la llama Krishnamurti, que se manifiesta con su cualidad inmanente sólo cuando la mente del que percibe se halla en estado de «pasividad alerta», o «darse cuenta sin elección». El juicio y la comparación nos constriñen irrevocablemente a la dualidad. Únicamente el darse cuenta sin elección puede conducir a un estado no dual, a la reconciliación de los opuestos que nace de una total comprensión y de un amor total. Ama et fac quod vis. Si uno ama, puede hacer lo que quiera. Pero si uno empieza por hacer lo que quiere, o por hacer lo que no quiere obedeciendo determinados sistemas o ideas, prohibiciones e ideales, nunca amaré. El proceso liberador debe comenzar por un darse cuenta, sin elección, de lo que uno quiere y de sus reacciones al sistema simbólico que le detalla lo que debería, o no debería, hacer. De ese darse cuenta sin elección, a medida que éste va penetrando las sucesivas capas de ego y el subconsciente asociado a él, nacerán el amor y la comprensión, pero de una índole diferente de aquella a la que generalmente estamos habituados. Este darse cuenta sin elección —en cada momento y en todas las circunstancias de la vida— es la única meditación efectiva. Todas las demás formas de yoga conducen, bien a un pensar a ciegas, resultado de la autodisciplina, o bien a algún tipo de éxtasis autoinducido, a alguna forma de falso samadhi. La verdadera liberación es «una libertad interior de realidad creativa». Y «no es un don; uno debe descubrirla y experimentarla. No es una adquisición que uno pueda acaparar para sí mismo, para su propia gloria. Es un estado de ser, como el silencio, en el que no hay devenir, en el que hay compleción. Esta creatividad no necesariamente requerirá expresarse; no es un talento que exija manifestación externa. No es preciso ser un gran artista o contar con un público, pues si es esto lo que uno busca, pasará por alto la realidad interior. No es ni un don, ni el resultado del talento; ha de encontrarse, este imperecedero tesoro, allá donde el pensamiento se libera de la lujuria, del rencor y la ignorancia, donde el pensamiento se libera de la mundanalidad y el ansia egoísta de ser. Ha de experimentarse mediante el recto pensar y la meditación». Darse cuenta de uno mismo sin elección nos llevará a la realidad creativa que yace bajo todas nuestras fantasías, a la serena sabiduría



«EL CONOCIMIENTO
ES UN ENTRAMADO
DE SÍMBOLOS Y ES,
LA MAYORÍA DE LAS VECES,
UN IMPEDIMENTO PARA LA
SABIDURÍA, PARA DESCUBRIR
EL "YO" A CADA INSTANTE.»
ALDOUS HUXLEY

*que está presente siempre, a pesar de la ignorancia, a pesar del conocimiento, que no es sino ignorancia con distinta apariencia. El conocimiento es un entramado de símbolos y es, la mayoría de las veces, un impedimento para la sabiduría, para descubrir el "yo" a cada instante. Una mente que ha llegado a la quietud de la sabiduría «conocerá el ser, conocerá lo que es amar. El amor no es personal ni impersonal. El amor es amor, y la mente no puede definirlo ni describirlo como exclusivo o inclusivo. El amor es su propia eternidad; es lo real, lo supremo, lo incommensurable».*⁵³

BAJO LA IMPLACABLE AMENAZA DE HITLER, la situación en Europa se hizo cada vez más desesperada. El miedo ensombrecía la vida de las gentes, y el Campamento de aquel año habría de ser el último. Estalló la II Guerra Mundial, y la confusión se apoderó de las vidas. Lex Muller, que durante largo tiempo ha colaborado con el trabajo de Krishnamurti en Holanda, era un joven estudiante en aquellos momentos, y fue uno de los detenidos en la operación policial de captura ordenada por Hitler.

LEX MULLER

PROFESOR DE INGENIERÍA

LM: Ocurrió mientras estaba recluido en el antiguo campamento de la Estrella durante la guerra. De repente descubrí que los platos en los que comía tenían el nombre Campamento de la Estrella Ommen grabado.

EB: ¿Podría relatar como llegó al campamento de Ommen?

LM: Durante la guerra, la ocupación alemana tuvo que hacer frente a la oposición de los estudiantes. En un momento dado, se les exigió que firmaran una declaración de lealtad a las fuerzas de ocupación alemanas, ¡pero la reacción de los estudiantes fue increíble! Hubo muchos que no la firmaron, y yo fui uno de ellos. Me quedé en casa durante algún tiempo, y no volví al trabajo. Poco después, creo que era mayo de 1943, los alemanes ordenaron que los estudiantes se congregaran en unos cuantos centros de reunión del país. A mí me tocó Utrecht, donde debería quedarme por un tiempo indefinido.

EB: ¿Fue ésta una represalia por haberse negado a firmar la declaración de lealtad?

LM: Sí. Y yo tenía que decidir qué hacer: era, o aquello, o pasar a la clandestinidad; y mi madre sintió que esto último no sería capaz de soportarlo, de modo que fui. Nos reunimos en Utrecht, y al día siguiente nos trasladaron en tren a Ommen; permanecimos allí unos días, y a continuación nos enviaron a Alemania.

EB: ¿Y no se había dado cuenta usted de que era el campamento de la Estrella hasta que vio el nombre en los platos?

LM: Así es.

EB: Tengo entendido que el campamento de Ommen se usó, durante un período de la guerra, como campo de concentración.

LM: Sí, durante toda la guerra, según creo.

EB: ¿Sabe si se utilizó para todo tipo de disidentes? Quiero decir, ¿estaba reservado para los judíos, o para cualquier persona inconformista?

LM: Reunían allí a los judíos antes de deportarlos a Alemania y a Polonia.⁵⁴

El barón Van Pallandt, que algunos años antes había donado tan generosamente el castillo de Eerde y la propiedad de Ommen al joven Krishnamurti, escribió una carta a sus amigos hablándoles de la terrible situación de Holanda durante la II Guerra Mundial y, particularmente, de lo sucedido en Eerde:

BARÓN PHILLIP VAN PALLANDT BENEFACTOR DE KRISHNAMURTI EN LOS PRIMEROS TIEMPOS

Es del todo imposible transmitir con palabras una idea, siquiera aproximada, de lo que ha sido Holanda durante el período comprendido entre mayo de 1940 y abril de 1945, y no es eso lo que trato de hacer. Éstos son sólo algunos pensamientos que me vienen a la mente, acerca de Eerde sobre todo, según me despierto esta mañana de domingo, 10 de junio de 1945, y que ahora transcribo al papel pensando en vosotros. Como no me es posible escribir una larga carta a cada uno de mis amigos individualmente, haré copias de ésta.

Después de cuatro años y once meses, los habitantes de Eerde fuimos liberados por los carros blindados canadienses de los Manitoba Dragoons la mañana del 6 de abril. Cinco días más tarde el Black Watch (regimiento de la Royal Highland) de Canadá liberó Ommen. Mientras observábamos la construcción de un puente de pontones sobre el río Regge, conocimos al mayor Robert Macduff, que había recibido la Medalla por servicios distinguidos de su regimiento, y que pronto sería un buen amigo. El sentimiento de libertad, después de tanta persecución, es casi imposible de expresar. Nadie que no haya sido perseguido por un enemigo despiadado durante cinco años puede comprender lo que significa ser libre de nuevo.

Prácticamente todos los holandeses, excepto los de muy corta edad y los muy ancianos, sufrieron la persecución de los alemanes. Alrededor de 370.000 trabajadores, 120.000 judíos y 20.000 presos políticos fueron deportados a Alemania. De los 150.000 judíos que había en Holanda, unos 30.000 consiguieron esconderse: bajo los suelos, entre dobles tabiques, bajo tierra; 120.000 fueron llevados a Polonia y a Alemania, y de estos últimos se cree que entre dos y tres mil siguen vivos. De un grupo de 700 muchachos judíos de Ámsterdam que vi llegar a Buchenwald en febrero de 1941, sólo uno continúa con vida. Ha comenzado ya la ingente tarea de repatriar a los holandeses sometidos a trabajos forzados y a los presos políticos de Alemania: casi medio millón de hombres y algunas mujeres. Eerde se ha habilitado como hospital para estos prisioneros políticos, mujeres y hombres que están demasiado débiles y enfermos para regresar directamente a sus casas. Muchos de ellos no son más que esqueletos; no llegan ni a la mitad de su peso normal, a pesar de que hace siete u ocho semanas que fueron liberados. Sus historias son terribles, y todos están maravillados de haber podido escapar a la cámara de gas o a ser torturados hasta morir.

[...] Tal vez en ningún otro país del mundo ha funcionado el movimiento clandestino con tanta eficiencia y a tan gran escala como en Holanda. Leía hace unos días que el señor Churchill había decidido en su momento no mencionar ninguno de los importantes resultados de la labor de este movimiento a fin de no ponerlo en peligro. Debéis comprender que en ningún otro lugar de Europa occidental fueron la Gestapo, la Sicherheitsdienst y la Policía Verde más despiadadas que en Holanda, que desde 1940 se consideraba parte de la Gran Alemania.

Los misiles V-1 pasaban por Eerde con dirección Sur en grandes cantidades. Quedaban demasiado lejos para que pudieran verse, pero su estruendo era como el del motor de un avión de gran tonelaje. Los V-II, en cambio, nos hicieron sentir aún más de cerca el sufrimiento de Inglaterra. Solían cargarse en Archem, a la otra orilla del río Regge, y lanzarse en Hellendoorn. Parecía una fantasía ver a aquellos cohetes atravesar el cielo despejado, de día o de noche, y desaparecer en la estratosfera.

[...] Con todo, lo que es Eerde escapó prodigiosamente. El revestimiento de paneles de roble no sufrió el menor daño, aunque después de que los prisioneros rusos, que seguían a las unidades alemanas en su huida de Bélgica, acamparan allí, llenaran de paja todas las grandes estancias y cocinaran en ellas, el castillo quedó en un estado lamentable.

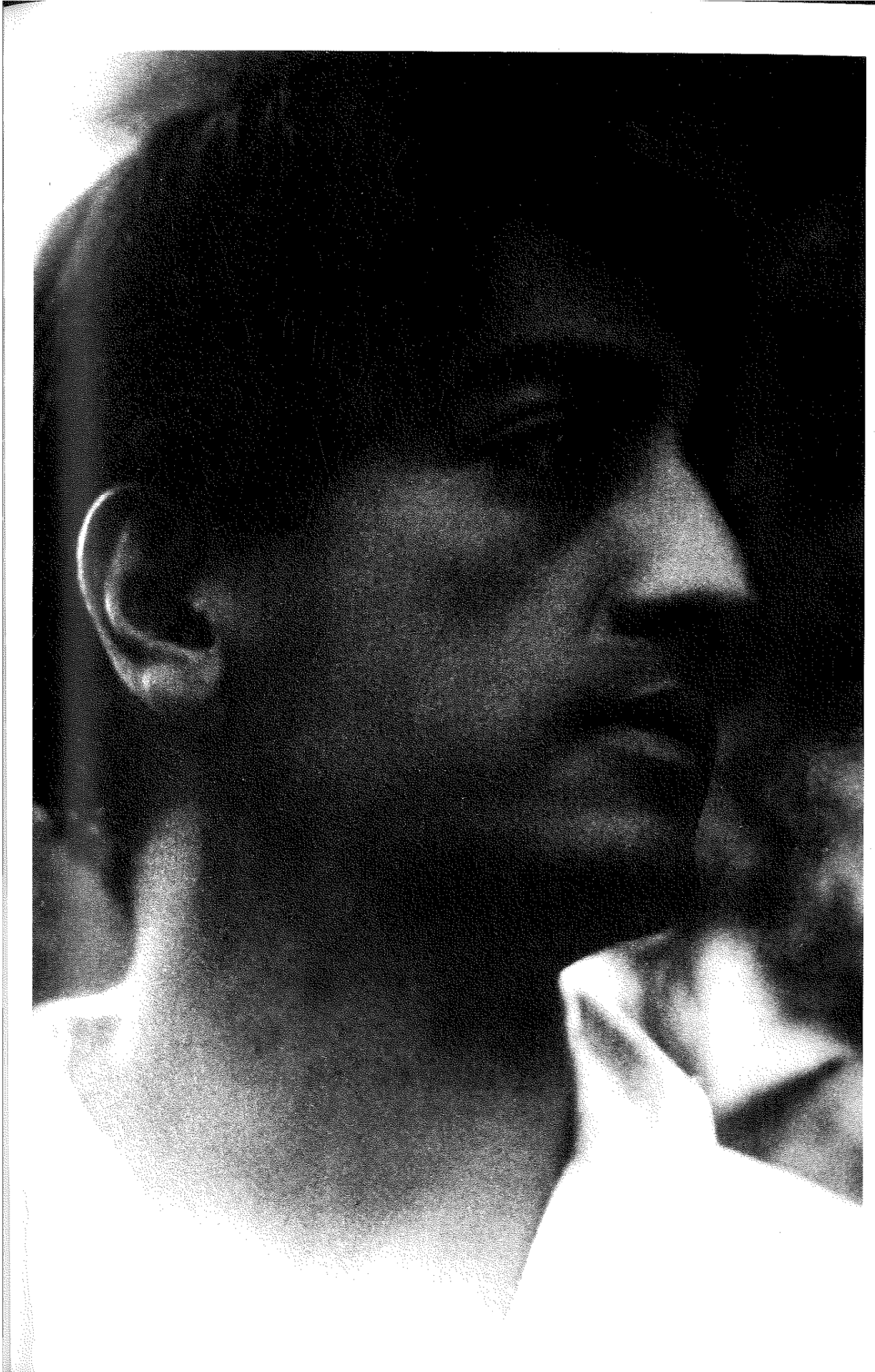
La vieja plata de la familia, que en tiempos de Napoleón había sido escondida en el fondo del foso interior de Eerde, la enterramos en el jardín el 10 de mayo, cuando los alemanes entraron en Holanda.

Cuando las viejas campanas de las iglesias se transportaron a Alemania para ser fundidas, las dos enormes campanas de la iglesia de principios del gótico de Ommen, que databan de 1517, fueron llevadas también. Me acerqué a oír su repique de mediodía por última vez.

El campamento de la Estrella sirvió a los alemanes de campo de concentración durante varios años; el movimiento clandestino holandés nos salvó, al apoderarse de él cuando los canadienses se acercaban ya, justo antes de que pudiera darse la orden de prenderle fuego.

[...] La mañana del 11 de octubre de 1940 fui arrastrado junto con otros al campo de concentración de Buchenwald. Se nos retuvo en una especie de recinto cercado dentro del gran campo para que no pudiéramos mezclarnos con el resto de los prisioneros. Aunque a nosotros, que estábamos allí como represalia por los prisioneros alemanes capturados en las Indias Orientales Holandesas, no se nos obligó a trabajar ni se nos azotó, muchos del grupo murieron. Pero lo terrible era ver y saber lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor. Nada de lo que se ha dicho sobre Buchenwald es en modo alguno exagerado. La vida de los polacos y de los judíos era aún más breve que la de los presos políticos, y casi todos pasaban hambre, frío y recibían palizas de muerte mientras seguían trabajando doce horas o más al día, todos los días de la semana, sin más sustento que unas rebanadas de pan y una ración escasa de aquella sopa de col aguada.

Pero lo más sorprendente de los hombres y mujeres torturados que han conseguido salir vivos de estos infiernos —y he hablado con muchos de ellos— es que no me he encontrado a un solo hombre o mujer que lamente haber vivido esa experiencia. Se desarrolla en esas circunstancias una fuerza interior que uno echa de menos cuando regresa aquí; uno añora, como yo añoré, estar entre sus compañeros; cuesta mucho tiempo volver a sentirse a gusto en un mundo que carece de la intensidad intrínseca del campo de concentración. Esa intensidad interior es algo muy real. Recuerdo bien que, el día que llegué a Buchenwald y pensé que tal vez nos llevarían al paredón y nos fusilarían, me dije a mí mismo: «Si sucede, le haré frente, allí de pie, con una sonrisa en el rostro». Y en todo momento he sentido que valió la pena haber estado en Buchenwald por haber vivido la experiencia de estar libre del “yo” físico aunque fuera sólo por un breve instante.⁵⁵



DURANTE LOS PRIMEROS AÑOS DE LA GUERRA que se libraba en Europa, América se mantuvo neutral, y no se implicó plenamente en ella hasta el ataque a Pearl Harbour el 7 de diciembre de 1942. Los viajes de Krishnamurti prácticamente se habían detenido, y Ojai parecía muy alejado de la turbulencia de los tiempos, pese a que muchos jóvenes, hombres y mujeres, fueran llamados a filas desde todas las partes del país.

El número de charlas y coloquios disminuyó mucho; se celebraban únicamente en Ojai y Hollywood, exceptuando un viaje a la casa de los Logan en Sarobia, cerca de Filadelfia. Krishnamurti no trató de ocultar que él era pacifista, como lo era su amigo Aldous Huxley.

Krishnamurti tuvo contacto con pocas personas durante aquellos años de retiro. Los Rajagopal y su hija vivían muy cerca de él –Krishnamurti en “Pine Cottage” y los Rajagopal en “Arya Vihara”–, aunque Rajagopal pasaba mucho tiempo en Hollywood atendiendo a los negocios y a cuestiones editoriales.

El viejo amigo de Krishnamurti Sidney Field tuvo posibilidad de visitarlo con cierta frecuencia –cuando el racionamiento de gasolina lo permitía– y estaba preocupado por las declaraciones antibelicistas de su amigo:

Vi a Krishnamurti bastante a menudo durante los años de la guerra; pasó varios años aquí, sin viajar a ninguna parte. A través de un contacto con el FBI, con un hombre llamado McFarlane, supe que había agentes del servicio secreto en algunas de las charlas –de las charlas de Krishnamurti en Ojai–, y que existía seria preocupación por el carácter antibelicista de lo que decía. Cuando se lo conté a Krishnamurti, se rió. Durante la siguiente reunión, que era la primera después de la guerra, arremetió contra la guerra del modo más enérgico; no suavizó su discurso ni por un instante. Yo sabía que dos o tres de los presentes eran agentes del servicio secreto. Tomaban notas. Aquellos que estaban a favor de la guerra lo interrumpieron e insultaron, y quienes estaban en contra atacaron a los “amantes de la guerra”, lo cual provocó casi una pelea general bajo los robles. Krishnamurti siguió totalmente en calma. Fue en aquella época cuando me escribió diciéndome que necesitaba una prórroga de su visado, y que estaba resultando difícil conseguirla; me preguntaba si quizá yo podría hacer algo. De modo que escribí al jefe de inmigración. El hecho me pareció tan ridículo que no pude contener la risa: yo escribiendo una carta de recomendación para Krishnamurti, diciendo que era un hombre de elevada moralidad y que todos nos considerábamos muy afortunados de haber podido asistir a sus charlas de Ojai. El caso es que sí, finalmente consiguió la prórroga, pero le advirtieron que el asunto no era fácil debido a las cosas que había dicho. Como ya he explicado, nunca cambió lo más mínimo su postura ante la guerra. Como he mencionado también, hubo casi una pelea a puñetazos. En todas las charlas había personas que lo interrumpían de un modo grosero, y él simplemente se paraba y decía con suavidad: «La guerra que debería preocuparles se halla dentro de ustedes, no en el exterior».⁵⁶

Cuando una persona no está en conflicto consigo misma, no crea conflicto en el exterior. Las luchas internas, al proyectarse externamente, se convierten en el caos del mundo. Después de todo, la guerra es el espectacular resultado de nuestro vivir diario; y sin una transformación de nuestra existencia diaria, forzosamente se multiplicarán los soldados, la instrucción militar, el saludo a las banderas y toda la insensatez que le acompaña.

La palabra "ciencia" significa en sí misma conocimiento, y el ser humano confía en que la ciencia lo transformará en una persona cuerda y feliz. De modo que el ser humano se lanza ansiosamente en pos del conocimiento, de todo lo que hay en la Tierra y de sí mismo. El conocimiento no es compasión; y sin compasión, el conocimiento engendra maldad, y desdicha y caos inexpressables. El conocimiento no puede hacer que el ser humano ame; puede crear guerra e instrumentos de destrucción, pero no puede llevar amor al corazón del ser humano ni paz a la mente. Percibir todo esto es actuar, y no la acción basada en la memoria o en ciertos modelos. El amor no es un recuerdo, una remembranza del placer.

DIARIO DE KRISHNAMURTI, 1982

Otro amigo de aquellos primeros tiempos, y cuya proximidad continuó hasta la muerte de Krishnamurti, fue William Quinn, hombre sensato e introspectivo que ha investigado las profundidades de la enseñanza de Krishnamurti. Fue uno de los tres fundadores y directores del prestigioso Esalen Institute de Big Sur, California.

WILLIAM QUINN

COFUNDADOR DEL ESALEN INSTITUTE, BIG SUR, CALIFORNIA

WQ: Conocí a Krishnamurti en noviembre de 1944. Yo tenía veintiún años. Llegué a Arya Vihara con otros dos jóvenes, y estuvimos esperándolo en una pequeña sala. Llegó sin aliento, después de haber corrido hasta allí desde su casa, y según abrió la puerta de par en par y entró, radiante y pletórico, con una luminosa sonrisa y abarcándonos con ojos centelleantes, se produjo en mí una respuesta instantánea e ingenua. Me sentí físicamente atravesado hasta la médula por el ritmo vertiginoso de una música de violín de Prokofiev, intensamente lírica y alegre.

Le pregunté qué significaba darse cuenta, y dijo: «Si miran el interior de sus mentes, ¡verán que es como miles de mariposas revoloteando en círculos! Es difícilísimo seguir el curso de una idea determinada en medio de esta complejidad. Una forma de aportar claridad a la mente es anotar los pensamientos y sentimientos inmediatos en respuesta a los acontecimientos del día, y después reflexionar sobre ellos. Si enfatiza usted un problema en particular de este escrito, gradualmente le conducirá a todos los demás». Krishnamurti creía que gran parte de nuestra confusión se debe a los pensamientos repetitivos, que son repetitivos porque no se han completado, y que si fuéramos capaces de llevar estos pensamientos hasta el final, dejarían de vociferar dentro de nosotros y la mente sería más libre y más espaciosa, se "daría cuenta" más. Krishnamurti dedicó muchos años de arduo trabajo a clarificar su propia mente, y ese trabajo fue parte de la base que le permitió ser un maestro. A finales de los años veinte y comienzos de los treinta, Krishnamurti era enormemente consciente de un movimiento que crecía como la marea y auguraba otra gran guerra. Éste sería el tema central de sus charlas públicas en todo el mundo.

EB: Me contaba usted que la II Guerra Mundial le afectó considerablemente. ¿Era usted objetor de conciencia?

WQ: La guerra empezó en 1936, cuando tenía yo dieciséis años. Antes de esto, pensaba dedicarme a las ciencias físicas y me estaba preparando para ello; pero en cuanto estalló la guerra, vi con incredulidad cómo los científicos, sin el menor escrúpulo, se ponían al servicio de la conflagración general.

«KRISHNAMURTI CREÍA QUE GRAN PARTE DE NUESTRA CONFUSIÓN SE DEBE A LOS PENSAMIENTOS REPETITIVOS, QUE SON REPETITIVOS PORQUE NO SE HAN COMPLETADO.»
WILLIAM QUINN

Quizá fuera una visión simplista, pero llegué a la conclusión de que, si me hacía científico, mi talento se utilizaría para la guerra, lo cual me parecía un disparate. Por lo tanto, decidí dejar la ciencia. Llegué a la conclusión también de que no podía ser soldado, y supuse que acabaría en la cárcel, puesto que no tenía ninguna base religiosa que respaldara esta actitud, y ése era el requisito que la definición gubernamental de “objeto de conciencia” exigía.

EB: ¿Había sido el idealismo juvenil lo que le había hecho creer que la ciencia podría resolver los problemas del mundo?

WQ: Sin duda. Pero hubo además, en los años veinte y treinta, varios científicos enormemente idealistas en cuanto a mejorar la vida por medio de la ciencia; y a mí, de niño, me impresionó mucho su elevada visión.

EB: Aunque estaba usted dispuesto a ir a la cárcel, no ocurrió, ¿verdad?

WQ: No. Tuve suerte, y gocé de una libertad que pocos hombres tenían en aquellos momentos. Pero las preguntas que despertaron en mí el hecho de la guerra y mi relación con ella se convirtieron en una absoluta preocupación, y formaron el núcleo de mi conciencia. ¿Qué debía hacer con mi vida? ¿Cómo podía la ciencia ser hasta tal punto cómplice de aquel horror? Eso me llevó a cuestionarme la naturaleza del conocimiento mismo.

EB: ¿Era ése su estado de ánimo cuando fue a ver a Krishnamurti? Usted había leído sus palabras, y quería hablar con él personalmente.

WQ: A través de mi relación con un eminente físico, para cuando cumplí veinte años había llegado a ver claramente el carácter tentativo y provisional de las formulaciones y teorías científicas. Esto fue para mí un gran alivio, pero la conciencia de la guerra seguía bullendo en mi interior, al igual que les había ocurrido a muchos cientos de millones de personas.

En el verano de 1944 trabajé de vigilante de incendios en una torre de las montañas Bitterroot, en el Norte de Idaho. Era una tierra frondosa en aquel entonces, con vastas extensiones de selva virgen. Nada más llegar experimenté con la meditación, y la primera vez que lo hice sucedió algo asombroso. Sin haber concebido siquiera la posibilidad de que ocurriera, mi mente se detuvo espontáneamente y desperté a la gloria de la vida. Al instante vi que aquella nueva dimensión perceptiva era la “respuesta” a la guerra que había alcanzado entonces su momento más encarnizado, y la respuesta a «¿qué voy a hacer con mi vida?». Este estado extraordinario duró meses. Cuando la temporada de peligro de incendios terminó, hice autostop hasta Los Ángeles. De camino hacia allí me sentí como transportado por una corriente del destino, no sabía hacia qué. El día de mi llegada me encontré casualmente con otro joven de mi edad que, en la primera hora que pasamos juntos, me habló de Krishnamurti. De inmediato me dije a mí mismo: «¡Voy a vivir con ese hombre!». Conversé con mi nuevo amigo durante un par de días acerca de Krishnamurti, y leí la transcripción de algunas de sus charlas de los años treinta. De pronto todo pareció encajar; tuve un destello de la naturaleza unitaria del miedo y el deseo. Pasé una semana vagando por la ciudad en estado de admiración, asombrado y sin comprender. Poco después de esto, los dos, junto con un tercer joven, fuimos a ver a Krishnamurti. En nuestras conversaciones no puse énfasis en la guerra, ya que al parecer había un paralelismo en lo que ambos pensábamos sobre ese tema.

EB: ¿Qué habría ocurrido de haber ganado Hitler? Si uno se encuentra ante una maldad implacable, ¿cuál es la respuesta correcta?

WQ: Estoy seguro de que Krishnamurti se daba cuenta de lo monstruoso que era Hitler, quizá más intensamente que el resto de nosotros. Pero él sostenía que, si uno opone resistencia al mal, se vuelve malvado; y de ese modo el mal escala en un conflicto a ciegas cuyo único final es la ruina y la extenuación. Antes de la guerra declaró públicamente que él era pacifista, incondicionalmente. Más tarde desconfiaría de ese término, y del de “no violencia”, por su carácter de ideología; porque si la actitud de uno era tan sólo ideológica, pensaba él, y no una actitud del corazón, no significaba nada.

En sus charlas de Ojai de 1944 y 1945, mientras la II Guerra Mundial continuaba recrudeciéndose, el significado de la guerra sería un tema central. Durante las charlas de 1945 alguien preguntó: «¿Puedo encontrar a Dios en una trinchera?». Krishnamurti respondió: «*La persona que busca a Dios no estará en una trinchera [...]. El soldado y usted han creado una cultura que les obliga a matar, y a morir a manos de otro, ¡y en medio de esta crueldad desea usted encontrar el amor!*».

Por cierto, el candor con que Krishnamurti hablaba contra la guerra en la década de los cuarenta era entonces casi único en este país. La situación de los jóvenes objetores de conciencia era muy difícil, ya que prácticamente nadie de la generación de nuestros padres nos apoyaba, y la presión social era enorme.

La vía de la paz es sencilla. Es la vía de la verdad y el amor, y empieza en el individuo mismo. Cuando el individuo acepta su responsabilidad por la guerra y la violencia, la paz encuentra un lugar donde afianzarse. Para llegar lejos, uno debe empezar cerca, y las primeras acciones han de suceder dentro de uno. Las fuentes de la paz no están fuera de nosotros, y el corazón del ser humano es él quien lo ha de cuidar. Para tener paz, debemos ser pacíficos. Para poner fin a la violencia, debemos voluntariamente liberarnos cada uno de nosotros de las causas de la violencia. Con diligencia, uno debe entregarse a la tarea de transformarse a sí mismo. Nuestras mentes y nuestros corazones han de ser sencillos, han de estar creativamente vacíos y alertas. Sólo entonces puede el Amor manifestarse. Sólo el Amor puede traer paz al mundo, y sólo cuando haya paz conocerá el mundo la dicha de lo real. La vía de la paz.

TRANSMISIÓN RADIOFÓNICA DE ALL-INDIA RADIO, BOMBAY, 3 DE ABRIL DE 1948

EB: ¿Sugirió Krishnamurti alguna solución para esos conflictos que acababan desembocando en guerra?

WQ: Bueno, en 1945 la gente empezaba ya a preocuparse por una III-Guerra Mundial. En aquel momento Krishnamurti decía que cada uno individualmente éramos responsables de la carnicería en masa de la guerra en curso; que todos estábamos en ella, como una sola familia: todos éramos parte del mismo río; y nuestras individualidades, pequeños remolinos dentro de él. La única “respuesta” era que cada uno reconociéramos nuestra propia responsabilidad, y permitiéramos que nuestra vida cambiara. Creo que Krishnamurti tenía una comprensión altamente desarrollada y sutil de las estructuras políticas mundiales. En su juventud, él y su hermano Nityananda hablaban con mucha frecuencia sobre estas cuestiones. Las circunstancias de Krishnamurti le hicieron conocer de cerca a eminentes socialistas, y también a aristócratas y a gente que se movía en los círculos internos del poder de todas las partes del mundo.

En los años veinte, K y muchas otras personas creativas sintieron que aún había esperanza para la humanidad, y que quizá habíamos aprendido algo de la I Guerra Mundial. Durante aquellos años, cuando K escribía y hablaba había en él un inspirado optimismo, que a nuestros ojos desilusionados le resulta ingenuo hoy día.

EB: Sus conversaciones privadas con Krishnamurti durante los años cuarenta, ¿versaban sobre problemas individuales más que sobre el panorama social o la guerra?

WQ: Creo que yo intentaba llegar al núcleo de su pensamiento, principalmente a cuál es la naturaleza del darse cuenta. Ésta era su palabra clave en aquel tiempo. Entonces, en público, hablaba muy poco sobre la meditación; en lugar de ello, hablaba sobre el darse cuenta sin elección, sobre la acción del darse cuenta, y sobre el darse cuenta meditativo como un constante estado de ser.

EB: Al parecer, años más tarde desechó la palabra “darse cuenta”, porque pensó que se estaba empleando en exceso.

WQ: Él empleaba el término a cada momento, y todo aquel que estaba interesado en sus enseñanzas lo utilizaba tan incesantemente que el término acabó agotándose. De modo que lo abandonó, y trató de expresar su esencia de otras maneras.

A mí en la actualidad me gusta la palabra. Es afín a “despertar”, y hace referencia a una capacidad primordial e innata, como la vista, pero que comprende todos los sentidos y emana de algo que está más allá de los sentidos.

Sin embargo, él personalmente “meditaba”, es decir, reservaba un tiempo y un espacio y, según entendí yo, se sentaba entonces receptivo y disponible por si algo sucedía, pero no en un estado de expectación.

EB: Como usted sabe, en sus últimos años más bien ridiculizaba la idea de meditar a una hora prefijada, y decía que uno podía meditar en un autobús.

WQ: Le pregunté con sincero interés qué entendía él por meditación. ¿Tenía siempre la misma intensidad? Contestó: «¡No, qué va! Para mí es como un arroyo, y en él hay profundas pozas. Estos últimos tres días no he podido meditar por la mañana porque tenía un fuerte resfriado; hoy sin embargo me encontraba mejor, y la meditación ha sido extremadamente intensa». Comunicaba esto con gestos que sugerían una inmensa expansión. «Pero —añadió— la dejo llegar sólo hasta cierto punto, ¡no sea que vaya a quemarse el organismo!» Continuó diciendo que la cualidad de la meditación sobrevenía en él inesperadamente, en momentos muy diversos: mientras caminaba, por ejemplo, y que ésta era la mejor clase de meditación.

EB: Cuando Krishnamurti explicó que dejaba que la meditación llegara sólo hasta cierto punto, ¿se refería a que podía ser demasiado intensa para el organismo?

WQ: Tal vez, por establecer una analogía, podríamos decir que es como retirarse del Sol. Yo no controlo el calor y la luz del Sol, pero puedo controlar cuánto me expongo a él.

EB: ¿Mencionó Krishnamurti qué se requería para esta clase de meditación? ¿Era necesaria una purificación, una pureza? ¿O era un regalo?

WQ: Él creía que la “pureza” era muy importante, y a lo largo de los años que lo conocí, habló de ello muchas veces. Creía también que el tipo de escrito que me había sugerido haría posible la meditación.

EB: ¿Qué entendía él por pureza?

WQ: En una ocasión me dijo: «Uno debe ser sencillo, como la gota de lluvia».

La verdad es un peligro para la sociedad.

EL BOLETÍN

DE LA ESTRELLA, 1932

Pienso que para él pureza significaba percepción diáfana, no contaminada por imágenes y proyecciones.

EB: ¿Diría usted que Krishnamurti era un místico?

WQ: Sí, creo que lo era, aun cuando él eludiera la palabra. La palabra en griego entraña el matiz de "oculto"; y en la antigua tradición cristiana, significaba específicamente «oculto a la mente de imagen y concepto», en otras palabras: percepción directa. San Juan de la Cruz lo expresó con una maravillosa metáfora: «*Si sostengo la mano ante mis ojos, no puedo ver el Sol; si tengo una imagen de Dios, no puedo ver a Dios*».

EB: ¿Puede explicar cómo era estar con Krishnamurti?

WQ: Cuando conversábamos, o trabajábamos juntos, en el jardín, por ejemplo, o atendiendo a las abejas, nunca sentí ni el más leve asomo de manipulación o de presión para hacerme ser diferente de lo que era. Lo habría captado, si hubiera habido en él cualquier motivo oculto; pero era de una transparencia cristalina. Esto permitía que hubiera intimidad, y que la conversación fuera profunda y afectuosa, como música de violonchelo. Nunca hablaba en tono trascendente y profundo, excepto en los momentos que reservábamos para la conversación minuciosa. En la vida de cada día, no era el hombre que presidía las charlas. El personaje público estaba del todo ausente. Era, de una forma muy clara, como si la mente que conocemos a través de sus escritos fuera dejada a un lado por completo, igual que una herramienta cuando no se necesita.

En nuestra vida cotidiana ordinaria hablaba en niveles muy simples; se habría dicho que la abstracción y el análisis le fueran desconocidos. Gran parte del tiempo se asemejaba a un niño extremadamente alerta y cortés, muy a menudo silencioso, pero totalmente presente. Había en él una esencial modestia y falta de egoísmo. Y dado que él no se concedía importancia a sí mismo, podíamos relacionarnos con él con total naturalidad, despreocupados de nosotros mismos.

EB: ¿Diría usted que Krishnamurti era inocente?

WQ: ¡Creo que sí!, e incluso ingenuo, candoroso en muchos aspectos, y susceptible de ser manipulado por sus amigos. Su calidad humana era muy semejante a la de un niño. Claro que esto tenía sus límites, y en cuestiones fundamentales era inamovible. El hecho fundamental, creo yo, fue que cuestionó su papel como maestro del mundo, y rechazó ese papel. A finales de los años veinte negó radicalmente que hubiera necesidad de una autoridad espiritual, y afirmó que la verdad es una tierra sin senderos.

Podría decirse que la idea de que él habría de ser el maestro del mundo fue una extraordinaria manipulación. De joven, se le alimentó a la fuerza con la doctrina teosófica, como a esos gansos con los que se hace el paté de *foie-gras*. El milagro es que saliera de ello, y paradójicamente se convirtiera en el maestro del mundo.

EB: ¿Mencionó Krishnamurti haberse sentido inquietado por cuestiones relacionadas con el amor personal?

WQ: Me contó que había logrado resolver tres importantes problemas de su juventud, después de reflexionar sobre ellos durante muchos años. Uno era el sexo. ¿Debía considerarse el ascetismo como la vía correcta? O, puesto que nos es dado y parece natural, ¿deberíamos hacer uso del sexo?

EB: Si uno piensa que la pureza implica castidad, ha de ser difícil para esa persona tener una relación natural con el sexo opuesto.

WQ: Le pregunté expresamente acerca de ello, y me contestó que no existía una

respuesta general para esta pregunta. Habló de ello con ternura. Dijo que era una cuestión que cada persona debía resolver por sí misma, y que uno no podía determinar que se debiera ser casto, o que el amor personal y la sexualidad serían perjudiciales para la vida espiritual.

En cuanto a la amistad, creó que sentía que la experiencia común de nuestro amor personal era la llama, y quizá la única llama, que podía hacernos despertar, a pesar de que levantamos a su alrededor un cerco de posesividad, etcétera. Al fin y al cabo, con certeza fue la muerte de su hermano lo que a él le hizo despertar plenamente. Después de aquello, todo el mundo percibió en él a un hombre nuevo.

A lo largo de su vida tuvo innumerables relaciones de amistad íntimas y duraderas, y muchas de ellas con mujeres.

EB: ¿Consideraba él que el amor personal podía llevarlo a uno más allá de sí mismo, que era un modo de liberación?

WQ: Bueno, sí, con ciertas puntualizaciones. Krishnamurti ponía un enorme énfasis en la importancia de la vida ordinaria, que por supuesto incluye nuestros afectos íntimos. Obviamente podemos quedarnos atrapados en el amor a una persona; pero si comprendemos el carácter egoísta de ello, creo que él daba a entender que podemos trascenderlo, y el amor no obstante permanece. Ahora bien, ese amor no está entonces anclado en su objeto, ni es dependiente de él, sino que libera al objeto a la vez que lo libera a uno mismo. Y esto no significa desechar el objeto; al contrario, esto lo realza.

EB: ¿Había algún indicio de que el tener relaciones y afectos personales podía desviar a Krishnamurti de su misión espiritual en la vida? Eso es lo que sostiene la visión tradicional de la abstinencia y castidad sexual.

WQ: En una ocasión comentó: «La liberación no está fuera de la manifestación, sino dentro de ella». Quería decir, creo, que no es el eludir la vida lo que nos llevará a encontrar eso que él entonces llamaba “la liberación”. ¡Desapego no significa disociación!; es el fin de la separación entre usted y yo.

EB: A su entender, ¿cómo definía Krishnamurti el término “liberación”?

WQ: Significaba ser libre de la atadura de un condicionamiento limitador, y de los conflictos que a la mayoría nos cercenan. Esencialmente significaba ser libre de uno mismo, no una libertad licenciosa respecto a las obligaciones sociales.

EB: Durante aquellos años de la guerra, ¿cómo era la vida cotidiana en Arya Vihara? Debía de ser bastante sencilla.

WQ: Sólo estábamos nosotros cuatro: Krishnaji, Rosalind, su hija Radha y yo, que manteníamos contacto diario. El señor Rajagopal casi nunca estaba. Debido al racionamiento en aquellos tiempos, vivíamos casi por entero de los productos del campo. Teníamos huertos de frutales, de verduras, ochenta gallinas, una vaca y abejas. Krishnaji se encargaba de las gallinas, y yo ordeñaba la vaca. Los dos trabajábamos en el huerto y atendíamos a las abejas. Rosalind, siempre laboriosa y alegre, hacía requesón y mantequilla, y un pan integral delicioso. Ella se ocupaba de cocinar. Krishnaji y yo fregábamos los platos, y a menudo sentía una asombrosa dicha realizando esta humilde tarea.

Ojai era un pueblo en aquel tiempo, y parecía muy alejado del mundo. Recibíamos pocas visitas, a causa del racionamiento de gasolina y de que el transporte público había sido requisado por el ejército. Era difícilísimo llegar a Ojai incluso desde Los Ángeles.

EB: ¿Le parece que K se sintió aprisionado en Ojai durante los años de la guerra y durante su enfermedad? ¿Creó esto en él una tensión?

WQ: Sobre eso no sé nada, pero alguna vez he pensado que tal vez aquellos años fueran para él profundamente valiosos. Antes de la guerra había estado activo en extremo, hablando por todo el mundo y relacionándose con muchísima gente. Y luego, en la década de los cuarenta, tuvo varios años de calma y soledad forzosas, viviendo en un lugar muy hermoso y con el que a la vez estaban asociados acontecimientos incomparablemente creativos. Fue allí, bajo el pimentero, donde empezó a encontrarse a sí mismo en los años veinte. Y además, aquel suceso había sido posible porque, por primera vez desde la infancia, estaba solo y alejado de la turbulencia de la vida pública. Creo que ésta, la de los años cuarenta, fue una época de casi continua meditación y “recogimiento” –le gustaba esta palabra–, y que de ello emergió la maravillosa claridad que iluminaría su alocución en público los años subsiguientes.

EB: ¿Piensa que el viaje de Krishnamurti a la India fue, en cierto sentido, un paso en su liberación?

WQ: No exactamente. A mi modo de ver, el acontecimiento fundamental ocurrió a finales de los años veinte, después de la muerte de su hermano. Ahora bien, lo que él llamaba “el proceso” aparentemente continuó toda su vida, y no cabe duda de que se intensificó en respuesta al impresionante reto que supuso la India. Yo concibo el proceso como aquel arroyo de meditativo darse cuenta del que me habló, con sus profundas pozas. Creo que este arroyo era su vida, o más bien, la vida que fluía por su organismo contrayéndose y expandiéndose con sus propios ritmos extraordinarios.

Él no lo consideraba “su” vida, sino la vida.

El mundo había cambiado durante los años de su retiro. Europa estaba en ruinas, y la red de operaciones centrada en Ommen se desbarató irremediablemente. El viaje a la India lo alejó del clima de esterilidad y parálisis espiritual de Estados Unidos, que persistiría aún muchos años, a lo largo de toda la época de McCarthy y más allá de ésta incluso. Estados Unidos no empezó a despertar hasta que, en la década de los cincuenta, los jóvenes de la generación de la guerra de Corea empezaron a disociarse del sistema; de entre ellos surgieron los *beatniks*, que fueron los precursores del movimiento juvenil de los sesenta.

Krishnamurti llegó a la India a finales de 1947, en un momento excepcional para el país, y en el que él era un hombre interiormente maduro, en pleno florecimiento de su madurez. Asia entera estaba en efervescencia. Hacía pocas semanas que la India se había liberado de la tiranía británica.

Yo supongo que, en la India, las personas inteligentes eran capaces de abordar, con una intensidad a vida o muerte –de un modo que no habría sido posible para la gente en Estados Unidos–, profundas cuestiones referentes a la naturaleza de la sociedad y del individuo dentro de la sociedad, de la clase de gobierno que convendría a la India, etcétera. Para Krishnamurti, el regreso a la India significaría la reanudación de su vida pública, y habló por todo el país. Inmediatamente entró en contacto con un grupo de personas muy particular, algunas de las cuales habían estado en primera línea durante aquellos trascendentales acontecimientos. Un círculo de amigos, que incluía a Pupul Jayakar, Ahalya Chari y tantos otros, iniciaron unos diálogos con él que continuarían el resto de su vida.

EB: ¿Cree usted que Krishnamurti era esencialmente distinto de los demás seres humanos, de forma innata, por así decirlo?

«EN UN PRINCIPIO ESTABA FASCINADO POR EL MOVIMIENTO JUVENIL... LE MARAVILLABAN SU FRANQUEZA Y AFECTO, SU POSTURA ANTIBELICISTA Y SU RECHAZO GENERAL DE LA AUTORIDAD Y LA CULTURA COLECTIVA; PERO ACABÓ SINTIÉNDOSE HORRORIZADO POR EL EXTENDIDO USO QUE HARÍAN DE LAS DROGAS.»
WILLIAM QUINN

WQ: No lo creo; y, para mí, en ello reside su principal belleza y significación. Al parecer, había sido un niño excepcional, en el que no existía egoísmo, pero su madurez fue fruto de un trabajo extremadamente arduo. Era precisamente su sentimiento de hermandad con el resto de los seres humanos lo que le movía a hablar.

Uno podría decir que en su madurez hubo un cambio fundamental, en el sentido de que el egocentrismo quedó completamente fulminado, y que a partir de entonces actuó desde una dimensión de la vida diferente. Pero su mensaje era justamente que esa transformación estaba al alcance de todos nosotros.

En cuanto a cómo deberían desarrollarse en nosotros las energías espirituales, me gusta la imagen del Nuevo Testamento: *El viento sopla donde se le antoja; oyes su silbido, pero nunca sabes de dónde viene ni hacia dónde va: así es todo aquel que nace del Espíritu?* Juan 3:8.

EB: ¿Qué pensaba Krishnamurti sobre los jóvenes y su uso de las drogas en los años sesenta?

WQ: Creo que en un principio estaba fascinado por el movimiento juvenil y por la gente joven que conoció y que formaba parte de ese ambiente. Le maravillaban su franqueza y afecto, su postura antibelicista y su rechazo general de la autoridad y la cultura colectiva; pero acabó sintiéndose horrorizado por el extendido uso que harían de las drogas. Hablamos sobre ello muchas veces. Llegó un punto en que no podía hacerle ningún comentario sobre la gente joven sin que la cuestión de las drogas se le viniera a la mente y le llevara a lanzar invectivas. Yo por mi parte había observado de cerca el desarrollo de la cultura de las drogas, y mi visión del tema era similar a la suya. Ambos pensábamos que Aldous Huxley y Alan Watts, particularmente, tenían una primordial responsabilidad en aquella plaga. Como flautistas de Hamelín, habían utilizado su prestigio para convertir a los jóvenes a su creencia en este mágico atajo a la realidad religiosa. K sentía que una mente religiosa debe florecer de un modo humilde, no consciente y orgánico, y que las drogas eran un método ilusorio de abrirse paso destrozando complejas y delicadas estructuras psico-físicas. Decía que en la India el uso de drogas por parte de supuestos hombres sagrados había existido durante siglos, y allí se sabía que no eran más que un callejón sin salida.

En los años setenta y principios de los ochenta, conocí a un gran número de jóvenes de otra clase muy distinta, que acudían a las charlas de Ojai. Una historia típica era la del muchacho de más o menos dieciséis años que se había topado con un libro de Krishnamurti, y de inmediato había comenzado una silenciosa revolución en su vida. Al cabo de los años venía a Ojai. Eran todos jóvenes modestos y reflexivos; y conocí a tantos, que le hablé acerca de ellos a Krishnamurti, ya que, en la órbita en la que él se movía, era poco probable que pudiera conocerlos. Me instó a que le diera una especie de conferencia exhaustiva sobre la base cultural americana de la que habían emergido, y sobre qué posibilidades tenían. Le dije que en nuestra cultura no había un lugar para jóvenes como ellos, y que tendrían que encontrar solos su camino. Me escuchaba con creciente y extraordinario entusiasmo; parecía no haber en sí. Sigo sintiendo la enorme importancia que esto tiene, porque no hay forma de saber cuántos jóvenes como ellos, repartidos por todo el mundo, se han sentido conmovidos por Krishnamurti de esa misma manera.⁵⁷

El énfasis que Krishnamurti puso en la psicología de la condición humana y en la naturaleza de la mente, con sus laberínticas complejidades, inevitablemente despertó el interés de los profesionales de la salud mental, en él y en su obra. Krishnamurti mantendría duraderas relaciones con personas de este campo, y una de esas personas que se sintió atraída hacia él fue Benjamin Weinniger, antiguo director de la Escuela de Psiquiatría de Baltimore-Washington.

DOCTOR BENJAMIN WEINNIGER

PSIQUIATRA, SANTA BÁRBARA, CALIFORNIA

BW: En 1946, presenté a Krishnamurti ante la comunidad de psicoanalistas de la Sociedad Psicoanalítica de Washington. Pasó en mi casa una semana, y dio charlas todos los días. Causó una gran impresión en los que se encontraban allí: Harry Stack Sullivan, Eric Fromm y David y Margaret Rioch. En aquella misma época, Karen Horney me pidió que fuera a Nueva York. Estuve dos horas discutiendo con ella las enseñanzas de Krishnamurti, y no sólo se quedó impresionada, sino que vio la similitud entre aquella enseñanza y su propia escuela: David Shainberg y el grupo Karen Horney de psicoanalistas. Tal fue su interés que la escuela empezó a escribir sobre las enseñanzas de Krishnamurti. K solía ir allí todos los años para dar a aquellos analistas una serie de charlas. Todavía siguen relacionados con las enseñanzas de un modo u otro. Una de las personas dejó el psicoanálisis por completo y se hizo artista. De modo que ése fue uno de los importantes efectos que tuvo.

EB: ¿Era capaz Krishnamurti de explicar con claridad a los psicoanalistas su visión de la mente humana?

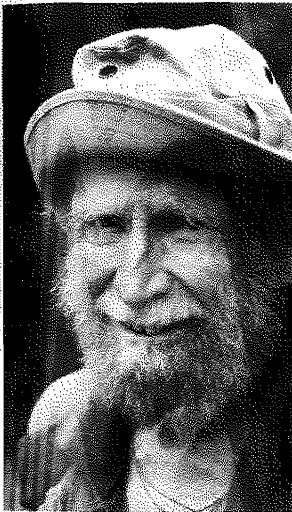
BW: Krishnamurti tenía la más clara percepción de la mente humana con que jamás me haya encontrado. Para mí era obvio que tenía una comprensión superior; y cuando lo traje a Washington D.C. y habló a los psicoanalistas, me preguntaron: «¿Cómo sabía usted que tendríamos interés en Krishnamurti?». Les contesté que para mí no había duda de que sería así. Despertó en ellos un interés enorme, e influyó en su práctica médica y también en sus vidas.

EB: Krishnamurti debió de estar encantado con la perspectiva futura de estas reuniones.

BW: Bueno, yo vi a Krishnamurti sentir miedo, y creo que es importante describir las circunstancias en las que ocurrió. La primera vez que iba a hablar a los psiquiatras y psicoanalistas en Washington D.C., se acercó a mí y vi que estaba temblando. «Tengo miedo», me dijo. Intenté tranquilizarlo asegurándole que todo iría bien; y cuando entró a la reunión advertí que había sido capaz de abandonar el miedo. Se permitió a sí mismo experimentar el miedo plenamente, y luego dejó que se desprendiera de él. La mayoría de nosotros no hacemos eso; nos quedamos con los miedos en lugar de abandonarlos. A esto es a lo que se refiere cuando dice: «No tengo ningún miedo». En otra ocasión le pregunté: «¿Tendría usted miedo si se estuviera muriendo?», y contestó: «No sé; tendría que verlo, tendría que estar atento para ver si tenía miedo».

EB: ¿Había alguna área que fuera de particular interés para el grupo?

BW: Ha habido recientemente entre los psicoanalistas y psiquiatras un considerable interés en la actividad egocéntrica, y el egocentrismo es preci-



«KRISHNAMURTI TENÍA LA MÁS CLARA PERCEPCIÓN DE LA MENTE HUMANA CON QUE JAMÁS ME HAYA ENCONTRADO.»
BENJAMIN WEINNIGER

*En el amor no hay ni
«tú» ni «yo».*

BOLETÍN DE LA ESTRELLA,
MARZO/ABRIL 1993

samente un tema del que Krishnamurti ha hablado toda su vida; quizá los psiquiatras estén empezando a comprender algo. Un aspecto muy importante es que la mayoría de nosotros, si se nos hace auténtico daño durante la infancia, tenemos mayor dificultad a la hora de interrumpir la actividad egocéntrica –otro modo de expresarlo sería hablar de una excesiva dedicación a uno mismo–. Abandonarla es más fácil cuando se ha tenido una buena infancia, una infancia agradable: entonces es más sencillo desechar el comportamiento egocéntrico; si no, resulta más costoso. Hay gente que jamás rompe con él.

EB: La salud mental hoy día ¿está enfocada en algún elemento en particular?

BW: Muchos psicoanalistas de hoy han empezado a enfatizar la importancia del amor. Incluso Freud destacó la importancia del trabajo y el amor, pero actualmente el amor se considera aún más importante. Sin embargo, la mayoría de los psicoanalistas y psiquiatras tienen una visión del amor más limitada, y me parece que no van lo bastante lejos; se paran antes de haber llegado a la meta. Si no se emprende un despertar espiritual y una comprensión de la totalidad de la persona, entonces la perspectiva es incompleta. El trabajo de la mayor parte de los psiquiatras y psicoanalistas, en mi opinión, es incompleto, y la influencia de Krishnamurti me ayudó, en mi propia vida, a ir más allá de lo que hubiera llegado sin él.

EB: ¿De qué cree usted que hablaba realmente Krishnamurti?

BW: En las charlas privadas que mantuve con él, me contó de qué cree él que habla: psicología, filosofía y religión; las tres. No es una sola cosa; están relacionadas, interrelacionadas. No se pueden separar. Los psicoanalistas, los psicoanalistas modernos, opinan que sin la filosofía no hay psicoanálisis. Ése es el principio: la orientación filosófica.

EB: ¿Ha originado un cambio en su forma de ejercer la psiquiatría el interés que siente por Krishnamurti?

BW: Durante los primeros cinco años de mi formación practiqué el habitual psicoanálisis freudiano; pero, después de este período, vi que había vuelto a despertarse mi interés en la forma de enseñar de Krishnamurti. Una parte de este cambio era que había empezado a tener más relación con la persona, con el paciente. Me mostraba menos impersonal, y no dudaba en hablar con mis pacientes de mi filosofía, de compartirla. A menudo les daba a leer folletos de Krishnamurti, y creo que eso tuvo una gran influencia en ellos; muchos sintieron un enorme interés y siguieron la enseñanza. Mi práctica psicoanalítica fue objeto de críticas por estar tan íntimamente ligada a Krishnamurti, pero yo seguí trabajando de aquel modo. En realidad, gran parte de las cosas que nos sucedieron a mí y a mis pacientes pertenecen a un nivel no verbal; es el sentimiento que hay entre nosotros lo que permite llegar a la otra persona. Hay un elemento primordial, en lo que a la práctica de la psiquiatría se refiere, y es algo que aprendí de Krishnamurti. La cualidad condenatoria que hay en mí es muy fuerte, y con el paso de los años aprendí a darme cuenta de esa actitud de condena. Se manifestaba como impaciencia, y los pacientes sentían que cuando entraban en mi consulta, o en el mundo en general, se los condenaba constantemente. Más adelante, al venir a la consulta tenían la sensación de que allí nadie los condenaba, y salían sintiéndose prácticamente como yo solía sentirme después de estar con Krishnamurti.

EB: A lo largo de toda su vida Krishnamurti destacó la importancia de la libertad, de la libertad psicológica. ¿Cuál es su punto de vista sobre ese énfasis?

BW: Muchos psicólogos no creen que exista tal cosa como la libertad psicológica; creen que uno está condicionado y es víctima de su pasado, y que nadie es psicológicamente libre. Y los que no son psicólogos suelen decir: «Basta que haya otra persona en el mundo además de uno mismo, para que uno no pueda ser libre de hacer lo que quiera; la otra persona no lo permitiría». Pero Krishnamurti no habla de esa clase de libertad; habla de la libertad psicológica, y eso a veces es muy confuso. Formamos parte de nuestro pasado total, pero psicológicamente podemos ser libres. Nos cuesta tanto comprender a Krishnamurti porque normalmente él se refiere a la libertad psicológica, a la muerte psicológica, a un final psicológico, no al final estrictamente hablando. “Psicológicamente libre” significa liberarse del condicionamiento pasado.

EB: La mayoría de las filosofías y religiones ven la importancia del conocimiento de uno mismo. ¿Cuál es la clave para la autocomprensión?

BW: La clave para la autocomprensión en el psicoanálisis se basa en revelar la vida pasada; y Krishnamurti introduce aquí un elemento muy importante —un elemento que difiere un poco del enfoque psicoanalítico—. La clave, según él, está en darse cuenta de las propias reacciones. Por lo general, las imágenes que uno tiene de cómo deberían ser las cosas se ven constantemente amenazadas; y, cuando esa imagen sufre una amenaza, en cualquier área, uno reacciona. A veces reacciona con ira, o con dolor, y esas reacciones emergen siempre del propio pasado; luego es posible llegar al pasado mediante la comprensión de esas reacciones, en lugar de excavar en la vida pasada.

EB: ¿Podría describir usted a Krishnamurti, tanto al hombre como la enseñanza?

BW: Personalmente no creo que haya modo de describir a Krishnamurti con palabras. Uno puede decir que fue un maestro del mundo, o que fue un gran psicólogo, filósofo, y un gran maestro religioso, pero eso no transmitiría nada a quien lo oyera. Yo, con mi limitado vocabulario, no conozco otra forma de describir a Krishnamurti que no sea leyendo sus enseñanzas. También es posible captar algo a través de las películas y cintas de vídeo, y de ese modo se puede tener una sensación de él sin leer lo que dijo. Pero... yo no creo que podría comunicárselo a nadie; no con palabras. Su presencia era muy poderosa; lo que realmente transmitía, a mi entender, era la clase de persona que es. Por eso cuando, con ocasión de una serie de charlas, lo vi en 1945, y simplemente salió a decirme que llegaba tarde —cinco minutos—, y me estrechó la mano y se marchó rápidamente, fue tan fuerte el impacto de aquel apretón de manos, su presencia estaba tan rebosante de vida que, cuando se marchó, sentí que ya podía irme a casa. Es su presencia lo que de verdad se comunica; muchas personas que oyen sus charlas ni siquiera recuerdan lo que ha dicho. Algunas sí que se acuerdan y son capaces de hablar de ello, pero muchas no, porque lo que se comunica de Krishnamurti no es verbal; lo que se comunica es la parte sagrada, la parte silenciosa que no se puede poner en palabras, y es a eso a lo que la gente responde, aunque quizá no hayan comprendido nada de lo que ha dicho.⁵⁸

«PERSONALMENTE NO
CREO QUE HAYA MODO DE
DESCRIBIR A KRISHNAMURTI
CON PALABRAS. UNO PUEDE
DECIR QUE FUE UN MAESTRO
DEL MUNDO, O QUE FUE
UN GRAN PSICÓLOGO,
FILÓSOFO, Y UN GRAN
MAESTRO RELIGIOSO, PERO
ESO NO TRANSMITIRÍA NADA
A QUIEN LO OYERA.»
BENJAMIN WEINNIGER

KRISHNAMURTI TUVO SIEMPRE UN GRAN INTERÉS POR LA EDUCACIÓN. Consideraba que debía ser un trabajo tripartito, en el que colaboraran estudiantes, educadores y padres, y en el que aprendieran todos juntos. En 1928 se había abierto la primera escuela en Rishi Valley, la India, un hermoso paraje cercano a Madanapalle, lugar donde nació Krishnamurti. Una segunda escuela, la Rajghat School, se fundaría a orillas del sagrado Ganges, y cerca de la antiquísima ciudad de Benarés, actualmente llamada Varanasi. Aunque las tierras habían sido adquiridas años antes, la escuela fue inaugurada en 1934. Ahalya Chari, vinculada durante muchos años al trabajo de Krishnamurti, describe en su libro *Krishnamurti at Rajghat* lo serio que era para Krishnamurti el tema de la educación.

AHALYA CHARI

ESCRITORA Y EDUCADORA, RAJGHAT SCHOOL, VARANASI, LA INDIA

En 1928, Krishnamurti se sintió inspirado por la gran universidad de Berkeley, California, a fundar él mismo una institución educativa. En cuanto al terreno para su emplazamiento, desde el primer momento Krishnamurti parecía saber lo que quería: «Ciento sesenta hectáreas de tierra en las orillas del río en Benarés (Varanasi)». Se encargó de la tarea a Sanjeeva Rao, un hombre joven, amigo de la doctora Besant, que era asimismo miembro del Ministerio de Educación de la India. Sanjeeva Rao emprendió la “loca aventura” de buscar y comprar la tierra, aun siendo para él una “pasmosa proposición”. Tras localizar una parcela de sesenta hectáreas a la orilla del Ganges que pertenecía al Comité Militar Británico de Acantonamiento, con devota resolución y tenacidad consiguió persuadir a las autoridades de que vendieran la tierra. Se reunió el dinero necesario, y más adelante, a su debido tiempo, Sanjeeva Rao negoció la compra de noventa y una hectáreas de terreno situadas en la otra orilla del río Varaná, cerca del poblado de Sarai Mohana.

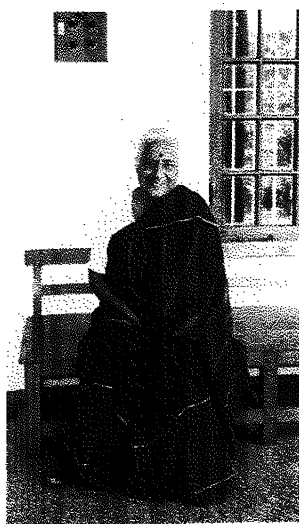
Entre 1928 y 1948, Sanjeeva Rao levantó una escuela y residencia mixta en Rajghat, a la que llamó The Rajghat Besant School. Posteriormente, el Vasanta College para muchachas y la residencia estudiantil de mujeres Vasantashrama se establecieron allí.

Cuando Krishnamurti regresó a Varanasi en 1948 después de una prolongada ausencia, se alojó en Rajghat, en una casa con vistas al Ganges. En el curso de los treinta y ocho años siguientes, retornaría a esta casa una y otra vez, y hablaría con estudiantes, eruditos y visitantes del mundo entero.

El Ganges nace en el Himalaya y cruza las grandes llanuras del Norte de la India para desembocar luego en la Bahía de Bengala. Excepto en un trecho, en Varanasi, donde, al pasar entre las grandes escalinatas que bordean sus orillas, el río de pronto cambia su curso y fluye hacia el Norte, hacia sus orígenes, el resto de su recorrido sigue la dirección Suroeste. Para los geógrafos antiguos, que el río retrocediera sobre sí mismo, como la mente del sabio en estado de meditación, simbolizaba su cualidad sagrada.

En los escritos de Krishnamurti, es recurrente la alusión al río Ganges como metáfora de la mente meditativa. Durante una estancia en Rajghat, escribió en su cuaderno: «La meditación es igual que ese río, sólo que no tiene principio ni fin: comenzó, y su final era su principio».

La metáfora continúa, y habla de que las aguas dadoras de vida del Ganges comparten con la mente meditativa el poder de terminar:



AHALYA CHARI, ESCRITORA Y EDUCADORA, EN LA ESCUELA DE RAJGHAT, A ORILLAS DEL RÍO GANGES, EN 1989.

El río describe una majestuosa curva hacia el Este a su paso por los poblados, la ciudad y los frondosos bosques; pero aquí, al pie de la ciudad, bajo el puente, el río y su orilla opuesta son la esencia de las orillas de todos los ríos; cada río tiene su propio cantar, su propia gloria y malicia; pero aquí, en el silencio, contiene la tierra y los cielos. Es un río sagrado, como lo son todos los ríos, pero, de nuevo, aquí, en una parte del largo y sinuoso río, hay una delicadeza de profundidad inmensa y destructiva.

«La vida es como un río –les dijo a los niños de la escuela de Rajghat–: nunca se detiene; está en constante movimiento, siempre rica y rebosante [...]. Tenemos que prepararnos para ella [...]. Un lugar como Rajghat debería ofrecer una atmósfera donde se os den todas las oportunidades de crecer sin influencias, sin condicionamientos ni aleccionamientos, para que cuando salgáis de aquí podáis afrontar la vida con inteligencia, sin miedo.»

La educación era substancial para el propósito que Krishnamurti declarara de «hacer al ser humano incondicionalmente libre», y aprender acerca de la vida era parte esencial de este proceso. El reto que planteó, de crear una nueva generación de jóvenes capaces de formular preguntas fundamentales, de liberarse de la acción del miedo, la ira y la envidia, de abandonar el pasado, el peso de la tradición, el dogma y la creencia, era único. Incluía a la vez a quien educaba y a quien era educado, y contenía intrínsecamente las semillas para la regeneración de la especie humana y de la sociedad.

La manera misma en que Krishnamurti planteó el reto resultaba inquietante. No dejaba al educador ningún espacio donde pararse a elaborar teorías pedagógicas. Al percibir la influencia que los milenios de tradición ejercían en las mentes de los educadores, se mostraba apasionado, impaciente e inexorable en sus discusiones con ellos, exigiéndoles la máxima atención. «¿Hay un grupo de personas que trabajen juntas para originar un cambio radical en sí mismas y en los estudiantes?», les preguntaría una y otra vez. A lo largo de los años, han sido muchos los profesores que han llegado a Rajghat y que han intentado, a su forma, mantener vivo ese propósito. Pero la tarea ha resultado siempre extremadamente difícil, ya que aquí, en estos centros fundados por Krishnamurti, no tratamos con sistemas o métodos, sino con el mundo interior, que está vivo, que fluctúa, que cambia, y que en todo momento elude nuestro control. Caminar con Krishnamurti era como caminar con fuego: si se lograba mantener viva la llama interior, una se encontraba súbitamente, en un instante, con la dicha del descubrimiento; si no, no.

Con los estudiantes, Krishnamurti era dulce y afectuoso. Hablaba del miedo, y con gran paciencia desarrollaba los innumerables modos en que los progenitores y profesores, la sociedad en general y la religión utilizan el miedo para moldear sus mentes. Mostraba de diversas maneras cómo el hábito, la imitación y la conformidad destruyen las mentes y los corazones; y causaba conmoción en los adultos presentes cuando hacía despertar a los alumnos a la «violenta cualidad de la obediencia». Krishnamurti estaba impresionado por los niños y niñas de Rajghat, por su habilidad de sentarse en silencio y escuchar, por su capacidad de asombro. «¿En qué otro lugar podría encontrar uno inocencia semejante?», comentó en una ocasión. Y, en su presencia, los estudiantes se sentían libres de hacer toda clase de preguntas.

La grave situación de las mujeres en la India era una cuestión que preocupaba profundamente a Krishnamurti. Trataba de llegar a las jóvenes de la escuela hablándoles con paciencia e inmensa ternura. Las muchachas escuchaban también, y se maravillaban ante la posibilidad de llevar algún día

sus propias vidas, independientes, libres de superstición y libres del dominio que el hombre tenía sobre ellas.

La compasión de Krishnamurti hacia los pobres de la Tierra era muy honda. Quería que las escuelas de la KFI (Krishnamurti Foundation of India) aprendieran a sentir afecto por sus semejantes. Incansablemente llamaría la atención de los niños sobre este tema, y les preguntaría si sentían alguna clase de empatía con los pobres. En una de sus charlas públicas, dijo a sus oyentes de un modo significativo: «¿Saben?, algo en verdad extraño es que, a pesar de que la India es un país triste, siempre hay una sonrisa. Los pobres sonrían. Pasan hambre, están oprimidos, no tienen el menor bienestar, trabajan interminablemente y, sin embargo, al pasar a su lado por la calle, sobre todo en el campo, le sonrían a uno. Esto no sucede en ningún otro lugar del mundo. Éste es el milagro de este país».⁵⁹



DESDE HACE MUCHOS AÑOS, LA FUNDACIÓN KRISHNAMURTI DE LA INDIA HA CREADO ESCUELAS PARA NIÑOS DE ÁREAS RURALES Y SIN RECURSOS. LA ESCUELA AGRARIA DE RAJGHAT ES OTRA DE LAS OBRAS EMPRENDIDAS POR KRISHNAMURTI (ARRIBA).

Krishnamurti quiso durante mucho tiempo abrir una escuela en Ojai. Años antes, en 1926 y 1927, Annie Besant había hecho una campaña de recaudación de fondos para comprar el terreno. Una vez recaudados 200.000 dólares, se formó la Asociación Happy Valley [Valle feliz] y se adquirieron 182 hectáreas de tierra en la parte alta de Ojai, y cerca de 100 hectáreas en la parte baja, en el área de Meiners Oaks. Esta última extensión incluía Oak Grove [el robledal], donde Krishnamurti celebraría sus charlas durante tantos años. Los tres síndicos originarios fueron Krishnamurti, Rosalind Rajagopal y Aldous Huxley. Los comienzos fueron muy modestos, pero la pasión por la educación en todas sus formas, de niños así como de adultos, impulsó a Krishnamurti a establecer un centro en el “Nuevo Mundo” donde sus ideas educativas pudieran ponerse en práctica. Con Rosalind como su directora, sintió que la joven escuela estaba en buenas manos. Los planes eran partir entonces hacia Australia y la India, pero una enfermedad más de la larga serie le impediría realizar el viaje hasta 1947.

En la India había ido creciendo la presión para que el gobierno británico abandonara el país. «Abandonad la India» («Quit India») fue el nombre del movimiento de liberación, encabezado por un hombre con visión de futuro, M.K. Gandhi, y sus seguidores. El movimiento no era únicamente una acción política dirigida a liberar la India del redil colonialista y truncar así el Imperio Británico, sino que era a la vez un movimiento de reforma social dentro de la India. Estos jóvenes socialistas llenos de ideales imaginaban a su país, no sólo libre del dominio extranjero, sino dando prueba, además, de una compasiva igualdad para todos sus ciudadanos.

En agosto de 1947 la India consiguió su independencia de Gran Bretaña;

y en medio de aquella emocionante atmósfera de libertad, Krishnamurti retornó solo a su tierra natal después de nueve años de ausencia. Sin embargo, no era la liberación del mandato colonial el único factor estimulante para él; una expansiva sensación de soltura, al encontrarse lejos de los sofocantes y, en cierto sentido, dictatoriales impulsos de los Rajagopal, resultaba liberadora para Krishnamurti. Durante muchos años había vivido en contacto directo y diario con ellos, sin más respiro que los largos paseos en solitario. Ahora, finalmente, conoció a un grupo de personas enérgicas y serias, con una antiquísima herencia espiritual, y se entregó de lleno a la relación. Los diálogos empezaron a constituir parte de la vida cotidiana, y Krishnamurti floreció en aquel ambiente.

El grupo que se formó en torno a él incluía a las más lúcidas mentes jóvenes del momento. Apasionado por la recién descubierta libertad política y, a la vez, rebotante de una milenaria tradición de diálogo inquisitivo, el grupo se fusionó dando lugar a una asociación que duraría muchos años. Desde 1947 hasta la actualidad, se ha mantenido esa cohesión, que ha ido enriqueciéndose y vivificándose con la continua afluencia de nuevos participantes. Llegaron a él personas de todas las condiciones sociales, de la esfera política y literaria, artística y académica. Muchos eran luchadores por la libertad, que habían pasado en la cárcel el tiempo reglamentario en su lucha por independizar al país de la dominación británica.

[...] Entonces llegué a la India, y vi que la gente allí se engañaba igual que en cualquier otro lado: aquellas personas seguían rigiéndose por las mismas tradiciones de siempre, tratando a las mujeres con crueldad; a la vez, se consideraban a sí mismas altamente religiosas y se pintaban la cara con cenizas. Puede que la India cuente con los libros más sagrados del mundo, con las más sublimes filosofías; puede que en el pasado se construyeran maravillosos templos, pero nada de ello fue capaz de darme lo que necesitaba. Ni en Europa ni en la India pude encontrar felicidad.

LA VIDA EN LIBERTAD, 1928

Una de estas jóvenes mujeres era Pupul Jayakar, luchadora anticolonialista, y ardentemente entregada en aquellos momentos a la labor social: resuelta a aligerar la carga que soportaban las clases económicamente deprimidas. Hoy día es una distinguida escritora, y biógrafa de Krishnamurti y de Indira Gandhi, con la que trabajó en estrecha colaboración. Es un personaje de primera línea en el mundo de la cultura, y una de las más destacadas intelectuales de la India.

PUPUL JAYAKAR

ESCRITORA Y BIÓGRAFA, BOMBAY, LA INDIA

PJ: Krishnamurti regresó a la India en 1947, después de la guerra y de una ausencia de nueve años. En enero de 1948, fui a visitar a mi madre. Yo me dedicaba al trabajo social; estaba interesada e involucrada en la política. No tenía en aquella época ningún interés en nada que estuviera conectado con la vida religiosa. Mi padre había muerto hacía unos años, y mi madre no había logrado sobreponerse a la conmoción. Al llegar, encontré allí a un antiguo amigo de mi padre, Sanjeeva Rao, colaborador de la doctora Besant durante muchos años, que en aquellos momentos era el responsable de organizar lo concerniente a la estancia de Krishnaji en la India. Había ido a visitar a mi madre, y me dijo que pensaba llevarla a que lo conociera. De pequeña, yo había estudiado en la Escuela Teosófica de niñas de Benarés. Recordé haber visto a Krishnaji durante unos segundos, y haberme sentido sobrecogida por la extraordinaria belleza de su persona. Como no tenía nada más que hacer, decidí acompañar a mi madre a ver a esta persona tan radiante. Nos dirigimos a la calle Carmichael Road, donde se alojaba, y al cabo de unos minutos entró Krishnaji. ¡Si lo hubiera visto usted en aquel momento! Fue como la súbita explosión de una presencia, la súbita entrada de una presencia nunca vista. Tenía una inmensa belleza; la sigue teniendo, pero, al contemplarla por primera vez, el impacto fue total. Iba vestido con indumentaria india. Recuerdo que solía reír con frecuencia en aquellos tiempos, y entró en la habitación riéndose. Sanjeeva Rao hizo las presentaciones, Krishnaji se sentó, y mi madre empezó a hablarle de mi padre extensamente. Después de un rato, se volvió hacia ella y dijo: «Amma, no ha venido usted a la persona indicada; yo no tengo condolencias que ofrecerle». Sus palabras fueron un golpe inesperado; yo no entendía lo que quería decir. Preguntó: «¿A qué esposo echa usted de menos?, ¿al esposo con el que se casó?, ¿al esposo que era padre de sus hijas?, ¿o al hombre que habría llegado a ser si hubiera seguido vivo? ¿Echa usted de menos el recuerdo del hombre?». Resultaba todo muy confuso. Me sentí un poco molesta y abatida, y un poco



PUPUL JAYAKAR
Y KRISHNAMURTI, 1979.

enfadada por el hecho de que no pudiera darle a mi madre el consuelo que le hacía falta. Luego, se volvió hacia mí y me preguntó: «¿Y usted qué hace?». «Me dedico al trabajo social», contesté. Se empezó a reír. Volví a sentirme muy contrariada; no entendía cómo podía ser aquello motivo de risa. Dijo: «Es como una persona que va al pozo con un cubo; el cubo tiene un agujero, y cuanto más agua se echa en él más agua se escapa». Continuó hablando así durante unos minutos. Estuvimos allí alrededor de una hora. Al llegar a casa, me juré no volver jamás. Pero no podía alejarlo de mi mente, y, cuando supe que iba a dar unas charlas públicas, fui a oírlo de nuevo. Al finalizar, Sanjeeva Rao se acercó y me comunicó que Krishnaji quería que asistiera a sus charlas más reducidas. Comencé a ir, y después de aquello ya nunca me volví atrás.

EB: De lo que allí se decía, ¿qué fue lo que actuó tan decisivamente en su manera de pensar?

PJ: Desde el momento de su regreso a la India, se formó en torno a él un pequeño grupo de diálogo y discusión de entre doce y quince personas. En aquella época, por la mañana y al atardecer se sentaba en una habitación, e iban llegando personas, que entraban, se sentaban a su alrededor y le hacían preguntas. Emanaban de él una franqueza y compasión inmensas que me conmovieron hasta lo más hondo. Recuerdo que solía hablar con los individuos, desafiarlos implacablemente con preguntas, hasta que, a base de escuchar, una llegaba a un punto en que era capaz de comprender. Ese instante de percepción, imposible de describir, transforma la naturaleza entera del ser. A mí me sucedió; y creo que ese instante de ver, de escuchar, fue para mí, de cuanto ocurrió, lo más significativo: realmente me vi tal como era en ese instante.

EB: Debió de ser una experiencia sobrecogedora. ¿Fue esta experiencia la que le hizo sentir que no podía volver atrás?

PJ: Sí, y a partir de ella la enseñanza empezó a desplegarse. Él se sentaba, tranquilo, y un tremendo torrente de energía emanaba de él. Se dedicaba a la gente de lleno: recibía a grupos de personas por la mañana y al anochecer, entablaba diálogos con grupos grandes y pequeños, daba charlas públicas, y concedía numerosas entrevistas privadas. Krishnaji es totalmente diferente en cada una de estas áreas, y, en las entrevistas personales que solía conceder entonces, parecía convertirse literalmente en un espejo que él colocaba ante una. El individuo Krishnaji no existía; había simplemente un espejo en el que la presencia misma de Krishnaji le hacía a una mirarse y verse tal como era; no permitía que una escapara de ver lo que era. En los debates, uno de los aspectos que más interesantes me parecían era ver a este hombre comenzar en el mismo nivel que toda la gente que había sentada a su alrededor. Cuando cuestiona, se cuestiona a sí mismo tanto como a la otra persona; está dispuesto a retirarse y observar lo que dice. Creo que otro elemento verdaderamente esencial era el modo de escuchar de Krishnaji, su calidad evidente. Una no estaba acostumbrada a ese modo de escuchar, no creo que exista en el mundo, un escuchar en el que no hay ningún movimiento del “yo”, un escuchar que capta, en cierto sentido, la totalidad. Una lo sentía; era algo tangible.

EB: Durante aquellos años, ¿tuvo usted oportunidad de verlo en otro contexto además de como maestro, de un modo más informal?

PJ: Sí, solía ir con nosotras a pasear en automóvil, y a menudo venía a cenar a nuestra casa. Me acuerdo claramente de dos o tres cosas. No puede decirse

que Krishnaji tenga relaciones personales; sin embargo, cada individuo experimenta un sentimiento de singularidad en su relación con Krishnaji, ya que él responde a cada persona aportándole lo que a esa persona le falta. Se reía mucho; y mi madre, que era una excelente cocinera, le preparaba platos con especial esmero. Él disfrutaba con la buena comida. Disfrutaba con la excelencia, ya fuera en la disposición de los objetos de una casa, o en la forma de preparar o servir una comida. Participaba de las situaciones de un modo muy humano.

EB: Ha mencionado usted las relaciones, y dice que hay una línea, algo que quizá no permite a la gente entrar en plena relación con él.

PJ: No, digo que, cuando él es el maestro, sentado en el estrado dando una charla, una no puede imaginarse tener una relación con él, porque lo que existe en ese momento es una totalidad; él es un receptáculo vacío, y a la vez hay en él una total plenitud. No existe en él ningún elemento personal, en absoluto. Cuando una se entrevista con él, aunque siente la calidez y la compasión, la dulzura y el amor del hombre, no hay nada personal. En la mesa, a la hora de comer, o de paseo en el automóvil, contaba chistes y le gustaba que se los contaran; hacía preguntas sobre la India, sobre nuestros hijos, sobre nuestras familias y nuestros problemas. Tenía un gran interés también por la situación de la mujer en la India; se reflejaba esa preocupación en muchas de las charlas que daba.

EB: ¿Diría usted que su comprensión de las condiciones de la mujer en la India estaba unida a una comprensión de la extrema pobreza del país?

PJ: No, no tenía nada que ver con la pobreza de la India. La cuestión era la posición social y económica que la mujer india tenía en aquellos tiempos: dependía de su esposo; las leyes sucesorias no la hacían partícipe de la herencia del padre. Las charlas de Krishnaji estaban llenas de apartados donde expresaba su malestar por la grave situación de las mujeres en la India.

EB: Comentaba usted que Krishnamurti comparó el trabajo social con un cubo agujereado. ¿Sigue siendo ése su punto de vista? ¿No hay ninguna acción que merezca atención completa dentro de la esfera social?

PJ: A menudo solía decirme: «¿Por qué pierde el tiempo, Pupul?». No obstante, mostraba gran interés por el tejedor y su oficio, que a mí tanto me preocupaban. Fue muy extraño; cuando finalmente lo dejé todo —eso fue el año pasado—, me dijo: «No sé, después de haber creado esto a lo largo de los años, ¿va usted a abandonarlo?». Le contesté: «¿Por qué pregunta? Ya he terminado con ello»; é insistió: «Pero ¿lo va a abandonar?». Creo que, para él, el momento creativo era muy importante; a partir de ese momento creativo, suceden cosas.

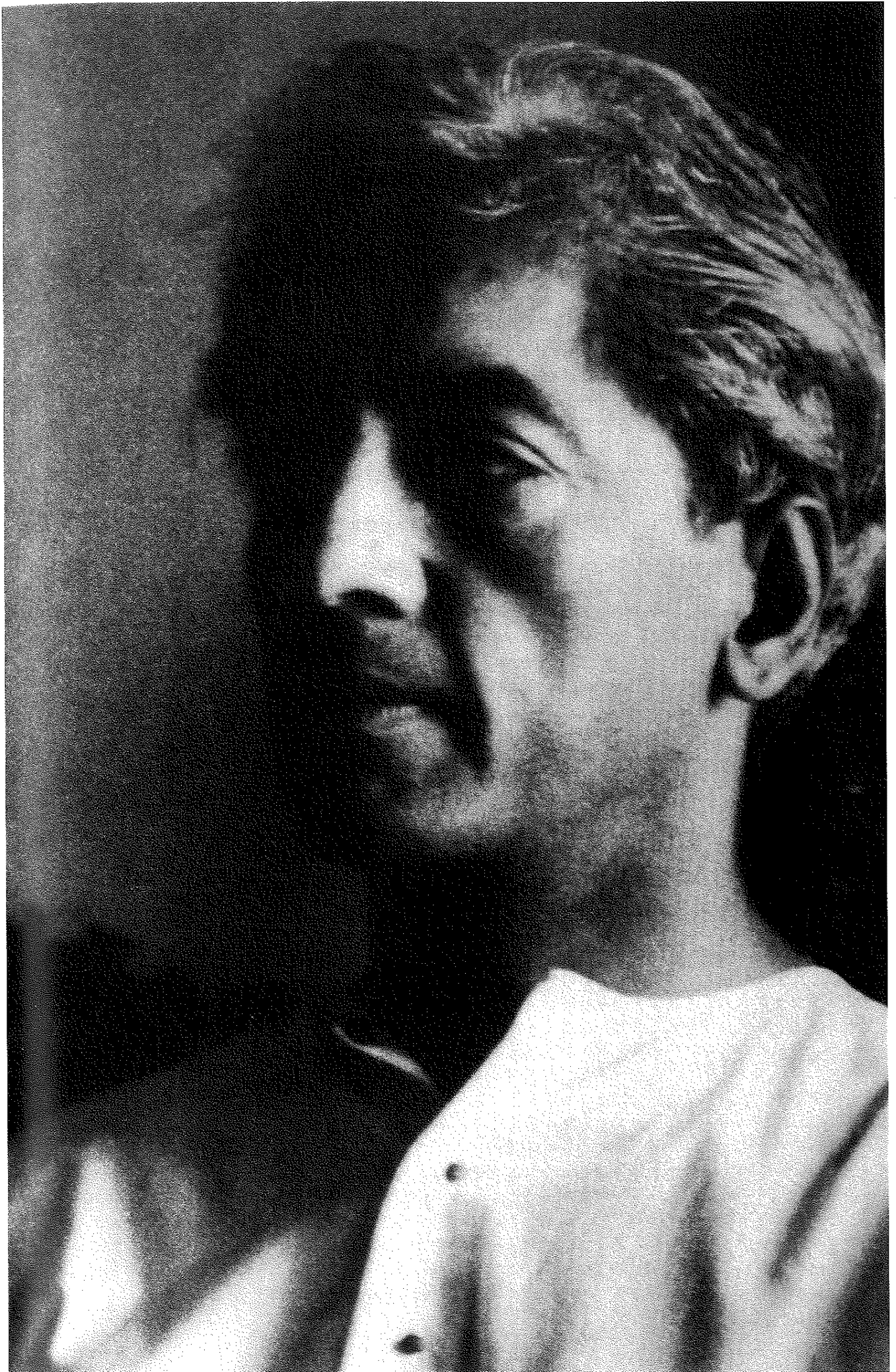
EB: ¿Diría usted que Krishnamurti ha tenido amistades íntimas en su vida?

PJ: Sí, yo diría que sí. De hecho, me dijo algo muy curioso al poco tiempo de conocerlo. Dijo: «Las personas habitualmente me adoran, me tratan como su divinidad, o bien me odian. Ser un amigo es difícil».

EB: En el curso de su vida, Krishnaji ha mostrado interés por una gran variedad de cosas: automóviles, ropas... ¿Se comportaba en estas áreas como una persona quizá más bromista?

PJ: Solía ser bromista. Hay una parte de él que se relaja, que ríe, que es humana. A veces un individuo que no conozca a Krishnaji puede malinterpretar su capacidad de relajarse; aunque cada vez va siendo menor. No creo que esa parte de Krishnaji sea lo espontánea que solía ser. Se ha vuelto un hombre mucho más grave.

«EMANABA DE ÉL UNA
COMPASIÓN INMENSA,
QUE ME CONMOVIÓ HASTA
LO MÁS HONDO.»
PUPUL JAYAKAR



- EB: Ha dicho anteriormente que su hermana y usted estuvieron con Krishnaji en Ootacamund en 1948. ¿Querría hablarnos de ello?
- PJ: Bueno, habían pasado sólo cinco meses desde mi primer encuentro con Krishnaji. Lo estaba empezando a conocer, pero seguía siendo en buena medida un perfecto desconocido, por así decirlo. Nos invitó a que fuéramos a Ooty. Nosotras no teníamos la menor intención de ir.
- EB: ¿Podría decirnos, antes de nada, dónde está Ootacamund?
- PJ: Ootacamund, u Ooty, es una estación de montaña en el Sur, en los montes Nilgeri, a unos 2.500 metros de altitud. Es una zona cubierta de bosques. Hay amplias avenidas, extensiones de pinos, arboledas y prados; una zona muy verde. Krishnaji había aceptado pasar allí alrededor de seis semanas en casa de un amigo, e inesperadamente recibí una carta suya en la que nos invitaba a ir a Ooty a mi hermana Nandini y a mí. Fuimos. Nandini tenía un esposo e hijos, y hubo de hacer frente a un montón de problemas domésticos; pero fuimos. Al cabo de más o menos dos semanas, de pronto Krishnaji nos preguntó si teníamos inconveniente en quedarnos con él aquella noche. Nos pidió que le siguiéramos a su habitación; entramos, y nos dijo: «Pase lo que pase, no se asusten. En ningún caso tengan miedo. Si me desmayo y se me queda la boca abierta, ciérrenmela. Simplemente siéntense a metro y medio de mí, y obsérvenme».
- EB: ¿Sólo estaban presentes usted y su hermana?
- PJ: Sí, sólo nosotras dos. Al instante empezó a quejarse de que una muela le molestaba muchísimo. Pensamos que se trataba de un dolor de muelas, pero él dijo: «No, no, siéntense tranquilamente»; de modo que nos sentamos. Entonces se quejó de un tremendo dolor en la cabeza y en la columna. Un torrente de palabras poéticas salió de él a continuación. Volvía a quejarse, y a los quejidos les seguía cada vez una oleada de palabras en un lenguaje maravilloso.
- EB: ¿Formaba parte de su enseñanza aquel lenguaje?
- PJ: Solía hablar de la naturaleza, de hojas y de piedras; y luego añadía, [refiriéndose a algo indefinido]: «¡Están disfrutando de lo lindo conmigo! ¿Quieren ustedes saber lo que hacen? Me están vaciando la mente por completo». Lo tengo escrito en algún sitio; en la actualidad no recuerdo las palabras exactas. Daba a entender que había ciertas fuerzas actuando dentro de su cerebro, limpiándolo a fondo, vaciándolo para que pudiera recibir. Esto solía durar horas; se prolongaba durante cuatro, cinco, seis horas a veces.
- EB: ¿En noches sucesivas de un mismo período?
- PJ: Quince o dieciséis noches cada vez. Reinaba en el lugar entero una intensa atmósfera de santidad. Todo aquello era bastante nuevo para nosotras, pero no podíamos por menos que tener la sensación de estar en un templo; no en un templo ordinario, sino ante una grandiosa presencia. Había otro detalle también extraño. Krishnaji repetía a gritos sin cesar su propio nombre: «¡Krishna se ha ido, me ha abandonado! No, no; me ha dicho que no lo llame. No debo llamarlo, o se enfadará. No debo llamarlo». Luego, un día dijo: «Ya han vuelto, ¿no los ven? Lavados por gotas de lluvia, immaculados». Esto continuaba durante un rato, y después se desmayaba. A continuación volvía en sí, y era completamente Krishnaji de nuevo por un tiempo muy breve. Tras ello, comenzaba una vez más..., y aparecían otra vez los tres elementos: el dolor terrible, la intensa sensación de una presencia en el cuarto y el gran flujo de palabras.

- EB: Cuando hablaba de ese modo, ¿lo hacía con su propia voz?
- PJ: Era su propia voz cuando hablaba de la naturaleza, pero cuando llamaba a Krishna era una voz diferente: una voz vacía. Estaba totalmente vacía, como si fuera... ¿cómo expresarlo? Era una burbuja vacía que lo llamaba. Había ocasiones en que su cuerpo de pronto crecía. Una sentía entonces inmensa plenitud.
- EB: ¿Se le veía físicamente más grande?
- PJ: Dicho así, suena tan estúpido que es difícil saberlo; pero parecía como si de repente emanara de él una luz.
- EB: ¿Se encontraba inconsciente en esos momentos?
- PJ: Estaba inconsciente. Recuerdo con claridad una noche; había llegado hasta el final, y se desmayó. Al desmayarse, su rostro, consumido por el dolor, cambió súbitamente, y se quedó en completa calma; todo vestigio de dolor desapareció. Se transformó en un rostro en profundo estado de meditación, de una belleza que no cabe en palabras. Continuamos simplemente observando, y nos recorrió un extraño sentimiento de querer juntar las manos. Luego, él pareció salir de su estado de inconsciencia. Se quedó tendido, y al cabo de un rato se volvió hacia nosotras. Nos preguntó: «¿Han visto su rostro?». «Sí», respondimos. «El Buda ha estado aquí.» No sé cómo fuimos capaces de conservar el juicio, la cordura a través de aquello, puesto que no sabíamos ante qué nos encontrábamos. Éramos igual que dos bebés en medio del bosque, arrojadas de pronto a una situación que nos resultaba incomprensible, que escapaba por completo a cualquier cosa que jamás hubiéramos podido concebir. Y un día dejó de ocurrir. Hay otro incidente que recuerdo muy bien dentro de este período. Krishnaji había dicho que quería dar un paseo por el bosque. Empezó a llover, así que mi hermana y yo salimos con el automóvil, pensando que Krishnaji se mojaría, y que podríamos traerlo de vuelta. Recorrimos el camino, pero no lo encontramos, de manera que volvimos a casa. Al cabo de dos minutos, entró en la habitación. Estaba totalmente seco. Le preguntamos: «¿Por dónde ha venido, Krishnaji?». «Por ese camino», contestó. «No puede ser —dije—. Acabamos de recorrerlo y usted no estaba en el camino.» De repente fue como si se desconectara; se tendió en la cama y empezó a hablar. Decía: «Me han cubierto de hojas; me cubrían todas las hojas que caen de los árboles. He estado a punto de no regresar». Hoy todavía es el día que no sé adónde fue. Dijo que había ido a pasear por aquel camino, pero en aquel camino no estaba. Fue para nosotras una experiencia verdaderamente extraña.
- EB: Mientras sucedía todo esto, ¿continuaba él con sus actividades normales?
- PJ: Sí, por supuesto. En cuanto los episodios terminaban, se encontraba perfectamente. Se había dejado crecer la barba. Solía dar paseos, y recuerdo que tenía un paso muy rápido en aquellos tiempos.
- EB: Todavía lo tiene.
- PJ: A veces, cuando bajaba por la ladera de la colina, nos quedábamos observándolo. Me acuerdo que había una vez un grupo de mujeres que llevaban leña sobre las cabezas, y que, al ver acercarse a aquella figura, dejaron la carga en el suelo y se postraron a su paso.
- EB: ¿Se les pasó por la mente alguna vez la idea de llamar a un médico durante aquellos días?
- PJ: Justo al principio, sí. Le preguntamos: «¿Quiere que avisemos a un dentista?», y él dijo: «No, no, simplemente siéntense. No tengan miedo. Suceda

lo que suceda, no se asusten». Para él era primordial que entendiéramos que no había nada que temer. Aquel incidente que ocurrió en Ojai, cuando dijo que sentía que dentro de la casa todo estaba sucio y no soportaba el contacto con ningún objeto, hasta el punto de tener que retirarse bajo el árbol, de extender una estera y echarse allí... Aquí no pasó nada parecido; jamás mencionó ninguna clase de contaminación. Si hay un sentimiento con el que salí de allí, fue el sentimiento de lo sagrado. De algo profundamente sagrado.⁶⁰

EB: ¿Cree usted que esto es algo que sigue sucediendo hoy día? ¿Continúa aún este proceso?

PJ: No de aquella manera. Las presencias que había allí, en aquella habitación, aquella presencia palpitante sobreviene alguna vez.

EB: ¿Esos hechos que él menciona en su *Diario*...?

PJ: Sí. No es algo que suceda de forma continuada.

EB: Durante aquel tiempo, ¿hizo Krishnamurti alguna referencia a los maestros o entidades similares?

PJ: Únicamente en aquella ocasión: «Están aquí, están aquí. Inmaculados», creo que la frase que utilizó fue ésa; como «gotas de rocío», o «gotas de lluvia». Pero nunca habló de los maestros. Solía decir: «Se divierten mucho conmigo. No me dejan en paz». Sentía que estaban vaciándole el cerebro por completo.

EB: En el *Diario* dice que su cerebro está siendo tallado.

PJ: Bueno, era algo por el estilo lo que le sucedía. Se manifestaba como una intensa crisis física; qué era además de eso, una no lo sabe.

EB: ¿Qué relación diría usted que había entre la parte física, el dolor que esto acarrearaba, y el otro...?

PJ: Cuando el dolor se hacía demasiado intenso, solía desmayarse.

EB: Estoy tratando de comprender el papel que desempeñaba ese dolor.

PJ: La verdad es que no podría decírselo. No era posible saberlo. Recuerdo que le pregunté: «Habla usted de Krishna como si se tratara de una persona ajena a usted. ¿Hay dos entidades?». Contestó: «No, no Pupul; no es exactamente así. No es así exactamente», dando a entender que existe una sola entidad.

EB: ¿Observó usted algún cambio en sus enseñanzas después de estas experiencias?

PJ: Creo que en el período de 1948 su enseñanza era, desde mi punto de vista, diferente de lo que había sido hasta entonces. Si se debió a estas experiencias o a algún otro factor, eso ya no lo sé. He advertido que cada vez que ha pasado por este tipo de experiencia, ésta ha producido un efecto. No es que haya afectado a la enseñanza, sino que las enseñanzas han mostrado entonces una nueva dimensión. En lo que a la enseñanza se refiere, yo diría que las fases más importantes han sido 1948, 1960/1961 y 1972/1973. Éstos son los tres períodos principales. En 1948, solía llevarla a una literalmente de la mano al conocimiento de sí misma. La conducía a una de pensamiento en pensamiento, hasta que el pensamiento tocaba a su fin. Hacía esto, por ejemplo, con el pensamiento de la codicia; lo hacía con el surgimiento del miedo. Preguntaba una y otra vez: «Y entonces, ¿qué surge? Y entonces, ¿qué surge?», y así una empezaba a observar «lo que es» en el momento en que surgía. Una observaba también «lo que debería ser» según emergía en el pensamiento, y de ese modo estaba despierta en ese instante de «lo que es». En 1961 esa fase había concluido. En 1961

Krishnaji explicó que el ir paso a paso era el proceso del análisis. Lo eliminó todo ello y dijo: «El conocimiento de uno mismo es necesario; es esencial». Pero le interesaba la totalidad, no el fragmento; el ver algo totalmente. La cuestión se ha vuelto, como a menudo le he dicho a Krishnaji, mucho más abstracta. Era más personal en 1948. En 1972 no hay ninguna relación personal en su enseñanza; es una enseñanza de cualidad absoluta, sin relación ninguna con el “yo” personal. La enseñanza se ha hecho más profunda, más madura, más amplia. Se ha vuelto universal. Por primera vez, habla entonces de una vida de corrección, es decir, una vida completamente libre de la actividad egocéntrica; y dice que es algo esencial antes de que cualquier otra cosa sea posible. Nunca dijo eso en 1948.

EB: Luego de hecho ha habido un cambio constante.

PJ: Sí, hay un cambio constante. Hubo un tiempo en que dijo a los miembros de la fundación: «Yo no tengo nada que ver con las fundaciones. No tengo nada que ver con las instituciones. No utilicen mi nombre en ellas, ni me utilicen en ningún sentido como autoridad. No son mis deseos los que desempeñan un papel. Sólo me interesa el individuo, y despertar en el individuo el conocimiento propio; no me interesa nada más». En una ocasión dijo: «Mi verdadero *dharma* es ése».⁶¹

Muchos años antes de conocer a Pupul Jayakar, Krishnamurti abordó un problema muy preocupante en la India, y que continúa siendo un problema en todos los países del mundo, orientales y occidentales, más de sesenta años después. En 1928 Krishnamurti se dirigió a la Asociación de mujeres de la India.

La vida es una, tanto para los hombres como para las mujeres. Porque hay aflicción en la mujer al igual que en el hombre, el sufrimiento existe en la mujer al igual que en el hombre; luego dividir a los seres humanos en hombres y mujeres es de entrada un error. Debido a que sus cuerpos son diferentes, pensamos —los hombres piensan— que se ha de tratar a las mujeres de un modo distinto, que han de recibir distinta educación. Pero ¿no sufren acaso las mujeres del mismo modo que los hombres?, ¿no tienen las mismas dudas, los mismos problemas, las mismas tribulaciones que ellos? Por lo tanto, si se mira desde un punto de vista más amplio, la diferencia basada en el sexo desaparece, como debería ser. Y al desaparecer esa compartimentación de la humanidad en hombres y mujeres, la vida será mucho más sencilla, y entonces podremos resolver los problemas a los que cada cual ha de hacer frente.

*[...] Las mujeres son guardianas de la tradición mucho más que los hombres. Si las mujeres tomaran la determinación de cambiar cualquier aspecto del mundo, podrían hacerlo mañana mismo, puesto que son capaces de sacrificarse mucho más que los hombres, y su fuerza por tanto es mayor. Ahora bien, para que la mujer que es guardiana de la tradición pueda comprender la vida, debe de cambiar de actitud mental: debe dejar de ser esclava. Utilizo expresamente esta palabra, porque las mujeres permiten que se las domine. Sé que muchas mujeres están de acuerdo con esto que digo cuando se hallan lejos de sus esposos; pero en cuanto regresan a sus hogares, empiezan los problemas. Los hombres entonces las empiezan a dominar. ¿Por qué habrían ustedes de ceder? Valen tanto como los hombres, ¡son más fuertes que ellos! En América, en ciertas escuelas, los estudiantes han hecho huelgas a causa del trato inhumano que recibían de los profesores. De igual modo, deberían ustedes formar un sindicato de mujeres y hacer una huelga por las cosas que de verdad importan.*⁶²

MADRÁS, LA INDIA, 1928



Llevaba una gran canasta sobre la cabeza, y la sujetaba con una mano; debía de pesar bastante, pero el peso no alteraba la cadencia de su marcha. Guardaba un bello equilibrio al caminar, y su paso era tranquilo y rítmico. Llevaba en el brazo grandes pulseras de metal que producían un ligero tintineo, y en los pies, viejas sandalias desgastadas. Vestía un sari rasgado y sucio por el prolongado uso. Generalmente aparecía con algunas acompañantes, cada una con su canasta, pero aquella mañana caminaba sola por la abrupta carretera. El Sol aún no calentaba demasiado, y arriba, en el cielo azul, varios buitres planeaban en círculos sin el más leve aleteo. El río fluía silencioso a la orilla del camino. Reinaba en la mañana una gran calma, y aquella mujer solitaria con su gran cesta sobre la cabeza parecía el foco de la hermosura y la gracia; todas las cosas parecían apuntar hacia ella y aceptarla como parte de su ser. No era una entidad separada, sino que formaba parte de ti y de mí, y parte de aquel tamarindo. No caminaba delante de mí, sino que yo caminaba con la canasta sobre mi cabeza. Y esto no era una ilusión, una identificación pensada, deseada y cultivada, lo cual habría sido desmesuradamente feo, sino una experiencia natural e inmediata. Los pocos pasos que nos separaban se habían disipado; el tiempo, la memoria, y la gran distancia que el pensamiento engendra habían desaparecido totalmente. Sólo existía aquella mujer, y no yo mirándola. Era largo el camino hasta la ciudad, donde tendría que vender los artículos que llevaba en la cesta. Hacia el atardecer regresaría por esa misma carretera, y cruzaría el pequeño puente de bambú camino de su poblado, sólo para reaparecer a la mañana siguiente con la cesta otra vez llena.⁶³

Otro de los componentes del grupo formado en torno a Krishnamurti era el audaz Achyut Patwardhan. Inflamado por el entusiasmo revolucionario, se había convertido en líder del pueblo. Pasaba largas temporadas en la clandestinidad, disfrazado a fin de ocultarse de las autoridades gubernamentales. En 1947 acudió, desolado, a Krishnamurti al ver que la lucha por la autoridad y el poder, mantenida a raya mientras el enemigo fueron los británicos, se había reafirmado, en cuanto éstos habían desaparecido, entre los mismos indios. Por si esto fuera poco, el asesinato de Gandhi en enero de 1948 había sumido al país en un frenesí faccioso y desesperado. El darse cuenta de estas realidades tras larga reflexión llevó a Patwardhan a abandonar la vida política y a centrarse en cuestiones de índole más contemplativa.

ACHYUT PATWARDHAN

LUCHADOR ANTICOLONIALISTA Y FILÓSOFO, MADRÁS, LA INDIA

EB: En apariencia, la actuación de Krishnamurti era la de un gran *gurú*. ¿En qué cree usted que se diferenciaba?

AP: Es una pregunta muy interesante; sobre todo para un hombre como yo, que lo consideró un *gurú* en un primer momento. ¿En qué se basaba Krishnaji para decir que él no lo era? La relación que habitualmente se establece con un *gurú* es la de obtener conocimiento del otro, conseguir del otro inspiración, que el otro nos sirva de guía. Krishnamurti ha insistido en que, si dependemos de otro, por más elevada que sea su posición, continuaremos siendo hombres y mujeres de segunda mano. Luego lo primero que hemos de ver es que hay cosas que otros no pueden hacer por nosotros. Hay, por supuesto, psicólogos y hay filósofos que nos ofrecen importantes directrices: un profesor de *yoga* le enseña a uno cómo sentarse erguido y cómo organizar su día. Puede que todas estas cosas resulten útiles, pero Krishnaji quería hacernos comprender que hay una función primordial que uno debe realizar por sí mismo, es decir, comprender qué es lo que nadie puede hacer por uno, que es observar el propio proceso del ego. Observar el propio proceso del ego es algo que nadie puede hacer por nosotros, de ahí que él nos ayudara a comprender exactamente cómo opera el pensamiento, cómo opera el deseo, y cómo opera el intrincado mecanismo de la codicia. En este sentido, él seguía la gran tradición del Buda; llamaba a esto «el proceso autosustentador de la ignorancia, que no tiene principio ni fin», y estas palabras son reminiscencia de las del Buda. Krishnamurti recalca que el ser humano debe comprender que una parte de su desarrollo se alcanza a través del conocimiento, la memoria, el razonamiento, el pensamiento, la reflexión; y que hay, también, un punto en el que uno ve el límite del pensamiento, en que uno ve que el pensamiento crea el problema y no es capaz de resolver todos los problemas que crea.

¿Cuál es la limitación intrínseca del pensamiento? Krishnamurti creía que esto era algo que el ser humano debe investigar por sí mismo, y la respuesta debe hallarla en su interior. Esa capacidad y deseo de descubrir un problema y de descubrir la respuesta por uno mismo significaba que uno no podía permitirse depender de otro, ni como fuente de inspiración ni como vía hacia la claridad absoluta. Lo que uno necesitaba por encima de todo era comprender el proceso del ego. El proceso del ego es diferen-

«KRISHNAMURTI ERA
BASTANTE DISTINTO PORQUE
ÉL DECÍA QUE LA DUALIDAD
ENTRE EL QUE ENSEÑA Y
LA PERSONA A LA QUE SE
ENSEÑA DEBÍA DESAPARECER
ANTES DE QUE ESA PERSONA
PUDIERA COMPRENDER
NADA.»
ACHYUT PATWARDHAN

te del “yo”. Cuando uno dice: «Yo», se trata de un proceso egocéntrico; en cambio, cuando dice: «El proceso del ego», se refiere al “yo” de todo el mundo; incluye a todo el mundo. De modo que uno utiliza el “yo”, utiliza los procesos de su propio cerebro y de su propio pensamiento para comprender el proceso del ego. Éste es un importante factor impersonal. Así pues, Krishnamurti era bastante distinto porque él decía que la dualidad entre el que enseña y la persona a la que se enseña debía desaparecer antes de que esa persona pudiera comprender nada, y que la comprensión consistía en poner fin a esta dualidad.

UNA ANÉCDOTA: Recuerdo que estábamos sentados, allí reunidos varios de nosotros, y alguien dijo: «¿Cuál es su enseñanza, Krishnaji?». Y Krishnaji, con expresión un tanto severa, contestó: «No hay enseñanza». A aquellos de nosotros que solíamos escucharlo, su respuesta no nos creó ningún problema, pues sabíamos que estaba tratando de comunicar que aquello que dijera tenía el potencial de convertirse en conocimiento y de ser almacenado, por tanto, en la memoria para ser utilizado cuando fuera conveniente; y en ese sentido, no estaba él dispuesto a ofrecer algo que nos convirtiera en seres de segunda mano. De modo que nos sentimos castigados y nos quedamos en silencio. Unos momentos después, se volvió de nuevo y añadió: «Es muy sencillo. Donde está usted, no está el otro». Y se marchó.⁶⁴

La revolución, esa revolución psicológica, creativa, en la que el “yo” no existe, llega sólo cuando el pensador y el pensamiento son uno, cuando no existe tal dualidad como la del pensador que controla el pensamiento; y yo creo que esta experiencia y sólo ella libera la energía creativa que a su vez provoca una revolución fundamental, el desmantelamiento del “yo” psicológico.

LA LIBERTAD PRIMERA Y ÚLTIMA, 1954

La hermosa y perspicaz Sunanda Patwardhan, cuñada de Achyut, era otra de las integrantes del círculo que en aquella época se reunía asiduamente con Krishnamurti. En la actualidad continúa tomando parte activa en el trabajo de Krishnamurti y, con su esposo Pama, está tratando de establecer otra escuela Krishnamurti en Poona.

DOCTORA SUNANDA PATWARDHAN SOCIÓLOGA, POONA, LA INDIA

SP: Krishnaji es uno de los más grandes maestros de la humanidad. No es que otros maestros no hayan hablado sobre el final del sufrimiento, el final del proceso del ego y la naturaleza de la trascendencia; pero para mí, y estoy segura de que para los miles de personas que lo han escuchado, la enseñanza de Krishnaji pone de relieve ciertos aspectos singulares. En primer lugar, Krishnaji destaca el hecho de que el destino de la humanidad es un todo indivisible. La cuestión no es alcanzar la propia salvación personal, sentarse a meditar y poner así fin al origen del propio sufrimiento. Todo lo contrario: en la medida en que el ser humano origina un cambio en sí mismo, transforma el mundo; luego es responsabilidad suya cambiar. Por eso, esta afirmación primordial, o *sutra*, de que «usted es el mundo y el mundo es usted» me parece muy importante. Cada uno



«LO QUE HACÍA A KRISHNAJI TAN DIFERENTE, TAN SINGULAR, ERA SU ENÉRGICA AFIRMACIÓN DE QUE NO EXISTE UNA AUTORIDAD ESPIRITUAL.»
SUNANDA PATWARDHAN

de nosotros somos responsables de cambiar este mundo de odio, de conflictos, de antagonismos, de división en grupos de gente diferenciados: en hindúes, musulmanes, indios. Ésta creo que es la singularidad de su enseñanza.

EB: ¿Podría usted hablar de la dimensión física de la enseñanza de Krishnamurti?

SP: Krishnaji muestra el relevante papel que los sentidos desempeñan de cara a originar una quietud en la mente y a despertar una nueva sensibilidad. No se trata de reprimir los sentidos; no se trata de renegar de ellos o sublimarlos, sino de que, por el contrario, los ojos, los oídos, el tacto, el olfato, todos los sentidos despierten. Generalmente empleamos o percibimos sólo uno o dos sentidos a la vez, mientras que él habla de que todos los sentidos operen simultáneamente. Entonces existe la posibilidad de un profundo estado no verbal. Este despertar de los sentidos lleva implícita una vibración y vitalidad sin centro.

EB: Ha dicho usted con anterioridad que un maestro como Krishnamurti sólo viene una vez cada mil años. ¿Puede explicar a qué se refería?

SP: Mire, el Buda perteneció a una de las corrientes de ruptura con las grandes tradiciones de la India. Eso ocurrió hace más de 2.500 años. Repudió todo lo tradicional: los ritos y rituales, la ortodoxia, etcétera. Como el Buda, Krishnaji ha abandonado la corriente de la tradición india. Su lengua materna quedó relegada durante su educación, y se le enseñaron inglés y francés. En cierto modo, se le educó para que hablara a toda la humanidad en el idioma inglés que se entiende en muchos países. Creo que esto es algo muy significativo, el que aquello que diga puedan entenderlo directamente multitud de personas de todas las partes del mundo.

EB: Hay cientos de *gurús*, y Krishnamurti ha funcionado, en cierto sentido, como un *gurú*. ¿Qué lo hacía diferente?

SP: Creo que era su enérgica afirmación de que no existe una autoridad espiritual, de que en cuestiones espirituales no hay autoridad de ninguna clase, lo que hacía a Krishnaji tan diferente, tan singular. Quizá mucha gente lo considerara un *gurú*; se le conocía como el *gurú* que era un *no-gurú*. Nos pedía a cada uno de nosotros que nos responsabilizáramos de nosotros mismos en este viaje de investigación, puesto que en la vida espiritual no había autoridad ninguna. Por lo tanto, nunca daba respuestas; decía: «Observen el problema. El problema se revelará por sí mismo; ustedes deben indagar, deben observar “lo que es”; y en esa observación misma, “lo que es” se revelará, y puede llevarse a cabo una transformación. Para que esto suceda, no puede haber un *gurú* que les guíe. Si sufren ustedes, si se hallan en estado de agitación, ningún *gurú* les puede ayudar. Deben ustedes observarlo, y eso despierta una capacidad de ser independiente y de investigar en libertad desde el comienzo».

EB: ¿Ocupaba el afecto algún lugar en las enseñanzas de Krishnamurti?

SP: Yo diría que las emociones no tenían cabida en sus enseñanzas. En sus enseñanzas no había lugar para el sentimentalismo. Por otro lado, la mera respuesta del intelecto es igualmente limitada, pues carece de todo afecto y sensibilidad en la relación entre seres humanos, y sólo cuando los seres humanos nos reunimos por afecto puede tener una nueva calidad nuestra vida diaria. Sin duda Krishnaji ha dado una tremenda importancia al afecto y al amor. Si eso existe, las relaciones no suponen ningún problema. Esto me recuerda una conversación con él. Una amiga me comentó:

«KRISHNAJI SE DIRIGE A LA HUMANIDAD, QUE YA HA EMPEZADO A UNIFICARSE COMO ALDEA GLOBAL. SE DIRIGE A LA HUMANIDAD COMO ENTE ÚNICO.»
SUNANDA PÁTWARDHAN

«¿Sabes qué veo?, que en las enseñanzas de Krishnaji sólo tiene cabida la compasión; no hay un lugar para el afecto humano ordinario, para el placer y el cariño. ¿Cómo vive una entonces?». Cuando vi a Krishnaji poco después le hablé de ello. Dijo: «La compasión es muy vasta; puede ser algo bastante abstracto. Mucha gente no es capaz de entender o comprender lo que es la compasión. Es muy difícil. Pero esa compasión puede tocar de hecho a una persona; puede relacionarse con un individuo, y cuando eso suceda lo comprenderá usted». Tal vez la compasión continúe siendo un concepto; pero el afecto una puede sentirlo cuando no hay prejuicios ni exigencias de reciprocidad. Entonces es posible que haya una comprensión y empatía libre de esfuerzo entre unos y otros.

EB: ¿Impidió en modo alguno la presencia del maestro comprender de qué hablaba?

SP: ¿Qué hace la presencia de una persona supuestamente “iluminada”, de alguien que es testigo de esa suprema inteligencia y compasión? Hay descripciones, en las escrituras, y en libros, de esos estados de “lo otro”, de lo trascendente. Pero cuando se vive de hecho en presencia de una persona semejante, se experimenta una cualidad muy diferente, porque hay una comunicación en silencio de eso que es sagrado, no sólo a través de la palabra, del símbolo o del pensamiento. La presencia viva de un individuo que es testigo y portador de esa extraordinaria dimensión sagrada y energía pura tiene una significación que está más allá de toda medida.

EB: ¿De qué manera cambió Krishnamurti a medida que se hizo mayor? Y ¿se reflejó ese cambio en las charlas?

SP: Creo que Krishnaji cambió muchos con los años. Yo lo conocí en Madrás, cuando regresó a la India en 1947. Personalmente, no hay duda de que me enamoré por completo de sus enseñanzas, de él, y aquello significó un gran cambio de dirección en mi vida. Era un auténtico deleite estar con él. Paseaba con una, hablaba con una; estar con él era tan grato, diferente de la seriedad de lo que era en sí la enseñanza. Yo diría que, quizá al final de la década de los cincuenta, este factor personal empezó a disminuir poco a poco. Lo que observé es que se volvió más severo, muy serio, y a partir de entonces hubo muy poco de personal en él. Lo veía profundamente preocupado por el estado de la humanidad. Durante cincuenta años, había enseñado, hablado y viajado por todo el mundo: ¿por qué no se había transformado ni una sola persona? Estaba verdaderamente preocupado por esta cuestión, de modo que apenas quedaba espacio para el factor personal.

EB: ¿Considera usted que la enseñanza de Krishnamurti podría constituir la base para una nueva civilización?

SP: Siento que sí, aunque tal vez yo no llegue a verificarlo; es simplemente un sentimiento visceral en ese sentido. Hoy Krishnaji se dirige a la humanidad, que ya ha empezado a unificarse como aldea global; se dirige a la humanidad como ente único. Por lo tanto, está hablando a la conciencia humana; la conciencia humana está recibiendo a través de la palabra y de la no-palabra el impacto de su presencia, y eso significa que la corriente entera de la conciencia humana está siendo influida en profundidad. Este despertar de la conciencia de la humanidad podría ser la base para el comienzo de un nuevo proceso creativo. Pueden nacer nuevas energías en el ámbito de la percepción, en las relaciones; se puede tener relación con otros seres humanos sin que existan imágenes; un nuevo proceso creativo

«LA PALABRA ES MUY
LIMITADA Y EL PENSAMIENTO
ES LIMITADO [...]. HEMOS
OBSERVADO TODO ESTO, Y
LA PALABRA NO ES LA COSA.»
SUNANDA PATWARDHAN



entra en funcionamiento: en el diálogo con uno mismo, en el diálogo con la naturaleza, en el diálogo con las personas.

EB: ¿Hay aspectos de las enseñanzas de Krishnamurti que sólo pueden comprenderse de un modo no verbal?

SP: Todos sabemos que la palabra es muy limitada y que el pensamiento es limitado. Nuestra relación de unos con otros se basa en el placer y el dolor que mutuamente nos causamos, en la dependencia y desconfianza mutuas. Hemos observado todo esto. Y la palabra no es la cosa; no sólo porque Krishnaji lo haya dicho, sino porque además hemos comprendido que es así. Una de las cuestiones más importantes que él ha explicado es que, en la relación, las imágenes impiden relacionarse realmente con la otra persona. Sólo cuando hay sensibilidad, cuando hay un escuchar, un compartir sin buscar nada con ello, hay verdadera relación. Uno de los fundamentos de la cualidad no verbal es ser sensible, y que las personas estén relacionadas por el afecto una con otra. Si los seres humanos pueden amarse unos a otros, sentir afecto unos por otros, quizá podamos encontrar una salida al extraordinario caos que hay en este mundo.⁶⁵

[...] Vi a personas que deseaban ser útiles a los demás llegar a los barrios donde viven los pobres y los degradados. Deseaban ayudar, pero ellas mismas se sentían desvalidas. ¿Cómo es posible curar de una enfermedad a otro si uno mismo es víctima de esa enfermedad?

LA VIDA EN LIBERTAD, 1928

Pama Patwardhan, al igual que su hermano Achyut y su esposa Sunanda, tuvo una prolongada relación con Krishnamurti. Miembro de aquel grupo nacido del fervor revolucionario, él también empezó a ver la vida bajo un prisma diferente del que ofrecía el socialismo. Vio que las respuestas debían buscarse, no tanto en tratar de arreglar el orden social externo, como en observar los cambios que cada cual puede originar en sí mismo.

PAMA PATWARDHAN

EDITOR Y SECRETARIO DE LA FUNDACIÓN KRISHNAMURTI
DE LA INDIA

EB: Se le preguntó a Krishnamurti si la persona común era capaz de comprender su enseñanza. ¿Qué contestó él?

PP: Creo que su intención, al expresar de aquella manera sus enseñanzas, era facilitar el que cualquier persona, sin necesidad de especial conocimiento o aprendizaje, pudiera asimilar las enseñanzas y trabajar con ellas. Él consideraba que aquellas personas que se habían especializado en filosofía o en cualquier campo definido se habían vuelto tan eruditas que tenían dificultad en comprenderlas y asimilarlas. Desechar el propio conocimiento y escuchar de verdad a Krishnamurti era algo que la persona culta encontraba muy difícil, pues debido a lo que había aprendido, tendía a comparar, a contrastar, a evaluar; no escuchaba realmente. Yo creo que la persona común tenía más posibilidades de comprender lo que Krishnaji decía que aquella altamente instruida.

EB: ¿Cuál era la postura de Krishnamurti respecto a la acción social?

PP: A la gente en la India le ha costado mucho entender su postura respecto a la acción social. Hay tanta desigualdad, tanta pobreza y privación, tanta miseria, que cualquier persona sensible, cualquier persona con una visión amplia del mundo consideraría que la acción social es la actitud correcta. El asunto adquirió particular relieve durante el movimiento Bhoodan de reforma agraria impulsado por Vinoba Bhave, quien había empezado su marcha por la India solicitando la donación de tierras, alegando que «la tierra, como el agua, no podía ser propiedad de nadie», y que aquellos que poseían tierras en exceso debían donarlas. Cada vez eran más sus seguidores. Krishnaji creía firmemente que esta clase de acción social era inútil y no promovería los cambios básicos que los activistas sociales presumían. Consideraba que no sería más que un cambio superficial, periférico. Pensaba, por otro lado, que quienes se volcaban en la acción social eran per a tan cierto!

Mi familia y yo habíamos estado muy involucrados en la acción política del movimiento de liberación y en la acción social de la revolución agraria. No comprendíamos por qué Krishnaji estaba tan en contra de todo ello, y entre nosotros solíamos decir: «Bien, Krishnaji está hablando de

algo que no entendemos». Pero, veinticinco años después, todos aquellos movimientos fracasaron: no se había conseguido nada con ellos. Vimos con nuestros propios ojos la verdad de lo que él decía. Estábamos muy lejos de nuestros objetivos; el movimiento no había producido ninguno de los resultados que imaginábamos. Habría sido mucho más beneficioso que nos hubiéramos dedicado al fundamental problema de la desdicha humana, lo cual significa volverse hacia el interior de uno, significa abordar la raíz del problema en uno mismo, en lugar de tratar de reformar la sociedad. Pero cuando la pobreza lo rodea a uno, parece que uno no puede simplemente decir que está trabajando en sí mismo, y no hacer nada. Krishnaji siempre había dicho que uno debe mantener su habitación limpia, que uno tiene cierto deber; que se debe a sí mismo y le debe a la sociedad el hacer todo lo posible por corregir la desigualdad, la miseria de la gente que hay alrededor de uno. Pero uno no puede hacer de ello el foco de su acción y de su vida, sabiendo que el foco está en su interior. Y a menos que ese centro esté en calma, a menos que uno comprenda las diversas causas de la desdicha, la mera actuación exterior es inútil.

EB: ¿Qué impacto tuvieron en su vida las enseñanzas de Krishnamurti?

PP: El impacto fue tremendo, increíblemente profundo. Aunque había escuchado a Krishnaji desde 1948, mi contacto con él fue mucho más directo cuando empecé a trabajar como secretario de la Fundación en 1976. Creo que, después de eso, el impacto fue tan enorme que no soy la misma persona. Mientras me dediqué a los negocios, fui un hombre competitivo; no me daba cuenta de muchos problemas de la vida en general y de mi propia vida. Para aislarme me volví insensible, aunque entonces no lo supiera. Ahora, al mirar atrás, veo lo cerrado, lo egocéntrico que me había vuelto. Pero cuando entré en contacto más directo con Krishnaji, él solía señalar ciertas cosas, y me orienté completamente hacia la comprensión de la enseñanza; y en este momento veo que no soy el mismo. Con esto no quiero dar a entender que me haya transformado ni nada semejante; simplemente creo que soy una persona mucho más sensible. Me siento lejos de gran parte de la confusión, el conflicto y el sufrimiento en los que generalmente se involucran los seres humanos. Pienso que las enseñanzas han tenido un profundo efecto en mí; han sido para mí algo indescriptible. Creo que, si una persona es capaz de prestar atención a lo que Krishnaji dice, la calidad de su vida será enteramente diferente, será un ser humano mejor.⁶⁶

Queremos producir cambios en el mundo: cambios económicos, cambios sociales; pero me parece a mí que no es posible originar realmente un cambio exterior significativo a menos que haya una revolución psicológica radical, una transformación.

LONDRES, CHARLA V, 1949

Queremos provocar una transformación por medio de leyes, de una revolución externa, por medio de sistemas; pero no nos hemos transformado interiormente. Interiormente estamos revueltos, confundidos; y sin que haya orden, paz y felicidad en nuestro interior, no puede haber paz y felicidad externas en el mundo.

BOMBAY, CHARLA III, 1948

Ingram Smith conoció a Krishnamurti en 1938; pero sería en 1949 cuando su trabajo de director de programación en Radio Sri Lanka le daría muchas más oportunidades de pasear y charlar con Krishnamurti. Su fructífera labor continuaría durante muchos años, y son numerosos y variados sus recuerdos y anécdotas. Éste es sólo uno entre tantos.

Hace referencia a una reunión de Krishnamurti con el maestro. Durante la asociación que mantuvo en su adolescencia con la Sociedad Teosófica, la creencia en los maestros era, como se ha mencionado anteriormente, un principio fundamental de la organización. Blavatsky, Besant, Leadbeater y otros decían haber recibido significativos mensajes a través de maestros visibles e invisibles.

El mismo Krishnamurti, al parecer, había escrito el pequeño libro *A los pies del maestro* justo después de su iniciación, durante la cual su supuesto maestro Kuthumi (también Kootthumi, o KH) le había dado ciertas instrucciones que, una vez escritas, constituyeron el famoso libro.

En diciembre de 1949 me fue relatada la más significativa, quizá, de las experiencias personales de Krishnamurti.

Ocurrió una tarde, durante su visita a Colombo, mientras nos alejábamos de la ciudad en automóvil para dar nuestro tonificante paseo vespertino. Gordon Pearce, que conocía a Krishnamurti desde su infancia y que habría de ser, aquel mismo año, el director de la escuela de Rishi Valley, ocupaba el asiento de delante, y Krishnaji y yo estábamos sentados atrás. A Gordon le gustaba hablar de los viejos tiempos, y esa tarde iba haciéndole preguntas a Krishnaji sobre aquella primera época.

«¿Es cierto —preguntó— que solía usted hablar con el maestro Kuthumi? ¿Realmente lo vio usted y habló con él?»

Fue para mí una gran sorpresa cuando Krishnaji respondió: «Sí». Y tras una pausa, repitió: «Sí, lo vi».

A continuación pasó a explicar lo que había sucedido. Nos contó que había hablado con Kuthumi una serie de veces, generalmente por la mañana temprano, mientras meditaba. Una mañana, nada más salir el Sol, Kuthumi apareció en la puerta de su cuarto. Hablaron durante un rato, hasta que Krishnaji, que había participado en conversaciones similares con anterioridad, decidió que quería algo más que una comunicación verbal; las palabras no eran suficiente. Necesitaba un contacto táctil: estar realmente con él, tocarlo. De modo que se levantó y caminó hasta el umbral iluminado por el Sol.

Entonces pronunció estas elocuentes palabras:

«Caminé a través de la figura. Me di la vuelta. Allí no había nadie. Nunca volví a ver al maestro Kuthumi».

No hubo más preguntas. Seguimos viajando en silencio.⁶⁷

INGRAM SMITH, COLOMBO, SRI LANKA, 1949

Para llegar lejos, uno debe empezar muy cerca; y el “cerca” es uno mismo, el “uno mismo” que uno debe comprender. Y a medida que uno empieza a comprender, verá que el conocimiento se disuelve y que la mente se vuelve entonces alerta, despierta y vacía por completo, sin centro; y sólo una mente así es capaz de recibir aquello que es verdad.

BOMBAY, 1957

«KRISHNAMURTI AÑADIÓ:
 “¡CIELO SANTO, EL MITO AL
 QUE YO EN UN TIEMPO ME
 AFERRÉ! CREÍ QUE HABÍA DE
 SER EL MAESTRO DEL MUNDO,
 CUANDO EN REALIDAD
 ERA UN JOVEN COMÚN, Y
 QUERÍA HACER TODO LO QUE
 UN JOVEN QUIERE HACER:
 ENAMORARSE, MONTAR
 EN MOTOCICLETA, HACER
 CARRERAS... ERA SIMPLEMENTE
 UN JOVEN. Y FORCEJÉ ENTRE EL
 MITO Y EL HECHO”.»
 DORIS PRATT

A COMIENZOS DE LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA, los viajes y las charlas habían sido particularmente profusos. En agosto de 1950, Krishnamurti sintió la necesidad de un retiro —un recogimiento—, que se pensó duraría un año, pero que de hecho se prolongó hasta enero de 1952. Aunque realizó algunos viajes, no habló públicamente. Al final de este período, dio una serie de doce charlas en Vasanta Vihar, Madrás, y continuó con el programa regular de charlas en Londres, Holanda, Ojai, etcétera.

1953 fue el año de la publicación de su primer libro importante: *Education and the Significance of Life* [*La educación y el significado de la vida*] —dejando a un lado su dudosa obra de juventud *A los pies del maestro*—. A éste le seguiría en 1954 *The First and Last Freedom* [*La libertad primera y última*], con prólogo de Aldous Huxley, un fragmento del cual aparece en la primera parte de este libro. Estas obras serían el principio de un incesante raudal de libros: unos cincuenta durante su vida, y otros que se publicarían después de su muerte.

La mala salud que asedió a Krishnamurti a lo largo de los años le hizo padecer frecuentes accesos de fiebre, algunos más graves que otros. Era un hombre frágil, con una constitución física debilitada por las enfermedades de la niñez, y sólo los extremos cuidados que dispensó a su cuerpo le permitieron llegar a su edad anciana. Era muy meticuloso con la dieta (vegetariana durante toda su vida) y hacía ejercicio con regularidad. La práctica diaria de *yoga* lo mantuvo flexible y ágil; siempre aseguró que, para él, el *yoga* no estaba relacionado con otra cosa que la fuerza y flexibilidad física, y no era un “ejercicio espiritual”. Los paseos diarios fueron una constante en su vida; no sólo formaban parte de un régimen físico, sino que le aportaban el sustento de la comunión con la naturaleza.

En el transcurso de aquellos años se fundó en Bombay una nueva escuela, promovida por Nandini Mehta, hermana de Pupul Jayakar, que como ella había sido componente del grupo inicial formado en torno a Krishnamurti a su regreso a la India en 1947. Posteriormente, las dos hermanas estuvieron presentes en “Ooty” mientras se desarrollaba una continuación del extraño “proceso”.

La escuela, denominada Bal Anand, es un centro de actividades extraescolares donde los niños de la calle, o sin recursos, se reúnen para participar en talleres de artesanía y de *yoga*. Su ambiente afectuoso, enriquecido por las actividades culturales, ofrece a estos niños necesitados un oasis. Con el tiempo, la escuela pasaría a formar parte de la Fundación Krishnamurti de la India.

Varios años más tarde, en uno de los continuos viajes, que constituirían la estructura misma de la vida de Krishnamurti, los acontecimientos cambiaron drásticamente de rumbo. Una vez más, coincidiendo con su estancia en la India, Krishnamurti enfermó gravemente. La gira de charlas planeada, que incluía Helsinki, Londres, Biarritz, Ojai y Sydney, tuvo que cancelarse. Durante un período de recuperación en Suiza con Rajagopal, la frágil relación entre estos dos hombres alcanzó su punto de ruptura, y nunca se restableció realmente. Entre otras cosas, Rajagopal dijo que se había cansado de ser el “agente de viajes” de Krishnamurti; y se marchó, dejándole el dinero justo para pagar la cuenta del hotel.

En aquella época tumultuosa, sin embargo, una nueva idea había empezado a germinar: en vez de viajar incesantemente, ¿por qué no establecer un centro en Europa donde pudieran celebrarse reuniones anuales? Los viajes quedarían entonces restringidos a dos o tres localidades por año. Y así nacieron las reuniones de Saanen, que se celebrarían durante los veinticinco años siguientes.

Tres mujeres inglesas serían en gran medida las responsables del enérgico trabajo realizado primero en Inglaterra y después en Europa. Se trataba de Doris Pratt, Mary Cadogan y Dorothy Simmons.

Doris Pratt había sido la organizadora del trabajo en Inglaterra durante varios años. Había actuado, en cierto sentido, como ayudante de Rajagopal, dando cuenta a éste y haciéndole entrega de los fondos, y llevando una estricta contabilidad del dinero gastado. Doris continuó siendo una amiga y colaboradora hasta el día de su muerte.

DORIS PRATT

ORGANIZADORA DE LAS CHARLAS DE KRISHNAMURTI, LONDRES

Recuerdo una entrevista con Krishnaji en la que le dije que quería discutir mi problema. El problema era que quería dejar de fumar. Me dijo: «Señorita Pratt, me ha hablado usted de su problema, pero, en realidad, las cuestiones son cuatro. El hecho es que usted fuma, y a él se une, en primer lugar, la falacia de que fuma y le gusta. La segunda falacia es que desearía no fumar; y de ella surge a continuación el ideal: usted desearía ser ese ideal, alguien que no hubiera fumado nunca. Y por último, existe el vacío interior que le hace a uno fumar, volcarse en el sexo, o cualquier otra cosa». De modo que había un conflicto entre el hecho y el vacío, y en medio de él estaba la falacia, el mito. Un momento después añadió: «¡Cielo santo, el mito al que yo en un tiempo me aferré! Creí que había de ser el maestro del mundo, cuando en realidad era un joven común, y quería hacer todo lo que un joven quiere hacer: enamorarse, montar en motocicleta, hacer carreras... En aquel tiempo era simplemente un joven. Y me debatí entre el mito y el hecho».

Doris tuvo desde el principio la oportunidad de mantener largas y reflexivas conversaciones con Krishnamurti. En una de ellas él disertó sobre la naturaleza del pensamiento y la relación de éste con el amor:

El pensamiento destruye el amor, ¿no es cierto? Porque mientras la mente está ocupada pensando, es una mente inútil, que da vueltas sin cesar a sus propias ocupaciones, a sus propios intereses; y sólo puede haber amor cuando existe de fondo un vacío, un silencio que el amor pueda llenar. El amor no puede entrar mientras esté presente el pensamiento, ¿no es así? Yo no creo que sea posible. Podemos decir que amamos, pero el amor que conocemos es posesivo; incluye los celos e incluye la envidia y el temor: el temor de perderlo. El amor del que él hablaba y que él ejemplificó y vivió tan magníficamente es, sin embargo, un amor que no conoce semejantes restricciones y que nace de un profundo silencio.

Estas palabras que Krishnamurti comunicó a Doris Pratt en una época temprana revelan un equívoco reconocimiento de su papel de maestro:

«Las lágrimas del mundo han creado al maestro del mundo.»⁶⁸

PREGUNTA: ¿DE QUÉ MODO DEBERÍA UNO VIVIR SU VIDA DIARIA?

Si le quedara una hora de vida nada más, ¿qué haría usted? ¿No pondría en orden sus asuntos terrenales? [...] ¿No pediría perdón a su familia y amigos [...] y, a su vez, los perdonaría? ¿No moriría por completo a las cosas de la mente, a los deseos y al mundo? Y si es posible hacer esto durante una hora de vida, entonces también es posible hacerlo durante los días y los años que puedan quedar.

COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR, 1956, 1959, 1960

La guerra había sacudido y cambiado las vidas en todo el mundo, poniendo en tela de juicio viejos valores y formas de pensar. Una de las personas que en aquel momento buscaba nuevas respuestas era Mary Cadogan. Ella relata la historia de cómo empezó la búsqueda y de las consecuencias que tendría. Durante alrededor de treinta años, Mary Cadogan ha trabajado para la Krishnamurti Foundation Trust, ocupándose principalmente de coordinar la labor de los diversos Comités europeos y de la publicación de los libros de Krishnamurti. Es a su vez una conocida escritora.

MARY CADOGAN

ESCRITORA, LONDRES, INGLATERRA

EB: Mary, ¿cómo entró en contacto con Krishnamurti en un primer momento, y qué significaron para usted sus enseñanzas?

MC: Es interesante conversar sobre esto, porque yo pertenezco a una generación que llegó a Krishnamurti de una forma nueva, a finales de la década de los cuarenta, poco después de que terminara la II Guerra Mundial. Hasta entonces, su público había sido mayormente un público teosófico, compuesto sobre todo por personas que antes habían formado parte de la Orden de la Estrella. Después de la guerra, Krishnamurti despertó el interés de muchas personas jóvenes, que no tenían ninguna relación con aquel pasado y que le veían en un contexto completamente nuevo. Éste fue el lento comienzo de lo que habría de ser una explosión de interés a principios de los sesenta.

Krishnamurti había pasado los años de la guerra en América, desconectado del público y los lectores europeos. A mediados de los cuarenta, yo era una mujer joven que, como otros que habían sobrevivido a la guerra, se daba cuenta de que la vida era un bien infinitamente precioso. Queríamos descubrir de verdad cómo utilizarla, a fin de no volver a quedar atrapados en los terribles conflictos del nacionalismo. Yo sentía que lo que buscaba sólo podría encontrarlo en el ámbito de las religiones, pero no sabía exactamente qué era. Examiné la religión en la que me había criado, el cristianismo, y vi que, para mí, no ofrecía todas las respuestas. Era simplemente mi condicionamiento.

En el transcurso de la guerra había ido viendo que el condicionamiento religioso y político era, al parecer, una casualidad dependiente del nacimiento, y sentía que tenía que haber algo por encima y más allá de las limitadas ortodoxias y las opiniones recibidas. Si yo, por ejemplo, hubiera nacido simplemente unos cientos de kilómetros más al Este, habría sido alemana, y habría estado en el bando opuesto durante el conflicto. Además, tenía plena consciencia de la base cultural de las personas judías, ya que un gran número de ellas había llegado al Sur de Inglaterra buscando refugio del nazismo. Fui a la escuela con chicas de diferentes países, a las que nunca hubiera conocido de no haber sido por la guerra.

Así es que, a mediados de los cuarenta, empecé a examinar otros enfoques religiosos..., el *yoga*, el Vedanta de Ramakrishna, y luego la Teosofía. La Teosofía tenía el atractivo de su internacionalismo, aunque a mí particularmente me sonaban a charlatanería algunas de sus explicaciones místicas. Ahora bien, me dio a conocer los libros de Krishnamurti, y, en cuanto empecé a leerlos, me di cuenta de que me encontraba ante algo diferente



«ME PARECIÓ MÁS
AUSTERO DE LO QUE HABÍA
IMAGINADO [...]. EL HECHO
ES QUE ERA APREMIANTE,
APASIONADO, MUY SERIO...,
EN ALGUNOS ASPECTOS,
EXTREMADAMENTE SEVERO
CON QUIENES LO
ESCUCHABAN.»
MARY CADOGAN

de todo lo que conocía, escrito por alguien a quien su modo de utilizar las palabras hacía único. Y lo sentí incluso al leer sus escritos de juventud, porque apuntaban a eso que estaba más allá de las palabras: a lo inconmensurable. Leí también, por supuesto, sus libros posteriores, que provocaron en mí una respuesta. No era sólo que Krishnamurti utilizara el lenguaje con una sensibilidad extraordinaria, sino que, hasta en el nivel lógico, lo que decía era inexorable e imposible de refutar. No obstante, al principio me resistí un poco. Me decía a mí misma: «Este hombre nos quita las muletas antes de habernos enseñado a andar», ¡lo cual es cierto, claro! Es de una revolución de lo que él hablaba; una revolución personal, individual: un cambio fundamental del conjunto de valores que una siempre había defendido, incluidas todas las imágenes sutiles y recónditas de una misma. Hasta aquel momento, mi búsqueda religiosa había sido de naturaleza más bien tranquilizadora, pero de pronto, gracias a Krishnamurti, vi la transparencia del complicado ropaje en el que había envuelto al ego.

EB: ¿Podría describir cuál fue su respuesta cuando vio a Krishnamurti en persona por primera vez?

MC: Sí. Lo conocí a principios de los años cincuenta, con ocasión de unas charlas que estaba dando en Londres. Yo vivía entonces en el campo, a unos 75 kilómetros. Cuando mi marido y yo supimos que iba a venir a Londres, la alegría fue inmensa; sin embargo, me quedé un tanto perpleja al ver a Krishnamurti en la realidad. Yo esperaba encontrar a un hombre bello y carismático; y lo era, pero me pareció más austero de lo que había imaginado. La imagen que debía yo de tener era la de alguien de quien emanarían una tremenda calidez y serenidad. El hecho es que era apremiante, apasionado, serio..., pero demasiado severo con quienes lo escuchaban. He visto cómo, con el paso de los años, ha ido mostrando una mayor ternura; y ha sido más clara también la sensación de una verdadera comunicación individual, de modo que, cuando habla a varios cientos o a varios miles de personas, sigue siendo capaz de hablar como si de hecho estuviera charlando con un amigo. En aquellos primeros tiempos no creo que era del todo capaz de hacerlo.

Tuve la gran fortuna de que Doris Pratt, que era quien había organizado aquellas charlas de Londres, me preguntara si queríamos conocer personalmente a Krishnamurti después de su charla, y por supuesto dije «Sí». Nos reunimos con él en una pequeña habitación, y la impresión que tuve de él entonces fue bastante diferente, ya que existía la calidez de estar en presencia de alguien que le ofrece a una su total atención. Ser receptora de esa atención era una experiencia profundamente satisfactoria. Todos los matices de la explotación entre los seres humanos quedaban reducidos a cenizas en su presencia. Aunque había una esencial atención, no existía ni remotamente la menor utilización emocional. Esto me intrigaba; me di cuenta, incluso en aquel breve primer encuentro —y es algo que después he sentido muchas veces—, de lo extraordinariamente abierto que era. En cierto sentido, aunque era un varón, había trascendido lo masculino y lo femenino. No era ni hombre ni mujer, ni oriental ni occidental, ni joven ni viejo. Había en él una verdadera universalidad.

EB: Un ser humano que no estaba dividido ni encuadrado en ninguna categoría.

MC: Exactamente. Supongo que eso podría hacer pensar que se trataba de alguien aburrido, monótono, pero no lo era en absoluto. Había en él una

inmensa vitalidad que nunca he conocido, no de esa manera, en ninguna otra persona.

EB: Ha hablado usted de que había en Krishnamurti una cualidad diferente, la cualidad de “lo otro” por así decirlo. ¿Cómo se manifestaba esto?

MC: Hay muchas anécdotas que podría contar, pero tal vez, para mí, como mejor se expresaba eso era en su extraordinario reposo e interioridad, y en aquella belleza que no era una envoltura externa, sino algo que le emanaba de adentro.

EB: Después de este primer encuentro, ¿cuándo volvió a tener contacto con él?

MC: Continué leyendo sus libros—entonces no había discos, cintas magnetofónicas ni vídeos— y, cuando Krishnamurti venía a Londres, se me invitaba con frecuencia a participar en pequeños grupos de diálogo. Pregunté si podía entrevistarme con él (en aquel tiempo dedicaba mucho tiempo a hablar con las personas individualmente). La cuestión que me inquietaba era que una parte de mí—una parte de la mente intelectual, consciente— se negaba a estar en silencio, y yo sentía que, sin el silencio y los intervalos entre pensamientos que él había descrito, no podía avanzar en mi comprensión. Luego la pregunta que le hice era: «¿Por qué no soy capaz de estar en silencio?». Antes de la entrevista, pensaba que ésta era una pregunta válida. Entré a la habitación y él estaba allí sentado, muy quieto y silencioso, casi abrumadoramente silencioso. ¡Sentí que ni siquiera debía abrir la boca para preguntar! De algún modo, su actitud me ofrecía ya elementos que contenían las “respuestas” a mi pregunta. Cuando finalmente la formulé, la recibió en completo silencio. Yo, un tanto nerviosa, ya que a una no siempre le gusta estar sentada en silencio con otro ser humano, seguí hablando compulsivamente, tratando de expresar algunas preguntas más. Tampoco esta vez hubo demasiada respuesta por su parte..., y entonces sencillamente me detuve. Sentí: «¡Qué gran decepción, qué absoluta pérdida de tiempo! Ha sido una locura solicitar una entrevista. No estoy preparada; debería salir ahora mismo de la habitación y no volver jamás».

Krishnamurti se volvió hacia mí y me preguntó: «Y bien, ¿de qué quería usted conversar realmente?». Habló un poco acerca de la quietud, pero pronto lo dejó. Lo que hizo—y me doy cuenta de que éste era su valor supremo— fue simplemente colocar ante mí un espejo. De una forma en que nunca antes habría podido hacerlo, me vi. La pregunta con la que había llegado perdió de pronto toda relevancia: de hecho, no era una pregunta, y no tenía respuesta. Me di cuenta de que había estado dando vueltas a las cosas de un modo que no era fructífero; y lo sorprendente de ello es que él había dicho muy poco.

EB: Cuando dice que colocó un espejo ante usted, ¿qué fue exactamente lo que hizo Krishnamurti? Debió de decir algo que la hiciera verse a sí misma.

MC: Creo que era su absoluta quietud. El espejo era ése... y su modo creativo de escuchar. Anteriormente me había empeñado en encontrar una supuesta quietud de manera artificial.

A continuación me hizo varias preguntas que me parecieron irrelevantes, aunque probablemente no lo fueran; o tal vez su finalidad era hacer que me relajara. Creo que lo que quería decirme en todo momento era: «Despiértese y mire; no ha mirado usted realmente los niveles más profundos de sí misma». Quería hacerme ver que, en realidad, lo que estaba haciendo era mirar a través de pantallas de imágenes.

Lo único que puedo decir es que, cuando salí de la habitación, era una persona diferente de la que había entrado. Digamos que fue como mirarme en un espejo de rayos X que hiciera visibles todas las capas.

Después de aquello sentí que mi relación con lo que Krishnamurti decía se hizo plenamente real. En 1958, tras consultarlo con Krishnamurti y Rajagopal (que era el responsable absoluto de las oficinas de Krishnamurti Writings, Inc. en América, la India y Gran Bretaña), Doris Pratt me preguntó si quería hacerme cargo de la oficina de Londres, que cubría el trabajo de Europa, la Commonwealth y muchas otras partes del mundo. Por supuesto dije que sí, que me encantaría, pero que trabajaría principalmente desde casa porque tenía un bebé al que cuidar. En la oficina no había entonces, ni mucho menos, el ajetreo que empezaría a haber poco después.

Le pregunté a Krishnamurti si el interés en su obra, que empezó a florecer en los años sesenta, podía haber ocurrido antes. Él dio a entender que la “revolución” sucedió entonces porque aquel era el momento en que debía suceder. Las cosas estaban cambiando en todo el mundo. Muchas de las viejas tradiciones y restricciones se estaban derrumbando: cambió la forma de vestir, de hablar, de pensar de la gente; se trascendieron las limitaciones de clase, las distinciones raciales y nacionalistas. Y uno de los factores que desencadenó en parte este cambio fue la publicación de un libro de Krishnamurti: *La educación y el significado de la vida*, en 1953, seguido de *La libertad primera y última*. Éstas y las obras subsiguientes llegaron a amplios sectores de público. Muchas de las personas que asistían a las charlas comentaban que su primer contacto con Krishnamurti había sido la lectura de *La libertad primera y última*.

Krishnamurti dio un paso decisivo en 1961, al iniciar las reuniones internacionales de Saanen, Suiza. En aquella época las decisiones en cuanto a dirección y gestión (si es que pueden llamarse así) no se consultaban con Krishnamurti. Creo que fue más o menos entonces cuando dimitió del consejo de administración de Krishnamurti Writings Inc., pero hacía tiempo que no tenía una participación activa en el consejo.

EB: ¿Estaba en él como figura decorativa?

MC: Él sentía que lo correcto era formar parte de la compañía, ya que, después de todo, se habían aportado mucha energía y mucho dinero en su nombre. Hasta entonces había confiado a otros el trabajo, pero probablemente estaba empezando a darse cuenta con mayor claridad de que debía tomarse un interés más serio y activo, puesto que el trabajo no prosperaba tal como hubiera sido de esperar.

Recuerdo haberle dicho en aquellos primeros años de la década de los sesenta: «Ojalá se ocupara más de la forma en que se realiza el trabajo», y explicó que tenía intención de hacerlo. Debo decir que siempre cumplió su palabra, incluso algunas veces en situaciones muy difíciles.

Volviendo a 1961. Krishnamurti sugirió que la reunión internacional se celebrara en Suiza porque había sido tradicionalmente un lugar neutral. Además, le encantaba el paisaje montañoso de la meseta de Berna, que conocía bien. Se escogió Saanen, y se decidió que algunos de nosotros constituyéramos el comité organizador de aquellas reuniones, que no estaba directamente conectado con Krishnamurti Writings, Inc. u otras organizaciones. La reunión anual, de varias semanas de duración, dio un nuevo ímpetu al trabajo. Este ímpetu surgió de Europa, pues en aquellos momentos no parecía haber demasiado movimiento en California, que



EN SAANEN (SOBRE ESTAS LÍNEAS) LOS ENCUENTROS CONTINUARON DURANTE VEINTICINCO AÑOS. FUERON UN EXTRAORDINARIO FOCO DEL TRABAJO DE KRISHNAMURTI EN EUROPA.

unos años antes había sido el centro de la actividad. En la India, sin embargo, las cosas marchaban bien; se habían abierto escuelas de la Foundation for New Education, inspirada en Krishnamurti.

Las reuniones de Saanen continuaron durante veinticinco años, y la afluencia de público fue cada año mayor. Saanen era un foco extraordinario; la decisión de abrir una escuela en Europa (finalmente, como es obvio, esta escuela sería Brockwood Park, en Inglaterra) quizá nunca se hubiera tomado de no ser por la vitalidad y el estímulo de tantas personas seriamente motivadas.

La gran carpa en la que se celebraban las reuniones, que podía, física y psicológicamente, “desmontarse” al finalizar cada encuentro, parecía especialmente apropiada para las charlas de Krishnamurti en Suiza. Acudió mucha gente joven de todo el mundo durante los llamados “períodos florecientes”, pero el número de personas de todas las edades que siguió asistiendo para escuchar a Krishnamurti en Saanen y en otros sitios no decreció a través de las décadas. Si uno observa cualquiera de estas reuniones, creo que podría decir que siempre han sido una muestra representativa del total de la humanidad.

Un día Krishnamurti quiso saber, con cierta premura, cómo seguiríamos desarrollando el trabajo después de su muerte. Entonces, de la forma más inesperada, me encontré preguntándole: «Cuando Krishnamurti muera, ¿qué sucederá con toda la energía y la comprensión que él es? ¿Continuará existiendo de alguna manera..., seguirá existiendo a través de nosotros?». Su respuesta fue clara y tajante. Me tomó la mano y, con la intensidad que caracterizaba sus momentos más serios, dijo: «Desde luego que sí..., siempre que los fundamentos sean los correctos». Su contestación a aquella pregunta salida de lo más hondo de mí pareció en aquel momento, y retrospectivamente, solemne, profunda, expansiva y positiva. Krishnamurti siempre respondía a las preguntas teniendo en cuenta su contexto: no existía para él tal cosa como un interrogante o problema estático, aislado. Y no existían las respuestas rígidas. Parte de su gran legado es que nos ha dejado con preguntas y exploraciones, en lugar de respuestas y palabras tranquilizadoras.⁶⁹

La última del trío de mujeres inglesas es Dorothy Simmons. Llevada por un enérgico, apasionado y profundo interés en el trabajo de Krishnamurti, fue la directora fundadora del centro educativo Brockwood Park, y su más sólido puntal en los comienzos. Una vez más, lo importante en materia de educación

sería en parte la excelencia académica, pero también el afectuoso interés por el estudiante, y no sólo el atiborrarle de información con vistas a que apruebe unos exámenes.

El otro aspecto de Brockwood Park está relacionado con el aprender a convivir, ya que, en el marco de un internado, alumnos y profesores viven en gran proximidad. Ése es, quizá, el aspecto del vivir que supone un mayor reto, y que ha obligado a hacer ajustes en todos los sentidos.

DOROTHY SIMMONS

DIRECTORA FUNDADORA DEL BROCKWOOD PARK EDUCATION CENTER, BRAMDEAN, CERCA DE ALRESFORD, INGLATERRA

DS: Considero un inmenso privilegio el haber colaborado con Krishnaji, e incluso el haber vivido en la misma época. Lo abrió todo en mí. Él era un artista del vivir, y ésa era su belleza. Daba con generosidad. Su belleza era la generosidad y la dicha de su vida; se le veía feliz con la vida, aun dándose cuenta de todo el sufrimiento y los problemas. Lo que quería hacer, creo yo, era revelar cómo uno, por sí mismo, podía poner fin a las desdichas a través del conocimiento propio. Eso es lo que siento que él quería realmente compartir con nosotros.

Krishnaji se educó a sí mismo, y no lo hizo tomando como referencia lo que había ocurrido antes, basándose en la historia. Echó una ojeada a la historia y vio que somos consecuencia de ella. Su forma de abordar el aprendizaje fue diferente, no fue en absoluto académica. Abordó el aprendizaje a través de los sentidos; no de la acumulación de conocimiento y de las referencias a los sucesos del pasado, sino de cómo podía afrontarse hoy, en este instante que nunca antes ha sucedido. Ésa es una diferencia muy fundamental. No era a través del conocimiento, sino a través de la sensible percepción de todo lo que no era él mismo.

EB: ¿A qué se refiere con «sensible percepción de todo lo que no era él mismo»?

DS: Cada persona tiene su vida. Cada persona es única, en cierto modo, pero es también idéntica al resto de la gente. Sin embargo, ahí afuera todo un mundo está naciendo, un mundo que es nuevo, que es un milagro, y que habla de su propia vida y energía. Krishnaji percibía eso. Todo lo que no es una misma está ahí afuera; el no-yo es lo que constituye la vida.

Realmente, la vida es energía, y Krishnamurti prestaba gran atención a su propia energía: la alimentaba, cuidaba de ella, era muy meticuloso con lo que comía; todo tenía importancia. Y tras haberse ocupado de esto y haber hecho a su cuerpo todo lo sensible que podía ser, pasaba a ver qué más había en el mundo; se relacionaba con ello, y recibía por tanto comunicación sobre la clase de energía que existía en la vida. Todo se intercomunica y sustenta como fruto de este modo de abordar la vida, en el que uno tiene interés en sí mismo, pero tiene interés también en todo lo demás, y recibe así la comunicación que la vida está emitiendo constantemente.

El afecto es el principio de cómo afronta uno cualquier cosa. No es posible ver ni percibir nada si no hay afecto... Pero creo que el afecto ha de calar hasta lo más profundo; tiene que generar una energía, en realidad una pasión, si uno quiere compartir con otra persona, o con todas las personas, lo que fuere que haya percibido. Es la pasión con la que Krishnaji recibía de la vida, y daba a la vida, lo que le confería la cualidad que él otor-



VISTA AÉREA DEL CENTRO EDUCATIVO DE BROCKWOOD PARK, HAMPSHIRE, INGLATERRA.

gaba al mundo. A mi entender, era un grandioso afecto —era el amor— la cualidad vital de su modo de abordar la vida. Es lo más maravilloso que existe; no hay nada que uno pueda hacer sin ello, nada en absoluto.

EB: ¿Qué relación tenía la presencia de Krishnamurti con la enseñanza?

DS: Bien, él *era* las enseñanzas, aunque vacilo un poco al utilizar la palabra “enseñanzas”. Esta palabra lo hace finito, y yo creo que se trataba de una búsqueda en curso, una aventura, que él personificaba... Él era las enseñanzas: las vivía, y esto se plasmaba en el cuidado y la atención que prestaba a todo y en la profundidad de su pasión y su afecto hacia la humanidad... Sí, creo que su presencia causaba un impacto; la aligeraba a una, la elevaba. Era portador de una cualidad singular y fuerte, y las personas se sentían unidas entre sí y trataban de recibir la seriedad y la pasión a las que él daba vida y que entregaba a la vida.

Lo que fue Einstein con respecto a Newton es lo que era Krishnaji para nosotros: abrió un camino nuevo. Vio que nuestra conducta era infantil, que estábamos autodestruyéndonos porque no éramos capaces de ver y no teníamos control de nuestras emociones. Éramos criaturas con una formidable facilidad para destruir, herir y dañar, y él dijo: «Les daré los instrumentos para ayudarles a crecer, a fin de que puedan ser responsables de sus acciones y de su forma de vivir»; y eso es exactamente lo que hizo. Dijo: «Su codicia, sus miedos, su egoísmo, su ira y su agresividad les están impidiendo recibir todo este mundo increíble. Así pues, emprendan un viaje interior, y descúbranse y crezcan. Dejen ya de ser infantiles», que es realmente lo que somos.

Él veía que el mundo llevaba mucho tiempo estancado, que era todavía adolescente; y acrecentó nuestra consciencia, porque vio que era nuestra conducta lo que entorpecía toda profundización, toda responsabilidad en cuanto al estado del mundo.

EB: ¿Cuáles eran los propósitos de Krishnamurti respecto a Brockwood y las demás escuelas?

DS: En realidad, si una lo piensa, lo único que se puede hacer en una escuela, y probablemente lo que Krishnaji hacía, es mostrar que hay una forma diferente de vivir. Eso es todo cuanto en realidad se puede comunicar, pues todo radica en el comportamiento; ésa es la esencia de lo que Krishnaji revelaba. No creo que pueda enseñarse; simplemente puede darse a conocer por la forma en que uno vive, en que él vivía. Hay algunas cosas que se pueden hacer, y otras que no, y es necesario transmitir esto a la gente joven. Se debe educar a la persona sobre el modo en que ha de comportarse en la vida, en relación con todo y con todos.

EB: ¿Qué nos impide tener un comportamiento correcto y comprender las enseñanzas de Krishnamurti?

DS: ¿Quiere decir por qué no vivimos las enseñanzas? Porque nuestra atención es muy leve. No prestamos a las enseñanzas atención total. Pensamos en ello, pero con eso no basta; lo que hacemos así es intelectualizarlo y situarlo en la lejanía. No lo sentimos apasionadamente. Si lo hiciéramos, todas estas tonterías que nos encadenan se desprenderían sin más. El problema es que nos decimos que lo haremos más adelante, porque nos gustan las cosas que nos gustan, y nos resultan fáciles y familiares.

EB: ¿Cómo se realiza el aprendizaje en Brockwood? Krishnamurti habló de que a un bebé no se le enseña a andar, a hablar, etcétera.

DS: Hay una historieta muy bonita que me contaron en los comienzos de

«ES LA PASIÓN CON LA QUE KRISHNAJI RECIBÍA DE LA VIDA, Y DABA A LA VIDA, LO QUE LE CONFERÍA LA CUALIDAD QUE ÉL OTORGABA AL MUNDO. A MI ENTENDER, ERA UN GRANDIOSO AFECTO —ERA EL AMOR— LA CUALIDAD VITAL DE SU MODO DE ABORDAR LA VIDA.»
DOROTHY SIMMONS

La primera exigencia, entonces, el primer reto es observar "lo que es", lo cual significa conocerse a sí mismo tal como uno es realmente, no como debería ser, pues ése es un juego pueril, un forcejeo inmaduro carente de significado: mirar la violencia, observarla. ¿Es uno capaz de mirar? Y ¿cómo mira? Éste es un problema extraordinariamente difícil, ya que hay ciertos factores que necesitamos comprender con mucha claridad. En primer lugar, debemos observar sin identificación, sin la palabra, sin espacio entre el observador y la cosa observada; debemos mirar sin la imagen, sin el pensamiento, para poder ver las cosas tal como son de hecho. Esto es muy importante, ya que si no sabemos cómo mirar, cómo observar lo que somos, crearemos inevitablemente un conflicto entre lo que vemos y la entidad que ve.

CHARLAS CON ESTUDIANTES AMERICANOS, 1970

Brockwood y que me impresionó mucho. Había una niña tratando de enhebrar una aguja, y no lo conseguía. Su madre se acercó, tomó la aguja y un instante después le dijo: «Aquí tienes, hijita». Y la niña contestó: «Mamá, yo no quería una aguja enhebrada; quería enhebrar la aguja». Sentí que ésa era la forma de empezar a enseñar. En realidad, no era posible enseñar nada en absoluto; lo único que una podía hacer era eliminar las barreras para que el niño o la niña aprendieran por sí mismos.⁷⁰

Al tiempo que un ardiente interés y entusiasmo por la obra de Krishnamurti se extendía en Inglaterra, nació una nueva relación con el físico David Bohm, que habría de ser importantísima tanto para él como para el mismo Krishnamurti.

Bohm era un hombre de gran agudeza intelectual, capaz de explorar cualquier cuestión con toda intensidad y a la vez con la cautela del científico.

Durante los años de la guerra trabajó en la “dispersión de las partículas nucleares” bajo la supervisión de J. Robert Oppenheimer. Fue nombrado profesor adjunto de la Universidad de Princeton en 1946, donde entablaría interesantes debates con Einstein. Sin embargo, el clima de miedo dominante a lo largo de la era McCarthy hizo que muchos artistas, científicos e intelectuales tuvieran que explicar sus puntos de vista, que no siempre se avenían con los de un comité de la Cámara de Representantes de Estados Unidos. El Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara presentó acusaciones contra Bohm, y el hecho de que él, por principio, se negara a testificar fue considerado un desacato al Congreso. Esto obviamente afectó a su trabajo en Estados Unidos, y se marchó a trabajar a Brasil, después a Technion en Israel, y más tarde a Londres, donde se estableció y fue profesor de física teórica en Birkbeck College. Fue exculpado de los cargos por desacato, y finalmente se le autorizó a viajar a Estados Unidos.⁷¹

Sus encuentros con Krishnamurti se hicieron leyenda y dieron una renovada perentoriedad al término “diálogo” como fundamento de la enseñanza de Krishnamurti. «Explorando juntos, como dos amigos sentados bajo un árbol», «reflexionando juntos» es el modo en que se ha descrito este proceso. Como quiera que uno lo defina, el diálogo es una forma antigua y a la vez nueva de observar y cuestionar la condición humana.

DOCTOR DAVID BOHM FÍSICO, LONDRES, INGLATERRA

EB: Doctor Bohm, ¿podría contarnos cómo entró usted en contacto con Krishnamurti o con su enseñanza?

DB: Bueno, mi trabajo en el campo de la física siempre había despertado en mí un interés general por las cuestiones filosóficas relacionadas con los fenómenos físicos, y en un sentido más amplio, universal, por la relación que pudieran tener con la constitución de la naturaleza y del ser humano. Uno de los recientes descubrimientos de la física que guarda cierta relación con el trabajo de Krishnamurti se encuentra en la teoría cuántica, basada en el hecho de que, como se ha descubierto, la energía existe en unidades discretas que no son divisibles.

EB: ¿Podría aclarar el significado de la palabra “discretas” en ese contexto?

DB: Un punto de vista es que la materia es continua, que fluye, y el otro punto de vista es que está compuesta por átomos, que son discretos, pero tan nu-



DAVID Y SAREL BOHM,
LONDRES, 1987.

No existe ningún método. Lo único que existe es la atención, la observación.

NUEVA DELHI, 1966

merosos que aparentan ser una continuidad. Como granos en un reloj de arena, fluyen igual que si fueran agua; pero obviamente están formados por unidades discretas. El caso es que la noción de la atomicidad o discreción de la materia tenía vigencia desde hacía cientos de años; sin embargo, a principios del siglo xx se descubrió que la energía es discreta también. La energía llega en unidades, aunque al ser diminutas no son fáciles de ver, y su número es tan inmenso que parecen continuas. Bien, ese descubrimiento tiene consecuencias muy importantes, pues significa que las cosas no pueden separarse unas de otras. Si dos cosas interactúan movidas por una energía que no se puede dividir, ese vínculo es indivisible. Por consiguiente, en un sentido fundamental, el universo entero es indivisible, y en sentido particular, eso quiere decir que la cosa observada y el aparato que la observa no pueden realmente separarse. Nosotros ya teníamos constancia de esto: de que el observador no puede separarse de lo observado. De hecho, cuando uno observa, la cosa observada cambia porque esa interacción no puede reducirla por debajo de cierto nivel, y eso hace que haya una transformación del objeto observado en el acto mismo de la observación. Yo ya me había fijado en la semejanza que esto guarda con la conciencia: si uno trata de observar su pensamiento en detalle, el hilo de pensamiento entero cambia. Está claro, ¿no? Luego en la conciencia no puede haber separación entre el observador y lo observado. El observador cambia lo observado, y lo observado cambia al observador; así pues, existe una misteriosa cualidad que la física no comprendía realmente.

EB: ¿Fue esta parte de su observación, tanto científica como filosófica, lo que le puso en contacto con Krishnamurti?

DB: Así es. Permítame añadir una cosa más. Mi interés en la física... Yo siempre me había inclinado a pensar que mis reflexiones acerca de la física eran algo que de hecho debía de estar sucediendo dentro de mí. Sentía que había un paralelismo entre lo que existe en la conciencia y lo que existe como materia en general, y que lo mismo podía decirse del movimiento: el movimiento que uno ve en el exterior, lo siente interiormente. En un sentido amplio, por tanto, sentía que aprehendíamos directamente la naturaleza de la realidad en nuestro propio ser.

EB: ¿Había investigado usted esto junto con otros profesores, o filósofos, o era un asunto puramente científico y una observación particular, de usted?

DB: En aquellos momentos era probablemente una percepción mía. La cuestión del observador y lo observado se había estudiado obviamente en la mecánica cuántica a fin de ver sus implicaciones, y fue estudiada en especial por Nils Bohr, que de hecho tenía influencias del filósofo americano William James. James había desarrollado una idea sobre el fluir de la conciencia, basada en lo que hace un momento he explicado. En realidad, esa idea vino a mí de forma independiente en cuanto leí acerca de la teoría cuántica. Existía una analogía entre ese flujo de pensamiento y el comportamiento de la materia. De aquí nació mi interés en la ciencia. Además, quería comprender la naturaleza universal de la materia, cuestiones como la causalidad, el tiempo y el espacio, y la totalidad: quería comprenderlo todo.

EB: ¿Es esto algo que compartan otros científicos? ¿Son similares sus percepciones?

DB: Lo comparten aquellos que se inclinan por esta tendencia, pero la mayoría no. La mayoría de los científicos tienen una orientación muy pragmática,

y quieren principalmente obtener resultados. Lo que les gustaría es crear una teoría que pudiera predecir con exactitud la materia y controlarla; no obstante, hay unos pocos que sienten interés por esta cuestión; Einstein, por ejemplo. He de decir que mantuve con él algunos debates sobre la teoría cuántica mientras trabajé en Princeton. La mayoría de los físicos saben que la teoría cuántica no se puede comprender, la consideran un cálculo matemático, una forma de conseguir resultados, de predecir. Alegan que eso es lo único que importa; que sería deseable lograr una comprensión más profunda, pero que no es algo realmente esencial.

EB: De modo que, con este interés de fondo, llegó usted a la lectura de Krishnamurti.

DB: Sí. Como le decía, los científicos tienen interés en la cosmología; muchos de ellos están tratando de captar la totalidad del cosmos; Einstein en particular quería comprenderlo como un todo. Y en cuanto a Krishnamurti, lo que sucedió fue que, mientras mi esposa y yo estábamos en Bristol, solíamos ir a la biblioteca pública, y allí me sentí atraído por algunos libros filosóficos, e incluso místicos y religiosos, como los de Ouspensky y Gurdieff, debido a la insatisfacción que me producía lo que se podía hacer en el ámbito ordinario. Mi esposa Sarel y yo nos topamos con *La libertad primera y última*. Ella encontró allí una frase: «El observador y lo observado»; pensó que quizá tuviera algo que ver con la teoría cuántica, y me lo mencionó. Cuando leí el libro, mi interés fue enorme. Sentí que era un libro de gran significación. Me causó un tremendo impacto el que la cuestión del observador y lo observado se aplicara al nivel psicológico de la existencia, y tuve la esperanza de poder conectar los hechos físicos y los psicológicos. Leí también los *Comentarios sobre el vivir*. Eran los únicos libros suyos que había en la biblioteca, de modo que escribí a la editorial americana y pregunté si era posible conseguir otros títulos, o si había posibilidad de ver a Krishnamurti. Recibí una carta sugiriendo que me pusiera en contacto con ciertas personas de aquí, de Inglaterra. Les escribí, y me enviaron una lista de libros.

EB: ¿Recuerda el año?

DB: Pudo haber sido 1958, o 1959. Luego, alrededor de 1960, Krishnamurti volvió a Inglaterra a dar unas charlas. Quizá fuera 1960. Al hacer el pedido de los libros, había preguntado en la carta si Krishnamurti venía alguna vez a Inglaterra, y la respuesta había sido que, de hecho, estaba a punto de venir, y que un número limitado de personas tendría ocasión de escucharlo. Acudí con Sarel y, estando allí [en Brockwood], hice llegar una nota a Doris Pratt preguntando si era posible hablar con Krishnamurti. Pronto recibí una llamada telefónica de Doris a fin de concertar una entrevista. Habían alquilado una casa en Wimbledon, y lo esperé allí con Sarel. Entró, y hubo un largo silencio, pero al cabo de un rato empezamos a conversar. Le hablé de mis ideas en el campo de la física, que él probablemente no entendería en detalle; aun así, captó el sentido de lo que decía. Empleé palabras como “totalidad”, y al oír él esta palabra, “totalidad”, me tomó del brazo y dijo: «¡Exactamente, exactamente!».

EB: ¿Cuál fue su primera impresión? Usted había leído los libros de Krishnamurti. ¿Qué sensación le produjo ver a aquel hombre por primera vez?

DB: Bueno, mire usted, normalmente no me formo esa clase de impresiones; simplemente sigo adelante. Pero la impresión que me causó fue... Estuvimos un rato en silencio, ¿comprende?, lo cual no era algo muy usual, y

EL DOCTOR BOHM DIJO ACERCA DE LA OBRA DE KRISHNAMURTI *LA LIBERTAD PRIMERA Y ÚLTIMA*: «ME CAUSÓ UN TREMENDO IMPACTO EL QUE LA CUESTIÓN DEL OBSERVADOR Y LO OBSERVADO SE APLICARA AL NIVEL PSICOLÓGICO DE LA EXISTENCIA, Y TUVE LA ESPERANZA DE PODER CONECTAR LOS HECHOS FÍSICOS Y LOS PSICOLÓGICOS».

sin embargo no me resultó extraño en aquel momento; no había ninguna tensión. Después empezamos a hablar. Y mientras hablábamos sentí el carácter íntimo de nuestra comunicación: una comunicación instantánea, el tipo de comunicación que a veces se da en el ámbito de la ciencia entre investigadores vivamente interesados en la misma cosa. Había en él una intensa energía, una apertura y claridad; transmitía una sensación de distensión absoluta. No recuerdo los detalles, pero él no lograba comprender la mayor parte de lo que yo explicaba; captaba únicamente el sentido general.

EB: ¿Hablaban usted en un nivel eminentemente científico?

DB: Hablé de las cuestiones que antes he mencionado: la teoría cuántica, la relatividad, y después planteé la pregunta de si era posible captar la totalidad. Debo decir también —antes se me ha olvidado comentarlo— que mi interés había dado un giro y estaba ahora enfocado en la comprensión del pensamiento. Poco a poco había ido dándome cuenta de que comprender nuestro pensamiento era fundamental. A la hora de investigar la filosofía, de investigar la causalidad y otras cuestiones similares, nuestra manera de pensar era un factor esencial. Anteriormente yo había estado influido por estudiosos del materialismo dialéctico. Cuando fui a trabajar a Brasil tuve la oportunidad de hablar con un hombre que había leído extensamente a Hegel, y surgió la cuestión de la naturaleza intrínseca del pensamiento: no simplemente qué pensamos, sino la estructura de acuerdo con la cual opera el pensamiento, y que está basada en los opuestos. Nuestro pensamiento inevitablemente reúne las dos características opuestas de necesidad y contingencia. Después, en Israel, conocí a otro estudioso de Hegel que me dijo: «Debería prestar atención a su pensamiento, al modo en que de hecho funciona». Así pues, mi interés en la forma de operar del pensamiento se hizo cada vez mayor; me refiero al pensamiento como proceso en sí mismo; no a su contenido, sino a su verdadera naturaleza y estructura.

EB: Y encontró semejanzas entre lo que decía Krishnamurti y alguien como Hegel.

DB: Hay cierta semejanza, sí. Vi esa relación, y de ello nació mi fascinación por Krishnamurti. Él se adentraba en el pensamiento a una profundidad increíble; en un sentido, a mucha mayor profundidad que Hegel, puesto que investigaba asimismo el sentimiento, y la vida entera. No se limitaba al pensamiento abstracto.

La Verdad, o Dios, es algo totalmente desconocido. Uno lo puede imaginar, puede especular sobre ello, pero seguirá siendo desconocido. La mente sólo puede descubrirlo una vez despojada del pasado por completo, una vez liberada de todo lo que ha conocido previamente, es decir, de la acumulación de recuerdos y problemas de la existencia cotidiana. Para que realmente se produzca un cambio radical, una transformación fundamental, la mente debe dejar atrás lo que conoce, pues el amor no es algo que uno experimentó ayer y que pueda volver a capturar a voluntad mañana. Es totalmente nuevo, desconocido.

CHARLA DE ATENAS, 1956

Para llegar lejos uno debe empezar cerca, y el primer paso es el más importante.

EL PROPÓSITO DE LA EDUCACIÓN, 1992

- EB: Esto le llevó a mantener una estrecha relación con el pensamiento de Krishnamurti durante un largo período. En el transcurso de aquellos años, ¿cómo contemplaba usted la fuente del pensamiento de Krishnamurti?
- DB: Bien, no es una cuestión que me planteara en un principio. Lo que sucedió fue que Krishnamurti y yo empezamos a reunirnos cada vez que él venía a Londres, y manteníamos uno o dos diálogos. El primer año yo quería discutir con él el tema de lo universal y lo particular —la palabra que empleábamos era “individual”—, y planteamos la pregunta: «¿Es la mente universal?». Él respondió que sí. A continuación preguntamos: «¿Es la inteligencia individual?», y respondió también que sí, en aquel momento. Sostuvimos un interesante debate acerca de esto. Al despedirnos, percibí que el estado de la mente había cambiado; no había sentimiento, sino claridad.
- EB: Cuando dice que el estado de la mente había cambiado, ¿se refiere al estado mental de ambos?
- DB: No lo sé, supongo que su estado sería similar, ya que existía una profunda conexión entre nosotros. Dije que no había en mí ningún sentimiento, y él contestó: «¡Sí, eso es!», lo cual me sorprendió, porque yo hasta entonces pensaba que la intensidad debía ir unida a un gran sentimiento. Luego, al salir, tuve la sensación de que había algo en el cielo, aunque generalmente no tengo en cuenta esta clase de sensaciones, que suelo atribuir a mi imaginación.
- EB: ¿Se trataba de una sensación física?
- DB: Sí.
- EB: ¿Quiere decir que de hecho vio...?
- DB: Lo percibía. No es que lo viera, sino que percibía que allí había algo: algo universal.
- EB: ¿Había tenido una experiencia de carácter semejante anteriormente?
- DB: Había tenido vislumbres de aquello, pero el entorno en el que crecí no invitaba a contárselo ni a mis padres ni a nadie; habrían dicho: «Es una imaginación tuya».
- EB: ¿Le pareció a usted que la intensidad del diálogo que había mantenido con Krishnamurti guardaba relación con lo que estaba sucediendo?
- DB: Sí, probablemente pensé que estaban relacionados. De hecho, habría podido explicarlo diciendo que era yo quien estaba proyectando la universalidad en el cielo, como tal vez hiciera de niño.
- EB: ¿Cuándo se produjo su siguiente encuentro?
- DB: No lo veía con demasiada frecuencia; pero dialogábamos cada año, en junio, cuando él venía a Inglaterra, y también cuando yo iba a Saanen, en Suiza. Allí comenzaron una serie de diálogos que provocaron, al menos durante un tiempo, un cambio de conciencia; no obstante, para cuando regresé a Inglaterra el cambio había desaparecido. Es lo que ocurre cuando uno vuelve a la vida ordinaria.
- EB: ¿Cuáles diría usted que son las características o cualidades más destacadas de la enseñanza de Krishnamurti, las que la diferencian de la enseñanza de otros?
- DB: Bueno, en primer lugar, el interés total por todas las áreas de la vida y de la conciencia, y en segundo lugar la cuestión de que existe algo más allá de la conciencia, lo cual empezó a aflorar en nuestras conversaciones de Saanen.

EB: ¿Mencionó alguna vez Krishnamurti algo que hubiera ejercido una particular influencia en su enseñanza? Actualmente afirma no leer libros de carácter religioso o filosófico, pero tal vez a una edad temprana tuviera contacto con ellos.

DB: Bien, a mí nunca me lo mencionó, pero he oído decir que leyó *Cloud of Unknowing*, y que éste, y probablemente otros libros, influyeron en él. Yo me inclino a pensar que debía de estar asimismo al corriente de lo que decían los teósofos. El resto de lo que ha leído u oído puede haber contribuido en cierta medida a su despertar.

EB: ¿Sintió en algún momento que Krishnamurti estuviera apartándolo a usted de sus intereses científicos?

DB: No, mi interés científico continuó siendo el mismo que hasta entonces. En aquellos momentos yo quería comprender toda esta cuestión del observador y lo observado científicamente, y también la forma de abordar el universo como una totalidad; por lo tanto, no me apartó realmente del trabajo científico. Fue aumentando gradualmente mi interés por la naturaleza del pensamiento, que es crucial para todo, incluida la ciencia, puesto que el pensamiento es el único instrumento con que contamos. Estando en Londres con Krishnaji, de hecho discutí con él cómo abordar la investigación científica, y recuerdo que dijo: «Empiece sin saber. Pruebe a empezar desde el desconocimiento». Yo me daba cuenta de que el liberarse de lo conocido era la cuestión crucial de la ciencia, al igual que de cualquier otra área. Si consideramos los descubrimientos científicos, por ejemplo... Tomemos un caso muy simple. Quizá haya oído usted hablar de Arquímedes y sus descubrimientos. Se le confió el problema de medir el volumen de una corona de forma irregular a fin de averiguar si estaba o no hecha de oro basándose en su peso. Era demasiado irregular para que pudiera medirse, y Arquímedes se sintió desconcertado. Entonces, de pronto, mientras tomaba un baño, vio el agua que desplazaba su cuerpo, y se dio cuenta de que, independientemente de cuál fuera la forma, la cantidad de agua que desplaza un cuerpo es igual al volumen de ese cuerpo, ¿no? Así pudo medir el volumen de la corona, y prorrumpió en gritos de «¡Eureka!», como seguro que usted recuerda. Bien, si consideramos la naturaleza de lo que ocurrió, vemos que la principal barrera era que la gente concebía las cosas separadas en compartimentos: de un lado estaba el volumen obtenido por la medición, y de otro, el agua desplazada, que no podía tener nada que ver con ello, ¿comprende?

EB: Sí. Exactamente.

DB: Para permitir que ambos elementos se conectaran, la mente tenía que disolver aquellos rígidos compartimentos. Una vez establecida la conexión, cualquiera que empleara un razonamiento ordinario hubiera podido hacer el resto, cualquier estudiante con una inteligencia media. Lo mismo sucedió con Newton. Obviamente, tanto Arquímedes como Newton o Einstein se encontraban en estados de intensa energía cuando trabajaban, y lo que ocurre es que el instante de la percepción directa es la disolución de la barrera que existe en el pensamiento. Se trata de una percepción directa de la naturaleza del pensamiento, no del problema. Toda percepción directa es igual: es siempre una percepción instantánea del pensamiento; no de su contenido, sino de su naturaleza física real, que es lo que constituye la barrera. Y eso es lo que creo que Krishnamurti decía, que la percepción directa transforma toda la estructura del pensamiento

y produce un cambio en la conciencia. Bien, es posible que los científicos experimenten esto durante un momento, pero acto seguido su interés se dirige hacia los resultados, hacia la resolución; Krishnamurti en cambio enfatiza la percepción directa como esencia de la vida misma. No trata de llegar a una conclusión. «No se preocupen mucho de los resultados —dice—, por más relevancia que puedan tener.» La percepción directa, esa percepción siempre nueva, es necesaria a cada instante, puesto que continuamente esa percepción disuelve las rígidas divisiones del pensamiento. Y en eso consiste la transformación de la conciencia. Nuestra conciencia es en la actualidad rígida y quebradiza porque está sujeta a patrones de pensamiento asociados con una forma condicionada de considerarnos a nosotros mismos, y nos aferramos a esos pensamientos porque nos resultan más cómodos.

EB: Para Krishnamurti, el pensamiento parece desempeñar un papel muy diferente: él habla de utilizarlo como herramienta, y de desecharlo luego, cuando esa herramienta acaba de cumplir cierta función específica y ya no es necesaria. Desechar el pensamiento deja espacio para seguir investigando.

DB: Sí, uno percibía que ese espacio estaba presente en nuestros diálogos.

EB: ¿Cuáles son para usted los rasgos más característicos de la enseñanza de Krishnamurti?

La verdadera educación es aprender a pensar, no qué pensar. Si uno sabe pensar, si tiene realmente esa capacidad, entonces es un ser humano libre: libre de dogmas, de supersticiones, de rituales, y puede averiguar por tanto lo que es la religión.

EL PROPÓSITO DE LA EDUCACIÓN, 1964

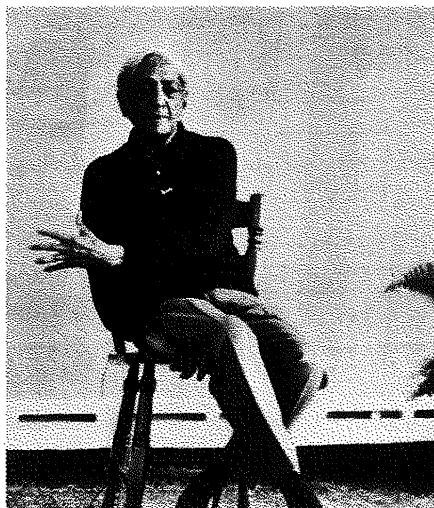
Sólo la mente religiosa, la mente que indaga en sí misma, se da cuenta de sus propios movimientos, de su propia capacidad, y éste es el principio del conocimiento de uno mismo. Sólo ésa es una mente revolucionaria. Y una mente revolucionaria es una mente en constante transformación: es la mente religiosa.

LONDRES, CHARLA PÚBLICA I, 2 DE MAYO DE 1961

DB: Creo que hay varios rasgos que podrían considerarse característicos. En primer lugar, el énfasis que pone en que el pensamiento es la fuente de todos los problemas. Krishnamurti define el pensamiento como un proceso material. Eso es lo que siempre ha dicho; mientras que la mayoría de la gente tiende a considerarlo de un modo distinto; yo no he visto que en ninguna otra parte se haga hincapié en esto. Me parece de suma importancia ver que el pensamiento es un proceso material, en otras palabras, que puede observarse como se puede observar cualquier clase de materia. Cuando observamos lo que sucede dentro de nosotros, no es el contenido del pensamiento lo que observamos, no es la idea, el sentimiento, sino el proceso material en sí mismo. Si el pensamiento no funciona correctamente es porque hay hechos errados que han sido sometidos en la memoria, y que a su vez lo someten a uno; de ahí la necesidad de transformar la memoria físicamente. Mire, en una cinta magnetofónica se podría borrar la memoria empleando un imán, pero eso eliminaría los registros necesarios además de los innecesarios.

EB: Krishnamurti parece indicar que puede lograrse en cierto modo una *tabula rasa* mediante la claridad de percepción.

DB: Así es, pero por supuesto ha de suceder de un modo inteligente, a fin de no eliminar los recuerdos necesarios, sino sólo aquellos recuerdos que alimentan la importancia del ego. Él dice que existe una energía más allá de la materia, que es la verdad, y que esa verdad actúa con la fuerza de la necesidad. De hecho, opera sobre la base



materias del pensamiento y la conciencia, y la transforma en una estructura ordenada, que por tanto cesa de crear desorden. Entonces el pensamiento operará sólo cuando sea necesario, y dejará que la mente esté vacía para poder acoger algo más profundo.

EB: La gente a menudo arguye que carece de energía suficiente para proseguir esta investigación en su vida diaria. ¿Cómo respondería usted a esto?

DB: Eso ocurre probablemente porque no se tiene una comprensión de la naturaleza de la energía. Conectemos este argumento con otra objeción que suele hacer la gente: en determinados momentos uno "ve", pero luego esa capacidad se eclipsa.

EB: Es una queja frecuente.

DB: Así es como yo lo entiendo: uno ha de ver qué es esencial y universal, y eso transformará la mente. Lo universal pertenece a todo el mundo, además de abarcarlo todo, toda forma posible: es la conciencia general de la humanidad. Y ahora llegamos a la energía. El proceso del ego derrocha energía continuamente, lo deprime a uno, lo confunde.

EB: En otras palabras, la percepción que el individuo tiene de sí mismo como ser separado es un derroche de energía.

DB: Sí, porque, si uno se ve a sí mismo como un ser en particular, tratará incansablemente de proteger a ese ser, y sus energías se disiparán.

EB: Decía usted hace un rato que, puesto que el pensamiento es un proceso material, lo importante es observar el proceso del pensamiento, y no su contenido. ¿Cómo se consigue esto? ¿Cómo provoca uno ese giro a fin de observar el proceso material, cuando aparentemente el contenido es lo único de lo que la conciencia se da cuenta?

DB: Bien, debemos considerar varias cuestiones. Antes de entrar en eso, otra substancial diferencia de Krishnamurti es el acento que pone en la vida de hecho, real, en el darse cuenta de todo; y también su rechazo de cualquier autoridad, lo cual es extremadamente importante. Muchos budistas insistían en que lo que decía Krishnamurti era prácticamente lo mismo que decía el budismo. Pero Krishnamurti pregunta: «¿Por qué empieza usted por el Buda?, ¿por qué no empezar por lo que hay aquí ahora?». Tiene una gran relevancia el que se niegue a tomar en serio cualquier comparación con lo que otros maestros han dicho. Y ahora volvamos a lo que usted preguntaba sobre la observación del proceso material. Uno ha de ver qué se puede observar del pensamiento además de las imágenes, de

los sentimientos y su significado. Cualquier cosa que uno piense, la conciencia la escenifica; ésa es la manera en que el pensamiento funciona para mostrar su contenido: a modo de espectáculo de la imaginación. Por lo tanto, si uno piensa que el observador es distinto de lo observado, eso se representará en la conciencia en forma de dos entidades diferentes. La consecuencia es que las palabras parecerán provenir del observador que sabe, que ve, y debido a ello se considerarán verdaderas, se considerarán una descripción de la verdad. Ésa es la ilusión. La manera de trabajar del mago es exactamente la misma, ¿comprende? El trabajo de todo mago radica en distraer la atención del espectador para que éste no pueda ver cómo están conectadas unas cosas y otras. Súbitamente, de forma mágica, algo aparece de la nada; uno no ve de qué modo depende ese algo de lo que el mago ha hecho.

EB: A uno se le escapa ese eslabón perdido...

DB: Al perderse uno el eslabón, uno cambia completamente el significado.

EB: Luego lo que aparenta ser magia es en realidad el no darse cuenta de la conexión que existe entre los diversos eslabones.

DB: Sí, y es ésa la clase de magia que sucede en la conciencia; el observador y lo observado ven aparecer cosas, pero el observador aparenta ser independiente de lo observado, y por tanto lo que emerge parece surgido de la nada. Si viniera de la nada, sería la verdad; y así, algo que de pronto surge en la conciencia, de la nada aparentemente, se considera real y verdadero. Si uno ve su conexión con el pensamiento, se da cuenta de que no es absoluto tan profundo.

EB: Quiere usted decir entonces que el pensamiento es más superficial de lo que creemos.

DB: Sí, de hecho es extremadamente superficial. Parece increíble lo superficial que es la mayor parte de nuestra conciencia.

EB: Y aquello que consideramos nuestras percepciones más profundas son en realidad observaciones más bien superficiales.

DB: Exactamente. O ni siquiera observaciones: muchas de ellas son meros delirios; buena parte de lo que pensamos sobre nosotros mismos no es más que una ilusión. La analogía que a menudo se utiliza en la literatura hindú es la de encontrarse ante una cuerda y creer que es una serpiente; el corazón se acelera, la mente está confundida, y en el instante que uno ve que no es una serpiente todo cambia. La mera percepción basta para cambiar el estado de la mente, y la percepción de que, por ejemplo, el observador y lo observado no son independientes uno de otro significará que aquello que el observador piense no volverá a considerarse nunca verdadero; pierde ese poder. Ahora bien, si uno ve toda... Podría decirse que la representación que el pensamiento hace de su contenido despierta y dirige la energía del cerebro en su totalidad; es como un mapa. Hay una escenificación en la que este contenido completo se considera la verdad, se considera necesario, y, a continuación, el cerebro entero se pondrá en marcha en torno a esa representación; todo se organizará para tratar de ejecutar una representación mejor. Ahora bien, en el instante en que uno ve que se trata simplemente de una representación, todo ello se detiene. El cerebro entonces se aquieta, y entra en un estado diferente; ya no está atrapado y, por consiguiente, puede hacer algo intrínsecamente distinto. Pero para hacer esto, no es suficiente hablar de ello; es necesario verlo del modo que acabamos de explicar.

«OTRA SUBSTANCIAL
DIFERENCIA DE
KRISHNAMURTI ES EL
ACENTO QUE PONE EN LA
VIDA DE HECHO, REAL, EN
EL DARSE CUENTA DE TODO;
Y TAMBIÉN SU RECHAZO DE
CUALQUIER AUTORIDAD, LO
CUAL ES EXTREMADAMENTE
IMPORTANTE.»
DAVID BOHM

Si el final es la libertad, el principio ha de ser libre, pues el final y el principio son uno. Sólo puede haber inteligencia y conocimiento propio cuando hay libertad en el comienzo, y esa libertad es negada cuando se acepta la autoridad.

LA EDUCACIÓN Y
EL SIGNIFICADO
DE LA VIDA, 1953

Se me ocurre otro caso en el que es posible apreciar el poder de la percepción. Me refiero al caso de Helen Keller —quizá haya oído usted hablar de ella—; era ciega, sorda y muda. Cuando no podía comunicarse era semejante a un animal salvaje. Pero encontraron a una profesora, Ann Sullivan, y lo que ella hizo fue experimentar con un juego, por así decirlo, que consistía en poner la mano de la niña en contacto con algo —ya que ése era su único sentido— y, con las uñas, dibujar en ella la palabra. Al principio no fue más que un juego, obviamente; la niña no entendía que aquello tuviera un significado. Sin embargo, al cabo de un tiempo, Helen Keller recuerda que una mañana se colocó ante ella un vaso con agua, y Ann dibujó el nombre en su mano; por la tarde, se le puso ante una bomba de agua,



y volvió a escribirse el nombre; y de pronto Helen tuvo una percepción directa, una percepción rompedora: supo que todas las cosas tenían un nombre. Si el agua era una misma cosa en todas sus distintas formas, este nombre “agua” podía comunicarse a otra persona que utilizara la misma palabra para nombrarla. A partir de entonces empezó a hacer uso del lenguaje. En pocos días aprendió palabras; pronto fue capaz de construir frases, y su vida entera se transformó. Nunca volvería a ser aquella muchacha salvaje, sino una persona diferente por completo. Así que ya ve usted cómo la percepción lo transformó todo. Una vez que tuvo aquella percepción ya no había vuelta atrás. No se trataba de una percepción que tuvo y luego olvidó, y que necesitó volver a tener. Yo creo que Krishnamurti implícitamente dice que el ver que el observador es lo observado sería una percepción de mucha mayor trascendencia que la que ella tuvo; su efecto sería mucho más revolucionario.

- EB: De modo que, a su entender, la cuestión del observador y lo observado es un concepto clave en las enseñanzas de Krishnamurti.
- DB: Sí. De hecho son idénticos.
- EB: ¿Sería tan amable de recapitular algunos otros factores clave de su enseñanza?
- DB: Bueno, la cuestión del tiempo, de que el tiempo psicológico es un mero producto del pensamiento. Verá, la cuestión del tiempo es exactamente la misma que la del observador y lo observado. La terminación del observador y lo observado es idéntica a la terminación del tiempo psicológico, y eso da lugar a un estado intemporal.
- EB: Y al percibir que el observador y lo observado son uno, todo el fenómeno del sufrimiento, los problemas humanos por los que pasamos, todos tocan a su fin.
- DB: Así es, ya que todos ellos se originan en la ignorancia de la verdadera naturaleza de esta cuestión. Entonces aflora el significado de la compasión: de la pasión por todo, no sólo por aquellos que sufren. Hay una parte de la pasión que va más allá del sufrimiento.

EB: La autoridad es, sin duda, otro factor primordial de su enseñanza.

DB: Sí, ahora podemos comprender por qué la autoridad es tan importante. Uno de los elementos que se han de añadir es la enorme capacidad de la mente para engañarse a sí misma, que él reconocía. La autoridad es una de las principales formas de autoengaño; me refiero a la autoridad dentro de la mente, no a la autoridad en otras áreas, que no son un autoengaño necesariamente. Si alguien se proclama autoridad de la verdad, el peligro es que uno diga que ya había empezado a dudar de ciertos supuestos, pero ahora acepte como verdadero aquello que dice el otro. Porque uno quiere que sea así. Básicamente, la verdad debe ser para mí lo que yo necesito que sea. Me siento incómodo, asustado, preocupado, etcétera, y la autoridad —la autoridad religiosa— llega y dice: «Dios cuidará de ti mientras seas bueno y creyente», y cosas por el estilo.



De modo que yo quiero creer, y digo por tanto que ésa es la verdad. Estaba yo a punto de tener que cuestionar todo esto, y llega la autoridad y hace que ya no sea necesario. Uno debe preguntarse por qué acepta la autoridad. Mire, la autoridad no le ofrece a uno ninguna clase de prueba, luego ¿por qué la acepta uno? Porque quiere hacerlo, porque necesita hacerlo, ¿no es así? Me hace falta alivio, algo que me conforte, que me dé seguridad. Y aquí viene esta impresionante figura de hermosa apariencia, quizá vestida con ciertos ropajes, acompañada de ciertas ceremonias y una música melodiosa, de pensamientos consoladores y buenos modales, que dice: «No pasa nada; todo va a ir bien. Sólo tienes que creer».

EB: Una de las principales características de la autoridad es que tiene un gran poder y que ese poder se exhibe, como usted dice, mediante rituales y ceremonias, igual que un rey haría ostentación de su poder mundano a través de la parafernalia de su corona, etcétera.

DB: Efectivamente. Pero, ya ve, es un espectáculo vacío. La cuestión es que la autoridad construye una vacua escenificación del poder en torno a sí: una exhibición, como la ha llamado usted. Detrás de ella no hay absolutamente nada, excepto nuestra creencia de que existe como tal.

EB: ¿En algún momento ha observado usted en los escritos de Krishnamurti un punto de ruptura a partir del cual su enseñanza se desviara, y tomara una dirección completamente distinta?

DB: No, no creo que haya habido ningún cambio fundamental.

EB: Quiere decir que, incluso cuando era joven, esta enseñanza estaba implícita en todo lo que decía.

DB: Sí, sin duda.

EB: ¿Y no había un aprendizaje que llegara de otros modelos?

DB: No. Yo creo que el aprendizaje llega de una fuente que reside más allá del cerebro, y que, en principio, está abierta a todos los seres humanos.⁷²

Tenemos que provocar una transformación psicológica en nuestra relación con la sociedad en la que vivimos. Por consiguiente, carece de sentido escapar de ella al Himalaya, escapar haciéndose monje o monja, volcándose en la labor social y todo el resto de actividades pueriles. Puesto que hemos de vivir en este mundo, tenemos que provocar una radical transformación en nuestras relaciones de unos con otros, y no en un lejano futuro, sino ahora.

BOMBAY, 14 DE FEBRERO DE 1965

El período que Estados Unidos vivió en la década de los cincuenta conocido como la era McCarthy habría de tener un impacto en muchas y muy diversas personas. Igual que a David Bohm se le acusó de supuesto “antiamericanismo”, otro hombre dedicado con la misma seriedad a su trabajo, aunque en un campo muy diferente, pasó a engrosar la lista negra.

Howard Fast, distinguido novelista y dramaturgo, es el autor de *El ciudadano Tom Paine* y de *Espartaco*, y ha continuado escribiendo hasta el día de hoy una sucesión de aclamados y polémicos libros y obras de teatro.

HOWARD FAST

NOVELISTA Y DRAMATURGO, NUEVA YORK

EB: Señor Fast, como escritor, ¿cree usted que existe una relación entre la percepción directa de la condición psicológica a la que se refiere Krishnamurti y el proceso en sí mismo del escritor?

HF: Por supuesto, sin ninguna duda. La influencia que un pensar como el de Krishnamurti ejerce sobre el escritor es muy significativa. El problema al que el escritor ha de enfrentarse constantemente es cómo entrar en la mente de otro, cómo definir su carácter, comprender su carácter, comprender por qué las personas hacen lo que hacen, por qué el más perverso, el más despreciable de los criminales actúa como actúa y no limitarse a condenarlo, sino comprender sus acciones. Y la necesidad de comprender las ilusiones de la gente, los engaños en los que la gente vive, constituye una parte esencial de la enseñanza de Krishnamurti.

EB: ¿Qué fue lo primero que le atrajo de la obra de Krishnamurti?

HF: Llegué a Krishnamurti a través del Zen hace muchos años. Empecé a practicar la meditación Zen como respuesta a un sentimiento de que el mundo se desmoronaba a mi alrededor y a una necesidad desesperada de hallar algo verdadero en aquel pozo de demencia. Conocí a un maestro Zen lo bastante generoso como para hacerse cargo de mí, y al comienzo de mi formación, como les ocurre a tantos que emprenden ese camino, me sumí en la lectura, y leí todo lo que encontré referente al Zen. Casualmente llegó a mis manos un libro escrito por un físico belga que hablaba constantemente de la enseñanza del Zen y de la enseñanza de Krishnamurti al mismo tiempo y como si fueran una misma cosa; decía por ejemplo: «Como explica la enseñanza Zen o la enseñanza de Krishnamurti». Así que ésta fue la presentación tanto del nombre como de la enseñanza. Una vez que supe de su existencia, fui derecho a buscar algo del Krishnamurti al que el autor se refería; encontré un amplio repertorio de libros, y los leí con gran entusiasmo e interés. Lo que despertó ese interés inicialmente fue

el deleite de oír hablar a un hombre que iba al grano, que no toleraba la menor insensatez, que despejaba la ilusión, y cuya enseñanza y argumentos eran tan absolutamente tajantes, precisos y provocativos.

EB: ¿Cuál cree usted que ha sido la principal contribución que ha hecho Krishnamurti?

HF: He pensado a menudo en cuál sería lo que uno podría llamar su principal contribución, y creo, nuevamente, que es su capacidad de separar la ilusión de la verdad; la constante insistencia de sus palabras: «Escuchen. Les estoy diciendo algo de suma importancia. Presten atención. Escuchen».

En ese primer acto de pedir atención, él se distingue de la persona con la que habla. Inmediatamente añade: «Usted, como el resto de la gente del mundo, no escucha. Ahora escúcheme». Y una vez conseguida su atención, toma la ilusión a la que en ese momento se alude y la hace añicos. Si por ejemplo alguien dice: «Creo con todo mi ser en la religión X», Krishnamurti responde: «¿Qué encuentra usted en la religión X?, ¿qué es posible hacer desde ella?, ¿hay en ella algo verdadero?, ¿tienen sentido sus preceptos?, ¿por qué cree en esta religión?, ¿ha reflexionado sobre ello?, ¿ha tratado de comprenderlo?». Y esto es muy diferente de cualquier otra enseñanza actual; muy diferente.

EB: ¿Veía Krishnamurti la posibilidad de dar respuesta a las cuestiones de hoy día, y a las cuestiones intemporales que se nos presentan a todos?

HF: La aseveración de Krishnamurti, una y otra vez, es que la única solución real a los problemas y tragedias de nuestro tiempo es una solución interior. Yo estaría de acuerdo con esto como sueño, como ideal; ahora bien, cambiar al ser humano, cambiar el modo de pensar del ser humano y cambiar su mente, es posible con un puñado de personas, pero creo yo que, de ninguna manera, con masas de gente. Y mientras las masas no cambien —en lo que a su pensar interior se refiere—, el trabajo social debe continuar. A mi entender, ésa creo que es un área en la que Krishnamurti no fue tan eficaz como hubiera debido ser. Aunque, claro, esto es aplicable, no sólo a Krishnamurti, sino a muchos otros: a lo que se podría llamar una forma de enseñanza y de pensar a la vez mística y materialista, y que tiende a creer que la única esperanza reside en cambiar al hombre, en que nazca de él un hombre nuevo, un hombre diferente. Pero no tenemos tiempo; nos acechan las bombas atómicas y toda clase de espantosos artilugios para matar, y el trabajo ha de hacerse ahora, y lo harán personas que no han experimentado una transformación interior. Es necesario poner manos a la obra para convencer a la gente de que debe detenerse esta guerra interminable, esta interminable estupidez.

EB: Hay quienes consideran a Krishnamurti un maestro muy pragmático; también hay quienes aseguran que fue un verdadero místico. ¿Cómo lo considera usted?

HF: Krishnamurti, que se declara un estricto materialista, es también un místico; de eso no hay duda. Pero es que el verdadero misticismo es materialista, no es una creencia sin cimientos; es una creencia avalada por los cambios que se producen en el ser humano que experimenta esa influencia mística. Ahora bien, en este sentido, hablando de caminos místicos —el pensamiento de Krishnamurti, el pensamiento budista, u otras investigaciones místicas—, encontramos que hace ya miles de años hubo personas que crearon teorías sobre la naturaleza del universo; y hoy, después de todos estos años, nuestros científicos, nuestros científicos físicos,



«CUANDO ME ENTERÉ DE QUE KRISHNAMURTI IBA A DAR UNA CONFERENCIA EN NUEVA YORK, FUI A ESCUCHARLO AL CARNEGIE HALL, Y ME QUEDÉ ASOMBRADO DE QUE ESTUVIERA REPLETO; NO QUEDABA UN SOLO ASIENTO. LA SEGUNDA VEZ, TAMBIÉN EN NUEVA YORK, OCURRIÓ LO MISMO.»

HOWARD FAST

sobre todo aquellos que trabajan con la mecánica nuclear, están llegando a las mismas conclusiones. En algunos de los más fascinantes diálogos de Krishnamurti con el físico David Bohm, trata de encontrar similitudes entre la creencia mística y la creencia científica. El punto de vista al que llega el físico es que no existe nada salvo energía, y que todo lo que vemos como materia sólida es una ilusión. Empezamos a acercarnos a algunas de las alocuciones de Krishnamurti contra el interminable deseo de cosas que hasta tal grado envuelve a la raza humana hoy día.

EB: ¿A qué público cree usted que Krishnamurti llegaba realmente?

HF: El número de personas que, en un sentido, abrazó las ideas de Krishnamurti me sorprendió siempre. Cuando fui a escucharlo a Ojai, había allí una enorme multitud; pero me dije: «Es razonable que esto ocurra aquí; ésta es su base de operaciones». Me encantó, aquella primera vez, el hecho



«ME ENCANTÓ, AQUELLA PRIMERA VEZ, EL HECHO DE QUE EN EL APARCAMIENTO HUBIERA DE TODO: DESDE PEQUEÑOS VOLKSWAGEN VIEJÍSIMOS, "ESCARABAJOS", HASTA GRANDES ROLLS ROYCE.»
HOWARD FAST

de que en el aparcamiento hubiera de todo: desde pequeños Volkswagen viejísimos, "escarabajos", hasta grandes Rolls Royce y otros automóviles muy caros. Ahora bien, cuando me enteré de que iba a dar una conferencia en Nueva York y fui a escucharlo al Carnegie Hall, me quedé asombrado de ver que estaba repleto; no quedaba un solo asiento. La segunda vez, también en Nueva York, ocurrió lo mismo. Claro, yo no podía hacerme idea de cuántos seguidores tenía, porque los seguidores que comparecen en una sala para escuchar al orador no son sino una fracción del conjunto de seguidores a los que no les ha sido posible acudir a esa sala a oírlo hablar.

Así que, evidentemente, la influencia de Krishnamurti es muy extensa. Y en relación con el Zen, tal como se me sugirió en un principio, tras reflexionar, leer y escuchar a Krishnamurti estuve de acuerdo con la afirmación de que, si hay una ideología del budismo Zen que se esté predicando actualmente, es la ideología que predicó Krishnamurti. Ahora bien, en el Zen no se predica. El Zen dice que el hecho mismo de sentarse, el trabajo de limpiar la mente y de sentir la propia existencia basta para cambiar a una persona. De todos los dichos del Zen, el que encuentro más interesante es éste: «Si ves al Buda, mátao, destrúyelo». Es un enunciado muy profundo el de que, si uno toma a un hombre y lo venera como a un dios, en esa veneración toda posibilidad de realidad, de *satori* o de iluminación desaparece. Por lo tanto, si uno ve al Buda, está viendo una ilusión, y debe librarse de ella rápidamente. No existe el Buda; el Buda murió hace muchos siglos, y bajo ningún concepto debe adorarse de esa manera.

EB: ¿Cuál cree usted que ha sido el efecto —si es que lo habido— de todos estos años que Krishnamurti ha hablado a la gente?

HF: Cuando reflexiono sobre el hecho de que Krishnamurti dijo que la única razón de su existencia era liberar al ser humano, a veces surge la pregunta: ¿lo hizo? Bueno, en algunos casos fue así; en otros, no. Indudablemente sembró semillas, y nadie tiene forma de saber adónde irán a parar. Si diez, cien o mil personas percibieron la esencia de su enseñanza y fueron capaces de purificar sus mentes y de investigar cualquier cuestión con claridad, de explicarlo y de enseñar a otras personas lo que Krishnamurti

les había enseñado a ellas, entonces no cabe duda de que su papel en el proceso de liberar al ser humano ha sido verdaderamente importante. Creo que él se daba cuenta de que había muy poco tiempo. O empezamos a pensar en las cosas con sensatez, o estamos acabados.

He aquí un hombre que nos enseña a pensar, porque si no pensamos de un modo correcto, dejaremos de existir. Así pues, uno debe decir que se trata de un hombre que puede de alguna forma influir en el mundo. Cuánto, no lo sé; pero tal vez mucho, o tal vez no tanto. En cualquier caso, ejerce una influencia. Y repetidamente vuelvo a mi propia propuesta de que es mejor encender una pequeña vela que maldecir la oscuridad.⁷³

Muy pocas personas han viajado tanto como lo hizo Krishnamurti. En cada país, sus visitas, aunque relativamente breves, tal vez de unos meses en cada región, echaron profundas raíces que se consolidaron firmemente en aquellos que tuvieron contacto con él. Nunca fue uno más de una lista de conocidos para quienes lo frecuentaron, sino que, por el contrario, constituyó un singular y memorable foco en la vida de cada uno de ellos.

Una de las personas en las que Krishnamurti causaría un profundo impacto fue la joven estudiante de medicina Asha Singh, más tarde Asha Lee tras su matrimonio con R.E. Mark Lee, actualmente director ejecutivo de la Fundación Krishnamurti de América. Asha rememora un incidente muy especial de su relación con Krishnamurti.

DOCTORA ASHA LEE

PEDIATRA, OJAI, CALIFORNIA

AL: Llevé a mi madre a escuchar y ver a Krishnamurti por primera vez en Nueva Delhi, siendo yo todavía estudiante de medicina. Cuando lo oí, tuve un fuerte sentimiento de comprender la verdad de la que hablaba; su sencillez y belleza me conmovieron.

EB: ¿En qué año sucedió esto?

AL: Sería 1964. Fue entonces cuando empecé a ir a escucharlo; no me perdía ni una de sus charlas. En cuanto terminaba de trabajar en el hospital, corría a oírlo al Constitution Club; iba hasta la puerta trasera del Pandal y entraba sigilosamente, pues llegaba cuando él estaba ya a punto de empezar a hablar. Me quedaba atrás del todo, lo escuchaba, y salía inmediatamente a tomar el autobús para volver a casa.

En un viaje por el Sur de la India, por Andra Pradesh, en 1965, visité la escuela de Rishi Valley. Aquel viaje fue casi una peregrinación: después de haber estado escuchando a Krishnamurti, llegar a este lugar..., un valle tan hermoso, intacto. En el centro del valle había una escuela y, alrededor, unas pocas aldeas y las montañas; un lugar muy parecido a Ojai: rocoso, y el valle reposaba como un nido, todo rodeado de colinas. Pasé allí una semana o diez días, en medio de aquella tranquilidad y belleza. Después volví a casa para terminar el postgraduado antes de viajar a Inglaterra, donde trabajé en pediatría. A mi regreso a la India, me casé y fui a vivir a Rishi Valley; era marzo de 1969. En noviembre llegó Krishnaji, y aquél fue para mí un período precioso.

«EN EL CENTRO DEL VALLE
HABÍA UNA ESCUELA Y,
ALREDEDOR, UNAS POCAS
ALDEAS Y LAS MONTAÑAS;
UN LUGAR MUY PARECIDO
A OJAI: ROCOSO, Y EL VALLE
REPOSABA COMO UN NIDO;
TODO RODEADO
DE COLINAS.»
ASHA LEE

EB: Cuando regresó usted a Rishi Valley, ¿fue con la intención de quedarse a vivir allí?

AL: Sí, iba a establecerme allí. Empecé a trabajar como doctora de la escuela, y muy pronto los aldeanos de los alrededores se enteraron de que era médico y venían a que los tratara. Así que abrí una clínica, para atenderlos a ellos además de al personal de la escuela y a los estudiantes.

La escuela tenía grandes jardines, y, cuando Krishnaji llegó, estaba encantada de poder decorar con flores su apartamento. Por la mañana temprano, a las cuatro, o al atardecer, después de ponerse el Sol, recorría los jardines y cortaba las flores para que se mantuvieran frescas. Si las cortaba por la noche, las colocaba en cubos de agua para que se conservaran hasta la mañana. Mi intención era entrar al apartamento antes de que Krishnaji se despertara y deleitarle con flores nuevas. Subía las escaleras de puntillas con los cubos de flores, recogía de las habitaciones del apartamento los jarrones con las flores del día anterior y los llevaba a la entrada de la veranda orientada hacia el Oeste. La claridad de la aurora me bastaba, y no hacía falta encender la luz. Me sentaba en el umbral de la puerta y disponía las flores. Después colocaba los floreros por todo el apartamento, en distintas partes de las habitaciones; y volvía a nuestra casita, que estaba justo al lado.

EB: ¿Sabía Krishnamurti que era usted quien hacía esto?

AL: Había subido otra vez más tarde, a llevar papel de escribir y unos lápices, y había dejado unas botellas de zumo en el apartamento. Bueno, lo que ocurrió es que, al cabo de dos o tres días, cuando entré estaban todos desayunando, y el director, el doctor Balasundaram, me dijo: «Pase y siéntese a desayunar con nosotros». Así lo hice, y él le explicó a Krishnaji: «Ésta es Asha; es ella quien arregla las flores y trae el zumo por las mañanas». De modo que ahora sabía que era yo quien lo había estado haciendo.

No sé si el incidente sobre el que le voy a hablar sucedió antes o después de aquel desayuno. Una de aquellas mañanas mientras preparaba las flores, oí unos sonidos –parecían llegar del dormitorio, que se encontraba al fondo de la gran sala en la que yo estaba– como de alguien que se levantara, de modo que me quedé muy quieta. Al darme cuenta de que aquella era la habitación de Krishnaji, y de que tal vez se estuviera levantando, sin saber que yo me encontraba allí, no quise sobresaltarle o molestarle, así que dejé lo que estaba haciendo y me quedé quieta, sin hacer ningún ruido. Entonces oí el sonido de las sandalias de madera que solía usar en la India (las *kharow*, que tienen un pequeño bastoncito acabado en un botón de madera que va entre el dedo gordo y los demás dedos. Al caminar con ellas, se oye el claqueteo de la madera sobre el suelo). Oí el sonido de sus pasos dirigiéndose hacia el cuarto de baño, y me dije: «Sí, ahora volverá a la cama». Pero continuó caminando, y cruzó la habitación siguiente, que era una especie de salón en el que celebraba reuniones y diálogos. Cruzó esa habitación y luego salió a la veranda y la recorrió, pasando por delante de la sala de estar que había en el lado Este del apartamento, donde yo estaba sentada toda rodeada de flores. Me retiré un poco del área iluminada hacia la parte en sombra de la entrada para no asustarle, y me quedé quieta viéndole pasar camino del comedor.

Lo que vi fue asombroso, porque no era la figura de Krishnaji la que cruzó ante mí; era una figura excepcionalmente alta, luminosa la que pasó a mi lado. Se parecía a la figura del Buda, con su misma grandeza. La figura se

dirigió a la cocina y regresó al cabo de unos instantes. Esta vez, al pasar ante la puerta de la sala de estar, se detuvo, giró la cabeza y sonrió, como diciendo: «Sé que estás ahí». Yo seguí allí sentada, absolutamente inmóvil, sin comprender nada. No tenía miedo. Fue extraordinario; fue algo bellissimo.

EB: ¿Era Krishnamurti?

AL: Bueno, era Krishnamurti, puesto que aquélla era su habitación. Él había venido de allí, había pasado por su cuarto de baño, a través de la veranda hasta el comedor y la cocina, y luego había vuelto. En el apartamento no había nadie más.

EB: ¿Podría describir qué tenía de diferente su apariencia?

AL: Krishnaji es una persona esbelta, delicada, de baja estatura. Aquella figura tenía al menos dos veces su altura, y mayor corpulencia; además, era como si hubiera una luz dentro del cuerpo. Su rostro emanaba una gran paz y compasión, y parecía haber algo sobre su cabeza. Porque he vis-



LOS HERMANOS JIDDU
FUERON POR PRIMERA VEZ AL
VALLE DE OJAI, EN EL SUR DE
CALIFORNIA, EN 1922.

to los cuadros de Ajanta, Ellora y de otros lugares, aquella figura y aquella cabeza me recordaron al Buda. Me quedé allí sentada durante un rato; después recogí mis cosas rápidamente y, sin hacer ruido, bajé las escaleras. Me temblaba el cuerpo al caminar. Le conté a mi esposo, Mark, lo que había visto, y nunca se lo mencioné a nadie más, porque fue algo sagrado, y no quería empequeñecerlo hablando de ello. Hasta ahora, la única persona, aparte de mi esposo, a la que sí se lo había contado era Krishnaji, poco antes de su muerte. Fui a verlo, y solicité una entrevista privada, como hacía

cada año. Era una cuestión que pungía en mi mente. Le dije: «Krishnaji, quiero hacerle una pregunta sobre algo que vi. No soy una persona supersticiosa; generalmente no veo visiones, e incluso si veo u oigo algo en la oscuridad, voy a comprobarlo; me relaciono con el hecho y con la realidad». Le expliqué cómo en la primera época, poco después de haberme casado y haber ido a vivir a Rishi Valley, estando allí en su apartamento había visto aquello. Me escuchaba sentado con las manos entrelazadas y la cabeza inclinada. Cuando terminé de hablar, levantó la cabeza y dijo: «Usted vio algo. ¿Por qué lo cuestiona?». «No cuestiono el hecho de haberlo visto —respondí—, sino que simplemente trato de comprenderlo. Pensé que quizá hablar de ello con usted lo explicaría.» «Lo vio; no hay más explicación que ésa», dijo. Nos quedamos sentados en silencio mientras él sostenía mi mano. Y después me fui.

Aquel suceso ocurrido durante el primer año que pasé en Rishi Valley estableció dentro de mí una relación con Krishnaji. Estuvo presente aquella mañana algo que trascendía lo común. Después, cuando asistía a sus charlas, sentía la presencia de algo extraordinario, y estoy segura de que muchas otras personas la sentían también.

EB: ¿Fue más una sensación o un sentimiento que tuvo usted, o acaso vio, percibió realmente algo distinto en cuanto a su estatura o su aspecto?

AL: Nunca volví a ver lo que vi en Rishi Valley, pero a menudo me parecía sentir la presencia de algo que no estaba en mi nivel, de algo extraordinario que entraba.

- EB: ¿Ha vivido usted alguna otra experiencia de este tipo antes o después?
- AL: No, porque nunca tuve relación con los templos, o con sentarse a recitar o entonar cánticos. Vivía dedicada a mis estudios; era una persona muy realista.
- EB: Pero en realidad él no se lo explicó.
- AL: No, únicamente me dijo que yo había visto algo, y que si uno ve algo, qué necesidad hay de cuestionar lo que ha visto, de cuestionar que sea también una realidad.
- EB: ¿Había alguna relación entre lo que vio y las enseñanzas de Krishnamurti?
- AL: Para mí, sus enseñanzas representan la verdad, una verdad básica relacionada con la vida y con el mundo, su ritmo, su carácter intemporal. Tal vez entré en contacto con esa intemporalidad, y aquello fue lo que vi.⁷⁴

Krishnamurti seguiría respondiendo a preguntas sobre todos los aspectos de la condición humana. La que aparece a continuación era la clase de pregunta que con frecuencia se le formulaba.

PREGUNTA: ESTOY LLENO DE ODIOS. ¿PODRÍA, POR FAVOR, ENSEÑARME A AMAR?

Nadie puede enseñarle a amar. Si se pudiera enseñar a la gente a amar, el problema del mundo sería sencillo de resolver, ¿no le parece? Si pudiéramos aprender a amar a través de un libro, como aprendemos matemáticas, éste sería un mundo maravilloso: no habría odio, explotación, guerras ni división entre ricos y pobres, y seríamos todos amigos unos de otros. Pero el amor no es tan fácil de conseguir. Es fácil odiar, y el odio une a la gente en cierto modo; crea toda suerte de fantasías, genera diversos tipos de cooperación, como ocurre en la guerra. El amor, en cambio, es mucho más difícil. No puede usted aprender a amar; lo que sí puede hacer es observar el odio y con suavidad dejarlo de lado. No luche contra el odio, no insista en lo terrible que es odiar a las personas; en lugar de eso, vea el odio por lo que es y déjelo desprenderse; haga caso omiso de él, no es importante. Lo importante es no dejar que arraigue en su mente, ¿comprende? Su mente es como tierra fértil, y, si se le da suficiente tiempo, cualquier problema que se aproxime echará raíces igual que la mala hierba; entonces tendrá usted la complicación de desarraigarla. Pero si no da usted tiempo suficiente al problema para que enraíce, no tendrá dónde crecer y se marchitará. Si estimula usted el odio, si le da tiempo para que eche raíces, para que crezca y madure, se convertirá en un problema. Cada vez que el odio surja, déjelo pasar, y así descubrirá que su mente se vuelve muy sensible sin caer en el sentimentalismo; y de ese modo sabrá lo que es el amor.

La mente puede perseguir sensaciones y deseos, pero no puede perseguir el amor. Es el amor quien debe llegar a la mente. Y una vez que el amor llega, no hay en él división entre amor sensual y divino: es amor. Eso es lo extraordinario del amor; es la única cualidad que trae una completa comprensión de la totalidad de la existencia.⁷⁵

EL PROPÓSITO DE LA EDUCACIÓN, 1964

Como ya se ha dicho anteriormente en este libro, Krishnamurti era muy meticulosos en todos los aspectos de su vida, incluido el lado físico. Quizá porque sabía que su cuerpo era frágil, que no tenía una constitución fuerte, dedicaba tiempo cada día a la práctica del *yoga*. Fue esta actividad la que lo llevó a conocer a Desikachar, un joven profesor de *yoga* en aquella época, y mundialmente reconocido maestro de *yoga* en la actualidad.

T.K.V. DESIKACHAR

MAESTRO DE YOGA, MADRÁS, LA INDIA

La primera noticia que tuve de la existencia de Krishnaji fue a través de una carta que mi tío B.K.S. Iyengar (distinguido profesor de yoga) le escribió a mi padre desde Suiza. Para mi tío era un gran acontecimiento cuando Krishnaji asistía a sus prácticas de asanas en Saanen. Mi padre me mostró la carta, pero aquella información no me impresionó demasiado.

Con el tiempo, sin embargo, la vida me llevaría a establecer una estrecha relación con Krishnaji. Habríamos de reunirnos año tras año, viajar juntos, compartir pensamientos y charlar sobre amigos comunes, y todo ello a pesar de, o quizá debido a, la relación enormemente tradicional de estudiante y profesor que mantenía yo con mi padre, el gran maestro de yoga y filósofo T. Krishnamacharya.

Me dispongo ahora a contarle cómo llegó a suceder esto.

En diciembre de 1965 Alain Naudé, el secretario de Krishnamurti, fue a ver a mi padre a nuestro pequeño piso de Gopalauram, en Madrás. Traía un mensaje de Krishnaji: pedía a mi padre que visitara su residencia y le mostrara la forma en que los asanas y pranayam (posturas de yoga y ejercicios para el control de la respiración) debían practicarse. Mi padre aceptó de inmediato. El día acordado, Alain Naudé vino a recogerlo para conducirlo a Vasanta Vihar, y mi padre nos pidió a mi hermano Shribhashyam y a mí que le acompañáramos.

Cuando llegamos, Krishnaji salió, con las manos juntas, y agradeció encarecidamente a mi padre su visita. Mi primer recuerdo de Krishnaji es el de una persona mayor, afable, con la espalda muy recta bajo una amplia camisa. Tomó la mano de Krishnamacharya y nos llevó a su habitación. Seguidamente expresó su deseo de ver cómo ejecutábamos las posturas de yoga.

A instancia de mi padre, mi hermano y yo empezamos la demostración. Después de observar durante unos treinta minutos, Krishnaji se dirigió a mi padre con entusiasmo: «Señor, mi deseo es aprender los asanas de usted, pero a usted no debería molestarle. ¿Podría enviar a uno de sus hijos?». Traduje esta solicitud a mi padre, y él aseguró a Krishnaji que dispondría algo muy pronto.

Aquella visita en diciembre de 1965 dio comienzo a una colaboración con Krishnaji a la que sólo su muerte, recientemente, ha puesto fin.

Cuando al día siguiente Alain Naudé se presentó de nuevo, mi padre me indicó que fuera a ver a Krishnaji, e insistió en que mostrara el mayor de los respetos hacia él.

Al llegar a su residencia de Vasanta Vihar, allá estaba él en el porche, para recibirme con los brazos abiertos. De camino hacia su habitación, me preguntó por mi padre con afecto, como si se conocieran de toda la vida. Antes de empezar nuestra primera clase, expresé mi deseo de ver ejecutar a Krishnamurti las posturas de yoga. Estuvo listo en un momento. A pesar de sus sesenta y nueve años, su ejecución de asanas era de un carácter extraordinariamente avanzado.

«ENSEÑABA TANTO CON SU EJEMPLO...: LIMPIEZA, PUNTUALIDAD, DIGNIDAD EN EL TRABAJO, RESPETO HACIA LOS DEMÁS, HUMILDAD ANTE EL PROFESOR, FUERA CUAL FUERE SU TALLA INTELECTUAL O SU EDAD, ENTUSIASMO POR APRENDER A FONDO, CONSIDERACIÓN HACIA OTRAS CULTURAS.

T.K.V. DESIKACHAR

Usted es el profesor,
el estudiante y
la enseñanza.

1977

Realizó todas las variaciones de la posición parada sobre la cabeza, sobre los hombros, de equilibrio sobre las manos, y muchos difíciles arcos dorsales; aunque era de constitución pequeña, y las posturas variadas y sorprendentes, su pecho estaba tenso como un barril. Advertí también que su capacidad respiratoria era limitada, que jadeaba; le temblaban las manos, el cuello parecía de granito, y a veces le rodaban lágrimas de los ojos. Aun así, su entusiasmo no decayó en ningún momento.

Le expliqué a Krishnaji que debía practicar posturas y ejercicios respiratorios que ayudaran a reducir estos problemas, y sin duda no aquellos que los incrementarían. Aceptó mi consejo con sencillez y me aseguró que estaba conmigo para aprender cuanto yo pudiera enseñarle. Me facilitó además una información más detallada sobre su salud. Era obvio que necesitaba atención especial, y estaba igualmente claro que yo necesitaba que alguien me guiara sobre aquellas cuestiones particulares. Me despedí, confesando que pediría asesoramiento a mi padre. Krishnaji se mostró contento, y acordamos reunirnos al día siguiente.

Discutí con mi padre lo referente a la práctica de yoga de Krishnaji y sus problemas de salud. Él consideró que lo adecuado sería que Krishnaji realizase posturas y ejercicios respiratorios muy sencillos. Me dio instrucciones precisas, tan insólitas algunas de ellas que me quedé asombrado. Quería, por ejemplo, que enseñara a Krishnaji una posición que consistía en mantener las piernas elevadas contra la pared al tiempo que respiraba profundamente. ¡Se había acabado el hacer el pino!, y era necesario corregir la rigidez del cuello mediante unos movimientos de cabeza muy simples. Seguí fielmente las instrucciones de mi padre. Krishnaji estaba tan deseoso de aprender que yo iba a visitarlo cada día; algunos días, más de una vez. Yo estaba admirado de su excepcional capacidad de adaptación a este nuevo adiestramiento, tan contrapuesto al que previamente había recibido y practicado. Al cabo de pocas semanas, no quedaba rastro de la formación anterior.



Me maravillaba que su práctica fuera tan regular y puntual. Cada día, a la hora en punto, estaba en el porche para recibirme. Mantenía el lugar donde realizaba su práctica immaculado. Todo estaba en su sitio, incluso el lapicero y la revista. Se mostraba anhelante por comprender el significado de lo que se le enseñaba. Gracias a la perspicacia de sus preguntas, me veía obligado a aprender de mi profesor cada vez más acerca del yoga. A menudo me preguntaba: «¿Qué es el yoga? ¿Qué es?». Y el único momento en que la respuesta pareció satisfacerle fue cuando lo definí como shanti. [La palabra equivalente en español es “paz”.]

Su actitud hacia mí era exactamente la de un estudiante hacia su profesor. No se sentaba antes de que yo lo hiciera; me conducía hasta su habitación, y nunca me dejó ayudarlo a colocar la alfombra sobre la que realizaba sus ejercicios. No me resultaba fácil, a mis veintisiete años, dejar que esto ocurriera —especialmente cuando el estudiante tenía sesenta y nueve y era Jiddu Krishnamurti—, pero no tenía elección.

Su salud empezó a mostrar indicios de mejoría. Cuando partió de Madrás hacia la escuela de Rishi Valley, me sugirió que le acompañara, y estando allí me invitó a viajar a Saanen, Suiza; insistió en que debía ir para continuar nuestras clases y enseñar yoga a algunos de sus amigos. Antes necesitaba yo consultarlo con mi profesor de Madrás, y le aseguré que, una vez hecho, le respondería.

A mi regreso a Madrás, mi padre me aconsejó que aceptara la invitación. No obstante, yo sentí que, primero, mi tío B.K.S. Iyengar, quien durante muchos años había enseñado tanto a Krishnaji como a sus amigos de Saanen, debía aprobar aquella decisión. Le escribí a Krishnaji en consecuencia.

Krishnaji se entrevistó con mi tío en Bombay, y pronto recibí una carta con su respuesta afirmativa. Así pues, aunque titubeante, aquello no me dejaba más opción que aceptar la invitación de Krishnaji.

En junio de 1966 fui a Saanen, donde me alojé con Krishnaji en el chalet Tannegg. Pocas semanas después, mi tío llegó para impartir sus clases, y él también se hospedó en el chalet.

Allá estaba yo, enseñando a Krishnaji, mientras en el mismo chalet mi tío enseñaba a sus estudiantes; precisamente allí donde, sólo un año antes, quien enseñaba a Krishnaji era él. La situación tenía un auténtico potencial de generar tensión; sin embargo, Krishnaji hizo todo lo posible por que me sintiera tranquilo a pesar de las delicadas circunstancias. Gracias a su cuidado, mi primera visita a Europa salió bien y no sucedió nada que creara tirantez en la relación con mi tío, relación que continúa siendo de lo más afable.

Krishnaji me presentó a numerosos distinguidos visitantes, y me mostró algunos de los más bellos parajes de Suiza. Conducía él mismo su Mercedes y solía hablar de las características tan particulares de aquel automóvil. En todas las conversaciones, me sorprendía lo bien informado que estaba sobre las diferentes partes del mundo y las diversas costumbres de Occidente.

De hecho, mis primeras lecciones sobre los modales occidentales en la mesa vinieron de él: «No apoye los codos en la mesa. Sujete el tenedor con la mano izquierda. No extienda los codos. No acerque la boca al plato. Espere a que le ofrezcan repetir». Me introdujo también al valor alimenticio de tomar fruta antes de la comida, al por qué las ensaladas debían preceder a los alimentos cocinados, qué frutos secos eran mejores, cómo cascar las nueces de Brasil. Era muy meticuloso en el modo de realizar las diferentes tareas domésticas. Solía limpiar él mismo el cuarto de baño. Muchas veces lo encontraba haciéndolo, y decía: «Debería uno dejarlo tan limpio como estaba antes de hacer uso de él». Sus consejos en cuanto al trato con las personas eran muy claros:

«No sea otro mono de repetición».

«Sea fiel a sí mismo».

«Cuidado con el otro idiota» [cuando iba conduciendo].

Cuando comíamos fuera, insistía en llevarme a los mejores restaurantes. ¡Qué hombre tan exquisito! ¡Y qué atención la suya hacia el invitado! Puso a su secretario a mi disposición para cualquier cosa que necesitara durante mi visita.

Con frecuencia dábamos largos paseos. Mientras caminábamos, me instaba a que estudiara, a que aprendiera todo lo que mi padre me pudiera enseñar. Incluso me ofreció una beca, a fin de que las necesidades económicas no me apartaran del estudio, y esto en un momento en que él personalmente tenía dificultades financieras. Un día me dijo: «Señor, si es preciso venderé la camisa que llevo puesta y le enviaré el dinero; pero, por favor, estudie; debe hacerlo».

Al año siguiente, cuando Krishnaji regresó a Madrás, telefoneé a Vasanta Vihar para concertar una cita. El caballero que recibió la llamada no me conocía, y respondió en tono cortante: «No es posible ver a Krishnaji. Tal vez dentro de unas semanas, pero ahora no». Contesté: «Señor, no se trata tanto de que yo quiera ver a Krishnaji como de que quizá a Krishnaji le gustaría verme». Percibí su sorpresa. «¿Cómo se llama usted?», preguntó. Le dije mi nombre, y con brusquedad me pidió que esperara. Volvió al cabo de unos segundos: «Disculpe –me dijo–. Krishnaji está ya de camino hacia aquí para hablar con usted». Cuando Krishnaji llegó, se disculpó encarecidamente, aunque yo no hice ninguna mención de aquel intercambio de palabras.

Expresó su deseo de ver a mi padre, de modo que vino a nuestro pequeño piso de Mandaveli. Se sentó directamente sobre el suelo enfrente de mi padre. A pesar de que mi padre no estaba familiarizado con el inglés, Krishnaji se aseguró de que comprendiera el siguiente mensaje: «Por favor, señor, enseñe a su hijo Desikachar todo cuanto usted sabe».

Todos los años, durante casi una década, le di clases a Krishnaji: unas veces en Inglaterra, otras en Suiza, a menudo en Madrás. Cada vez que lo veía, era un estudiante “novel”, listo para aprender algo nuevo. Siempre tuve el privilegio de poder visitarlo en cualquier momento que lo deseara; no obstante, una vez que nuestras clases formales finalizaron, estuve varios años sin verlo, pues no le quería molestar.

En 1984 nos encontramos tras dos años de separación. Me quedé sorprendido cuando me dijo en tono desafiante: «¿Cómo es que no ha venido a verme a lo largo de estos años? ¿Qué pasa, se ha convertido usted en un tipo importante?».

Volvíamos a encontrarnos en enero de 1985. Me invitó a almorzar, pero yo sugerí que debía ser yo quien lo invitara a él: «Quizá podría ofrecerle una comida de cántico védico?». Fue raudo en responder: «Hágalo, señor; hágalo ahora mismo». Propuse traer un pequeño grupo para hacerlo más interesante.

Entonamos el cántico. Él permaneció sentado, muy atento, durante noventa minutos, a veces cantando con nosotros. Al final de la sesión, pidió una pieza específica, una oración a Krishna, del Mukun-da Mala.

El pasado enero, en 1986, estuve con él pocos días antes de su repentino viaje a Estados Unidos. Era el mismo de siempre. Me preguntó por mi familia; quería que transmitiera sus respetos a mi padre. De forma espontánea, le hice una petición totalmente inusitada: «Señor, le pido que me dé su bendición». Replicó: «No, señor, somos amigos».

Ése fue el último mensaje que me dio.

Krishnaji nunca aceptó el papel de “gurú”, pero aquellos de nosotros que tuvimos la oportunidad de enseñarle algo sabemos que él era el perfecto ejemplo

del alumno. Me pregunto si tal vez quería que nosotros lo fuéramos igualmente antes de empezar a pensar en buscar un maestro. Se dice que «el maestro aparece sólo al estudiante sincero».

No pretendo saber lo que Krishnamurti enseñó por medio de la palabra; pero enseñaba tanto con su ejemplo...: limpieza, puntualidad, dignidad en el trabajo, respeto hacia los demás, humildad ante el profesor, fuera cual fuere su talla intelectual o su edad, entusiasmo por aprender a fondo, consideración hacia otras culturas.

Con frecuencia se ha dicho que no se daba cuenta de los problemas del hombre común; pero su desvelo por los indios, por los indios pobres a los que todo el mundo explota, era arrollador. Se entristecía cuando la religión explotaba a los pobres, y solía compartir aquel sentimiento de tristeza que evidenciaban sus ojos.

Krishnaji ya no está. Yo, personalmente, puedo decir que nunca mostró menos interés por mí que por aquellos que lo seguían. Me advertía constantemente: «Señor, no se convierta en un gurú, en un explotador; no se haga rico».

Gracias, Krishnaji. Le recordaré, y recordaré su consejo.



Ver es actuar. Y si uno no ve con absoluta claridad, toda acción naturalmente se vuelve confusa. Entonces acudimos a otro para que nos diga lo que debemos hacer, ya que por nosotros mismos no lo sabemos [...]. Nadie puede ayudar a otro a ver con claridad [...]. Por tanto, la responsabilidad de uno a la hora de escuchar adquiere una enorme significación, puesto que uno tiene que averiguar si es posible cambiar radicalmente y así llevar una vida totalmente distinta.

MADRÁS, 1965

Alan Rowlands es un eminente pianista y ha sido durante muchos años profesor de piano en la escuela de Brockwood Park. Aquí nos habla de los comienzos de su colaboración con la escuela y también del lado más desenfadado de Krishnamurti.

ALAN ROWLANDS

CONCERTISTA Y PROFESOR DE PIANO, LONDRES, INGLATERRA

«SALÍ [DE LA CHARLA DE KRISHNAMURTI] POCO MENOS QUE EN TRANCE, SIN HABLAR CON NADIE, PUES CREO QUE YA ENTONCES ME DABA CUENTA DE QUE AQUELLA HORA HABÍA SIDO UNA DE LAS EXPERIENCIAS MÁS IMPORTANTES DE MI VIDA.»

ALAN ROWLANDS

Nunca había oído hablar a Krishnamurti, pero algo me hizo ir a su charla. Se celebraba en la Friend's House de Euston Road, el 10 de mayo de 1966, y afuera no encontré ningún cartel que explicara quién era Krishnamurti, o qué iba a suceder allá dentro. Al entrar, me encontré con una sala llena de gente particularmente silenciosa y, sobre el estrado, una silla y un micrófono delante de ella. Pensé que probablemente un locutor saldría a hacer la presentación, pero no ocurrió tal cosa. A las siete en punto un hombre de pequeña estatura subió a la plataforma, se sentó y empezó a hablar, y a las ocho en punto se fue.

Salí de allí poco menos que en trance, sin hablar con nadie, pues creo que ya entonces me daba cuenta de que aquella hora había sido una de las experiencias más importantes de mi vida. Desde el instante que Krishnamurti comenzó a hablar, sentí como si se dirigiera personalmente a mí; la charla parecía dirigida expresamente al estado mental en el que me encontraba en aquellos momentos. Daba una extraordinaria impresión de autoridad (en el sentido de saber de lo que hablaba), y la experiencia entera estaba caracterizada por un extraño sentimiento de compleción, con el que yo no quería interferir.

(Recuerdo que había ido a oír a Billy Graham aquella misma semana. Había un tremendo montaje: presentadores, bandas, coros, y por fin el gran hombre. Nos partió el corazón; pero cuando invitó a la gente a caminar en dirección a Cristo, yo me fui en la dirección contraria. ¡Y de pronto el contraste total de aquella sosegada charla en Euston Road!)

Al año siguiente, 1967, me enteré, por un anuncio que encontré en un periódico, de la reunión de Saanen, y fui. Estaba allí Dorothy Simmons, pero yo no la conocí hasta las charlas de Wimbledon de 1969. Se invitó a que todas las personas que estuvieran interesadas en Brockwood fueran a hablar con ella a una mesa situada en el vestíbulo; y eso hice, un poco nervioso. Dorothy se mostró muy abierta, y me animó a que visitara Brockwood y echara una mano en la preparación del lugar, lo cual hice con regularidad a lo largo de aquel año. Mi primer encuentro con Krishnaji fue a su llegada en mayo.

Más adelante, aquel mismo año, Dorothy me preguntó si estaría dispuesto a dar algunas clases de piano durante mis visitas. Comencé en septiembre de 1970 y he seguido haciéndolo desde entonces... ¡veintitrés años ya! Al principio tentamos, en el salón principal, un piano prestado; hasta que, a través de la Universidad, conseguí el actual piano de cola de Brockwood, de 1904, por 200 libras.

En aquellos primeros tiempos, en 1969, cuando Alan Hooker se encargaba de las tareas culinarias, comíamos todos alrededor de la gran mesa de la cocina, y a veces Krishnaji se mostraba particularmente coloquial durante la comida o en la sobremesa. Le gustaba contar chistes, y recuerdo que entre los mejores estaba el de los tres reyes magos que llegan a Belén para ver al Niño Dios. Tras ofrecer sus obsequios, uno de ellos, al ponerse en pie, se golpea la cabeza contra una viga: «¡Jesús!», exclama. «¡Ah —dice María—, qué nombre tan precioso! Estábamos pensando en llamarle Alfredo».



REUNIÓN EN EL CENTRO EDUCATIVO DE BROCKWOOD PARK (ARRIBA) Y HUERTO (ABAJO), HAMPSHIRE, INGLATERRA.





«NUNCA SENTÍ QUE CONOCÍA AL HOMBRE, PORQUE PARA MÍ TENÍA LA CUALIDAD DE NO SER NADA [...]»
ALAN HOOKER

K era tímido por naturaleza, como mencionaría en una entrevista que tuve con él en 1970. Llevaba yo algún tiempo tratando de explicarle una serie de problemas que me preocupaban, y él parecía reacio a discutir ninguno de ellos en detalle; se limitaba a decir: «¿No puede dejar que todo ello simplemente pierda relevancia?». Después, un día fue él mismo quien planteó el tema de la timidez (que yo no había mencionado) y habló de la experiencia de entrar en una sala llena de gente y de permitir que fueran las demás personas quienes hablaran, puesto que eran exactamente iguales que uno: estaban confundidas y buscaban una respuesta. Añadió: «Deje que las demás partes de usted cuenten su historia». Esta referencia a los demás como «las demás partes uno mismo» tuvo en mí un profundo impacto.

Otras cosas que dijo en aquella ocasión y que han permanecido conmigo fueron: «Observe simplemente»; «vea lo que sucede», y «no puede usted cambiar aquellas nubes».

Algunas de las reuniones con el personal de la escuela eran de carácter muy intenso. En una de ellas formuló con auténtico apremio la pregunta: «¿Qué es lo más importante en sus vidas?». Aventuramos diversas respuestas, algunas idealistas y otras efectivas, pero ninguna le satisfacía; menos aún admitía nada que él personalmente hubiera dicho. Siguió formulando la pregunta. Finalmente, al cabo de casi una hora, dijo: «Me pregunto si les ayudaría que les contara lo que es más importante para mí». Pareció titubear, y luego continuó: «No ser nada, no ser absolutamente nada».

Alan Hooker vivía en Columbus, Ohio, y viajaba frecuentemente como conferenciante teosófico cuando llegaron a sus manos, en 1945, los escritos de Krishnamurti. Aquél sería el comienzo de un compromiso que duró hasta la muerte de Alan en 1993.

Cuando se trasladó a Ojai, a finales de los años cuarenta, se le pidió que se hiciera cargo de procurar alimento y albergue a quienes acudían a Ojai con ocasión de los campamentos. Después continuaría encargándose de la cocina en Saanen y Brockwood durante muchos años.

Poco antes, él y su esposa Helen habían abierto un restaurante al aire libre, *The Ranch House*, en Ojai, California, que ofrecía una inusual cocina cuya base eran las verduras frescas y las hierbas aromáticas; luego añadiría aves, pescado y carne a su menú, ya que en aquel tiempo no había suficientes vegetarianos como para mantener a flote el restaurante. A Alan Hooker se le ha llamado «El padrino de la cocina californiana».

ALAN HOOKER

PROPIETARIO DE RESTAURANTE, OJAI, CALIFORNIA

Aunque solía ayudar a preparar las comidas de Krishnamurti —y esto sucedió a lo largo de muchos meses y muchos años— nunca sentí que conocía al hombre, porque para mí tenía la cualidad de no ser nada: no había en él una persona con la que yo pudiera relacionarme como uno se relaciona con otras personas, personas con sus hábitos, sus gustos y aversiones. Allí se encontraba aquel hombre que, por lo que yo veía, parecía estar completamente libre de todo ello; para mí, no había en él nadie con quien relacionarse, pero era un privilegio sentarse a la mesa y escucharle hablar con los invitados. No puedo imaginar

nada tan maravilloso en mi vida como fueron aquellos almuerzos con él que tuve el privilegio de compartir.

Creo que la contribución fundamental de Krishnamurti al ser humano pensante de este planeta es que nos ha hecho investigar la naturaleza de la creencia, ya que la mayoría de las religiones están fundadas en una creencia, y él la refuta por entero y la muestra como un mero proceso de pensamiento. Parece haber sido el primero en manifestar esto, con la excepción tal vez del Buda, y, para aquellas personas arraigadas en la creencia, resulta algo insólito, sorprendente, desconcertante.

Anteriormente hemos leído en este libro el relato de Ingram Smith sobre un suceso ocurrido en Colombo, Sri Lanka. He aquí otra anécdota que se produjo en Sydney:

En 1955, nos encontrábamos otras cinco personas y yo comiendo con Krishnaji en el restaurante Spencer English de Sydney, Australia. Cuando estábamos acabando de comer, estalló una fuerte tormenta, con gran profusión de relámpagos; una auténtica tempestad de noviembre, de finales de primavera en el hemisferio Sur. Dejamos de hablar y nos quedamos contemplándola. Krishnamurti se levantó de la silla y, sin mediar palabra, salió al patio al aire libre y empezó a bailar bajo la lluvia, a dar brincos, pletórico, en medio del tremendo despliegue de rayos y truenos. ¡Qué hermoso era ver a un hombre danzar natural, espontáneamente y con tal elegancia en medio de la violencia de la naturaleza!

La comprensión es ahora, no mañana. Cuando algo les interesa, lo hacen al instante, y hay comprensión inmediata, inmediata transformación. Si no cambian ahora, nunca cambiarán, porque el cambio que se realiza mañana es una modificación simplemente, no una transformación. La transformación sólo puede suceder de inmediato; la revolución es ahora, no mañana.

CHARLA DE BOMBAY, 1948

Cuando nos damos cuenta de “lo que es”, queremos transformarlo, y ahí empieza el sufrimiento. El fin del sufrimiento es el comienzo de la sabiduría, y el fin del sufrimiento es la comprensión de “lo que es”.

CHARLA DE OJAI, 1966



Aunque Krishnamurti había visto periódicamente a Rajagopal durante los últimos años, la reconciliación entre ellos parecía imposible. Éste se había negado a presentar los extractos de cuentas que repetidamente se le habían requerido, y Krishnamurti pidió la readmisión en la junta directiva de Krishnamurti Writings Inc., o KWInc., como se la llamaba. Consideró que debía poder intervenir en lo concerniente a sus propios escritos así como en las cuestiones financieras. Se había puesto buen cuidado en que no supiera nada de estos asuntos, de lo cual él era en parte responsable, ya que desde el principio había mostrado poco interés en los negocios y en el aspecto administrativo del trabajo. Krishnamurti era consciente, sin embargo, de que se habían donado para apoyar su trabajo grandes sumas de dinero, pero no sabía ni a cuánto ascendían esos fondos ni dónde estaban realmente.

El creciente empuje de las reuniones de Saanen fue visto como una supuesta amenaza al trabajo que tenía nominalmente su sede en Ojai. No obstante, en julio de 1964, aunque de mala gana, se aportaron 50.000 dólares para la

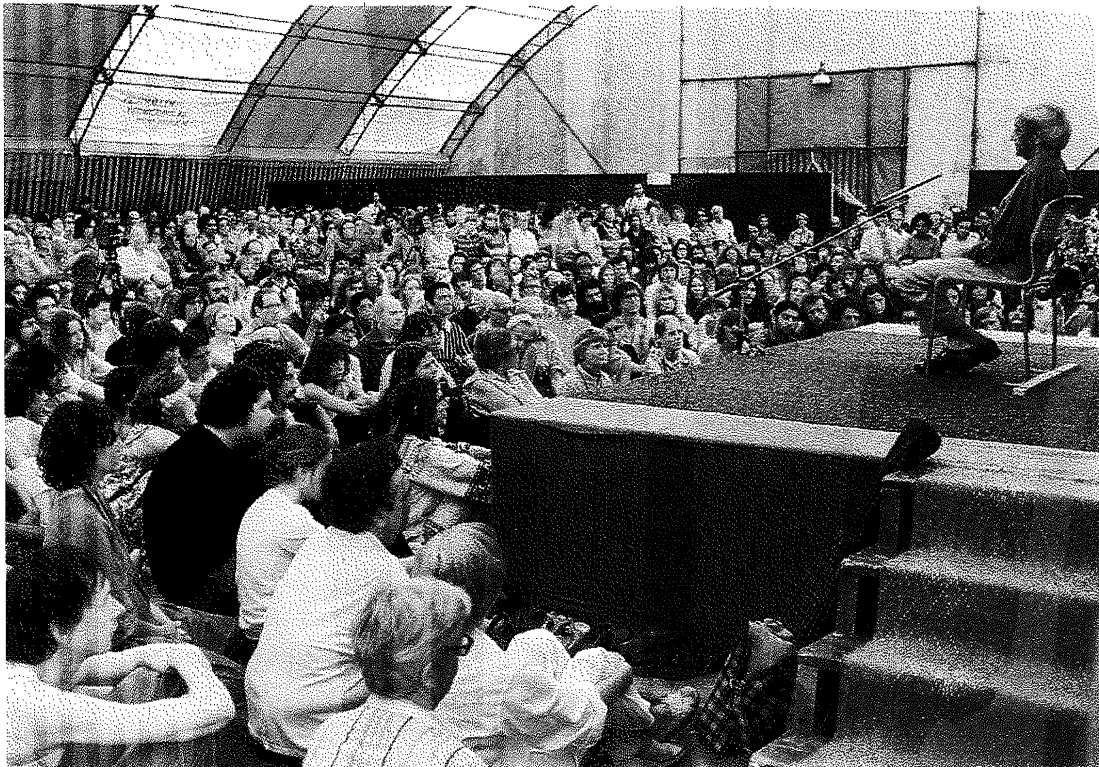
adquisición de las tierras donde las reuniones de Saanen se celebraban, con la condición de que la propiedad pasara a manos de la KWInc. a la muerte de Krishnamurti.

La temible Doris Pratt escribió a Rajagopal sugiriendo que el Comité de Saanen se encargara de todos los gastos de Krishnamurti relacionados con viajes y otras cuestiones mientras éste se encontrara en Europa, y que la KWInc. cubriera los gastos vinculados a sus viajes a la India y Estados Unidos. Krishnamurti nunca había tenido ningún dinero en propiedad, exceptuando las 500 libras anuales que la americana Mary Dodge le legara en 1913.

Cuando la situación llegó a un punto crítico, Krishnamurti supo que tenía una obligación hacia aquellos que habían donado fondos para apoyar su trabajo. Sintió que éticamente tenía una responsabilidad ante ellos.

En julio de 1968 rompió definitivamente con su asociado de tantos años y cortó su relación con Krishnamurti Writings Inc. Revocó el documento firmado en 1955, que cedía sus derechos de autor, y denegó a Rajagopal el permiso para firmar nuevos contratos.

El 7 de julio de 1968, Krishnamurti hizo una declaración pública ante los miles de personas que habían acudido a la reunión de Saanen.



Krishnamurti quiere hacer saber que se ha disociado por completo de Krishnamurti Writings, Inc. de Ojai, California. Espera que, como resultado de este anuncio público, aquellas personas que deseen estar vinculadas con su trabajo y sus enseñanzas ofrecerán su apoyo sólo a la nueva Krishnamurti Foundation Trust de Inglaterra, entre cuyas actividades estará incluida la escuela. La escritura que establece la Fundación asegura que los propósitos de Krishnamurti serán cumplidos.

CHARLA DE SAANEN, 1968

La nueva entidad, la Krishnamurti Foundation Trust, Ltd., era ahora la encargada de la publicación de los libros, así como de la traducción de éstos a diversos idiomas, de organizar el calendario de charlas, etcétera. Se formó además una red de Comités europeos para ayudar a distribuir los libros en los respectivos países.

Un año más tarde, en 1969, se constituyó la Fundación Krishnamurti de América, y en 1970, la Fundación Krishnamurti de la India. Poco después se inició, con cierta renuencia, un pleito para reclamar los fondos de las donaciones y los terrenos de Ojai. Erna Lilliefelt, que había oído hablar a Krishnamurti por primera vez en la India en 1952, se incorporó a la Fundación. Ella y su esposo Theodor estaban entre los patronos fundadores de la Krishnamurti Foundation of America. Erna se retiró de su trabajo para la Fundación en 1994, tras una dedicación de casi treinta años. Así habla de aquellos días de colaboración.

ERNA LILLIEFELT

EMPRESARIA, OJAI, CALIFORNIA, Y PATRONA
DE LA KRISHNAMURTI FOUNDATION OF AMERICA

«EL PROPÓSITO DE LA FUNDACIÓN ERA DIVULGAR LAS ENSEÑANZAS DE KRISHNAMURTI. ALGUNOS MESES ANTES HABÍA NACIDO YA EN INGLATERRA UNA NUEVA ORGANIZACIÓN [...]. LA FINALIDAD ERA [...] INFORMAR A LA GENTE SOBRE LOS LUGARES EN LOS QUE HABLARÍA KRISHNAMURTI Y ORGANIZAR LAS CHARLAS EN ESTADOS UNIDOS.»
ERNA LILLIEFELT

- EB: Cuando Rajagopal se retiró de escena, ¿quién se hizo cargo de ayudar a organizar las charlas?
- EL: Existía entonces una organización delegada que gestionaban Doris Pratt y Mary Cadogan. En aquella época, Doris Pratt organizaba las charlas de Inglaterra, y creo que luego también las charlas que empezó a haber en Saanen, éstas con la ayuda de la señora Scaravelli, que tenía un chalet en Gstaad. Cuando Krishnamurti estuvo allí de visita, la gente le había sugerido que diera algunas charlas, y así es como los encuentros de Saanen comenzaron. Las charlas de la India eran los amigos indios quienes las organizaban.
- EB: ¿Cómo se las arregló Krishnamurti en el aspecto financiero durante aquel período?
- EL: La gente le ayudó. Sus amigos ingleses solicitaron fondos a los donantes para sufragar sus viajes, y hubo otras personas que también contribuyeron.
- EB: ¿Cómo describiría usted la formación de la actual Fundación Krishnamurti de América?
- EL: Redacté un documento sobre el particular titulado *KFA History* [Historia de la KFA], que se encuentra en los archivos de la KFA (Krishnamurti Foundation of America) y está disponible en su biblioteca. Antes de, finalmente, presentar la demanda, tratamos durante dos o tres años de llegar a algún acuerdo extrajudicial. En cuanto Krishnamurti llegó a Malibú en 1968, nos pidió a Theo y a mí que nos reuniéramos con él. Sentía que era importante crear una nueva organización y poner las cosas en marcha otra vez en Estados Unidos; y así fue como se fundó la KFA.
- EB: ¿Quiénes fueron los patronos de la KFA en sus comienzos?
- EL: Hubo cuatro patronos fundadores, cada uno de los cuales aportó una suma de 500 dólares para crear la Fundación, que fueron Theo Lilliefelt, Ruth Tettemer, Mary Zimbalist y Krishnamurti. A ellos nos sumamos Alain Naudé y yo, Erna Lilliefelt.

NUNCA SEPARÉ UNA
 COSA DE LA OTRA: EL
 HOMBRE Y LA ENSEÑANZA.
 ERAN SUS ENSEÑANZAS:
 CUANDO HABLABA, LO QUE
 COMUNICABA ERAN LAS
 ENSEÑANZAS.»
 ERNA LILLIEFELT

- EB: ¿Cuáles eran sus intenciones al crear la fundación?
- EL: El propósito de la fundación era difundir las enseñanzas de Krishnamurti. Algunos meses antes había nacido ya en Inglaterra una nueva organización: la Krishnamurti Foundation Trust Ltd. La finalidad era establecer una lista de direcciones de correo para poder informar a la gente sobre los lugares en los que hablaría Krishnamurti y organizar las charlas en Estados Unidos, todo lo cual se llevó a cabo. Krishnamurti no tenía posibilidad de hablar en Ojai en aquellos momentos, ya que el Oak Grove le había cerrado las puertas, de modo que habló en Santa Mónica, San Francisco y Nueva York. Las cosas fueron creciendo a partir de aquí.
- EB: Y durante todo aquel período, ¿el litigio continuaba?
- EL: Sí, las acciones legales relacionadas con la demanda presentada contra Krishnamurti Writings Inc. y Rajagopal siguieron hasta 1975, año en que se resolvió la cuestión por orden judicial. Pudimos recuperar entonces la propiedad de Oak Grove y los terrenos de Meiners Oaks, lo cual permitió crear la escuela de Oak Grove. Recobramos asimismo la propiedad de Arya Vihara, donde Krishnamurti podría alojarse de nuevo y volver a Ojai.
- EB: En el transcurso de aquellos años tuvo usted oportunidad de ver a Krishnamurti en toda clase de circunstancias. ¿Qué reacción provocaba en usted Krishnamurti: el hombre, y la enseñanza?
- EL: Nunca separé una cosa de la otra: el hombre y la enseñanza. Eran sus enseñanzas: cuando hablaba, lo que comunicaba eran las enseñanzas; cuando no hablaba, nuestros contactos con él mientras estaba aquí se referían trabajo de la fundación y de la escuela, a los planes que teníamos y a lo que íbamos a hacer. No había conversaciones filosóficas a menos que se celebraran pequeñas reuniones de grupo organizadas especialmente con ese fin.
- EB: Usted vio a gente en torno a Krishnamurti, gente que asistía a las charlas a lo largo de los años. Su presencia impactaba a las personas, y él debía darse cuenta de ello; ¿cómo reaccionaba?
- EL: No era un hombre que reaccionara, ¿comprende?
- EB: En la India, y en otras partes, era evidente la intensa adulación de que era objeto; sin embargo, por lo que yo observé, tendía a soslayarla.
- EL: A eso me refiero al decir que no reaccionaba. Creo que esta cuestión le resultaba difícil de llevar, y que no respondía activamente a la adulación y a ese tipo de actitud. A mi entender, la gente que manifestaba aquella actitud no comprendía sus charlas.
- EB: ¿Consideraba Krishnamurti que tenía una misión?
- EL: Ya sea "misión" u otra la palabra, el término que usaba él era "enseñanza", y pienso que obviamente tenía una misión educativa, si quiere expresarlo así. Tenía algo que decir, y creo que era algo que ayudaba a los seres humanos; causaba una fuerte impresión en las personas.
- EB: ¿Cuál diría usted que es el legado de Krishnamurti?
- EL: Creo que lo que decía entonces es igual de válido hoy día; porque es verdad; es real. Nunca hubo variación en sus palabras; quizá expresara lo mismo de muchas maneras diferentes, pero el mensaje siempre fue uno; lo desarrollaba, lo expandía, lo prolongaba, pero no era un mensaje diferente.
- EB: ¿Qué efecto tuvo Krishnamurti en su vida?
- EL: Fue como si de repente hubiera una puerta cerrada y otra abierta. No puedo decir más que eso. Pero nunca sentí que dependía de él en ningún sentido. Es verdad que nos involucramos en el pleito, pero aquello fue debido a una razón específica. Cuando me fui de la India después de ha-

UNA DE LAS NUMEROSAS
CHARLAS DE KRISHNAMURTI
EN EL OAK GROVE.

berlo oído hablar la primera vez, no sabía si volvería a oírlo nunca más; nunca se me ocurrió la idea de seguirle de país en país y asistir a otras charlas. Sentía entonces que finalmente había dejado de buscar, y que estaba sola. Él me dio algo que me capacitó para afrontar la vida sola, sin la necesidad de buscar en nadie orientación psicológica, consejos, consuelo o respuestas.

EB: ¿Cuál es la esencia de su enseñanza? Cuando una contempla en retrospectiva su rechazo, en 1929, de la autoridad que se le atribuía, el estar solo ha sido un tema constante.

EL: Creo que ése es su gran mensaje: que podemos vivir como individuos sin ninguna dependencia psicológica. ¡Es un mensaje tan apasionante!

EB: ¿Diría usted que su paso del catolicismo a la teosofía, del que ha hablado anteriormente, fue parte del mismo movimiento? Se alejó usted de aquellas formas después de haber oído las palabras de Krishnamurti. ¿Cree que la declaración de 1929 tiene la capacidad de liberar a la gente de cualquier clase de dependencia religiosa?

EL: De la dependencia psicológica o religiosa dogmática, sí.

EB: ¿Veía la necesidad de crear una nueva organización, y sin embargo hablaba continuamente en contra de las organizaciones; ¿cuál es la diferencia?

EL: La Fundación Krishnamurti no es una organización espiritual. Se fundó sencillamente para que la gente pudiera acceder a lo que él decía, y para que él pudiera hablar: para organizar una charla en Nueva York, o en Boston. No tenía nada que ver con el aspecto espiritual de su mensaje, pese a que tal vez ese mensaje pudiera considerarse espiritual, según cómo defina uno esa palabra.

EB: ¿Se consideraba a sí mismo Krishnamurti una figura religiosa?

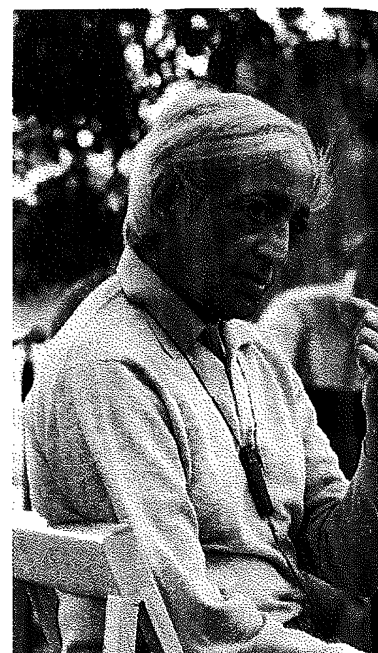
EL: Es difícil responder a esto; habría que definir primero qué entendemos por "religión" o "figura religiosa". No creo que pueda responder a esto por él. Es obvio que no habría podido hacer lo que ha hecho sin esa tremenda energía; aparentemente, el expresar lo que sentía era un mensaje que beneficiaba a los seres humanos, el hacerles ver algo en lugar de estar cegados por el propio condicionamiento y por todo lo que se les había inculcado durante generaciones.

EB: Habla usted de la energía de Krishnamurti, que era bastante evidente. ¿Explicó él alguna vez cuál era la fuente de esa energía?

EL: No creo poder decir que jamás lo explicara. Esa energía estaba presente. Él habla profusamente de ella en sus escritos, de su existencia; y sin duda había ocasiones en que la sentía como algo diferente de sí mismo. No quiero entrar en una disertación de carácter místico, pero indudablemente esa energía venía a él, o estaba en él, casi en todo momento.

EB: ¿Cree que Krishnamurti mantenía un sentimiento particular hacia Ojai?

EL: Creo que tenía un sentimiento especial porque su conexión con el lugar se remontaba a muchos años atrás; pero siempre tuve la impresión de



que Krishnamurti era un ser humano muy impersonal; no manifestaba las habituales reacciones sentimentales hacia las personas o los lugares. Creo que había en él una gran compasión y sensibilidad; ahora bien, no diría yo que hubiera en él ningún sentimentalismo.⁷⁶



Krishnamurti se mantuvo distanciado de la atmósfera de acusaciones y contraacusaciones legales. Si se le interrogaba, respondía lo que fuera preciso, pero nunca se involucró emocionalmente ni manifestó ninguna animosidad personal.

La Krishnamurti Foundation Trust de Inglaterra, sin embargo, vio la necesidad de remitir a sus lectores un comunicado clarificador, que incluyó en su Boletín número 3, publicado en el verano de 1969, y que dice así:

Han sido muchas las personas que han escrito expresando su inquietud por la disociación de Krishnamurti de la Krishnamurti Writings, Inc., y preguntando por los motivos de esta ruptura.

El sentir de Krishnamurti es que el público debe estar informado, puesto que durante los pasados cuarenta años ha apoyado su trabajo y, por él, ha hecho substanciales contribuciones a Krishnamurti Writings, Inc.

Durante los últimos diez años, Krishnamurti ha pedido reiteradamente al señor Rajagopal, presidente de Krishnamurti Writings, Inc., que le informara y consultara sobre la política y situación interna de esta sociedad. El señor Rajagopal ha rehusado sistemáticamente hacerlo y ha denegado a Krishnamurti el acceso a sus propios manuscritos y archivos, en poder de Krishnamurti Writings, Inc. Por añadidura, Krishnamurti ha sabido recientemente de los cambios que, con el paso de los años, han sucedido dentro de esta sociedad, y que lo excluyen por completo de cualquier toma de decisiones respecto a sus asuntos internos. Krishnamurti trató en repetidas ocasiones de resolver la cuestión amigablemente con el señor Rajagopal y los miembros de la junta directiva de KW Inc., aunque en vano.

Él lamenta de verdad que haya sido necesario solicitar fondos de nuevo, pero el dinero donado a Krishnamurti Writings, Inc. para su trabajo se encuentra en



la actualidad inmovilizado en dicha organización, y Krishnamurti no puede disponer de él.

Se han tomado todas las precauciones posibles al formar la Krishnamurti Foundation Trust y la Krishnamurti Foundation of America para asegurarse de que no surgirá un problema similar en el futuro.⁷⁷



Había algunos aspectos de su vida a los que Krishnamurti rara vez se refería. Aun así, en contadas ocasiones habló de poderes curativos.

Giddu Narayanan había sido durante muchos años profesor en la escuela de Rishi Valley, y más tarde sería su director. Posteriormente se trasladaría a la Valley School de Bangalore, donde ocuparía el mismo cargo, y donde continúa residiendo actualmente.

GIDDU NARAYANAN

EDUCADOR, VALLEY SCHOOL, BANGALORE, LA INDIA

EB: Contó usted una historia en la que Krishnamurti relataba lo que se llamó un milagro. ¿Podría hablarnos sobre ello?

GN: Hace años, en Madrás, iba yo paseando por la playa con Krishnaji –sería hacia 1959–, y mientras caminábamos, le pregunté qué pensaba él sobre los milagros. Dijo: «Le contaré una anécdota». Explicó que había acudido a él un hombre para pedirle que ayudara a su esposa. La mujer tenía una pierna en muy mal estado. Tras una fractura, la carne había empezado a crecer entre dos articulaciones y no era posible operar, lo que significaba que había que amputar la pierna a la altura de la rodilla. Krishna repuso: «¿Qué puedo hacer yo? Si quiere, traiga a su esposa». De modo que, al día siguiente, se transportó a la mujer hasta la oficina en una camilla, y coincidió que, según ella pasaba, Krishnaji salía de su habitación. La señora lo vio, sus ojos se encontraron, y ella se levantó y se alejó por su propio pie. Ésta es la anécdota. Krishnamurti se volvió hacia mí y dijo: «Créame, amigo, pensé que me estaban tomando el pelo». Me quedé callado; imaginé que probablemente se tratara de un chiste. Luego, tras una pausa, añadió: «A la mañana siguiente, la hija llegó con una guirnalda: “¿Sabe usted lo que ha hecho por mi madre? Es un milagro”». Lo contaba con gran sentido del humor, así que pregunté a Krishnaji: «¿Se debió a que la mujer tenía fe en usted?». Contestó: «No, no era ésa la razón». «Entonces, ¿cómo ocurrió?». Dijo: «En algún lugar, algo se armoniza». Y pregunté de nuevo: «¿Qué es lo que se armoniza?». «La energía: la energía que pasa». Y aquel fue el final de la conversación. Krishnaji era demasiado modesto para hablar de sus poderes curativos; pero hizo un comentario muy interesante: «Curar el cuerpo es sencillo –dijo–; un buen médico puede hacerlo. Lo que es mucho más profundo e importante es curar la mente. El curar la mente de sufrimiento, de miedo y de soledad requiere atención y capacidad de penetración inmensas». Por lo tanto, no quería hablar con su amigo sobre sus poderes curativos, porque ésa no era su función. Su principal misión, si es que podía llamársela así, era la de curar la mente. Y esto es algo que se traslucía con claridad, ya que el propósito fundamental de su enseñanza es hacer al hombre incondicionalmente libre.

«KRISHNAJI ERA DEMASIADO MODESTO PARA HABLAR DE SUS PODERES CURATIVOS [...] “CURAR EL CUERPO ES SENCILLO –DIJO–; UN BUEN MÉDICO PUEDE HACERLO. LO QUE ES MUCHO MÁS PROFUNDO E IMPORTANTE ES CURAR LA MENTE. EL CURAR LA MENTE DE SUFRIMIENTO, DE MIEDO Y DE SOLEDAD REQUIERE ATENCIÓN Y CAPACIDAD DE PENETRACIÓN INMENSAS”.»
GIDDU NARAYAN

EB: Decía usted que Krishnaji comunicaba más a través del silencio, quizá, que de las palabras. ¿Cómo explica esto?

GN: Krishnaji era un experto en el diálogo, gracias a su modo de emplear las palabras, al refinamiento de la comunicación. Pero hacía falta conocerlo personalmente para comprender la naturaleza de su silencio; porque, si uno iba a dar un paseo con él, era muy difícil hacerle ninguna pregunta. Uno experimentaba una cualidad de silencio, de belleza y compasión, y es difícil aislar lo uno de lo otro: la investigación, el silencio y la observación van juntos, y en Krishnamurti podía verse la personificación de estas cualidades: en su modo de hablar, en su modo de vivir.⁷⁸

DURANTE LOS AÑOS SETENTA, Krishnamurti regresó nuevamente a la India tras una ausencia de dieciocho meses y emprendió la habitual gira de charlas, diálogos y conferencias. Debido a una disputa legal sobre los derechos de propiedad de Vasanta Vihar, en Madrás, resultante del caso Rajagopal, no pudo alojarse allí, como había hecho los años anteriores. Las querellas en curso con el ayudante del fiscal general de California y la parte contraria aún no habían encontrado resolución. Rajagopal no estaba interesado en llegar a un acuerdo.

En marzo de 1970, Krishnamurti habló en el Civic Auditorium de Santa Mónica, con un aforo de tres mil localidades, y hubo cientos de personas que no pudieron entrar. También había siempre quien, a mitad de una charla, se marchaba, ofendido por alguna observación particularmente desafiante acerca del nacionalismo, la religión u otra de las muchas cuestiones que tenemos en tan alta estima. Esto ocurría inevitablemente en cualquier país en que se encontrara, ya fuera la India, con sus tradiciones hondamente arraigadas, Europa, en las reuniones internacionales de Saanen, o Estados Unidos, donde una creciente oleada de fundamentalismo generó respuestas furibundas y violentas a sus charlas.

Un sector que parecía estar por encima de estas estrechas interpretaciones era el grupo psicoterapéutico, tan en boga durante los años cincuenta, sesenta y setenta.

David Shainberg era un distinguido miembro de este grupo. Su trabajo como educador y asesor del programa de formación especializada en medicina psicoanalítica en el Postgraduate Center for Mental Health [Centro de preparación para el doctorado en salud mental] de Nueva York, y como autor de *The Transforming Self*, así como de numerosos artículos relacionados con su profesión, lo llevó a entablar extensos diálogos con Krishnamurti, algunos de los cuales fueron grabados en video. La serie *The Transformation of Man* [La transformación del hombre], en la que intervienen Krishnamurti, el profesor David Bohm y el doctor Shainberg, ha tenido especial relevancia.

En este artículo que escribió para el Boletín de verano de la Fundación Krishnamurti, habla sobre la importancia de este encuentro.

En usted reside el mundo entero, y si sabe usted mirar y aprender, entonces la puerta está ante usted y la llave está en su mano. Nadie en esta Tierra puede darle ni la llave ni la puerta que ha de abrir sino usted mismo.

USTED ES EL MUNDO, 1972

DOCTOR DAVID SHAINBERG PSIQUIATRA, NUEVA YORK

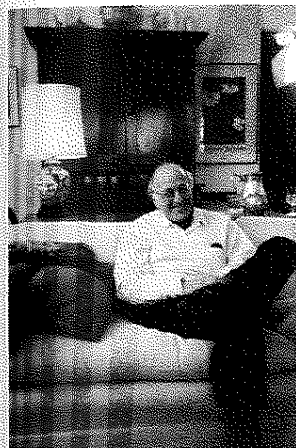
Los días 29 y 30 de abril de 1975, Krishnamurti se reunió en Nueva York con veinticinco psicoterapeutas. El grupo representaba a una serie de orientaciones teóricas, incluidas las de Freud, Horney, Sullivan y Rogers, y estaba compuesto por cuatro asistentes sociales, cuatro psicólogos y diecisiete psiquiatras. De entre ellos, varios eran directores de institutos de formación psicoanalítica; uno, director del departamento de psiquiatría de un hospital; muchos eran profesores, y algunas de aquellas personas habían contribuido substancialmente al conocimiento científico.

El grupo se congregó a fin de explorar la relación de la enseñanza de Krishnamurti con el trabajo que diariamente llevaban a cabo y cómo repercutía en éste. Todos los allí reunidos conocían bien las dificultades que implica ayudar a otro ser humano. Desde el instante que comenzó el debate, la atmósfera del diálogo fue intensa, profundamente seria y respetuosa.

Muy apropiadamente, el debate se abrió con la pregunta: «Cuál es la raíz del miedo?». Se estableció de inmediato una importante distinción: existe un temor biológico que nos protege del fuego, de la serpiente, etcétera. Hubo quien lo denominó ámbito del “miedo práctico”. Krishnamurti señaló que éste no podía considerarse miedo psicológico sino “inteligencia de conservación”. El miedo psicológico es diferente. Krishnamurti subrayó que el miedo psicológico es consecuencia del pensar. «El llegar a ser —dijo—, con el consiguiente miedo de no llegar a ser, es la raíz de todo miedo. Si no hubiera pensamiento, no habría miedo.» Uno de los psiquiatras respondió: «Si no hubiera pensamiento, uno no sería humano». Sin embargo, Krishnamurti instó a considerar la posibilidad de que lo verdaderamente humano fuera no pensar. Inicialmente hubo dificultad en comprender esto, pero el grupo empezó a vislumbrar el fondo del dilema cuando Krishnamurti enfatizó la necesidad de llegar a la raíz del problema, no a sus ramas. El miedo y sus ramificaciones aparecen siempre que, en vez de acción inmediata, surge el pensamiento relacionado con el devenir.

Los psicoterapeutas tradicionalmente se centran en los pensamientos de sus pacientes o, si no en los pensamientos, en el devenir y el ser. El terapeuta trata de ayudar al paciente a ser menos miedoso, más maduro, más hábil en la sociedad. Por lo tanto, fue causa de desconcierto para muchos de los participantes considerar que el pensamiento y el devenir eran las raíces de la enfermedad mental. Ahora bien, lo que a algunos, más que desconcertarlos, los confundió profunda y repetidamente fue el oír a Krishnamurti señalar que el ser mismo era la raíz última del miedo. Pocos comprendieron; se quedaron todos cavilando. Krishnamurti preguntó cómo se podía prevenir en conjunto la enfermedad.

A partir de aquí, el grupo se centró en una diferencia fundamental de puntos de vista: los psicoterapeutas, y por supuesto el mundo entero, están



«KRISHNAMURTI CUESTIONÓ OTRO SUPUESTO PSICOANALÍTICO BÁSICO AL AFIRMAR QUE ES INNECESARIO REVELAR A TRAVÉS DEL TIEMPO LAS CAPAS MÁS PROFUNDAS DEL INCONSCIENTE.»
DAVID SHAINBERG

Ocúpese de la raíz del sufrimiento, y no del grito de dolor.

acostumbrados a pensar en función de un proceso, lo cual implica tiempo para cambiar, tiempo para que ocurra cualquier transformación. Un hombre, por ejemplo, dijo que la idea de Krishnamurti sobre la transformación de la conciencia parecía implicar un proceso. Se argumentaba que los pacientes mejoran “con el tiempo” como resultado de la participación en un diálogo al que llamamos terapia. Puede observarse que estos pacientes tienen menos miedo, como consecuencia de un cambio en el conocimiento que adquieren de sí mismos y del mundo. ¿Cómo es posible eliminar la idea de proceso, se preguntaban los terapeutas, cuando se ve tan a menudo la mejoría que trae el tiempo? Y Krishnamurti se preguntaba si lo que ocurría realmente no era que esas personas adoptaban una nueva dependencia para aliviar sus miedos. Preguntó: «¿Es posible liberarse totalmente del miedo, y no simplemente tener menos miedo?» (que era, como allí se sugería, el resultado habitual de la psicoterapia).

Esta misma cuestión se planteó con diferentes palabras al debatir el tema del desarrollo, concepto que atrae el interés de la mayoría de los terapeutas. Es inherente a las teorías psicoanalíticas la idea de que el niño se desarrolla en el marco del tiempo y de que las enfermedades de la mente afloran al fallar la consecución de las diversas tareas evolutivas durante el curso de un proceso. De un modo similar, el terapeuta observa un proceso en el paciente que gradualmente resuelve sus distintos temores. A medida que la terapia progresa, se producen cambios; los distintos temores emergen y se colocan en primer plano, y el paciente paulatinamente va siendo capaz de tener una vida más amplia y de vivir de un modo más “productivo” y más “libre”. Krishnamurti estuvo de acuerdo en que el organismo como tal ha experimentado un desarrollo; pero el organismo es diferente del “yo”. Este “yo” es un producto del pensamiento para eludir la acción inmediata. El ego o el “yo” en el que los terapeutas se centran es una característica del proceso de llegar a ser, y es, con su incesante necesidad de ser, la enfermedad misma.

Esto suscitó asimismo preguntas sobre la clase de cambio observada en pacientes en quienes el terapeuta considera que ha habido una mejoría. Aunque es posible que haya “mejorado” su capacidad de adaptación a este mundo corrupto, ¿significa eso que son capaces de amar o que están libres de miedo? Krishnamurti preguntó si existe una acción que no sea fruto del “yo” o del tiempo. Si existe, ¿tiene algo que ver con el conocimiento o el aprendizaje? Y ¿está relacionado en modo alguno el amor con el conocimiento?

La cuestión del proceso volvió a surgir cuando un terapeuta apuntó: «Vemos a un gran número de pacientes que sienten que no son nada. Es decir, se sienten, como usted sugiere, vacíos de “yo” y del contenido de la conciencia». La respuesta de Krishnamurti fue que el problema en cuanto a estas personas es que en realidad sienten que querrían ser algo. Otro médico añadió que éste era un problema mucho más grave de lo que Krishnamurti daba a entender. Insistió en que ese estado de sentirse nada se debía a que esos pacientes tenían miedo; no era la consecuencia de haber superado el miedo: era un estado anterior al de sentir, experimentar o tener contacto con la vida. Este médico y otros consideraban necesario que el paciente pasara por un proceso de experimentar el “yo”, el ego, antes de que pudiera liberarse de él.

Krishnamurti continuó indicando que no hay necesidad de ningún proceso para darse cuenta de la naturaleza del pensamiento y del llegar a ser, o de la formación de ideales, y que a la distancia existente entre “lo que es” y las invenciones del pensamiento sólo puede ponerse fin instantáneamente.

Cuestionó otro supuesto psicoanalítico básico al afirmar que es innecesario revelar a través del tiempo las capas más profundas del inconsciente. La opinión de los terapeutas era que ese proceso es necesario, y Krishnamurti respondió que la atención completa al momento de la acción es acción total, y que es todo cuanto se necesita. Estaba claro que, al entender de los terapeutas, los pacientes no eran capaces de prestar atención al momento, que requerían una preparación para poder darse cuenta gradualmente de los límites del pensamiento, lo cual incluía ayudarles a pasar por un proceso de acentuación del "yo".

A lo largo del diálogo, el tema recurrente era cómo dar con una acción que estuviera más allá del tiempo y del pensamiento. A muchos les resultaba perturbador oír que era imposible actuar conscientemente sin fragmentación, y que la verdad no tiene nada en absoluto que ver con la realidad que es producto del pensamiento. Implícita en la discusión, y aflorando a menudo de manera explícita, estaba la pregunta: ¿cómo pueden los psicoterapeutas ayudar a sus pacientes no siendo ellos mismos seres completos? Desde luego, todas las personas de la sala se daban cuenta de su propia fragmentación, y esto les hizo a todas ellas tener que afrontar preguntas sobre la clase de ayuda que en realidad ofrecían.

Para explorarlo, Krishnamurti subrayó que no existe la seguridad psicológica. La acción de pensar y de devenir es la acción de la inseguridad. La única seguridad nace del darse cuenta plenamente de que la seguridad psicológica no existe. Al darse cuenta de esto, el pensamiento y el devenir terminan. Estas aseveraciones cuestionaron el proceso analítico que la mayoría de los participantes ponen en práctica cada día. Krishnamurti continuó diciendo que el análisis, por su carácter de pensamiento, era una parálisis de la acción: avanzaba de una parte a la siguiente, interminablemente incompleto, ya que el actuar de conclusión en conclusión produce una fragmentación sin fin, y es en sí mismo un proceso de fragmentación. Es siempre la acción del pensamiento, y nunca puede llegar a la libertad.

La mayoría de los psicoterapeutas que asistieron a la conferencia de aquellos dos días se sintieron profundamente conmovidos por el debate. En general, les resultaba difícil comprender que no hubiera necesidad de ningún proceso, pues esto ponía en tela de juicio los supuestos psicoanalíticos sobre crecimiento personal y desarrollo. El no ser nada y vivir el momento directamente intrigaba e interesaba a muchos que eran capaces de apreciar que el análisis interminable por medio del pensamiento no estaba siendo de ayuda a sus pacientes. Muchos de los asistentes manifestaron sentirse interiormente conmovidos y obligados a cuestionar ciertas cosas; algunos dijeron sentirse más tranquilos después de trabajar con Krishnamurti. Un hombre comentó: «Ha sido como un soplo de aire fresco». Pero no hay duda de que haría falta dialogar mucho más para comprender el proceso del pensamiento.⁷⁹

En el otro extremo del espectro se hallaba el iconoclasta Henry Miller. Sus sinceros libros autobiográficos impactaron a generaciones de lectores, pero en Krishnamurti encontró la libertad intelectual que él mismo tan ardientemente había abrazado.

HENRY MILLER

ESCRITOR, PARÍS, FRANCIA

No conozco personalmente a Krishnamurti, aunque no hay ningún ser humano vivo a quien consideraría mayor privilegio conocer [...]. Su lenguaje desnudo, revelador e inspirador atraviesa la nebulosa de la filosofía que confunde nuestro pensamiento, y restaura los resortes de la acción; endereza las tambaleantes superestructuras de los gimnastas del verbo y purga la tierra de inmundicia. En lugar de una despiadada carrera de obstáculos dentro de una ratonera, él hace de la vida cotidiana una dichosa travesía [...]. Su trayectoria, singular en la historia de los líderes espirituales, le hace recordar a uno la famosa epopeya de Gilgamesh. Aclamado en su juventud como el próximo Salvador, Krishnamurti renunció a interpretar el papel para el que se le había preparado, desdeñó a todos sus discípulos, rechazó a todos sus consejeros y preceptores. No inició una nueva fe, un nuevo dogma: lo cuestionó todo, cultivó la duda (especialmente en momentos de exaltación) y, a fuerza de una heroica lucha y perseverancia, se liberó de la ilusión y del encantamiento del orgullo, la vanidad y toda sutil expresión de dominio sobre otros. Profundizó hasta los orígenes mismos de la vida y en ellos encontró inspiración y sustento. Resistirse a las artimañas y trampas de quienes intentaron esclavizarlo y explotarlo exigió una eterna vigilancia. Krishnamurti liberó su alma, por así decirlo, del inframundo y del supramundo, abriéndole acceso así “al paraíso de los héroes” [...]. No creo que haya un ser humano de pensamiento más inspirador.⁸⁰

*El principal propósito de la educación
es dar origen a un individuo equilibrado
que sea capaz de afrontar la vida como un todo.*

LA EDUCACIÓN Y EL SIGNIFICADO DE LA VIDA, 1953

UN SIGNIFICATIVO ACONTECIMIENTO DE LOS AÑOS SETENTA fue la creación de la escuela de Oak Grove en Ojai, California. Sus primeros años transcurrieron en el reducido espacio de Arya Vihara, antigua residencia de Krishnamurti. Más adelante, una vez resuelta la demanda presentada contra Rajagopal, empezó a construirse un nuevo edificio en las 56 hectáreas de terreno intacto adyacentes a Oak Grove [el Robledal], donde Krishnamurti había dado charlas desde el 21 de mayo de 1928. Hacía tiempo que Krishnamurti había expresado su deseo de establecer una escuela en Estados Unidos. Los patronos de la fundación se sentían más bien consternados ante la idea, y la primera vez que se habló seriamente de ello, el pleito estaba aún en curso, y la sensación general era que todo el mundo estaba demasiado ocupado.

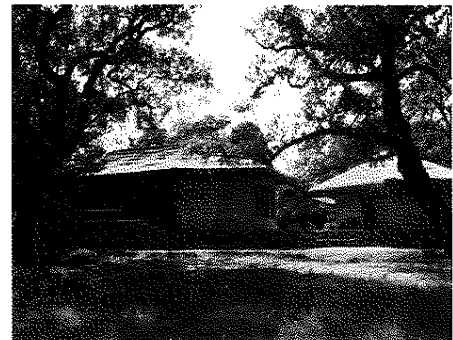
Mark Lee, profundamente comprometido en aquel momento con su cargo de director ejecutivo de la Fundación Krishnamurti, y que con anterioridad había sido profesor en Rishi Valley y otras escuelas, parecía el candidato más apropiado para dirigir la entonces pequeña, y hoy día floreciente, Oak Grove School. La escuela, que comenzó con un puñado de niños, se ha convertido en un centro educativo muy respetado que abarca desde los cursos preescolares hasta el último curso de bachillerato.

R.E. MARK LEE

DIRECTOR EJECUTIVO DE LA KRISHNAMURTI FOUNDATION
OF AMERICA, OJAI

*«El propósito de educar a niños es
hacer posible que la bondad florezca
en ellos y ayudarles a ver que el
conocimiento es un pequeño rincón de
un campo muy vasto.» Con la ayuda
de amigos y educadores, Krishnamurti
creó media docena de escuelas con esta
sola intención en mente. A diferencia
de los internados establecidos en
Inglaterra y la India, la escuela que*

*fundó en Ojai, California, fue concebida como un centro de día a fin de que los
padres pudieran tomar parte activa en la educación de sus hijos y no hubiera
así ninguna división entre la escuela y el hogar. Por haber llegado a Estados
Unidos en los años veinte, Krishnamurti conocía bien a la sociedad americana.
Le atraían de ella su gran energía y generosidad, y consideraba afortunados a los*



«KRISHNAMURTI QUERÍA UNA
ESCUELA "INTEMPORAL",
UNA ESCUELA QUE PUDIERA
DURAR CIENTOS DE AÑOS,
HASTA EL PUNTO DE
SUGERIR QUE LOS EDIFICIOS
NO REFLEJARAN LOS MÁS
MODERNOS ESTILOS
ARQUITECTÓNICOS.»
R.E. MARK LEE



ESTUDIANTES EN LA ESCUELA
DE OAK GROVE, OJAI.

«VEO QUE ÉRAMOS PIONEROS
SIN DIRECCIÓN; LLEVÁBAMOS
LA FRONTERA CON NOSOTROS.»
R.E. MARK LEE

americanos por carecer de la carga de la tradición; no obstante, veía que su cultura sufría un grave declive.

En diciembre de 1974, por invitación de Krishnamurti, vine a Ojai con mi esposa, Asha, y nuestra hija de un año, Nandini, para hacernos cargo de la apertura de Oak Grove. La Fundación Krishnamurti de América acababa de obtener su título de propiedad de un laberíntico rancho californiano, de planchas de madera blanca reforzada con listones, conocida como Arya Vihara, y en el que Krishnamurti con más frecuencia se alojó durante sus estancias en América desde 1920 hasta su muerte en 1986. De inmediato, Asha

y yo pusimos manos a la obra en la restauración del edificio a fin de que pudiera servir, al menos temporalmente, como ubicación para la escuela. Desde el primer momento, nunca hubo separación entre nuestra vida familiar y el trabajo de la escuela, que nos ocupaba siete días a la semana y veinticuatro horas al día.

Para septiembre de 1975, teníamos una modesta escuela con tres profesores y tres estudiantes. En los tres años siguientes experimentó un crecimiento extraordinario, llegando a contar con quince estudiantes y cinco profesores. Al cabo de otros dos años, estábamos supervisando la construcción de un magnífico edificio de aulas iluminadas a través de amplias claraboyas que se abrían en el techo de madera, y contiguo al robleal donde Krishnamurti daba sus charlas cada año.

A Krishnamurti le encantaba estar en Ojai. La belleza del valle lo rejuvenecía mientras recorría al atardecer sus caminos y senderos a zancadas, con sus grandes ojos observándolo todo y a todos. Llegaba cada año en enero, al concluir el extenuante programa de charlas y reuniones en la India, Inglaterra y Suiza, y se deleitaba en la paz, la calma y la privacidad que ofrece Ojai. Aun así, el entusiasmo por dar origen a una mente nueva y a una nueva generación fundada en un espíritu verdaderamente religioso ardía siempre dentro de Krishnamurti; era una pasión que nunca decayó.

En cuanto llegaba a Ojai cada año, casi inmediatamente se sumía en los asuntos de la escuela y celebraba diálogos y reuniones con el profesorado, los patronos de la fundación y los padres. El profesorado pedía consejo a Krishnamurti en cuestiones académicas y educativas, pero su respuesta de que «la vida académica y la vida espiritual son una» mantenía nuestra relación con él en los términos más elevados y universales. Resultaba obvio que su mayor preocupación era que los profesores tuvieran claridad ellos mismos, a fin de que las preguntas relacionadas con el trabajo de clase pudieran ser respondidas con inteligencia por quienes de hecho se ocupaban de esta tarea. Krishnamurti consideraba que su labor era llevarnos a descubrir la base religiosa de la escuela.

Repetidamente nos preguntaba: «¿Cuál es el propósito de la educación? ¿Tienen los profesores el sentimiento de energía ilimitada?». Nuestra única preocupación debía ser aprender, ver si estábamos creando el ambiente adecuado para aprender, si este aprender sucedía de verdad en cada uno de nosotros.

Krishnamurti quería una escuela “intemporal”, una escuela que pudiera durar cientos de años, hasta el punto de sugerir que los edificios no reflejaran los más modernos estilos arquitectónicos. Lo sorprendente era la forma en que se volcaba en cuerpo y alma para examinar a fondo las críticas educativas sostenidas incluso por las mentes más progresistas de entre el profesorado; no debíamos ser ni “experimentales” ni vanguardistas. A mediados de los años setenta, los estudios medioambientales estaban muy en boga, y todo el mundo



«¿CUÁL ES EL PROPÓSITO DE LA EDUCACIÓN? ¿TIENEN LOS PROFESORES UN SENTIMIENTO DE ENERGÍA ILIMITADA? NUESTRA ÚNICA PREOCUPACIÓN DEBÍA SER APRENDER, VER SI ESTÁBAMOS CREANDO EL AMBIENTE ADECUADO PARA APRENDER, SI ESTE APRENDER SUCEDÍA DE VERDAD EN CADA UNO DE NOSOTROS.»
R.E. MARK LEE

hablaba de retornar a la naturaleza y a una vida más sencilla. Krishnamurti me dijo: «Puede ser un enfoque totalmente erróneo el de llevar a un niño de paseo e ir señalándole la naturaleza. Son sólo palabras. Más valdría agilizar el cerebro enseñándole el arte de escuchar y de mirar. La percepción sensorial se pierde a medida que se almacena el conocimiento. El conocimiento debería provenir del darse cuenta sensorial». Algunas de sus advertencias, como «cuiden de que el estudiante no desarrolle la capacidad de concentrarse», y «todo conocimiento es un obstáculo», cuestionaban hasta los mismos cimientos del pensamiento de padres y profesores.

A cada paso, examinábamos la cultura popular y los elementos de la teoría educativa predominante. Consciente de la mentalidad de los niños, americanos que habíamos reunido para educar en la escuela, Krishnamurti a menudo nos advertía de los peligros de la “cooperación”, la “unidad”, y la más peligrosa de todas: la “comunidad”, cuyo eje era una mente colectiva dirigida en pos de un ideal. Nos ayudaba a ver que eran todos ellos enfoques divisivos, y que sólo la mente religiosa podía poner fin a la dirección equivocada que la humanidad había tomado mucho tiempo atrás. Sus preguntas, formuladas año tras año a las mismas personas, eran como rocas que fueran hundiéndose decisivamente en el agua de un pozo, resonando en nuestro interior a cada momento. Es difícil expresar el efecto de esta investigación exhaustiva de la naturaleza de la educación y de nuestro compromiso con la escuela; no puedo decir sino que el tiempo se detenía. Pero, inexplicablemente, los años pasaban.

Sin embargo, profunda e irreversiblemente, la apasionada indagación iba cambiando nuestro pequeño grupo de intrépidos. Poco a poco nos fuimos dando cuenta de que el propósito de la escuela era desarrollar el arte de escuchar y de aprender. Sólo entonces el persistente enigma del rechazo que Krishnamurti mostraba hacia el conocimiento mientras, a la vez, insistía en que la escuela debía ser sobresaliente en el aspecto académico se esclareció. «El cerebro silencioso es el cerebro más activo», nos dijo. «Si sus cerebros registran, es porque no han escuchado.» Y cuando uno oye afirmaciones tan radicales y profundas como éstas, o bien las desecha por incomprensibles, o bien se produce un salto cuántico —una percepción directa fuera del tiempo— en la naturaleza misma del aprender.

Mientras trabajábamos día tras día para consolidar la escuela y su credibilidad, Krishnamurti nos ayudaba a hacernos perceptivos al peligro de desarrollar un catecismo educativo basado en sus enseñanzas. Nos desafiaba cada vez que nos amparábamos en una idea fija, aunque su afecto hacia nosotros era obvio y nunca abandonó a nadie. No se inmiscuía en nuestras vidas privadas, pero no teníamos duda de que le importaba seriamente saber si nos comprendíamos a nosotros mismos, y si aprendíamos, o «florecíamos», como él lo llamaba. Si notaba que había en alguien abundancia de energía —energía que fluía, a su entender, siempre que uno no estuviera centrado en sí mismo—, o que era «un recipiente vacío», trabajaba con esa persona —la «cocinaba», según sus palabras— a través de la discusión, en las comidas y durante los paseos.

La investigación era tan extraordinaria que vivificaba a quienes estaban abiertos a aprender; aun así, el ritmo de desgaste fue notable durante los diez primeros años. Indagamos en por qué los profesores se agotan y pierden el enfoque, y vimos que si el personal o el profesorado venían a la escuela únicamente por el trabajo o por la asociación con Krishnamurti, habitualmente acababan exhaustos o se marchaban decepcionados. El índice de morbosidad psicológica era alto, debido a que los retos eran tan enormes. Reinaba entre

nosotros un espíritu de aventura angustiosa, y trabajábamos con ahínco para hacer que la escuela fuera digna de que Krishnamurti estuviera vinculado con ella, pero a cada paso nos encontrábamos con las limitaciones que nosotros mismos creábamos. Los entramados de las personalidades, la formación profesional y las motivaciones veladas no podían ocultarse durante los cuatro meses que Krishnamurti permanecía en Ojai cada año.

Ahora, volviendo la vista atrás, veo que éramos pioneros sin dirección; llevábamos la frontera con nosotros. Desarrollar el plan de estudios supuso cientos de horas de reuniones, y el resultado fue que los requerimientos educativos del Estado de California fueron cuidadosamente respetados, al tiempo que todo apuntaba al propósito creativo de la escuela. La Oak Grove School consiguió en los círculos académicos una sólida reputación por su excelencia. Maduró a medida que el personal y el profesorado fueron ahondando en su propia comprensión y profesionalidad.

La escuela de Oak Grove es un lugar donde aprender, en el más alto sentido de la palabra.

Confío en que tendrá una larga vida y no se convertirá en una institución. No pesan sobre ella la historia ni las tradiciones.

Durante todos los años de participación en la escuela, como padre, profesor y director, me sentí muy afortunado, y descubrí que de esta vida inusual e intensa emanaba espontáneamente una inmensa energía. Krishnamurti me dijo en una ocasión que, si una persona vivía las enseñanzas, esa persona estaría “protegida”. Le pregunté que quería decir exactamente, y me contestó: «Averígüelo usted mismo, señor». Llevo averiguándolo desde entonces. He ido descubriendo que la energía trae percepción directa, que la percepción directa trae un darse cuenta, y –quizá– ese darse cuenta es la protección. Hay mucho más por descubrir, pero, entretanto, la mente se ha hecho fundamentalmente distinta.⁸¹

El amor no es producto del pensamiento; el amor, como la humildad, no es algo que pueda cultivarse. No es posible cultivar la humildad. Sólo cultiva la humildad la persona vanidosa; y mientras la “cultiva”, o sea, mientras progresa hacia la humildad, es vanidosa, igual que aquella que cultiva la no violencia y entretanto es violenta.

Así pues, el amor es sin duda un estado de la mente en que el tiempo, en que el “observador” y lo “observado” están ausentes. Cuando decimos que amamos a alguien –y espero que ustedes lo hagan– hay intensidad, comunicación, comunión, en el mismo instante, en el mismo nivel, y esa comunión, ese estado de amor, no es producto del pensamiento ni del tiempo.⁸²

CHARLAS CON ESTUDIANTES AMERICANOS, 1970



Cuando eliminamos la división entre “yo” y “usted”, entre “nosotros” y “ellos”, ¿qué ocurre? Sólo entonces, no antes, puede uno emplear quizá la palabra “amor”. El amor es eso tan extraordinario que sucede cuando no hay un “yo” con su muro circundante.

USTED ES EL MUNDO, 1979, 1989

El centro educativo Brockwood Park de Inglaterra ha estado dirigido siempre hacia estudiantes algo mayores, desde los catorce años hasta el final de la educación secundaria, y también a estudiantes universitarios. La joven estadounidense Julie Desnick estudió en Brockwood y tiene mucho que decir sobre el impacto que Krishnamurti causó en su vida. Actualmente es estudiante de cine en California.

JULIE DESNICK

ESTUDIANTE ESTADOUNIDENSE, BROCKWOOD PARK
EDUCATIONAL CENTER

Cuando tenía diecisiete años más o menos, una amiga me sugirió que leyera un libro de Krishnamurti; leí dos o tres páginas, y no podía creer lo que tenía delante. Me dejó sin habla. Había leído otras cosas, pero él parecía ir mucho más lejos. Nunca me había encontrado con nada igual. En Brockwood Park, a menudo se desataba en mí una lucha al intentar comprender las enseñanzas; creo que le pasa a mucha gente cuando trata de absorberlas, cuando las ve como una especie de salvación, pasando por alto que tenemos que seguir viviendo en este mundo tal como somos. Hoy me impresionan lo mismo que la primera vez que las leí; son igual de preciosas, claras y excepcionales.

Tal como yo lo siento, las enseñanzas de Krishnamurti parecen provenir de una fuente pura. Lo único con lo que las podría comparar sería con estar en la naturaleza, la música de Mozart o algún poema sublime, un poema de Keats por ejemplo. No había nada en ellas que denotara un esfuerzo. La mayoría de las enseñanzas parecen una elaboración del intelecto; son conceptos intelectuales. Mientras que yo sentía que K hablaba desde una pureza, desde el contacto directo con algo; no era meramente una teoría intelectual.

Además de la lógica de sus enseñanzas —que a mi entender son muy racionales—, siento que tienen también una tremenda belleza, una especie de belleza poética. Mi sensación es que vivió su vida con gran integridad y que había algo especial en su presencia, algo como un silencio y una compasión muy intensos, parecido a lo que siento cuando estoy en la cima de una montaña, o escucho una música muy hermosa. No creo haber conocido nunca a otro ser humano que transmitiera esa clase de sentimiento.

Las enseñanzas de Krishnamurti son radicales; la mayoría de las personas ni siquiera las dejan entrar de verdad, aunque yo creo que sí les influyen, por más que no quieran admitirlo. He visto a personas que aseguraban no comprender las enseñanzas ni sentir por ellas ningún aprecio derretirse por completo en presencia de K; pero son muy puras, y él no ofrece ningún punto de apoyo ni consuelo, que es lo que la mayoría de la gente quiere. Por otra parte, aquellos que sí creemos comprender algo tendemos a sentirnos muy frustrados, porque vemos

«[...] VEMOS LA
EXTRAORDINARIA BELLEZA
QUE HAY EN LO QUE DICE.
PARA MÍ, ES COMO TROPEZAR
DE PRONTO CON EL SOL, O
VER UNA FANTÁSTICA PIEDRA
PRECIOSA, Y UNA QUIERE
AFERRARSE A ELLO, PERO
NO PUEDE, PORQUE NO
FUNCIONA DE ESA MANERA.»
JULIE DESNICK

la extraordinaria belleza que hay en lo que dice. Para mí, es como tropezar de pronto con el Sol, o ver una fantástica piedra preciosa, y una quiere aferrarse a ello, pero no puede, porque no funciona de esa manera.⁸³

En el ámbito educativo, el profesor P. Krishna ocupa una posición especial. Tenía un eminente puesto de catedrático de física en la Banares Hindu University, pero cuando Krishnamurti le pidió que dirigiera la escuela de Rajghat, no lo dudó un instante. La escuela, situada en un recinto de 100 hectáreas, está compuesta por el Rajghat Besant School, internado para niños y niñas de edad mediana, el Vasanta College, pionero en la educación de las mujeres, y la Rural Primary School, en la que estudian 400 niños de las aldeas cercanas.

PROFESOR P. KRISHNA

RECTOR, RAJGHAT EDUCATION CENTER, VARANASI, LA INDIA

La primera vez que leí algo acerca de las enseñanzas de Krishnamurti fue siendo yo un estudiante universitario de unos dieciséis años. Era un pequeño folleto que recogía sus charlas a jóvenes estudiantes de la India. Lo que me atrajo fue su modo directo de abordar las cuestiones, la sencillez de lo que expresaba y el hecho de que todo ello estaba relacionado con el vivir cotidiano. No era uno de esos abstractos discursos filosóficos que uno oye cuando habla con un profesor de filosofía. Despertó en mí un gran interés y, a medida que leía, vi que toda una serie de preguntas que habían ido aflorando en mi mente adolescente se discutían en aquel librito. Me sorprendió su forma tan inteligente y realista de abordarlas. Krishnamurti hacía preguntas sencillas, como por ejemplo: «¿Por qué se pone usted en pie cuando el profesor entra en clase? ¿Por qué viste como viste? ¿Por qué lleva una tika en la frente? ¿Por qué realiza el rito del puja? ¿Es el respeto una forma de miedo?». Cuestionaba todo cuanto lo rodeaba a uno, y su vida cotidiana. Me interesó tanto porque tenía yo la sensación de no entender la manera en que vivía. Seguí leyendo, y descubrí cada vez más cosas que me llamaban la atención. Por ejemplo, aprendí de sus enseñanzas que la verdadera transformación nace de dentro, no comienza afuera, y por tanto no es la práctica de la virtud lo importante: lo importante es ser virtuoso; no es practicar actos de generosidad lo que importa: importa ser generoso interiormente; aprendí que hay una diferencia entre ambos. Esto era algo que nunca antes se me había ocurrido, puesto que todas las religiones nos habían instado a llevar una vida virtuosa, y definían la virtud en función de los actos de virtud. Y aquí había un hombre que explicaba que la práctica no servía; que, a menos que la generosidad viniera de adentro, practicar actos de generosidad



«APRENDÍ DE SUS ENSEÑANZAS QUE LA VERDADERA TRANSFORMACIÓN NACE DE DENTRO, NO COMIENZA AFUERA, Y POR TANTO NO ES LA PRÁCTICA DE LA VIRTUD LO IMPORTANTE: LO IMPORTANTE ES SER VIRTUOSO.»
P. KRISHNA



sólo creaba una dicotomía entre lo que uno es y lo que quiere ser, y ese conflicto le perturba a uno.

Supé de Krishnamurti por aquel libro, y luego, cuando lo conocí en persona, vi que era muy diferente de la imagen de santo imperturbable que mi mente había construido. El encuentro con él desató en mi mente un sinfín de preguntas.

En segundo lugar, las enseñanzas de Krishnamurti hicieron que se tambaleara mi fe en la razón. Hasta leer sus palabras, yo creía que, si uno era extremadamente racional y capaz de razonar lo que fuere con agudeza, podía conseguir cualquier cosa. Después de leer sus libros, aprendí a cuestionar si esto era verdad, porque sus enseñanzas me mostraron con claridad que la mente funciona a menudo como nuestro abogado particular, justificando y defendiendo cualquier opinión con la que se haya identificado. Por lo general, nos identificamos con una visión que nos conviene, y entonces la mente encuentra toda clase de razones para probar que es una visión virtuosa. Lo engaña a uno, llevándole a creer que está haciendo lo correcto, cuando en realidad uno está haciendo lo que quiere hacer.


Comprendí que el limitarse a aguzar el intelecto, a aprender incesantemente sobre filosofía o leer las opiniones de distintas personas no sirve de mucho. Una comprensión meramente intelectual no lo cambia a uno: un profesor de filosofía no es muy diferente de un profesor de física o de cualquier otro individuo. En fin, ésta es una cuestión sobre la que Krishnamurti es muy explícito: el problema es igual para todos los seres humanos, desde el hombre más pobre hasta el más poderoso director empresarial, el filósofo o la persona religiosa. Todos se encuentran ante los mismos problemas psicológicos. Todos intentan alcanzar algo, y si no lo consiguen se sienten frustrados.

Cuando lo conocí, comprobé que no se trataba de un intelectual ordinario capaz de dar una conferencia interesante o una charla erudita, o de analizar los temas con más pericia que otros, sino que era alguien con una visión profunda y que vivía realmente las enseñanzas. Para mí, eso lo cambió todo. Uno no se hallaba ante un profesor o un filósofo, sino que estaba realmente en presencia de alguien con capacidad de "ver", que quería que otros vieran lo que él había visto, y que explicaba cómo él no podía dar a otros esa percepción instantánea: eso era algo que ellos por sí mismos debían encontrar, pues no hay autoridad en el mundo que pueda darle a uno esa percepción. Y aquello me hizo darme cuenta de que no podía esperar que otros me sirvieran de guía, de que estaba solo y debía percibir esa verdad en mi interior. Lo que las enseñanzas de Krishnamurti básicamente hacen es abrir las puertas y las ventanas de la mente. Si uno luego no las cierra otra vez, seguirá aprendiendo durante toda su vida; y así uno vive con preguntas en lugar de vivir con respuestas.

Si está usted preso, poco importa describirle lo que es la libertad. Mi verdadero propósito es mostrarle qué ha creado esa prisión y que usted lo destruya, si es que le interesa. Y si no le interesa, entonces ya es asunto suyo.

OMMEN, HOLANDA, 1933





*La meditación es esa luz que
en la mente ilumina la vía para
la acción; y sin esa luz, no hay amor.*

LA REVOLUCIÓN FUNDAMENTAL, 1970

KRISHNAMURTI SOLÍA REUNIRSE
REGULARMENTE CON INDIRA
GANDHI DURANTE SUS ESTANCIAS
EN LA INDIA.

Angel Patrick Boyar, nacido en El Paso, Texas, y que actualmente reside en California, acaba de ser puesto en libertad tras cumplir varios años de condena en viviendas de seguridad, aisladas del resto de las dependencias carcelarias de la prisión Pelican Bay State. Durante el tiempo que pasó allí, y antes, mientras formó parte de la población general de reclusos en la cárcel de San Quintín, empezó su formación autodidacta a través de una ávida lectura. Entre las obras que leyó, procedentes de la biblioteca penitenciaria, había un libro de Krishnamurti. Después conseguiría otros de la Fundación Krishnamurti de América.

En el mundo feroz y aislado que es la vida carcelaria, Boyar trató de dilucidar el significado de su existencia encuadrada en un ambiente hostil tanto dentro como fuera de los muros de la prisión.

En un largo manuscrito titulado *Nobody, Somebody. The Experience of Being Alive: A Desultory Prison Journal* [Nadie, alguien. La experiencia de estar vivo: irregular diario de prisión], al que pertenece el texto que sigue a estas líneas, Boyar describe detalladamente el curso de sus observaciones durante los trece años de encarcelamiento en su edad adulta. Las citas de Krishnamurti que aparecen en el escrito han sido todas seleccionadas por Angel Patrick Boyar.

ANGEL PATRICK BOYAR ESCRITOR, ANTIGUO RECLUSO

¡Mi mayor deseo en la vida era ser alguien! El miedo a que se me considerara un don nadie me acechaba incesantemente. Me acosaba la ambición de destacar entre mis iguales, y empecé literalmente a construir lo que creí una intrigante personalidad y un carácter que cautivaría la atención del mundo, para así un día poder deleitarme en la gloria de ser un hombre conocido.

Ingresé en la prisión de San Quintín en enero de 1982. Se me había condenado a ocho años de cárcel por homicidio con atenuantes. ¡Había llegado a la casa grande! Cuando llevaba un par de meses en San Quintín, me topé con varios libros de Erich Fromm y los leí con avidez. A partir de aquel momento supe que el sobrevivir en prisión dependía de mi inteligencia, puesto que no pertenecía al tipo de hombre físicamente agresivo, ni tenía inclinaciones violentas. Además, era y sigo siendo de pequeña estatura, luego necesitaba algo que compensara estas desventajas en un escenario repleto de algunos de los criminales más peligrosos y propensos a la violencia de todo el sistema penitenciario que no dudarían en herir o matar a la menor provocación.

Cada preso tenía su propia técnica de supervivencia. Mi escudo protector fue una alta dosis de auto-educación, que más tarde se convertiría en causa de una abundante influencia ponzoñosa que me conduciría a crecientes problemas internos y, finalmente, a lo que yo sabía que era psicosis.

¡Por qué escribo! Bueno, por muchas razones, ninguna de las cuales creo que sea relevante. Probablemente estoy tratando sólo de escribir y expresar lo que siento, tarea que no me resulta sencilla, pues la mente "abarrotada" interfiere a cada momento para bloquear el flujo.

En realidad, ¿qué puede decirse, cuando de hecho no es posible que salga nada del vacío que somos?

Tratamos sin descanso de llenar el vacío con "algo": cualquier cosa que nos ayude a escapar de la realidad de la existencia "tal cual es". No podemos huir de todo lo que tememos. No hay nada a lo que agarrarse; no hay tal cosa como una

«¡MI MAYOR DESEO EN LA VIDA ERA SER ALGUIEN! EL MIEDO A QUE SE ME CONSIDERARA UN DON NADIE ME ACECHABA INCESANTEMENTE.»
ANGEL PATRICK BOYAR

identidad aislada. Existe solamente el vacío y nuestra necesidad de sentirnos seguros que nos obliga constantemente a intentar "arreglarlo" todo, como si pudiéramos apresar o cultivar los "sentimientos" que nos dan la experiencia de estar vivos.

La identidad y la vida son sinónimos: ¡estar vivo es ser alguien!

«¿Quieres ser un héroe?». Después de quince años, estas palabras resuenan aún en mi mente y han resultado ser proféticas.

Fue mi padre quien me hizo la pregunta. Pero el significado de esas cuatro palabras es ahora cuando está empezando a tener su mayor impacto según contemplo sus connotaciones existenciales.

Mi padre sabía lo que decía cuando me dirigió aquellas proféticas palabras; sabía por qué correteaba yo por el vecindario como un pandillero vato loco más: porque quería ser un héroe.

Como Nostradamus, mi padre proféticamente había escudriñado el futuro igual que un antiguo vidente y había visto luego cumplirse la profecía en mi vida.

Mi padre no necesitó estar dotado de inspiración para tener una visión panorámica que se desplegó ante su penetrante mirada [...]. Aquel día miré fijamente a los ojos a mi padre [...], el único héroe cuya atención me habría dado la vida que desesperadamente y en vano buscaba yo cada vez que cometía estúpidos y osados actos de perversión para crearme una reputación en el barrio y así quizá conseguir el reconocimiento de que era alguien y poder entonces tener una vida real al establecer una identidad [...] cosa que como he ido viendo con el tiempo era y siempre había sido una imagen falsamente proyectada de un ser humano "asustado" que tenía miedo de no ser nada ni nadie; pero paradójicamente me sentía arrastrado por imperiosos pensamientos y sentimientos y por la creencia de que la experiencia de estar vivo sólo podía llegarle a uno cuando uno se convertía en alguien a los ojos y en las mentes de todos los demás.

En la cárcel, la mayoría de los presos sufre intentando ser alguien, especialmente aquellos asociados a las bandas carcelarias establecidas.

La imagen es el bien más valioso y está conectada a la creencia de que ser conocido como "alguien" es un poder; y no hay prácticamente ninguna norma sobre lo que uno puede llegar a hacer para crearse una imagen pública digna de reconocimiento y admiración en la cárcel.

Ha sido la experiencia carcelaria la que me ha enseñado que lo único sagrado para el hombre es el poder. ¡Y en la cárcel a menos que uno sea alguien no tiene poder ninguno! Ser alguien en prisión significa pertenecer a alguna pandilla donde el único principio rector que dicta las actividades del grupo o los grupos es la filosofía del superhombre de Nietzsche.

Esos hombres saben instintivamente que la debilidad no tiene cabida en un universo en expansión y que el poder es lo único que el hombre respeta; y estas pandillas se han convertido en temidas entidades cabalísticas, por así decirlo, de violencia organizada compuestas por hombres que han establecido su reputación como asesinos. Su identidad no es realmente quiénes son sino lo que tienen el poder de hacer: ¡quitar la vida!

La mafia mexicana es una respetada y conocida banda carcelaria formada por individuos sanguinarios que dominan desde hace mucho a los presos de las instituciones penitenciarias de California. Son especialmente los presos mexicanos más débiles o sin organizar quienes movidos por el miedo les rinden

homenaje, y aquellos que aspiran a ser mafiosos los adulan y los consideran héroes y semidioses.

Es el deseo y la aspiración de muchos chicanos encarcelados, llegar a ser miembros de la mafia mexicana, porque durante la mayor parte de sus vidas han tenido una baja autoestima y una pseudoidentidad de gánsteres que se ha convertido en un estigma desde la llegada del pachuco y la era del zootsuit; una posteridad adversa que los chicanos no han sido capaces de olvidar.

Despreciada y víctima de los prejuicios de una sociedad de amplia dominación inglesa y forzada a concentrarse en barrios destartados, la juventud chicana a la que se había impedido acceder a la corriente social dominante se marginó, y familias que en un tiempo se habían mantenido unidas por los valores familiares paternalistas de su antiguo país empezaron a desintegrarse debido a que el "jefe" (una vez perdido su respeto hacia sí mismo) no podía ya inspirar respeto en sus hijos al no ser capaz de proporcionarles una vivienda en un entorno adecuado y decente. El tener que trabajar interminables horas en tareas serviles a cambio de una paga mínima hizo que la autoridad de los "jefes" en el hogar empezara a decaer. La "jefita" no podía vigilar adecuadamente una casa llena de niños.

La estabilidad desaparece de los hogares; la vigilancia es inadecuada y no hay consideración ni reconocimiento del joven que crece y que necesita atención y sentirse querido y cuidado, y el joven se lanza a las calles y empieza a frecuentar a los cuates y cuatas que se hallan en su misma situación y que se convierten en su familia adoptiva dentro del barrio.

Meta a un vato loco en la cárcel. Se siente perdido, solo, marginado y desesperado por ser alguien. La única imagen que tiene de sí mismo es la del estigmático estereotipo del gánster rodeado y admirado por deslumbrantes damas de la noche, dueño de bienes valiosos, y a quien los demás temen y respetan pues lo consideran alguien porque ahora es el epítome del llamado "sueño americano", que es en realidad una ilusión. En algunos efímeros momentos trasciende su pobre imagen y se regodea en la autoglorificación egotista mientras contempla el poder que tiene sobre aquellos a quienes explota gracias a su estatus y a que es miembro de la mafia mexicana.

«De modo que la meditación tiene significado [...]. En el proceso de la meditación se manifiestan toda clase de poderes: uno se vuelve clarividente [...]. Pero todos los poderes son en definitiva absolutamente irrelevantes, y cuando uno va en pos de ellos va en pos de algo que en último término conduce a la ilusión.»

VERDAD Y REALIDAD, 1978

Estando en la cárcel empecé a leer y estudiar muchos libros de filosofía, espiritualidad, religión, mística y metafísica oriental, psicología y libros sobre lo oculto.

Tenía sed de conocimiento, y devoraba libros que pensaba que me llevarían al descubrimiento de mi verdadera identidad, pero años después vi que el llamado conocimiento no me había acercado en absoluto a estar totalmente equilibrado, puesto que seguía siendo un ser humano fragmentado e incompleto.

Durante muchos años me consideré víctima del sistema y creí que había en el universo poderosas fuerzas invisibles que hombres sin escrúpulos y ambiciosos de poder manejaban desde las altas esferas tras haber conseguido de algún modo

penetrar en los secretos del universo, y que estaban utilizando esos secretos que habían desvelado como instrumentos para subyugar y manipular a las masas con propósitos de explotación a gran escala a fin de permanecer ellos en posesión del poder.

Mientras estuve en San Quintín adopté una visión de la historia y la política como fuerzas conspiradoras y empecé a leer libros históricos y políticos sobre el tema de la conspiración, así como sobre sociedades secretas y movimientos subversivos.

En aquella época trataba también de hacerme con cualquier libro que expusiera el tema del lavado de cerebro, el control de la mente y la guerra psicológica. Quería desesperadamente saber de qué modo me estaban manipulando, lavando el cerebro y controlando esos manipuladores invisibles que para entonces había llegado yo a la conclusión de que eran responsables de mi pérdida de identidad.

Resueltamente me sumí en mis libros sobre el tema de la conspiración imaginando que por fin empezaba a acercarme a toda la verdad de lo que realmente estaba pasando; a cómo estaba pasando; a por qué pasaba y dónde encajaba yo en el esquema general. Me dispuse a aprender todos y cada uno de los detalles de la lucha por el poder mundial y a sacar a la luz esta diabólica conspiración, seguro de que en el transcurso descubriría mi verdadera identidad.

Me volví arrogante y detestable porque creía encontrarme en un pequeño círculo de gente que sabía lo que en realidad pasaba entre bastidores en los asuntos del mundo. En aquellos momentos no me daba plena cuenta de que mi sentimiento de inferioridad unido al miedo a no ser nada ni nadie me hacía sobrestimarme y humillar a otros; miraba con desprecio a los que eran analfabetos e ingenuos para yo poder sentirme importante.

No quería compartir mi conocimiento con nadie porque si los demás llegaban a saber lo que yo sabía ya no podría sobresalir por ser inteligente y singular aunque desde el principio era consciente de que el motivo por el que rehusaba compartir mi conocimiento con cualquier otro era el poder que aquello me daba sobre los demás.

Tal como ahora lo veo, mi único motivo para reservar esos conocimientos era la búsqueda de identidad, seguridad y poder.

Mi cerebro era como un árbol de Navidad y yo continuaba incesantemente añadiéndole todo aquel conocimiento libresco igual que si estuviera decorando un árbol de Navidad seco arrancado de su fuente de vida, y aquel conocimiento era para mí como las luces del árbol cuyo fulgor eclipsaba el resto de las mentes mediocres y sin brillo que había a mi alrededor.

Me consideraba profundo pero en realidad era muy superficial puesto que sumido en mi vanagloria no era capaz de ver que la erudición e intelectualidad no me proporcionaban la reveladora autoayuda que tanta falta me hacía para poner fin al conflicto espiritual y psicológico que había en mí.

Tenía miedo de aceptar que me sentía interiormente vacío por completo y que no era nada ni nadie.

¡Hoy sé que la única conspiración que existe es la que tramo contra mí mismo!

He leído muchos libros que han influido en mi mente, y como un ingenuo pensaba que cada uno de los deslumbradores descubrimientos del conocimiento oculto de la verdad revelada producía un cambio significativo en mi conciencia y que gradualmente iba liberándome de mentiras, ilusiones, conocimientos falsos, limitaciones autoimpuestas, y pensé que estaba realmente progresando en

una gradual autoliberación; pero sólo estaba esclavizándome psicológicamente aún más y exacerbando la confusión que reinaba en mi interior; me estaba envenenando con las teorías sobre la vida creadas por otros.

Durante años busqué desesperadamente respuestas en los libros aunque no dejaba de darme cuenta de que todos aquellos libros estaban escritos por personas que proponían sus propias teorías sobre la vida. Eran muy hábiles en diagnosticar los problemas de la humanidad señalando con el dedo a los culpables y responsables de haber creado la condición humana, sin embargo aquellos que señalaban con el dedo nunca consideraron que ellos mismos estuvieran creando los problemas del mundo:

«El problema no es el mundo, sino que es usted en su relación con los demás lo que crea el problema; y ese problema a gran escala se convierte en el problema del mundo.»

Este enunciado es verdad. Es un hecho. No porque lo dijera Krishnamurti, sino porque veo por mí mismo que es verdad. Es mi «relación con los demás lo que crea el problema». Nunca había pensado que yo fuera el problema. ¡Siempre era el tipo de enfrente!

El mundo sería un mejor lugar donde vivir en cuanto los demás entraran en razón y aceptaran la verdad tal como yo creía que era; en cuanto empezaran a ver la misma realidad que yo y empezaran a vivir de acuerdo con mi realidad, un nuevo orden de seres humanos cuerdos emergería.

El cisma del hombre, la proverbial dicotomía de la vida contra la muerte, del bien contra el mal, del espíritu contra la carne; somos nosotros, vosotros, yo, quienes perpetuamos este conflicto porque creemos que lo necesitamos para que nos dé la experiencia de estar vivos.

Fui testigo de una espectacular transformación cuando cesaron todos mis esfuerzos por cambiarme:

«Sólo la verdad libera, no mis esfuerzos por ser libre.»

Se sabía desde hacía mucho que el “yo” psicológico era sólo una imagen, una autoproyección. Que era un impostor, un aspirante al trono que había usurpado el lugar del corazón sin límites y ahora tenía gran interés en preservar su inexistente identidad. Se convencía a sí mismo de que él era el individuo verdadero y mantenía consigo mismo el eterno juego de hacer pasar por verdad una ficción elaborada sobre la marcha con fragmentos tomados de aquí y de allá.

«Saber es ser ignorante, no saber es el principio de la sabiduría.»

Durante todo aquel tiempo pensé que a base de acumular conocimientos me estaba haciendo más sabio, pero las percepciones instantáneas de algunos momentos revelaban que a medida que adquiría mayor cantidad de conocimientos, esos conocimientos eran mi propio estado de ignorancia. Cuanto más sabía, más veía lo ignorante que era en realidad.

Cada una de las veces creía haber avanzado y progresado en la adquisición de conocimientos, sin embargo cuando me paraba para comprobar la distancia recorrida, me encontraba clavado en el mismo sitio.

En fin, incluso si algún día llegaba a contener todo el conocimiento del mundo y del universo, seguiría siendo un ignorante porque todo ese conocimiento no representaría ni siquiera una gota microscópica en el cubo del momento eterno.

«Nadie puede encerrarle en una prisión. Ya está usted en ella.»

COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR, TOMO I, 1956

Salí de San Quintín en libertad condicional el 17 de marzo de 1986. Recuerdo que la noche anterior no estaba ansioso por salir. Pensaba que después de aproximadamente seis años de cárcel hubiera debido sentirme entusiasmado por irme, que hubiera debido estar nervioso y con un sentimiento de eufórica emoción ante la perspectiva de ser puesto en libertad. Supuse que asumiría todos los sentimientos apropiados en cuanto saliera por la puerta de la prisión al llamado mundo libre.

Llegó la mañana. La trascendental ocasión de estar a punto de ser un hombre libre no había despertado aún en mí ningún sentimiento. El comité de excarcelación y reinserción firmó la orden de libertad. Me quité el uniforme de presidiario propiedad del Estado y me puse mi ropa de calle. Recibí los 200 dólares que había reunido, y luego nos fuimos: allá iba yo, ¡directo a la libertad!

Al cruzar la explanada que hay delante de la capilla vi a unos cuantos amigotes cuya expresión sonriente era indicio de sentimientos de paz y dicha interior. Se despidieron de mí con la mano, y yo esboqué una sonrisa y agité la mano a mi vez. Allí me di cuenta: todavía estoy en terreno penitenciario, y aún me queda cierta distancia por recorrer desde "aquí" a la libertad que está "allá", pasada la verja de la prisión. Finalmente llegué, pero cuando crucé el último umbral hacia la libertad... ¡nada!

¡Seguía encarcelado! La mente aparentaba estar libre. Yo sabía que aquella libertad era una ilusión. No experimentaba en absoluto el sentimiento de ser libre, no había renacido.

Así pues, la libertad no tenía nada que ver con estar al otro lado de los muros de la cárcel. Psicológicamente seguía en ella, esclavizado por las pasiones y los deseos y rodeado por un muro de imágenes chinescas e ideas que eran las verdaderas barreras que impedían la entrada a la libertad.

EN OJAI, DURANTE LOS MESES DE PRIMAVERA que precedían a las charlas anuales en el Oak Grove, cada día era una delicia, y una delicia en especial la hora del almuerzo. En aquellas reuniones que se prolongaban hasta bien pasado el mediodía, quienes coincidía que se encontraran allí compartían conmovedores, estimulantes, apasionantes y jocosos momentos. Se discutía sobre política, la guerra de Vietnam, el caso Watergate, todos los acontecimientos del día, y más. Con frecuencia la conversación era seria y profunda; otras veces resonaba la risa en el comedor de Arya Vihara.

Michael Krohnen, además de ser un excelente cocinero que preparaba succulentos platos vegetarianos para Krishnamurti y sus invitados, se encargaba también de informar a Krishnamurti de las noticias del día. A continuación relata su recuerdo del delicioso sentido del humor de Krishnamurti.

MICHAEL KROHNEN

COCINERO, KREFELD, ALEMANIA

Fue después de años de contacto diario con Krishnamurti cuando llegué a descubrir y apreciar plenamente los aspectos más entrañables de su personalidad. Prodigaba cuidados y afecto a quienes lo rodeaban. Su amistad hacia mí, y hacia muchos otros, era sincera, sin ningún fingimiento, y transmitía una maravillosa sensación de alegría y libertad.

Lo que más me encantaba de él era su risa y su sentido del humor, que abarcaba el espectro entero del vivir humano. En la mesa del almuerzo en Ojai, que fue donde con más frecuencia tuve ocasión de verlo, a menudo prorrumplía en risa contagiosa mientras contaba chistes de su nutrido repertorio de historias y anécdotas. Incluso en sus charlas públicas ante miles de personas y en sus más serios diálogos con científicos o académicos, se las arreglaba para introducir una nota de humor, que arrojaba luz sobre las ironías y los absurdos de la vida.

Pero no era sólo eso. Estaba más que dispuesto a reírse de sí mismo y de las ridículas situaciones en las que a veces se encontraba. En público y en privado, bromeando solía referirse a sí mismo como «el pobre tipo subido a la plataforma» o «el viejo», y disfrutaba contando divertidas historias sobre su vida poco corriente. Todas ellas eran simpáticas anécdotas de su vivir cotidiano con un suave matiz de burla, no sólo hacia los demás sino también hacia sí mismo. En una ocasión durante el almuerzo, en la temporada de charlas públicas en Ojai, habíamos estado discutiendo la excesiva alabanza y adoración de la que a menudo era objeto. De repente, Krishnamurti estalló en carcajadas jubilosas y liberadoras, al tiempo que exclamaba: «¡Es una locura total, es completamente absurdo!».

Yo estaba sentado a su lado y me sumé de inmediato a su risa desinhibida, aunque no tenía yo del todo claro a qué se refería. Una vez que nuestro regocijo se hubo calmado un poco, le pregunté: «¿A qué se refiere, señor? ¿Quiere decir las charlas y todo esto?», e hice un gesto general que abarcaba a los demás comensales así como la situación de aquel momento. Había aún lágrimas de risa en sus ojos cuando se volvió a mirarme: «Sí, señor, todo eso y el circo entero montado en torno a él», respondió con una sonrisa pícaro señalándose a sí mismo. Todos los que estábamos sentados a la mesa, más o menos dieciséis, compartimos otro estallido de exuberante risa en la que resonaba la simple alegría de vivir.

«LOS CHISTES DE KRISHNAMURTI REVELABAN LA NATURALEZA DEL PENSAMIENTO HUMANO [...]. FUE MÁS QUE UNA COINCIDENCIA EL HECHO DE QUE UNO DE LOS MÁS CÉLEBRES DISCURSOS DE KRISHNAMURTI, QUE DESARTICULÓ FORMALMENTE LA ORGANIZACIÓN CREADA PARA ÉL A ESCALA MUNDIAL EN SU CALIDAD DE MAESTRO DEL MUNDO, SE ABRIERA CON UN CHISTE.»
MICHAEL KROHNEN

*En las charlas públicas de San Diego de 1970 contestó a una pregunta sobre su definición de humor diciendo: «Supongo que en realidad significa reírse de uno mismo. Tenemos tantas lágrimas en el corazón, tanta desdicha [...] Mirarnos a nosotros mismos y reír; observar con claridad, con seriedad, y a la vez con risa, si es que somos capaces».*⁸⁴

*Tan sólo unos meses antes de su muerte, en 1986, subrayó: «La risa es parte de la seriedad, ¿comprenden? Si uno no sabe reírse y mirar el sol y los árboles y la luz irisada y todo, bueno, entonces está medio muerto, no es lo que se dice un ser humano. Si la seriedad de uno es meramente eclesiástica –los domingos sólo–, entonces uno no es serio. Hablo de la risa, de la sonrisa, de ese sentido del humor, y de disfrutar de los buenos chistes, no de los chistes vulgares; de los chistes realmente buenos».*⁸⁵

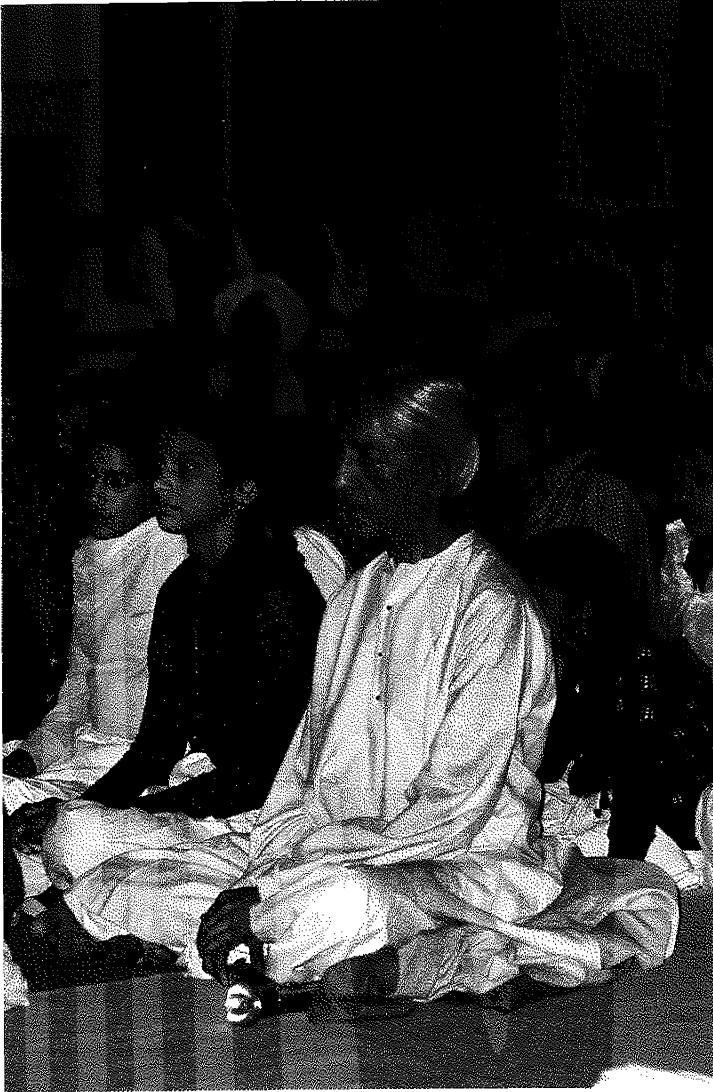
Yo percibía su refinado sentido del humor como el aspecto alegre de la extraordinaria inteligencia que manifestaba. Imbuía a su persona y a sus charlas de un aspecto de calidez humana sin el que uno fácilmente habría podido sentirse intimidado por la elevada, casi majestuosa, cualidad de lo que decía y del modo a veces austero en que lo presentaba. Tras comunicar una percepción terriblemente incisiva de la situación humana imperante a escala mundial, de su espantoso miedo y sufrimiento, inesperadamente contaba un incidente divertido, o uno de sus chistes. Era un toque mágico a través del cual, de pronto, todo volvía a ponerse en su sitio, volvía a completarse por el poder liberador de la risa compartida... como si todos nosotros de repente nos diéramos cuenta de un gran chiste de dimensiones cósmicas.



KRISHNAMURTI
DISFRUTANDO DE UNOS
MOMENTOS CON UN
ESTUDIANTE DE LA ESCUELA
DE RISHY VALLEY.

Los chistes que tan exquisitamente se deleitaba en contar eran predominantemente de carácter “religioso” o político; trataban, por ejemplo, del tema del cielo y el infierno, Dios y el diablo, el Papa, San Pedro y Jesús, yoguis y gurús, y políticos. Krishnamurti probablemente se habría opuesto a un análisis de sus chistes, o a cualquier intento de conferirles un significado más profundo. Por supuesto, eran “sólo” chistes, nada más..., pero un chiste, su presentación y valoración, también manifiesta un estado mental. Los chistes de Krishnamurti, creo, revelaban la naturaleza del pensamiento humano, sus absurdas e incongruentes supersticiones, su propensión a instituir sistemas de creencias, dogmas y autoridades

espirituales, y sus engañosos modos de establecer y defender un centro con su "interés propio". En tono bromista y comprensivo abordaban los aspectos ridículos y las ironías de nuestras ancestrales tradiciones y vidas cotidianas.



ESCUCHANDO CÁNTICOS
SÁNSCRITOS EN LA ESCUELA
DE RISHI VALLEY.

Creo que fue más que una coincidencia el hecho de que uno de los más célebres discursos de Krishnamurti, que desarticuló formalmente la organización creada para él a escala mundial en su calidad de maestro del mundo, se abriera con un chiste, circunstancia que sus biógrafos han pasado por alto. Me refiero al discurso que Krishnamurti dio en el campamento de Ommen, en los Países Bajos, en agosto de 1929, que disolvió la "Orden de la Estrella", y que es más conocido por su turbadora frase: «La verdad es una tierra sin senderos». De hecho, Krishnamurti repitió el chiste que contó en aquella ocasión muchas veces a lo largo de su vida, modificándolo ligeramente sobre la marcha. Una de las últimas veces que lo contó en público, manifestó que él mismo «lo había concebido [...] e inventado cuarenta o cincuenta años atrás». ⁸⁶ De todo su repertorio, era probablemente el único chiste de cosecha propia; todos los demás se los habían contado, o los había leído. Sorprendentemente, están contenidos en este breve chiste algunos de los principales temas de la vida: el ser humano y su búsqueda de lo sagrado, de la verdad, y las organizaciones religiosas.

En su versión original de 1929 decía así: «Quizá recuerden ustedes aquella leyenda en la que el diablo y un amigo iban paseando por la calle, cuando de pronto vieron delante

de ellos a un hombre que se agachaba, recogía algo del suelo y, después de mirarlo, se lo guardaba en el bolsillo. El amigo preguntó al diablo: "¿Qué es lo que ha recogido ese hombre?". "Ha recogido un pedazo de la Verdad", contestó el diablo. "Mal asunto para ti, entonces", dijo el amigo. "¡Qué va!, en absoluto —replicó el diablo—; voy a dejarle que la organice." ⁸⁷

Su inimitable sentido del humor y su risa afectuosa tan llena de dicha realizaban el carácter humano de Krishnamurti y añadían una última pincelada a su cualidad de ser completo. A la vez, tenía buen cuidado de advertir sobre la perversión latente en la risa fácil. Durante la última charla de su vida, en el Oak Grove de Ojai, amonestó a la multitud que había ante él: «Por favor, no se rían; esto es demasiado serio. No es que no debiéramos mirar las cosas con humor. Es bueno reírse; pero la risa puede ser un medio de eludir los hechos, luego uno tiene que darse cuenta de eso. No es que no debiéramos tener sentido del humor: ríanse de un buen chiste con todo su ser». ⁸⁸

Humor, dicha, bondad e inteligencia se fundían en él y constituían un todo: la plenitud humana. Fue un ser humano excepcional, y su enseñanza es la fragancia que permanece con nosotros.

Somos igual que dos amigos sentados en el parque una preciosa mañana hablando de la vida, hablando de nuestras dificultades, investigando la naturaleza misma de nuestra existencia y preguntándonos seriamente por qué la vida se ha convertido en un problema tan enorme, por qué, a pesar de que intelectualmente somos muy sofisticados, nuestra vida cotidiana es tan rutinaria, sin ningún sentido, exceptuando el de la supervivencia... e incluso éste es más bien dudoso. ¿Por qué se ha convertido la vida, la existencia diaria en semejante tortura? Tal vez vamos a la iglesia, o seguimos a algún líder, político o religioso, pero en la vida cotidiana reina siempre la confusión; aunque ocasionalmente haya algunos períodos gozosos, felices, una tenebrosa nube se cierne siempre sobre nuestra vida. Y estos dos amigos, que somos nosotros, usted y el que habla, conversan en tono afable, con afecto quizá, con ternura, con interés, sobre si es posible en modo alguno vivir nuestra existencia de cada día sin un solo problema. Pese a que somos tan cultos y ejercemos una determinada profesión y especialidad, tenemos sin embargo toda una serie de conflictos sin resolver, dolor y sufrimiento; y, de vez en cuando, felicidad y un sentimiento de no ser totalmente egoístas [...]. Y como dos amigos sentados en un banco del parque [...] envueltos en una luz irisada, viendo el Sol que se filtra entre las hojas, los patos deslizándose en el canal y la belleza de la tierra, conversemos juntos sobre ello. Conversemos sobre ello como dos amigos que han vivido con seriedad una larga vida llena de problemas: problemas de sexo, soledad, desesperación, desaliento, ansiedad, incertidumbre, un sentimiento de insignificancia... y, al final, siempre la muerte.⁸⁹

Krishnamurti sentía un especial amor por la naturaleza, y este amor lo compartía Alan Kishbaugh, quien durante los últimos veinte años ha colaborado activamente con el trabajo de K. Eran muchos los intereses que tenían en común.

ALAN KISHBAUGH

ESCRITOR, ECOLOGISTA, LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

«KRISHNAMURTI AMABA LA NATURALEZA. LA NATURALEZA –DECÍA– ES ALGO QUE SE HALLA FUERA DE LA MENTE, CON LO QUE LA MENTE NO PUEDE INTERFERIR. PREFERÍA HABLAR AL AIRE LIBRE, BAJO UNA BÓVEDA FORMADA POR LOS ÁRBOLES, DONDE PUDIERA OÍR EL CANTO DE LOS PÁJAROS, SENTIR EL AIRE, Y VER EL JUEGO DE LA LUZ ENTRE LAS HOJAS.»
ALAN KISHBAUGH

Siento que ha sido un gran privilegio haber pasado veinte años con Krishnamurti. Había en él tal calidad de interés, de afecto hacia todos los seres vivos, que el simple hecho de estar cerca de él lo hacía a uno sentirse incluido en una invisible protección que lo envolvía todo.

Su afecto por la gente se manifestaba en que era capaz de ver en cada cual más de lo que a menudo uno veía en sí mismo. K sacaba lo mejor de las personas, y éstas frecuentemente se sorprendían al darse cuenta de la profundidad de su propio ser cuando estaban en presencia de él. Lo que crece a partir de ese reconocimiento interior, de esa generosidad de espíritu, es un afecto inmenso. He aquí a un hombre que quiere que seas lo que puedes ser, que te tiende una mano para que seas precisamente eso.

Nuestra relación era como la de dos hermanos muy unidos, o como la de dos buenos amigos que se respetan uno a otro. Solíamos ir de compras juntos en Londres, o al cine en Los Ángeles. Era un compañero maravilloso.

K apreciaba la excelencia y era muy detallista, cualidades que son evidentes en sus enseñanzas. Sus charlas se desarrollaban con sumo cuidado y exactitud, con un lenguaje preciso a fin de minimizar la ambigüedad. Elegía sus palabras para evitar que pudieran ser utilizadas y convertidas en una moda pasajera, o que se pudiera leer en ellas múltiples connotaciones. Prestaba gran atención al origen de las palabras y consultaba varios diccionarios que pormenorizaban extensamente sus significados etimológicos.

Las enseñanzas versan sobre el orden y el comportamiento correcto. A veces K describió la cordura como «[...] cada cosa en su lugar». En el orden hay un espontáneo florecimiento de la belleza. El aprecio de K por los artículos bien hechos, como prendas de vestir, automóviles y relojes, es el lógico reflejo externo de los mismos principios que prevalecen en toda su enseñanza: orden, belleza e inteligencia. Estos mismos principios y valores –aplicados con tanto esmero a los objetos materiales bien hechos– existen también en el mundo interior y son fundamentales para la cordura y el comportamiento correcto.

Krishnamurti amaba la naturaleza. La naturaleza –decía– es algo que se halla fuera de la mente, con lo que la mente no puede interferir. Prefería hablar al aire libre, bajo una bóveda formada por los árboles, donde pudiera oír el canto de los pájaros, sentir el aire, y ver el juego de la luz entre las hojas.

Dimos muchos paseos juntos en Suiza, Inglaterra y Ojai. Era un tenaz observador del comportamiento animal y de la vida silvestre, y, mientras caminábamos, solíamos intercambiar relatos de nuestros encuentros con animales.

En los años sesenta, el movimiento hippie alentó a que se cuestionaran ampliamente los valores de la sociedad. La gente buscaba nuevos rumbos, y pareció producirse una ruptura con el pasado y una apertura hacia lo nuevo. En un principio pareció que se estaba produciendo una auténtica revolución, a la vez que un cambio fundamental en el mecanismo de la percepción. Pero la

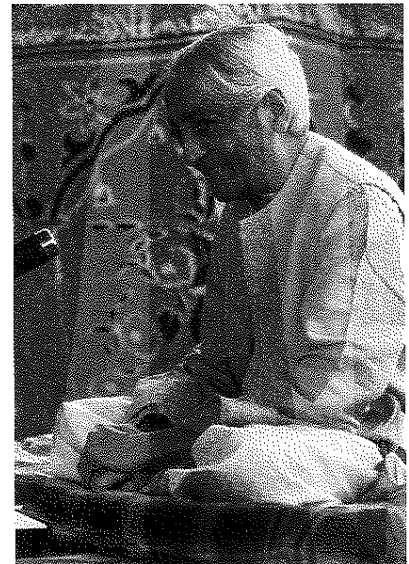
brecha que había quedado —entre el fin de lo viejo y el permanecer abierto a lo nuevo, constantemente cambiante— empezó a rellenarse con filosofía asiática, drogas y toda clase de ideas “fijas”.

De modo que, en lugar de ver la profundidad del propio condicionamiento y de permanecer abierto a la observación, tal como K lo expone, aquel fue otro movimiento para escapar de lo que es hacia un re-condicionamiento. La gente pasó de ser verdaderamente revolucionaria —con una nueva y continua percepción de sí misma en acción— a no ser revolucionaria en absoluto. Fue como estar en la cárcel, abrir la puerta de la celda y declararse libre, para un momento después llegar a la puerta contigua y entrar en una nueva celda. Las vistas eran diferentes, pero la cárcel del condicionamiento era la misma.

Krishnamurti se refiere a la verdadera revolución como el instante en el que vemos la profundidad de nuestro condicionamiento. Una vez visto, el sobresalto del organismo dura lo suficiente como para percibir algo que está más allá de las pautas habituales. Cuando no hay ningún movimiento ni hacia lo viejo ni hacia lo nuevo, entonces uno tiene la posibilidad de ser libre para actuar, y no parte ya de una posición determinada por la acumulación de conceptos, creencias y percepciones.

Otras disciplinas como el Zen, el yoga o el budismo hablan de liberación. Pero Krishnamurti, consciente del ancestral significado y prolongado uso de la palabra “liberación”, en su lugar prefirió hablar de libertad. La libertad es el elemento central de la obra de K, y lo que la diferencia de la liberación es el concepto de responsabilidad personal implícito. K habla de una libertad que emana de la esencia misma del ser, mientras que la “liberación” aparece envuelta en la idea de estar libre de algo.

Otros enfoques hablan de alcanzar, a través de la voluntad y del autocontrol, el equilibrio o armonía de las distintas partes de uno, físicas, emocionales y mentales. Pero, una vez más, hay una sensación de “libertad-de” en ese concepto de logro y liberación. Sin duda, la doctrina budista de la liberación significa mucho más que eso, pero tampoco en ella existe la noción de que la libertad no puede alcanzarse mediante el trabajo dirigido a conseguirla, sino que es un regalo que llega al ver la hondura del propio condicionamiento. Ese regalo de la libertad, ya sea cósmico o lo que fuere, es imposible de definir. Lo más arduo de todo es la comprensión de que ver no requiere más “acción” que ver. No hay necesidad de ser, o de actuar. Hacer, llegar a ser, o alcanzar son sólo proyecciones de nuestro condicionamiento.



EL DIÁLOGO
Y LA COMUNICACIÓN
FUERON EN KRISHNAMURTI
EL TRABAJO DE TODA
UNA VIDA.

Las enseñanzas abarcan tres áreas. En primer lugar está el cuerpo de las enseñanzas, todo lo que K dijo, filmó, grabó o escribió, donde estableció el tono y los parámetros de lo que consideraba importante.

Luego está la enseñanza que se desarrolla interiormente cuando las personas empiezan a escuchar y observan cómo están en el mundo. Al moverse desde la verdad de lo que ven en su interior, y de su condicionamiento, de cómo están en el mundo y no separadas de él, la enseñanza cobra vida.

«¿Qué harán cuando yo ya no esté?», solía preguntar Krishnamurti a quienes se encargaban del trabajo de las fundaciones. «En otras palabras, si el trabajo es sólo “mío” y no suyo, ¿cómo seguirá vivo?»

Y al llegar aquí, cuando las enseñanzas se hacen nuestras, es cuando se origina la tercera fase. En aceptar la responsabilidad de ver la propia vida, no enjuiciándola sino como realmente es, y en ver cómo estamos todos conectados con el resto de la humanidad, reside la posibilidad de vivir una vida cuerda, inteligente y no destructiva. En una vida así, como Krishnamurti con tanta elocuencia y elegancia nos ha mostrado, hay afecto hacia todos los seres vivos.⁹⁰

El carácter internacional del círculo formado en torno a Krishnamurti era impresionante. De hecho, este factor había estado presente desde los primeros tiempos de la Sociedad Teosófica, y era un rasgo característico del movimiento. Los constantes viajes de Krishnamurti le llevaron a entablar amistad con muchas personas de todo el mundo, e indudablemente entre ellas se encontraba Jean-Michel Maroger, que ha continuado colaborando activamente con la Krishnamurti Foundation Trust de Inglaterra.

JEAN-MICHEL MAROGER

ASESOR NAVAL, PONTLEVOY, FRANCIA

No soy por naturaleza una persona con inclinaciones espirituales, y si me introduje en ese ámbito fue más bien por la influencia de mis padres, que empezaron a interesarse en ese tipo de cuestiones siendo yo adolescente.

Una larga enfermedad incurable se llevó a mi padre en 1965, después de un período de gracia que duró alrededor de veinte años. La ciencia médica lo había desahuciado hacía mucho, y este período de gracia fue atribuido a la oración. Tras su muerte, mi madre amplió su radio de investigaciones, y finalmente dio con Krishnamurti; pero recuerdo que en un primer momento su entusiasmo me dejó prácticamente impasible.

Fue mi primer contacto con el maestro en 1975 lo que despertó mi interés. Mi madre había invitado a la familia a Saanen para asistir a las charlas de K. La primera vez que lo vi bajo la carpa, me sentí conmocionado. Algo mágico, casi irracional, me sacudió; algo que estaba más allá de las palabras que estaba escuchando, que, si bien al principio no me impresionaron especialmente, en un nivel inconsciente sentía que lo que se estaba diciendo era esencial. Recuerdo que abandoné la carpa a la vez que él, que corrí tras él y le tomé la mano en agradecimiento.

Asistimos a la serie entera de charlas, y a nuestro regreso a París (donde mi familia residía entonces), fui a una reunión organizada por algunos amigos de mi madre que también habían estado en Saanen, y me quedé atónito por la forma distorsionada en que aludían a lo que allí habían oído. Esto fue lo que me indujo a doblar la grabación de las charlas que había traído de Saanen, confiando en que aquello convencería a estas personas de que estaban equivocadas y les ayudaría a comprender lo que K había dicho realmente.

Al año siguiente mi madre sugirió que acudiéramos a las charlas de Brockwood. Llevé allí las cintas magnetofónicas que había doblado y se las mostré a la primera persona con un puesto de responsabilidad que encontré, que casualmente fue Mary Zimbalist. Su conocimiento del francés le ayudó a

«LA PRIMERA VEZ QUE VI A KRISHNAMURTI BAJO LA CARPA, ME SENTÍ CONMOCIONADO. ALGO MÁGICO, CASI IRRACIONAL, ME SACUDIÓ; ALGO QUE ESTABA MÁS ALLÁ DE LAS PALABRAS QUE ESTABA ESCUCHANDO [...]. SENTÍ QUE LO QUE SE ESTABA DICRIENDO ERA ESENCIAL.»
J.M. MAROGER

ver la importancia que semejante labor tendría para difundir las enseñanzas, y así es como empezó mi colaboración con Brockwood.

Mi primer encuentro directo con K no fue fácil; pese a tener más de cuarenta años, recuerdo que me invadía una terrible timidez, hasta el punto de sentirme casi paralizado, y durante cierto tiempo fui incapaz de mantener una conversación sustancial con él. K probablemente se daba cuenta de ello y, puesto que sus mejores momentos eran aquellos en que se le desafiaba, pasaron muchos meses antes de que fuera yo capaz de entablar con él una charla seria. Me acuerdo de un suceso concreto que sucedió en Brockwood: al cruzar la carpa, nada más terminar una de las primeras charlas a las que asistí allí, vi a Krishnamurti de pie en una esquina, aparentemente esperando a alguien. ¡Ésta es mi gran oportunidad de hablar con él!, pensé. Pero cuando me encontré a su lado, fui incapaz de decir una palabra, y con gran disgusto me alejé (mucho después supe que Dorothy Simmons le había pedido que retornara a la carpa una vez finalizada la charla para de algún modo «cumplir las funciones de anfitrión», fueron sus palabras, lo cual él aceptó. ¡Pero su aspecto era tan infeliz mientras representaba el papel que al parecer nadie se atrevía a molestarlo!).

No obstante, el conocimiento de mí mismo iba abriéndose camino, y cuando finalmente me di cuenta de que la imagen que tenía de Krishnamurti se oponía a la que inconscientemente quería que él tuviera de mí, y de que ésta era la causa de mi timidez, allí acabó todo. Vi entonces por primera vez el poder que tiene comprenderse a uno mismo en profundidad.

A medida que mi colaboración con el trabajo de K fue creciendo, tuve ocasión de visitar Brockwood cada vez con mayor frecuencia, más aún teniendo en cuenta que mi segunda hija había empezado a estudiar allí. En 1979, al oír que K quería pasar unas vacaciones en Francia, me atreví a invitarlo a nuestra casa de campo en el Valle del Loira – donde ahora residíamos permanentemente– acompañado de Mary Zimbalist. Ambos aceptaron, y ésta fue una experiencia muy emocionante y preparada con gran sigilo, pues queríamos asegurarnos de que nuestros invitados pudieran disfrutar de un tranquilo descanso. Me pareció que su estancia allí fue a la vez un éxito y una oportunidad llovida del cielo de conocer al hombre fuera del entorno en el que estábamos acostumbrados a verlo.

Entonces me di cuenta de hasta qué punto era Krishnamurti una persona excepcional; la absoluta sencillez del hombre iba unida a un extraordinario sentido de percepción de los más mínimos detalles de la existencia y de una insondable atención al ser humano que tenía enfrente una vez que éste estaba dispuesto a entablar una conversación seria con él. Esta última cualidad posiblemente explica por qué K era capaz de captar la raíz de un problema humano que se le planteara y de encontrar las palabras exactas que harían a esa persona verse interiormente con claridad.

Su amor por la naturaleza, por los animales (era tal el afecto que mostraba hacia nuestro pastor alemán que insistía en que nos acompañara en nuestras excursiones en automóvil, ¡y en una ocasión me sentí turbado cuando vi al perro lamiendo el rostro de K mientras iban los dos sentados en el asiento de atrás!); el modo en que cedía a los ocasionales deseos de otra persona en la organización de la vida diaria era uno de los rasgos de su carácter que a uno no podía pasarle desapercibido.

Varios años más tarde, mi familia y yo tuvimos otra oportunidad de estar físicamente cerca de Krishnamurti. Fue en Saanen, cuando mi hija pequeña,

Diane –que padece una extraña enfermedad de los huesos–, se rompió una pierna, y no se la pudo trasladar a casa. Ocurrió casi al final de las charlas, y como estábamos en plena temporada alta no encontrábamos hospedaje. Sin que hubiéramos pedido nada, K organizó lo necesario para que nos alojáramos en el chalet Tannegg, en el piso inferior, debajo del que él ocupaba, que estaba vacío en aquel momento aunque lo tenía alquilado una vieja amiga suya. Nos quedamos tres semanas al menos, y casi a diario K bajaba y pasaba algún rato con Diane. A veces me sentaba cerca de ellos en silencio, y he de decir que en varias ocasiones sentí algo indescriptible que, imagino, estaba relacionado con lo que él llamó «lo otro» en su diario. Había también momentos en que uno los oía reír a carcajadas, pero nunca conseguí que Diane me contara qué les había hecho reír de aquella manera.

Se podría decir mucho más sobre Krishnamurti. Sin embargo, creo que para él lo más importante era el impacto que sus enseñanzas tenían en nuestras vidas. Por mi parte, ese impacto ha sido tremendo, y sigue creciendo a medida que madura en mí un expansivo estado de darse cuenta.

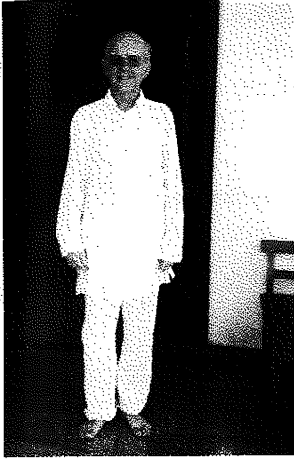
Lamentablemente, no me ha tocado en suerte experimentar la percepción directa total, hasta ahora al menos, pero las reveladoras percepciones instantáneas en temas como el miedo, la competitividad, la ambición, el éxito, etcétera, son los inmensos regalos que he recibido a través de las enseñanzas de Krishnamurti.

Y en cuanto a la pregunta de si el gran privilegio de haber estado cerca de Krishnamurti, o de participar en el trabajo relacionado con sus enseñanzas nos sitúa en una posición ventajosa para captar en profundidad estas enseñanzas, a juzgar por mi propia experiencia y por lo que he observado a mi alrededor, me inclino a decir que, a menos que uno tenga muchísimo cuidado de no caer en la trampa del autoengaño, probablemente no haya mucha diferencia. En más de una ocasión Krishnamurti llamó nuestra atención sobre este peligro, y Dios sabe cuánta razón tenía. Siento que ésta es posiblemente la lección más grande que he aprendido en todos estos años: nada debería considerarse jamás un logro permanente en el campo del conocimiento propio, y por eso uno nunca debería dejar de cuestionarse a sí mismo a todos los niveles, a cada oportunidad que la vida nos ofrece.⁹¹

Alguien que se sintió totalmente cautivado por el mensaje de Krishnamurti y que mantuvo una estrecha relación con él fue Friedrich Grohe, propietario de una importante industria manufacturera. Krishnamurti lo llamaba su *ange gardien* o ángel de la guarda. Fue Friedrich quien hizo posible el bello centro de estudio de Brockwood Park en Inglaterra.

FIEDRICH GROHE

EMPRESARIO ALEMÁN RETIRADO, ACTUALMENTE RESIDENTE EN SUIZA



«OTRO SORPRENDENTE ASPECTO DE ESTAR EN SU COMPAÑÍA ERA QUE MI PERCEPCIÓN DEL ESPLENDOR DE LA NATURALEZA ERA MÁS INTENSA.»

FRIEDRICH GROHE

Fue en 1980 cuando por primera vez leí un libro de Krishnamurti, La pregunta imposible. Aunque vi que leer a Krishnamurti no era como leer una novela, lo cierto es que no podía dejarlo. Parecía decir lo contrario a lo que uno había aprendido y experimentado, pero la sensación era de haber tenido ya antes un vago atisbo de lo que él expresaba allí en un lenguaje claro, sencillo y sobrecogedor.

Aunque supe en 1981 que Krishnamurti solía dar todos los años una serie de charlas en Saanen, Suiza, no sentí el menor deseo de asistir, pues estaba contento simplemente estudiando sus libros. De hecho, perdí el interés por la filosofía, la psicología, la literatura, el arte y asuntos por el estilo, que anteriormente me habían cautivado, porque de pronto sentí: «¡Aquí está lo que buscaba!». Los libros de otros autores se volvieron superfluos.

Aquel fue para mí un tiempo de grandes cambios. Además de otras cosas, estaba a punto de retirarme de la vida empresarial. Hasta entonces no había tenido mucho tiempo para afrontar cuestiones esenciales, pero ahora, de repente, K me había hecho comprender lo importante que era prestar atención a temas fundamentales como el amor y la muerte, el placer y el dolor, la libertad, el deseo y el miedo. Cuanto más exploraba las enseñanzas, más fascinantes se volvían.

Asistí a las charlas de Saanen por primera vez en 1983. Sentado en los peldaños de acceso a la gigantesca carpa en la que se habían congregado unas dos mil personas, escuchaba a K. Allí, bajo el toldo, estaba protegido del calor y podía disfrutar al mismo tiempo del aire fresco. Como generalmente hacía el camino a pie desde Rougemont, lo cual me llevaba alrededor de hora y media, y llegaba un momento antes de que la charla empezara, me quedaba en aquella entrada lateral y no me veía obligado a sentarme entre la multitud. Justo delante del podio desde el que hablaba Krishnamurti, la gente estaba sentada en cucullas y se hacía sitio a empujones; cada centímetro cuadrado de espacio era altamente apreciado. En Saanen y Brockwood, algunas personas hacían cola durante toda la noche delante de la carpa para ser las primeras en entrar cuando ésta se abriera. En Estados Unidos y en la India, el ambiente era por lo general un poco más relajado.

Aquel primer verano hizo tanto calor que en el camino de regreso a Rougemont solía bañarme en el río Feilbach, que habría estado normalmente demasiado gélido para hacerlo. En la carpa se podían comprar libros de K traducidos a varios idiomas, y yo estaba encantado de haber podido llenar de libros la mochila.

Era impresionante escucharlo. Emanaba de él tanta energía que me sentía incapaz de sentarme directamente enfrente de él. Hablaba con sencillez y claridad, haciendo muy pocos gestos y sin ninguna retórica. Cuando lo escuchaba, me olvidaba de la comida, de la bebida, y ni siquiera advertía el calor.

Mi contacto personal con él llegó muy pronto. El encuentro con el hombre en persona me causó tal impacto que desde aquel momento fui a todas sus charlas, en Brockwood, la India, Ojai y Washington, hasta las últimas, en Madrás entre diciembre y enero de 1986, justo antes de su muerte.

Esto suponía estar constantemente viajando; pasaba más de la mitad del año fuera de Suiza, y mi contacto con la familia y con los amigos decreció mucho. Estos fueron los cambios externos.

En el nivel esencial, mi vida ya había empezado a cambiar; al parecer, había llegado el momento de conocer a un hombre como Krishnamurti. La dedicación exclusiva a la vida empresarial había quedado atrás. El alpinismo, por el que había tenido tal afición, no volvió a ser lo mismo después de que un buen amigo y guía de montaña muriera en un accidente de escalada. Mi pasión de tantos años por coleccionar cuadros había perdido su atractivo. Cuando Krishnamurti vino de visita a mi casa del lago Ginebra, según entró, se tapó los ojos durante



«EN UNA OCASIÓN, MIENTRAS CRUZÁBAMOS LAS PRADERAS DE BROCKWOOD, DETRÁS DEL "GROVE", ESTABA YO A PUNTO DE PASAR ENTRE UN GRUPO DE PINOS MUY ALTOS. ME AGARRÓ DEL BRAZO Y DIJO: "¡NO, ALREDEDOR! NO DEBEMOS MOLESTARLOS"».
FRIEDRICH GROHE

un segundo al tiempo que profería una exclamación de sorpresa y horror. Pareció sentir una sacudida ante la potente atmósfera creada por todos aquellos cuadros. Aquel instante fue definitivo. Hacía un tiempo que yo había dejado de comer carne, pero en ésta, como en muchas otras áreas, K aceleró un desarrollo que estaba ya en marcha. Cuando en el transcurso de una reunión le había oído decir: «Comemos animales muertos», comprendí algo con gran claridad, y dejé de comer carne de una vez por todas. Pero quizá la afirmación más impactante que recuerdo haber escuchado en una de sus charlas es: «El amor no tiene causa». Estas palabras fueron para mí como una revelación.

Otro sorprendente aspecto de estar en su compañía era que mi percepción del esplendor de la naturaleza era más intensa. A veces le acompañaba en sus regulares paseos vespertinos. Aunque con frecuencia algunos amigos íntimos compartían con él estos paseos, eran momentos en los que solía hablar muy poco. Tenía una intensa relación con las cosas de la naturaleza. Sostenía que las raíces de los árboles emitían un sonido, pero que hemos perdido la capacidad de oírlo. En una ocasión, mientras cruzábamos las praderas de Brockwood, detrás del "Grove" [el soto], estaba yo a punto de pasar entre un grupo de pinos muy altos. Me agarró del brazo y dijo: «¡No, alrededor! No debemos molestarlos».

Un incidente ocurrido en la India muestra también la relación íntima que tenía con las cosas vivas. Había en Rajghat una gran plantación de grandes mangos que no daban fruto, y debido a ello se había pensado en talarlos. K contaba con ojos brillantes cómo un día se paseó entre los árboles y les dijo: «Escuchad, si no dais fruto os van a cortar». Al año siguiente dieron fruto.

Krishnamurti me llamaba hermano suyo, su ange gardien. En 1984, en Schoenried, me abrazó y me propuso que viviera con él. Yo sabía a lo que se refería. Ya había pedido a varias personas que vivieran con él anteriormente, en estrecha relación, para poder trabajar con ellas, pues pensaba que entonces cambiarían. Pero yo no estaba preparado para ese cambio total. En aquel momento no me podía plantear desprenderme de todo. ¿Estaría dispuesto a hacerlo ahora, diez años después? No lo sé.

Al final de su vida, K dijo que nadie había comprendido lo que había dicho. En la misma línea que uno de los chistes que solía contar: «Todo el mundo tiene que morir..., quizá incluso yo mismo», podría yo decir: «Nadie le ha comprendido..., quizá ni siquiera yo mismo».

Cuando empleamos la palabra "atención", debemos diferenciar la atención de la concentración. La concentración es exclusión. Me concentro, es decir, pongo en algo determinado todo mi pensamiento, que excluye lo demás, que erige una barrera para poder enfocar su concentración entera en eso. Mientras que la atención es muy diferente. En la atención no hay exclusión, no hay resistencia ni esfuerzo, y por tanto no hay fronteras, no hay límites.

UNA MANERA COMPLETAMENTE DISTINTA DE VIVIR, LONDRES, 1991

En febrero de 1974 surgió una inesperada oportunidad para el diálogo. En San Diego, California, Krishnamurti y el doctor Alan W. Anderson entablaron una serie de profundos diálogos, de veinte horas de duración y que fueron grabados en vídeo, sobre el miedo, el deseo, la meditación y la mente sagrada, así como sobre muchos otros temas a los que Krishnamurti se refería con regularidad. Es quizá la más excelente secuencia de diálogos temáticos que Krishnamurti haya sostenido. La serie ha dado lugar posteriormente al libro *A Wholly Different Way of Living* [Una manera completamente distinta de vivir]. El doctor Anderson, a quien se ha concedido un distinguido galardón por sus años de docencia, es también un conocido poeta.

ALAN W. ANDERSON

PROFESOR EMÉRITO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS
UNIVERSIDAD ESTATAL DE SAN DIEGO

Los buenos profesores son la excepción. Esta afirmación es un tópico, y, por serlo, su contenido pasa desapercibido. No obstante, esa habitual inatención en modo alguno altera el hecho de que lo obvio oculta las más sobresalientes significaciones, como los sabios, durante milenios, han destacado prácticamente en vano. El pensador presocrático Heráclito escribió que a la naturaleza le encanta esconderse y que, a menos que uno espere lo inesperado, no lo encontrará, pues es difícil y arduo dar con ello. Con igual inspiración, el pensador español Ortega y Gasset plasmaba su visión de este tema declarando que vivimos rodeados de máscaras.

Es una de las características de nuestra especie humana, la capacidad de considerar estas observaciones de un modo cerebral, e incluso extendernos sobre ellas intelectualmente, pero sin abordarlas de una forma visceral, o dejarnos afectar emocionalmente por ellas. Una relación tan tibia con lo evidente nos ha dado, a través de la tecnología, gran poder material sobre nuestro entorno físico, aunque lamentablemente no ha hecho nada por generar o impulsar la indagación en uno mismo. Sin indagar en uno mismo, la naturaleza humana no puede alcanzar su promesa esencial, que es liberarse de la falta de entendimiento interior.

Como especie, nos deformamos cuando aplicamos una medida meramente abstracta a nuestra conducta, ya provenga de la memoria, el dogma, una ideología, la imagen que tenemos de nosotros mismos, o el sucumbir a la autoridad de otro. La misma imaginación, que desde el romanticismo viene siendo objeto de una alabanza irracional, no es menos una guía abstracta. A diferencia de la naturaleza, la imaginación no es su propia dueña. Esta necesidad de inherente autoenmienda es el talón de Aquiles de la imaginación,

«DESDE EL MOMENTO QUE SE INICIARON NUESTRAS CONVERSACIONES, ME ASOMBRÓ LA CUALIDAD DE SU ATENCIÓN. NO HABÍA EN ELLA LA MENOR AFECTACIÓN, NI ESTABA BASADA EN UN ESFUERZO FÍSICO MOTIVADO POR LA VOLUNTAD DE ATENDER. PODRÍA ASEMEJARSE, EN UN NIVEL DIFERENTE, A LA DINÁMICA DEL EQUILIBRIO CUANDO UNO, POR EJEMPLO, MONTA EN BICICLETA, CONDUCE UN AUTOMÓVIL O SIMPLEMENTE CAMINA.»
ALAN ANDERSON

y la principal responsable de la desmesurada confianza en ella es la psicología de las profundidades, que, en tanto no cambie su centro de gravedad, seguirá frustrando la promesa que con tal vehemencia hicieron para ella en su primera época Freud y Jung. Por más importante que sea reconocer la constante tendencia o esencia de algo (ya esté representada matemática o literariamente), la abstracción intelectual no puede suplir la existencia de la cosa, que está sujeta a incalculables cambios en los dares y tomares de su trayectoria.

Una comprensión filosófica de esta distinción entre esencia y existencia es igualmente una abstracción, a menos que, como Sócrates, uno considere la filosofía como el estudio de la sabiduría. Por desgracia, la filosofía académica de nuestro tiempo muestra muy poco o ningún interés en la tradición de la sabiduría como tal, y ésa es la razón de que muchos talentosos estudiantes la rehuyan cuando en otras circunstancias hubieran podido tal vez contribuir con excelencia a esta disciplina.

Estas cuestiones habían cautivado mi atención durante muchos años antes de conocer a Krishnamurti. Tuve el privilegio de ser invitado a compartir con él veinte diálogos, dieciocho de los cuales componen el libro *Una manera completamente distinta de vivir*. Estas grabaciones y transcripciones investigan el tema de la transformación del ser humano con independencia del conocimiento y el tiempo. Krishnamurti me causó una profunda impresión, y, de cuantos maestros vivos había conocido personalmente, la suya sola fue una influencia auténticamente decisiva. Su manera de abordar la investigación de uno mismo era lúcida, inquebrantable y constructiva. Mi deuda con él es imposible de saldar.

Desde el momento que se iniciaron nuestras conversaciones, me asombró la cualidad de su atención. No había en ella la menor afectación, ni estaba basada en un esfuerzo físico motivado por la voluntad de atender. Podría asemejarse, en un nivel diferente, a la dinámica del equilibrio cuando uno, por ejemplo, monta en bicicleta, conduce un automóvil o simplemente camina. A no ser que haya un trastorno en el oído interno, u otro impedimento, el hecho normal de caminar se realiza sin conciencia de uno mismo, y a la vez no es un acto inconsciente. Más que fuerza y técnica, supone una destreza, que es un don. Dado que la mayoría de nosotros caminamos, no parece constituir un gran don, por no decir ninguno; sin embargo, sin esa destreza nuestro caminar sería forzado, torpe, meramente mecánico, como el de una marioneta de madera. En el escuchar de Krishnamurti existía esa destreza: tenía la sencillez y transparencia propia del niño, y la actitud alerta del guerrero.

Esta forma de ser me enseñó mucho sobre la educación y la enseñanza. Me hizo darme cuenta de por qué tantos estudiantes con talento abandonan la enseñanza superior, siendo su principal queja el carácter irreal de los estudios, la falta de relación aparente entre pensar la propia vida y vivirla.

No conozco otro modo de responder a esta objeción que invitando al estudiante a que observe su propio conflicto de motivos mediante un acto de pura atención, no como esfuerzo positivo, sino negativo. Negativo, ya que «en la atención no hay exclusión, resistencia ni esfuerzo, y por lo tanto no hay fronteras ni límites». Negativo, además, en cuanto a que un acto puro de atención no se abre a la búsqueda de una comprensión positiva, sino que por el contrario descubre la asombrosa suficiencia de la simple ausencia de incomprensión. Súbitamente, la distancia entre quien se esfuerza y la meta ya no rige, pues no hay transcurso de tiempo entre el acto de atención y la curación que simultáneamente se lleva a cabo. Aquí, la intemporalidad es exacta.

Esta negación no se adopta a fin de alcanzar algo mejor. Krishnamurti

«A MEDIDA QUE LOS
DIÁLOGOS PROGRESABAN
FUI COMPRENDIENDO CON
MAYOR CLARIDAD A TRAVÉS
DE LAS AFIRMACIONES DE
KRISHNAMURTI QUE, COMO
ÉL DECÍA: "EL PRIMER PASO
ES EL ÚLTIMO PASO". ES ESTE
PRIMER PASO EL QUE, EN EL
PRINCIPIO, BIEN SUBVIERTE
EL PROCESO O DA ORIGEN
A SU FLORECIMIENTO, [...] ES
EL PASO QUE DEBE DAR
FORMA SUSTANCIAL A TODOS
LOS PASOS SI SE QUIERE QUE
EL PROCESO MANTENGA SU
SOLIDEZ HASTA EL FINAL.»
ALAN ANDERSON

lo expresa con precisión: «La negación consiste en renegar de lo que es falso mientras no se sabe lo que es verdad. Es ver lo falso en lo falso, y ver la verdad en lo falso; y es la verdad la que reniega de lo falso. Uno ve lo que es falso, y el hecho mismo de ver lo falso es la verdad».

En el transcurso de nuestras conversaciones durante aquellos dieciocho diálogos, otro rasgo de la atención como negación (en el sentido arriba mencionado) comenzó a desvelarse. Los diálogos no se habían ensayado en modo alguno, y no obstante transcurrían como siguiendo un orden intrínseco a ellos. Muchas personas que los vieron y escucharon de principio a fin me han hecho alguna observación al respecto, y en varios casos esa observación ha generado entre nosotros un diálogo de manera muy similar, siempre que lo predominante fuera un acto de atención no premeditada.

Literalmente, el proceso es un avance. Avanzar significa moverse a partir de los orígenes. Un proceso completo supone un comienzo, un tramo medio y un final, y estos nodos estructurales son susceptibles de desarticularse si no los mantiene unidos un principio de ordenación. Como ya he mencionado, este principio está presente cuando existe un acto de atención no premeditado. No premeditado significa que no hay ningún plan preconcebido que se imponga al acto de atención.

A medida que los diálogos progresaban fui comprendiendo con mayor claridad a través de las afirmaciones de Krishnamurti que, como él decía: «el primer paso es el último paso». Es este primer paso el que, en el principio, bien subvierte el proceso o da origen a su florecimiento. Además, este primer paso no puede ser un mero paso entre otros que le siguen; es, más bien, el paso que debe dar forma sustancial a todos los pasos si se quiere que el proceso mantenga su solidez hasta el final o, desde una óptica rehabilitadora, si se desea que la sanación y la salud prevalezcan. En ese sentido, nunca vamos más allá de ese comienzo, ni hay ninguna necesidad de hacerlo.

El primer paso es ver lo falso en lo falso, y el hecho de ver lo falso es la verdad. ¡Qué diferente es esto de la noción egotista de que uno puede considerar la verdad, la bondad y la belleza al desnudo! Diferencia en el estricto sentido de que en ese primer paso no hay un “yo” que realice un acto puro de atención sobre el objeto que está allá a lo lejos. Por lo tanto, no hay contradicción entre el sujeto y el objeto; contradicción que, siendo la mente producto del tiempo, ha generado interminables y agotadores debates sobre cómo sabemos que sabemos y el enigma del libre albedrío. La vida vivida en meditación genuina, con un perdurable acto puro de atención por ejemplo, no se avergüenza de tales preguntas, pues, incluso si las toma en consideración, acontece libre del conflicto de motivos.

Han transcurrido aproximadamente veinte años desde que Krishnamurti y yo conversamos, y tras la conclusión de nuestros diálogos, no tuve la fortuna de volverlo a ver, pero nuestras conversaciones permanecen conmigo en espíritu igual de frescas que dos décadas atrás.

Al reflexionar sobre estas cosas, una cuestión en particular ha adquirido para mí creciente importancia: ¿Qué recursos tenemos para generar el acto de atención no premeditado y, al mismo tiempo, hacer que perdure? Esta cuestión encierra una impresionante significación para cualquiera que se pregunte: «¿Qué relación hay entre el pensamiento orientado hacia una meta y la vida vivida en estado meditativo o sin un porqué?».

Durante uno de nuestros diálogos, titulado «Oír y ver», Krishnamurti hizo la extraordinaria declaración de que oír es no dejar que nada interfiera con el ver. Estas palabras renovaron mi pasión por Sócrates y su aseveración de que



tenía un demonio dentro que siempre le decía lo que no debía hacer, y esta voz divina le atendía constantemente. He pensado en dar a este recurso el nombre de «intuición primaria». Por “intuición”, no me refiero aquí a una de las cuatro funciones de la psique según Jung, una función relacionada principalmente con la percepción directa. A diferencia de ella, la intuición primaria está exenta de contenido y actúa simplemente como advertencia. La intuición primaria yace muy por debajo del umbral de la personalidad y el “yo” psíquico. No está vinculada a los arquetipos ni sujeta a las persuasiones de la voluntad y el sentimiento. Sin embargo, cuando estos últimos tienen una relación incompetente con la intuición primaria, como la voz que le dice a uno lo que no debe hacer, esta voz se amortigua o incluso se hace inaudible. Al parecer, las criaturas en estado salvaje la reciben con pureza, especialmente aquellas que continúan sobreviviendo a las atrocidades que los humanos hemos cometido en sus dominios. Quizá sea afín a lo que los hindúes llaman Atman, los budistas, Talidad, y los cristianos, Espíritu Santo.

A mi entender, este recurso permite a aquel que quiere investigar en sí mismo con seriedad mantener clara la función natural del pensar lineal, orientado hacia una meta y calculador, y la vida vivida de un modo meditativo, una forma de ser que se satisface por su propio ejercicio, un vivir sin porqué. El pensar calculador que se orienta hacia una meta situada fuera de los medios adoptados para alcanzarla está necesariamente ligado al tiempo. Algunos han malinterpretado a Krishnamurti al considerar que denigraba este orden de pensamiento, y esto les ha hecho mirar con recelo la tecnología e incluso rechazarla. Se trata de un malentendido. No son la tecnología, el pensamiento y el conocimiento contra lo que arremete Krishnamurti, sino sobre su uso incorrecto.

El pensar calculador y el meditativo son opuestos sólo para el pensamiento que aún no ha penetrado en su operación recíproca. Un acto puro de atención no tiene prejuicios con respecto a ninguna empresa práctica. En cambio, sin la actitud meditativa que está abierta a la intuición primaria, cualquier clase de práctica es presa de innumerables fijaciones e ideas anómalas. La imaginación, pese a su esencial servicio a la creatividad, con demasiada facilidad se supedita a los caprichos de la emoción caótica.

La sólida relación entre el pensar calculador y meditativo no es una coincidencia de opuestos, sino su cooperación. En esta relación, el pensamiento y la existencia se corresponden: el trabajo mundano se realiza mientras uno vive sin un porqué. Lao Tse y Krishnamurti armonizan en el verso: «El Tao no hace nada, sin embargo, nada queda sin hacer».

Estoy profundamente agradecido por la instrucción que recibí a través de mis conversaciones con Krishnamurti, pues continúan siendo una inagotable fuente de inspiración, advertencia y sustento. Están abiertas a lo ilimitado.⁹²

Krishnamurti mantuvo una relación permanente con el mundo hispanohablante. Aunque nunca pudo pasar tanto tiempo como hubiera deseado en esos países, los lazos estaban presentes y perduraron a través de las décadas.

Durante años, la Fundación Krishnamurti Latinoamericana tuvo su sede en Puerto Rico, bajo la competente dirección de Enrique Biascochea y, más tarde, Alfonso Colón. Desde que se decidió trasladar la oficina central a España, Juan Colell, en quien las enseñanzas habían calado tan hondo a lo largo de los años que viajó por todo el mundo para escuchar a Krishnamurti, ha estado a cargo de la FKL.

JUAN COLELL
FARMACÉUTICO, BARCELONA, ESPAÑA

A veces en la vida suceden cosas sin un significado obvio. Éste fue para mí el caso cuando en 1965 mi madre me preguntó si quería acompañarla a las conferencias de Saanen. Acepté la invitación sin saber exactamente lo que eso significaba. Durante las charlas, era fácil hacer amigos, e inmediatamente surgió una relación de afecto mutuo entre el señor Enrique Biascochea, de Puerto Rico, y yo. El señor Biascochea fue el primer presidente de la Fundación, cargo que ocupó hasta su muerte.

Enrique y su esposa Isabel tenían una estrecha amistad con Krishnaji, y Krishnaji solía invitarles a almorzar con él. En una de estas ocasiones conduje el automóvil desde Gstaad hasta el chalet Tannegg, donde Krishnaji estaba esperándonos delante de la puerta principal. El señor Biascochea me presentó a él diciendo: «Éste es mi amigo Juan, un joven de Barcelona, España». Krishnaji me miró sonriente, y en un catalán perfecto, para gran sorpresa de todos, dijo: «Barcelona és bona si la bossa sona», que significa: Barcelona es buena si la bolsa suena.

Es difícil decir que mi vida haya experimentado un cambio, pues eso depende de lo que tomemos como referencia, pero no sería exagerado afirmar que se presentaron profundos retos e incidentes, durante las charlas de Krishnaji o en las conversaciones con él, que sin duda afectaron mi vida.

Recuerdo uno de estos acontecimientos sucedido varios años más tarde, cuando un amigo y yo fuimos a ver a Krishnaji. Llegamos con un montón de preguntas y gran agitación interior. Krishnaji nos dio la bienvenida en un cuarto sencillo, y nos sentamos alrededor de una mesa adornada con un jarroncito de flores colocado en el centro. Nos llevó bastante tiempo exponer todas nuestras inquietudes, y mientras lo hacíamos, Krishnaji miraba las flores. Cuando por fin terminamos nuestra enloquecida parrafada psicológica, Krishnaji seguía mirando las flores sin decir nada. Un poco aliviados, pero esperando con ansiedad unas palabras esclarecedoras, nos sumamos a él en la contemplación de la frescura de las flores. Durante un rato permanecemos unidos en cierta armonía observando las flores con atención. No recuerdo cuánto tiempo pasó hasta que Krishnaji, sin apartar los ojos del ramillete, dijo: «Señores, si miraran sus problemas e inquietudes como están observando las flores en este momento, sus problemas terminarían». Aquello puso fin a la reunión, pero aún hoy día esas palabras continúan vivas en mi cerebro.

No soy capaz de imaginar lo que sería mi vida si no conociera las enseñanzas. Esto no significa que comprenda profundamente el significado de la vida y que viva cada instante sin sombra de condicionamiento, pero lo cierto es que la contribución de Krishnaji y de las enseñanzas a mi vida, el sentido lógico de las palabras que pronunció este amigo de toda la humanidad, han tenido un importante efecto dentro de mí. De igual manera que el agua no es la flor, pero contribuye a su belleza, las enseñanzas me impulsan a crecer en bondad.

*Si miraran
sus problemas
e inquietudes
como están
observando las flores
en este momento,
sus problemas
terminarían.*

En sus estudios tanto de filosofía como de artes marciales, Robert Colet llegó a una más profunda comprensión de la fuente de la que manan ciertos aspectos del *Jeet Kune Do* (el estilo de arte marcial de Bruce Lee). Dado que él mismo era practicante de artes marciales, le interesó descubrir la relación que existe entre Krishnamurti y Bruce Lee. El siguiente artículo apareció en *Inside Kung-fu*.

ROBERT COLET

AUTOR DE KRISHNAMURTI: LA FUERZA ESPIRITUAL
QUE INSPIRA A BRUCE LEE

«No es posible mirar a través de una ideología, de una pantalla de palabras, a través de esperanzas y miedos», dice Krishnamurti. Al aplicar esto a las artes marciales, Bruce Lee descubre que «no es posible expresarse y estar vivo a través de una forma elaborada y estática, a través de un movimiento estilizado». Así empezó Lee su profunda revolución de las artes marciales. El combate de manos desnudas nunca volvería a ser el mismo.

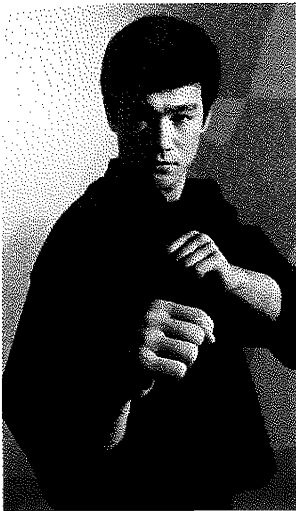
Bruce Lee encontró en las enseñanzas de Krishnamurti el fundamento del Jeet Kune Do. Recuerden: estamos hablando de la filosofía de Bruce Lee y de la relación de ésta con las artes marciales; no estamos tomando en consideración los aspectos de combate del JKD, pues ya se ha escrito suficiente sobre ese aspecto del arte. Lo que nos interesa es, más bien, el lado “mental” o “espiritual” del JKD, que lo hace tan drásticamente distinto de sus homólogos. El fundamento de las artes marciales tradicionales son kata (formas), en las que el practicante emplea el movimiento sólo para simular una técnica de lucha: imita los kata hasta que se convierten en un acto reflejo. JKD difiere de los estilos por la «ausencia de técnicas estereotipadas», como Lee sucintamente lo expresó.

Lee quería “más”. La filosofía tradicional como mera ayuda para el desarrollo de las artes marciales y como vía de crecimiento espiritual no le bastaba. Y aquí es donde entró Krishnamurti.

El papel de la filosofía como complemento de las artes marciales se remonta al siglo XVI, cuando disminuyó la necesidad de la maestría en la lucha. La filosofía (Zen) transformó las artes marciales, de las tácticas de lucha hasta la muerte, al crecimiento espiritual. El practicante de artes marciales ganaba así, no sólo destreza en las técnicas de lucha, sino también carácter y enriquecimiento.

Tomando los dichos de Krishnamurti —como Lee debió de hacer—, uno puede aplicarlos a las artes marciales a través de las palabras de Lee. Por supuesto, esto no significa que las enseñanzas de Krishnamurti constituyeran la única fuente de la filosofía de Lee. Lee consultó asimismo las enseñanzas del Zen y del taoísmo, entre otras. Sin embargo, es evidente que Krishnamurti desempeñó un importante papel en la formación del JKD.

Las siguientes citas están tomadas de la obra de Krishnamurti Freedom from the Known [Libérese del pasado], si no se indica otra cosa. La columna derecha [sangrada] muestra el modo en que Lee aplicó las palabras de Krishnamurti a las artes marciales en el Tao del Jee Kune Do.



«EL SER HUMANO QUE ES
REALMENTE SERIO, QUE
SIENTE LA NECESIDAD
IRREFRENABLE DE DESCUBRIR
LO QUE ES LA VERDAD, NO
TIENE NINGÚN ESTILO. VIVE
SÓLO EN “LO QUE ES”.»
BRUCE LEE

KRISHNAMURTI
BRUCE LEE

No es posible mirar a través de una ideología, de una pantalla de palabras, a través de esperanzas y miedos.

No es posible expresarse y estar vivo a través de una forma elaborada y estática, a través de un movimiento estilizado.

Somos esos libros, somos esas ideas, hasta tal punto estamos condicionados por ellos.

Somos esos kata, somos esos bloqueos y ataques clásicos, hasta tal punto estamos condicionados por ellos.

Mientras mire la vida desde un punto de vista particular, desde una experiencia particular preciosa para mí, o desde un conocimiento particular que he acopiado, que es mi telón de fondo, que es el "yo", no puedo ver de forma total [...]. Sólo puedo ver la totalidad de algo cuando el pensamiento no interfiere.

No es posible ver una lucha callejera en su totalidad observándola desde el punto de vista del boxeador, del hombre de kung-fu, del karateka, del luchador, del judoka, etcétera. Uno sólo puede verla con claridad cuando el estilo no interfiere.

La verdad no es algo que dictan el propio placer o dolor, o el condicionamiento de uno como hindú o como representante de cualquier otra religión a la que pertenezca.

La lucha no es algo que dicta el condicionamiento de uno como hombre de kungfu, como karateka, judoka o similar.

Aceptamos un comportamiento modelo como parte de nuestra tradición de hindúes, de cristianos, o lo que quiera que seamos. Esperamos que alguien nos diga cuál es el comportamiento correcto o equivocado, qué debemos o no debemos pensar; y al seguir estas pautas, nuestra conducta y nuestro pensamiento se vuelven mecánicos, se vuelven automáticas nuestras respuestas.

El artista de segunda mano, que sigue a ciegas a sus sensei o sifu, acepta su modelo. Como resultado, su acción y, más importante aún, su pensar se vuelven mecánicos. Se vuelven automáticas sus respuestas, pues se basan en pautas establecidas, que le hacen estrecho de miras y limitado.

El ser humano que es realmente serio, que siente la necesidad irrefrenable de descubrir lo que es la verdad, lo que es el amor, no tiene ningún concepto. Vive sólo en "lo que es".

El ser humano que es realmente serio, que siente la necesidad irrefrenable de descubrir lo que es la verdad, no tiene ningún estilo. Vive sólo en "lo que es".

Estos ejemplos no son un concluyente análisis comparativo de los dos hombres, sino que en ellos puede observarse fácilmente el enorme impacto que Krishnamurti tuvo en Lee. Lee se quedó fascinado por las enseñanzas de Krishnamurti y su aplicación a las artes marciales. Descubrió que el estilo suponía una limitación; era una simple rutina, una irreflexiva repetición de modelos establecidos, una forma condicionante que no ofrecía conocimiento propio ni libertad. Para Lee, el estilo era simplemente propaganda.

A través de las enseñanzas de Krishnamurti, Lee buscó una expresión más plena de sí mismo en las artes marciales. Desde la época en que adoptó el Wing Chun a los catorce años, Lee creció, mejoró y floreció en lo que habría de ser su primer amor. Pero quería aún más. Vivía en un permanente “descontento creativo” respecto al estado del arte marcial. Se dio cuenta de las limitaciones implícitas en cada arte marcial, incluido el Wing Chun. Destruyó estas limitaciones, desafió la tradición, y abrió un nuevo camino.

Tenía que contarle al mundo su descubrimiento, de modo que viajó a Hong Kong e hizo varias películas. Más adelante nacería su obra maestra Enter The Dragon [Operación Dragón].

Había completado su misión: revolucionó la “conciencia” de las artes marciales. A través del cine, hizo al mundo y a la comunidad de las artes marciales testigos de su descubrimiento. Originó en sí mismo y en el mundo una nueva visión.

Y luego desapareció, tan raudo como había aparecido. Para entonces, había completado su proceso, y anhelaba paz. Todo sucedió repentinamente—demasiado repentinamente—pero, aun así, había cumplido su misión.

Como ella, las artes marciales continúan, eternamente en busca de una mayor plenitud de expresión.⁹³

EL CAMINO DE
PEREGRINACIÓN A SARNATH
ES EL QUE RECORRIÓ EL
BUDA, Y DONDE DIO A SUS
DISCÍPULOS LA PRIMERA
CHARLA DESPUÉS DE SU
ILUMINACIÓN.



LAS ESTANCIAS ANUALES DE KRISHNAMURTI EN LA INDIA atraían a una buena cantidad de figuras del campo de la filosofía y de la religión. Por otro lado, la diáspora tibetana de la década de los cincuenta llevó a establecerse en la India a muchos de los que huían de las incursiones chinas, no sólo en Dharmasala, centro principal al Norte y sede del Dalai Lama, sino también en Sarnath que era un potente foco del budismo, al estar en la ruta de peregrinaje de los lugares que recorrió el Buda y donde dio a sus discípulos la primera charla después de su iluminación. Esta ciudad, que es un prometedor lugar, no se encuentra lejos de la escuela Krishnamurti de Rajghat, en las riberas del Ganges, y en ella vive el profesor S. Rinpoche, quien mantuvo muchísimas y largas charlas con Krishnamurti.

PROFESOR S. RINPOCHE

DIRECTOR DEL INSTITUTO CENTRAL DE ESTUDIOS TIBETANOS
SUPERIORES, SARNATH, VARANASI, LA INDIA

He tenido la gran fortuna de haber escuchado a Krishnaji y haber discutido con él numerosos temas filosóficos. En un principio traté constantemente de comprenderlo desde mi fondo budista. Mientras lo hice, me sentí intranquilo, incómodo. Luego, pensé que quizá no era aquella la manera de comprenderlo. Sentí que debía escuchar a Krishnaji con total vacuidad, en el estado vacío de pensamiento, sin presuposición ni condicionamiento alguno. Pero mi mente estaba tan condicionada por la enseñanza budista que lo situé a él en el puesto del Buda, y aquella no era la manera correcta de comprenderlo tampoco.

Discutí esta cuestión en profundidad con el mismo Krishnaji, y entonces me di cuenta de que entre el Buda y Krishnaji había una diferencia de enfoque básica. El Buda siempre habló en dos niveles: el absoluto y el relativo. Krishnaji nunca habló en el nivel relativo; habló siempre en el nivel de lo absoluto. La verdad relativa se corresponde con el proceso de pensamiento, y el Buda adoptó este nivel como uno de los métodos para ayudar a la gente a investigar con mayor profundidad. Al parecer, el enfoque de Krishnaji considera que este método es un viaje más largo, hace que sea más largo el camino que hay que recorrer; la gente debería, por tanto, desechar espontáneamente la verdad relativa y entrar en lo absoluto, en la verdad absoluta. Cuando el Buda habla de lo absoluto, yo personalmente no encuentro ninguna diferencia con las enseñanzas de Krishnaji, o de las enseñanzas de Krishnaji con la enseñanza del Buda del prajna-paramita o la verdad absoluta.

Otra diferencia entre ellos es el modo de abordar la preparación de las personas, de los que escuchan. Krishnamurti guarda silencio, o no habla sobre preparación, mientras que el Buda habló extensamente sobre la preparación de la persona, y esa preparación se considera indispensable para poder alcanzar el nivel de transformación. En cuanto a ésta, la posición de ambos es similar: en el momento de la transformación o transmutación no existe el tiempo, no hay graduación. Debe ser espontánea e inmediata. O en un lado, o en el otro. La percepción es percepción. No hay tal cosa como un crecimiento paulatino o gradual. El Buda concibió la preparación de la persona que aspiraba a la verdad como una serie de grados o métodos que le permitirían alcanzar ese nivel. Krishnaji en cambio nunca aceptó algo así. Tal vez dio por hecho que todo el mundo era capaz de transformarse sin necesidad de medidas preparatorias.



«EL BUDA SIEMPRE HABLÓ EN DOS NIVELES: EL ABSOLUTO Y EL RELATIVO. KRISHNAJI NUNCA HABLÓ EN EL NIVEL RELATIVO; HABLÓ SIEMPRE EN EL NIVEL DE LO ABSOLUTO.»
S. RINPOCHE

El pensamiento es un instrumento básico de nuestras vidas; pero, en la percepción, el pensamiento no tiene ningún papel que desempeñar. Deben rechazarse los pensamientos de cualquier clase, de acuerdo tanto con el Buda como con Krishnaji. Sin embargo, entre la gente budista se ha aceptado el pensamiento como uno de los medios o métodos válidos durante la preparación. Como ya he dicho, la preparación es un tema que Krishnaji no acepta, o del que no habla.

El punto esencial en el que se hace hincapié es el estar libre de todo tipo de condicionamiento, imposición o presuposición; y para estar libre de todo pensamiento, las palabras del maestro serían uno de los principales obstáculos. Por eso Krishnaji puso especial énfasis en desechar cualquier relación de maestro y discípulo en el sentido ordinario, y alentó a las personas a que participaran en la indagación, en la búsqueda. Son sus propias mentes las que han de utilizarse activamente para buscar. La actitud de dependencia es el más peligroso impedimento de cara al desarrollo de una persona a fin de percibir la realidad.

Ambos, el Buda y Krishnaji, emplearon el método de la negación de las cosas: negación, porque la realidad, tal como ellos la perciben, no puede comunicarse a través del lenguaje, a través de palabras ni de ningún otro medio de comunicación. La única manera que les queda es negar todos los posibles conceptos del pensamiento o la imaginación. Así, tras negarlo todo, la persona se acerca a la realidad, y entonces la forma de ver la realidad se vuelve más directa, y hay una posibilidad de ver la realidad tal como es.⁹⁴

Sólo la mente que mira el árbol, las estrellas o las centelleantes aguas de un río con completo abandono de sí misma sabe lo que es la belleza; y cuando realmente vemos, nos hallamos en un estado de amor.

LIBÉRESE DEL PASADO, 1969

El profesor Hillary Rodrigues está profundamente versado en cultura y filosofía hindú, y aunque la enseñanza de Krishnamurti no descende del hinduismo –pese a su nombre y nacionalidad indios–, Rodrigues sintió que leer sus libros fue “extraordinario”, como él expresa. Tituló su tesis doctoral: *Insight and the Religious Mind: An Analysis of Krishnamurti's Thought* [La percepción directa y la mente religiosa: análisis del pensamiento de Krishnamurti].

DOCTOR HILLARY PETER RODRIGUES
 PROFESOR DE ESTUDIOS RELIGIOSOS, UNIVERSIDAD
 DE LETHBRIDGE, ALBERTA, CANADÁ

La primera vez que abrí un libro de Krishnamurti, en 1973, lo hice con cierta reticencia. Había recorrido las librerías en busca de literatura con que saciar mi creciente interés en la filosofía clásica oriental y la exploración de la conciencia, pero, a diferencia de muchos de mi generación, estaba decidido a no sucumbir al exótico atractivo de un gurú oriental contemporáneo. El nombre obviamente indio de Krishnamurti provocó en mí una reacción. Me había dado cuenta ya para entonces de que era muy poco probable que encontrara respuestas satisfactorias y duraderas a mis ardientes preguntas sobre el misterio de la existencia en un libro, o en las palabras de un gran sabio, por más inspirador que fuera. Ese significado era algo que tendría que descubrir por mí mismo,

aunque no sabía realmente dónde buscar, o cómo empezar a hacerlo. De modo que fue con cierto desencanto conmigo mismo, por esperar aún encontrar un destello de luz en un libro más, y en parte con una amplificada facultad crítica, dispuesto a desechar cualquier cosa que oliera a insensatez, pero con una sincera sed de verdad, como leí a Krishnamurti por primera vez.

La experiencia fue, ni más ni menos, extraordinaria. A diferencia de otras obras que había leído, donde el lenguaje estaba revestido de misterio, o donde las ideas eran cultural e históricamente remotas, había aquí un hombre que hablaba del mundo tal como yo lo veía en las profundidades de mi corazón. Su lenguaje era mi lenguaje; sus intereses, mis intereses; sus observaciones, mis observaciones. Pero en lo que se diferenciaba era en su coraje para hablar de la verdad como él la veía y la vivía, y en la profunda distancia que había recorrido en su viaje con ella. A través del ejemplo de su propia pasión, Krishnamurti me dio el valor para continuar una indagación, dependiendo sólo de mí mismo, en la verdad, sin capitular al consuelo temporal y dañino que ofrecen la fe, la esperanza y una comunidad con base ideológica. Viajé mucho, y en los años siguientes este espíritu de investigación me condujo a percepciones directas, en el interior del pensamiento y de los procesos de la conciencia, que cambiaron radicalmente mi vida y que, hasta el día de hoy, puedo destacar como sus más significativos acontecimientos. Algunos años más tarde, bajo la euforia aún de aquellos sucesos transformadores, para gran fortuna mía y casi por casualidad, oí a Krishnamurti hablar en el Oak Grove de Ojai.

Esta vez el encuentro me templó. Vi que era posible continuar viviendo en un estado de vulnerabilidad dentro del nuevo paisaje en el que ahora habitaba, de permitir que mi "yo" fuera revelado y moldeado por los procesos de despliegue de la conciencia. Allá, ante mí, se encontraba un hombre que había madurado a través de la acción del movimiento creativo de lo real, sin que fueran un impedimento para él las limitaciones del pensamiento. Lo que más me impactó de todo fue su absoluta normalidad. Era esto lo extraordinario, pues Krishnamurti estaba por encima de todo ser humano, desnudo y vulnerable, sin adornos ni disimulos, sin apego a nada, ni siquiera a las peculiaridades de su propia naturaleza, y sin miedo.

Durante mis estudios de doctorado en religión, me sentí una vez más dispuesto a examinar las enseñanzas de Krishnamurti en profundidad, aunque esta vez desde una perspectiva académica. Si bien encontré en muchos respetados mentores un apoyo entusiasta a mi empresa, tuve que afrontar la oposición de una pequeña facción de eruditos intelectualmente muy dotados pero de mente estrecha que consideraban la obra de Krishnamurti, en el mejor de los casos, poco significativa, si no irrelevante. Para gran satisfacción mía, y para vindicación de la confianza que depositaron en mí los supervisores de mi tesis, *Insight and Religious Mind* fue el primer estudio analítico de las enseñanzas de Krishnamurti que la prensa académica occidental aceptó publicar. Estos estudios abren la puerta a un trabajo serio de investigación erudita sobre el pensamiento de Krishnamurti, permitiéndole así ocupar el lugar que le corresponde entre los más conocidos educadores, filósofos y personalidades religiosas de este siglo.

La vida de Krishnamurti, lo mismo que sus enseñanzas, tiene una importancia crucial para los investigadores en el campo de los estudios religiosos, puesto que está extendidamente considerado como una figura religiosa contemporánea de la más alta excelencia. Especialmente digno de mención es que Krishnamurti no pertenece a ninguna orden religiosa establecida, y que en ningún momento de su vida tuvo la intención de fundar ninguna. En lugar de

«ESPECIALMENTE DIGNO DE MENCIÓN ES QUE KRISHNAMURTI NO PERTENECE A NINGUNA ORDEN RELIGIOSA ESTABLECIDA, Y QUE EN NINGÚN MOMENTO DE SU VIDA TUVO LA INTENCIÓN DE FUNDAR NINGUNA. EN LUGAR DE ELLO, KRISHNAMURTI APUNTÓ A UNA FORMA DE VIDA RELIGIOSA EN ESENCIA, QUE ESTÁ ABIERTA A TODO EL MUNDO, PERO QUE SÓLO PUEDE VIVIRSE CON TOTAL INDEPENDENCIA DE CUALQUIER AUTORIDAD.»
HILLARY RODRIGUES

ello, Krishnamurti apuntó a una forma de vida religiosa en esencia, que está abierta a todo el mundo, pero que sólo puede vivirse con total independencia de cualquier autoridad. Es una orientación que libera al individuo para que pueda así tener una relación directa y anónima con la fuente y sustancia de la creación. Como resultado de su vida y de sus enseñanzas, Krishnamurti ha expandido el significado de la religión para acompañar una forma de vida que es fundamentalmente mística. Ahora bien, a diferencia del misticismo convencional, que a menudo está a la fuerza confinado en el lenguaje y el simbolismo de un medio cultural específico, el enfoque de Krishnamurti está absoluta y necesariamente desvinculado del contexto de la tradición.

El arrollador interés que despierta Krishnamurti se debe a la capacidad que tienen sus enseñanzas de aportar una claridad reveladora en áreas en las que las religiones convencionales parecen fracasar rotundamente. El constante y minucioso examen de su pensamiento e impacto con certeza dará una fructífera comprensión de los procesos sociales y de la condición humana.



A muchos kilómetros de distancia, en California, un joven creador cinematográfico se sintió conmovido por las charlas y los libros de Krishnamurti. A petición de la Fundación Krishnamurti de América, más tarde grabaría en vídeo muchas de las charlas y conversaciones de Krishnamurti, y daría un grado de excelencia a la calidad del trabajo. Mendizza es también director de dos documentales de larga duración: *Krishnamurti: el reto del cambio*, estrenado en 1984, y *Krishnamurti: la mente silenciosa*, estrenado en 1989, películas ambas que han dado la vuelta a Estados Unidos, Canadá, Europa y la India.

MICHAEL MENDIZZA

PRODUCTOR CINEMATOGRAFICO, LOS ANGELES, CALIFORNIA



«EMPRENDIMOS VIAJE DE NUEVO, A INGLATERRA Y A LA INDIA, PARA ENTREVISTAR A AQUELLOS QUE SE HABÍAN SENTIDO CONMOVIDOS POR SU VIDA Y POR SU LUZ. INVESTIGUÉ EN LOS ARCHIVOS Y EN SUS ESCRITOS PERSONALES ESPERANDO DESCUBRIR LA ESENCIA.»
MICHAEL MENDIZZA

Fue mi búsqueda lo que en un primer momento me llevó hasta él. Recibí una serie de cintas de vídeo que no había encargado, y a lo largo de un año las escuché cada noche. Me cautivaron. Lo que había en ellas era nuevo, importante; y me confundieron. Después leí un libro, y éste me condujo a Ojai. Krishnamurti estaba vivo todavía, y pronto daría una charla bajo los robles.

Era primavera y las montañas centelleaban. Ancianos con bastón y señoras con pámela sentados en sillas claramente marcadas, profesores de mediana edad y jóvenes hippies estaban allá apiñados, escuchando, forcejeando. Debía de ser 1975 o 1976. Yo estaba solo, anhelante, y me senté todo lo cerca que pude.

Volví al año siguiente, y allí estaba él, sentado en aquella misma silla bajo los árboles, grave, apasionado, desesperado casi. Un año más tarde, cuando entraba en el robledal, vi tres cámaras de vídeo que asomaban por encima de los oyentes. Al comenzar la charla me inundó una misteriosa inmensidad, y una vez finalizada me acerqué a la mujer que acababa de hacer algunos anuncios. Le ofrecí mis servicios de joven director cinematográfico. Pasaron seis meses antes de que nos reuniéramos para discutir la importancia de documentar los últimos años de la vida de Krishnamurti. Y así es como empezó todo.

A la primavera siguiente recibí una invitación para ir a almorzar. Éste sería mi primer verdadero encuentro, la vez que más cerca estuve de él. Nos sentamos todos alrededor de una mesa larga. Él, relajado, tranquilo y muy

humano, escuchaba, y contó algunas anécdotas que nos hicieron reír; no era en absoluto el orador que yo había visto en el robleal. Aunque llegué a quererlo profundamente, nunca tuve con él una relación informal. Lo trataba de usted, que para mí era suficientemente íntimo.

Unas semanas más tarde, cámara en mano, me encontraba en un avión rumbo a la Columbia Británica de Canadá, donde él iba a visitar una escuela. Pronto estaría yo en Suiza, filmando las charlas públicas; a continuación, en los Países Bajos, donde se disponía a visitar a personas y lugares que tan importante papel habían desempeñado en su juventud. Seguirían Inglaterra, y luego la India. En la India vi que la mayoría de las personas eran como las que había conocido en América y en Europa: cada una de ellas comprendía un poco.

Yo continuaba siendo un buscador que seguía al Sol a medida que éste iba apartando la oscuridad. Tenía un millar de preguntas, y, miradas de una en una, todas parecían importantes, pero ninguna de ellas, descubrí, era lo bastante profunda o lo bastante real para que valiera la pena molestarle. Sin embargo, yo quería comprender, no simplemente un poco, sino toda la verdad. Mientras estuve en la India escribí en mi diario: «Para comprender de esa manera, cada pensamiento debe tener suficiente magnitud como para contener el universo entero». Luego dejé la pluma, y según el Sol se ponía por detrás de las antiquísimas montañas de Rishi Valley, me invadió una súbita claridad, y capté un atisbo de aquello a lo que él debía de referirse por «liberarse de lo conocido». Con aquello, mi búsqueda tocó a su fin.

Durante cinco años, la mujer que compartía mi pasión y creía en mí trabajó en la creación de esa película. Cuando estuvo terminada, Krishnamurti se sentó en una de las primeras filas, y contempló, como un niño, las instantáneas de su vida a medida que iban sucediéndose en la pantalla. Era importante que él diera el visto bueno, y lo hizo. Ninguno sabíamos entonces que los dos siguientes años de su vida serían los últimos.

Pocas semanas antes de la muerte de Krishnamurti, empezó la producción de una nueva película. Habían venido a despedirse personas de todo el mundo; aquellas que lo desearon se sentaron delante de la cámara y describieron los momentos que habían compartido con este hombre que ahora se moría muy cerca de allí. Empezamos viaje de nuevo, a Inglaterra y a la India, para entrevistar a aquellos que se habían sentido conmovidos por su vida y por su luz. Investigué en los archivos y en sus escritos personales esperando descubrir la esencia. ¿De qué trataba todo? Pasaron los años. El trabajo se convirtió en una meditación, en un mantra. El proceso dio nueva forma a mi vida y a lo que haría con ella.

Un año después de su muerte, mientras paseaba por los terrenos de Brockwood, aquella presencia especial –su presencia– me envolvió. Unos meses antes, mi hijo, que no tenía entonces más de siete u ocho meses, estaba durmiendo. Mi esposa había salido, y él se despertó y se asustó al encontrarse solo. Me acerqué, lo tomé en brazos, y me miró. Una vez que se sintió seguro, volvió a quedarse dormido. A medida que el niño iba relajándose en mis brazos, aquel sentimiento de cualidad familiar irradiaba desde dentro de mí; me atravesó y llenó la habitación. Era inmenso. Era un afecto que no se puede describir, envolvente.

Paseando por la campiña inglesa comprendí algo sobre este hombre y su vida. No le daré un nombre; diré simplemente que se encontraba en medio del afecto ilimitado que irradiaba de un niño inocente. Las enseñanzas no son sino señales al borde del camino que apuntan a algo vivo, expansivo, vital. Cuando hablaba, sus palabras reposaban en este incommensurable océano de afecto.

Aquella presencia me rodeó como los árboles y las montañas que él tanto amaba. Sucedió de inmediato, y se extendió en todas las direcciones, dilatándose antes de verse detrás del horizonte.

Una vez dijo, y siento que es verdad [...], que cuando estamos completamente solos, y en esa quietud nos volvemos luz para nosotros mismos, allá encontraremos a Krishnamurti.

El amor por los árboles es, o debería ser, una parte de nuestra naturaleza, como el respirar. Ellos forman parte de la Tierra al igual que nosotros, rebosantes de belleza en su rara distancia. Están tan quietos, repletos de hojas, fértiles y llenos de luz, proyectando largas sombras, y exultantes de alegría cuando llega la tormenta. Cada hoja, incluso en lo más alto de la copa, danza ahora en la delicada brisa, y las sombras acogen con gozo al Sol potente. Cuando uno se sienta con la espalda apoyada en su tronco, si se queda en completo silencio, establece una imperecedera relación con la naturaleza. La mayoría de las personas han perdido esa relación; miran todo, las montañas, los valles, los arroyos y los miles de árboles según pasan ante ellos en automóvil o caminan colina arriba parloteando, pero están demasiado embebidas en sus propios problemas para mirar en silencio. El humo asciende en una sola columna de humo que atraviesa el valle, y más abajo se aleja un camión cargado de troncos de árboles recién cortados, con la corteza aún. Un grupo de chicos y chicas pasa charlando y rompe la quietud del bosque.

DIARIO INÉDITO, 7 DE AGOSTO DE 1981

LOS AÑOS IBAN DESGASTANDO FÍSICAMENTE A KRISHNAMURTI. Los viajes constantes entre países con diferentes climas y zonas horarias inevitablemente se hicieron sentir. No obstante, la actividad en la década de los ochenta sería igual de dinámica que siempre. Como hemos visto, una de las grandes alegrías en la vida de Krishnamurti, y una gran liberación de la intensidad de las charlas, era estar en la naturaleza. Los árboles, las plantas y los animales habían sido sus parientes próximos a lo largo de toda su vida. Se cuentan muchas historias sobre su relación con osos, tigres, monos y pájaros.

Alasdair Coyne tuvo la oportunidad de trabajar con Krishnamurti en el jardín de la casita de los pinos, o Pine Cottage, como todos la llaman, y de pasar con él muchos momentos en que no era el "orador".

ALASDAIR COYNE

JARDINERO PAISAJISTA, ECOLOGISTA, OJAI, CALIFORNIA

Estudiaba yo filosofía y otros temas afines en la universidad, en Escocia, cuando me tropecé con los escritos de Krishnamurti. Durante más o menos un año, no supe que existieran fundación, escuela o centro alguno, ni de hecho si el hombre aún vivía. Por casualidad, me enteré de que había un centro en Brockwood Park, y allá fui para asistir a un encuentro, probablemente en septiembre de



«DE NO HABER SIDO ORADOR, LE HUBIERA GUSTADO SER JARDINERO.»
ALASDAIR COYNE

ARRIBA: KRISHNAMURTI
EN EL CASTILLO DE EERDE,
HOLANDA, EN 1921.

1974. Acampé bajo la lluvia, junto con los demás asistentes, y me sentí cautivado por el lugar y por el orador. Varios meses después envié una solicitud para un puesto de aprendiz de jardinería sin experiencia, y fui aceptado en la primavera del año siguiente. Lo que me atrajo del sitio fue principalmente Krishnamurti, y supongo que aquellos aspectos de las enseñanzas que atraían a muchas otras personas, tales como el no ofrecer respuestas fáciles a las preguntas y el verse devuelto a uno mismo para encontrar respuestas a las cuestiones más profundas que a uno como individuo le conciernen. También me llevó allí el interés en hacerme jardinero, trabajo al que luego me dedicaría el resto de mi vida, aunque entonces no podía yo saberlo. Trabajé allí durante dos años y medio antes de venir a vivir a Ojai, donde se me contrató para las tareas de plantación y mantenimiento del jardín que rodeaba la recientemente agrandada Pine Cottage.

Krishnaji tenía gran interés por aquel jardín. Sacaba tiempo de entre sus demás responsabilidades para venir a pasearse por el jardín, a interesarse por las plantas, por cómo evolucionaba lo que estaba plantado, o qué arbusto podría llenar un hueco. Para mí, esto lo situaba en un nivel más bajo, mucho más humano que aquel en el que lo había visto anteriormente. Se desarrolló entre nosotros una cálida relación de afecto en la que había un interés común por la apariencia de las tierras y un entusiasmo compartido cada vez que una planta nueva florecía. Año tras año, a su regreso a Estados Unidos, generalmente en primavera, quería siempre dar un paseo por todo el jardín, y juntos íbamos mirando lo que había cambiado, lo que quizá no había evolucionado como era de esperar, lo que iba bien, lo que podía mejorarse, e, invariablemente, dónde podíamos plantar más rosas. Las rosas eran sus flores favoritas; le encantaba la fragancia que exhalaban, y su color predilecto era el de la rosa roja. Con los años, a medida que lo fui conociendo, vi cada vez más que Krishnaji era un hombre a quien le importaban de verdad las plantas.

A pesar de la impresión pública de que Krishnaji era alguien que hablaba ante miles de personas a lo largo del año, en su interior era un hombre muy tímido. Cuando estaba yo en los alrededores de Pine Cottage trabajando en el jardín, si había otras personas por allí él no se acercaba a mirarlo. Era en los días que no pasaba nada en particular, que todo estaba tranquilo y no había nadie más en el huerto ni en los terrenos, cuando se ponía el sombrero y los guantes y salía a pasear por el jardín, y me tomaba del brazo y me llevaba hasta la parte más alejada de la casa para enseñarme esto o aquello o preguntarme algo. Incluso le di un rastrillo en un par de ocasiones.

Krishnaji dijo varias veces públicamente, y recuerdo haberlo oído también en privado estando allí en las tierras de Pine Cottage, que de no haber sido orador, le hubiera gustado ser jardinero. Habría sido un buen jardinero. Sé que solía hacer un gesto indicando los naranjos que rodeaban Pine Cottage y decir que todos ellos los había plantado él; probablemente fuera en los años cuarenta. A veces miraba una planta y se preguntaba qué necesitaría, qué la haría más feliz. Apreciaba de verdad las plantas y las flores: la que desprendía un aroma, la que tenía un color particular, la que atraía a los colibríes; todas ellas eran importantes para él.

No se me había ocurrido hasta hace muy poco, hasta 1994, que una petición muy común de Krishnaji en cuanto a jardinería se ha convertido en uno de mis más valiosos principios al trabajar en jardinería paisajista. Siempre que veía que habían germinado alguna clase de semillas alrededor del jardín, decía: «Déjelas, déjelas». No tenía ese tipo de mentalidad que piensa: «Esto está creciendo en el sendero; mejor arrancarlo». De ese modo, la vereda que rodeaba Pine Cottage se fue ajardinando con semillas que habían germinado espontáneamente. Y de una forma muy bonita además, aunque, naturalmente, dejábamos también un espacio para andar. En los últimos años he diseñado áreas paisajísticas en las que ha sido prioritario el uso de aquellas plantas que siembran el terreno de semillas con bastante rapidez, porque esas semillas pueden llenar un área, y con el tiempo expandirla, sin necesidad de riego, de abonar la tierra ni de coste alguno, lo cual es toda una ventaja en este clima tan árido.

Krishnaji me trataba como a un igual cuando estábamos en el jardín, o incluso cuando simplemente hablábamos sobre el jardín. Si sostenía la puerta abierta para que él pasara, me decía: «No, no. Usted primero», y era él quien la sostenía abierta para que pasara yo. Era una relación de iguales, no de patrón y empleado. Le interesaba saber qué pensaba yo acerca de una cuestión concreta del jardín, o las razones por las que algunas plantas no crecían y cómo cuidar de aquellas que parecían estar pidiendo ayuda.

Mi último encuentro con él fue aproximadamente una semana antes de que muriera. Se encontraba en la sala de estar de Pine Cottage, bien abrigado, envuelto en una manta, y su aspecto no era demasiado bueno. Naturalmente, quiso saludarme. Sabía que estaba yo allí —probablemente me habría visto pasar por delante de las ventanas—, y se me pidió que entrara unos instantes. A pesar de todos los asuntos que debía resolver con las fundaciones de los distintos países, quiso hablar unos minutos con el jardinero. Me hizo algunas preguntas sobre cómo iban progresando las plantas. Había visto desde el interior de la casa el nuevo macizo de rosas que habíamos plantado para él, y que no sé si en algún momento llegó a ver de cerca. Quería saber qué podíamos plantar en una pequeña zona al Este de la casa en la que había algunos claros. Era conmovedor que en sus últimos días quisiera saber qué seguiría sucediendo más adelante. Quería tener una idea de cómo quedaría el jardín, aun cuando él no fuera a

«SOLÍA HACER UN GESTO
INDICANDO LOS NARANJOS
QUE RODEABAN PINE
COTTAGE Y DECIR QUE
TODOS ELLOS LOS
HABÍA PLANTADO ÉL;
PROBABLEMENTE FUERA EN
LOS AÑOS CUARENTA. A
VECES MIRABA UNA PLANTA
Y SE PREGUNTABA QUÉ
NECESITARÍA, QUÉ LA HARÍA
MÁS FELIZ.»
ALASDAIR COYNE

estar allí para verlo. Luego dijo: «Venga a verme otra vez»; y aquella fue la última vez que lo vi.

Yo no creo, como han creído muchos, que Krishnaji fuera más que un ser humano. Yo siento que cada individuo tiene una validez por derecho propio, y no diría que la de Krishnaji fuera mayor que la de ninguna otra persona. Por otro lado, hay personas que tienen un encanto especial y han hecho de sus vidas algo importante, y yo valoré el privilegio de haber podido conocer a Krishnaji como el jardinero, cuando no era el orador. Mucha gente tuvo ocasión de conocer al orador, de ver al orador y oírlo hablar. Yo me sentí privilegiado de haber conocido al hombre que era en los momentos en que no sucedía todo eso. Con esto no quiero decir que se tratara de dos personas diferentes: el ser humano ordinario y el orador, sino que disfruté de conocer su lado humano.

Krishnaji se deleitaba en la pintoresca belleza de Ojai; solía señalar las colinas y contar cómo en su juventud las había recorrido una y otra vez. Había escalado la accidentada ladera de Topa Topa, continuado hasta Chief Peak, y probablemente hasta detrás de aquellas cordilleras, explorando en solitario o con otros. Esto me inspiró a trabajar en pro de la conservación ecológica, que luego ha constituido uno de los ejes primordiales de mi vida.

Le encantaba el contacto con la vida silvestre. Contaba que había seguido a un lince rojo durante kilómetros al pie de las colinas, detrás de Ojai; de cerca pero sin ser visto. En la India, les hablaba a los monos. Quiso tocar a un tigre desde la ventanilla del coche en una reserva forestal.

Quizá mi comentario favorito de Krishnaji el orador fue uno que hizo en una reunión pública; dijo algo como: «Sería mucho más beneficioso para todos ustedes estar en cualquier lugar en medio de la naturaleza. Pueden aprender mucho más de la naturaleza que de quien les habla».

Bajando por otro sendero, pedregoso también, se abría un pequeño descampado, verde y lleno de frescor. Uno caminó por él, y al rodear la curva, se encontró ante una gran osa parda con cuatro de sus cachorros, del tamaño de gatos grandes, al lado de un árbol. La madre los empujó tronco arriba, y, según trepaban frenéticamente por él, uno oía el sonido de sus zarpas contra la corteza. Al llegar a cierta altura se detuvieron. La madre había cortado el paso, plantada con firmeza sobre sus cuatro patas peludas, de frente a uno. Nos quedamos mirándonos sin ningún movimiento: ella desafiante, y uno no aceptando el desafío.

Permanecimos así, sin miedo; luego el hombre le dio la espalda y siguió su camino. Uno en ningún momento se apercibió del peligro de la situación; sólo reparó en él después de contarle el incidente al guarda forestal. El guarda, furioso, trataba de hacerle ver que la osa podía haberlo hecho pedazos, sobre todo habida cuenta de que tenía con ella a sus cachorros. Pero la gran osa con sus cachorritos, la flotante montaña coronada de nieve y la inmensa quietud habían borrado todo miedo y peligro.

DIARIO INÉDITO, 7 DE AGOSTO DE 1981

Deepak Chopra es conocido como el autor de la exitosa obra *Ageless Body, Timeless Mind* [Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo], así como de muchos otros libros y grabaciones relacionadas con la sanación interior y exterior. Es director ejecutivo del Sharp Institute for Human Potential and Mind Body Medicine [Instituto Sharp para el Potencial Humano y la Medicina Cuerpo-Mente].

DOCTOR DEEPAK CHOPRA

AUTOR DE CUERPOS SIN EDAD, MENTES SIN TIEMPO,
SAN DIEGO, CALIFORNIA

«EN MI PROPIA VIDA,
KRISHNAMURTI EJERCIÓ UNA
PROFUNDA INFLUENCIA Y
ME AYUDÓ A ATRAVESAR
SOLO LOS CONFINES DE
LAS RESTRICCIONES A LA
LIBERTAD QUE YO MISMO ME
HABÍA IMPUESTO.»
DEEPAK CHOPRA

Mi primer encuentro con Krishnamurti fue a mediados de los ochenta, con ocasión de una conferencia que iba a dar en el Felt Forum del Madison Square Garden. Era una mañana fría de invierno. Caía aguanieve, a ratos nevaba, y había un millar de personas esperando afuera. Yo era una de ellas. Krishnamurti habló durante dos horas. Fue directo, profundo, y despiadadamente sincero. Cuando salí a la calle, había dejado de nevar y brillaba un Sol radiante. Sin pararme a pensarlo, sentí que el Sol brillaba con aquella calidez debido al fulgor y la calidez que había dentro de mí.

No llegué a conocer a Krishnamurti personalmente, aunque he tenido estrecha relación con muchas personas próximas a él, y veo el impresionante efecto que este hombre tuvo en sus vidas.

En la mía, Krishnamurti ejerció una profunda influencia y me ayudó a atravesar solo los confines de las restricciones a la libertad que yo mismo me había impuesto.

En Washington D.C., Lois Hobson era la presidenta de la oficina sudafricana de Africare, un programa formativo para jóvenes africanos que estudiaban en Estados Unidos hasta su regreso a sus países de origen en África. En la actualidad vive en Johannesburgo, y realiza una labor similar de modo independiente.

LOIS M. HOBSON

ASESORA DE GESTIÓN EMPRESARIAL, JOHANNESBURGO, SUDÁFRICA

Creo que fui una de esas criaturas que se convierten en ancianas mucho antes de tiempo. Desde edad muy temprana era bastante consciente de estar viva, y me preguntaba por qué había nacido; no con cinismo, sino con un hondo sentimiento de asombro ante ello. Este nivel de indagación no era simple curiosidad infantil; era algo mucho más profundo que permanecería en la conciencia a lo largo de toda mi vida. La religión ocupó un lugar durante mis primeros años, para luego, con las décadas, ir disolviéndose y dando paso a una búsqueda espiritual, más que a una elección secular.

Al entrar en la cuarta década de mi vida, esta búsqueda espiritual se había convertido en una prioridad dentro del vivir cotidiano. Leí prácticamente toda la literatura popular y esotérica relacionada con el viaje espiritual de la humanidad, y llegué incluso a viajar a la India a fin de experimentar las enseñanzas místicas de un conocido gurú. Supongo que, para entonces, mi propia madurez, unida a la implacable pregunta sobre el “porqué” de haber

nacido en este mundo, me habían preparado, sin que tuviera conciencia de ello, para las claras, concisas y rompedoras enseñanzas de Krishnamurti.

Mi primer contacto con las enseñanzas de K fue a través de uno de sus libros, El despertar de la inteligencia, que yació en un estante de mi biblioteca durante más de un año antes de que decidiera abrirlo. Leí cada capítulo con la dichosa satisfacción del gastrónomo que paladea un banquete culinario. Estando embebida en el diálogo entre K y David Bohm sobre la naturaleza del pensamiento y del "yo", sucedió algo extraordinario, que haré lo posible por expresar ahora. Lo más gráfico que puedo decir es que se produjo un desmoronamiento dentro de mí; algo se hizo añicos, y el hecho aparecería luego en mis sueños durante los meses que siguieron. Terminé el libro al cabo de un tiempo, e inmediatamente empecé a hacer indagaciones para saber si aquel hombre, aquel J. Krishnamurti, seguía vivo, a fin de poder conocerlo. Mi búsqueda, que se había extendido durante cuarenta años largos, acabó aquel día, con la lectura de El despertar de la inteligencia y la introducción a partir de aquel momento a las enseñanzas de Krishnamurti.

Y sí, tuve la gran fortuna de conocerlo personalmente y pasar un poco de tiempo en su compañía. Leí cada palabra de sus enseñanzas que pude conseguir, absorbiéndolas como si mi vida misma dependiera de ello. Lo que empecé a descubrir fue una nueva libertad interior, la capacidad de observarme a mí misma, de experimentar el peso de mi bagaje, de saborear más objetivamente mis relaciones, y de vigilar y sentir la montaña rusa emocional de mi propio ser. La respuesta a «¿por qué he nacido?» fue "yo" no lo sé; y con ello llegó la libertad. La búsqueda ha terminado. El viaje continúa.⁹⁵

Sarjit Siddoo y su hermana Jugdis Siddoo, ambas doctoras en medicina y activamente dedicadas durante toda su vida al trabajo de Krishnamurti, pasan una parte del año en Canadá, donde colaboran en el Centro Krishnamurti de Educación y Congresos. El resto del año viven en el Punjab, la India, donde fundaron y dirigen un hospital en el poblado de origen de su madre. El Village Hospital fue inaugurado por Indira Gandhi en 1957, y asistieron a su inauguración numerosos dignatarios, entre ellos el Alto Comisionado de Canadá.

Su trabajo en Canadá las lleva de Vancouver a la Isla Victoria, donde está situado el Centro de Congresos.

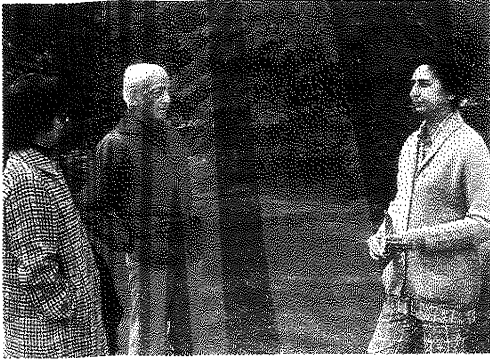
DOCTORA SARJIT SIDDOO

FUNDADORA DEL VILLAGE HOSPITAL, PUNJAB, LA INDIA,
Y DEL KRISHNAMURTI EDUCATIONAL CENTER, VICTORIA
ISLAND, CANADÁ

EB: ¿Qué clase de interés en Krishnamurti diría usted que ha habido en Canadá durante los últimos años? Parece que en la actualidad la gente ha empezado a leer sus libros. ¿Cree usted que el interés ha crecido significativamente?

SS: Sin duda. Cuando comenzamos era difícil encontrar un libro de Krishnamurti en las librerías, y ahora, incluso en las más conservadoras, K ocupa un lugar en los estantes. Casi todas las librerías tienen en este momento al menos alguno de los libros de K.

Hace algunos años, Krishnaji nos pidió a mi hermana Jugdis y a mí que



«KRISHNAJI NOS PIDIÓ
A MI HERMANA JUGDIS Y A
MÍ QUE EXTENDIÉRAMOS
LAS ENSEÑANZAS POR TODO
CANADÁ COMO SE EXTIENDE
EL FUEGO POR LAS PRADERAS.»
SARJIT SIDDOO

difundiéramos las enseñanzas por todo Canadá. Desde aquella época, el interés ha aumentado. Cada vez son más las personas, tanto eruditas como legas, que piden información sobre K. Nuestro mayor problema es que Canadá es un país muy vasto, que se extiende desde el Océano Atlántico hasta el Pacífico, y a pesar de ello cuenta con una población muy pequeña. Una de nuestras mayores preocupaciones ha sido cómo centralizar las enseñanzas en Canadá a fin de que pudiera tener acceso a ellas el mayor número de personas posible. Recientemente ha sido un gran estímulo ver que han acudido al Centro de la Isla Victoria personas provenientes nada menos que de Nueva Escocia.

EB: Durante estos últimos veinte años ha tenido usted la oportunidad de estar en estrecho contacto con Krishnamurti. ¿Qué comentaría usted sobre Krishnamurti el hombre, así como sobre las enseñanzas?

SS: Creo que las enseñanzas son extraordinarias, como siento que fue extraordinario el hombre. Mi hermana y yo pasamos muchos años buscando un "gurú". Habíamos leído la palabra sagrada de diversas religiones: de aquella en la que se nos educó, la religión sikh, y también de la cristiana, la hindú y la budista. Yo solía preguntarme si en nuestra época existían realmente en la Tierra seres iluminados. Nuestra primordial búsqueda en la India fue la de averiguar si existían santos en la actualidad. Si la verdad existe, entonces ¿por qué no habríamos de encontrar a alguno en el presente?

Alrededor de aquella época, me rendí, y empecé a contemplar la cuestión con cierto cinismo. Luego, el contacto con Krishnaji lo cambió todo. Cambió indudablemente el rumbo de nuestras vidas. Yo atravesaba un período de problemas personales; vi, al fallecer mi madre y mi padre, que debía hacer frente a cosas de la vida que quizá no estaba preparada para afrontar. En momentos así, solía leer a Krishnamurti. Él decía que, cuando uno leía sus libros con atención total, aquello en sí mismo era meditación.

EB: ¿Qué fue para usted lo más significativo de las enseñanzas?

SS: Quizá lo más significativo fuera que obligaba a la persona a buscar la salvación, no en el exterior, sino dentro de sí misma, a lo cual él llamaba «revolución interior». Es verdad que a través de los tiempos el ser humano ha buscado el cambio afuera, ya tomara forma de un cambio político, religioso, social o económico. Queremos encontrar a un maestro que de inmediato nos transporte al *nirvana*. K insistía en que no existe el camino fácil para llegar a la iluminación; que es un trabajo muy arduo. Eso, creo, es lo más significativo que señaló: mira en tu interior, no afuera.

Comprender todo esto intelectualmente es fácil, pero su aplicación es una labor titánica. Cuando una está en crisis, al leer a K se da cuenta de que la intensa aflicción, por ejemplo, no es por la persona que se ha ido, sino por la que se ha quedado aquí.

Krishnamurti ha hecho una gran contribución al mundo, específicamente destinada a esta época. Él habla en el lenguaje del siglo xx. Otros gigantes espirituales han hablado en sus propias épocas; pero luego, debido a las interpretaciones, su mensaje se ha ido diluyendo, y con frecuencia se ha vuelto tendencioso dependiendo del intérprete. Con K no es necesario interpretar. Tenemos acceso a todo expresado en sus palabras exactas: en sus libros y las grabaciones magnetofónicas y de vídeo.

EB: ¿Cuál cree usted que será el futuro de su trabajo?

SS: Bueno, creo que es algo que irá emergiendo. Habrá un período de mucho trabajo entre bastidores, por así decirlo. Después, si hay unidad y amor entre todas las fundaciones, puede crearse una tremenda energía, y esta energía se hará cargo entonces del futuro.⁹⁶

Van Morrison no necesita presentación para el público amante de la música. Sus legendarias canciones han atraído a audiencias de todo el mundo; su letra, tan personal e intensa, explora el corazón de la generación actual y refleja su propia búsqueda interior.

VAN MORRISON

CANTANTE, COMPOSITOR Y MÚSICO, LONDRES, INGLATERRA

Aunque llegaron a mis manos y leí los libros de Krishnamurti a principios de los años setenta, sólo lo oí hablar una vez, en el Masonic Hall de San Francisco.

Por lo que recuerdo, siempre han tenido una influencia en mí las obras religiosas y filosóficas, y mi estado mental acababa de experimentar un gran cambio justo antes de descubrir los libros de Krishnamurti. Su filosofía se correspondía con lo que yo estaba viviendo en un nivel interno.

Creo que el sentido de Krishnamurti para nuestra época es el de que uno debe pensar por sí mismo y no dejarse llevar por ninguna religión ni autoridad exterior.

Hace algún tiempo escribí la canción «In the Garden» [En el jardín], del álbum No Guru, No Method, No Teacher [Ni gurú, ni método, ni maestro]. Parte de la letra dice:

*Y luego un día
regresaste a casa.
Eras una criatura en éxtasis total.
Tenías la llave que abría
tu alma y la abriste aquel
día que regresaste a casa.*

La canción termina diciendo:

*En el jardín, en el
jardín mojado por la lluvia.
Ni gurú, ni método, ni maestro.
Sólo tú y la naturaleza
y el padre en el jardín.*



Con la expansión del ámbito de la medicina en la época moderna, el doctor Larry Dossey ha sido un destacado exponente de la "medicina alternativa". Su libro más reciente, *Healing Words [Palabras que curan]*, explora otras posibles vías médicas. El doctor Dossey es copresidente del Panel de Intervenciones Mente/Cuerpo, Oficina de Medicina Alternativa del National Institute of Health.

DOCTOR LARRY DOSSEY

AUTOR DE *TIEMPO, ESPACIO Y MEDICINA*, SANTA FE, NUEVO MÉXICO

«LOS ESCRITOS DE KRISHNAMURTI CAMBIARON MI VIDA, LO MISMO QUE HAN TENIDO UNA INFLUENCIA EN LA VIDA DE MILES DE PERSONAS DE TODO EL MUNDO. SUS LIBROS DEBERÍAN CONSIDERARSE COMO LO QUE REALMENTE SON: LITERATURA SAGRADA.»
LARRY DOSSEY

En esta era posliteraria, comúnmente se dice que los libros son demasiado racionales, intelectuales y que están demasiado relacionados con el hemisferio cerebral izquierdo como para influir de modo significativo en el progreso espiritual de la persona. ¡Bobadas! Los escritos de Krishnamurti cambiaron mi vida, lo mismo que han tenido una influencia en la vida de miles de personas de todo el mundo. Sus libros deberían considerarse como lo que realmente son: literatura sagrada.

G.K. Chesterton dijo en una ocasión: «No es que se haya experimentado con el cristianismo y se haya visto que es deficiente; se ha visto que es difícil, y no se ha experimentado con él». Lo mismo podría decirse, en general, de las enseñanzas de Krishnamurti. Muchos argumentan que son demasiado difíciles porque no contienen ninguna fórmula preestablecida. Ya, ¿y qué? La transformación nunca ha sido fácil; nunca ha sido algo que pueda obtenerse automáticamente en un seminario de fin de semana. Krishnamurti lo sabía, por supuesto, y honro su negativa a trivializar o popularizar la majestad de sus enseñanzas.

«¿Es amigo nuestro el universo?», preguntó una vez Einstein. A lo que podríamos responder: «Debe de serlo; nos ha dado a Krishnamurti».

Otro de entre la vasta red de amigos que colaboran desde sus propios países es Shigatoshi Takahashi. En todas las áreas del trabajo humano ha habido un lugar para el mensaje de Krishnamurti. En la vida de un empresario, también encontró su sitio.

Se cuenta que la última vez que Krishnamurti viajó de Madrás a Los Ángeles, durante una breve escala en el aeropuerto de Tokio Takahashi acudió allí para conocerlo. Había comprado un billete de ida y vuelta y, tras viajar a Los Ángeles en el mismo avión que Krishnamurti, Takahashi, sin llegar a salir del aeropuerto, regresó inmediatamente a Tokio.

SHIGATOSHI TAKAHASHI

EMPRESARIO, TOKIO, JAPÓN

EB: ¿Qué le ha enseñado Krishnamurti sobre cómo dirigir sus negocios?

ST: Antes de tener contacto con la enseñanza de Krishnamurti, mis negocios consistían en esforzarme, competir con otros, compararme con otros, perseguir una meta, tener la voluntad para realizar algo, trabajar con alguna clase de plan, pero después de comprender su enseñanza, me di cuenta de que todas esas cosas eran bastante innecesarias, ya que están todas basadas en la actividad egocéntrica de uno, en su conciencia egocéntrica, lo cual me

«DE PRONTO ME DI CUENTA
DE QUE ESTABA CUBIERTO,
RODEADO, ENVUELTO POR
LA PODEROSA OLA DE SU
AMOR.»
SHIGATOSHI TAKAHASHI

hacía estar confundido al llevar a cabo cualquier transacción. Si uno es capaz de liberarse de ello por entero, entonces puede emprender ese negocio con gran suavidad, y el resultado es todo lo satisfactorio posible. Ésa es en la actualidad mi forma de hacer negocios, y disfruto mucho más que antes.

EB: Si no es competitivo ni agresivo, ¿no se aprovecharán de usted?

ST: Así lo consideré en un principio, y me inquietaba cuál podría ser el resultado, pero en cuanto uno se olvida de su actividad egocéntrica y sigue desempeñando su trabajo libre de ella, el resultado es diferente por completo.

EB: ¿Recibía de la gente una respuesta distinta?

ST: Naturalmente. Puesto que yo había cambiado, ¿por qué no podían cambiar ellos? De modo que, cuando cambié, vi que ellos también habían cambiado, y el resultado fue totalmente distinto del que había temido.

EB: ¿Qué disciplinas religiosas ha estudiado usted, y en qué se diferencia Krishnamurti de esas otras disciplinas?

ST: Yo personalmente había estudiado budismo, y en el budismo se nos piden varias cosas: por ejemplo, hacer meditación, eso significa Zen, hacer ayuno, y en algunos casos se nos pide que hagamos una copia entera de un largo *sutra*. En mi caso particular, tuve que copiar todas las palabras de un *sutra* muy largo del nombre de Hokekyo con un pincel de escritura japonés. Hacerlo me llevó alrededor de año y medio, escribiendo al menos una hora todas las mañanas. Se nos pide también que por la mañana recitemos alguna clase de *sutra*, o que hagamos el recorrido de templo en templo hasta un total de ochenta y ocho templos. En cambio Krishnamurti no nos pedía nada salvo que observáramos las cosas tal como son, que las percibiéramos como son, y que lo aplicáramos a nuestra vida diaria.

EB: En Japón, la meditación ha tenido tradicionalmente una gran importancia. ¿En qué sentido es diferente la meditación de la que hablaba Krishnamurti?

ST: En el budismo se entiende, por lo general, que cuando uno medita está sentado en un rincón en silencio durante horas por la mañana o al atardecer, incluso a media noche. Durante ese tiempo ha de concentrar su mente en algo, en algún tema. Sin embargo, Krishnamurti no nos pide nada parecido. En lugar de ello, nos dice: «Puede usted meditar veinticuatro horas seguidas, puede aplicar su meditación a cada cosa de su vida cotidiana, a su acción cotidiana, lo cual le permitirá ver las cosas como son de hecho». Eso es meditación. A mi entender, ésa es la forma que adopta su meditación, ése es el significado de su meditación.

EB: Oyó usted hablar a K; leyó sus libros. ¿Ha cambiado eso su vida?

ST: Su enseñanza me cambió mucho. Antes, yo era un hombre de temperamento exaltado; era un hombre vanidoso, un hombre de poderoso egotismo. Después del contacto con su enseñanza y de estudiar su enseñanza, me convertí en un hombre no tan arrogante, y no tan egocéntrico. Ahora puedo sentir compasión hacia quienquiera que se relacione conmigo.

EB: ¿Podría describir cómo fue su primer encuentro con Krishnamurti cara a cara, y cómo influyó en su comprensión de las enseñanzas?

ST: Cuando me encontré cara a cara con él, quería hacerle algunas preguntas concretas y esperaba que él me las fuera respondiendo una por una; pero al verlo realmente, comprendí que era totalmente innecesario, porque de pronto me di cuenta de que estaba cubierto, rodeado, envuelto por la poderosa ola de su amor, y cuando aquella ola de amor descendió sobre mí, me hizo no desear nada más que estrechar su mano, lo cual me transmitió la calidez de su compasión sin igual.⁹⁷

La meditación puede realizarse mientras uno está sentado en el autobús o pasea por el bosque lleno de luz y de sombras, o cuando escucha el canto de los pájaros o mira a la cara a su esposa o a su hijo.

LIBÉRESE DEL PASADO, 1969

Una singular mujer que entró en la vida de Krishnamurti en un momento en que su presencia era muy necesaria fue Mary Zimbalist. Durante un largo período de tiempo, mientras seguía las charlas de Krishnamurti de Ojai, Saanen y la India, Mary vio que podía ser de ayuda, al principio como conductora del automóvil en sus desplazamientos, y más tarde asumiendo funciones como la de encargarse de la correspondencia, concertar citas, acompañarlo en sus viajes, etcétera. Como dijo: «Ser útil para lo que fuera necesario a una persona a la que se tiene en gran estima; querer ayudar en todo lo posible».

Desde mediados de los sesenta, dedicó su vida a ayudar a Krishnamurti y a promover su trabajo en todos los sentidos.

Más adelante, Krishnamurti sería su invitado mientras estaba en Estados Unidos y se alojaría en su casa de Malibú, antes de la ampliación y las grandes reformas de "Pine Cottage", en Ojai, donde continuaría esta relación de apoyo que habría de durar el resto de la vida de Krishnamurti.

MARY ZIMBALIST

AYUDANTE PERSONAL DE KRISHNAMURTI

EB: Fue usted una persona muy próxima a Krishnamurti. Le ayudaba en tareas muy diversas. ¿Detectó alguna diferencia entre el hombre y la enseñanza mientras estuvo con él?

MZ: Ninguna en absoluto. Una de las muchas cualidades extraordinarias de Krishnamurti era que nunca había en él ninguna sombra. Krishnamurti era realmente lo que uno veía, lo que uno percibía, e infinitamente más, pero jamás había en él nada contradictorio. No sé si demasiada gente se daba cuenta –seguro que usted sí– de que era también una persona muy humana. Le encantaba reír, le encantaban los chistes ingeniosos, veía la televisión e iba al cine. Como es bien sabido, le gustaban los western, y a veces, cuando el jaleo que había en la pantalla me hacía bajar la cabeza y cerrar los ojos, él decía: «¡Fíjese, qué montañas!», refiriéndose al paisaje de Monumental Valley. Mientras la gente moría asesinada en primer plano, él estaba absorto en el paisaje desierto. En algún momento me había hecho preguntas sobre cine, y yo debí de decirle que no era sangre real la que aparecía en la pantalla, de modo que, cuando me veía encogerme, solía tranquilizarme diciendo: «No pasa nada, es sólo zumo de tomate». Tenía esa entrañable cualidad casi de niño al tratar muchas cosas, y a la vez era el hombre ilimitado y extraordinario.

EB: ¿Qué otros intereses tenía? ¿Le interesaban el arte, la literatura, la política, la naturaleza?

MZ: Era profundamente sensible a la belleza del lenguaje. Aparte de su conocido gusto por las novelas de detectives –de suspense, las llamaba él–, y que leía para relajarse, leía poesía sobre todo, y solía leer el Antiguo Testamento, no por razones religiosas, sino por el lenguaje. En cuanto al arte, siempre habló de las maravillas arquitectónicas: la Acrópolis, las catedrales góticas, y veía una cualidad casi sagrada en la Victoria de Samotracia y en la gran estatua del Maheshamurti de la isla de Elephanta. Respecto a la política, seguía las noticias, a menudo en la televisión, y en las revistas semanales. Hablaba también con la gente, y hacía preguntas. Estaba bien informado, más de lo que uno hubiera podido imaginar.

«HABLAR ERA SU TRABAJO;
ERA SU RESPONSABILIDAD,
E INCLUSO ESTANDO
ENFERMO, SI PODÍA CUMPLÍA
CON ELLA. CREO QUE POCA
GENTE FUE CAPAZ DE VER
CUÁNTO Y CON QUÉ
ENTREGA TRABAJÓ.»
MARY ZIMBALIST

«UNA DE LAS
MUCHAS CUALIDADES
EXTRAORDINARIAS DE
KRISHNAMURTI ERA
QUE NUNCA HABÍA EN
ÉL NINGUNA SOMBRA.
KRISHNAMURTI ERA
REALMENTE LO QUE UNO
VEÍA, LO QUE UNO PERCIBÍA,
E INFINITAMENTE MÁS, PERO
JAMÁS HABÍA EN ÉL NADA
CONTRADICTORIO.»
MARY ZIMBALIST

EB: En lo que a política se refiere, ¿diría usted que podía encajar en alguna categoría concreta? ¿Sería una categoría liberal, o más bien conservadora? ¿Solía expresar puntos de vista de ese tipo?

MZ: No era experto en asuntos políticos, pero no toleraba la mezquindad de las divisiones entre la gente, la lucha entre países, los grupos políticos, las ideas divisivas. En la conversación general, solía mostrar desdén o impaciencia ante esta clase de cuestiones, pero su actitud era siempre inquisitiva.

Le gustaba escuchar música por la mañana, mientras desayunaba. Le llevaba la bandeja con el desayuno, y luego solía preguntarle qué música quería oír. Casi invariablemente respondía: «Elija usted», así que yo trataba de adivinar qué podría gustarle escuchar en aquel momento. Quien más le apasionaba era Beethoven. Luego, Mozart, Bach, Haydn, y a veces se quedaba prendado con un intérprete en particular. Creo que le gustaba Richter; solía ponérselo a menudo.

EB: ¿Sviatoslav?

MZ: Sí, y el gran pianista italiano Michelangeli. En una ocasión le pregunté cuál de los dos era su preferido. Pensó un momento, y dijo: «Uno es como la nieve, el otro como la luz del Sol».

EB: La mayoría de la gente ve a Krishnamurti más como..., no sé si puede decirse, intelectual; pero el hecho de que le gustara Beethoven indica que era sin duda más romántico.

MZ: Beethoven era su favorito. Ahora bien, lo que le conmovía hondamente eran los cánticos: los cánticos sánscritos, a los que solía unirse —era algo maravilloso—, y también el canto gregoriano.

EB: Es igualmente sabido que tenía una especial afinidad con la naturaleza, algo que iba más allá de nuestro simple interés medioambiental: una conexión verdaderamente profunda con ella.

MZ: Respondía más a la naturaleza que al arte visual. Sentía que contemplar un árbol o una montaña era más conmovedor que un cuadro de Leonardo da Vinci. No es que desdeñara la pintura, pero decía que la belleza del mundo natural, de un árbol, está más allá de cualquier cosa que pueda crear el hombre.

EB: Eso pone a los artistas en su lugar, ¿no? Una experiencia aleccionadora. Krishnamurti era, como asimismo se sabe, muy hábil para la mecánica, lo cual no parece concordar mucho con los demás aspectos de su vida.

MZ: Solía decir que una vez, siendo bastante joven, había desmontado un coche, y después lo había vuelto a montar. Cuidaba con esmero de su reloj, y lo llevaba a comprobar meticulosamente a Ginebra para que fuera exacto.

Le gustaban esa clase de cosas. Un día le pregunté qué habría hecho en la India si no fuera quien era, cómo se ganaría la vida. Me contestó: «Ah, pidiendo limosna».

EB: Es francamente interesante pensar en lo que habría sido de Krishnamurti si no hubiera recibido una educación europea, inglesa. Tal vez se habría dedicado a “pedir limosna” en la India.

MZ: Él comentó que probablemente ya habría muerto, porque fue un niño muy enfermizo. Su hermano, como sabemos, padecía tuberculosis, y Krishnamurti tenía cicatrices en los pulmones. En su caso, el proceso debió de detenerse, pero él pensaba que seguía vivo sólo gracias a la cuidadosa atención que se había dispensado a su salud.

«SE QUEDÓ MIRANDO UNA FOTOGRAFÍA SUYA DE CUANDO ERA NIÑO, EN LA QUE APARECÍA JUNTO A SU HERMANO PEQUEÑO NITYA, COMO SI FUERA LA FOTOGRAFÍA DE OTRA PERSONA, Y DIJO QUE NO TENÍA NINGÚN RECUERDO DE ELLA EN ABSOLUTO. “SI PUDIERA COMPRENDER POR QUÉ AQUEL NIÑO NO ESTABA CONDICIONADO, POR QUÉ, A PESAR DE LA ADULACIÓN Y EL ALBOROTO CONTINUOS EN TORNO A SU PERSONA, NO QUEDÓ EN ÉL NINGUNA HUELLA, SI FUERA CAPAZ DE COMPRENDERLO, TAL VEZ PODRÍAMOS AYUDAR A OTROS NIÑOS A ESTAR MENOS CONDICIONADOS!”»
MARY ZIMBALIST

EB: Y ahora, otra pregunta acerca de sus intereses. De joven, Krishnamurti no fue un buen estudiante. ¿Cómo se transforma esto en su interés por la educación de jóvenes y adultos, en la fundación de escuelas y centros?

MZ: Como usted sabe, una parte esencial de su enseñanza es el papel que desempeña el conocimiento: tanto la utilidad del conocimiento, como su limitación. Necesitamos del conocimiento incluso para hablar, pero la mente no debe estar confinada en el conocimiento, debe tener la capacidad de ir más allá de él. Él nunca se cansó de explicar la limitación del pensamiento, ya que es un elemento fundamental de sus enseñanzas. Estaba convencido de que para ayudar a la gente joven, que es más flexible, que está menos condicionada, era importantísimo comprender el papel que desempeña el conocimiento. Recuerdo uno de sus primeros veranos en Gstaad, solía almorzar con varios amigos, y éstos tenían una fotografía suya de cuando era niño, en la que aparecía junto a su hermano pequeño Nitya. Se quedó mirándola mucho rato, como si fuera la fotografía de otra persona, y dijo que no tenía ningún recuerdo de ella en absoluto. Pero cuando le pregunté qué pasaba por su mente mientras la miraba, contestó: «¡Si pudiera comprender por qué aquel niño no estaba condicionado, por qué, a pesar de la adulación y el alboroto continuos en torno a su persona, no quedó en él ninguna huella, si fuera capaz de comprenderlo, tal vez podríamos ayudar a otros niños a estar menos condicionados!». Creo que por eso quería crear una forma de educación diferente, en la que se comprendiera la función del pensar, y se comprendiera también el auténtico potencial del cerebro, no sólo su capacidad de reflejar lo que se le había enseñado, o lo que había experimentado previamente. Ésa creo que fue la razón que lo llevó a crear escuelas. Después de fundar la escuela de Brockwood Park en Inglaterra, pensó en empezar con niños más pequeños, en la escuela de Oak Grove, en Ojai, para ver si estaban menos condicionados. Me temo que, finalmente, se llegó a ver que las criaturas están condicionadas prácticamente desde la cuna; eso era lo que él trataba de averiguar: si era posible liberar a los niños de las garras del condicionamiento.

EB: ¿Cree usted que Krishnamurti llegara a sentir que las escuelas habían sido un éxito? ¿Ayudaron realmente a los niños?

MZ: Creo que lo que él quería al hacer todo esto era algo que no tenía límites, así que nunca habría dicho: «Lo estamos haciendo bien»; en lugar de eso, señalaba lo que consideraba un error, e indagaba para ver cómo podía corregirse. No era aprobación como tal lo que expresaba, pero eso no significa que se quejara. Veía una insuficiencia, o dónde había necesidad de algo distinto, e intentaba abrir esa puerta; ahora bien, en ningún momento dijo nada como: «Buen trabajo». No creo que ésa fuera en absoluto su forma de pensar. Era la excelencia, creo yo, la cualidad que buscaba, y eso no era algo definido.

EB: ¿Se sentía decepcionado si las cosas no estaban a la altura de las expectativas?

MZ: Ah, lo manifestaba sin rodeos. Cuando las cosas salían mal, escarmentaba de verdad a quien estuviera implicado; no de un modo ofensivo, hiriente, sino diciendo: «Mire lo que está haciendo».

EB: El lenguaje de Krishnamurti cambió mucho con los años; parecía hablar con una claridad cada vez mayor y utilizar sus palabras con la precisión de un bisturí.

MZ: Sí, era muy preciso en cuanto a la elección de palabras. Con frecuencia, antes de una charla me pedía que buscara el significado de alguna pala-

bra en el diccionario, generalmente para ver sus derivados. No preparaba las charlas de la forma en que lo haría la mayor parte de la gente, pero a menudo contemplaba cierta orientación.

EB: ¿No tomaba notas?

MZ: En mi época no, nunca. De hecho, más de una vez mientras conducía yo el automóvil camino de las charlas, exclamó: «¿De qué voy a hablar?». Yo no contestaba; pero, casi invariablemente, a continuación daba una charla sublime, extraordinaria.

EB: ¿Cómo sopesaba usted eso en la balanza de su propia experiencia de los primeros tiempos: el oírlo hablar y sentirse sobrecogida por las palabras que salían de él, y el que esa persona preguntara: «¿De qué voy a hablar?»?

MZ: Todo llegaba. A él no le gustaba escuchar las grabaciones de sus charlas. Cuando terminaba de hablar, se había acabado. Le gustaba llegar a las cosas con espontaneidad, y cuando empezó a aceptar preguntas escritas, no quería verlas de antemano. La gente las depositaba en cajas, y él me pedía que las recogiera; yo entonces las distribuía por temas: preguntas sobre el miedo —siempre las más numerosas—, el nacionalismo, los celos, la codicia, los *gurús*, todos esos temas, y las escribía a máquina en los papeles que él luego se llevaba consigo. No planeaba lo que iba a decir, sino que elegía una pregunta, la leía ante el público, la exploraba como si estuviera mirando a través de un microscopio celestial, y una maravillosa reflexión brotaba en palabras suyas.

EB: De todas las veces que lo llevó usted en automóvil a una charla, ¿mostró Krishnamurti en alguna de ellas resistencia a hablar? ¿Dijo alguna vez: «Estoy agotado», o «Lo cierto es que hoy no tengo ningunas ganas de hacer esto»?

MZ: No. Hablar era su trabajo; era su responsabilidad, e incluso estando enfermo, si podía cumplía con ella. Creo que poca gente fue capaz de ver cuánto y con qué entrega trabajó. Durante más de setenta años dedicó su vida a hablar, a escribir, a entrevistarse con gente en privado, a mantener diálogos con profesores, estudiantes y personas de gran erudición; viajó continuamente. Era un trabajo agotador y constante. Sólo se interrumpía cuando se lo impedía su condición física; e incluso entonces hubo veces que, después de haber pasado dos días gravemente enfermo, con fiebre, llegaba el día de la charla y, sorprendentemente, era capaz de hablar. En días así, todo se desarrollaba con exactitud. Él se levantaba temprano, se preparaba, y el automóvil estaba esperándolo delante de la puerta antes de la hora fijada. Si era yo la que conducía, cuando oía que estaba a punto de salir arrancaba el motor, abría la portezuela y, en Saanen por ejemplo, cuidaba de que llegáramos a la carpa en el instante exacto en el que él debía entrar y subir a la plataforma. No quería detenerse ni, Dios nos libre, ¡llegar tarde!

EB: Mary, habrá oído usted decir que un *ser* hablaba a través de Krishnamurti; esto fue algo especialmente frecuente en su juventud. ¿Tuvo usted en algún momento la impresión de que hubiera un ente que hablara a través de él?

MZ: No, nunca he tenido una sensación semejante. Para mí, son tonterías, porque Krishnamurti podía hablar en cualquier momento como hablaba cuando estaba sobre la plataforma; si durante el almuerzo la conversación se volvía seria, hablaba con la misma profundidad y percepción. En las entrevistas, con el público o privadas, hablaba de ese modo. Era el hombre real quien hablaba, no un espíritu que hablara a través de él. Ahora bien, muchas veces, cuando estaba sobre la plataforma, una sentía

«HABLABA A MENUDO
DE "LO OTRO", LO
INCONMENSURABLE
—Y TODAS LAS MARAVILLOSAS
PALABRAS CON LAS QUE SE
REFERÍA A ELLO—; Y ESTO,
A LO QUE ÉL LLAMABA
MEDITACIÓN, LLEGABA A ÉL,
GENERALMENTE POR
LA NOCHE.»
MARY ZIMBALIST

que había en él una energía extraordinaria, y daba la impresión de que era desde aquella energía y aquella capacidad de penetrar la esencia de las cosas desde donde hablaba. Esto podría ser mera especulación, pero una tenía el intenso sentimiento de que era así. Yo lo sentía así. Emanaba de su inteligencia, de su propia percepción.

EB: No obstante, parece que Krishnamurti tenía una conexión con lo que él llamaba "lo otro". ¿Cuál era la línea que había entre "lo otro" y sus palabras, o, en realidad, su vida?

MZ: Él nunca habló de una línea. En cambio, hablaba a menudo de "lo otro", lo inconmensurable —y todas las maravillosas palabras con las que se refería a ello—; y esto, a lo que él llamaba meditación, llegaba a él, generalmente por la noche.

EB: ¿Llegaba mientras él dormía, y entonces se despertaba?

MZ: No lo sé, porque solía hablar poco acerca de ello, pero con frecuencia decía: «Tuve una meditación extraordinaria la noche pasada», y a veces, estando a solas con él o durante un paseo —sobre todo en los paseos, que era cuando le gustaba estar en silencio y contemplar la naturaleza—, una sentía que K se hallaba muy lejos. Algo estaba presente o sucedía en aquellos momentos. Era casi tangible a veces.

EB: ¿Sentía también usted la presencia de "lo otro"?

MZ: Sentía la presencia de una fuerza invisible.

EB: Algo similar a cuando uno sintoniza una emisora de radio y puede escuchar entonces un concierto, las noticias o lo que fuere. Al parecer, K era capaz de sintonizar esa energía que nos rodea a todos.

MZ: En cierto modo. Una vez más puede que sea una imaginación mía, pero yo diría que es como si hubiera algo, que es innombrable aunque pueda llamársele inteligencia, verdad o belleza —cualquiera de esas cosas—, a lo que la mayoría de nosotros estamos ciegos y no lo sentimos.

EB: ¿Podía él acceder a ello deliberadamente?

MZ: Él decía que la meditación no podía ser deliberada, que tenía que llegar a uno.

EB: ¿Le explicó lo que para él era la meditación? Desde luego que ha escrito sobre ello y hablado de ello en sus charlas, pero ¿habló sobre meditación con usted?

MZ: Habló de estar en silencio, de estar muy quieto y no dejar que el pensamiento hiciera en la mente lo que le viniera en gana: no dejar que irrumpiera la retahíla de asociaciones que generalmente desfila por nuestras mentes. No hablaba de detenerla por medio de la voluntad, sino de no sumarse a ella. Los pensamientos transcurren y uno los observa y los deja pasar. Con ello uno aprende. Así es que, cuando hablábamos de estas cosas, a menudo lo hacíamos desde el enfoque de la quietud, de la simple observación de la mente sin hacer nada al respecto: ni empujarla ni retenerla. Describía la meditación de muchas formas diferentes, que aparecen en casi todos sus escritos. Lo esencial era tener una mente silenciosa. Él era capaz de estar en esa quietud; una vez, incluso viajando a bordo de un avión advino ese estado meditativo.

EB: Pero, como explicaba en sus escritos, nunca fue algo para lo que deliberadamente se sentara en silencio.

MZ: Decía que no se puede inducir. Cuando en sus últimos días estaba tan enfermo, ese algo extraordinario continuaba viniendo a él en medio del dolor y el sufrimiento. En una ocasión dijo: «Algo decide lo que será de

mí. Cuando el cuerpo ya no pueda hacer lo que es necesario para hablar, la vida acabará». Y eso es lo que sucedió.

EB: ¿Implica eso que hay “algo distinto”?

MZ: Algo distinto. No es que él fuera simplemente un instrumento de *eso*, sino que la expresión de *eso otro* era tarea suya. Desde ello hablaba; y cuando en el nivel físico no pudiera continuar hablando, su vida terminaría.

EB: Él sentía que la razón de su vida era poder dar estas enseñanzas.

MZ: Sí, esa era su vida. Existía una vida personal, pero esa otra era la realidad.

EB: Sus últimos días debieron de ser para usted muy angustiosos.

MZ: Hacía algún tiempo que hablaba de su muerte. Él sabía que se estaba muriendo; quería hacer su trabajo hasta el final, y lo hizo. Su estado era de una cordura total; ni la enfermedad ni el dolor ni la medicación habían afectado a su mente. A medida que el cuerpo se fue debilitando, oírlo hablar se hizo infinitamente doloroso: su voz era tan frágil; pero siguió siendo Krishnamurti hasta el último momento, en el más pleno sentido de todo lo que hasta entonces había sido.

EB: Ha descrito usted a Krishnamurti como una fuente manando su enseñanza. ¿Cuál era el origen, de dónde provenía?

MZ: No puedo contestar a eso. Lo único que podría decir serían meras imaginaciones, y eso no tiene ningún valor. Puedo tratar de explicarlo con palabras, pero no es más que una especulación. Es como si hubiera realidades abstractas —la inteligencia, la belleza, el amor—, cualidades de las que él habló, que no son producto de la mente humana. Se podría emplear la palabra “dios” también, siempre que no se trate de un dios concebido por uno a su propia imagen. Se pueden emplear diferentes palabras, pero todas ellas son aspectos de una sola e infinita energía de vida. Creo que esto era para Krishnamurti la realidad, y, si queremos expresarlo así, el origen.

EB: Se ha sugerido que K podría representar un paso evolutivo de la humanidad, el prototipo de algo nuevo. ¿Es esa una posibilidad?

MZ: No sé si fue un prototipo, pero a mi entender su vida fue una prueba de que el ser humano es capaz de desarrollar una inteligencia y una percepción extraordinarias, y una forma de vivir muy diferente de lo que es en su mayor parte la vida humana. Eso era real en él, no es algo que yo haya imaginado. Sin duda, algunos pensarán que estoy proyectando en él un ideal, pero para mí resultaba indiscutiblemente evidente que este hombre era aquello de lo que hablaba, y que era así como vivía. En todos los años que pasé con él, nunca vi nada que desmintiera esto, o que fuera inconsecuente con una vida vivida de esa manera. No había contradicciones. En muchísimos momentos existía una innegable sensación de algo a lo que sólo se puede llamar sagrado.

EB: Mary, obviamente Krishnamurti ha tenido un tremendo efecto en su vida. ¿Cómo lo describiría usted?

MZ: No sé cómo describirlo. Quizá parezca una trivialidad, aunque no lo es, decir que ignoro por qué tuve la fortuna de poder estar con él como lo hice. Si había algo que cuidaba de él en la vida, supongo que las personas que aparecieron fueron instrumentos de eso. No estoy tratando de decir que fuera yo una enviada del cielo para hacer algo por él; simplemente estaba disponible y ocurrió. Lo bueno que eso me dio fue arrollador para mí, pero no puedo medirlo ni describirlo. Tuve el privilegio, la bendición inefable de estar cerca de él y de poder serle útil en las pequeñas cosas, en un sentido humano, haciendo todo aquello que era necesario hacer.

«HACÍA ALGÚN TIEMPO QUE
HABLABA DE SU MUERTE.
ÉL SABÍA QUE SE ESTABA
MURIENDO; QUERÍA HACER
SU TRABAJO HASTA EL FINAL,
Y LO HIZO. SU ESTADO ERA
DE UNA CORDURA TOTAL;
NI LA ENFERMEDAD NI EL
DOLOR NI LA MEDICACIÓN
HABÍAN AFECTADO A SU
MENTE.»
MARY ZIMBALIST



EVELYNE BLAU PRESENTANDO A
KRISHNAMURTI EN OAK GROVE,
1984.



EB: ¿Cuál diría usted que ha sido el impacto de Krishnamurti en el mundo?

MZ: Estoy segura de que su impacto en el mundo se halla en estado germinal; que quizá en los años venideros, dentro de cien años, la historia mirará atrás y considerará un tiempo extraordinario éste en el que Krishnamurti estaba vivo en la Tierra. Si echamos la vista atrás y contemplamos la historia humana, ¿cuánta gente sabía de la existencia del Buda en su época, o durante los siglos posteriores? Sin embargo, lo que dijo ha crecido y ha penetrado la vida de millones y millones de personas dos mil años más tarde. Creo que Krishnamurti es de esa misma estatura, y que debemos hacer todo lo posible por que su enseñanza se conozca, pues es y será algo inmenso para la humanidad. Siento que nuestra responsabilidad ahora es conservar un registro exacto de lo que dijo y enseñó. Para aquellos de nosotros que lo conocimos, ésa es nuestra más esencial responsabilidad: preservar y proteger la autenticidad de su enseñanza a fin de que perdure a través de los siglos tal como él la dio, sin interpretaciones de otros. Pero hay una responsabilidad más profunda aún que tienen quienes lo conocieron y escucharon: la responsabilidad suprema es reflejar sus enseñanzas en nuestras vidas, en nuestras relaciones con los demás, con lo que quiera que la vida nos traiga. Es vivir la realidad, no simplemente las palabras de su enseñanza.⁹⁸

«ALGUIEN LE PREGUNTÓ
CASI AL FINAL DE SU VIDA:
“¿POR QUÉ SIGUE USTED
DANDO CHARLAS A SU EDAD,
VIAJANDO ALREDEDOR DEL
MUNDO, HABLANDO SIN
DESCANSO?”, REFLEXIONÓ
UN INSTANTE Y LUEGO, CON
SENCILLEZ, DIJO:
“POR AFECTO”.»
MARY LUTYENS

Mary Lutyens, cuya madre lady Emily Lutyens se hizo amiga de Krishnamurti la primera vez que él viajó a Inglaterra, en 1911, ya ha sido presentada al comienzo del libro. Ha escrito extensamente sobre Krishnamurti en las detalladas y excelentes biografías que abarcan su vida entera.

MARY LUTYENS

ESCRITORA, LONDRES, INGLATERRA

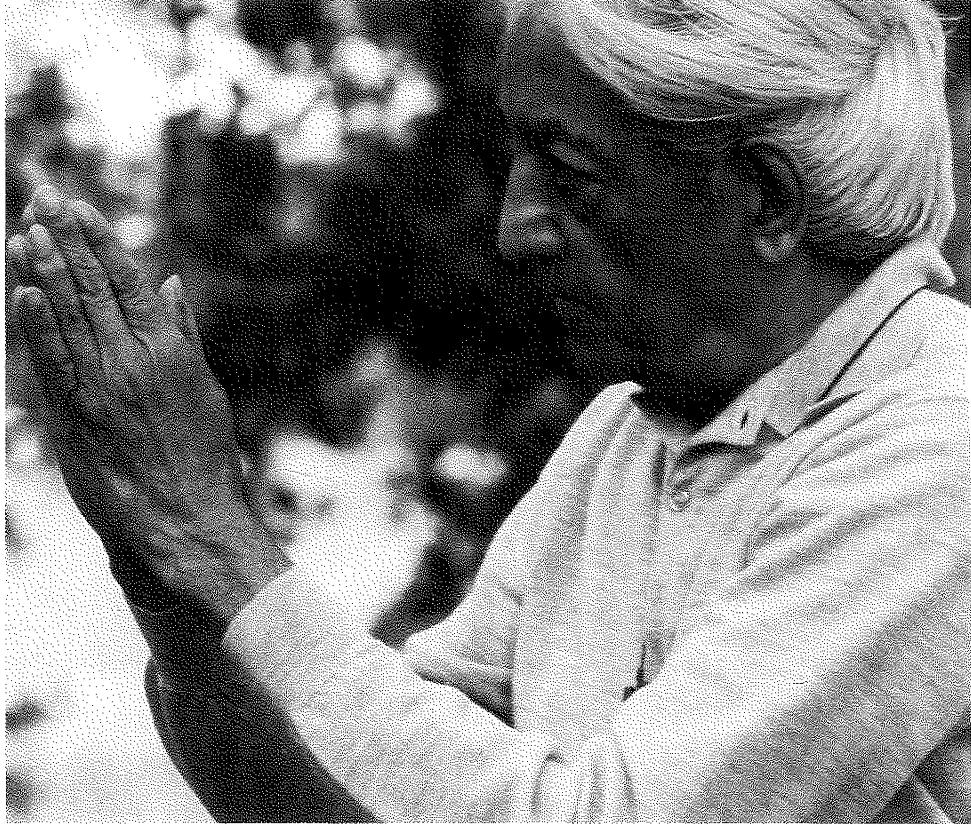


Un aspecto de Krishnamurti que cabe destacar era su naturaleza profundamente afectuosa. El afecto formaba parte de su enseñanza. Cuando alguien le preguntó casi al final de su vida: «¿Por qué sigue usted dando charlas a su edad, viajando alrededor del mundo, hablando sin descanso?», reflexionó un instante y luego, con sencillez, dijo: «Por afecto». «Entonces, ¿por qué no se queda permanentemente en un sitio y deja que la gente venga a usted?». Respondió: «Porque la mayoría de la gente no tiene dinero para viajar». Él había visto algo muy hermoso, y el afecto que sentía le hacía querer compartirlo. Decía: «Les ofrezco algo, y si no lo quieren, no importa lo más mínimo. Yo no les presiono para que me escuchen».

Él entendía el amor de un modo muy diferente a como lo entendemos la mayoría de nosotros. Sólo podía explicar lo que era el amor averiguando qué no lo era: el amor no era celos, el amor no era posesividad, no era esto ni aquello; y únicamente cuando uno eliminaba todo lo que no era amor, podía uno tal vez descubrir lo que era esa llama extraordinaria que todo el mundo quiere y todo el mundo busca. Porque, en cierto sentido, lo que la gente quiere quizá no es la verdad, sino amor.

*La meditación es esa luz que en la mente alumbra el camino
a la acción; y sin esa luz, no hay amor.*

LA VERDADERA REVOLUCIÓN, 1970





1985 fue un año lleno de actividad para Krishnamurti, como lo habían sido todos los anteriores. Tras su estancia en la India, con su usual gira de charlas, regresó a Ojai, donde se puso en manos de un nuevo médico, el doctor Gary Deutsch, de la cercana ciudad de Santa Paula. Fue una tranquilidad poder contar con los cuidados de un experto, que era además alguien en quien Krishnamurti depositaba gran confianza.

DOCTOR GARY M. DEUTSCH MÉDICO AL CUIDADO DE KRISHNAMURTI, SANTA PAULA, CALIFORNIA.

NOTAS DE UN DIARIO MÉDICO

21 DE MARZO DE 1985

Atendí a Krishnamurti por primera vez en mi consulta de Santa Paula, como había hecho cientos de veces antes con otros pacientes. Sin embargo, pronto habría de ver que este encuentro no se parecía nada a ninguna otra experiencia entre médico y paciente que hubiera tenido. La descripción tipificada de su persona era la de un hombre menudo, anciano, de piel oscura, con apariencia más joven que la edad indicada, de ochenta y nueve años. Pero después de hablar con él, se hizo muy evidente que aquel no era un paciente ordinario.

Su cuidadora y amiga Mary Zimbalist me había "investigado" antes de aceptármeme como médico de Krishnamurti. El mes anterior había acudido a mi consulta y se había inscrito como nueva paciente. No tenía yo la menor idea de que, mientras la examinaba, ella me "examinaba" a mí. Debí de pasar la prueba, ya que al mes siguiente Krishnaji se convirtió en el último de mis pacientes célebres. Lo primero que me sorprendió fue la dulzura de aquel hombre. Yo no sabía nada de sus enseñanzas ni escritos, y mucho menos de su fama mundial. Esto cambió completamente, pues no pude por menos que indagar acerca del hombre y su trabajo. También me impresionó la excelente condición de su cuerpo, cuando le hice el reconocimiento físico. Para ser un hombre de ochenta y nueve años, tenía una piel, un cabello y una dentadura admirables. Lo atribuí a su dieta vegetariana, al meticuloso cuidado corporal, al vigoroso ejercicio y a un sistema nervioso controlado, con un mínimo de estrés interior. Caminaba a diario, y practicaba ejercicios de respiración profunda.

25 DE ABRIL DE 1985

Krishnaji acababa de volver de Nueva York tras haber hablado en la Organización de las Naciones Unidas. No se había llevado un control adecuado de su diabetes, y acudió a mi consulta, donde reajustamos la medicación. Su aspecto era bastante saludable, y pasó la mayor parte del tiempo de la visita hablando de Nueva York, de los taxistas y los automóviles. Tenía mucho interés en los automóviles y su funcionamiento, en las marcas, los modelos y la mecánica de los motores. Me preguntó qué coche tenía, y le dije que un Volvo de 1982. Asintió con la cabeza, satisfecho.

MAYO DE 1985

Había leído un poco sobre Krishnaji, y mi esposa y yo asistimos a las charlas de Oak Grove de 1985, en Ojai. No imaginaba yo que aquella sería su última

charla en el Robledal. Su escuela y el sereno entorno de Oak Grove me parecieron tranquilos y propicios para pensamientos que se remontaban a los años setenta. Mi esposa Deborah y yo discutimos su charla en el automóvil, de camino a casa. Su estilo nos había parecido a los dos sugerente e intuitivo, pero consideramos que muchos de sus pensamientos y enseñanzas no eran prácticos para un joven médico y su esposa que criaban a tres niños en los turbulentos años ochenta. Me figuré que uno debía escoger de las vastas enseñanzas de Krishnamurti aquello que se adecuara a sus necesidades y estilo de vida. El hecho de que estuviéramos hablando de ello fue un comienzo.



MARY Y DAVID ESSEL
EN EL PUESTO DE LIBROS
TRAS LA CHARLA
DE KRISHNAMURTI. KENNEDY
CENTER, WASHINGTON D.C.

En abril Krishnamurti acudió a Nueva York, donde hablaría en la ONU y recibiría la medalla de plata de la paz. De allí viajó a Washington D.C. para asistir a una recepción del Congreso organizada por el senador Clairbourne Pell. El 20 de abril, Krishnamurti dio dos charlas en el Kennedy Center ante un público multitudinario y atento. Más tarde, al cruzar la enorme extensión del aeropuerto Dulles, fue asombroso ver inesperadamente a Krishnamurti mirando por el gran ventanal los aviones que llegaban y salían, igual que un niño elegante, alerta y solemne.

Al terminar la serie de charlas de Ojai, y de Saanen y Brockwood después, hubo en K una patente disminución de energía. Los paseos eran ahora más cortos y, para cuando regresó a la India, su estado era tan extremadamente frágil que tomaría todas sus comidas en la cama. El doctor Parchure, su amigo de toda la vida y su consejero médico, que a menudo viajaba con él cuando no estaba en Ojai, se alarmó ante su pérdida de peso. Pesaba 44 kilos.

En Madrás se hizo obvio que ya no podría continuar hablando. En su penúltima charla, el 1 de enero de 1986, habló, en parte, de la muerte.

Estamos tratando de averiguar lo que significa morir, mientras estamos vivos —no hablo de suicidarse; no me refiero a esa clase de tonterías—. Quiero averiguar por mí mismo lo que significa morir, es decir, ¿puedo ser totalmente libre, no depender de nada que el ser humano haya creado, incluido yo mismo?

¿Qué significa morir? Romper con todo. La muerte lo separa a uno con una afiladísima cuchilla de todos sus apegos, de sus dioses, sus supersticiones, su deseo de consuelo, la vida futura, etcétera, etcétera. Voy a averiguar lo que significa la muerte, porque es igual de importante que el vivir. Y bien, ¿cómo puedo averiguar lo que de hecho, no teóricamente, significa morir? Quiero realmente averiguarlo, como lo quieren ustedes: ¿qué significa morir? Háganse a sí mismos esta pregunta. Tanto mientras somos jóvenes como cuando somos ancianos, esta pregunta está siempre presente. Significa ser totalmente libre, estar totalmente desapegado de todo lo que el ser humano ha construido, o ustedes han construido: totalmente libre. Ni apegos, ni dioses, ni futuro ni pasado. Vean la belleza que hay en ello, su grandiosidad, su fuerza extraordinaria: morir estando vivo. ¿Comprenden lo que significa esto? Mientras están ustedes vivos, morir a cada momento, de modo que, a lo largo de su vida, no estén ustedes apegados a nada. Eso es lo que la muerte significa.

Así pues, vivir es morir. ¿Comprenden? Vivir significa que cada día uno rompe con todo aquello a lo que está apegado. ¿Pueden ustedes hacerlo? Es un hecho muy simple, pero tiene tremendas implicaciones. Para que cada día sea un día nuevo. Cada día muere

uno y se encarna. En ello hay una vitalidad, una energía inmensa, porque no hay nada que temer. No hay nada que pueda herirle a uno. El sentirse herido no existe.

Todo lo que el ser humano ha elaborado debe abandonarse totalmente. Eso es lo que significa morir. ¿Son ustedes capaces de hacerlo? ¿Lo van a intentar? ¿Van a experimentar con ello? No únicamente durante un día, sino todos los días. Sus cerebros no están adiestrados para esto. Sus cerebros están terriblemente condicionados por su educación, su tradición, sus libros, sus profesores. Se requiere averiguar lo que es el amor. El amor y la muerte van juntos. La muerte dice: «Sé libre, no te apegues, no puedes llevarte nada contigo». Y el amor dice, el amor dice... No hay palabras para ello. El amor puede existir sólo cuando hay libertad, no de su esposa, de una novia nueva, o de un nuevo esposo, sino cuando existe el sentimiento, la inmensa fuerza, la vitalidad, la energía de la completa libertad.⁹⁹

MADRÁS, 1 DE ENERO DE 1986

DIARIO MÉDICO DEL DOCTOR DEUTSCH (CONTINUACIÓN)

30 DE DICIEMBRE DE 1985

Recibí una llamada de Mary para informarme de que Krishnaji estaba muy enfermo, en la India, y llegaría a Ojai el 13 de enero. Acordamos que lo vería en mi consulta ese día.

13 DE ENERO DE 1986

K había estado enfermo en la India durante seis meses, y en ese tiempo había perdido aproximadamente cinco kilos. Se sentía un poco mejor desde su regreso, pero obviamente estaba exhausto y vomitaba casi todo lo que comía. Al examinarlo, lo encontré cambiado; no tenía buen color, y su voz carecía de la fuerza que antes la caracterizaba. Se pidieron análisis al laboratorio, y en ellos se vio que las funciones del hígado eran extremadamente elevadas, lo cual era indicio de una enfermedad más grave.

22 DE ENERO DE 1986

Convencí a Krishnamurti de que necesitaba estar hospitalizado, a fin de poder suministrarle alimentación intravenosa y practicarle una descompresión del estómago mediante un tubo, ya que continuaba con fiebre, vómitos y no era capaz de comer. Accedió a ingresar en el hospital de Santa Paula, que era mi principal centro de trabajo. Fue admitido en la Unidad de Cuidados Intensivos, pues allí recibiría una mejor atención, y estaba bastante enfermo. Al principio fue difícil cuidar de él en el marco de un hospital, porque no era un paciente común. Era un hombre de celebridad mundial, pero yo tenía que tratarlo como a cualquier otro paciente, y, además de procurar que se sintiera lo más cómodo posible, debía hacerle los análisis necesarios para emitir un diagnóstico. Lo acomodamos en la UCI y dispusimos lo necesario para que Mary y Scott Forbes (de Brockwood Park) pudieran estar a su lado las veinticuatro horas del día. Me enterneció la evidente devoción y el inmenso amor que estas dos personas sentían por este hombre. Durante las seis semanas siguientes, siempre estuvo uno de ellos a su lado. Pedí a varios especialistas que lo examinaran, incluidos un cirujano, un oncólogo, un urólogo y un radiólogo, pues no quería pasar por alto ninguna posibilidad. El resultado de los análisis indicaba claramente que Krishnamurti

Al atardecer, sobre la ciudad profusamente poblada, vi un ave volar rauda hacia su hogar lejano.

DOLETÍN DE LA ESTRELLA,
AGOSTO DE 1930

tenía una obstrucción pancreática causada por un carcinoma primario. Las cifras que mostraba el análisis de sangre determinante para el diagnóstico eran extremadamente elevadas, lo cual hizo innecesario seguir investigando. El análisis se había realizado con un nuevo indicador para investigaciones tumorales que acababa de salir al mercado. Desgraciadamente las cifras eran muy altas, y no dejaban lugar a dudas respecto al diagnóstico de carcinoma pancreático. Era un diagnóstico desolador, pues no existía para él tratamiento médico ni quirúrgico. De todos modos, me alegré de que no fuera necesario realizar ninguna otra práctica agresiva para el organismo, ya que K toleraba a duras penas el hospital. Me sentí obligado a protegerlo de cualquier otra prueba de investigación, e hice las gestiones necesarias para que fuera trasladado a casa lo antes posible y estuviera allí médicamente atendido. El 30 de enero de 1986 se le trasladó a su casa de Ojai, para así cerrar el círculo retornando al lugar donde comenzó sus enseñanzas en Estados Unidos. Me dijo antes de irse que quería morir en casa, y no en una atmósfera de hospital. Me pidió que hiciera aquel tiempo lo más llevadero posible, y le prometí que lo haría. Hablaba de su cuerpo en tercera persona, y no quería que éste sufriera ningún dolor.



Durante los últimos días de Krishnamurti, amigos y miembros de las fundaciones acudieron de todo el mundo y se reunieron en Ojai, a sólo tres meses de su nonagésimo primer cumpleaños. Pese a los más de setenta años dedicados a charlas y diálogos, quedaba aún mucho por decir. Era necesario resolver cuestiones organizativas y aclarar la relación entre las fundaciones. Fue durante este período cuando algunos de los síndicos presentes fueron entrevistados para la película estrenada en 1989 *Krishnamurti: la mente silenciosa*. Muchas de aquellas entrevistas aparecen en este libro. Entre los allí presentes estaba Asit Chandmal, que conocía a Krishnamurti desde la infancia. Asit es autor del hermoso libro de fotografías *One Thousand Moons: Krishnamurti At 85*.

ASIT CHANDMAL

ESCRITOR Y ASESOR DE GESTIÓN INFORMÁTICA, BOMBAY, LA INDIA

EB: ¿Qué sensación le ha causado ver a Krishnamurti en los últimos días de su vida? ¿Ha notado algún cambio en él?

AC: Si se refiere usted a estos últimos días, nos ha dicho claramente a todos que el cuerpo está muriendo. ¿Es esto lo que pregunta?

EB: Sí.

AC: Me encontraba en Singapur a finales del pasado mes de diciembre cuando recibí una llamada comunicándome que Krishnaji estaba muy enfermo en Madrás, así que inmediatamente tomé un avión el día 31, por la noche, y el 1 de enero por la mañana me reuní con él. Yacía en la cama, pero parecía estar igual de alerta que siempre. Lo encontré desayunando, y hablamos de muchas cosas, como habíamos hecho en el pasado, y, salvo por el hecho de que estaba tomando el desayuno en la cama, no noté ninguna diferencia en su comportamiento, en sus movimientos ni en la energía de su voz. Aquella misma tarde se dirigió a un público multitudinario, de unas seis mil personas, y habló con energía extraordinaria durante hora y media, como siempre sin guión. Por la mañana me había dicho que se

estaba muriendo, que quizá le quedaran unas semanas de vida; entonces no sabíamos aún que tenía cáncer, y no creo que él lo supiera tampoco, pero en la charla de aquella tarde habló de la muerte y del miedo, y de no tener miedo a la muerte. Esto me causó una tremenda impresión, por la conversación previa sobre su propia muerte. Cuando fui a verlo al día siguiente empezó a hacerme preguntas sobre computadoras, y, dado que me había acompañado mi hija, que está muy interesada en la genética, Krishnaji se sentó en la cama y entablamos un debate muy interesante sobre lo que ocurriría, en palabras de Krishnaji, cuando «la informática y la genética se encontraran», cuando se unieran las dos tecnologías; qué supondría aquello para la mente humana. Era el mismo de siempre: rebosante de energía, con la voz potente, y una percepción profunda y directa del tema que debatía y exploraba.

Dos días más tarde dio su última charla. Dijo al público que el cuerpo tenía noventa años y no podía continuar, luego aquella charla sería la última. También esta vez habló con inmensa energía, y no creo que nadie entre la multitud sospechara que aquel hombre se estaba muriendo de cáncer y que el final estaba ya muy cerca, porque el espíritu de su discurso era exactamente el mismo de cinco, diez, o treinta años antes.

Partió hacia California la noche del 10 de enero. Al atardecer, como cada día, había salido a dar su paseo por la playa de Adyar —donde tiempo atrás había sido “descubierto”—, y al final del paseo hizo algo que yo nunca le había visto hacer. Todos los demás entraron en la casa. Él se quedó en la playa, y contempló en silencio el mar y el cielo. Se quedó unos segundos mirando el mar y el cielo en una dirección; luego se giró, y se quedó mirando en una dirección diferente, y así lo hizo en cuatro direcciones distintas. Después, silenciosamente entró en la casa. Aquella fue, me pareció a mí, una manera de decir adiós.

Esa noche embarqué en el mismo vuelo que él de Madrás a Singapur. Yo me quedé en Singapur, y él tuvo que bajar del avión para enlazar con el vuelo a Los Ángeles vía Tokio. Estando yo en Singapur un par de semanas después, recibí una llamada en la que se me informaba que Krishnaji estaba muy grave, en el hospital, en cuidados intensivos. El 11 de febrero fui a verlo a su habitación de Pine Cottage, porque cuando llegué le habían dado ya el alta en el hospital; y al verlo aquella mañana me estremecí ante su estado. Apenas era capaz de levantar la mano para estrechar la mía. No me reconoció. Los períodos de atención duraban menos de un par de segundos, ya que sus ojos no lograban mantenerse abiertos. No ocurrió sólo conmigo; mi tía y mi primo estaban allí también, y lo mismo sucedió con ellos. Nos conmocionó hondamente verlo así, cuando hacía sólo un mes era el Krishnamurti de siempre, hablando ante seis mil personas, dando paseos y entablando serios debates. Cuando acudí a su habitación al día siguiente, ocurrió algo asombroso. Sonrió, estrechó mi mano, y sentí el fuerte palpitar de su pulso; y de pronto, con su antigua voz, una voz potente, dijo: «Señor, ¿dónde tiene echada su ancla?». Contesté: «En usted, señor». Al instante replicó: «¡Yo me voy!». Y añadió luego: «Si ha entrado usted en contacto con *eso*, en ello debe echar su ancla; si no, se quedará usted destrozado». Después sonrió y siguió diciendo: «Es usted un buen tipo, pero está desperdiciando su vida». Y a continuación cerró los ojos. Parecían haber aflorado en él una sorprendente energía y claridad cuando yo pensaba que ni siquiera seguiría vivo aquel día. Fue de lo más

«AQUELLA MISMA TARDE
SE DIRIGIÓ A UN PÚBLICO
MULTITUDINARIO, DE
UNAS SEIS MIL PERSONAS,
Y HABLÓ CON ENERGÍA
EXTRAORDINARIA DURANTE
HORA Y MEDIA, COMO SIEMPRE
SIN GUIÓN. POR LA MAÑANA
ME HABÍA DICHO QUE SE
ESTABA MURIENDO,
QUE QUIZÁ LE QUEDARAN
UNAS SEMANAS DE VIDA [...]»
ASIT CHANDMAL

extraordinario, y sentí que había ciertos poderes o energías que él tenía la capacidad de convocar cuando era preciso. Ése es el último recuerdo real que tengo de él, exceptuando una conversación más a la que nos invitó a algunos de nosotros, que nos reunimos alrededor de su cama. Sus palabras entonces fueron: «No debe haber jerarquías. No debe haber apóstoles. Nadie puede erigirse en intérprete o en autoridad, y deben ustedes mantenerse unidos, estar unos con otros y trabajar juntos. Lo importante son las enseñanzas, no el maestro». Luego dijo: «Estoy muy cansado».¹⁰⁰

EVELYNE BLAU

ANOTACIONES DE SU DIARIO

27 DE ENERO DE 1986

Hace un día de Sol radiante cuando salgo hacia el hospital de Santa Paula. Son alrededor de las doce. Mientras el automóvil remonta las colinas, pasando los sinuosos puertos, es un día exultante de dicha; la naturaleza canta en alabanza. En un día así, una piensa que no existe la muerte, que todo es belleza.

El hospital está situado en la cresta de una colina, y desde ella se domina Santa Paula, que es más grande de lo que parece vista desde arriba. El entorno es agradable, limpio y acogedor, como cabría esperar del pequeño centro clínico de una pequeña ciudad. De camino hacia la entrada paso ante lo que semeja ser un gran camión, pero que en realidad es la unidad móvil de escáner TAC que rota entre varios pequeños centros de esta área. Aquí es donde a K se le ha practicado la exploración.

Mary Zimbalist está sentada en la sala de espera que hay al fondo del hospital, junto a la unidad de cuidados intensivos. Me quedo con ella a esperar noticias sobre las pruebas. El doctor Parchure entra a decirnos que el examen ha concluido y que K está de vuelta en su habitación. Mary se dirige allí y luego sale y me dice que a K le gustaría verme. Me sorprende de mi reacción: una exclamación de felicidad por poder verlo.

Una entra en la unidad, pasa entre sus enfermeras, gráficos y monitores y llega a la habitación de K. Está en la cama y parece increíblemente diminuto, como un pajarito. Toma mi mano en su mano delicada y se la lleva a la mejilla. Intercambiamos algunas palabras, pero ahora no soy capaz de recordar lo que dijimos. La intensa alegría de verlo borró las palabras de mi mente. Al volver a poner su mano bajo la manta, vi el tubo intravenoso colocado en la parte alta del pecho, cerca del hombro; la zona se veía amoratada y oscura. Tenía una barba de varios días y el pelo sedoso esparcido sobre la almohada. Los ojos estaban claros y alerta, pero los cerró varias veces de puro cansancio.

Esta pequeña figura inspira tal amor... y encarna el amor en este mismo momento que yace ahí, enfermo y frágil. Los breves instantes que estuve con él fueron de una dimensión intemporal. ¡Cómo desearía haberle dicho cuánto lo amaba! Tal vez lo sintió aunque no fuera expresado con palabras. Qué difícil es separar a este hombre de su enseñanza. ¿Qué sentirán aquellos que no lo conocen pero aman la enseñanza?, me pregunto; ¿será más clara para ellos la enseñanza porque no estará velada por ese amor personal? La verdad es que nunca había sabido cuánto lo amaba; había reconocido sentimientos de respeto, asombro, admiración y afecto en mi respuesta, pero ahora está claro que todos

«EL DÍA EN QUE ADMITO
ESE AMOR, VEO QUE NO
PIDE NADA, NI SIQUIERA
UNA COMPRENSIÓN
MÁS PROFUNDA DE LA
ENSEÑANZA. SIMPLEMENTE
QUIERE SER. ES.»
EVELYNE BLAU

ellos existían, impregnados de ese amor. Sé que el resto de las personas sienten lo mismo. El día en que admito ese amor, veo que no pide nada, ni siquiera una comprensión más profunda de la enseñanza. Simplemente quiere ser. Es.

Mi respeto hacia el doctor Parchure es cada vez mayor. De regreso a Ojai, le he interrogado a fondo sobre el estado de K. Sus respuestas han sido claras, detalladas y sobrias. Tiene una mente perspicaz, gran capacidad de entrega y claridad de expresión. He salido sintiendo que se había expuesto una visión equilibrada. Aunque no es alentadora, una en este momento espera a ver la evolución con calma.

El trayecto de vuelta al hospital a las cinco de la tarde es tranquilo, más agradable aún por la vista del Sol poniente reflejado en las montañas. Parece que estuvieran iluminadas desde dentro; la atmósfera teñida de un rosa dorado envuelve suavemente las crestas. Aparentemente, el famoso “momento rosa” de Ojai se extiende hasta Santa Paula. Ha sido un día singular; un día de belleza.



En la primera parte de este libro, la doctora Hedda Bolgar habló de haber estado presente cuando en 1929 Krishnamurti disolvió la organización mundial que se había formado en torno a él. Más tarde expresó algunos pensamientos surgidos ante la muerte inevitable de K.

«[...] Y ME ENCONTRÉ ANTE AQUELLA PERSONA EXCEPCIONALMENTE COMPLETA, ALGUIEN INCORRUPTIBLE, FUERTE, A QUIEN NO SE PODÍA ENGAÑAR, ATRAPAR, SOBORNAR, ADULAR, NI CONMOVER EN MODO ALGUNO A FIN DE APARTARLO DE LO QUE ÉL SABÍA QUE ERA, AL MENOS, SU VERDAD.»
HEDDA BOLGAR

Hace algún tiempo empecé a pensar en que Krishnamurti debía de estar próximo a la muerte, y recuerdo haber hablado de ello y haber tenido un extraño sentimiento de pérdida, de tristeza, de escalofrío ante el hecho de que se iba a morir y de que su muerte física, por alguna razón que no comprendía bien en aquel momento, sería una terrible pérdida para mí y, por tanto, probablemente mayor aún para otras muchas personas. A continuación pensé en qué era tan especial de este hombre, en cuál era su grandeza o su cualidad singular cuya ausencia dejaría un vacío tan enorme; entonces empecé a recordar su apariencia, el sonido de su voz, cómo era la sensación de estar cerca de él. Y me encontré ante aquella persona excepcionalmente completa, alguien incorruptible, fuerte, a quien no se podía engañar, atrapar, sobornar, adular, ni conmover en modo alguno a fin de apartarlo de lo que él sabía que era, al menos, su verdad, y que se había convertido en su respuesta a la mayoría de las preguntas que al parecer se hacen los seres humanos. Era un ser bello, de una belleza que nada tenía que ver con las concepciones físicas convencionales. Pero a la vez, una siempre sentía la tragedia que lo acompañaba, toda la tristeza de su vida; sentía que no había habido un solo instante de su vida en que no hubiera sufrido realmente; y aun con todo, tenía aquella increíble serenidad que, no sé cómo, transmitía sin palabras, sin consuelo, sin ninguno de los términos habitualmente utilizados para expresar serenidad. Era un ser humano completo, con una integridad verdaderamente radiante; y al morir, todo esto desaparecería. En cierto sentido, esperaba también que nadie intentara prolongar su vida buscándole un sustituto.¹⁰¹



Desde su primera infancia, Radhika Jayakar, Radhika Herzberger tras su matrimonio con Hans Herzberger, profesor canadiense de filosofía, tuvo una estrecha relación con Krishnamurti. Su madre, Pupul Jayakar, mantuvo con él una larga amistad, y Radhika se sintió inevitablemente atraída hacia aquel círculo desde pequeña. Su doctorado en sánscrito y estudios budistas hace de ella una persona idónea para desempeñar el puesto de directora de estudios que ocupa en el Rishi Valley Educational Center.



La mente que ha puesto su casa en orden ha comprendido la naturaleza del conocimiento. Ahora es una mente silenciosa por completo, y ese silencio no tiene causa. Ve usted, el "silencio" puede ser ilusorio, puede ser producto de un pensamiento que está decidido a ser silencioso. Existe el silencio entre dos silbidos de tren, entre dos notas, entre dos ruidos, entre dos sonidos, entre dos pensamientos; ahora bien, esa clase de silencio pertenece aún al ámbito de la cognición. Pero cuando la mente está silenciosa por completo, ni siquiera es consciente de estar en silencio. Si lo fuera, significaría que está meramente jugándose una treta. La mente que ha puesto su casa en orden es una mente silenciosa. Ese silencio no tiene causa y, por lo tanto, no tiene fin. Sólo aquello que tiene causa puede terminar. Ese silencio sin causa es absolutamente necesario, pues sólo en él está ausente todo movimiento del pensar. Sólo en ese silencio, aquello que es sagrado, aquello que es innombrable y que el pensamiento no puede medir, es. Y aquello que es lo más sagrado. Eso es meditación.

CHARLA PÚBLICA, MADRÁS, 29 DE NOVIEMBRE DE 1981

DOCTORA RADHIKA HERZBERGER

DIRECTORA DE ESTUDIOS, RISHI VALLEY EDUCATIONAL CENTER

«DURANTE LA ÚLTIMA VISITA DE KRISHNAJI A LA INDIA, TUVE EN RAJGHAT EL MÁS INTENSO SENTIMIENTO DE LO SACRADO QUE JAMÁS HAYA TENIDO. SENTÍ QUE LA SANTIDAD FLOTABA IGUAL QUE UN VELO SOBRE EL GANGES.»
RADHIKA HERZBERGER

PAGINA OPUESTA:
KRISHNAMURTI EN LA
CONFLUENCIA DE LOS RÍOS
GANGES Y VARUNA.

[...] *Las etapas críticas de mi vida han estado marcadas por encuentros con Krishnaji, tanto en su presencia como en ausencia de él, pues asocio a Krishnaji, no sólo con su personalidad, sino con cierto sentimiento que él comunicaba y que nos ha dejado, semejante a una piedra preciosa. A él le gustaba emplear la analogía de la piedra preciosa, transparente, que es capaz de filtrar la personalidad de una y reflejarla; en cierto modo, de actuar como una lupa. Y así, al mirarse una a sí misma, puede transformarse a sí misma.*

Krishnaji me preguntó una vez: si uno ha descubierto algo, ¿por qué habría de querer utilizar las palabras de otro para describirlo? Y esa pregunta me hizo reflexionar acerca del vocabulario que él había empleado y de la forma en que hablaba. Bien, al reflexionar sobre esa pregunta, veo que una utiliza un vocabulario antiguo, tradicional, para reforzar las propias ideas, y una se da cuenta de que no era eso lo que Krishnamurti trataba de hacer, a diferencia de otros maestros que se sirven de un vocabulario tradicional para transferir de ese modo el aura de un pasado santificado a su discurso particular. Era otro el nivel en el que la relación de Krishnaji con las personas interesaba a sus amigos, como él los llamaba, que no era la del gurú, que no era coercitiva: él era un amigo, un amigo que caminaba con una. En las charlas con el público –normalmente al comienzo de la primera charla– solía decir que debíamos aprender a caminar juntos, como dos amigos que emprenden un largo viaje; y cuando una caminaba con él, cuando establecía una relación íntima con él, una realmente sentía que alguien caminaba muy cerca de ella, al lado de su mente, en paralelo a sus pensamientos; y era ese sentimiento, libre, sencillo y afectuoso, lo que caracterizaba su presencia. He visto a muchos gurús. Les he oído hablar. La sensación que una capta es la del ejercicio del poder: la sensación de que hay ciertos secretos que ellos conocen, y de que si una entrara en el ámbito de su aura, si se hiciera discípula suya, ellos le concederían algo a lo que sólo ellos tienen acceso. En Krishnaji no había ninguna de estas cosas; su relación con las personas nunca era una relación de poder. De hecho, una y otra vez declaró: «No tengo nada que dar» y, según lo decía, estaba dando de sí mismo en abundancia. Pero una no podía percibir esa aura, no podía captarla a menos que estuviera dispuesta a cambiar, y ese acto de cambiar era algo que el ser humano debía hacer por sí mismo. Así pues, él era un amigo, no un gurú, a pesar de la inmensa luminosidad que de hecho emanaba de él. Era algo que él daba sin más; no a sus discípulos, no a aquellos que se subordinaran a él, sino a cualquiera que se le acercara.

Si hay una piedra angular en las enseñanzas de Krishnamurti es que uno es en verdad el dueño de su propia vida, de su propio destino. Esto provenía de lo que para él era la clave del vivir: la capacidad de mirar los hechos tal como son, sin caer en la lástima por uno mismo, sin buscar causas, sin culpar a otros. Y de esta convicción acerca de la honradez, del afrontar los hechos –y de que nadie puede ayudarle a uno a afrontar los hechos–, nace la idea de que uno debe, como él dice, ser una luz para sí mismo y no depender de nada. No hay refugio posible, ni en Dios ni en ningún otro ser humano. El hombre no es un refugio para el hombre. Uno es su propio refugio: su propio maestro y su propio discípulo. Eso le da a uno a la vez coraje y cierta independencia, y lo libera de la lástima hacia sí mismo. Siempre creyó que la lástima por uno mismo era la puerta del infierno.

Durante la última visita de Krishnaji a la India experimenté en Rajghat el más intenso sentimiento de lo sagrado que jamás haya tenido. Sentí que la

santidad flotaba igual que un velo sobre el Ganges, emanando lo que yo percibí como una sensación de infinita ternura, unida a una claridad de visión: la mente estaba alerta y en completa calma; los ojos eran capaces de captar una distancia inmensa todo a su alrededor, y el corazón se derretía a cada instante. Había en mi interior una gran delicadeza, y era esa combinación de claridad y delicadeza lo que asocio con la santidad. Krishnaji se estaba muriendo, y su cuerpo estaba muy débil, pero parecía rezumar, irradiar una santidad que llenaba el mundo de Benarés. No he vuelto a sentir con semejante intensidad. Su cuerpo se encogía, y su fulgor manaba.¹⁰²



William Quinn ha hablado ya en este libro sobre la vida de Krishnamurti durante los años cuarenta. Ahora hace un resumen de sus sentimientos.

Pienso en él como el florecimiento del ser humano. Fue la persona más importante que ha aparecido en este mundo durante siglos, y gran parte de su belleza la constituía su humanidad. Quiero hacer hincapié en esto, porque hay tanta gente en el mundo que se empeña en idealizarlo, o incluso deificarlo; y eso fomenta la sensación de que hay una brecha insalvable entre nosotros y Krishnamurti, cuando en realidad creo que la trascendencia de su vida es la de ser un espejo cristalino que nos muestra lo que está latente en todos nosotros, lo que significa ser plenamente maduros, y no seres humanos mortinatos.



ANOTACIONES EN EL DIARIO DE EVELYNE BLAU (CONTINUACIÓN)

28 DE ENERO DE 1986

El camino hasta el hospital es una grata inmersión en la gloria. La hierba intensamente verde se extiende sobre la parte alta de Ojai. En los huertos, donde los árboles aún no tienen hojas, las flores doradas de la mostaza salpican la gran alfombra verde. Las montañas se elevan sobre el valle, austeras, quemadas por el reciente incendio, pero con una gran dignidad y sobria belleza. Al deslizarse una por la carretera serpenteante que baja hasta Santa Paula, el petróleo que se filtra desde las fuentes subterráneas yace negro sobre la tierra, formando charcos aquí y allá, o corriendo en pequeños regatos.

Al llegar al pie de la colina, hay que girar a la derecha y subir de nuevo para llegar al Memorial Hospital de Santa Paula. Después de aparcar el automóvil de cara al valle, se entra al hospital.

Erna y Theo Lilliefelt están en la sala de espera, junto con Mark Lee y Mary Cadogan. El doctor Parchure ha pasado allí la noche. Scott Forbes está pendiente casi en todo momento, y Mary Zimbalist prácticamente vive en el hospital. Aún no han ido a buscar a K para practicarle la biopsia. Mientras esperamos, oímos la noticia de la terrible explosión de la nave espacial Challenger poco después de su lanzamiento. Vemos las escenas de horror en el televisor en el mismo momento en que nos llegan las dolorosas noticias sobre los resultados de las pruebas de K.

Nos apiñamos en las instalaciones de la unidad de cuidados intensivos para escuchar algunos detalles de los análisis, que el doctor Deutsch, que es quien le atiende, nos explica.



«EN LOS HUERTOS, DONDE LOS ÁRBOLES AÚN NO TIENEN HOJAS, LAS FLORES DORADAS DE LA MOSTAZA SALPICAN LA GRAN ALFOMBRA VERDE. LAS MONTAÑAS SE ELEVAN SOBRE EL VALLE, AUSTERAS, QUEMADAS POR EL RECIENTE INCENDIO, PERO CON UNA GRAN DIGNIDAD Y SOBRIA BELLEZA.»
EVELYNE BLAU

No se pudo completar la biopsia debido al dolor que sintió K cuando la aguja chocó con una masa sólida situada en el hígado. Indirectamente la prueba sugiere, por tanto, que el problema se halla aquí, y que la masa es de carácter maligno, y no una posible inflamación como se había esperado. Los análisis de sangre indican la existencia de células cancerosas.

Se ha decidido que K regresará a casa el jueves o el viernes, y que allí seguirá recibiendo alimentación por vía intravenosa, ya que la posibilidad de deshidratación y malnutrición supone un riesgo mayor que la de una infección a causa de los tubos.

Salimos del área de cuidados intensivos y nos retiramos a la sala de espera. Se discute qué declaraciones deberían hacerse. Reconozco mi inclinación al sigilo, en un intento de poder expresar las cosas con la mayor cautela. Otros opinan que debería decirse toda la verdad, y el resultado es una declaración formulada por el doctor Parchure y otros. Estoy de acuerdo con la declaración final, y todos nos vamos.



DOCTOR T. PARCHURE MÉDICO PARTICULAR DE KRISHNAMURTI

28 DE ENERO DE 1986

Después de realizar todos los análisis posibles, las pruebas indican de una manera indirecta que hay depósitos cancerosos en el hígado. A Krishnamurti le queda poco tiempo de vida.

Será dado de alta en el hospital (el jueves o el viernes) y continuará recibiendo tratamiento en casa a fin de procurarle la mayor comodidad posible.



ANOTACIONES EN EL DIARIO DE EVELYNE BLAU (CONTINUACIÓN)

29 DE ENERO DE 1986

Mañana encapotada, con un ligero viento que zarandea los árboles. Olor a humedad, y la sensación de que una borrasca se aproxima. Pasado el mediodía empieza a llover, al principio suavemente, luego con fuerza. Llegado el atardecer, cae con ritmo uniforme, esta lluvia que tanto necesitan las colinas sedientas y que una siente más acorde con los tristes acontecimientos del día.

A las 3:30 voy a casa de Erna [Lilliefelt] a tomar el té. Ella y Mary Cadogan han redactado una nota necrológica —un borrador—. Suena bien; bastará con unas pequeñas correcciones.

¡Hay tantas cosas por revisar! Nos pasamos horas hablando. El Boletín —de nuevo—. Mary Cadogan lee algunas anotaciones que ha hecho; la declaración de Una tierra sin senderos debe incluirse. Mary Lutyens escribirá una breve memoria. Después de cenar en Arya Vihara vuelvo a casa. Erna, que no nos ha acompañado durante la cena, ha ido a recoger al doctor Parchure al hospital. Allí ha visto a K, y las noticias que trae son devastadoras.

Una última exploración ha hecho patente que se trata de un cáncer de páncreas. Hasta hoy pensábamos, erróneamente, que este órgano no estaba dañado. La masa detectada en el hígado es secundaria. Se ha producido una

metástasis. K está sufriendo mucho. Será trasladado a casa mañana, jueves, por la mañana, alrededor de las 10. [Al parecer, ha expresado su deseo de vernos a todos juntos. No sabemos cuándo será posible esto; es de esperar que a principios de la próxima semana, pues Pupul, Radhika y Asit llegarán el domingo.] Tengo que recoger a Dorothy Simmons, Jane Hammond –que se quedará conmigo en casa–, Mary Lutyens y su marido, Joseph Links, en el aeropuerto el viernes.

No hay más que decir. Es una aplastante sensación de pérdida el vernos privados de él. Su querida y noble presencia nos ha elevado a todos: nos ha hecho mejores de lo que somos. Su enseñanza es un reflector que ilumina los recovecos del cerebro y trae luz y claridad a la mente. Ha sido una bendición tener el privilegio de estar en su presencia y de haber recibido su enseñanza. Sólo podemos confiar en vivirla.

30 DE ENERO DE 1986

He preguntado si K volvería hoy del hospital. El día está tormentoso y llueve torrencialmente; han caído más de siete centímetros cúbicos durante la noche.

Llego a la oficina alrededor de las 10:30 para estar disponible si se me necesita.

Por el momento sigue en marcha el plan de gira cinematográfica de The Challenge of Change [El reto del cambio] por Seattle y Canadá. Este trabajo debe continuar a pesar de todo; quizá ahora sea más necesario que nunca. Me acerco a Pine Cottage por ver si puedo ser de ayuda. Mary Zimbalist me recibe con calidez y entramos en la habitación de K para asegurarnos de que la cama está adecuadamente dispuesta. Hay allí dos enfermeras, y todo está listo. Mark Lee ha estado ayudando a preparar la cama. Poco después llega la ambulancia; dos enfermeros bajan de ella y sacan la camilla. Llevamos cubiertas de plástico para tapar a K y protegerlo de la lluvia. Estoy de pie en la puerta, pero no me acerco más, pues no considero apropiado que haya demasiada gente. Scott, Mark, el doctor Parchure y Mary sujetan los paraguas en alto bajo el aguacero, que de pronto se convierte en lluvia torrencial. El pequeño cuerpo parece diminuto, envuelto en plástico; apenas se ve. K es introducido en la casa por la entrada que da a su habitación (la parte vieja de Pine Cottage) y acomodado allí. El doctor Parchure sale y me dice que K ha pasado una buena noche; ha dormido más de ocho horas seguidas. No hay duda de que estará más a gusto en casa que en el hospital, y eso es por sí mismo la mejor terapia.

Al cabo de un momento la tormenta parece desintegrarse, y una súbita explosión de Sol inunda la habitación con sus rayos de oro. El cielo se ha abierto, y las nubes se desplazan, se apartan. Sigue cayendo una lluvia fina a ratos, pero la tormenta parece alejarse. Los árboles resplandecen recién lavados.

DIARIO MÉDICO DEL DOCTOR DEUTSCH (CONTINUACIÓN)

31 DE ENERO DE 1986

La primera de una larga serie de visitas. Krishnaji estaba muy adormilado después del traslado. Al verlo comprendí que tendría que ir a visitarlo con frecuencia. Había 25 kilómetros desde Santa Paula a Ojai, y otros 30 de vuelta a casa, a Ventura. Afortunadamente los tres estaban situados en círculo, y pude parar en Ojai al terminar el trabajo, camino de casa. No obstante, era obvio que durante las próximas semanas, tal vez meses, tendría menos tiempo para estar con mi familia. Mi esposa, embarazada, y mis tres hijos siempre habían

sido comprensivos, después de haber vivido con un médico tantos años, pero ésta sería una auténtica prueba. Sabía que tendría que hacer malabarismos entre la consulta, mi familia y las visitas para no desatender a ninguna de ellas. Pero, como siempre, mi vida familiar sería la parte más afectada.

1 DE FEBRERO

K durmió maravillosamente después de tomar la medicación. Empecé a darle unos suplementos vitamínicos con la esperanza de mejorar su nivel de energía, y de hecho pareció estar lo bastante despierto como para mantener una conversación con dos patronos de la fundación india. Durante la charla su estado era extraordinariamente lúcido, y me pidió en aquellos momentos que redujera el tratamiento todo lo posible, y que evitara suministrarle cualquier medicación que no fuera absolutamente necesaria.

2 DE FEBRERO

K se sentía hoy con bastantes fuerzas y lucidez. Ha dormido la mayor parte de la noche sin ningún sedante artificial. Parecía que la medicación intravenosa le había procurado una buena hidratación, y pensé que debía de haberse abierto la obstrucción biliar. Su estado mental había mejorado, y se le animó a que hiciera algunas grabaciones. Se sentó y utilizó su grabadora. Me dijo que estaba bastante contento consigo mismo después de las visitas de sus amigos indios.

4 DE FEBRERO

K salió ayer al jardín, apoyado en un andador y con una persona a su lado. Meditó durante treinta minutos. Esta mañana ha pasado dos horas reunido con algunos patronos de las fundaciones y varios visitantes. Hemos hablado de su juventud, y de su deseo de no seguir vivo si no es ya capaz de continuar dando charlas y viajando. No obstante, afirma que, dado que de momento no tiene ningún dolor y se siente más fuerte, quiere seguir adelante. Me ha pedido que continúe atendiéndole. Lo llevamos a la sala de estar para que recibiera algunas visitas, y descansara en la gran habitación.

6 DE FEBRERO

K se sentía hoy muy débil, tras una larga sesión de visitas en la sala de estar. Los visitantes eran muchos; la gente lloraba y había un ambiente bastante emotivo. La casa de Krishnaji tenía una sala de estar magnífica, que era de hecho una "gran" estancia: abierta, con el techo a dos pisos de altura, vigas vistas y luz indirecta, toda ella blanca. El techo de madera y las paredes eran blancos, y había grandes ventanales con contraventanas. El suelo era de baldosas italianas blancas, y el mobiliario, de tonos suaves. La chimenea llegaba hasta el techo, y había magníficas estanterías y un equipo estereofónico. Cuando entré en aquella sala, sentí de inmediato como si hubiera entrado en algún tipo de templo sagrado. Era obvio que Krishnaji se sentía muy cómodo en ella, sentado delante del fuego escuchando música clásica. Me dijo que no podía «seguir de este modo, igual que un zombi». Le contesté que podíamos darle morfina para aliviar el dolor.

8 DE FEBRERO

K estaba cada día más débil; no era capaz ya de levantar los brazos, pero continuaba teniendo la mente excepcionalmente clara. Me hablaba sobre el actual estado del mundo, sobre la guerra y la superpoblación. Estaba contento

de que su misión hubiera terminado, y ahora sólo quería desvanecerse sin dolor. Declaró que no quería que se le mantuviera vivo por medios artificiales, que le gustaría únicamente morir en calma. Me dijo luego que dejaba en mis manos el seguir o no con la terapia intravenosa. Le pregunté específicamente sobre la posibilidad de acelerar su muerte; me respondió que no quería morir “artificialmente”, pero matizó que no quería sufrir. Después de esta conversación extremadamente intensa, empezó a contarme chistes. Me impresionó el hecho de que pudiera aligerar una situación con su sentido del humor.

9 DE FEBRERO

K sigue debilitándose. Lo llevamos a la sala de estar en silla de ruedas, y esto pareció elevarle el ánimo. Disfrutó escuchando la Novena Sinfonía de Beethoven delante del fuego. Conversamos sobre su niñez, sobre sus días de “brahmán”.

11 DE FEBRERO

K pasa ahora entre ocho y nueve horas al día en la sala, contemplando el fuego, echado en el sofá. Habla con menos frecuencia, y Mary me ha explicado que su proceso de pensamiento no es tan lúcido como antes. Después de verlo hoy, siento que está mucho más débil y que sus deseos de hablar son menores. Parecía escuchar y observar mientras otros hablaban. Contó un chiste sobre actores, y me sorprendió que tuviera aún aquel gran sentido del humor. Hemos mantenido una interesante charla sobre medicina homeopática y la cura del cáncer practicada por curanderos. K repetía una y otra vez: «Todo ello, con ciertas reservas». Le pregunté específicamente sobre la cura del cáncer, y me dijo que en ningún caso se sometería actualmente a quimioterapia ni a ninguna otra clase de tratamiento. Dispuse lo necesario para que un enfermero se quedara en la casa con él permanentemente. En aquellos momentos ya no dudaba de que la vida de este hombre magnífico estaba llegando a su fin, y quería procurarle un alivio total.

12 DE FEBRERO

He discutido largamente con K qué hacer respecto a su tratamiento médico. Ha declarado que quiere morir, y creo que su estado mental era lúcido cuando lo decía. Ha declarado que no quiere que se intervenga en el curso de la enfermedad, aunque permitirá que mantengamos el statu quo, siendo el aspecto prioritario la comodidad física.

14 DE FEBRERO

K ha tenido más dolor a última hora de la tarde. Hoy me ha contado muchas historias sobre animales. Una vez, mientras meditaba en la India, un mono se sentó a su lado y le tendió la mano. Contaba que nunca había tocado una mano más hermosa. Me ha hablado de un tigre de Bengala al que una vez le siguió la pista en Nepal; era, dijo, el animal más asombroso, más magnífico que hubiera visto. Después le he preguntado si meditaba mientras estaba tendido en la cama; ha respondido que sí, y me ha explicado el origen de la palabra “meditar”. El término viene de la palabra griega “medir”. Cuando uno medita, no debería medir la realidad o compararla con una vida o un nivel más elevados. Pensar esto es un desgaste de energía, y el sentido de la meditación es preservar la energía, no consumirla. Luego habló del famoso fotógrafo de la naturaleza Ansel



Adams, del Parque Nacional de Yosemite, y de las hermosas montañas a las que había subido; su cordillera favorita era el Himalaya. Mientras hablamos, en Ojai se ha desatado una tormenta, y sugiero que se traigan a la casa varios generadores eléctricos a fin de contar con una fuente auxiliar de energía para el sistema de bombeo intravenoso y los calefactores.

AL DORSO: LA ÚLTIMA
CHARLA, MADRÁS, LA INDIA,
4 DE ENERO DE 1986.

15 DE FEBRERO

*K durmió bien durante la noche con ayuda de medicación. Al despertarse, la fiebre rayaba los 39°. Hace unos días le pregunté si le gustaba ir al cine, y para gran sorpresa mía me dijo que le gustaban los western de Clint Eastwood. Me quedé atónito, pensando en los tiroteos y la violencia, pero él me explicó que le encantaba contemplar los paisajes, que el romanticismo o el carácter sádico de la película no le interesan. Así que hoy le había traído mi colección de vídeos de Clint Eastwood, y vio dos horas de *The Outlaw Josey Wales* [El fuera de la ley]. Miraba con los ojos muy abiertos, disfrutando, pero pareció cansarse hacia el final de la película, y quiso dormir. Hoy las fuerzas no le acompañaban, y tembló durante unos minutos a causa de la fiebre. Se le pusieron compresas frías. Había hablado anteriormente de Yosemite, de modo que traje también algunas diapositivas de las secuoyas gigantes y las cataratas que tomé en mis últimas vacaciones. Parecieron gustarle, y luego durmió el resto de la mañana. Cuando estaba a punto de irme, me entregó una preciosa bufanda de seda india, hecha a mano, que él había llevado previamente alrededor del cuello. Me habló de Pupul, que había estado a cargo de toda la industria textil de la India. Hablé con ella y su sobrino Asit sobre el pronóstico de K. Pupul regresará a la India mañana a primera hora. Le he asegurado que procuraré a K el mayor bienestar posible. Me ha preguntado: «¿Cuánto tiempo?», y he contestado que unos días, aunque tal vez menos. Parecía satisfecha con las atenciones que se dispensaban a K y con mi respuesta. Asit me ofreció entonces su libro de fotografías recién publicado, con una dedicatoria bellamente escrita agradeciéndome todos mis cuidados.*

16 DE FEBRERO

El dolor comenzó por la mañana temprano. Para el mediodía había sido necesario suministrarle una considerable dosis de medicación. A última hora de la tarde, los períodos de sueño le asaltaban intermitentemente. Cuando el dolor era más intenso, K parecía experimentar los momentos de mayor lucidez. Dijo que no quería seguir así. Comprendí que no sería capaz de soportar un día más de dolor; me preocupaba su sufrimiento, pues le había prometido que no volvería a sufrir. Sentía una gran frustración; quería seguir a su lado, y a la vez tenía la sensación de estar desatendiendo a mi familia al pasar tanto tiempo junto a la cabecera de K. Se conmemoraba el día del nacimiento de Washington, y era el primer fin de semana libre que había tenido yo desde hacía mucho. Mi esposa estaba embarazada de seis meses, cuidando de los tres niños, y sentí también la necesidad de estar con ella. Sin embargo, ella se mostró muy comprensiva, y a las 9:30 de la noche del domingo me acerqué a Ojai, pues tuve la impresión de que aquél sería probablemente el último día que Krishnamurti estaría con nosotros. Cuando llegué, había entrado en un coma profundo, a pesar de haberse suspendido la medicación para el dolor. Estaba tranquilo y su respiración pareció ralentizarse. Me maravillaba la fortaleza de Krishnamurti, que yo atribuía a la meticulosa atención que este hombre había dispensado

a su cuerpo. Me pareció que ahora no padecía ya ningún dolor, pese a que su respiración y su pulso eran cada vez más lentos. Envié a Patrick, el enfermero, a la cocina a buscar a Mary, pues sabía que ella querría estar junto a él en los últimos momentos. K dejó de respirar cuando pasaban seis minutos de la media noche, y su último latido se detectó a los diez minutos y quince segundos de la madrugada del 17 de febrero de 1986. Le cerré los ojos suavemente. Antes de que me fuera, Scott [Forbes] me dio las gracias, y dijo algo que siempre recordaré: «Krishnaji le ha tomado especial aprecio, como si quisiera hacer de usted su último estudiante».

17 DE FEBRERO

Krishnaji fue un gran maestro y al final aprendí mucho de él. Cuanto más lo iba conociendo, iba siendo menos mi paciente y más mi amigo. Nunca olvidaré esta experiencia, como médico y como amigo suyo. Después de su muerte, tuve el deseo de conocer a este hombre en un sentido más profundo. Me sentí afortunado de haberlo conocido, y continuaré educándome a través de sus escritos.¹⁰³

ADENDA

Han pasado ocho años desde la muerte de Krishnamurti. Mientras leo aquí sentado las anotaciones del informe médico, reflexiono sobre la experiencia de haber conocido a este hombre maravilloso y a sus seguidores. Desde su muerte he ido a su biblioteca varias veces y he leído y releído sus enseñanzas. Sigo viendo a Mary, como paciente y como amiga, y ella me mantiene al corriente de lo que acontece en la Fundación Krishnamurti. El escribir estas líneas me ofrece la dichosa oportunidad de recordar los sentimientos que tuve durante aquel breve período; estaré eternamente agradecido por el privilegio de haber conocido y cuidado a un individuo de tal dulzura y profundidad a la vez. Su recuerdo y sus enseñanzas vivirán en mi mente y en mi corazón para siempre. El haberlo conocido me ha hecho mejor persona.

¡GRACIAS, SEÑOR!

Quienquiera que seas, lo que quiera que seas:
gracias por haber tocado mi vida.
Mucho más raro, más singular, más espléndido
que el cometa Haley,
más parecido al Sol, a la Luna y a todas las estrellas
hechas una
es tan glorioso acontecimiento.

Quizá no pueda sostener y pronunciar:
«Sí, he cambiado,
me he transformado desde la raíz,
la fuente de mi ser,
de mi conciencia».

Pero gracias por haber tocado mi vida
con tu presencia,
con tu sonrisa, tu risa,
con tu amistad
que no era sino puro amor y compasión.
¡Gracias por haber tocado mi vida!

Y las enseñanzas:
majestuosas, impersonales, luminosas como las estrellas,
un faro para toda la humanidad,
para incontables años por venir.
¡Gracias, señor!

MICHAEL KROHNEN
CAZOULS D'HERAULT, FRANCIA

En un mundo aparentemente irracional, que a menudo se nos antoja aleatorio y carente de significado, quizá nos preguntemos si una sola vida puede importar algo.

En medio del tumulto de los cien últimos años, escenario de una ferocidad sin precedentes en la historia de la humanidad, la vida de Krishnamurti nos muestra que puede haber inteligencia, compasión, gran amor y cordura en un mundo que ha perdido el rumbo.

El trabajo de Krishnamurti no terminó en 1986, con su muerte. Se extiende a los años por venir. Aquellas personas dispuestas a explorar, a inquirir y a observarse a sí mismas encontrarán en Krishnamurti a un compañero. Sus numerosos libros, cintas de audio y de vídeo y sus películas invitan al estudio y a la reflexión, aunque sin perder nunca de vista aquellas palabras suyas: «Usted es el profesor, el alumno y la enseñanza», y «usted es el libro de la vida». Teniendo esto presente, podemos decir que Krishnamurti continúa a nuestro lado, un amigo en nuestro ininterrumpido diálogo. Jamás de forma teórica o abstracta, sino refiriéndose siempre a “lo que es”, él lo cuestionó todo constantemente, ensanchando las fronteras del pensamiento. Si hubo una máxima en su vida, fue la de que él *no* era una autoridad; convertirlo en ella sería distorsionar por entero sus enseñanzas. Desde su declaración de independencia en 1929 hasta su muerte, el suyo fue un canto de libertad. Tal vez otros quisieron erigirlo en autoridad, en sentido “espiritual”, pero él rehusó ocupar ese lugar, hizo caso omiso de ello.

Es posible que haya en este libro, narrados por testigos de acontecimientos extraordinarios, elementos que parezcan incomprensibles, desconcertantes para nuestra forma de pensar lineal, racional. Pero no nos demoremos demasiado en esa parte de la historia: no podemos conocerla. Mejor sigamos adelante: el momento presente nos espera.

EVELYNE BLAU, 1995

NOTAS

1. Existen diecisiete charlas y libros donde se cita la frase «El primer paso es el último paso». Al parecer, la primera vez que Krishnamurti la usó fue el 20 de febrero de 1955 en su segunda charla pública de Bombay, la India.
2. De los archivos de la Sociedad Teosófica, Adyar, Madrás.
3. *Ibidem*.
4. La autora agradece a las biógrafas de Krishnamurti Mary Lutyens y Pupul Jayakar el relato de estos hechos.
5. Del guión cinematográfico *Krishnamurti: El reto del cambio*, dirigido por Michael Mendizza y producido por Evelyne Blau, Ojai, California, Krishnamurti Foundation of America, 1984.
6. Besant, Annie, conferencia en el Queen's Hall, Londres, 1911.
7. La búsqueda del maestro del mundo estaba entonces en marcha, pues el joven Hubert van Hook ya había sido elegido. Su sustitución por Krishnamurti debió de ser para él un terrible desengaño.
8. Krishnamurti, J., relato grabado en Ojai California, el 9 de enero de 1972, en presencia de los síndicos de la Fundación Krishnamurti de América.
9. Conversación: Russell Balfour Clarke y Evelyne Blau. Adyar, la India, 1979.
10. Clarke, Russell Balfour. *La infancia de Krishnamurti*, Bombay: Chetana, 1977.
11. Lutyens, Mary. *Los años del despertar*, Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, Inc., 1975.
12. Krishnamurti, J., relato grabado en Ojai, California, el 9 de enero de 1972.
13. Carta: Krishnamurti a Annie Besant, 12 de enero de 1910, Archivos de Adyar.
14. Entrevista: Russell Balfour Clarke y Evelyne Blau, Adyar, la India, 1979.
15. Leadbeater, C.W. *Los Maestros y el Sendero*, Adyar, Madrás: Compañía de publicaciones teosóficas, 1925.
16. Krishnamurti, J. *A los pies del maestro*, prólogo de Annie Besant, Adyar, Madrás: Compañía de publicaciones teosóficas, 1910.
17. *El Boletín de Adyar*, diciembre de 1911.
18. *Ibidem*, junio de 1912.
19. Lutyens, Emily. *Candles in the sun*, Philadelphia: J.B. Lippencott, 1957.
20. Krishnamurti, J., relato grabado en Ojai, California, el 9 de enero de 1972.
21. Carta: C.W. Leadbeater a Fabrizio Ruspoli, Archivos de Adyar, Madrás, 31 de diciembre de 1911.
22. Krishnamurti, J., discurso en la Primera Conferencia Internacional de la Orden de la Estrella de Oriente, en Tavistock Square, 19, Londres. *El Herald de la Estrella*, 25 de octubre de 1913.
23. Conversación: Russell Balfour Clarke y Evelyne Blau, Adyar, Madrás, 1978.
24. Krishnamurti, J., relato grabado en Ojai, California, el 9 de enero de 1972.
25. Ilustración y pasaje del folleto *Estrella*, Hollywood, California: la Orden de la Estrella de Oriente, 1923.
26. Carta: Jiddu Nityananda a Annie Besant, Archivos de la Krishnamurti Foundation of América, Ojai, California, 17 de agosto de 1922.
27. Véanse también los relatos del libro de Pupul Jayakar *Krishnamurti: una biografía*, San Francisco: Harper and Row, 1986, y de *Krishnamurti: los años del despertar*, de Mary Lutyens, Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, Inc., 1975.
28. Archivos de la Krishnamurti Foundation of America, Ojai, California, 17 de agosto de 1922.
29. Conferencia: Annie Besant, Campamento de la Estrella en Ommen, 11 de agosto de 1925, reimpresso en *El Herald de la Estrella* de septiembre de 1925.

30. Archivos de la Krishnamurti Foundation of America. Ojai, California.
31. Clarke, Russell Balfour. *La infancia de Krishnamurti*, Bombay: Chetana, 1977.
32. Besterman, Theodore. *Mrs. Annie Besant: profeta moderna*, Londres: Kegan Paul, Trench, Trubner & Co. Ltd., 1934.
33. Entrevista: Phillip van Pallandt y Evelyne Blau, De Weezenladen Hospital, Zwolle, Países Bajos, 9 de septiembre de 1978.
34. Conferencia de la Orden de la Estrella de Oriente, Hotel Sherman, Chicago, 1927.
35. Conversación: Helen Nearing y Evelyne Blau, Murietta Hot Springs, California, 1989.
36. Conversación: Sidney Field y Evelyne Blau, Los Ángeles, 7 de abril de 1987.
37. Larsen, Stephen. De *Fuego en la mente: la vida de Joseph Campbell*, Copyright © 1991 por Stephen y Robin Larsen. Utilizado con permiso de Doubleday, sección de Bantam Doubleday Dell Publishing Group, Inc.
38. Reimpreso en *El Boletín de la Estrella*, Ommen, Holanda: Star Publishing Trust, abril de 1928.
39. Conversación: Jiddu Krishnamurti y Leopold Stokowski, *El Boletín de la Estrella*, Eerde, Ommen: Star Publishing Trust, mayo de 1929.
40. Reunión de organizadores nacionales, Ommen, Holanda, 1928.
41. Entrevista para la película *Krishnamurti: la mente silenciosa*, Nueva York: Mystic Fire Video, 1989.
42. Para quienes están familiarizados con la obra de Krishnamurti, Mary Lutyens no necesita presentación. Como distinguida biógrafa de Krishnamurti ha contribuido notablemente a ampliar el conocimiento sobre este hombre, al que ella conoció a los tres años. A través de sus escritos es posible tener una comprensión directa de esa vida extraordinaria.
43. Besant, Annie y Theodore Besterman. Londres: Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Ltd. 1934.
44. Conversación: Beatrice Wood y Evelyne Blau, Ojai, California, 30 de octubre de 1993.
45. Conversación: Harry Wolfe y Evelyne Blau, Los Ángeles, California, 18 de febrero de 1985.
46. Boletín informativo, número 3, Ommen, Holanda: Star Publishing Trust, julio de 1934
47. Jeffers, Robinson. *Rock and Hawk, A Selection of Shorter Poems*, Robert Haas, ed., Nueva York: Random House, 1987.
48. Landau, Rom. *God is My Adventure*, Londres: Ivor Nicholson and Watson Ltd., 1935 [*Dios es mi aventura*].
49. Archivos de la Fundación Krishnamurti, ed., *Collected Works of J Krishnamurti: Volume II*, Dubuque, Iowa: Kendall Hunt, 1991, págs.154-155 de la Primera charla de Montevideo, Uruguay, 21 de junio de 1935 [*Obras Completas de J. Krishnamurti: Volumen II*, Editorial Kier, 1994].
50. *Ibidem*, pág. 132 de Preguntas y respuestas, Río de Janeiro, Brasil, 17 de abril de 1935.
51. *Ibidem*, pág. 139 de Preguntas y respuestas, Santiago de Chile, 7 de septiembre de 1935.
52. Loos, Anita. *Fate Keeps on Happening*, Nueva York: Dodd Mead, 1984.
53. Krishnamurti, J. *The First and Last Freedom*, con introducción de Aldous Huxley, Nueva York: Harper and Row, 1954. [*La libertad primera y última*, Editorial Kairos, 1996].
54. Conversación: Lex Muller y Evelyne Blau, Enschede University, Países Bajos, 8 de septiembre de 1978.
55. Carta de Phillip van Pallandt, Eerde, Ommen, Holanda, 10 de junio de 1945.
56. Conversación: Sidney Field y Evelyne Blau, Los Ángeles, California, 7 de abril de 1987.

57. Entrevista para la película *Krishnamurti: la mente silenciosa*. Conversación, 1994.
58. Entrevista para la película *Krishnamurti: la mente silenciosa*.
59. Chari, Ahalya. *Krishnamurti at Rajghat*, la India: Fundación Krishnamurti de la India, 1993.
60. Para un relato más amplio, véase *Krishnamurti: A Biography*, de Pupul Jayakar, Nueva York: Harper and Row, 1986.
61. Conversación: Pupul Jayakar y Evelyne Blau, Rishi Valley, la India, 8 de diciembre de 1978.
62. De una charla a las mujeres de la India con ocasión de la reunión anual de la Women's Indian Association, Madrás, la India, 1928.
63. Krishnamurti, J., *Commentaries On Living*, Third Series, Londres: Victor Gollancz Ltd., pág. 32-33, 1960. [Comentarios sobre el vivir, Tomo III, Editorial Kairós, 2006].
64. Entrevista para el documental *Krishnamurti: la mente silenciosa*.
65. *Ibidem*.
66. *Ibidem*.
67. Smith, Ingram. *Truth is a Pathless Land, A Journey with Krishnamurti*, Wheaton, Illinois: Quest Books, Theosophical Publishing House, 1989.
68. Entrevista para la película *Krishnamurti: la mente silenciosa*.
69. *Ibidem*.
70. *Ibidem*.
71. Albert, David Z. «Bohm's Alternative to Quantum Mechanics», *Scientific American*, vol. 270, n.º-5, mayo, 1994.
72. Conversación: David Bohm y Evelyne Blau, Brockwood Park, 2 de septiembre de 1978.
73. Entrevista para la película *Krishnamurti: la mente silenciosa*.
74. Conversación: Asha Lee y Evelyne Blau, Ojai, California, 6 de diciembre de 1987.
75. Krishnamurti J., *Think on These Things*, Nueva York: Harper and Row, 1964, págs. 62-63. [El propósito de la educación, Editorial Errepar. *Pensando en esas cosas*, Editorial Colina].
76. Conversación: Erna Liliefelt y Evelyne Blau, Ojai, California, 12 de junio de 1992.
77. *Boletín* n.º 3, Ojai, California: Krishnamurti Foundation Trust, verano de 1969.
78. Conversación: Giddu Narayanan y Evelyne Blau, Rishi Valley, la India.
79. Shainberg, David, *Boletín* n.º 26, Ojai, California: Krishnamurti Foundation of America, verano de 1975.
80. Miller, Henry. *The Books in My Life*, London: Village Press, 1974
81. Lee, R.E. Mark. «Do Teachers Have the Feeling of Unlimited Energy?» [¿Tienen los profesores el sentimiento de energía ilimitada?], (escrito expresamente para *Krishnamurti: 100 años*), 1994.
82. Krishnamurti, J. *Talks with American Students*, Boulder, Colorado: Shamballa, 1970, págs. 178-180 [Conversaciones con estudiantes, Editorial Sirio, 2001].
83. Entrevista para la película *Krishnamurti: la mente silenciosa*.
84. Segunda charla pública, San Diego, California, 6 de abril, 1970.
85. *The Role of a Flower*, Inglaterra: Krishnamurti Foundation Trust, programa televisivo de 30 minutos, 1985.
86. Brockwood Park, Sesión de preguntas y respuestas, 28 de agosto de 1984. Inglaterra, Krishnamurti Foundation Trust, 1984.
87. *The Star Bulletin* [El Boletín de la Estrella], septiembre de 1929, pág. 28. Véase también la interesante versión que aparece en el libro *Krishnamurti to Himself*, págs. 86-87. Anotación correspondiente al sábado, 23 de abril de 1983 [El último diario, Editorial Kairós, 1998].
88. Ojai, California, Cuarta charla, 19 de mayo de 1985.

89. Krishnamurti, J. *The Network of Thought*, Nueva York: Harper and Row, 1982, pág. 99 [La madeja del pensamiento].
90. Kishbaugh, Alan. «Krishnamurti and the Gift of Freedom», (escrito expresamente para *Krishnamurti: 100 años*), 1994.
91. Maroger, Jean Michel. «Krishnamurti; A Fundamental Discovery», (escrito expresamente para *Krishnamurti: 100 años*), Pontlevoy, Francia, 1994.
92. Anderson, Alan W. «On Krishnamurti's Teaching: An Ongoing Personal Response», (escrito expresamente para *Krishnamurti: 100 años*), La Jolla, California, 1994.
93. Colet, Robert. «Krishnamurti: The Spiritual Force Behind Bruce Lee», *Inside Kung Fu*, Burbank, California: C.F. Enterprises, 1986.
94. Entrevista para la película *Krishnamurti: la mente silenciosa*.
95. Hobson, Lois M. «Seek and Ye Shall Find: An Encounter with J. Krishnamurti», escrito expresamente para este libro, 1994.
96. Conversación: Sarjit Siddoo y Evelyne Blau, Vancouver, Canadá, 18 de febrero de 1986.
97. Entrevista para la película *Krishnamurti: la mente silenciosa*.
98. Conversación: Mary Zimbalist y Evelyne Blau, Ojai, California, 24 de abril de 1992.
99. Penúltima charla de Krishnamurti, Madrás, la India, 1 de enero de 1986.
100. Entrevista para la película *Krishnamurti: la mente silenciosa*.
101. *Ibidem*.
102. *Ibidem*.
103. Deutsch, Gary M. «My Thoughts on Krishnaji: Notes from a Medical Journal», 1985-1986.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE KRISHNAMURTI

- At the Feet of the Master*. Adyar, Madrás, la India: Theosophical Publishing House, 1910 [A los pies del maestro, Editorial Sirio].
- Herald of the Star* [*Heraldo de la Estrella*], publicación trimestral, más tarde mensual. Londres:1913-1927.
- The Server*. Hollywood: Krotona, 1920-1927.
- Life in Freedom*. Nueva York: Horace Liveright, 1928.
- International Star Bulletin* [*Boletín Internacional de la Estrella*]. Zwolle: Star Publishing Trust, 1928-1931.
- Star Bulletin* [*Boletín de la Estrella*]. Ommen, Holanda: Star Publishing Trust, 1932-1933.
- Education and the Significance of Life*. Nueva York: Harper and Row, 1953 [*La educación y el significado de la vida*, Editorial EDAF, 2007].
- The First and Last Freedom*. Nueva York: Harper and Row, 1954 [*La libertad primera y última*, Editorial Kairós; *La llibertat primera i última*, Editorial Pagès].
- Commentaries on Living*, tres series. Nueva York: Harper and Row, 1956, 1959, 1960. [*Comentarios sobre el vivir*, Editorial Kairós, 2006].
- Think on These Things*. Nueva York: Harper and Row, 1964 [*El propósito de la educación*, próxima publicación].
- Freedom from the Known*. Nueva York: Harper and Row, 1969 [*Libérese del pasado*, próxima publicación].
- The Only Revolution*. Nueva York: Harper and Row, 1970 [*La verdadera revolución*, Editorial Kairós].
- The Urgency of Change*. Nueva York: Harper and Row, 1970 [*Urge un cambio psicológico*, próxima publicación].
- The Flight of the Eagle*. Nueva York: Harper and Row, 1971 [*El vuelo del águila*, Editorial Kairós].
- The Impossible Question*. Nueva York: Harper and Row, 1972 [*La pregunta imposible*].
- You Are the World*. Nueva York: Harper and Row, 1972 [*Usted es el mundo*, Editorial EDAF, 2006].
- The Awakening of Intelligence*. Nueva York: Harper and Row, 1973 [*El despertar de la inteligencia*, tres volúmenes: I - *La raíz del conflicto*, II - *La persecución del placer*, III - *La conciencia fragmentada*, Editorial Sirio, 2000].
- Beyond Violence*. Nueva York: Harper and Row, 1973 [*Más allá de la violencia*, Editorial Kairós, 2007].
- Krishnamurti's Notebook*. Nueva York: Harper and Row, 1976 [*Diario I y II*, Editorial Kairós, 1999].
- Truth and Actuality*. Nueva York: Harper and Row, 1978 [*Verdad y realidad*, Editorial Kairós, 2003].
- The Network of Thought*. Nueva York: Harper and Row, 1982 [*La madeja del pensamiento*, Editorial EDAF, 2006].
- The Ending of Time*, en colaboración con David Bohm. San Francisco: Harper and Row, 1985 [*Más allá del tiempo*, Editorial Kairós, 1996].
- The Collected Works of J. Krishnamurti*, diecisiete volúmenes, 1933-1967. Dubuque, Iowa: Kendall-Hunt Publishing Co., 1991 [*Obras completas*, tomos I-VI, Editorial Kier].
- A Wholly Different Way of Living*. Londres: Victor Gollancz, Ltd., 1991 [*Una manera completamente distinta de vivir*, Editorial Kier, 1994].

LIBROS DE POESÍA

- Come Away*. Nueva York: Boni & Liveright, 1927.
The Search. Nueva York: Boni & Liveright, 1927.
The Immortal Friend. Nueva York: Boni & Liveright, 1928 [*El amigo inmortal*, Editorial Sirio].
The Song of Life. Nueva York: Horace Liveright Inc., 1931.

LIBROS DE OTROS AUTORES

- Arundale, George. *Thoughts on At the Feet of the Master*. Adyar, Madrás, la India: Theosophical Publishing House, 1919.
 Besant, Annie. *Annie Besant: An Autobiography*. Londres: T. Fisher Unwin, Ltd., 1893.
 —. *The Immediate Future: Annie Besant 1911 Lectures*, Queens Hall, Londres. Chicago: Rajput Press, 1911.
 Besterman, Theodore. *Mrs. Annie Besant: A Modern Prophet*. Londres: Kegan Paul Trench, Trubner & Co. Ltd., 1934.
 Blavatsky, H.P. *The Secret Doctrine*. Londres: Theosophical Publishing Company, 1888 [*La doctrina secreta*].
 Bragdon, Claude. *More Lives than One*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1938.
 Chandmal, Asit. *1000 Moons: Krishnamurti at 85*. Nueva York: Abrams, 1985.
 Chari, Abalya. *Krishnamurti at Rajghat*. Madrás: Krishnamurti Foundation India, 1993.
 Clarke, Russell Balfour. *The Boyhood of J. Krishnamurti*. Bombay: Chetana, 1977.
 Field, Sidney. *Krishnamurti: The Reluctant Messiah*. Nueva York: Paragon House, 1989 [*El cantor y la canción*].
 Holroyd, Stuart. *Krishnamurti: The Man, the Mystery, and the Message*. Shaftsbury, Dorset: Element, 1991, [*Krishnamurti: el hombre, el misterio y el mensaje*, Ediciones Temas de Hoy, S.A., Madrid, 1993].
 —. *The Quest of the Quiet Mind: The Philosophy of Krishnamurti*. Wellingborough, Northamptonshire: The Aquarian Press, 1980.
 Jayakar, Pupul. *Indira Gandhi*. Nueva Delhi: Viking India, 1992.
 —. *Krishnamurti: A Biography*. Nueva York: Harper and Row, 1986.
 Landau, Rom. *God Is My Adventure*. Londres, Ivor, Watson, Nicholson, 1935.
 Leadbeater, C.W. *The Lives of Alcyone*, volúmenes I y II. Adyar, Madrás, la India: Theosophical Publishing House, 1924.
 —. *The Masters and the Path*. Adyar, Madrás, la India: Theosophical Publishing House, 1925.
 Lee, Bruce. *The Tao of Jeet Kune Do*. Santa Clarita, California: Ohara Publications, Inc., 1975.
 Lutyens, Emily. *Candles in the Sun*. Filadelfia: J.B. Lippencott, 1957.
 Lutyens, Mary. *Krishnamurti: The Open Door*. Londres: John Muray, 1988 [*K: la puerta abierta*, Editorial Kairós, 2005].
 —. *Krishnamurti: The Years of Awakening*. Nueva York: Farrar, Starus & Giroux, 1975 [*K: los años del despertar*, Editorial Kairós, 2005].
 —. *Krishnamurti: The Years of Fulfillment*. Nueva York: Farrar, Starus & Giroux, 1983 [*K: los años de plenitud*, Editorial Kairós, 2005].
 —. *The Life and Death of Krishnamurti*. Londres: John Murray, 1990 [*Vida y muerte de Krishnamurti*, Editorial Kairós, 2006].
 Meade, Marion. *Mme. Blavatsky: The Woman Behind the Myth*. Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1980.
 Murphet, Howard. *Hammer on the Mountain: The Life of Henry Steel Olcott*. Wheaton, Illinois: Quest Books, 1972.
 —. *When Daylight Comes: A Biography of Helena Petrovna Blavatsky*. Wheaton, Illinois: Quest Books, 1972.
 Nearing, Helen. *Loving and Leaving the Good Life*. Vermont: Chelsea Green Publishing Co., 1992.

- Nethercot, Arthur H. *The First Five Lives of Annie Besant*. Chicago: University of Chicago Press, 1963.
- . *The Last Four Lives of Annie Besant*. Chicago: University of Chicago Press, 1963.
- Pavri, P. *The Coming World Teacher*. Adyar, Madrás, la India: Indian Star Headquarters, 1923.
- Taylor, Anne. *Annie Besant*. Oxford, Inglaterra: Oxford University Press, 1992.
- Watchmeister, Constance. *Reminiscences of H.P. Blavatsky*. Wheaton, Illinois: Theosophical Publishing House, 1976.
- Weeraperuma, S. *A Bibliography of the Life and Teachings of J. Krishnamurti*. Leiden: E.J. Brill, 1974.
- Williams, Gertrude Marvin. *The Passionate Pilgrim*. Nueva York: McCann, 1931.
- . *Priestess of the Occult*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1946.

ÍNDICE

- A los pies del maestro* (Krishnamurti), 37, 79, 166, 167
abandono, muerte como, 277
Acosta, Julio, 79
Adams, Ansel, 290
afecto, 174-75, 271
agresividad, 263
amistad, 105
 amor, 128-29, 271
 ausencia del "yo" en el, 219
 cultivar el, 218
 liberación y, 140
 observador, observado y, 218
 odio y, 194
 paz como camino hacia el, 137
 pensamiento y destrucción del, 168
 psicoanálisis y, 140
analítico, método,
 y enseñanzas de Krishnamurti, 98-99
Anderson, Alan W., 241-44
Androcles y el león (B. Shaw), 122-23
Antroposofía, 40
árboles, amor por los, 254
Arcos, Tomás Povedano de, 78
Arquímedes, 182
arte,
 autoridad y, 89-90
 de escuchar y aprender, 217
 medios de expresión en el, 87
 modelo o criterio de belleza en el, 89-90
 naturaleza frente al, 265
Arundale, George, 41-42, 43, 56-57, 61, 109
atención,
 concentración y, 241
 como negación, 242-43
autoengaño, autoridad como forma de, 187
autoridad,
 arte y, 89-90
 como autoengaño, 187
 búsqueda de, 97-98
 espiritual, 104-05, 161
 de la religión, 125
 verdad y, 73
 ver también organizaciones;
Bach, Johann Sebastian, 265
Bal Anand, escuela, 167
Balasundaram (director escuela), 192
Barrymore, John, 77-78
beatnik, generación, 141
Beethoven, Ludwig van, 265, 288
belleza, 81
 en el arte, 89-90
Besant, Annie, 23-25, 27, 28, 32-33, 37-38, 39-41, 43, 45, 46, 49, 52, 55, 56-57, 61-62, 64, 67, 70, 74-75, 94-95, 99-101, 109, 114, 123, 124, 146, 148, 150, 166
 actividades políticas de, 96-97
 primer encuentro con Krishnamurti, 32
 relación de Krishnamurti con, 74
Besant, Frank, 24
Besterman, Theodore, 110-11
Bhave, Vinoba, 164
Bhoodan, movimiento, 164
Biascoechea, Enrique, 244-45
Biascoechea, Isabel, 245
Blau, Evelynne, 280-81, 284-86, 293
Blavatsky, Helena Petrovna, 23-25, 27, 64, 109, 166
Bohm, David, 177-87, 188, 190, 210, 259
Bohm, Saral, 179
Bohr, Nils, 178
Bolgar, Hedda, 96-101, 281
Bourdelle, Antoine, 84, 86
Boyar, Angel Patrick, 224-29
Brockwood Park Education Center, 173-75, 200, 219
Buchenwald, campo de concentración de, 132
Buda, 77-78, 99, 155, 159, 161, 184, 190, 192-93, 202, 249-50
budismo, 25, 184, 235, 249-50, 263
Burton, Jack, 64

Cadogan, Mary, 167, 169-72, 204, 284, 285
Campbell, Joseph, 84-85
católica, iglesia, 78-79, 124
celos, 112-13
Central Hindu College, 25
Chandmal, Asit, 278-80, 286, 290
Chaplin, Charlie, 127-28
Chari, Ahalya, 141, 146-49
Chesterton, G.K., 262
chicanos, 225-26
chistes, 231-32
Chopra, Deepak, 258
Churchill, Winston, 131
ciencia,
 como conocimiento, 135
 de la física cuántica, 177-87
 formulaciones de la, 136
 misticismo y, 189-90
Ciudadano Tom Paine (Fast), 188
Clarke, Russell Balfour, 28-33, 37, 43-44, 62
colectividad, libertad, felicidad y, 88
Colell, Juan, 244-45
Colet, Robert, 246-48
Colón, Alfonso, 244
Come Away (Krishnamurti), 81
Comentarios sobre el vivir (Krishnamurti), 179
Comité de actividades antiamericanas, 177
compasión, 91, 162
competitividad, 263
comprensión,
 en el presente, 202
 ver también conocimiento; darse cuenta;
 mente; pensamiento; verdad;
concentración, atención y, 241
conciencia,
 colectiva de la humanidad, 162-63
 entidades diferenciadas dentro de la, 185
 flujo de, 178

- Congreso de la Estrella, 61-62
- conocimiento,
 búsqueda de, 76
 ciencia como, 135
 compartir el, 227-28
 como descubrimiento de la ignorancia, 228
 de Dios, 126
 instantaneidad del, 121
 y limitación del pensamiento, 266
 mente, darse cuenta y, 128-29
 en el presente, 202
 silencio de la mente y, 282
 de uno mismo, 176, 183, 237
ver también darse cuenta; verdad;
- conspiración, sospecha de, 227
- «Contra Krishnamurti» (panfleto), 124
- Convención cincuenta aniversario, 61-62
- Cordes, John, 72
- cordura,
 definición de, 234
 independencia humana y, 100
- Corea, guerra de, 141
- cosmología, 179
- Costa Rica, 78-79
- Coyne, Alasdair, 255-57
- creatividad, 89, 128
ver también arte;
- «Credo» (Jeffers), 123
- cristianismo, 24, 25, 262
- Cruz, san Juan de la, 139
- cuántica, física, 177-87
- darse cuenta,
 mente y el, 128-29
 pensamientos repetitivos y, 135
 y proceso del ego, 159-60, 184
 sensorial, 161, 217-18
 uso del termino en Krishnamurti, 138
ver también conocimiento; Dios; verdad;
- desarrollo psicológico infantil, 99, 212
- Desikachar, Shribrashyam, 195
- Desikachar, T.K.V., 195-99
- Desnick, Julie, 219-20
- despertar de la inteligencia, El* (Krishnamurti), 259
- Deutsch, Deborah, 276
- Deutsch, Gary M., 275-78, 284, 286-91
- dialéctica del pensamiento, 180
- Diario* (Krishnamurti), 156, 238
- Dios,
 como lo desconocido, 180
 deseo de conocer la existencia de, 126
 guerra y, 137
 significado de, 110
ver también conocimiento; darse cuenta; religión; verdad;
- discípulos, 94, 104
- Djwal Kul (maestro), 32
- doctrina secreta, La* (Blavatsky), 24, 64
- Dodge, Mary, 203
- dogma, rechazo de, 110
- Dossey, Larry, 262
- drogas, uso de, 142
- Eastwood, Clint, 290
- Eddy, familia, 23
- educación
 como arte de escuchar y aprender, 217
 conocimiento y, 266
 infantil, 215
 libertad y, 147
 pensamiento y, 183
 propósito de la, 215
educación y el significado de la vida, La (Krishnamurti), 167, 172
- Eerde, castillo de, 63, 84-85
- ego, proceso del, 159-60
 derroche de energía y, 184
- Einstein, Albert, 175, 177, 179, 182, 262
- emoción, 161-62
- energía,
 proceso del ego y derroche de, 184-85
 como unidades discretas, 177-78
 vida como, 174
- enseñanzas,
 áreas de las, 235-36
 de masas frente a discípulos, 94
ver también educación; maestro del mundo;
- Enter the Dragon* (película), 248
- escritura, problemas y proceso de la, 188
- esencia, existencia y, 241-42
- Espartaco* (Fast), 188
- espíritu, despliegue de las energías del, 142
- estancamiento en la vida, 94
- Europa,
 situación previa a la II Guerra Mundial, 130
 situación posterior a la I Guerra Mundial en, 96
- existencia, esencia y, 241-42
- Fabiana, sociedad, 24, 96
- Fast, Howard, 188-91
- Federal Bureau of Investigation (FBI), 134
- felicidad, libertad, colectividad y, 88
- Field, Sydney, 77-81, 134
- Fifty Years of My Life* (Krishnamurti), 21-22, 30-31, 34-35
- filosofía, artes marciales y, 246
- física cuántica, 177-87
- Flagg, James Montgomery, 47
- Forbes, Scott, 284, 291
- Foundation for New Education, 173
- Franco, Francisco, 126
- Freud, Sigmund, 100, 144, 211, 242
- Fromm, Erich, 143, 224
- Gandhi, Indira, 150
- Gandhi, Mohandas K., 148, 159
- Garbo, Greta, 127-28
- God is My Adventure* (Landau), 124
- Goddard, Paulette, 127-28
- Graham, Billy, 200
- Gray, Mary, 49, 52
- “Great White Lodge”, 25
- Gregory, Angela, 84
- Grohe, Friedrich, 238-40
- Gurdjiev, G.I., 179
- guerra civil española, 126
- Hammond, Jane, 286
- Happy Valley Association, 148

- Haydn, Franz Joseph, 265
Healing Words (Dossey), 262
 Heard, Gerald, 127
 Hegel, Georg W.F., 180
 Heráclito, 241
Heraldo de la Estrella, El (revista), 39, 41-42, 43
 Herzberger, Hans, 281
 Herzberger, Radhika, 281, 283-84, 286
 hinduismo, 25
hippies, 141, 234-35
 Hitler, Adolf, 126, 130, 136-37
 Hobson, Lois, 258-59
 Holanda, 131-32
 Hooker, Alan, 200, 201-03
 Horney, Karen, 143, 211
 humanidad,
 conciencia colectiva de, 162-63
 destino de la, 160-61
 humor, 231-32
 Huxley, Aldous, 114, 127-29, 134, 141, 148, 167
 Huxley, Maria, 127
 Huxley, Matthew, 127
- identidad, vida e, 225
 ideología, 246-47
 pacifismo como, 137
 ignorancia, conocimiento como, 228
 imagen, 163, 176, 225
 imaginación,
 desmesurada confianza en la, 241
 pensamiento e, 185
Immortal Friend, The (Krishnamurti), 81
Impossible Question, The (Krishnamurti), 239
 «In the Garden» (Van Morrison), 261
 independencia, 100-01
 India,
 explotación en la, 120
 facciones en la, 159
 independencia de la, 148-49
 movimiento de liberación de la, 96, 148-49
 mujeres en la, 147-48, 152
 pobreza en la, 152
 situación material de la, 126
 Ingleman, John, 123
 iniciación,
 Krishnamurti repudia el ritual de, 57
 a la Sociedad Teosófica, 33
 inmortalidad, búsqueda de, 125
Insight and the Religious Mind (Rodrigues), 251
 inspiración, inteligencia y, 87-89
 inteligencia,
 inspiración e, 87-89
 ver también conocimiento; verdad;
 intuición, 88-89
 primaria, 244
 Isherwood, Christopher, 127-28
Isis sin velo (Blavatsky), 24
 Iyengar, B.K.S., 195, 197
- James, William, 178
 Jayakar, Pupul, 141, 150-57, 167, 281, 286, 290
Jeet Kune Do (forma de arte marcial), 246-48
 Jeffers, Robinson, 123
 Jesucristo, 85, 91, 99
 Jiddu, Krishnamurti *ver* Krishnamurti, Jiddu;
 Jiddu, Narayaniah, 19-20, 27, 32-33, 40, 43
 retiro de, 23
- Jiddu, Nityananda, 19-20, 27-29, 33, 41-42, 44,
 46-47, 52, 57, 67, 68, 71-72, 74-75, 77, 84,
 101, 111, 112, 137
 deterioro de la salud de, 49, 55, 56
 Krishnamurti sobre la muerte de, 58-59
 muerte de, 57
 primera visita a Inglaterra, 40-41
 relación de Krishnamurti con, 74
- Jiddu, Sadanand, 19
 Jiddu, Sanjeevama, 19
 muerte de, 20
- Jinarajadasa, C., 56, 110
 judíos, 169
 durante la II Guerra Mundial, 130, 131-32
- Jung, Carl, 242, 244
 juventud,
 chicanos, 225-26
 consumo de drogas entre la, 142
 interés de Krishnamurti por la, 77
 movimiento de los años sesenta y, 141,
 234-35
- Keats, John, 219
 Keller, Helen, 187
 Keyserling, conde, 37
KFA History (Lilliefelt), 204
Kingdom of Happiness, The (Krishnamurti),
 84
- Kishbaugh, Alan, 234-36
 Knothe, Helen, *ver* Nearing, Helen Knothe;
 Krishna, (dios), 19
 Krishna, P., 220-21
 Krishnamacharya, T., 195
 Krishnamurti, Jiddu,
 afecto hacia la gente de, 234
 amistad con, 139
 amor a la naturaleza de, 234, 237, 254, 257
 sobre el amor y el odio, 194
 sobre autoridad y verdad, 73
 sobre la belleza, 81
 belleza física de, 115
 budismo y, 249
 sobre la búsqueda de conocimiento, 76
 sobre la búsqueda de Dios, 126
 sobre la búsqueda de seguridad, 125
 cambios durante la vida de, 162
 en el castillo de Eerde, 63-67
 sobre los celos, 112-13
 ceremonia del cordón sagrado, 20
 sobre la ciencia como conocimiento, 135
 comentario de un preso sobre, 224-29
 comienzo de su misión, 49
 sobre la compasión, 91
 compasión hacia los pobres de, 148
 sobre la concentración, 241
 sobre el conocimiento, 282
 Convención del 50 aniversario, 61
 convertido en figura de culto, 40
 coraje de, 110
 cuestiona las ideas teosóficas, 44
 darse cuenta sensorial, 161, 217
 sobre el descubrimiento de la verdad, 90
 deseo de libertad, 104
 devoción hacia, 42
 dificultad en la escuela de, 27-28
 distanciamiento de la Sociedad Teosófica,
 75

- disuelve la Orden de la Estrella de Oriente, 103-05
sobre el enseñar y los discípulos, 94
especulaciones sobre su propia muerte, 173
sobre el estancamiento en la vida, 94
estilo de enseñar de, 188-89
estilo del lenguaje de, 110, 170, 251, 266-67, 283
como exponente de diálogo, 210
experiencia transformadora de, 52-55
grandeza como maestro de, 98
sobre la guerra y las luchas, 134
importancia de las enseñanzas de, 126
independencia, 101
independencia de pensamiento y carácter de, 100
intenta acceder a la universidad, 46
interés por la política de, 265
intereses varios de, 264-65
legado de, 205, 271, 293
llegada a Adyar, 61
como maestro del mundo, 47, 66
sobre el maestro del mundo, 91, 104, 111
y meditación, 138-39, 224, 226, 263, 268, 272
como místico, 189-90
sobre la muerte, 276
y muerte de su hermano, 57, 67
y muerte de su madre, 20
muerte de, 291
sobre las mujeres y los hombres, 157
y la música, 265
nacimiento de, 19
naturaleza dialéctica del pensamiento de, 180
naturaleza enfermiza durante la niñez, 19-20
naturaleza extraordinaria de, 64-65, 260
naturaleza inocente de, 139
naturaleza inquisitiva de, 101, 117, 221
y las novelas policíacas, 117
y Oak Grove, 215-18
como objeto de curiosidad, 49
y oponer resistencia al mal, 137
sobre organizaciones y sociedades, 67-68
como pacifista, 134, 137
parte jovial de, 152-54
pasión por los automóviles de, 65-66
sobre la paz, 137
percepciones de la mente, 143
personalidad de, 80, 170-71, 230, 281
poesía, 81
postura ante la acción social, 164-65
presencia de, 175
primer encuentro con Besant, 32
primer encuentro con Leadbeater, 27
primer trabajo literario, 20
primera iniciación, 33
primera visita a California, 49, 52-53
primera visita a Inglaterra, 40-41
"proceso, el", 55, 71-72, 141
producción literaria de, 81
prohibición de charla radiofónica de, 122-23
público de, 190
Rajghat Besant School y, 146-49
reflexiones sobre la muerte de su hermano, 58-59
regreso a Ojai, 56
relación con Besant, 74
relación con su hermano, 74
relación con Krishnamurti Writings, Inc., 202-03
relación con Nityananda, 20
relación romántica, 70
relaciones personales, 151-52
relata un milagro, 209-10
salud de, 167, 275-79, 286-91
salud de su hermano, 56-57
sobre los seguidores, 104
segunda visita a Inglaterra, 57
sencillez y humor de, 47
y sentido del humor, 230-32
y sexualidad, 139-40
sobre el significado de Dios, 110
timidez de, 70, 200-01
sobre la transformación, 124
sobre la transformación social, 118
última charla dada por, 279
sobre la verdad, 103-04
sobre la verdadera amistad, 105
y el *yoga*, 195-99
Krishnamurti at Rajghat (Chari), 146
Krishnamurti Foundation of America, 204, 215, 224
Krishnamurti Foundation of India, 109, 148, 204
Krishnamurti Foundation Trust, 302-04, 205, 207-08
Krishnamurti Latinoamericana, Fundación, 244-45
Krishnamurti: The Challenge of Change (película), 252
Krishnamurti: The Reluctant Messiah (Field), 78
Krishnamurti: With a Silent Mind (película), 252, 278
Krishnamurti Writings, Inc., 172, 202-03, 205, 207, 209
Krohnen, Michael, 230-32, 292
kundalini, 55, 72
Kuthumi (maestro), 32, 166
KW Inc. *ver* Krishnamurti Writings Inc.;
- Landau, Rom, 124
Lao Tse, 244
Larsen Robin, 84
Larsen, Stephen, 84
Leadbeater, Charles Webster, 25, 27, 29, 32-33, 37-38, 40, 41-42, 43, 55, 56-57, 61-62, 67, 74-75, 96, 109, 124, 166
Lee, Asha, 191-94, 216
Lee, Bruce, 246-48
Lee, R.E. Mark, 191, 193, 215-18
lenguaje, Krishnamurti y su estilo de, 110, 170, 251, 266-67, 283
liberación,
amor y, 140
definición de, 140
felicidad y, 88
libertad comparada con, 235
voluntad, sistema simbólico y, 128-29

- libertad,
 cárcel y, 229
 deseo de Krishnamurti de, 104
 educación y, 147
 felicidad, colectividad y, 88
 Krishnamurti sobre la, 235
 liberación comparada con la, 235
 y miedo, 111
 psicológica, 144-45
libertad primera y última, La (Krishnamurti),
 167, 172, 179
- libros, 262
Light of Asia, The (obra teatral), 112
 Lilliefelt, Erna, 204-06, 284, 285
 Lilliefelt, Theodor, 204, 284
 Lincon, Abraham, 23
 Links, Joseph, 286
Lives of Alcyone (Leadbeater), 33
 Logan, Robert, 114, 126
 Logan, Sarah, 114, 126
 Loos, Anita, 127-28
 luchas, 134
 Lutyens, Edward, 40
 Lutyens, Emily, 40-41, 43, 56-57, 61, 70, 71, 74,
 80, 94, 271, 296 n42
 Lutyens, Mary, 109, 271, 285-86
 Lytton, Bulwer, 40
- Macduff, Robert, 131
- maestro del mundo, 47, 56, 62, 66, 91, 99-100,
 104, 295 n7
 germinación de la idea de, 25, 27
 naturaleza del, 161
 significado y valor atribuido al término, 96
ver también educación;
- mafia mexicana, 225
- Mahoma, 99
- mal, oposición al, 137
- Manziarly, Madame de, 56
- marciales, artes, 246-48
- Maroger, Diane, 238
- Maroger, Jean-Michel, 236-38
- materia, discreción de la, 177
- McCarthy, Joseph, 141, 177, 188
- McFarlane (agente del FBI), 134
- meditación, 224, 226, 263, 268, 272
 mente, darse cuenta y, 128-29
 prácticas budistas de, 263
 significado para Krishnamurti de la, 138-39
- Mehta, Nandini, 154, 167
- Mendizza, Michael, 252-54
- mente,
 conocimiento, silencio y, 282
 percepción y estado de, 185-86
 percepciones de Krishnamurti sobre, 143
 "realidad creativa" y, 128
ver también conocimiento; darse cuenta;
 pensamiento;
- Mesías, búsqueda de un, 97
- Michelangeli (pianista), 265
- miedo, 143
 liberación del, 111
 raíz del, 211
- milagros, relato de Krishnamurti, 209
- Miller, Henry, 213-14
- misticismo, 139, 189-90
- Mozart, Amadeus, 219, 265
- muerte,
 como abandono, 277
 significado de, 276
- mujeres,
 comparación entre hombres y, 157
 en la India, 147, 152
 sensualidad y vestimenta, 115-16
- Muller, Lex,
- mundo,
 acciones que afectan al, 118
 individuo reflejado en el, 161
 transformación de uno mismo y cambio
 del, 124
- música, amor de Krishnamurti por la, 265
- Mussolini, Benito, 126
- nacionalismo, 109, 169
- Narayanan, Giddu, 209-10
- naturaleza,
 arte frente a, 265
 Krishnamurti y la, 234, 237, 254, 257, 265
- Naudé, Alain, 195, 204
- nazismo, 131-32
- Nearing, Helen Knothe, 68-76, 84-85
- Nearing, Scott, 68
- negación,
 atención como, 242-43
 y percepción, 250
- Newton, Isaac, 175, 182
- niños,
 educación de los, 215
 desarrollo psicológico de los, 99, 212
- No Guru, No Method, No Teacher* (Van
 Morrison), 261
- Nobody, Somebody*, (Boyar), 224
- Novena Sinfonía* (Beethoven), 288
- no-verbal, sensibilidad, 163
- no-violencia, 137
- Nostradamus, 225
- Nueva Zelanda, 122-23
- Oak Grove, escuela de, 205, 215-18
- objeto, contradicción entre sujeto y, 243
- observación,
 amor y, 218
 pensamiento, conciencia y, 184-86
 transformación y, 178
- oculto, jerarquías de lo, 61
- odio, 194
- oír, ver y, 243-44
- Ojai, California, 113, 140-41, 148
 labor culinaria en, 201
 Oak Grove School en, 215-18
 primera visita a, 49, 52-53
 retorno a, 56
- Olcott, Henry Steel, 23-24, 28, 109
- Ommen, Holanda, 56, 63, 64-67, 68, 85, 96,
 100, 113
 durante la II Guerra Mundial, 130
- One Thousand Moons* (Chandmal), 278
- Oppenheimer, J. Robert, 177
- Orden de la Estrella de Oriente, 39, 41-42, 43, 47,
 49, 63, 76, 77, 91, 98-100, 114-15, 169, 232
- disolución de la, 103-05
- organizaciones,
 antipatía de Krishnamurti hacia las, 67-68
 degeneración en soportes espirituales, 104

- futilidad de la eficiencia de las, 105
 pensamiento sistematizado y, 111
ver también autoridad;
- Ortega y Gasset, José, 241
- otredad, 268
- Ouspensky, P.D., 179
- Outlaw Josey Wales* (película), 290
- pacifismo,
 creencia de Krishnamurti en el, 134
 como ideología, 137
- Parchure, T., 276, 281, 284, 285-86
- Patwardhan, Achyut, 159-60, 164
- Patwardhan, Pama, 160, 164-65
- Patwarhan, Sunanda, 160-63, 164
- paz, 137
- Pearce, Gordon, 166
- Pearl Harbour, ataque de, 134
- pensamiento,
 calculador y estado meditativo, 244
 conocimiento y limitación del, 266
 y la destrucción del amor, 168
 dialéctica del, 180
 educación y, 183
 estructuras budistas de, 249-50
 limitación intrínseca del, 159-60
 y miedo, 211-12
 organizaciones y sistematización del, 111
 percepción directa y, 182-83
 proceso y, 212
 como proceso material, 183-84
 como representación de la imaginación,
 184-85
 revolución y, 160
 tiempo y, 186
 y visión de la totalidad, 247
ver también conocimiento; darse cuenta;
 mente;
- percepción,
 estado de la mente y, 185-86
 negación y, 250
- percepción directa, pensamiento y, 182-83
- pobreza,
 compasión, 147-48
 en la India, 152
- poder, 225
- poesía, 81
- Pole, Reginald, 112
- política, acción,
 actitud de Krishnamurti ante la, 164-65
 interés de Krishnamurti en la, 265
- Porter, Mima, 112
- Pratt, Doris,
- preocupación por uno mismo, 144
- primaria, intuición, 244
- Primera Guerra Mundial, 46, 96
- proceso,
 como movimiento de avance, 243
 pensamiento y, 212
 "proceso, el", 55, 71-72, 141
- Prokoviev, Sergei, 135
- psicoanálisis, 99, 143-45, 211-14
- psicológico, desarrollo, infantil, 99, 212
- psicoterapia, mejora de los pacientes de, 211-12
- psique, 244
- pureza, 138-39
- Quinn, William, 135-42, 284
- Rajagopal, 56-57, 62, 67, 84, 111-14, 122-23,
 134, 140, 149, 167-68, 172, 202-03, 204-05,
 207, 210, 215
- Rajghat Besant School, 146-49
- Ramakrishna, Sri, 169
- Rao, Rama, 56
- Rao, Sanjeeva, 146, 150-51
- Rao, Shiva, 57
- "realidad creativa", 128
- relaciones,
 acciones que afectan a las, 118
 sociedad, transformación y, 188
- religión, 251-52
 figuras de la, 99
 como forma sistematizada de
 pensamiento, 111
 y promesa de inmortalidad, 125
 verdadera, 110
ver también Dios.
- resistencia al mal, 137
- reto del cambio, El* (película), 286
- Review of Reviews* (revista), 24
- revolución,
 pensamiento y, 160
 y salvación, 260
 ver el condicionamiento y, 235
- Richter, Sviatoslav, 265
- Rinpoche, S., 249-50
- Rioch, David, 143
- Rioch, Margaret, 143
- risa, 231
- Roberts, Ruth, 74
- Rodrigues, Hillary Peter, 250-52
- Rogers, Carl, 211
- Rowlands, Alan, 200-01
- Russell, Bertrand, 127-28
- Saanen, reuniones de, 167, 172-73, 202-03
- sabiduría
 mente, darse cuenta, y, 128-29
ver también conocimiento; darse cuenta;
 verdad;
- sagrado, ceremonia del cordón, 20
- salvación como revolución interior, 260
- salvador, búsqueda de un, 97
- Scaravelli, Vanda, 126, 204
- Search, The* (Krishnamurti), 81
- "Secreta, Hermandad", 25
- seguidores, 94
 Krishnamurti sobre la necesidad de tener,
 104
- Segunda Guerra Mundial, 130
 Holanda durante la, 131-32
 pacifismo de Krishnamurti durante la, 124
 responsabilidad del individuo en la, 137-38
 vida de Krishnamurti en Ojai durante la,
 141
- seguridad,
 deseo de inmortalidad y búsqueda de,
 125
 psicológica, 213
- sentidos,
 darse cuenta y, 217
 importancia del papel de, 161
- sentimentalismo, 161-62

- sexualidad, castidad frente a práctica de la, 139-40
- Shainberg, David, 143, 210-13
- Shaw, George Bernard, 24, 112, 122-23
- Shrowthulu, Kumara, 19
- Siddoo, Jugdis, 259-60
- Siddoo, Sarjit, 259-61
- silencio de la mente, 282
- Simmons, Dorothy, 167, 174-75, 177, 200, 237, 286
- Smith, Ingram, 166, 202
- social, acción, 164-65
- sociedad,
- solución interior a los problemas de la, 189
 - transformación de la, 118
 - y transformación de las relaciones, 188
- Sócrates, 242, 243
- soledad,
- miedo humano a la, 100-01
 - como situación humana, 116
- Song of Life, The* (Krishnamurti), 81
- Star Publishing Trust, 109
- Stead, W.T., 24
- Steiner, Rudolph, 39-40
- Stokowski, Leopold, 87-90
- sufrimiento, transformación y, 202
- sujeto, contradicción entre objeto y, 243
- Sullivan, Ann, 186
- Sullivan, Harry Stack, 143, 211
- Sviatoslav (músico), 265
- Takahashi, Shigatoshi, 262-63
- Talmadge, Norma, 78
- Telang (representante), 42
- Tetterer, Ruth, 204
- «Thank You Sir!» (Krohnen), 292
- teosofía, 44, 169, 182, 206
- raíces de la, 23-24
- Teosófica, sociedad, 23-25, 27-29, 33, 39-40, 44, 46, 56, 64, 66, 78-79, 85, 99, 166
- conflicto interno de la, 109-10
 - creencia en vidas pasadas en la, 33
 - distanciamiento de Krishnamurti de la, 75
 - iniciación de Krishnamurti a la, 33, 37
- Tíbet, 249
- tiempo, pensamiento y, 186
- tierra sin senderos, La* (Krishnamurti), 285
- Tinoco, Federico, 78-79
- Tolstoy, León, 112
- trabajo social, 151, 152
- transformación,
- comienzo del sufrimiento y, 202
 - inmediatez de la, 202
 - papel de la observación en la, 178
 - problemas de la sociedad y, 189
 - de uno mismo y del mundo, 124
- Transformation of Man, The* (videos), 210
- Transforming Self, The* (Shainberg), 210
- universo, naturaleza indivisible del, 178
- uno mismo, conocimiento de, 176, 183, 237
- Upanayanama (ceremonia del cordón sagrado), 20
- van Hook, Hubert, 295 n7
- van Manen, Johann, 27, 29
- Van Morrison (músico), 261
- van Pallandt, Phillip, 63, 64-67, 68, 70, 131-32
- Vasanta Vihar, 109, 195, 210
- Vedanta, 169
- ver,
- claridad en el, 199
 - oír y, 243-44
- verdad,
- autoridad y, 73
 - autoridad, creencia y, 187
 - codificación de la, 46, 67-68
 - y el conocimiento de Dios, 126
 - como lo desconocido, 180
 - descubrimiento de la, 90
 - fuerza de la necesidad y, 184
 - naturaleza instantánea de la, 121
 - paz como vía hacia la, 137
 - como percepción de lo falso, 243
 - relativa frente a absoluta, 89
 - repetición y, 110
 - seguidores y, 104
 - como tierra sin senderos, 103
 - ver también* conocimiento; darse cuenta; mente;
- vida,
- como energía, 174
 - estancamiento en la, 94
 - estilo de, 168
 - identidad y, 225
 - muerte y, 276
 - percepción directa como esencia de la, 182-83
 - propósito de la, 90
 - trascendental espontaneidad de la, 128-29
 - “yo” como dueño de uno mismo y, 283
- violencia, 137
- Wadia (conferenciante teosófico), 64-65, 68
- Walton (vicario católico), 52
- Warr, lady de la, 43
- Warrington, A.P., 49, 52, 53, 55
- Washington Psychoanalytic Society, 143
- Watts, Alan, 142
- Webb, Sydney, 24
- Wedgewood, James Ingall, 57, 109-10
- Wedgewood, Josiah, 110
- Weinniger, Benjamin, 143-45
- Wholly Different Way of Living, A*, (Krishnamurti), 241, 242
- Williams, Rosalind, 52, 55, 56-57, 84, 113, 114, 123, 140, 148
- Wing Chun (forma de arte marcial), 248
- Wolfe, Harry, 119-21
- Wood, Beatrice, 112-17
- Wood, Ernest, 27
- yoga, 128, 167, 169, 195-99, 235
- Zen, 188, 190, 235, 263
- Zimbalist, Mary, 204, 236-37, 264-71, 275, 280, 284, 286, 288, 291